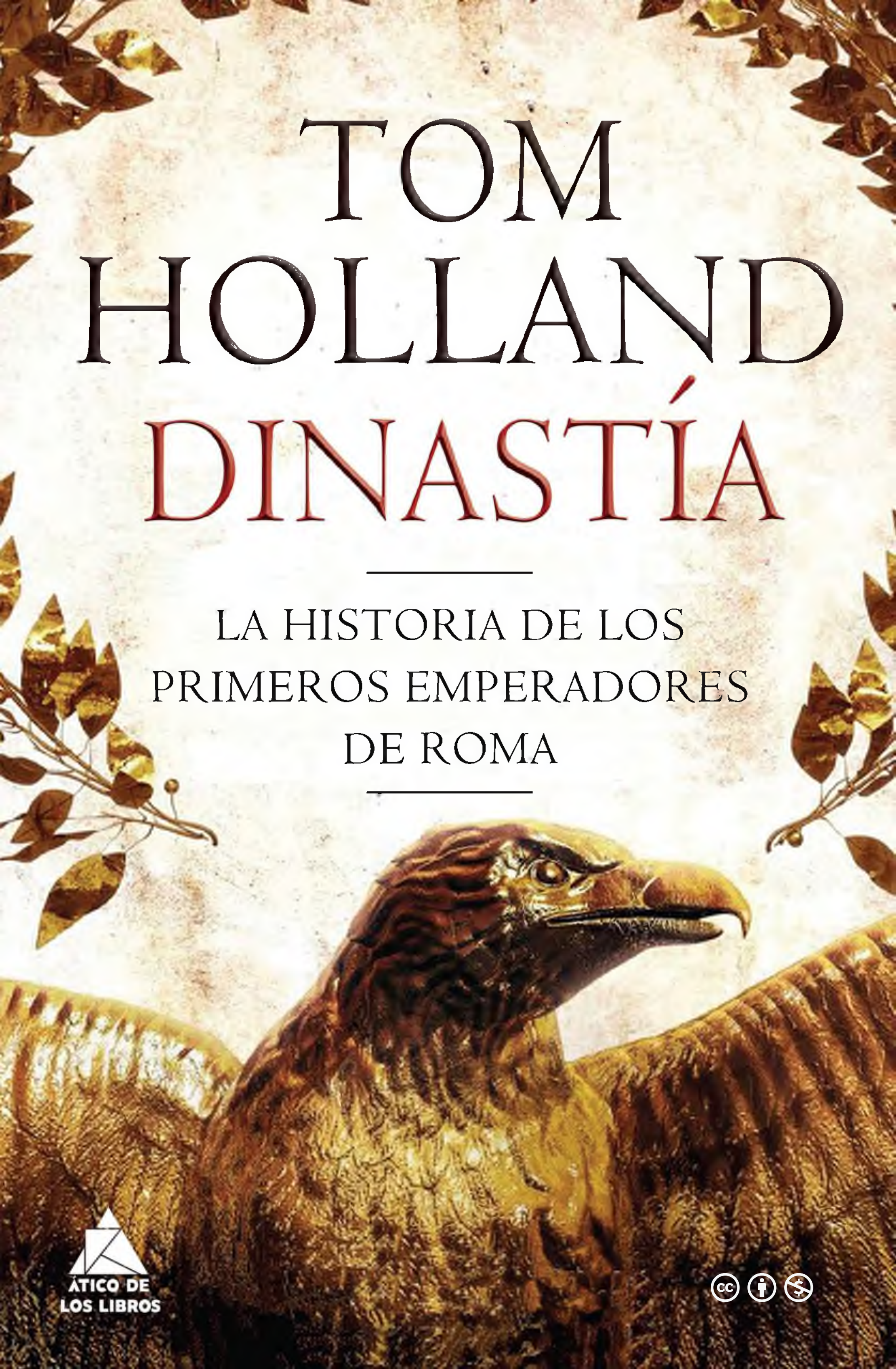

TOM
HOLLAND
DINASTÍA
LA HISTORIA DE LOS
PRIMEROS EMPERADORES
DE ROMA
ÁTICO DE
LOS LIBROS



Tom Holland es doctor en Historia y quizá el más destacado de la nueva generación de historiadores británicos.
Es autor de *Rubicón*, finalista del premio Samuel Johnson y ganador del premio Hessell-Tiltman de Historia; *Fuego Persa*, ganador del Premio Runciman de la Liga Anglohelénica; del aclamado *Milenio* y de *A la sombra de las espadas*. Ha publicado recientemente una traducción de Heródoto y ha adaptado a Homero, Heródoto y Tucídides para la radio de la BBC.



«Holland ofrece al lector una visión sorprendente y visceral de la violencia, la brutalidad y los excesos de la antigua Roma.»

MICHIKO KAKUTANI,
THE NEW YORK TIMES

«Estamos ante una narración maravillosa y ascendente, una brillante y meticulosa síntesis de las fuentes antiguas... Cualquier persona interesada en la historia, la política o la naturaleza humana debería leer este libro.»

BORIS JOHNSON,
MAIL ON SUNDAY

«El magistral relato de Holland sobre el primer siglo del Imperio romano es, en el fondo, un análisis político [...] Holland es imperturbable en su clarividente análisis de la crueldad y la paranoia de los primeros emperadores romanos.»

ADAM NICOLSON,
THE SUNDAY TIMES

«Detrás de Dinastía *hay un admirable esfuerzo por reunir todo el saber existente sobre el mundo antiguo.»*

NICK COHEN,
THE OBSERVER

Conspiraciones, lujuria y guerra: un fascinante viaje a los orígenes del Imperio romano

En este épico relato de la primera dinastía imperial de Roma, Tom Holland traza la asombrosa historia del auge y caída de Augusto y sus descendientes. *Dinastía* lleva al lector desde el palacio del césar hasta los bárbaros bosques de Germania, en una historia poblada por políticos ambiciosos, poetas de moda, adúlteros, druidas, mujeres poderosas, intrigas de palacio y gladiadores.

Los protagonistas de este libro son Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Ellos fueron los primeros cinco emperadores de Roma y sus nombres todavía nos resultan familiares dos milenios después. Sus excesos son leyenda, pero forjaron un estado que permanece en el imaginario de Occidente como la más perfecta expresión de la idea imperial.

La esperada nueva obra del autor de *Rubicón: auge y caída de la República romana*



www.aticodeloslibros.com

TOM HOLLAND

DINASTÍA

LA HISTORIA DE LOS PRIMEROS EMPERADORES DE ROMA

TRADUCCIÓN DE
JOAN ELOI ROCA



BARCELONA - MADRID - MÉXICO D.F.

Primera edición: abril de 2017
Título original: *Dinasty: The Rise and Fall of the House of Caesar*
Publicado originalmente por Little, Brown en 2015

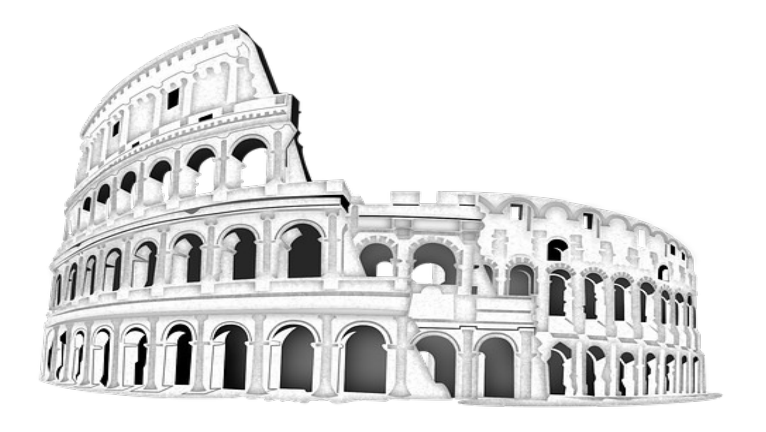
Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Ático de los Libros
C/ Mallorca, 303, 2.º 1.ª
08037 Barcelona
info@aticodeloslibros.com
www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-16222-37-7
IBIC: HB
Depósito Legal: B 8507-2017
Preimpresión: Taller de los Libros
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Impreso en España — *Printed in Spain*

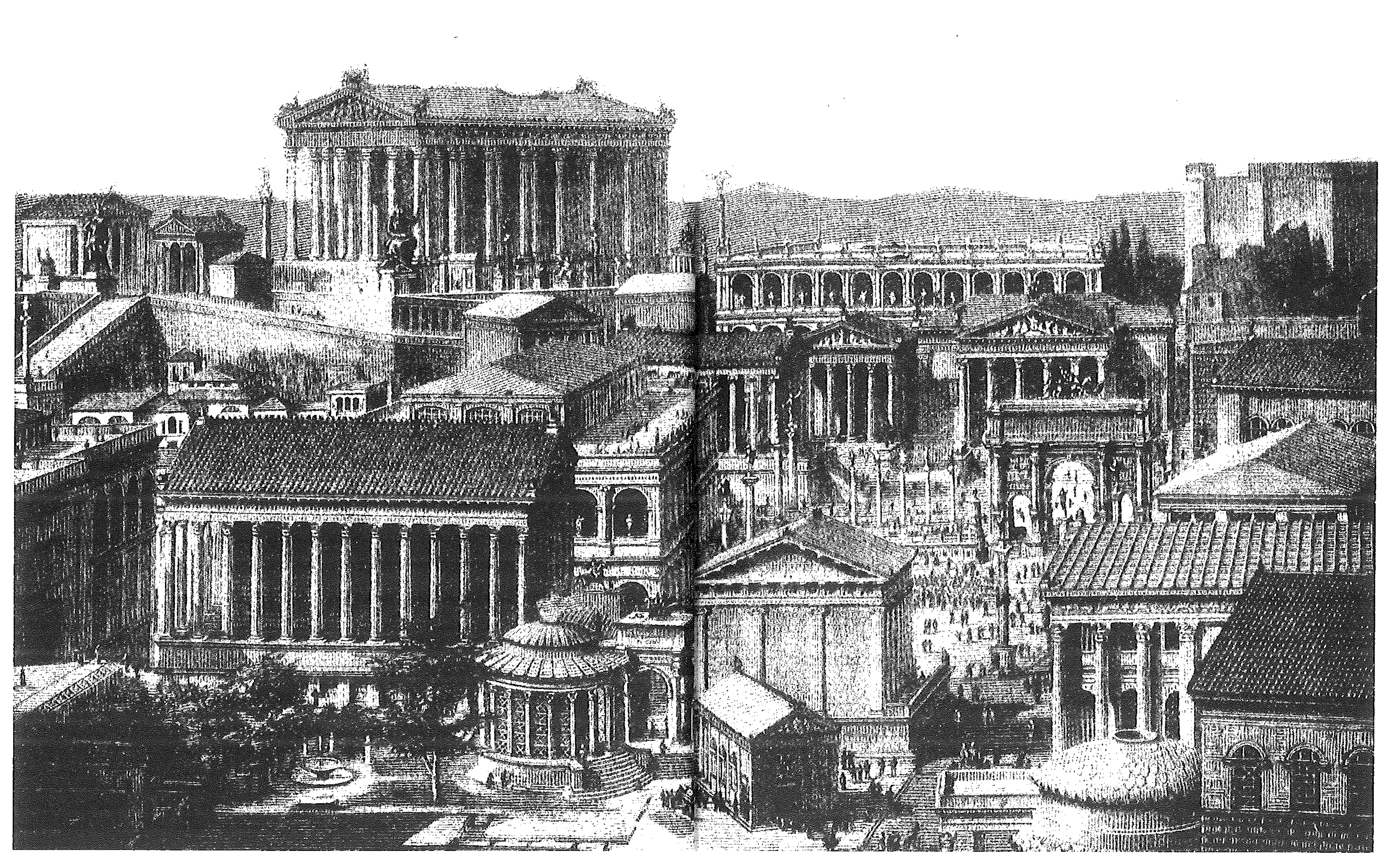
Para Katy:

«at simul heroum laudes et facta parentis iam legere…»



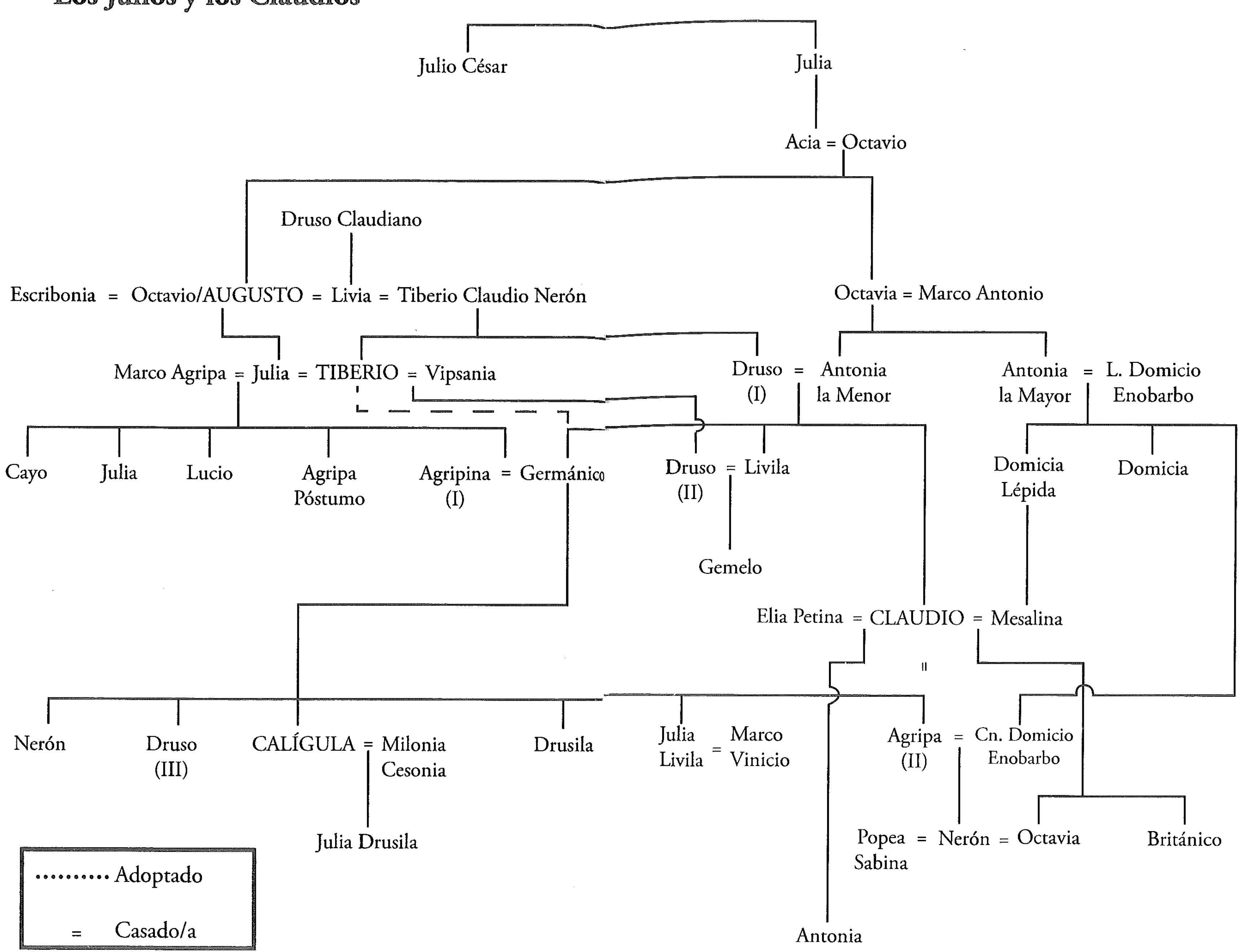
Índice

Listado de mapas



El Foro romano y sus alrededores.

Los Julios y los Claudios



Prefacio

40 a. C. Principios de año. Cayo Julio César Augusto Germánico está sentado en una tarima elevada junto al océano. Mira hacia el horizonte mientras las olas rompen en la orilla y llenan el aire de espuma. A lo largo de los años, muchos barcos romanos se han perdido en sus profundidades. Se rumorea que en sus aguas grises acechan extraños monstruos, mientras que, más allá del horizonte, se eleva una isla plagada de salvajes y bigotudos cazadores de cabezas: Britania. Peligros como esos, que merodean justo más allá de las lindes de la civilización, son temibles incluso para el más atrevido y determinado de los héroes.

No obstante, la historia del pueblo romano siempre ha estado teñida de un aura épica. Emergió de las más profundas tinieblas provinciales para hacerse con el mando del mundo: una gesta sin parangón en los anales de la historia. En repetidas ocasiones, ha sido puesto a prueba, y siempre ha triunfado. Al superar todas las dificultades, Roma se ha forjado a sí misma para gobernar el mundo. Ahora, 792 años después de su fundación, el hombre que la gobierna como emperador goza de un poder semejante al de un dios. En formación frente a él, en esa playa norteña, hay filas y filas de soldados de la fuerza militar más formidable del planeta: legionarios enfundados en sus armaduras junto con sus catapultas y artillería de campo. El emperador Cayo escudriña su ejército. Pronuncia una orden. Al instante, resuenan las trompetas. Es la señal para entrar en batalla. Luego, un silencio expectante. El emperador alza la voz. «¡Soldados!», grita. «Os ordeno que recojáis conchas. Llenad vuestros cascos con el botín del océano».[1] Los legionarios obedecen a su emperador y empiezan a recogerlas.

Esta, al menos, es la historia que nos ha llegado. Pero ¿es cierta? ¿De veras los soldados se pusieron a recoger conchas? Y, si lo hicieron, ¿por qué? Este episodio es uno de los más notorios de la vida de un hombre cuya trayectoria sigue considerándose hoy epítome de la infamia. Ca-

lígula, el nombre por el que se conoce al emperador Cayo, es uno de los pocos personajes de la Antigüedad que resulta igual de familiar a los especialistas en estudios clásicos que a los pornógrafos. Los escabrosos detalles de su reinado siempre han provocado una fascinación lasciva. «Pero basta de hablar sobre el emperador, y, ahora, hablemos del monstruo».[2] Estas son las palabras de Cayo Suetonio Tranquilo, un erudito archivero del palacio imperial que en su tiempo libre oficiaba como biógrafo de los césares, y cuya crónica de la vida de Calígula es la más antigua que se conserva. Escrita casi un siglo después de la muerte del emperador, su biografía cataloga un abanico sensacional de comportamientos inmorales y crímenes. ¡Se acostó con sus hermanas! ¡Se disfrazó de la diosa Venus! ¡Quiso nombrar cónsul de Roma a su caballo! En comparación con estas escenas, la actitud de Calígula en la costa del canal de la Mancha resulta mucho menos sorprendente. Suetonio, desde luego, no tuvo problemas para explicar su comportamiento. «Estaba enfermo tanto de cuerpo como de mente».[3]

Pero si Calígula estaba enfermo, también lo estaba Roma. Los poderes de vida y muerte que poseía un emperador hubieran resultado aborrecibles a una generación anterior de romanos. Casi un siglo antes de que Calígula reuniera sus legiones en la orilla del mar y mirara hacia Britania, su tío tatarabuelo hizo lo mismo y luego cruzó el canal de verdad. Las gestas de Cayo Julio César habían sido tan espectaculares como las mejores de la historia de su ciudad: no solo invadió Britania en dos ocasiones, sino que también consiguió la anexión definitiva de la Galia. No obstante, consiguió estos hitos siendo ciudadano de una república, una república cuya mayoría de ciudadanos daba por sentado que la única alternativa concebible a la libertad era la muerte. Cuando Julio César echó por tierra esta presunción al reclamar la primacía sobre todos los romanos, se desató una guerra civil, y posteriormente, después de aplastar a los enemigos que tenía en Roma igual que había aplastado antes a los galos, fue asesinado. Solo tras dos estallidos más de sangrientos conflictos internos en que los romanos se mataron entre ellos, se avino por fin el pueblo romano a aceptar la servidumbre. La sumisión al gobierno de un solo hombre salvó a la ciudad y a su imperio de la autodestrucción, pero esa cura era, en sí misma, una enfermedad.

El nuevo señor de Roma se llamó a sí mismo Augusto, «el favorecido por los dioses». Era sobrino nieto de Julio César y cruzó un mar

de sangre para asegurarse el mando de Roma y de su imperio. Luego, una vez hubo terminado con todos sus rivales, tuvo la sangre fría de presentarse ante sus conciudadanos como un príncipe de la paz. Tan astuto como implacable, tan paciente como decidido, Augusto consiguió mantener su supremacía durante décadas y murió en su lecho. La clave para lograrlo fue su habilidad para gobernar de acuerdo a las tradiciones romanas: al fingir que no era un autócrata, permitió que sus conciudadanos creyeran que todavía eran libres. Enmascaró los contundentes contornos de su hegemonía bajo un reluciente velo de seductora sutileza. El tiempo, sin embargo, hizo que este velo se desgarrara cada vez más. Cuando Augusto falleció, en el 14 d. C., se puso de manifiesto que los poderes que había acumulado a lo largo de su larga y artera carrera no eran medidas temporales, sino un paquete listo para ser traspasado a un heredero. Eligió como sucesor a un hombre que había criado en su propia casa desde niño, un aristócrata llamado Tiberio. Las muchas cualidades del nuevo césar, que iban desde un pedigrí aristocrático impecable a un historial militar que lo avalaba como el mejor general de Roma, tenían menos importancia que el hecho de ser el hijo adoptivo de Augusto, y todo el mundo era consciente de ello.

Tiberio, un hombre que a lo largo de toda su vida había encarnado las virtudes de la desaparecida República, fue un monarca reticente e infeliz durante sus veintitrés años de reinado; pero Calígula, que lo sucedió, carecía de este tipo de complejos. El hecho de gobernar el mundo romano no en virtud de su edad ni de su experiencia sino por ser bisnieto de Augusto no le incomodaba lo más mínimo. «La naturaleza lo creó, en mi opinión, para demostrar lo lejos que puede llegar el vicio sin límites cuando se combina con el poder sin límites».[4] Tal es la necrológica que escribió sobre él Séneca, un filósofo que lo conoció bien. Esta, sin embargo, no solo era su opinión sobre Calígula, sino también sobre sus propios colegas patricios y del orden ecuestre, que se sometieron y arrodillaron ante el emperador mientras vivió, y sobre el pueblo romano en general. Fue una época enferma, caracterizada por la degradación, la corrupción y la inmoralidad.

O eso creían muchos. Pero no todo el mundo estaba de acuerdo. El régimen establecido por Augusto nunca habría perdurado si no hubiera ofrecido algo que el pueblo romano deseaba desesperadamente

después de décadas de guerra civil: paz y orden. La ingente aglomeración de provincias gobernadas desde Roma, que se extendían desde el mar del norte al Sáhara, y desde el Atlántico a la media luna fértil, recibió también los beneficios del nuevo orden. Tres siglos después, cuando el nacimiento del hombre más célebre nacido en el reinado de Augusto brillaba con mucha más fuerza de lo que lo hizo en su propia época, un obispo llamado Eusebio creyó ver la mano de Dios en los logros del emperador. «No fue solo consecuencia de actos humanos», declaró, «que la mayor parte del mundo quedase bajo gobierno romano en el preciso momento en que Jesús nació. La coincidencia que hizo que nuestro salvador comenzara su misión en este escenario fue sin duda obra de la Divina Providencia. Después de todo, si el mundo hubiera seguido en guerra, y no hubiera estado unido bajo un único gobierno, ¿cuánto más difícil habría sido entonces para los discípulos emprender sus viajes?».[5]

Eusebio apreciaba, gracias a la perspectiva que aporta la distancia, lo asombroso del proceso de globalización llevado a cabo bajo el reinado de Augusto y sus sucesores. Por brutales que fueran los medios desplegados para mantenerla, la vasta inmensidad de las regiones pacificadas por las armas romanas no tenía precedentes. «Aceptar un regalo», reza un dicho antiguo, «es vender tu libertad». Cierto que Roma extraía dinero de sus territorios conquistados; sin embargo, la paz que impuso en ellos a cambio no era ni mucho menos un don menospreciable. La *pax romana* aportó beneficios a millones de personas, ya fuera en la periferia de la propia capital, que experimentó un crecimiento repentino bajo el mandato de los césares y se convirtió en la ciudad más grande que el mundo jamás había visto; a lo largo y ancho del Mediterráneo, ahora unido por primera vez bajo una potencia única, o en los rincones más recónditos de un imperio cuyo alcance global no tenía precedentes. Por ello, los súbditos provinciales debían estar más que agradecidos. «Despejó el mar de piratas y lo llenó de barcos mercantes», afirmó entusiasmado un judío de la gran metrópolis egipcia de Alejandría, deshaciéndose en elogios a Augusto. «Dio la libertad a todas las ciudades, trajo orden donde antes había caos y civilizó a los pueblos salvajes».[6] Similares alabanzas podrían dirigirse a Tiberio y Calígula y, de hecho, así fue. Las depravaciones por las que ambos hombres acabarían ganando notoriedad no tuvieron un impacto importante en el ancho mundo. En

las provincias, importaba poco el emperador que gobernase, mientras el centro resistiera.

Sin embargo, incluso en los lugares más alejados del Imperio, César era una presencia constante. Y ¿cómo podía ser de otra manera? «No hay una sola cosa que se le escape a largo y ancho del mundo».[7] Una exageración, desde luego, y sin embargo, también un reflejo veraz de la mezcla de miedo y asombro que un emperador difícilmente podía evitar inspirar en sus súbditos. Él, y solo él, estaba a cargo del monopolio romano de la violencia: las legiones y todo el amenazador aparato del gobierno provincial, que existía para asegurar que se pagaran los impuestos, se masacrara a los rebeldes y los malhechores fueran arrojados a las bestias o clavados en cruces. El emperador no necesitaba revelar constantemente sus cartas para que el temor a su poder arbitrario se percibiera universalmente en el mundo. No es sorprendente, entonces, que el rostro de César se convirtiera, para millones de sus súbditos, en el rostro de Roma. Rara era la ciudad que no se jactaba de poseer alguna imagen de él: una estatua, un busto o un friso. Incluso en los páramos más abandonados de las provincias, si se manejaba dinero, uno estaba familiarizado con el perfil del césar. En vida de Augusto, ningún ciudadano vivo había parecido jamás en una moneda romana; pero tan pronto se hizo con el control del mundo, su rostro empezó a ser acuñado por todas partes, estampado sobre oro, plata y bronce.* «¿De quién es esta efigie y esta inscripción?». Incluso un predicador callejero itinerante en los campos de Galilea, al sostener el alto una moneda y exigir saber de quién era el rostro acuñado en ella, podía estar seguro de la respuesta del público: «de César».[8]

Por lo tanto, no es sorprendente que el carácter de un emperador, sus logros, sus relaciones y sus defectos se convirtieran en temas que fascinaban a sus súbditos hasta la obsesión. «Tu destino es vivir como si estuvieras en un teatro en el que tu público es el mundo entero».[9] Tal fue la advertencia que un historiador romano atribuye a Mecenas, un amigo íntimo en el que Augusto confiaba de forma especial. Lo dijera realmente o no, el sentir de su afirmación hacía honor a la pura teatralidad de la actuación de su maestro. Suetonio afirma que el propio

* El retrato más antiguo de un romano vivo en una moneda romana parece haber sido de Julio César. Se acuñó en el 44 a. C., precisamente el año, y no es una casualidad, de su asesinato.

Augusto, en su lecho de muerte, preguntó a sus amigos si había interpretado bien su papel en la comedia de la vida; y entonces, cuando le aseguraron que sí, exigió que le aplaudieran, ahora que estaba a punto de abandonar el escenario. Un buen emperador tenía la obligación de ser un buen actor, igual que el resto del reparto que formaba parte de la obra. Al fin y al cabo, César nunca estuvo solo sobre el escenario. Sus potenciales sucesores eran figuras públicas simplemente en virtud de su relación con él. Incluso la esposa, la sobrina o la nieta de un emperador tenían un papel que interpretar. Si lo hacían mal, lo más probable es que pagaran un altísimo precio; pero si lo hacían bien, su rostro podía acabar apareciendo en las monedas junto al del mismísimo César. Ninguna otra familia en la historia había estado jamás tan en la mira de la opinión pública como la de Augusto. Las modas y los peinados de sus miembros más destacados, reproducidas con exquisito detalle por escultores a lo largo de todo el Imperio, marcaban tendencia desde Siria hasta Hispania. Sus logros se celebraban con monumentos espectacularmente ostentosos y sus escándalos se repetían con regocijo de puerto a puerto. La propaganda y las habladurías, que se alimentaban la una de las otras, confirieron a la dinastía de Augusto una fama que por primera vez trascendió los continentes.

Sin embargo, ¿hasta qué punto todas las afirmaciones jactanciosas talladas en lujoso mármol y todos los rumores que corrían por los mercados y los bares se acercan a la realidad de lo que sucedía dentro del palacio de César? Está claro que, cuando Suetonio escribió sus biografías de los emperadores, no le faltó material en el que basarse: tenía desde inscripciones oficiales a rumores populares. No obstante, cuando analistas más astutos intentaron desentrañar el sentido de las vidas de Augusto y de sus herederos, reconocieron en el corazón de la historia de la dinastía una oscuridad que frustraba y ridiculizaba sus esfuerzos. En otros tiempos, en los días de la República, los asuntos de Estado se debatían en público y los discursos de los líderes romanos se transcribían para que los historiadores pudieran estudiarlos; pero al llegar al poder Augusto, todo eso cambió. «Pues, desde entonces, las cosas empezaron a hacerse en secreto, y de tal manera que no se hicieran públicas».[10] Sí, los viejos ritmos del año político, el ciclo anual de elecciones y magistraturas que antaño, en los días de la vieja República, había ofrecido a los romanos ambiciosos una oportunidad de influir de verdad en el

destino de su ciudad, todavía perduraban; sin embargo, la mayoría de ellos no eran más que una distracción irrelevante. La cabina de mando estaba ahora en otra parte. El mundo no se gobernaba ya desde asambleas formadas por los mejores y los más sabios, sino a puerta cerrada. El susurro de una mujer a la oreja del emperador o un documento que le hicieran llegar discretamente a través de un esclavo: cualquiera de esas cosas podía tener mayor impacto que el más elocuente discurso público. Las implicaciones, para cualquier biógrafo de los césares, eran sombrías pero ineludibles. «Incluso en lo que se refiere a los asuntos importantes, estamos a oscuras».[11]

El historiador que lanzó esta advertencia, a pesar de ser casi contemporáneo de Suetonio, lo superó inmensamente como patólogo de la autocracia y quizá sea el mejor que jamás haya existido. Cornelio Tácito comprendía muy bien cómo funcionaban Roma y su imperio. A lo largo de una distinguida carrera, había hablado en tribunales, gobernado provincias y ocupado las magistraturas más importantes a las que podía aspirar un ciudadano; pero también había demostrado poseer un sagaz, aunque quizá poco glorioso, instinto de supervivencia. La dinastía que gobernaba Roma cuando llegó a la mayoría de edad ya no era la de Augusto, que había expirado en un baño de sangre en el 68 d. C., pero era potencialmente igual de letal. En lugar de oponerse a sus abusos, Tácito optó por agachar la cabeza baja y apartar la mirada. Parece que los delitos de omisión de los que se sentía cómplice nunca dejaron de torturar del todo su conciencia. Cuanto más se alejaba de la vida pública, más se obsesionaba por comprender las profundidades del régimen bajo cuyo poder estaba obligado a vivir, y por averiguar cómo había evolucionado hasta convertirse en lo que era. Primero, narró los acontecimientos de su propia juventud y vida adulta; y luego, en su última y más importante obra, una historia que se conoce desde el siglo XVI como los *Anales*, volvió la mirada a la era de Augusto. Tácito analizó al propio Augusto y la supremacía que obtuvo de forma muy oblicua: no se centró en el hombre en sí, sino en sus herederos. Cuatro césares ocuparon sucesivamente el centro de su escenario: primero Tiberio; luego Calígula; más tarde, el tío de Calígula, Claudio, y finalmente, el último emperador de la dinastía, el tataranieto de Augusto, Nerón, cuya muerte señalaría el final del linaje. Parecía que la pertenencia a la familia imperial tenía siempre

un efecto mortal. Para cuando llegó el 68 d. C., no quedaba vivo ni un solo descendiente de Augusto. Ese era el cariz de la historia que Tácito tenía que contar.

No obstante, había algo más: atreverse a contarla era en sí mismo un reto. Tácito explica con todo lujo de detalle cuál es el problema en el primer párrafo de los *Anales*. «Las historias de Tiberio y Calígula, de Claudio y de Nerón, fueron falsificadas mientras aún estaban vivos por miedo, y luego, tras sus muertes, fueron reescritas bajo la influencia de un odio todavía purulento».[12] Solo a través de la investigación más diligente y de la objetividad más cuidadosa se lograría desentrañar la verdad. A pesar de que realizó un inmenso esfuerzo por estudiar con detalle los archivos del reinado de cada emperador, Tácito se aseguró también de no creer nunca en ellos a ciegas.* Las palabras, bajo el reinado de los césares, se habían vuelto resbaladizas, eran traicioneras. «Fue una época contaminada, degradada por el servilismo».[13] Esta desoladora evaluación, que tiene su origen asimismo en su experiencia personal, acabó haciendo que el amargo escepticismo de Tácito corrompiera todo aquello que tocaba. En los *Anales*, no hay un solo césar que afirme estar actuando en pro del interés público y que no sea un hipócrita; no hay un intento de mantenerse fiel a las tradiciones de la ciudad que no sea un engaño; no se expresa ningún sentimiento elevado que no sea falso. El retrato que ofrece de la historia de Roma es una pesadilla, dominada por el terror y empapada de sangre, de la que sus ciudadanos no pueden despertar. Es un retrato del despotismo en el que muchas generaciones posteriores, al presenciar el ocaso de sus propias libertades, se reconocieron rápidamente. Allí donde una tiranía se implanta sobre las ruinas de un anterior régimen libre, allí donde el Estado ha ocultado con mendaces eslóganes sus crímenes, se recuerda a Tácito. Hasta el día de hoy, la dinastía de Augusto sigue siendo el ejemplo por excelencia del poder autocrático.

Por lo tanto, que su dinastía siga presente en la imaginación del público no debe sorprendernos. Cuando la gente piensa en la Roma

* El descubrimiento reciente en España de un decreto emitido bajo el reinado de Tiberio ha aportado nueva información muy curiosa sobre los métodos de Tácito. No cabe duda de que Tácito era consciente del texto del documento al detalle; no es que fuese totalmente consciente del grado de veracidad del texto, sino más bien de lo que aquellos que lo habían escrito deseaban que fuera tomado por verdad.

imperial, lo que le viene a la mente es casi siempre la ciudad de los primeros emperadores. No hay ningún otro período de la historia antigua que se pueda comparar a él por la pura fascinación que despierta su galería de protagonistas. El estridente *glamour* del linaje de Augusto la ha convertido en el arquetipo de dinastía criminal y sangrienta. Monstruos como los que aparecen en las páginas de Tácito y Suetonio parecen salidos de alguna novela de fantasía o serie de televisión: Tiberio, sombrío, paranoico, y con un gusto por hacer que chicos jóvenes le lamieran los testículos en la piscina; Calígula, que se lamentaba de que el pueblo romano no tuviera cuello, para así poder cortárselo; Agripina, la madre de Nerón, que conspiró para llevar al poder al hijo que terminó asesinándola; el propio Nerón, que mató a patadas a su mujer embarazada, se casó con un eunuco y construyó un palacio de vacaciones sobre las cenizas del centro del Roma arrasado por el fuego. Para aquellos a los que gustan las historias de reyes con puñaladas por la espalda, envenenamientos y exóticas muestras de perversión extrema, parece que esta historia lo tiene todo. Matriarcas asesinas, incestuosos matrimonios de personajes ambiciosos, machos beta despreciados que, sin embargo, al final detentan poder de vida y muerte sobre todos: todos estos elementos, tan habituales en la actualidad literaria, se basan en los acontecimientos de este período. Los primeros césares, más que ninguna otra dinastía comparable, siguen siendo, hasta el día de hoy, nombres conocidos en todos los hogares. Su fama perdura.

Todo los cual, debe admitirse, puede hacer sonrojar a los historiadores especializados en este período. Las historias de venenos y depravación, precisamente por lo melodramáticas que son, tienen tendencia a hacer que se sientan incómodos. Al fin y al cabo, cuanto más sensacional es una historia, menos creíble resulta. La veracidad de las alegaciones atribuidas a la dinastía Julio-Claudia —que es como los estudiosos denominan habitualmente al linaje de Augusto— provoca, por este motivo, ciertas disputas. ¿Es de verdad posible, por ejemplo, que Calígula estuviera tan loco como afirmaron Suetonio y otros autores antiguos? ¿Es posible que, en lugar de estar loco, sus actos más excéntricos simplemente se hayan tergiversado al transmitirse la información? ¿Es posible, por ejemplo, que tras la aparente irracionalidad de su orden de recoger conchas hubiera, de hecho, una explicación perfectamente

razonable? Muchos estudiosos así lo creen. A lo largo de los años, se han propuesto numerosas teorías. Quizá —aunque ninguna fuente lo menciona— se había producido un motín, y Calígula impuso a sus soldados una tarea degradante a modo de castigo. O quizá quería que buscasen perlas, o puede que simplemente recogieran conchas que luego se utilizarían para ornamentar fuentes. O puede que Calígula utilizase la palabra *concha,* en latín, para referirse a algo totalmente distinto: un tipo de barco, o incluso los genitales de una prostituta. Cualquiera de estas sugerencias es posible, pero ninguna de ellas es definitiva. Como si fuera un sueño muy vívido, el episodio parece estar gobernado por algún tipo de indescifrable lógica, poseer algún significado que se resiste a todos nuestros esfuerzos por comprenderlo. Tal es, a menudo, la frustración que produce la historia antigua: hay cosas que nunca sabremos a ciencia cierta.

Aunque el no saberlo no debe necesariamente llevarnos a la desesperación. Lo que sabemos que no sabemos no carece de valor para el historiador de los primeros césares. La cuestión de qué estaba haciendo o pretendía hacer exactamente Calígula en esa playa gala nunca se sabrá con total seguridad; pero lo que sí sabemos a ciencia cierta es que los historiadores romanos no creyeron que fuera necesario ofrecer una explicación. Dieron por sentado que ordenar a los soldados recoger conchas era el tipo de cosa que hacía un emperador malo y demente. Las historias que contaron de Calígula —que insultaba a los dioses, que obtenía placer en la crueldad, que gozaba de todo tipo de desviación sexual— no eran exclusivas suyas. Muy al contrario; formaban parte de un bagaje común de rumores que circulaba siempre que un césar transgredía lo que era considerado decente en una determinada época. «Dejad a las feas sombras a solas vagando en el abismo de su vergüenza»:[14] esta severa admonición, pronunciada por un antólogo de relatos con moraleja durante el reinado de Tiberio, era una que pocos de sus conciudadanos estaban dispuestos a seguir. Les gustaban demasiado los cotilleos. Las anécdotas que se contaban sobre la dinastía imperial, un reflejo de los prejuicios y terrores más íntimos de aquellos que las difundían, nos transportan al corazón de la psique romana. Por ello, un estudio de la dinastía de Augusto nunca puede quedar reducido a eso, sino que debe tener un propósito adicional: servir como retrato del mismo pueblo romano.

Es también por ello por lo que una historia narrativa que cubra toda la época del período Julio-Claudio ofrece quizá el camino más seguro para discurrir entre el Escila de la credulidad flácida y el Caribdis de un escepticismo hipertrofiado. Claramente, no se puede confiar en todas las historias que se contaban sobre los primeros césares; pero, de igual modo, muchas de ellas nos aportan pistas sobre lo que probablemente las inspiró. Estas anécdotas, que pueden parecernos completamente fantásticas cuando las leemos de forma aislada, a menudo parecen mucho menos fantasiosas desde la perspectiva que aporta una historia narrativa completa. La evolución de la autocracia en Roma fue un proceso que se desarrolló a lo largo del tiempo y sufrió reveses. Augusto, a pesar de ser considerado por los historiadores como el primer emperador de la ciudad, nunca fue instituido oficialmente como monarca. En cambio, gobernó en virtud de los derechos y honores que se le concedieron poco a poco, en sucesivas votaciones. No existió nunca un proceso formal que rigiera la sucesión, y esto provocó que cada emperador, al llegar al poder, no tuviera otra opción que explorar los límites de lo que podía y no podía hacer. Como consecuencia, la dinastía Julio-Claudia presidió un prolongado proceso de experimentación. Y por ello he decidido seguir en este libro el curso entero de su dinastía, desde su fundación a su sangriento final. El reinado de cada uno de los emperadores se comprende mejor no en sus propios términos, sino dentro del contexto que lo precedió y lo siguió.

Y más aún si tenemos en cuenta que el estudio de este período, como siempre sucede con la historia antigua, a veces produce la misma frustración que escuchar la radio de un coche viejo, en la que las diversas emisoras aparecen y desaparecen sin previo aviso mientras se conduce. Si tan solo, por ejemplo, tuviéramos la crónica de Tácito de las acciones de Calígula en esa playa del canal... Pero, ¡ay!, no ha llegado hasta nuestros días. Todo lo que los *Anales* tienen que decir sobre los años que transcurrieron entre la muerte de Tiberio y mediados del reinado de Claudio se ha perdido. Que Calígula, el miembro más notorio de esta dinastía, sea también el Julio-Claudio de cuyo reinado nos han llegado menos información no es, casi con total seguridad, una coincidencia. Aunque tras escucharla repetida durante dos mil años tengamos la impresión de que la narrativa del período está fijada desde hace tiempo, en muchos casos no es así. En el estudio de la historia antigua, sigue siendo tan importante

reconocer lo que no sabemos como sacar a la luz aquello que conocemos. El lector debe ser consciente de que buena parte del discurso narrativo de este libro, como el puente de pontones que Calígula construyó en una ocasión entre dos promontorios de la bahía de Nápoles, discurre sobre abismos turbulentos. La controversia y los desacuerdos son endémicos en el estudio de este período. Y esta, por supuesto, es precisamente la causa de que resulte tan fascinante. A lo largo de las pasadas décadas, el alcance y vitalidad de las investigaciones académicas acerca de la dinastía Julio-Claudia han revolucionado el concepto que tenemos de esa época. Si este libro consigue ofrecer a los lectores aunque sea una mínima muestra de lo apasionante que resulta el estudio de la primera dinastía imperial de Roma, habrá cumplido con su objetivo. Dos milenios más tarde, la muestra primigenia de la tiranía en Occidente sigue instruyendo y horrorizando.

«Nada es más tenue que aquellas antorchas que no permiten atravesar la oscuridad, sino atisbarla».[15] Séneca escribió esto poco antes de su muerte, en el 65 d. C. El contexto de tal observación se encuentra en un atajo que había tomado recientemente mientras viajaba por la bahía de Nápoles, a través de un túnel sombrío y polvoriento. «Qué prisión más formidable, y qué largo. Nada podía compararse con él». Puesto que era un hombre que había pasado muchos años observando la corte imperial, Séneca conocía bien la oscuridad. Calígula, celoso de su genio, quiso ejecutarlo, y costó trabajo disuadirlo; Claudio, ofendido por su adúltera aventura con una de las hermanas de Calígula, lo desterró a Córcega; Agripina, que buscaba alguien capaz de embridar los viciosos instintos de su hijo, lo nombró tutor de Nerón. Séneca, que acabaría siendo obligado por su antiguo pupilo a cortarse las venas, no se hacía ninguna ilusión respecto a la naturaleza del régimen al que servía. Incluso la paz que había traído al mundo, declaró, se basaba en último término en algo tan poco noble como «el agotamiento de la crueldad».[16] El despotismo estaba implícito en el nuevo orden desde su mismo principio.

Sin embargo, Séneca también adoraba aquello que detestaba. El desprecio por el poder no le impidió deleitarse con él. La oscuridad de Roma estaba iluminada por el oro. Dos milenios después, también nosotros, al volver la vista atrás y observar a Augusto y a sus herederos,

reconocemos en su combinación de tiranía y gestas, de sadismo y de *glamour*, de ambición y fama, una cualidad áurea que ninguna otra dinastía ha igualado desde entonces.

«El césar y el Estado son la misma cosa».[17]

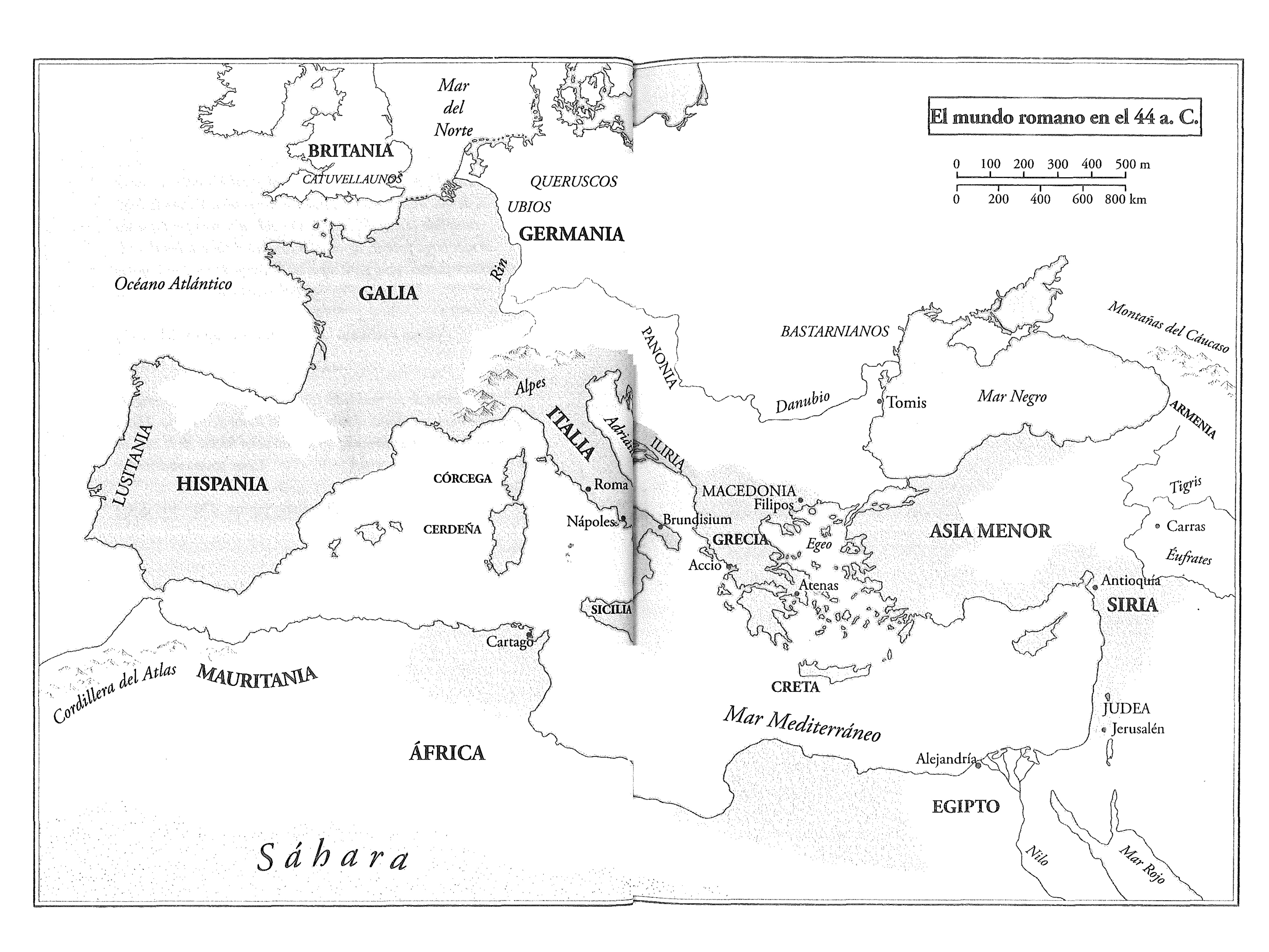
La historia sobre cómo se llegó a este punto sigue siendo hoy tan relevante, interesante y asombrosa como ha sido ha lo largo de los últimos dos mil años.

Guardad, preservad y proteged las cosas tal y como son hoy: la paz de que disfrutamos y a nuestro emperador. Y cuando haya cumplido con su deber, tras una vida que rezo para que sea lo más larga posible, agraciadlo con herederos con hombros lo bastante fuertes como para soportar la carga de nuestro imperio global, como han hecho los suyos.

Veleyo Patérculo (aprox. 20 a. C - aprox. 31 d. C.)

La mancha de las maldades cometidas en los tiempos antiguos por estos hombres nunca se borrará de los libros de historia. Hasta el mismo fin de los tiempos, los monstruosos hechos de la casa de César serán condenados.

Claudiano (aprox. 370 - 404 d. C)


El mundo romano en el 44 a. C.
0 100 200 300 400 500 m
0 200 400 600 800 km
Mar del Norte
BRITANIA
CATUVELLAUNOS
QUERUSCOS
UBIOS
GERMANIA
Rin
Océano Atlántico
GALIA
PANONIA
BASTARNIANOS
Montañas del Cáucaso
Alpes
Danubio
Tomis
Mar Negro
ARMENIA
ITALIA
Adriático
ILIRIA
LUSITANIA
HISPANIA
CÓRCEGA
Roma
MACEDONIA
Filipos
Tigris
CERDEÑA
Nápoles
Brundisium
GRECIA
Egeo
ASIA MENOR
Carras
Éufrates
Accio
Atenas
Antioquía
SIRIA
SICILIA
Cartago
CRETA
Cordillera del Atlas
MAURITANIA
JUDEA
Jerusalén
Mar Mediterráneo
ÁFRICA
Alejandría
EGIPTO
Sáhara
Nilo
Mar Rojo

I

PADRINO

1

Hijos de la loba

La creación de una superpotencia

La historia de Roma comienza con una violación. Una princesa virgen, una vez consagrada, fue asaltada y violentada. Existen varias crónicas de esta trascendental agresión. Algunos dicen que sucedió mientras dormía, mientras soñaba que un hombre de milagrosa belleza la acompañaba por una arboleda a orillas de un río y luego la abandonó allí, perdida y sola. Otros afirmaron que fue raptada, durante una tormenta, mientras iba a buscar agua a una fuente sagrada. Una historia incluso hablaba de un falo misterioso que había emergido de las cenizas del hogar de la familiar real y que no se había llevado a la princesa, sino a su esclava. Todas estas versiones, sin embargo, coincidían en el embarazo resultante; y la mayoría —a excepción de unos pocos cascarrabias— no tenían la menor duda de que el violador había sido un dios.* Marte, el derramador de sangre, había plantado su semilla en un útero mortal.

De esa violación nacieron dos niños de apariencia divina. Estos gemelos, hijos de la vergüenza de su madre, fueron arrojados a un río cercano, el Tíber, justo después de nacer. Sin embargo, las maravillas no cesaron ahí. Arrastrada por las aguas del río, la cesta con los dos bebés acabó varada al pie de una empinada colina conocida como el Palatino. Allí, en la boca de una cueva, bajo las ramas empapadas y cargadas de frutos de una higuera, los gemelos fueron descubiertos por una loba; y la loba, en lugar de devorarlos, limpió el barro que los cubría a lametones y ofreció sus ubres a sus hambrientas bocas. Al contemplar esta

* Dos historiadores, Marco Octavio y Licinio Macer, afirmaron que el violador había sido el tío de la chica, quien luego, «para ocultar el resultado de su acto criminal», había matado a su sobrina y entregado a sus gemelos recién nacidos a un pastor de cerdos.

milagrosa escena, un pastor de cerdos que pasaba por ahí bajó corriendo por la ladera del Palatino para rescatarlos. La loba huyó como una centella. Los dos niños, rescatados por el pastor y bautizados como Remo y Rómulo, crecieron y se convirtieron en guerreros sin igual. En un momento dado, cuando estaba en el Palatino, Rómulo vio doce águilas: un signo inequívoco de los dioses de que debía fundar, allí, en la cima de la colina, la ciudad que para siempre llevaría su nombre. Rómulo fundó Roma y fue su primer rey.

Esta, en cualquier caso, es la historia que contaba siglos después el pueblo romano para explicar los orígenes de su ciudad y la épica y gloriosa escala de sus gestas marciales. A los extranjeros que la escuchaban ciertamente les parecía muy plausible. Que Rómulo fuera hijo de Marte, el dios de la guerra, y que hubiera sido amamantado por una loba, para aquellos que habían tenido algún doloroso encontronazo con sus descendientes, decía mucho sobre el carácter de los romanos.[1] Incluso un pueblo como el macedonio, que bajo el reinado de Alejandro Magno había conquistado un vasto imperio que se extendía casi hasta el sol naciente, sabía que los romanos eran una raza de hombres distinta a todas las demás. Una breve escaramuza en el 200 a. C. que había concluido sin un vencedor claro bastó para convencerlos de ello.* Habían pasado más de cinco siglos desde la época de Rómulo y, sin embargo, los romanos, o al menos eso creían sus oponentes, todavía conservaban algo de la terrorífica cualidad de las criaturas nacidas de un mito. Cuando los macedonios retiraron a sus muertos del campo de batalla, quedaron conmocionados por el estado en que encontraron los cadáveres. Cuerpos mutilados y desmembrados por las espadas romanas teñían de rojo la tierra con su sangre. Brazos desgarrados por el hombro, cabezas cortadas, hediondos charcos de vísceras: todo ello testimonio de un tipo de violencia que parecía más propia de bestias que de humanos. No se puede culpar a los macedonios por haber sentido pánico ese día, «al descubrir el tipo de armas y la clase de hombres a los que se enfrentaban».[2] Al fin y al cabo, el miedo a los licántropos era perfectamente natural en un pueblo civilizado. La naturaleza lobuna de los romanos, las garras que se dejaban entrever bajo sus uñas y la mirada amarilla que había en sus ojos era algo que la gente de todo el arco mediterráneo

* Fue la segunda guerra Macedónica (200-197 a. C.). *(N. del T.)*

y de mucho más allá había aprendido a temer. «¡Pero si ellos mismos admiten que sus fundadores fueron amamantados por una loba!», fue la desesperada arenga de un rey antes de que su reino fuera también conquistado. «Es de esperar que tengan también el corazón de un lobo. Su sed de sangre es insaciable y su ambición, infinita. ¡Su ansia de poder y riquezas no conoce límites!».[3]

Por supuesto, los propios romanos veían las cosas de forma bastante distinta. Creían que los dioses les habían concedido el dominio del mundo. Roma sabía mandar. Sí, puede que otros destacaran en otros campos. Por ejemplo, ¿quién, podía rivalizar con los griegos en lo que concernía al labrado del bronce o el mármol, al trazado de mapas de las estrellas o a la escritura de manuales sobre sexo? Los sirios destacaban como bailarines; los caldeos, como astrólogos; los germanos, como guardaespaldas. Solo el pueblo romano, sin embargo, poseía el suficiente talento como para conquistar y mantener un imperio universal. Sus gestas no admitían discusión. En lo que se refería a ser generosos con sus súbditos y a aplastar a los soberbios, su supremacía era absoluta.

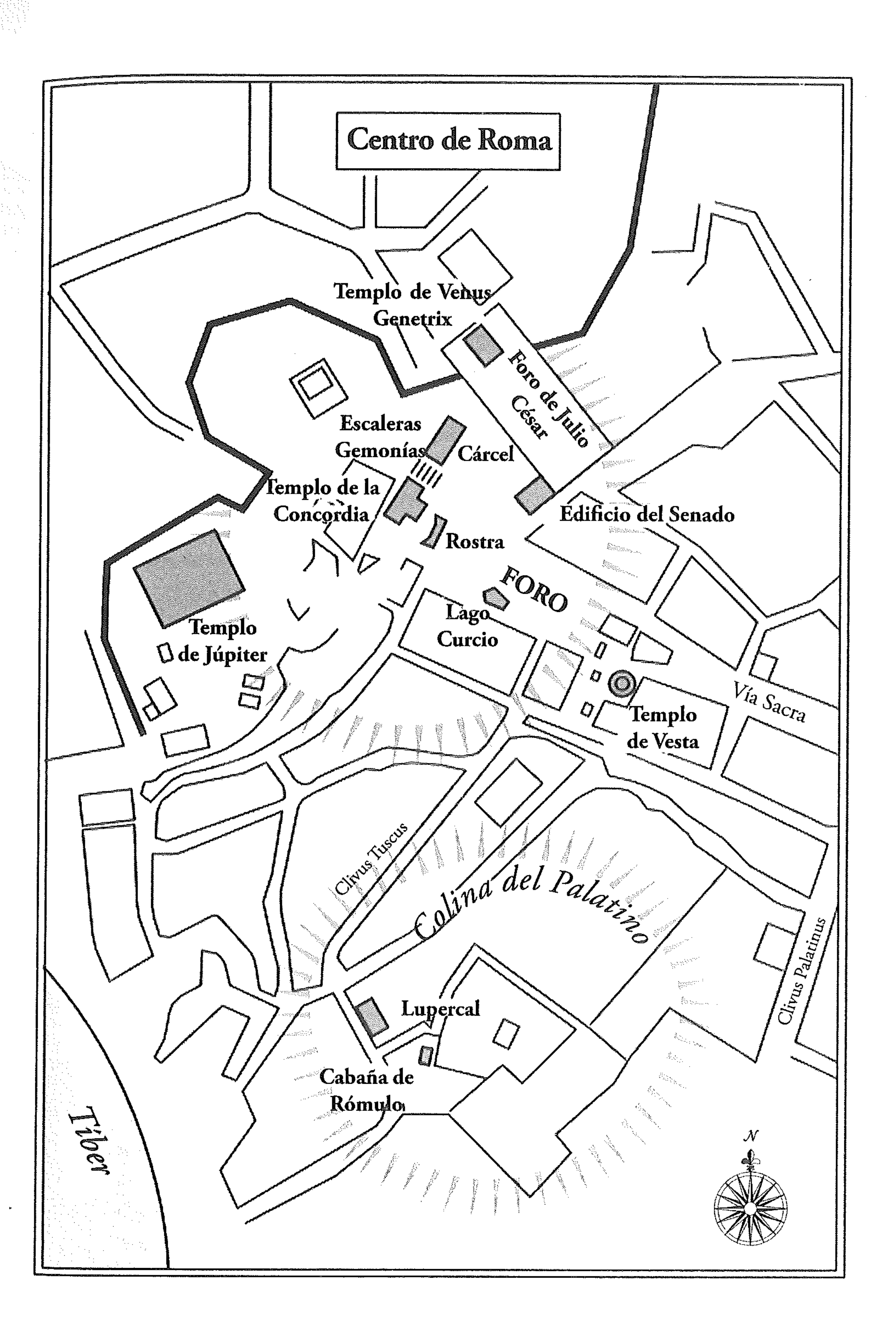
Según creían, los orígenes de esta grandeza se remontaban a sus inicios. «Los asuntos de Roma se basan en sus antiguas costumbres y en la calidad de sus hombres».[4] Desde sus primeros tiempos, la auténtica medida de la audacia de la ciudad había sido la disposición de sus ciudadanos a sacrificarlo todo por la causa del bien común, incluso sus propias vidas. Rómulo, que había construido una muralla alrededor de la ciudad que había fundado y trazado un surco con un arado, el *pomerium*, para consagrar todo el terreno que quedara dentro a Júpiter, el rey de los dioses, sabía perfectamente que era necesario algo más para hacer que Roma fuera verdaderamente invulnerable. Así que Remo, su gemelo se ofreció voluntariamente como sacrificio humano. Saltó al otro lado el surco y fue abatido con una pala; «y de este modo, con su muerte, consagró las fortificaciones de la nueva ciudad».[5] La tierra y el mortero de la Roma primigenia habían sido fertilizados con la sangre del hijo del dios de la guerra.

Remo fue el primero en morir por el bien de la ciudad, pero, ciertamente, no sería el último. Cinco reyes sucedieron a Rómulo en el trono de Roma; y cuando el sexto, Tarquinio el Soberbio, demostró ser un horrible tirano merecedor de su apodo, sus súbditos se jugaron la vida

rebelándose contra él. En el año 509 a. C., se puso fin para siempre a la monarquía. El hombre que había liderado la rebelión, un primo de Tarquinio llamado Bruto, obligó al pueblo romano a pronunciar colectivamente un juramento solemne: «que nunca más permitirían que un hombre solo reinara en Roma». Desde ese momento, «rey» se convirtió en la palabra más obscena del vocabulario político romano. Sus habitantes ya no eran súbditos, sino *cives,* «ciudadanos». Ahora, por fin, ya disponían de la libertad necesaria para demostrar de qué pasta estaban hechos. «Empezaron a caminar más erguidos y a desplegar todas sus habilidades al máximo, pues está en la naturaleza de los reyes el sospechar más de los hombres buenos que de los malos y el temer el talento de los demás».[6] Ya no había ninguna necesidad, en una ciudad liberada de la celosa mirada de un monarca, de reprimir el ansia de gloria de sus ciudadanos. El aplauso del pueblo romano se convirtió en la verdadera medida del éxito. Incluso el campesino más humilde que no quisiera verse convertido en el objeto del desprecio de sus conciudadanos tenía la obligación de cumplir con su deber como ciudadano y demostrar que era un hombre, un *vir.*

Virtus, la cualidad de un *vir,* era el máximo ideal romano, una lustrosa fusión de energía y valor que los propios romanos identificaban como su mejor atributo. Incluso los dioses estaban de acuerdo. En el 362 a. C., siglo y medio después de la caída de Tarquinio el Soberbio, un terrible portento golpeó el centro de Roma. Bajo el Palatino, en la llana extensión de terreno pavimentado conocida como el Foro, se abrió una enorme zanja. Nada podría haber causado mayor terror en el corazón de los romanos. El Foro era el corazón de la vida cívica. Era donde los hombres de Estado se dirigían al pueblo, donde los magistrados dispensaban justicia, donde los mercaderes intercambiaban sus productos y donde las vírgenes consagradas al servicio de Vesta, la diosa del hogar, cuidaban de su llama eterna. Que se hubiera abierto una entrada al inframundo en un lugar tan fundamental para la vida romana claramente presagiaba algo terrible: la ira de los dioses.

Y demostró que así era. Se exigió un sacrificio: «Lo más precioso que poseáis».[7] Sin embargo, ¿cuál era la posesión más preciada de Roma? Esta cuestión hizo que muchos se rascaran la cabeza, hasta que al final un joven llamado Marco Curcio levantó la voz. La virilidad y el coraje, dijo a sus conciudadanos, eran los mayores tesoros que poseía


Centro de Roma
Templo de Venus Genetrix
Foro de Julio César
Escaleras Gemonías
Cárcel
Templo de la Concordia
Edificio del Senado
Rostra
FORO
Lago Curcio
Templo de Júpiter
Vía Sacra
Templo de Vesta
Clivus Tuscus
Colina del Palatino
Clivus Palatinus
Lupercal
Cabaña de Rómulo
Tíber
N

el pueblo romano. Y, a continuación, vestido con su espléndida armadura, subió a su caballo, lo espoleó y se lanzó con él hacia el abismo a galope tendido. De un salto, se hundieron en las profundidades de la tierra y la grieta se cerró tras ellos. Para marcar el lugar, se dejó un estanque y un olivo, monumentos eternos en honor a un ciudadano que murió para que los demás pudieran vivir.

Tanto valoraba el pueblo romano su ideal del bien común que el nombre que daba a ese concepto —*res publica*— pasó a denominar a todo su sistema de gobierno. Este sistema permitía que el deseo de brillar de un ciudadano individual que ansiara conseguir honores, su determinación de poner a prueba su cuerpo y su espíritu en el crisol de la adversidad y de emerger triunfante de todos los retos, coexistiera con un férreo sentido de la disciplina. Las consecuencias para los vecinos de la República fueron invariablemente devastadoras. Hacia 200 a. C., cuando los macedonios experimentaron por primera vez el salvajismo lobuno del que eran capaces las legiones, Roma ya era dueña del Mediterráneo occidental. Dos años antes, sus ejércitos habían descargado un golpe demoledor contra la única potencia que había tratado de rivalizar con ella por ese título: una metrópolis de príncipes comerciantes en la costa del norte de África llamada Cartago. La victoria de Roma fue un triunfo de los que marcaban época. La lucha a muerte entre las dos ciudades duró, con algunos períodos de pausa, más de 60 años. Durante ese período, la guerra había llegado a las puertas de la propia Roma. Italia se había inundado de sangre. «Las convulsiones del conflicto habían hecho temblar el mundo entero».[8] Al final, sin embargo, después de un suplicio que habría hecho que cualquier otro pueblo suplicara desesperadamente por firmar la paz, los vencedores emergieron tan curtidos en el arte de la guerra que parecían forjados con hierro. No es sorprendente, pues, que incluso los herederos de Alejandro Magno descubrieran que no podían hacer frente a las legiones. En el Mediterráneo oriental, un rey tras otro se arrodillaron ante los magistrados de Roma. Al medirse contra una república libre y disciplinada, parece que la monarquía se había mostrado decididamente inferior. «Nuestra mente gobierna nuestra emociones», se informó con severidad a los embajadores de un rey derrotado, «y aquella nunca cambia, no importa lo que la fortuna ponga en nuestro camino. De la misma manera que la adversidad nunca nos ha hundido, tampoco el éxito nos vuelve vanos».[9]

El hombre que pronunció estas palabras, Publio Cornelio Escipión, ciertamente sabía de lo que hablaba. Él mismo era el epítome del éxito. Su apodo, «Africano», era un sentido tributo a su papel como conquistador del más terrible enemigo de Roma. Fue él quien arrebató Hispania a los cartaginenses, los derrotó en su propio patio trasero y luego los obligó a aceptar una rendición deshonrosa. Unos pocos años después, el nombre de Escipión lucía el primero de la lista en el registro de ciudadanos. Esto, en una sociedad como la de Roma, era un honor sin igual. La jerarquía era una de las obsesiones que mejor definía el espíritu romano. Todos los ciudadanos estaban oficialmente organizados según una escala de rangos. El estatus de un ciudadano se calibrada con severa precisión. La riqueza, la familia y los logros se combinaban para señalar precisamente cuál era la posición de cada uno de los romanos dentro del exigente sistema de clases de la República. Incluso en la cúspide de la sociedad, el estatus se medía con feroz precisión. Los ciudadanos más importantes pertenecían a la más exclusiva de las órdenes: el Senado. Era un requisito que sus miembros, además de riquezas y estatus social, tuvieran un historial de servicio como magistrados que los avalara para ejercer como árbitros del destino de Roma. Tan delicadas y tan influyentes eran sus deliberaciones que «durante muchos siglos ni un solo senador divulgó una palabra de ellas en público».[10] Como resultado, a un hombre de Estado, a menos que alzara la su voz entre los senadores, no se le prestaba más atención que a un idiota. Sin embargo, el derecho de un senador a hablar al resto de miembros de la cámara no se daba por sentado. Los hombres a los que se llamaba a hablar primero en un debate eran siempre aquellos quienes, en virtud de su linaje, de su categoría moral y de sus servicios al Estado, habían acumulado el mayor prestigio. Los romanos denominaban a esta cualidad *auctoritas*; y la República, al colocar a Escipión el primero en la lista de sus ciudadanos, daba su apoyo a su prodigioso bagaje de autoridad. Por consenso universal, el conquistador de Cartago había «conseguido una gloria única y brillante».[11] Incluso entre las filas de los más grandes de Roma, se reconocía que Escipión el Africano no tenía rival. Era el *princeps Senatus*, el «primer senador».

Sin embargo, en esta primacía acechaba el peligro. Era inevitable que la sombra que Escipión proyectaba sobre sus conciudadanos provocara resentimiento. El principio que guiaba la República seguía siendo

el de siempre: que ningún hombre pudiera reinar solo en Roma. Para el pueblo romano, la misma apariencia de un magistrado servía como recordatorio de la peligrosa seducción de la monarquía. El púrpura que adornaba el borde de su toga había sido originalmente el color de los reyes. Los «lictores» —guardaespaldas cuyo deber era abrir camino al magistrado entre la multitud de sus conciudadanos— habían escoltado en otros tiempos a Tarquinio el Soberbio. El haz de varas que llevaba cada lictor al hombro —los *fasces*— simbolizaba una autoridad de alcance despótico: el derecho a infligir tanto castigo corporal como la pena máxima.* Un poder de este calibre era asombroso y peligroso a la vez, por lo que, en una república libre, solo podía entregarse a una persona después de haber tomado las máximas precauciones. Como consecuencia, durante los años siguientes a la caída de la monarquía, los poderes del rey destronado se asignaron no a un solo magistrado, sino a dos: los cónsules. Como un buen vino, el esplendor del consulado, y la gloria inmortal que confería a aquellos que lo alcanzaban, requería ser cuidadosamente rebajado al principio. No solo se podía contar con cada uno de los dos cónsules para que vigilara al otro, sino que se fijó que su mandato fuera solo de un año. El prestigio de Escipión, sin embargo, deslumbraba y desafiaba esos límites. Incluso los más importantes magistrados electos de la república podían verse eclipsados por él. En consecuencia, en el Senado empezaron a escucharse murmullos contra el *princeps.*

Lo cierto es que la República siempre había recelado del *glamour* y la fama. Lo que los romanos querían en sus estadistas eran patas de gallo y un carácter duro como el pedernal. La misma palabra «senador» derivaba de la palabra latina utilizada para referirse a un«hombre mayor». No obstante, la meteórica carrera de Escipión había empezado a una edad escandalosamente temprana. Fue puesto al mando de las legiones para combatir a los cartagineses en Hispania cuando tenía solo veintiséis años. Accedió a su primer consulado solo cinco años después. Incluso su ascenso al rango de *princeps Senatus* llegó a una edad en la que otros senadores, todavía arañando sus primeros logros, peleaban por magistraturas menores. Forjar una asombrosa carrera como conquistador antes de que los carrillos empezaran a descolgarse

* Los lictores no llevaban el haz dentro de la propia ciudad de Roma como símbolo del derecho de los ciudadanos a apelar contra las condenas a muerte.

era precisamente lo que había hecho tan famoso a Alejandro. A los senadores que envidiaban su éxito no los tranquilizaba esta comparación. Al fin y al cabo, Alejandro era un extranjero... y un rey. Célebre como lo fue por la escala sobrehumana de su ambición, a muchos senadores les inquietaba que uno de los suyos copiara la capacidad de propaganda y promoción de sí mismo en la que había destacado el joven macedonio. Se decía que Escipión había sido engendrado por su madre y una serpiente; que había conseguido la victoria en Hispania gracias a la oportuna intervención de un dios; que cuando cruzaba el Foro por la noche, los perros dejaban de ladrar. Puede que fuera un *princeps,* pero historias como estas daban a entender que su estatus estaba más allá de lo mensurable.

Y esto no podía tolerarse. En el año 187 a. C., cuando Escipión regresó de una campaña en Oriente, sus enemigos estaban esperándolo. Fue acusado de desfalco. Mientras hacía pedazos sus libros de cuentas ante el pleno del Senado, Escipión recordó indignado a sus acusadores todas las riquezas que había ganado para Roma. Fue en vano. Antes que arriesgarse a la vergüenza de una condena, el *princeps* prefirió retirarse definitivamente a su villa en el campo. Allí, en 183 a. C., murió como un hombre desdichado. El principio fundamental de la vida política en la República había sido ilustrado con claridad: «no debe permitirse que ningún ciudadano destaque tanto que no se le pueda aplicar la ley».[12] Ni siquiera un hombre tan grande como Escipión el Africano había podido discutirlo.

Puede que a los romanos los hubiera criado una loba, pero el futuro de la República y de sus libertades parecía garantizado.

El gran juego

Pero ¿lo estaba de verdad?

Escipión se había sometido a las leyes de la República, eso era cierto. Sin embargo, la pura potencia de su carisma permitía entrever que el progreso de la República a la condición de superpotencia no estaría exento de peligros. Los oponentes de Escipión se enorgullecían de ser tercamente provincianos. Daban por sentado que las antiguas costumbres de Roma eran las mejores. Ya entonces, sin embargo, los límites

de este conservadurismo comenzaban a hacerse patentes. El creciente entramado de compromisos diplomáticos de Roma, la incomparable profesionalidad y efectividad de sus legiones, y su negativa a tolerar el menor indicio de falta de respeto se combinaron para plantear a sus ciudadanos más destacados tentaciones de alcance global. Más de un siglo después de la muerte de Escipión, el nuevo ídolo del pueblo romano consiguió para sí mismo riquezas y fama más allá de los sueños más salvajes de las generaciones anteriores. Pompeyo Magno —también conocido como «Pompeyo el Grande»— podía jactarse de una carrera que unía las ilegalidades y el engrandecimiento personal con sensacional efecto. Con solo veintitrés años, reclutó su primer ejército privado. A esto, lo siguieron una serie de lucrativos y glamurosos puestos de mando. Para un hombre al que llegaron a apodar el «joven carnicero»,[13] los tediosos ascensos de una carrera convencional no eran suficientes. Asombrosamente, consiguió acceder a su primer consulado —a la tierna edad de 36 años— sin ni siquiera haber tenido que unirse al Senado.

Tendrían lugar ultrajes peores. Las costumbres de la República serían pisoteadas sin el menor respeto. En el 67 a. C., Pompeyo recibió un mando que, por primera vez, abarcaba el Mediterráneo entero. Un año después, consiguió superarse al obtener carta blanca para gobernar directamente una vasta extensión de atractivos territorios todavía no anexionados a Roma. Engulló las estribaciones orientales de Asia Menor, que es como los romanos llamaban a la actual Turquía, y todo el territorio de Siria. Pompeyo fue alabado como el «conquistador de todas las naciones».[14] Cuando finalmente regresó a Italia, en el 62 a. C., trajo consigo de sus campañas mucho más que la gloria de sus victorias. Había reyes que eran vasallos suyos y reinos que podía ordeñar a su antojo. Sus legiones no debían lealtad a la República, sino al hombre que les había permitido saquear Oriente: a su triunfante general, a su *imperator*. En cuanto al propio Pompeyo, no perdía el tiempo con falsas modestias: cabalgaba por las calles de Roma pavoneándose y posando vestido con la capa de Alejandro Magno.

Nadie, ni siquiera el conservador más acervo, podía negar su preeminencia. «Todos y cada uno reconocen su estatus como *princeps* sin rival».[15] A diferencia de Escipión, Pompeyo no debía su título a una votación del Senado. Al igual que todo el incienso que había traído en largas caravanas de carros rebosantes desde oriente, su *auctoritas* inun-

daba toda Roma, perfumada e intangible. La longitud y el alcance de la campaña de Pompeyo dejó en ridículo los ritmos tradicionales de la vida política de la República. La perspectiva de compartir su cargo con un colega o de que estuviera limitado a un solo año jamás se le cruzó por la cabeza. ¿Quién era el Senado para poner trabas al «domador del mundo»?[16] Pompeyo había conseguido sus victorias, no a pesar de su actitud criminal, sino precisamente gracias a ella. Las implicaciones eran extremadamente inquietantes. Las leyes que también habían servido a Roma en sus días provincianos empezaban a ceder y agrietarse ahora que gobernaba el mundo. Los mismos reyes que se arrastraban encadenados como parte del botín de Pompeyo servían solo para demostrar las espectaculares recompensas que esperaban a un ciudadano dispuesto a desdeñar las venerables salvaguardias contra la monarquía. Parecía que ahora la misma grandeza de Roma, que sus ciudadanos atesoraban desde hacía mucho tiempo y consideraban fruto de su libertad, amenazaba con poner en peligro las libertades de la República.

No obstante, Pompeyo, a pesar de su poder, no sentía el menor deseo de imponerse a sus conciudadanos a punta de espada. Aunque siempre había ansiado poder y fama, había límites que ni siquiera él estaba dispuesto a traspasar. Un dominio que no descansara sobre la aprobación de sus iguales era un triunfo que no valía la pena. Ni siquiera se planteó la opción de instaurar el despotismo militar. La grandeza, en la República, no valía nada si no estaba avalada por el respeto del Senado y el pueblo romano. Pompeyo lo quería todo. Y eso, precisamente, fue lo que brindó una oportunidad a sus enemigos. A pesar de que estos no se atrevían a presentar una acusación formal contra él por la cantidad de recursos de que disponía el nuevo *princeps*, sí podían negarse a cooperar con él. El resultado fue la parálisis. Pompeyo, para su sorpresa e indignación, descubrió que el Senado bloqueaba sus medidas, que sus acuerdos no eran ratificados y que sus logros eran despreciados y menoscabados. ¿Acaso la política seguía manteniendo sus ritmos tradicionales? Esa era la esperanza de los enemigos de Pompeyo. Parecía que la única constante inmutable de la vida en la República aún resistía. Nadie era tan importante como para que no se lo pudiera rebajar uno o dos escalones. No lo había sido Escipión, y ahora no lo era Pompeyo.

Sin embargo, un puñado de los principales rivales de Pompeyo estudiaba la crisis que afectaba a la ciudad desde un punto de vista más

despiadado y depredador. Igual que sucedía con el resto de sus colegas senadores, el espectáculo de que un conciudadano hubiera convertido el maravilloso Oriente en su feudo personal despertaba en ellos amargos celos y temores, pero este puñado de audaces enemigos supo también reconocer que lo que había logrado Pompeyo representaba el principio de una nueva era que ofrecía posibilidades embriagadoras. Ya no se podía considerar que el consulado fuera la cima de las ambiciones de un romano. El ansia de poder empezaba a exceder la capacidad de las instituciones de la República para saciarla. Las recompensas a escala global parecían tentadoramente cercanas: «el mar, la tierra, la trayectoria de las estrellas». [17] Lo único necesario era tener el valor de alcanzarlas.

En el 60 a. C., mientras los enemigos de Pompeyo continuaban conspirando y pisando los talones del gran hombre, dos de las personas más influyentes de Roma urdían una maniobra fabulosamente audaz. Marco Licinio Craso y Cayo Julio César eran hombres cuya envidia del *princeps* solo se veía superada por su determinación de emularlo. Ambos tenían buenos motivos para apuntar alto. Craso llevaba tiempo sentado como una araña en el centro de una monstruosa red. Era un general veterano y había sido cónsul, sin embargo, su *auctoritas* tenía también sombras. Al igual que Pompeyo, reconoció que las fuentes más seguras del poder de Roma ya no eran las tradicionales. Aunque se movía perfectamente en el escenario público, su verdadero talento era el de mover los hilos tras el telón. Craso poseía una fortuna personal mayor que la que cualquier otro romano pudiera soñar y era constante solo en su infinita capacidad para el oportunismo. Utilizó su dinero, aparentemente interminable, para seducir a una generación entera de jóvenes en alza. La mayoría, una vez aceptaban su crédito, descubrían luego que era imposible pagar los intereses. Para ser capaz de liberarse de este yugo y emerger como un hombre clave por derecho propio había que tener un talento político fuera de lo normal.

Julio César poseía ese talento. En el 60 a. C., tenía 40 años: célebre por su libertinaje, su esnobismo y sus enormes deudas, descendía de una antigua familia venida a menos. Pero nadie, ni siquiera sus enemigos —que eran muchos— podía negar su talento. Combinaba encanto con crueldad, osadía con determinación, y el efecto era muy potente. Aunque claramente no estaba a la altura de Craso, y mucho menos de Pompeyo, en cuanto a recursos y reputación, César podía ofrecer

a los dos hombres un firme dominio de las riendas oficiales del poder. En el año 59, debía servir como uno de los dos cónsules electos de la República. El plan era que , gracias al apoyo combinado de Pompeyo y Craso, y también a sus propias e inefables cualidades, entre ellas la elegancia y la determinación, neutralizara —por muy ilegal que eso fuera— a su colega consular. El consulado se convertiría, a todos los efectos, en el de «Julio y César» .[18] Él y sus dos aliados podrían entonces aprobar sin oposición toda la serie de medidas que habían decidido de antemano. Era probable que los tres (Pompeyo, Craso y César) se beneficiasen espléndidamente de su sociedad tripartita.

Y así fue. Las generaciones siguientes distinguirían en el nacimiento de este «triunvirato» un momento tan trascendental como ominoso para la Roma: «la forja de una conspiración para hacer prisionera a la República».[19] En realidad, los tres dinastas no estaban haciendo nada que los pesos pesados de la política romana no llevaran siglos haciendo. En Roma, los negocios siempre se habían llevado a cabo mediante la creación de alianzas y el derrocamiento de los rivales. Sin embargo, el consulado de Julio y César, efectivamente, creó una hoja de ruta que resultaría fatídica para la República. Cuando los matones de César vaciaron un cubo de excrementos sobre el cónsul rival, dieron una paliza a sus lictores y forzaron, mediante amenazas, al pobre desdichado a que se jubilara, abrieron paso a un año de ilegalidades tan descaradas que ningún conservador podría jamás olvidar ni perdonar. Que las decisiones que impuso César sirvieran tanto a sus intereses como a los de sus dos aliados no evitó que las críticas estuvieran dirigidas principalmente a él. A partir de ese momento, sus enemigos estuvieron visceralmente decididos a destruirlo. Y César poseía una determinación semejante por perseguir la grandeza.

Comprensiblemente, se aseguró, mientras todavía era cónsul, la mejor póliza de seguros posible: un cargo de gobernador con enormes poderes y alcance. En la primavera del año 58 a. C., César puso rumbo al norte para tomar el mando de tres provincias enteras: una en los Balcanes, otra directamente en la frontera norte de Italia y otra al otro lado de los Alpes, en el sur de la Galia. Allí se podía considerar a salvo de sus enemigos. Estaba prohibido demandar judicialmente a ningún magistrado del pueblo romano, pues gozaban de inmunidad mientras estuvieran en el cargo, y se estableció que el mandato de César como

gobernador se prolongara durante unos constitucionalmente insultantes cinco años. Con el tiempo, acabaría doblando ese plazo.

Puede que César fuera el socio *junior* de Pompeyo y Craso, pero ninguno de los otros dos triunviros utilizó su alianza de modo más prometedor que el nuevo gobernador de la Galia. Una década de inmunidad ante los tribunales fue solo el principio. Igual de valiosas eran las oportunidades de alcanzar la gloria. Más allá de los Alpes y de las fronteras del poder romano, estaban las tierras salvajes de la *Gallia Comata*, la «Galia Melenuda». Allí habitaban inquietas hordas de bárbaros: guerreros semidesnudos que se peinaban con crestas, tenían la costumbre de empalar las cabezas de sus enemigos y bebían alcohol sin rebajarlo. Durante siglos, habían sido la encarnación de las peores pesadillas de la República; pero tan pronto César llegó a la Galia se dispuso a conquistarla por completo de forma atrevida, brillante y completamente ilegal. Sus campañas fueron devastadoras. Un millón de personas, según se dice, murieron durante el conflicto. Un millón más fueron esclavizadas. Durante una década, la sangre y el humo inundaron la Galia. Al final del mandato de César como gobernador, todas las tribus, desde el Rin hasta el Atlántico, habían sido sometidas a su espada. Incluso los germanos y los britanos, salvajes que vivían en los límites del mundo y cuya bravura era tan legendaria como exótica, aprendieron a respetar las armas romanas. Mientras tanto, en la capital, los conciudadanos de César estaban entusiasmados por la generosa prodigalidad de su nuevo héroe y por las sensacionales noticias de sus gestas. El propio César, rebosante de riquezas y de fama, y con el apoyo de un ejército formado por legiones veteranas y probadas en combate, había conseguido, hacia el año 50 a. C., una *auctoritas* que rivalizaba con la de Pompeyo. Sus enemigos en el Senado, que contaban impacientes los días que faltaban para que terminara por fin su período como gobernador, sabían perfectamente que, en ese momento más que nunca, no podían permitirse desperdiciar la oportunidad que tenían de acabar con él cuando perdiera la inmunidad.

Para César, el conquistador de la Galia, la perspectiva de verse arrastrado a los tribunales por una conjura de pigmeos era intolerable. Para no sufrir tal humillación, tenía intención de pasar sin solución de continuidad de su mando provincial a un segundo consulado. Sin embargo, para conseguirlo necesitaría aliados, y las cosas habían cambiado mucho en Roma durante su ausencia. La fuerza del triunvirato siempre

había derivado de la combinación de sus tres pilares, pero, hacia el 50 a. C., uno de esos pilares desapareció. Cuatro años antes, Craso había partido hacia Siria. Ansioso por seguir la senda que habían abierto Pompeyo y César, se aseguró el mando de un ejército enviado contra los partos, el único pueblo de Oriente Medio lo bastante presuntuoso como para desafiar todavía la hegemonía romana. La expedición prometía un botín tan espléndido que bastaría para satisfacer incluso al hombre más avaricioso de Roma. Los partos gobernaban un imperio fabulosamente rico. Se extendía desde el océano Índico, ese «mar preñado de perlas»,[20] a las tierras altas de Persia —donde, según se afirmaba con seguridad, había una montaña entera hecha de oro— y a Mesopotamia, donde increíbles riquezas —sedas, perfumes, y copas aromáticas— llenaban sus concurridos mercados.

Pero, por desgracia, los partos no eran solo ricos, sino también taimados. En lugar de quedarse quietos y combatir, preferían disparar flechas montados a caballo, avanzando y retirándose en numerosas ocasiones mientras lo hacían, sin llegar al cuerpo a cuerpo. Los invasores, pesados, lentos y sudados, se descubrieron impotentes ante esta táctica que parecía propia de mujeres. En el 53 a. C., atrapado en una llanura abrasadora junto a la ciudad fronteriza mesopotámica de Carras, Craso y treinta mil de sus soldados fueron exterminados. Sus águilas, representaciones en plata del pájaro sagrado de Júpiter que servían como símbolo y estandarte de cada legión, fueron capturadas por el enemigo. Junto con la cabeza del propio Craso, acabaron como trofeos en la corte parta. Se hizo evidente que la fortuna no siempre favorece a los audaces.

En cuanto a Roma, el daño que le infligió la debacle en Carras fue incluso mayor de lo que pareció al principio. La derrota fue un golpe que amenazó con desestabilizar a toda la República. Con Craso muerto, el número de jugadores en la partida del poder se reducía en un momento especialmente peligroso. No solo los conservadores, decididos a preservar el tejido del funcionamiento y las tradiciones del Estado, se sentían amenazados por la brillantez de las gestas de César, sino también el otro pilar superviviente del triunvirato, Pompeyo Magno. César y sus enemigos maniobraban en Roma cada vez más a la desesperada por conseguir ventaja, y ambos bandos competían por lograr el apoyo del *princeps*. Este cortejo, a pesar de que satisfacía la vanidad del gran hombre, también suponía una sutil humillación.

César o los enemigos de César: las opciones de la decisión más atroz que jamás se había visto obligado a tomar Pompeyo estaban definidas por el que había sido el socio menor del triunvirato. Por ese motivo, la ruptura entre los dos fue, quizá en último término, inevitable. En diciembre del 50 a. C., cuando uno de los dos cónsules que ostentaban el cargo ese año viajó a la villa de Pompeyo en las afueras de Roma y le presentó una espada con el encargo de que la blandiera contra César en defensa de la República, Pompeyo replicó que lo haría «si no se hallaba otro medio».[21] Esta mera matización contribuyó a garantizar que se encontrara otro medio. César, ante la elección de someterse a la ley y renunciar a su cargo o mantenerse firme en defensa de su *auctoritas* e iniciar una guerra civil, apenas vaciló. César no era un hombre que se caracterizara, como Escipión, por su contención. El 10 de enero del año 49 a. C., cruzó con sus legiones el Rubicón, un pequeño río que delimitaba la frontera de su provincia con Italia. La suerte estaba echada. «El reino quedó dividido por la espada; y la fortuna del pueblo imperial, que era dueño del mar, la tierra y de todo el mundo, resultó no ser bastante para dos».[22]

A la espera de un héroe

La capacidad del pueblo romano para matar, que primero les había valido para dominar el mundo, se desató en su propio hogar. Las legiones luchaban entre sí, «y el propio mundo resultó herido».[23] La guerra que inició César al cruzar el Rubicón duraría más de cuatro años y arrasaría el mundo romano de un extremo a otro. Ni siquiera la derrota de Pompeyo en una batalla campal y su subsiguiente asesinato y decapitación cuando intentaba huir de su victorioso rival pusieron fin al conflicto. De África a Hispania, la matanza continuó. Pompeyo, «cuyo poderoso cuerpo decapitado yacía en una playa»[24] fue solo el más célebre de la multitud de cadáveres que se convirtieron en polvo en tierras extrañas. La herencia formada por las tradiciones y el derecho que en otros tiempos había unido al pueblo romano y lo había dotado de un propósito no significaba nada para los soldados que ahora buscaban recompensas en el comandante que los encabezaba y no en las antiguas nociones de bien común. A los cautivos se los arrojaba desde las murallas y se les

cortaban las manos. Los cuerpos de los romanos que acaban de morir eran usados por otros romanos para construir murallas. Los legionarios, como si fueran meros galos, empalaban las cabezas de sus compatriotas en lanzas y estacas. Hasta tal extremo se había disuelto el vínculo de la ciudadanía.

Que manadas rivales de lobos se hubieran puesto a matarse unas a otras no sorprendió en absoluto a los habitantes de las tierras en las que batallaban. Los habitantes de las provincias romanas hacía mucho que tenían una opinión formada sobre el origen de sus señores. Comprendían mejor que los propios herederos de Rómulo lo que significaba haber sido criado por una loba. Las leyendas que para el pueblo romano siempre habían sido motivo de orgullo cobraban un cariz muy distinto desde el punto de vista de los conquistados. Las interpretaciones hostiles habían contribuido a crear una leyenda negra en torno a las tradiciones romanas. Se decía que lo que había visto Rómulo, en pie en el Palatino, no habían sido águilas, sino buitres, camino a alimentarse de alguna carroña; que los primeros romanos eran «bárbaros y vagabundos»;[25] que Remo, en lugar de ofrecer generosamente su vida por el bien de la ciudad, había sido, de hecho, asesinado por su hermano. «¿Qué clase de pueblo, pues, son los romanos?»[26] Los romanos ya no podían responder con la confianza de antaño a esta pregunta, formulada desde hacía mucho tiempo por aquellos que los odiaban y los temían. ¿Acaso tenían razón sus enemigos? ¿Y si era cierto que Rómulo había asesinado a su hermano? ¿Y si el destino del pueblo romano era repetir el crimen primordial de su fundador hasta que la ira de los dioses fuera aplacada y el mundo entero pereciera anegado en sangre? Al fin y al cabo, era muy difícil aplacar a los dioses cuando se cometía un fratricidio. Hasta los soldados más veteranos, embrutecidos por años de guerra, lo sabían. En la primavera del año 45 a. C., cuando César avanzaba sobre las llanuras del sur de Hispania para enfrentarse al último de los ejércitos que todavía combatía contra él, sus hombres capturaron a un soldado enemigo. Resultó que el prisionero había matado a su propio hermano. El crimen horrorizó tanto a los soldados que lo lincharon. Un día después, tras obtener la victoria que puso fin al conflicto, César desencadenó tal matanza sobre sus oponentes que 30 000 de sus conciudadanos quedaron en el campo de batalla como alimento para las moscas.

La ruina de Roma, sin embargo, no se podía medir solamente mediante la cifra de las bajas. Se había causado un daño indecible a los órganos vitales del Estado. El propio César, un hombre ajeno al sentimentalismo, lo comprendió mejor que nadie. La República, confesó en un raro momento indiscreción, era «sólo un nombre, sin forma ni sustancia».[27] No obstante, aunque se había nombrado a sí mismo indiscutible señor del mundo romano, todavía tenía que ir con cuidado. No era prudente ofender el susceptible orgullo de sus conciudadanos. Muchos de ellos, en aquellos tiempos tormentosos, se aferraban a la seguridad que les aportaban sus tradiciones ancestrales como un náufrago se agarra a un madero del barco que se ha hundido.

Tras regresar a Roma desde los campos de batalla de Hispania, César optó por resolver el problema con dinero. Sedujo al pueblo romano con impresionantes espectáculos y la promesa de grandes empresas. Se celebraron opíparos banquetes públicos en los que miles y miles de ciudadanos fueron agasajados lujosamente con vino y comida; por la noche, recorrió la ciudad un desfile de elefantes iluminados por las antorchas que llevaban sobre sus lomos; se diseñó un plan para desviar el Tíber. Mientras tanto, César hizo un esfuerzo para reconciliarse con sus enemigos en el Senado —a los que no era tan sencillo comprar— mostrando una capacidad de perdonar extraordinaria y diligente. Su disposición a absolver a sus adversarios, a apoyarlos para conseguir magistraturas y a halagarlos con destinos militares importantes maravilló incluso a sus más acérrimos enemigos. Ordenó con magnanimidad que se restaurasen las estatuas de Pompeyo que habían sido derribadas y hechas pedazos por sus partidarios.

Sin embargo, en este mismo ejercicio de clemencia, había una buena dosis de aquello que hacía que tantos de sus colegas y enemigos lo detestaran. Puede que se mostrara generoso, pero era el tipo de magnanimidad de un amo. César no sentía necesidad de disculparse por su dominio. Su penetrante inteligencia, combinada con el hábito de mando que se había forjado en su larga cadena de éxitos, lo habían convencido de que solo él tenía la solución para remediar lo que parecía una crisis insoluble. Las tradiciones de la República, impregnadas de la idea de que ningún ciudadano debía establecer una hegemonía permanente sobre los demás, eran particularmente difíciles de encajar con la convicción de César. Pero César no había ganado a pulso el dominio de

Roma para ahora tener compartirlo con hombres a los que despreciaba. Por ello, con vistas a hacer más discreto lo que por otro lado corría el riesgo de parecer puramente despótico, hizo lo que todos los gobernantes romanos, no importa lo radicales y osados que fueran, habían hecho siempre a la hora de enfrentarse a un desafío: buscó la respuesta en el pasado. Allí, criando moho en el venerable baúl de los recuerdos de la República, encontró un precedente que podía adecuarse a sus necesidades. Existía, de hecho, una cláusula que establecía la posibilidad de que un ciudadano pudiera ejercer una autoridad suprema sobre el pueblo romano durante épocas de crisis. Ese líder supremo recibía el nombre de *dictator*. César desempolvó ese cargo y le sacó brillo. Con unos mínimos ajustes, la figura de la dictadura se adaptaría perfectamente a sus necesidades: solo había que eliminar la antigua cortapisa de que ningún ciudadano podía ocupar ese puesto durante más de seis meses. Ya antes de partir hacia Hispania, César logró que lo nombraran dictador por un período de diez años. A principios de febrero del año 44, no obstante, consiguió mejorar la longitud de su mandato. Por un decreto del Senado, fue nombrado «dictador vitalicio».

Este fue un momento trascendental y aterrador para los ciudadanos que tenían la esperanza de que las antiguas virtudes de su pueblo fueran de algún modo renovadas y de que se cerraran las heridas que había abierto la guerra civil. Puede que el nuevo cargo de César fuera práctico y funcional, pero eso era precisamente lo que lo hacía tan ominoso. Ahora, los iguales del dictador, cuyas perspectivas de alcanzar la cumbre del poder político se veían ahora decididamente bloqueadas hasta que César muriera o fuera depuesto, no eran los únicos que lo consideraban un peligro, sino que también se granjeó la animadversión de todos aquellos que habían quedado anonadados o nerviosos por las calamidades que se habían cernido en los últimos tiempos sobre la ciudad. Después de todo, la existencia de una dictadura perpetua implicaba también la de una crisis perpetua. «¿El pueblo romano, a quien los inmortales han dado el gobierno del mundo, esclavizado? ¡Imposible!».[28] Sin embargo, claramente era posible. Habían perdido el favor de los dioses. El hilo de oro que unía el presente con el pasado se había roto. El destino, que había brindado a Roma su grandeza, ahora parecía de pronto súbitamente insustancial e ilusorio, y la propia ciudad, la orgullosa sede del Imperio, parecía mermada, había quedado reducida. La dictadura perpetua negaba al pueblo

romano aquello que, desde que Rómulo ascendiera por primera vez al Palatino, había sido su derecho de nacimiento: la confianza.

Puede que incluso el propio César fuera también presa de cierta ansiedad. Por mucho que hubiera acabado despreciando a la República y sus tradiciones, no se tomaba a la ligera el aura fabulosa que tenía la ciudad. Más allá del edificio del Senado y del alboroto del Foro, César utilizó las riquezas que había saqueado en la Galia para construir un estilizado segundo foro; y allí, en el centro de las instalaciones más punteras de la ciudad, abrió un portal para acceder a la fabulosa prehistoria de Roma. Era un templo construido con el mármol más brillante, un edificio cuyo esplendor capturaba reflejos evocadores y primordiales del pasado. Hubo una vez, antes de la República, antes de la monarquía, antes incluso de Rómulo y Remo, un príncipe troyano; y este príncipe troyano era hijo de Venus, la diosa del amor. Los dioses habían dispuesto para Eneas, como correspondía a un hombre de sangre inmortal, un destino realmente especial. Cuando Troya cayó finalmente ante los griegos y fue consumida por el fuego tras diez años de asedio, Eneas no se rindió. Cargó sobre sus hombros a su padre, un antiguo amante de Venus, reunió a una partida de refugiados troyanos y escapó de la ciudad en llamas. Al final, tras numerosas aventuras, él y su banda de aventureros troyanos llegaron a Italia. Allí, echaron nuevas raíces. La madre de Rómulo y Remo era descendiente de Eneas. Eso quería decir que los romanos también eran descendientes suyos, es decir, eran «eneidas».[29] El nuevo templo de César, dedicado a la divina madre del príncipe troyano, ofreció a sus baqueteados y desmoralizados compatriotas la confirmación de que procedían de un linaje espléndido.

Pero era también algo más. Venus era, en opinión de César, su antepasada por dos líneas genealógicas, su *genetrix*. Su familia, la Julia, afirmaba ser descendiente directa de la diosa. El hijo de Eneas, decían, se hizo llamar Julus: un detalle genealógico que, como no podía ser de otra forma, consideraban como una prueba indiscutible de que era su antepasado. Otros no estaban tan seguros. Incluso aquellos que no disputaban abiertamente esta afirmación se inclinaban por el agnosticismo. «Al fin y al cabo, después de que haya pasado tanto tiempo, ¿cómo puede nadie saber con seguridad qué sucedió?».[30] Pero César, con su templo dedicado a Venus Genetrix, no admitía discusión. Los romanos eran el pueblo elegido, y él era el romano supremo.

Lo que sí era un hecho indiscutible, que ni siquiera sus enemigos disputaban, era que el talento de César superaba «los estrechos confines habituales en un hombre».[31] Su energía, que en ocasiones parecía monstruosa, parecía un poder divino. El templo a Venus Genetrix, al constituirse como un espejo que reflejaba al propio César y también a la desaparecida edad en la que los dioses habían yacido con los mortales, servía para difuminar la frontera entre ambas. Al acercarse a sus escalones, uno se encontraba, junto a dos fuentes que brotaban con fuerza, con una estatua de bronce de su caballo.* Esta extraordinaria bestia, cuyas pezuñas delanteras parecían las manos de un hombre, solo podía haber sido montada por un héroe, y, desde luego, «no había dejado que nadie más la montara nunca».[32] Luego, dentro del templo, reluciendo entre las sombras, aguardaba otro recordatorio de la épica trayectoria de César. En el año 48, en plena guerra civil, se había reunido con la gobernante de la única monarquía griega a la que la República había permitido subsistir, aunque fuera solo de forma enervantemente nominal. Esa gobernante era Cleopatra, la reina de Egipto. César, poco partidario de mirar el diente al caballo regalado, no perdió tiempo en dejarla embarazada. Esta gesta, que había aportado a sus enemigos una fuente inagotable de puyas lascivas, estaba ahora recogida en el templo bajo la gloriosa luz que le correspondía. Por eso, una estatua de bronce de Cleopatra compartía el templo de Venus Genetrix con una estatua de la propia diosa. De la misma manera que Eneas, el padre del pueblo romano, había vivido en una época en la que los héroes dormían con reinas entre las convulsiones de grandes guerras y la ruina de las naciones, también, se revelaba ahora, lo hacían los contemporáneos de César. A pesar de ser un dictador, era también algo más. Su falta de aprecio por la República, a sus propios ojos, hacía que se remontara a una tradición todavía más antigua: se veía como uno de los antiguos héroes de la épica romana.

El 15 de febrero, pocos días después del nombramiento de César como «dictador vitalicio», llegó la oportunidad perfecta de poner a prueba esta dicha tesis. La fecha era muy potente, un día de jubilo, pero también ominoso. Quizá uno de los días más cargados de adrenalina de todo el calendario romano, era una jornada también hechizada por los

* La estatua era originalmente del caballo de Alejandro. César la trajo a Roma desde Grecia y reemplazó la cabeza de Alejandro por la suya.

muertos, que se sabía que la conmemoraban levantándose de sus tumbas y caminando por las calles de Roma. Ese día, la multitud se reunía temprano. La gente paseaba por el Foro o se reunía al otro lado del Palatino, bajo la cueva donde Rómulo y Remo habían sido alimentados hacía tanto tiempo por la loba: la «Lupercal».* En la entrada de la cueva, bajo las ramas de la sagrada higuera, hombres ungidos con aceite a los que se llamaba *luperci* y que no vestían nada excepto un taparrabos de piel de cabra, temblaban azotados por el frío viento invernal. También de piel de cabra eran las correas que llevaban en la mano, que agitaban hacia las mujeres que había entre la multitud. Ellas, que solían ir desnudas de cintura para arriba, se sonrojaban al ser objeto de tal atención. Naturalmente, hacía falta un físico notable para no hacer el ridículo vestido solo con un taparrabos, especialmente en febrero. La mayoría de los hombres, como era de esperar, eran apuestos jóvenes. Pero no todos. Uno de los *luperci* tenía casi cuarenta años y era cónsul, nada menos. El espectáculo de un alto magistrado del pueblo romano «desnudo, ungido y borracho»[33] escandalizó a todos aquellos que valoraban la dignidad de la República. Claro que eso le importaba un bledo al cónsul en cuestión. A Marco Antonio siempre le había divertido irritar a los envarados. A pesar de ser ya un hombre maduro, conservaba todavía su hosco atractivo y le gustaba disfrutar de los placeres de la vida. Más importante aún: tenía buen ojo para detectar al ganador. Marco Antonio había servido tan bien a César en la Galia y durante la guerra civil, que se había convertido en la mano derecha del dictador. Ahora, iba a prestar otro servicio a César. Antonio sabía que César esperaba al otro lado de la colina del Palatino, sentado en un trono de oro en el Foro. Así pues, no había tiempo que perder. Todo estaba dispuesto. Se habían ofrecido cabras en sacrificio y también un perro. Se habían untado con su sangre la frente de dos jóvenes y se había limpiado la sangre acto seguido: esos dos jóvenes, como estaban obligados hacer, habían estallado a reír a carcajada limpia. Era hora de irse. Era el momento de celebrar las *Lupercalia*.

A medida que los hombres vestidos con sus escuetos taparrabos se dispersaban desde la Lupercal y comenzaban a correr por las estribacio-

* Varro, el más erudito de los sabios romanos, explicó que había que identificar a la loba con una diosa llamada Luperca. En latín, «lupa pepercit» significaba «la loba no los mató» .

nes del Palatino, su curso los llevaba a través de lo más profundo de los misterios del pasado de la ciudad. Mientras corrían, golpeaban con su correa de piel de cabra a las mujeres medio desnudas, tan fuerte que les dejaban verdugones perlados de sangre. Al hacerlo, los *luperci* obedecían lo que un oráculo había dicho hacía dos siglos. «La cabra sagrada debe penetrar a las madres de Italia».[34] Si no lo hacían, todas las embarazadas darían a luz bebés muertos. Por eso, durante las *Lupercalia,* las mujeres se ofrecían voluntariamente a ser azotadas. Al fin y al cabo, mejor unos pocos maratones y heridas que ser penetradas por otro tipo de animal. Sin embargo, los orígenes de las *Lupercalia* se remontaban a una época muy anterior a la de aquel oráculo. Mientras corrían hacia el Foro, los *luperci* se acercaban a una segunda higuera, que marcaba el centro del sistema nervioso político de la ciudad, el espacio abierto donde el pueblo romano se reunía tradicionalmente en asamblea: el *Comitium.* En aquel lugar se erigía el edificio del Senado; allí, cuando se fundó la República, fue donde se construyó una tarima para los oradores, la *Rostra.* Ya por aquel entonces, el *Comitium* era extraordinariamente antiguo. Algunos afirmaban que la higuera que había junto a la *Rostra* era la misma bajo la cual la Loba había amamantado a Rómulo y Remo, mágicamente trasplantada hasta allí desde el Palatino por un hacedor de milagros en tiempos de los reyes. La confusión era significativa. Los recuerdos que el pueblo romano tenía de su pasado eran una contradicción tras otra. En ese momento en que los *luperci* corrían con sus correas de piel de cabra de una higuera a otra, dichas contradicciones cobraban vida de una forma apasionante. En un día en que se unían lo humano y lo lobuno, lo carnal y lo sobrenatural, una Roma profundamente angustiada por la dictadura de César y la ciudad fantasmal de los reyes, ¿acaso alguien sabía qué podía suceder?

Antonio corrió junto al resto de los *luperci* a lo largo del Foro y se detuvo frente al *Comitium.* Allí, los obreros de César habían tenido mucho trabajo. La sede del Senado, que se había incendiado durante unos disturbios ocho años antes, seguía cubierta de andamios. Otros monumentos, muchos de ellos extraordinariamente antiguos, se habían derruido para dar paso a una gran superficie plana pavimentada. La *Rostra,* demolida junto con todo lo demás, había sido reconstruida con bonitos adornos policromados. Allí aguardaba sentado César mientras Antonio se aproximaba. Como dictador del pueblo romano

era lógico que presidiera las *Lupercalia* en un trono entre edificios de reluciente mármol en construcción, símbolos públicos de su determinación por renovar el Estado. No obstante, esto no quería decir, claro está, que tuviera la intención de reconstruirlo sobre unos cimientos totalmente nuevos; más bien todo lo contrario. ¿Qué mejor día que durante las celebraciones de las *Lupercalia,* cuando los jóvenes romanos corrían como lobos por las calles, para recordar a su pueblo que el manantial de su historia brotaba desde mucho antes de que naciera la República? Como muestra de ello, el propio César acudió al festival vestido con la indumentaria tradicional de los antiguos reyes: una toga púrpura y botas altas de elegante cuero rojo. Cuando llegó al *Comitium,* Antonio se detuvo directamente frente al dictador, subió a la *Rostra* y le ofreció lo único que le faltaba para completar su atuendo: el símbolo por antonomasia de la monarquía, una diadema de hojas de laurel entrelazadas.

Unos cuantos aplaudieron sin muchas ganas aquel gesto. Por lo demás, el silencio se apoderó del lugar. Entonces, César, tras una pausa dramática, apartó de sí la diadema... y el Foro estalló en tumultuosos vítores y alabanzas.

De nuevo, Antonio ofreció la diadema al dictador, que la volvió a rechazar. «Y así fracasó el experimento».[35] César se puso entonces en pie y ordenó que se ofreciera la diadema a Júpiter «pues Roma no tendría otro rey».[36]

Estaba en lo cierto. A pesar de los manifiestos defectos de su desgastado sistema político y las muchas calamidades que habían destrozado y desangrado la República, el pueblo romano nunca permitiría que un mortal los gobernara como un rey. La mera palabra seguía siendo una «que no soportaban ni siquiera oír».[37] Al conseguir el cargo de dictador perpetuo y dejar a sus colegas, los senadores, perpetuamente en un segundo plano, César había firmado su propia sentencia de muerte. Exactamente un mes después del festival de las *Lupercalia,* el día 15 o «idus» de marzo, fue asesinado con una lluvia de puñaladas durante una reunión del Senado. El líder de la conspiración, y también su conciencia, era un tal Bruto, descendiente del hombre que había destronado a Tarquinio y acabado con la monarquía. Bruto y los demás asesinos, que mataron a César en nombre de la libertad, creían devotamente que su muerte bastaría para salvar la República. Otros, más sagaces, no eran tan optimistas.

Temían que el asesinato de César no resolviera nada. «Si un hombre con su genio no fue capaz de encontrar una solución», se preguntaba uno de estos analistas, «¿quién será capaz de encontrar una ahora?»[38] ¿Y si la crisis no tenía solución? ¿Y si la propia Roma estaba acabada?

Y puede que fuese más que la propia Roma lo que estaba acabado. En los azarosos días y semanas que sucedieron al asesinato de César, se observaron en los cielos señales que parecían indicar que el fin del mundo se acercaba. Los días eran cada vez más oscuros. El sol se ocultó tras una sombría capa morada y violeta. Algunos, como Antonio, creían que apartaba la vista, horrorizado, «ante la villanía que se había cometido contra César».[39] Otros tenían una interpretación todavía más desoladora, y consideraban que la oscuridad era el temido castigo por los crímenes de toda aquella época y el principio de una noche eterna. Esta angustia se incrementó todavía más cuando un cometa cruzó el cielo durante siete días.* ¿Qué significaba aquello? De nuevo, hubo diversidad de opiniones. Ya desde inmediatamente después de la muerte de César, una multitud de airados dolientes le había elevado un altar en el Foro, y al ver a aquella aterradora estrella surcar los cielos, se extendió la creencia de que el alma del dictador asesinado estaba ascendiendo a los cielos «para morar allí entre los espíritus de los dioses inmortales».[40] Sin embargo, otros no estaban convencidos. Al fin y al cabo, los cometas eran señales de mal agüero. Los adivinos, experimentados en la interpretación de tales portentos, no dudaban de que aquello era un ominoso presagio de cosas terribles. Terminaba una época, el mundo tocaba a su fin. Uno de estos adivinos advirtió de que a la humanidad no le estaba permitido conocer todos los horrores que estaban a punto de ocurrir y que revelarlos le costaría la vida misma. Pero, aun así, los reveló... Y, tras hacerlo, cayó fulminado y murió al instante.

Mientras tanto, en los campamentos de los legionarios de ciudades a lo largo y ancho de todo el Imperio romano, hombres duros pronunciaban palabras elegantes y preparaban metódicamente la guerra.

Y en las altas ciudadelas, los lobos invadían las noches con sus espantosos aullidos.

* No menos de nueve de las fuentes que hacen mención a la aparición de un cometa en el cielo fechan este acontecimiento en la semana de los juegos funerarios en honor a César. De ser cierto esto, forzosamente hubo de tener un gran impacto sobre la gente.

2

Regreso al futuro

Una marea de los asuntos de los hombres

A finales de enero, una década y media antes de que el alma del asesinado César surcara los cielos de Roma, nació una niña destinada a convertirse en diosa.[1] Los inmortales habían velado por ella cuidadosamente incluso cuando todavía estaba en el útero. El embarazo era un asunto peligroso. Solo la supervisión sobrenatural podía garantizar que arribara a buen puerto. Desde el mismo instante de la concepción, la nonata había crecido bajo la protección de una serie de deidades. En el momento en que finalmente emergió al mundo desde las entrañas de su madre, que parió en cuclillas, la partera la levantó, tras limpiarle la sangre, y le ofreció su primer sorbo de leche. Entonces todavía había varías diosas cerca que seguirían su progreso: Levana, Rumina y Potina.*

No obstante, los dioses ya no eran los únicos con poder para decidir si el bebé sobreviviría. «Los diez largos meses de tediosa espera» que su madre había soportado habían acabado y la niña pasó a estar bajo la tutela de su padre. Los romanos no nacían, sino que se hacían. Durante la primera semana de vida, un bebé era una cosa sin nombre ni derechos, «más parecida a una planta que a un ser humano» hasta que perdía el cordón umbilical.[3] Era decisión de su padre durante ese período de tiempo reconocerlo o abandonarlo a su suerte, y solo él podía tomarla. Ningún hombre en el mundo tenía la misma autoridad sobre sus hijos que un padre romano.† Un hijo cedía a su padre de buen grado el poder absoluto que le negaba a un cónsul. Era posible que un hijo fuera mayor

* Levana deriva de la palabra latina *levate,* que significa «levantar», y presidía el alzamiento de un bebé por la partera inmediatamente después del parto.

† Aunque, como los propios romanos reconocían amablemente, los gálatas les pisaban los talones.

de edad, se casara y consiguiera la mayor gloria y los mayores honores, pero permaneciera todavía bajo la *patria potestas,* el «control parental». El poder de un padre sobre un hijo era, literalmente, de vida o muerte. Sin embargo, esto no quiere decir que se ejerciera a menudo. Todo lo contrario. De acuerdo con el estilo de paternidad ideal romano, el poder absoluto se combinaba con la generosidad, el perdón y la devoción. «Pues, al fin y al cabo, ¿qué padre tiene prisa por amputarse uno de sus propios miembros?»[4] Incluso el abandono de un recién nacido no deseado, a pesar de ser algo completamente legal, tendía a llevarse en secreto. Hacerlo era señal de pobreza o adulterio, o, quizá, de que el hijo sufría alguna deformidad. Y era siempre motivo de vergüenza.

Pero aquel enero, la recién nacida no fue repudiada. Ocho días después de su nacimiento, en una ceremonia que combinaba solemnes rituales de purificación con gozosas fiestas, recibió finalmente un nombre: Livia Drusila.* Su padre, desde luego, se podía permitir criarla. Marco Livio Druso Claudiano se jactaba de uno de los nombres más distinguidos de Roma. De su padre, un estadista celebrado por sus principios morales que, en su día, había sido el principal paladín de los pobres, había heredado contactos a lo largo y ancho de Italia.[5] En una época de trastornos y guerra civil, el nombre de «Livio Druso» tenía mucho peso. Sin embargo, este nombre no era el único del cual la pequeña Livia Drusila recibía su pedigrí. En Roma, donde el gran juego de la competición dinástica consistía tanto en forjar alianzas como en frustrar las ambiciones de los rivales, la adopción era una práctica común. Se consideraba perfectamente legítimo que el hijo de un político hábil fuera un heredero adoptado en lugar de natural, y ese era el caso de Druso Claudiano, como revelaba su último nombre. Había acabado siendo legalmente hijo de Livio Druso, pero no había abandonado el recuerdo de la familia en que había nacido. El hecho de que se llamara «Claudiano» lo marcaba no solo como adoptado, sino también como vástago de las familias más célebres y formidables de Roma.

La fama de los Claudios era tan antigua como la propia República. Apio Claudio Sabino, el fundador de la dinastía, emigró a Roma desde los montes Sabinos, a unos pocos kilómetros al norte de la ciudad, solo cinco años después de la expulsión de Tarquinio el Soberbio. En

* Un niño, por motivos que hasta los romanos consideraban misteriosos, recibía un nombre pasados nueve días.

menos de una década se convirtió en cónsul. A partir de ese momento, los Claudios aparecieron regularmente en las listas de magistrados de la República. Más asombroso todavía, miembros de esa familia habían sido nombrados dictadores nada menos que en cinco ocasiones. El Claudio más célebre de todos, un hombre de férrea voluntad y gran capacidad de innovación conocido como Apio Claudio el Ciego, había estampado su nombre a lo largo de los valles y llanuras de Italia. En el año 312 a. C., mientras la República trataba de consolidar su todavía precario control sobre la península, Apio Claudio ordenó la construcción de una impresionante carretera que saliera de Roma hacia el sur. Esta carretera, conocida como la vía Apia, acabó extendiéndose hasta llegar a Brundisium, el gran puerto del talón de Italia que servía de salida hacia Oriente. Un hito de ingeniería de ese calibre, el ancla que unía a Roma con sus provincias más ricas, era precisamente el tipo de logro que mejor ilustraba, en opinión de los observadores extranjeros «la grandeza de su imperio».[6] ¿Y por qué iban a discutirlo los Claudios?

Que la carretera más famosa del mundo llevase el nombre de un antepasado era, en la lucha caníbal por las magistraturas que constituían la esencia de la vida política romana, un anuncio que no tenía precio. El afecto que sentía la gente por los Claudios era formidable y venía de antiguo. La gloria de las épocas de guerra y la prodigalidad durante los períodos de paz mantenían el nombre de la familia perpetuamente bruñido. Al llegar a Roma en la primera década de la República, Apio Claudio Sabino trajo consigo una gran cantidad de clientes, y este poder de patrocinio, que no hizo sino aumentar durante los siguientes siglos, convirtió a los Claudios en una máquina de ganar elecciones sin igual. Las redes clientelares trascendían las generaciones. Ya fuera un favor hecho a una familia en ascenso o un acueducto construido para beneficiar a toda Roma, los Claudios tenían un talento especial para hacer ofertas que los demás no podían rechazar. Esto les permitía seguir siendo *nobilis,* «muy conocidos». Los hombres de linajes más humildes, para los cuales los aristócratas como los Claudios eran un obstáculo casi insuperable en su carrera, no tenían más opción que rabiar. El *glamour* de la nobleza generaba envidia y resentimiento a partes iguales: «El pueblo romano otorga a los que han nacido en una familia noble todo tipo de prebendas aunque no hagan más que dormir».[7]

Esto, no obstante, era una exageración. Aunque la nobleza comportaba beneficios, también traía consigo una presión brutal. Nadie se convertía en senador por derecho de nacimiento, y mucho menos en cónsul. Incluso un Claudio tenía que resultar elegido. Era inevitable que los niños que habían crecido escuchando las historias sobre Apio Claudio sintieran el enorme peso de las esperanzas que su familia depositaba en ellos. Y no solo los niños. También a las niñas se las educaba para que fueran conscientes del deber que tenían hacia su linaje. Naturalmente, no se concebía que pudieran presentarse a las elecciones a cónsul, comandar un ejército o construir una carretera. Como mujeres, carecían por completo de derechos políticos. Sin embargo, también de ellas se esperaba que tuvieran ambiciones. La *virtus* no era solo cosa de hombres. Al entrar en el vestíbulo de la casa de su padre y ver las máscaras de cera de sus antepasados colgadas en la pared, de aspecto muy inquietante y realista, pero con unos ojos de vidrio de mirada vacía e impenetrable, la presión de estar a su altura no afectaba menos a las mujeres que a los varones.

Los anales de los Claudios estaban llenos de las gestas de sus mujeres. Una de ellas, una virgen consagrada al servicio de Vesta y, por tanto, sacrosanta, había montado sin miedo en el carro de su padre para protegerlo de los enemigos que intentaban arrastrarlo y tirarlo al suelo; otra, ansiosa por demostrar que «su rectitud era acorde a las más antiguas tradiciones»[8] lo había probado de forma espectacular al sacar sin ayuda de nadie un barco del Tíber. Pero presumir de virtud no era lo único a lo que la joven Livia podía aspirar cuando fuera adulta. Durante las décadas previas a su nacimiento se había producido un sutil cambio del estatus de las mujeres nobles. Si antes pasaban a estar bajo la potestad de su marido tras el matrimonio, cada vez más tendían a permanecer bajo la *patria potestas*. Una esposa romana seguía siendo fiel al linaje de su padre. Una matrona Claudia, imbuida de la inquebrantable confianza en sí misma que desde tiempos ancestrales había sido patrimonio de su familia, rara vez se contentaba con un papel puramente ornamental. En lugar de servir con docilidad como un mero apéndice de su marido, tendía a trabajar en pro de sus propios objetivos. Mientras sus hermanos se pavoneaban y corrompían en el escenario público, la mujer Claudia podía actuar entre bambalinas. Estaba en el ajo de lo que sucedía, más que muchos

senadores. Hasta un excónsul debía morderse la lengua si una mujer de alta alcurnia lo reprendía con dureza.*

Durante la primera década de la vida de Livia, este tipo de autoridad todavía era muy importante. Lejos de intimidarlos, las monstruosas sombras de Pompeyo y César despertaron en los Claudios un oportunismo considerado excesivo incluso para lo que era habitual en aquella época. El cabeza de familia, Apio Claudio Pulcro, se mostró tan implacable como despiadado a la hora de conseguir los objetivos que se había propuesto para los Claudios. Convencido de que solo los dioses merecían su respeto, prestó una atención obsesiva a los oráculos y a las entrañas de los animales, mientras se comportaba con sus conciudadanos con tal arrogancia y rapacidad que su nombre acabó convertido en sinónimo de ambas. Habiéndosele confiado la reforma del Senado en vísperas de la guerra civil, expulsó a un gran número de sus colegas por vicios de los que, como sus iracundos oponentes no tardaron en señalar, él mismo era el mejor exponente. Pero su desfachatez era pequeña comparada con la de su hermano menor. Combinando altivez y demagogia con una eficacia nunca vista, Publio Clodio llevó el gansterismo al mismo corazón de Roma. Paramilitares que guardaban una lealtad absoluta hacia él tomaron el foro, amenazaron a sus rivales e incluso, en un determinado momento, entonaron cánticos que calumniaban la masculinidad de Pompeyo. Mientras tanto, al mismo tiempo que las bandas de gánsteres de Clodio deambulaban por la ciudad, sus hermanas saltaban como gatas inquietas de un matrimonio a otro, obrando su peculiar magia en favor de la causa familiar. La mayor, la brillante Claudia Metela, de ojos oscuros, era la reina de la elegancia de Roma. La mezcla de devoción y miedo que inspiraba en sus admiradores era una buena medida de la reputación que tenía su familia a pesar del dominio de Pompeyo y del creciente poder de César. «Cuando se les hiere, guardan rencor; cuando se enfurecen, atacan; cuando se les provoca, luchan».[9] Incluso en el ambiente de crisis que precedió al cruce del Rubicón, el poder de los Claudios retuvo su aura amenazadora.

* El gran orador Cicerón narra la réplica de cinco palabras que le dirigió Servilia, la antigua amante de Julio César y madre de Marco Bruto, el más famoso de los asesinos de César. «Me mordí la lengua», escribe Cicerón.

Sin embargo, todo ese poder tenía un precio. En una era dominada por nuevos señores de la guerra, la ferocidad de la que los Claudios tuvieron que hacer gala para mantener su ancestral primacía adquirió un tinte escandaloso y perturbador. Fue inevitable que el legado que luchaban por defender quedará mancillado. Paulatinamente, los adversarios de los Claudios hicieron que el orgullo de esta familia por su linaje se viera como algo mucho más siniestro: «una sempiterna arrogancia innata».[10] Los venerables Claudios del pasado, cuya reputación había sido intachable hasta entonces empezaron a ser retratados por los cronistas de manera melodramática, como violadores y aspirantes a reyes. A sus logros empezaron a contraponerse monstruosos crímenes. Personajes escandalosos, olvidados hacía tiempo, cobraron de súbito nueva importancia. Al ejemplo del piadoso constructor de la vía Apia, por ejemplo, se oponía el de su nieto, quien justo antes del inicio de una batalla naval ordenó que lanzaran a los pollos sagrados al mar cuando le informaron de que estos no querían comer. «Si no quieren comer, que beban»,[11] dijo con sorna... y al poco tiempo perdió toda su flota. Luego estaba su hermana, quien, al verse en un atasco en las calles de Roma abarrotadas por una multitud de ciudadanos, se lamentó con voz estridente de que no estuviera por allí su hermano para perder otra flota. Monstruos insolentes como estos, en la época de Clodio y sus hermanas, cobraron gran importancia dentro del imaginario colectivo. Nadie podía negar la variedad y el alcance de la destreza de los Claudios, pero, con el paso del tiempo, eran cada vez más los enemigos de la familia que moteaban su historia con momentos oscuros. Parecía que por cada Claudio que había sido un benefactor del pueblo romano, había habido otro miembro de la familia que lo había pisoteado y aplastado.

Puede que ante esta acusación, los Claudios replicasen que mejor ser arrogantes que mediocres. Sin embargo, cuando la tormenta de la guerra civil finalmente se cernió sobre Roma en el 49, ni siquiera ellos pudieron mantener su tradicional independencia. Ya tres años antes de que César cruzara el Rubicón, Clodio fue asesinado en una trifulca en la vía Apia. Apio Claudio, incapaz de decidir si apoyar a Pompeyo o a César, acudió desesperado a los dioses en busca de orientación y guía, y estos resolvieron su dilema haciendo que muriera antes de que se entablara batalla. El padre de Livia, que desde el nacimiento de esta

había sido partidario de César, evitó meterse en problemas y acumuló en silencio un creciente resentimiento por el dominio cada vez más excesivo de su antiguo patrón. Cuando el dictador fue asesinado, Druso Claudiano aprobó públicamente el magnicidio. La idea que impulsaba a los asesinos (que matando a César devolverían a Roma su antiguo y sagrado orden político republicano) parecía diseñada para seducir a los Claudios. Los tiempos, sin embargo, eran confusos. Los cielos estaban oscuros y un cometa cruzaba el firmamento. No se podía dar nada por sentado. Los Claudios necesitarían hacer acopio de todas sus fuerzas si querían tener la menor posibilidad de recuperar el lugar que les correspondía por derecho en el gobierno de los asuntos del pueblo de Roma. O, en cualquier caso, así era como interpretaba la situación Druso Claudiano. Y diseñó un plan a tal fin: casaría a su hija.

Llegados a este punto, Livia estaba más que preparada para dar ese paso. Debía rondar los dieciséis años, y el tiempo no perdonaba. Muchas chicas nobles se casaban a los doce años. Una hija núbil era un activo muy valioso y no se debía posponer demasiado su utilización con fines dinásticos. Druso Claudio, sin embargo, había preferido no apresurar las cosas. Tenía el ojo puesto en un premio muy concreto. Durante muchas generaciones, los descendientes de Apio Claudio habían formado dos ramas diferenciadas. Uno de sus hijos, Claudio Pulcro, había engendrado el linaje al que pertenecía el propio Druso Claudiano y que, durante la primera década de la vida de Livia, tanto había obsesionado y horrorizado a los romanos. Los descendientes de un segundo hijo, Claudio Nerón, habían tenido una trayectoria mucho más modesta. La última vez que un Nerón había obtenido un consulado había sido en el año 202 a. C., hacía una eternidad, en la época en que Escipión todavía combatía contra los cartagineses. Pero ¿y si ambas ramas volvieran a unirse? Si Livia se casaba con un Nerón, el resultado sería una poderosa unión de los recursos de los Claudios. Una generación que tuviera en sus venas la combinación de la sangre de los Pulcro y de los Nerón sería formidable. Con los tiempos que corrían, valía la pena intentarlo.

Y resultó que la fortuna les brindó un Nerón apto para el puesto. Tiberio Claudio Nerón era unas dos décadas mayor que Livia y ya había dado pasos importantes en una prometedora carrera. Le había ido bien en la guerra civil. Había sabido ver que César sería el vencedor, se

había unido a él, había comandado una flota, conseguido varios honores y, luego, había sido enviado a la Galia en nombre del dictador. En ese momento, tras su regreso a Roma, se le ofreció la mano de Livia. Tiberio Nerón la aceptó. Con el enlace, aceptó algo más: los planes políticos de su suegro. Con un desdén por la coherencia que lo señalaba como un auténtico Claudio, el hombre que tantos favores había recibido de César destacó tras el asesinato de su patrón por su frialdad al proponer que se honrara a sus asesinos. Este súbito cambio de opinión, en realidad, tenía poco que ver con los méritos o deméritos del asesinato. Tiberio Nerón estaba haciendo una apuesta. Al salir al fin de la sombra de César, la dinastía más célebre de Roma volvía al primer plano político. Los Claudios volvían a forjar el futuro, de la misma manera que habían hecho en el pasado.

Pero nuevos acontecimientos minaban ya estas esperanzas. Mientras las doncellas, bajo la dirección de su madre, acicalaban a Livia y le trenzaban el cabello con forma diabólicamente compleja de la «corona mural»[12] que la tradición exigía que la novia luciera, nuevas y letales noticias, de las que nada sabía el novio que llegaba a la casa de la que sería su esposa vestido con una toga blanca y reluciente, hacían estremecerse al mundo. Que un noble romano estuviera en peligro en su propia casa era una perspectiva demasiado siniestra y monstruosa como para contemplarla. Todas las casas, incluso la del más humilde de los romanos, estaban directamente bajo la protección de los dioses. Es lo que definía a un romano como un hombre civilizado, como una persona que había echado raíces en la ciudad en la que vivía. «¿Qué hay más sagrado que la casa de un ciudadano, sea cual sea su clase? ¿Qué hay más protegido por todo tipo de salvaguardia religiosa?»[13]

Quizá, podría responderse a ese pregunta, una joven en el día de su boda. Las seis ornamentadas trenzas que le habían peinado a Livia le daban el aspecto de una virgen devota al servicio de Vesta, la diosa del hogar. Su velo, teñido de azafrán para que se asemejara al que llevaban las sacerdotisas de Júpiter, había sido coloreado por especialistas utilizando los mismos estambres de azafrán que usaban las mujeres que querían quedarse embarazadas para potenciar su fertilidad.[14] Se trataba de una fusión entre la virginidad y la fecundidad que los dioses contemplaban con aprobación: ¿qué más podía desear un novio? Al finalizar el banquete de boda que ofreció su suegro, Tiberio Nerón arrancó

a Livia de los brazos de su madre, como era su deber, y la condujo a su casa en el Palatino como si la llevara cautiva. Este fingido rapto de la novia hacía alusión a un episodio de los inicios de Roma. Una vez, durante el reinado de Rómulo, cuando los fundadores originales de la ciudad se encontraron con que faltaban mujeres, raptaron a las hijas de un pueblo vecino, las sabinas; y era quizá en recuerdo de aquella primigenia violación que la novia llevaba entre su alto peinado, adornado con mejorana y flores, una punta de lanza. Sin embargo, a pesar de que «la guerra y el conflicto habían tenido un papel en el primer emparejamiento de hombre y mujer en Roma»,[15] la llegada de esta nueva novia al hogar de Tiberio Nerón fue recibida no como un mal augurio, sino con bromas, jaleos y aplausos. Igual que las novias a las que habían raptado los primeros romanos habían engendrado una raza de héroes, se confiaba en que Livia perpetuara ahora el linaje Claudio. Lo haría como guardiana del fuego del hogar de su marido, cuyas llamas alimentaba cada noche y volvía a encender cada mañana. Como las murallas de la propia Roma, las paredes de la casa de un ciudadano eran sacrosantas e inviolables. Cuando Tiberio Nerón levantó a su esposa en brazos y cruzó con ella el umbral, Consevio, el dios de la concepción, ya había reparado en la pareja. El 16 de noviembre del año 42 a. C., Livia dio a luz a un niño. Al igual que su padre, recibió el nombre de Tiberio Claudio Nerón. En ese diminuto bebé se unieron y reposaban las ambiciones de las dos grandes ramas de la familia Claudia.

Pero era demasiado tarde. Cuando su hijo vino al mundo, las esperanzas que habían llevado a Livia al lecho marital de Tiberio Nerón estaban en ruinas. Apenas llevaban un año casados y Roma había sufrido un reinado del terror de una escala jamás vista en la historia de la ciudad. Los días en que su destino podía decidirse en la competición por la preeminencia entre sus principales familias y por su pelea por las magistraturas y los honores del Estado habían desaparecido para siempre. Muchas de las grandes dinastías de la República no solo habían quedado en un segundo plano, como les había sucedido durante el gobierno de César, sino que habían sido espantosamente mutiladas. La violencia descargada contra ellas había sido a la vez calculada y salvaje. Mientras Nerón y Livia celebraban su boda, ajenos a todo, los partidarios del dictador asesinado se preparaban para recuperar la iniciativa de la forma más brutal imaginable. Tras año y medio de maniobras contra

los asesinos de César, lograron el dominio de las provincias occidentales y de la propia Roma. Entonces, una noche a finales del 43, casi un año después del nacimiento del hijo de Livia, aparecieron en el Foro unas tablas blanqueadas. En ellas estaban escritos los nombres de los hombres acusados de traición a César. Se ofrecía recompensa por su asesinato. «Los asesinos deben traernos sus cabezas».[16] Entre los proscritos se encontraba el padre de Livia. Druso Claudiano tuvo más suerte que los 2 300 que se dice que fueron asesinados y consiguió escapar de los cazarecompensas y llegar a Oriente, donde Bruto, que seguía en libertad, se apresuraba a reclutar soldados para el enfrentamiento final que se avecinaba.

Desde luego, la reanudación de la guerra civil no tardó mucho en producirse. A principios del 42 a. C., los defensores de la memoria de César habían logrado que se consagrara formalmente a su patrón como un dios. A lo largo de los meses siguientes, utilizaron las riquezas que incautaron a los proscritos para reclutar y armar a legiones de soldados y, finalmente, hacia el final de la temporada de campaña, pasaron de Italia a Grecia. Avanzaron hacia Macedonia y se enfrentaron a sus adversarios en una llanura al este de la ciudad de Filipos. Ambos bandos combatieron allí en dos batallas encarnizadas, y al final se impusieron los partidarios de César. Bruto se suicidó. La aristocracia, ya diezmada como consecuencia de las proscripciones, sufrió una segunda y letal purga. «En ningún otro conflicto soportaron tantas bajas hombres con los apellidos más ilustres».[17] Entre los muertos que, al igual que Bruto, perecieron por su propia mano tras la derrota en la batalla se encontraba Druso Claudiano. Las noticias llegaron a Roma al cabo de pocas semanas después. Livia supo de la muerte de su padre mientras daba a luz a su nieto.

Livia debía por completo la seguridad con la que contaba en Roma al oportunismo sin escrúpulos de Tiberio Nerón. Al ver por dónde iban los tiros, este se había apresurado a renovar su vieja fidelidad hacia el ahora deificado César. En consecuencia, a pesar de la ruina de su padre y de perder todas sus propiedades, Livia pudo traer al mundo a su hijo en un entorno digno de su rango. El Palatino, donde Rómulo había construido en otros tiempos su cabaña con techo de paja, era ahora con diferencia el barrio más exclusivo de Roma. La cabaña en sí, que se reparaba y mantenía con reverencia, seguía en pie sobre la cueva de la

Lupercal, sin embargo, en la colina no había nada más que no fuera fruto del privilegio. Naturalmente, los Claudios disfrutaban desde hacía tiempo de una posición privilegiada en la colina. Claudia Metela había celebrado allí las *soirées* más populares de toda Roma. Y Clodio, después de haber pasado por dos mansiones ya impresionantes, se asentó finalmente en un cuartel general de un lujo ostentoso. Por mucho que lamentara la masacre de su clase social en Filipos, Tiberio Nerón debía pensar, mientras paseaba por su espléndida casa, que había tomado la opción correcta. Al fin y al cabo, mejor ofrecer lealtad a otro bando que perder las propiedades que poseía en el Palatino.

Pero incluso cuando la matrona levantó a su hijo en brazos, supo perfectamente que su fortuna se erigía sobre cimientos precarios. El recuerdo de las proscripciones seguía vivo. Olvidar la conmoción que había padecido la élite romana no era fácil. Nadie se podía considerar a salvo en ningún lugar, ni siquiera en la residencia más lujosa. La primera víctima de las proscripciones había sido asesinada en su propio comedor, con sus huéspedes reunidos a su alrededor, en el recinto más sagrado de su hogar. Al lanzarse sobre su presa, los soldados no mostraron el menor escrúpulo en profanar aquella escena de hospitalidad. Un centurión desenvainó su espada y decapitó al desdichado anfitrión. Luego previno a los demás comensales, acompañando sus palabras con el movimiento amenazador de su hierro, que quien armara alboroto correría la misma suerte. Aterrorizados, los huéspedes permanecieron tendidos mientras el cadáver se enfriaba y la sangre empapaba el triclinio y se derramaba sobre el suelo. Lo que en otros tiempos habían sido signos de la grandeza de un ciudadano —una buena casa, bellas esculturas, una piscina— se había convertido, durante el frenesí de las proscripciones, en todo lo contrario: potenciales condenas a muerte. Incluso los Claudios habían aprendido a temer las llamadas a la puerta a medianoche. Ahora, en todo momento, en el fondo de su mente, acechaba el temor de lo que podía suceder si oían esos fatídicos golpes: «soldados entrando a la carrera, puertas descerrajadas, palabras amenazadoras, miradas fieras y el relucir de las armas».[18]

Por aquel entonces, era evidente que los nobles que habían sobrevivido a la masacre de las proscripciones y a Filipos y ahora salían de sus madrigueras y se encontraban con un panorama político profundamente distinto, necesitaban desesperadamente llegar a algún tipo de

acomodo permanente con sus nuevos señores. Tres hombres habían proclamado su derecho a gobernar el mundo como vengadores de César. Su pacto no era, como había sido el triunvirato original, el tradicional turbio acuerdo entre políticos típico en Roma, sino algo totalmente revolucionario: una concesión formal de poder absoluto. Legalmente, el objetivo de los triunviros había sido definido como «la restauración de la República», pero ese excelente eslogan no engañaba a nadie. Los líderes cesaristas no habían cruzado mares de sangre para después ceder la supremacía que tanto les había costado ganar. Tras lo acontecido en Filipos, la única resistencia que todavía se oponía a ellos estaba en Sicilia, donde el hijo de Pompeyo, Sexto, había establecido un régimen pirata. Por lo demás, la autoridad del triunvirato era absoluta. Sin embargo, no se podía confiar en la estabilidad del nuevo régimen. Los triunviros, como todo el mundo sabía, acostumbraban a enemistarse. Los patricios y caballeros, ansiosos por restablecer sus fortunas sobre una base sólida, debían ahora tomar una decisión de vida o muerte: a qué miembro del triunvirato apoyar.

Uno de ellos podía quedar descartado de inmediato. Marco Emilio Lépido era un viejo socio de César cuyo impecable pedigrí y numerosos contactos no ocultaban su mediocridad. Degradado a mero vigilante de Italia durante la campaña de Filipos, a Lépido le quedaba poco tiempo en el poder. Eso dejaba Roma y su imperio divididos entre dos señores de la guerra muy diferentes. Uno, al igual que Lépido, era un nombre de ilustre linaje y demostrada lealtad a César: nada menos que el cónsul que había corrido con los *Luperci,* Marco Antonio. A pesar de su papel en las proscripciones, había muchas personas entre la élite romana que no podían evitar admirarlo. Había sido la pericia de Antonio como general la que había decidido el combate en Filipos. Entre la masacre que se produjo en el campo de batalla, se había quitado la capa y cubierto respetuosamente con ella el cuerpo de Bruto. Era un hombre de muchos recursos, aventurero y generoso, y sus virtudes eran del tipo que siempre había admirado el pueblo romano. Puede que fuera un triunviro, pero al menos Antonio resultaba familiar a sus antiguos colegas de la nobleza.

Y eso era más de lo que se podía decir de su compañero en el gobierno del mundo. Quizá nada ejemplificaba mejor los trastornos y convulsiones que había sufrido el pueblo romano desde la muerte de

César que el ascenso al poder del hombre nacido como Cayo Octavio. Su grandeza era un amargo reproche a la mermada aristocracia. Su linaje era tan oscuro que sus enemigos podían acusarlo de que uno de sus bisabuelos había sido un «liberto, un cordelero»,[19] y otro, un perfumista africano que se había hecho panadero, y la gente lo creía.* No había pasado su infancia en la cima del Palatino, sino en una polvorienta ciudad llamada Velitrae, a unos treinta kilómetros al sur por la vía Apia.† Su breve carrera consistió en un constante y despiadado asalto a las tradiciones más sagradas de la República. Ocho meses después del asesinato de César, con solo diecinueve años, intentó dar un golpe de Estado militar que no fructificó. Diez meses después, entró en Roma al mando de un ejército privado. Había sido nombrado cónsul cuando todavía no había cumplido los veinte años y había comandado, junto con Antonio, diecinueve legiones en Filipos. Nadie en la historia de la ciudad había conseguido tanto poder tan rápido y tan joven. No permitió que ni la moral ni la misericordia se interpusieran en su camino. Mientras Antonio contemplaba con pesar el cadáver de su adversario en el campo de batalla de Filipos, su joven colega no derramó ni una lágrima. En lugar de ello, ordenó que decapitaran el cuerpo de Bruto y que enviaran la cabeza a Roma. Allí, con deliberado simbolismo, hizo que la colocaran al pie de la estatua donde César había muerto.[20]

«La malicia de aquellos que conspiraron contra nosotros y asesinaron a César no puede apaciguarse con bondad.»[21] Con estas palabras, los triunviros justificaron su sanción al asesinato y la guerra civil. Para Cayo Octavio, la obligación de vengar a César amparaba sus acciones. En la víspera de la batalla de Filipos, juró públicamente construir un templo en Roma dedicado a Marte Vengador: una afirmación que dejaba entrever que combatir en una guerra civil no era, para él, un crimen, sino un deber urgente y piadoso. El joven era nieto de la hermana del dictador, pero también era algo mucho más espectacular. César, que

* El enemigo era Antonio. En realidad, la familia de Cayo Octavio era antigua y rica, pero solo recientemente había logrado prominencia política. El padre de Octaviano fue el primero de su linaje en entrar en el Senado y se habría presentado al consulado después de su mandato en Macedonia si no hubiera muerto de regreso a Roma.

† La sala que había servido de guardería al joven Octavio quedó después tan cargada de fuerzas sobrenaturales que todo el que intentaba dormir en ella acababa arrojado por la puerta por unas fuerzas invisibles.

tenía muy bien ojo para detectar el talento y carecía de un hijo natural propio, había adoptado a Octavio como heredero antes de morir. Esta, por supuesto, era la misma táctica que había conducido a Livio Druso a adoptar al padre de Livia: una expresión perfectamente legítima de la incesante lucha de los nobles romanos por mantener su linaje y atrapar a sus colegas en una intrincada red de pactos y obligaciones. No obstante, que César lo adoptara como hijo había supuesto para Octavio una ventaja incomparable. El desgarbado chaval de Velitrae recibió dos herencias valiosísimas: la fortuna de su tío abuelo y su prestigio. El dinero de César le permitió armar legiones; su nombre le granjeó *auctoritas*. Tan importantes fueron estos legados que despertarían en el adolescente Octavio una ambición tan descomunal que ningún otro romano que apenas iniciaba su carrera se había atrevido a tener: conseguir para sí mismo la supremacía individual y permanente sobre todos los romanos. Cuando se confirmó que el cometa que se había visto sobre Roma era realmente el alma de su padre ascendiendo a los cielos, el legado recibido por Octavio se tornó todavía más sobrecogedoramente asombroso. El joven que una vez fue conocido como Cayo Octavio podía ahora reclamar como suya una nomenclatura de un esplendor casi sobrehumano. Aunque sus enemigos se deleitaban en llamarle «Octaviano», él mismo rechazó ese nombre. Insistió en que lo llamasen no únicamente César, como era su derecho, sino César *Divi Filius*, «hijo de un dios».

A la élite romana, todo esto le parecía más siniestro que espléndido. Ante la escalofriante y extraña figura del joven César, la mayoría de los nobles sentían una repulsión instintiva. Aquellos que habían sobrevivido a la matanza de Filipos intentaron buscar refugio, por falta de mejor alternativa, en el bando de Antonio. Otros se enfrentaron a una elección más difícil. Mientras Antonio, en la división del mundo que había tenido lugar tras la matanza de Filipos, había sido nombrado responsable de Oriente, el joven César había regresado a Italia. Nobles como Tiberio Nerón, residente en Roma, se encontraron con que el hijo de un dios era prácticamente su vecino. Con Antonio muy lejos y con la constancia extremadamente pública de lo letal que podía ser el joven César en la defensa de sus intereses, la mayoría optó, como no podía ser de otra manera, por evitar problemas. Sin embargo, un grupo reducido empezó a conspirar. Se hicieron tentativas de aproximación a los agen-

tes de Antonio en Italia. En los círculos más exclusivos comenzaron a maquinarse de nuevo planes para restaurar la República. Cuando el hermano de Antonio, Lucio, se convirtió en cónsul y habló en términos nada sutiles de liberar a Roma de la *tiranía*, el odio hacia el joven César y todo lo que representaba estalló en la ciudad. Y en ningún lugar ardió con más violencia que en Etruria y Umbría, famosas y bellas tierras al norte de Roma, por las que los ríos pasaban por profundos desfiladeros sobre los que se erigían antiguas ciudades amuralladas. Una de esas ciudades en la cima de un monte, Perusia, se convirtió en ese momento en el bastión de Lucio y su ejército. Hombres de toda Italia acudieron a ellos. La mayoría eran desposeídos, gente que no tenía más que perder que la vida; pero no todos, desde luego. Algunos eran senadores, y entre ellos se encontraba Tiberio Nerón.

En esta apuesta a la desesperada lo acompañaron su mujer y su hijo. Las mujeres romanas no solían viajar con sus maridos a la guerra, pero los tiempos que corrían eran de todo menos normales. El mundo estaba patas arriba, e incluso las prerrogativas masculinas empezaban a tambalearse. Durante las proscripciones, los hombres condenados, escondidos en sus áticos o establos, se habían visto en una situación en la que dependían humillantemente de sus esposas. Se contaba la escandalosa historia de una mujer, conocida por sus amoríos, que había delatado a su esposo a los cazarecompensas y se había casado ese mismo día con su amante. Muchas esposas, no obstante, habían demostrado ser fieles y heroicas. Una de ellas, en una demostración especialmente admirable de coraje, había soportado una paliza de los matones de Lépido para suplicar que perdonara la vida su esposo. «Te cubrieron de moretones», recordaría luego él en una carta en agradecimiento llena de admiración, «pero nunca doblegaron tu espíritu».[22] Mostrando todavía más determinación (una cualidad que se creía propia de hombres), otras mujeres se lanzaron a las calles. A principios del año 42, en un momento en que las extorsiones del triunvirato estaban desangrando Roma, una delegación de mujeres se manifestó en el Foro. Su portavoz subió a la *Rostra* y se atrevió a despertar el recuerdo de una de las tradiciones que habían sido asesinadas: la libertad de expresión. Hortensia era hija de Hortensio Hortalo, uno de los grandes oradores de su época, que había demolido implacablemente a sus enemigos y, en consecuencia, acumulado espléndidas riquezas: en su mesa se sirvió pavo real por primera

vez en Roma; su bodega de vinos era incomparable; su mansión del Palatino, majestuosa. En ese momento, alzando la voz cuando los hombres ya no se atrevían a hablar, su hija arremetió con valentía contra los propios triunviros. «¿Por qué debemos pagar impuestos las mujeres», exigió saber Hortensia, «cuando no tomamos parte ni en los honores ni en el mando militar ni en el gobierno del Estado?».[23] Los triunviros respondieron a esta pregunta haciendo que echaran a las mujeres del Foro; sin embargo, sintieron tanta vergüenza que al final, con muy poca elegancia, tuvieron que acceder a una reducción de impuestos. Sin duda, Livia debió seguir con interés este episodio, que daba una lección adecuada para aquellos tiempos. Roma era víctima de tantos males que quizá una mujer podía verse obligada a tomar en sus propias manos la defensa de su patrimonio.

Mientras tanto, por supuesto, Livia confiaba en su marido para asegurar a su hijo el dorado futuro que correspondía a un niño por cuyas venas corría la sangre de las dos ramas de la familia Claudia. Sin embargo, al cabo de poco tiempo empezó a hacerse patente que quizá había cometido un error terrible al depositar su confianza en Tiberio Nerón. Resultó que alistarse en una insurrección contra el joven César no había sido una decisión sensata. Las calamidades se sucedieron rápidamente. La rebelión de Lucio fue aplastada de forma predeciblemente despiadada. Aunque Lucio fue perdonado, otros senadores no tuvieron tanta suerte. El joven César, como si ofreciera un sacrificio de sangre a su deificado padre, mandó ejecutar a un buen número de ellos durante los Idus de marzo.[24] No cabía duda, pues, de que a pesar de haber logrado huir del saqueo de Perusia junto a su familia, Tiberio corría peligro de muerte. Al llegar a Nápoles, intentó instigar otra rebelión. También esta fue sofocada. La pareja de fugitivos huyó al campo, donde casi fueron descubiertos por el llanto del pequeño Tiberio, y allí lograron evadir con penas y trabajos a los soldados que los perseguían. Al llegar a la base pirata de Sexto Pompeyo en Sicilia, fueron recibidos con tal frialdad que Tiberio Nerón, susceptible como solo podía serlo un Claudio en horas bajas, se enojó y huyó a Oriente. Rechazado allí a su vez por Antonio, logró en poco tiempo dar con un escondite en Grecia, pero pronto se vio forzado a huir de nuevo. Mientras pasaban por un bosque, estalló un incendio. Estuvieron tan cerca de las llamas que el vestido de Livia e incluso su cabello se chamuscaron. Mientras tanto, en Roma, su marido se convertía oficialmente en

proscrito y su casa del Palatino era confiscada. Como madre del heredero de los Claudios, cabe pensar que para Livia aquello debió ser la gota que colmó el vaso.

Hacia el verano del 39, cuando un tratado cerrado entre los triunviros y Sexto Pompeyo concedió a exiliados como Tiberio Nerón la amnistía, Livia ya no se hacía ninguna ilusión sobre la brutal realidad del nuevo orden. Regresó a una Roma en la que su condición se había visto tristemente disminuida. Ni siquiera el hecho de que su marido la hubiera vuelto dejar embarazada le levantó el ánimo. Había quedado claro que Tiberio Nerón estaba por debajo de las expectativas que Livia tenía para sí misma y para sus herederos. Es indiscutible que fue muy valiente al acompañarlo en sus desastrosos viajes. Pero en último término, sin embargo, no le debía lealtad a él, sino al linaje de su padre. De sangre azul, muy bella y todavía por debajo de veinte años, Livia sabía que todavía tenía mucho que ofrecer a un hombre. Lo único que necesitaba era una pareja mejor que Tiberio Nerón.

Mientras tanto, en la espléndida mansión del Palatino que había pertenecido a Hortensio Hortalo hasta su confiscación durante las proscripciones, también el joven César se estaba cansando de su esposa. Escribonia era una mujer de una dignidad frígida, o, como su marido prefería decir, con notable falta de galantería y con «una agotadora propensión a discutir».[25] Carecía de aquello que incluso los enemigos de Livia estaban dispuestos a conceder que esta poseía en abundancia: encanto y *sex appeal*. A pesar de proceder de una familia noble y poderosa, el linaje de Escribonia no podía compararse con el de una Claudia. Para el joven César, cuyo estatus como el «hijo de un dios» solo le había hecho parecer el más vulgar de los romanos a ojos de la auténtica nobleza, pasar a formar parte de la familia más prestigiosa de Roma a través del matrimonio resultaba extremadamente interesante. Puede que fuera dueño de medio mundo, pero todavía era vulnerable a la acusación de ser un *parvenu*. Que Livia poseyera atractivo físico, además de todo lo demás, meramente lo confirmó en su decisión. Hacia el otoño del año 39, solo unos pocos meses después de que ella regresara del exilio, cortejó a la mujer embarazada de Tiberio Nerón.

El propio marido engañado, demasiado desmoralizado para seguir defendiendo su dignidad, estaba tan desesperado por enmendar su fortuna que casi empujó a Livia a los brazos del joven César. El hecho de

que también Escribonia estuviera embarazada de muchos meses se sumó a la conmoción y el deleite con que el pueblo romano recibió el nuevo escándalo. Solo cuando Escribonia hubo dado a luz a una hija, Julia, se sintió su marido capaz de divorciarse decentemente de ella. Hacia el otoño del 39, el joven César ya estaba comprometido con Livia. Sin embargo, la boda tendría que esperar. Casarse con una mujer embarazada de otro hombre era un acto demasiado inmoral incluso para el hijo de un dios. No obstante, al final, el 14 de enero del año 38, Livia dio a luz a su segundo hijo, un niño llamado Druso. Tres días después se casó con el joven César. Tiberio Nerón, que adoptó el papel que debería haber interpretado el difunto padre de Livia, fue quien entregó a su mujer a César. El regreso de Livia al Palatino quedó formalmente sellado.

Su destino sería permanecer allí, como señora indisputable de ese monte, durante el resto de su vida. Su nuevo marido entendió perfectamente qué había ganado al casarse con ella. «Él nunca dejaría de amarla y respetarla, y siempre le sería fiel».[26]

En cualquier caso, Livia estaba por fin a salvo.

La primavera romana

No eran solo los nobles quienes se arriesgaban a perderlo todo durante la desconcertante y criminal era presidida por el joven César.

A principios del 41 a. C., unos pocos meses después de que la campaña militar más sangrienta que había vivido Roma hubiera agotado su fuelle en Filipos, una banda de hombres fornidos y con cicatrices caminaban por la vía Apia hacia el sur. Ascendían la ladera de un antiguo volcán llamado monte Vulture siguiendo un estandarte culminado por el ave de presa por antonomasia, el águila. Al verlo pasar, los granjeros debieron quedarse mirando su pico y garras de plata con aprensión. Sabían perfectamente lo que su presencia anunciaba. Una vez culminada la venganza de los asesinos de su padre adoptivo, al joven César le aguardaba en Italia una tarea ingrata. Unos cincuenta mil de sus soldados, todos ellos curtidos veteranos, esperaban recibir de él una recompensa por sus servicios. Y lo que deseaban era el premio por el cual, más que por cualquier otra cosa, habían estado dispuestos a cruzar los mares y a masacrar a sus conciudadanos: un trozo de tierra.

Incluso antes de la batalla de Filipos, los triunviros habían seleccionado tierras alrededor de dieciocho ciudades italianas para expropiarlas. Se trataba necesariamente de un plan a gran escala. Se ha estimado que, en Filipos, un cuarto de todos los ciudadanos en edad de tomar las armas combatieron en uno u otro bando.[27] Entonces, tras el regreso de los vencedores, las expropiaciones estaban en el orden del día. Los propietarios de tierras de algunas de las regiones más fértiles de Italia aprendieron a temer la aparición de los soldados desmovilizados en sus propiedades. «¡Por todas partes, en todos los campos, reina tal confusión!».[28] Villas, aperos agrícolas, esclavos... todo podía ser confiscado. Cuanto más grande era la finca, mayor era el margen del agrimensor, armado con su «despiadada vara de medir»,[29] para dividirla en parcelas y asentar a unidades enteras de soldados de golpe. Toda resistencia fue brutalmente aplacada. Sin embargo, por lo general, como las palomas cuando se acerca un águila, los expropiados tenían sentido común y se sometían sin combatir. A algunos se les permitió quedarse como arrendatarios. Tuvieron suerte. A la mayoría no se les dio otra opción que agachar la cabeza ante la maldad de la época en que vivían y abandonar las casas que les habían robado. «La fortuna lo pone todo patas arriba».[30]

Los mismos espectros de latrocinio y violencia que habían aterrorizado a la nobleza durante las proscripciones recorrían ahora toda Italia. Aunque fueron las prósperas regiones de llanuras bajas las que sufrieron más cruelmente el acoso, los campos bien regados no eran los únicos que tentaban a los soldados. En el monte Vulture, en el que los lobos todavía habitaban en lo profundo del espeso bosque y donde, durante el verano, los campos sufrían el azote de vientos devastadores, la pobreza del suelo no protegió a los vecinos de la ruina. Había demasiadas otras cosas en juego. Nadie que quisiera dominar Italia podía permitirse ignorar ese lugar. Ya doscientos cincuenta años antes de que los jóvenes veteranos de César llegaran allí, colonos romanos habían fundado una colonia en sus laderas. Venusia, erigida en un risco entre dos desfiladeros, había servido a Roma como puesto clave de avanzada, como su puerta hacia el sur. En aquellos tiempos, Italia era poco más que una vaga expresión geográfica, y los romanos solo un pueblo más en el mosaico de gentes que la habitaban. Otros podían jactarse de un carácter tanto o más distintivo que el de los romanos. Estaban, por ejemplo, los etruscos, cuyos dominios se habían exten-



Italia
N
0
50
100 millas
0
50
100
150 km
Alpes
Ticinum
Rubicón
UMBRÍA
Mar
de Liguria
ETRURIA
Arretium
Perusia
Volsinii
Montes Apeninos
Mar Adriático
Elba
Planasia
Fidenae
Roma
Nemi
Velitrae
Spelunca
Sulmona
CÓRCEGA
Ostia
Antium
CAMPANIA
Venusia
Vía Apia
Nápoles
Beneventum
SAMNIO
Pandateria
Capri
Brundisium
CERDEÑA
Mar
Tirreno
Rhegium
Mar Mediterráneo
SICILIA

dido más allá de su Etruria natal hacia el sur, hasta la propia Roma, y cuyo talento para leer «auspicios», señales sobrenaturales del futuro reveladas gracias al vuelo de los buitres o a los hábitos alimenticios de las gallinas, no tenía rival. Estaban también los marsos, vecinos cercanos de los romanos en los Apeninos, cuyas canciones hacían explotar a las serpientes. O los samnitas, cuyos ancestros habían sido guiados por un misterioso buey hasta las yermas e impenetrables montañas que se alzaban sobre Nápoles y quienes, durante más de cincuenta años, en el siglo IV a. C., habían bloqueado obstinadamente los avances hacia el sur de las legiones. Sin embargo, con el tiempo, tanto ellos como todos los demás pueblos de Italia habían sido dominados; y, gradualmente, según la supremacía romana se había establecido en toda la península, los italianos habían empezado a considerar que compartían una identidad común. Venusia, creada para salvaguardar la vía Apia en el tramo en que abandonaba el Samnio y descendía hacia el Adriático, había empezado a perder el propósito con el que había sido erigida. La seguridad que otrora había dado al pueblo romano de que «bloquearía cualquier incursión hostil»[31] había devenido innecesaria. Ya no era útil como ciudad fronteriza.

No obstante, si caía en las manos equivocadas todavía podía suponer una amenaza. El joven César no necesitaba recurrir a la historia antigua para saberlo. Tan recientemente como en el año 91 a. C., los vecinos de Venusia se habían unido a otros italianos, que iban desde los marsos a los samnitas, en una rebelión abierta contra Roma y habían proclamado un Estado independiente. En sus monedas habían acuñado la imagen de un lobo aplastado por las pezuñas de un toro. Sin embargo, por salvaje que la guerra hubiera resultado antes del aplastamiento final de la rebelión, y por grande que fuera el susto que se había llevado Roma, la insurrección en sí misma no había nacido del odio, sino de la devoción no correspondida. La ambición de la mayoría de italianos había sido la de compartir el poder de Roma, no aniquilarlo. Y el porqué de esto se comprendía inmediatamente al visitar Venusia. La ciudad estaba repleta de instalaciones y servicios públicos. Baños, acueductos, anfiteatros: ninguna de aquellas edificaciones había sido barata. Los italianos, fuera como soldados o como mercaderes, se habían enriquecido espléndidamente gracias a que su señora había conquistado el Mediterráneo, lo que explica por qué la insurrección quedó

inmediatamente aplastada cuando el Senado aprobó la propuesta de que los pueblos de la península itálica recibieran la plena ciudadanía romana. A partir de ese momento, todos los italianos pasaron a tener el estatus de ciudadano romano.

Para cuando los veteranos de Filipos llegaron a Venusia a desalojar a los terratenientes locales y dividirse entre ellos sus campos en ordenadas parcelas organizadas en cuadrículas, esa identidad era todo lo que la mayoría de los italianos les habían dejado. Cincuenta años antes, en la estela de la gran rebelión contra Roma, muchos de los habitantes de Venusia habían sido esclavizados y dispersados a los cuatro vientos. Los hijos de los recién llegados habían llenado la principal escuela de la ciudad: «intimidantes hijos de intimidantes centuriones».[32] Luego, con el estallido de la guerra civil, toda una generación de jóvenes había sido reclutada. «Se enderezaron las curvas hoces y se forjaron en espadas».[33] Muchos habían perecido en campos de batalla extranjeros. Los que regresaron, lo hicieron desnudos de otras lealtades que no fueran hacia sus camaradas y generales. En ese momento, como las rejas de un arado gigante, los agrimensores del joven César habían llegado para volver a cortar Venusia en pedacitos. Pocas de las costumbres características de la región habían sobrevivido a estos repetidos desgarros. «Tan completamente se han deteriorado que todo lo que los distinguía —diferencias de lenguaje, armadura, vestido y demás— han desaparecido por completo».[34]

Aun así, quedaban todavía algunos italianos que sufrían lo sucedido como una pérdida. Quedaba por llegar una última oleada de destrucción. Cuando el hermano de Antonio, Lucio, alzó el estandarte de la oposición armada ante César en el año 41 a. C. y se atrincheró tras las murallas de Perusia, los motivos de los que acudieron a unirse a él fueron diversos y confusos. Mientras que unos pocos, como Tiberio Nerón, actuaron movidos por el sueño de restaurar la República y otros, la inmensa mayoría, eran hombres a los que la expropiación de tierras había empobrecido y enfurecido, hubo algunos en quienes los sueños de una época anterior a Roma, en la que sus ciudades habían sido libres, todavía seguían vivos. A diferencia de Venusia y el Samnio, donde el espíritu rebelde había quedado extinguido más allá de cualquier esperanza de resurrección, en las ricas tierras que quedaban más al norte y, especialmente en Etruria, seguía ardiendo con una tenue llama.

Pero no por mucho tiempo. El joven César no era un hombre dado a tolerar ningún tipo de desafío a su autoridad. La brutalidad con la que él y sus lugartenientes aplastaron la rebelión de Lucio supuso la ruina de muchas ciudades famosas y antiguas. Algunas, como Perusia, fueron incendiadas hasta quedar en ruinas; otras fueron castigadas con multas tan exorbitantes que sus ciudadanos se vieron obligados a abandonarlas por completo. Más refugiados se sumaron a las bandas de desposeídos. Entre los campos ennegrecidos y los bosques de Etruria plagados de bandidos se sentía con más fuerza la presencia de los fantasmas que la de los vivos. Los supervivientes tuvieron que sufrir el duelo «de los corazones devastados de los etruscos, esa raza antigua».[35]

Sin embargo, tras la desgracia reinante asomaba también la oportunidad. Si el viajero atravesaba las colinas sembradas de cadáveres de Perusia, llegaba a una ciudad bendecida con lo que se había convertido, por virtud de los males de la época, en el más útil de los atributos: un patrón poderoso. Arretium, que había perdido su independencia de Roma siglos atrás, tenía como su ciudadano más destacado a un hombre que afirmaba descender nada menos que de los reyes etruscos. Para la nobleza romana, el linaje del que se jactaba Cayo Mecenas era tan despreciable que rozaba lo siniestro; pero el propio Mecenas, un hombre muy dado a montar grandes espectáculos, no sentía la menor necesidad de responder al desprecio de los senadores. El caos que había significado la ruina para tantos otros, le había servido para ganar su fortuna. Inquieto y astuto, supo integrarse con facilidad en el corazón del nuevo orden. Desde el principio apostó porque el joven César sería el ganador, y se enriqueció asombrosamente gracias a esa apuesta. No todo lo robado a los proscritos se destinó a financiar el esfuerzo bélico del triunvirato. Los que habían estado lo bastante alerta a las nuevas fuentes de poder, si poseían el talento y la determinación para aprovecharse de ellas, bebieron profundamente de aquellos espectaculares manantiales de riqueza. Ciertamente, ni siquiera sus enemigos ponían en duda la habilidad de Mecenas. «Era un hombre que, siempre que la ocasión lo requiriese, era, literalmente, capaz de no dormir... y era tan rápido a la hora de comprender lo que hacía falta hacer como hábil en la ejecución».[36] El joven César, en su pugna por hacerse por un dominio inexpugnable sobre sus conciudadanos, necesitaba lugartenientes así. Por eso, mientras Etruria entera ardía, el astuto amañador de Arretium seguía disfrutando de su confianza.

El nuevo régimen no había podido evitar recurrir a la violencia, los robos y las atrocidades bien medidas debido a que necesitaba desesperadamente consolidarse. Pero Mecenas, igual que su señor, comprendió que no se podía asegurar el futuro a largo plazo del nuevo orden si no se eliminaban las ilegalidades arbitrarias. Su pavoneo como el heredero de los reyes etruscos no era solo un desafío calculado a los tradicionales poderosos de Roma, para quienes Arretium era un lugar atrasado solo capaz de producir tarros baratos. También servía como garantía para la clase de gente que había soportado la mayor parte de las expropiaciones: los terratenientes de Italia. El joven César, ahora que había asentado a sus veteranos, necesitaba ampliar sus apoyos con urgencia. Esto, a la luz de que lo que su regreso de Filipos había significado para Italia, parecía una esperanza grotesca. Sin embargo, tan espantosos habían sido los horrores de la época, tan devastadoras las vicisitudes de la guerra civil, tan aparente era que los dioses habían abandonado el mundo a su suerte, que se necesitaba que alguien, quien fuera, aportara ahora a Roma un rayo de esperanza. Se podrían perdonar muchas cosas a un régimen que pudiera devolver a un pueblo devastado y aterrorizado cierta medida de, al menos, paz. Quizá incluso se le pudieran perdonar las circunstancias de su ascenso al poder.

Sin embargo, el futuro parecía cada vez más oscuro para la mayoría de los romanos, ya vivieran en la propia capital o en los pueblos y ciudades de Italia. La victoria sobre Lucio no había bastado para apartar del campo de batalla a los enemigos del joven César. Sexto Pompeyo seguía tan atrincherado en Sicilia como siempre, y, ciertamente, no estaba de humor para hacerle ningún favor a la némesis de su padre. En lugar de ello, presentándose como el favorito del dios del mar, se entretenía luciendo una capa color aguamarina y estrangulando las rutas marítimas romanas. Como consecuencia, se dio otra vuelta de tuerca a las miserias que traían los campos desolados y las expropiaciones militares. Debido al bloqueo de los barcos de grano que, de otro modo, habrían alimentado a un pueblo famélico, hacia el año 38 a. C. el hambre azotaba la tierra. Bandas de vagabundos homicidas infestaban los caminos. En Roma, donde los barrios pobres estaban repletos de refugiados, el hambre agravó la miseria y la ira de la gente. La propuesta de una nueva remesa de impuestos, dirigidos a financiar la destrucción de Sexto, hizo estallar los disturbios. El joven César fue apedreado en la calle. Escapó

de la masa furibunda con gran dificultad Luego, cuando los cuerpos de los que habían muerto en los enfrentamientos fueron arrojados al Tíber, bandas de ladrones desesperados se echaron al agua y los despojaron de todo. Según parece, así de bajo había caído el pueblo romano. No tenían más recurso que rebuscar entre los cadáveres de los fallecidos.

El miedo a que Roma estuviera condenada, a que sus calles pudieran quedar abandonadas a los animales de presa, a que la propia ciudad terminara reducida a cenizas era algo que algunos ya reconocían abiertamente.

Es verdad: un destino aciago persigue
a los romanos, y el crimen de fratricidio,
desde que la sangre del inocente Remo
fuera derramada sobre el suelo,
es una maldición sobre sus herederos.[37]

Es comprensible que el hombre que pronunció este sombrío diagnóstico estuviera desesperado. Quinto Horacio Flaco —Horacio— era un hombre agradable; pero hablaba en nombre de los muchos italianos atrapados en las «crueles miserias del exilio, en las desgracias de la guerra».[38] Hijo de un rico subastador de Venusia, había combatido en Filipos en el bando de los asesinos de César. Años después, disfrazando el horror de la masacre riéndose de sí mismo, describiría cómo había logrado escapar de la batalla arrojando su escudo y oculto en una bruma sobrenatural; sin embargo, la cruda realidad era que había visto a romanos morir brutalmente a manos de otros romanos y que este recuerdo lo atormentaría toda su vida. Ciertamente, después de Filipos, perdió el ánimo de continuar luchando. Cuando la amnistía le ofreció la posibilidad de regresar a casa, la aprovechó. Los agrimensores, sin embargo, habían llegado a Venusia antes que él. Había perdido todas sus tierras. Resistirse a la expropiación, con la sombra de la proscripción todavía tras los talones de aquellos que habían luchado por la República en Filipos, era impensable. Horacio se unió a la marea de los desposeídos sin techo y se dirigió hacia Roma. Allí, bien juntando cuanto pudo arañar de los restos de su patrimonio o bien gracias a algún contacto poderoso, consiguió un puesto como contable en el tesoro del gobierno. Era una forma de ganarse la vida, desde luego, pero una lamentable caída para

quien había sido terrateniente. Horacio, que combinaba una evidente capacidad para manejar cifras con un gran talento para literario, se atrevió a explorar en verso la fractura de la época que vivía. La existencia era precaria, y lo peor quizá estaba todavía por llegar. Un mundo en el que se podía echar a los hombres de sus tierras por capricho no era un lugar seguro para nadie, ni siquiera para los vencedores. «Que campe Fortuna, pues, y atice nuevas convulsiones. ¿Acaso puede empeorar todavía las cosas?».[39]

Una excelente pregunta que el joven César, que se había abierto camino con asesinatos y extorsiones desde la obscuridad de las provincias hasta el total dominio de Italia, no podía evitar plantearse también. Sabía mejor que nadie, por la magnitud de su ascenso, lo dura que podía ser la caída. Cuando la masa famélica lo había acorralado y atacado con piedras y basura, había mirado directamente a los ojos a la precariedad de su dominio, por mucho que fuera rescatado con gran dificultad antes de que lo hicieran picadillo. Sin embargo, solo dos años después, la Fortuna confirmó de nuevo al joven César como su favorito. En septiembre del 36, Sexto Pompeyo quedó atrapado frente a la costa este de Sicilia y su flota fue destruida. Aunque el propio Sexto consiguió huir, su poder fue aniquilado para siempre, y él mismo falleció en menos de un año. Mientras tanto, en Italia, el joven César era celebrado por primera vez con grandes halagos. «Todas las ciudades le otorgaron, a la edad de veintiocho años, un lugar entre sus dioses».[40] No había ya odio ciego. Filipos no había traído más que miseria a Italia, sin embargo, la alegría de la victoria naval sobre Sexto era algo que beneficiaba a todos. Sicilia, con sus fértiles campos, había vuelto a quedar bajo el dominio del joven César. Los barcos cargados de comida empezaron a amarrar de nuevo en los puertos italianos. El bloqueo había acabado para siempre. Por votación oficial del Senado, en Roma se erigió una estatua de oro del vencedor sobre una columna adornada con los apropiados motivos navales. «La paz, durante largo tiempo devastada por la guerra civil», rezaba la inscripción en su base, «él restauró por tierra y por mar».[41]

Al final, parecía que el entusiasmo por el nuevo régimen empezaba a calar más allá de aquellos a quienes beneficiaba personalmente. El joven César, atento como siempre a cualquier oportunidad, actuó con su habitual destreza para impulsar esta tendencia. Consciente de que el Triunvirato era muy odiado, y ansioso por señalar que el futuro sería

mejor, empezó a posar con elegante desvergüenza como el defensor de todo aquello que había pasado tanto tiempo atacando. Se redujeron los impuestos y los documentos de los días oscuros de las proscripciones se quemaron de la forma más pública posible. Se devolvieron unos pocos poderes puramente cosméticos a las magistraturas tradicionales de la República. Lépido, que ya hacía tiempo que había sido desposeído de todo poder efectivo, finalizó formalmente su carrera política y fue enviado al exilio. Mientras tanto, el joven César en persona empezó a insinuar que el propio Triunvirato debería también llegar a su fin.

Como es natural, evitó pasar de este sentimiento tan noble a nada parecido a la acción. De momento, un paso así era impensable. Incluso con Sexto y Lépido fuera del tablero, quedaba todavía otro jugador temible. En Oriente, Antonio no daba señales de querer abandonar el poder. ¿Y por qué debía hacerlo? Sus ansias siempre habían sido las de un bravucón. Mientras en Roma, el joven César «se agotaba con los conflictos civiles y las guerras»,[42] Antonio disfrutaba de todo aquello que las ricas provincias y los reinos del Mediterráneo oriental podían ofrecer. Legiones, riquezas, adulación: lo tenía todo. Con el mundo en ese momento descarnadamente dividido entre los dos triunviros supervivientes, la posición del más joven de los dos seguía pareciendo la más débil. Sin embargo, en el aura de *glamour* que envolvía a Antonio como dueño y señor de Oriente radicaba, quizá, una debilidad. Y como tantos otros descubrieron demasiado tarde, el joven César tenía un talento letal para detectar debilidades.

Para un hombre de inclinaciones tan violentas, la difamación era, desde luego, casi un asunto menor. Una década después de las proscripciones, era ahora la buena reputación de su rival lo que pretendía despachar. Conocía bien la potencia de los rumores, «que se recrean en colmar a la gente con interminables cotilleos y mezclan a partes iguales lo que es verdad y lo que no en una sola canción».[43] Calumnias tan sobrecogedoras como extravagantes empezaron a llenar las calles de Roma. Todas las acciones de Antonio eran vistas de la peor forma posible. Sus amaneramientos, se decía entre susurros, habían degenerado hasta algo monárquico, más propio de un déspota oriental envuelto en sedas que de un magistrado del pueblo romano. Corrompido por las agradables tentaciones de Oriente, Antonio había tomado la costumbre de orinar en un orinal de oro. Gastaba fortunas en fastuosos banque-

tes. Y, lo más escandaloso de todo, había sucumbido a los encantos de la reina de Egipto. Siguiendo la estela de César, Antonio se había ido a la cama con Cleopatra; pero el enamoramiento resultante lo había dominado y ahora era poco más que un juguete en manos de la reina, que hacía lo que quería con él. El hecho de que estuviera casado con Octavia, la hermana de su colega en el triunvirato y una matrona de impecable reputación, no le hizo sentir ni un ápice de vergüenza. En lugar de eso, con el fin calculado de insultar al joven César, había obligado a Octavia a hacer las maletas y la había enviado de vuelta a Roma. No obstante, el mayor insulto de todos era el dirigido a la dignidad del pueblo romano. Ahora, cuando la reina quería un masaje en los pies, era Antonio quien se lo daba. Para aquellos que creían tales historias, las implicaciones eran extremadamente siniestras. ¿Quién sabía hasta dónde llegaba la ambición de Cleopatra? ¿Y si Antonio, atrapado por los cantos de aquella sirena, la ayudaba a hacerse con el dominio de todo Oriente? ¿Y si la ayudaba, para horror de todos, a convertirse en reina de Roma?

Presentada con sutil y letal brillantez, la imagen de Antonio como un hombre al que habían seducido y que había abandonado todas sus lealtades naturales empezó a cobrar vida propia. Inevitablemente, cuanto mayor era el daño infligido a la reputación de Antonio, más brillaba su rival en comparación. Era particularmente devastador el contraste entre Cleopatra y Livia, la digna heredera de la dinastía Claudia. Su devoto marido no perdía la oportunidad de hacer ver a todos la diferencia. En el año 35 a. C. obtuvo permiso para erigir estatuas públicas de Livia y Octavia. También consiguió para las dos mujeres un privilegio que, naturalmente, era impensable para Cleopatra: sanciones formales para cualquiera que las insultara. Estas medidas se aprobaron con rapidez. Livia, cuyo linaje y muestras públicas de modestia eran ejemplares, era muy admirada dentro de los círculos senatoriales. Y los nobles no eran los únicos que la consideraban una de los suyos. Muchos italianos también lo hacían. Marco Livio Druso, su abuelo adoptivo, había sido un paladín y un héroe para los pobres de Roma. En el 91 a. C. había intentado que se aprobase una ley que concedía a todos la ciudadanía. Una noche, un asesino desconocido lo mató con un cuchillo de zapatero en el vestíbulo de su casa. El dolor y la ira por el asesinato de su campeón fue fundamental para empujar a los italianos a participar en una revuel-

ta abierta. Casi sesenta años después, la gran mayoría de ellos seguía considerando a Druso un mártir. Livia, como heredera suya, había heredado también todo su prestigio. Su presencia al lado del joven César, devoto y amante, garantizaba cada vez más a los italianos que también su marido, a pesar de las proscripciones, a pesar de las expropiaciones, a pesar de Perusia, estaba quizá, después de todo, de su parte.

Sin embargo, lo que más contribuyó a incrementar esa garantía fue la palpable mejora del historial del joven César. Con su autoridad al fin segura a lo largo y ancho de toda la mitad occidental del Imperio de Roma, pasó a dedicar a la restauración de la ley y el orden la habilidad que antes había empleado a favor del crimen. Erradicó a los piratas de los mares y a los bandidos de las colinas de Italia. El otrora terrorista se presentó ante todos como el más diligente de los funcionarios públicos. Desapareció el oportunismo, sustituido por el despliegue de una sobria competencia. Como había hecho desde los inicios de sus aventuras, el joven César demostró tener un gran ojo para detectar el talento. Era la habilidad, y no el pedigrí, la forma más segura de concitar su favor. Los arribistas siguieron prosperando. Puede que los senadores pusieran los ojos en blanco y se exasperaran, pero, para la mayoría de los ciudadanos, el alivio que les producía saber que lo peor parecía haber pasado y que la gran marea de caos retrocedía tenía más peso que los placeres del esnobismo. Durante una década, desde los Idus de marzo, los juegos funerarios por el dictador asesinado habían asolado el mundo. Lo que importaba al pueblo romano no era quién ganara, sino que hubiera un ganador definitivo. Exhaustos y malheridos, los romanos estaban demasiado cansados de la guerra como para preocuparse demasiado por quien los gobernaba... mientras les garantizase la paz.

«La armonía permite que las pequeñas cosas florezcan... mientras que la falta de ella destruye a los grandes».[44] Esta era la cita favorita de un hombre que sabía muy bien de qué hablaba. Marco Vipsanio Agripa, que desde la primera aparición del joven César en la escena política se había mostrado, junto a Mecenas, como uno de sus hombres de confianza, procedía de una familia asombrosamente oscura. «Tener tal hijo no hizo al padre más conocido».[45] Agripa ignoró toda condescendencia dirigida a él. Brusco y sin encanto, lo que le apasionaba no eran los símbolos del poder, sino el poder en sí mismo. Siempre un paso por detrás del joven César, era la viva imagen del lugarteniente honesto, tan

gris y aburrido como resplandeciente era su líder, y le bastaba con saber lo muy necesario que era. Agripa compartía un secreto con el señor a quien tan fielmente servía. El joven César era un nefasto general. Los rumores de lo inútil que era en batalla siempre lo habían perseguido. En Filipos, el enemigo capturó su tienda, y él se pasó la mayor parte de la campaña enfermo; en la guerra contra Sexto sufrió dos sonoras derrotas. Agripa, en cambio, era un soldado nato. Fue la rapidez con que maniobró la que permitió cercar a los rebeldes en Perusia; fue el quien equipó la flota del joven César con los harpagos (una versión mejorada del *corvus* que disparaba un gancho metálico desde una catapulta) que provocaron la derrota definitiva de Sexto. La determinación implacable de un campesino y el buen ojo para la innovación eran precisamente las cualidades que hicieron que Roma se abriese camino hacia la grandeza. Agripa, lejos de apocarse ante la nobleza, se consideraba a sí mismo el auténtico representante de las virtudes antiguas de su ciudad. Agresivo en su humildad, estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera necesario como servidor del pueblo romano.

Y así fue como, en el año 33 a. C., el conquistador de Sexto descendió a las lúgubres y mugrientas alcantarillas de Roma. Durante generaciones, los ambiciosos nobles habían considerado la edilidad —la magistratura del edil, responsable de la infraestructura física de la ciudad—un mero escalón hacia puestos más glamurosos; pero Agripa, que ya era el segundo hombre más poderoso de Roma, se tomó en serio los deberes del cargo. Agradeció la oportunidad de ponerse manos a la obra. Reunió a un gran número de trabajadores y les ordenó vaciar y limpiar las alcantarillas, tras lo cual, en una triunfante demostración de los beneficios prácticos del nuevo régimen, el propio Agripa recorrió en un bote la alcantarilla principal. En el interín, mientras la ciudad recibía este enema, otros trabajadores se esforzaban por restaurar los acueductos y construir uno totalmente nuevo, el «Aqua Julia». «Se transportó tal cantidad de agua a Roma que fluía como ríos por la ciudad y sus alcantarillas. Casi todas las casas se equiparon con cisternas y cañerías, y se construyeron fuentes por doquier».[46] Los grandes despliegues de obras públicas como esta se enmarcaban en la más noble y antigua tradición romana. Al remontarse a la época heroica de Apio Claudio, que había alternado sus victorias en el campo de batalla con la construcción de carreteras, Agripa trabajaba al mismo tiempo para

despejar el camino a una nueva era, que vería a la ciudad emerger purificada de toda mugre. Nada escapaba a la atención de Agripa. Incluso se reclutó a los barberos para servir a la causa. Cuando había una fiesta pública, se los patrocinaba para que ofrecieran un afeitado gratuito. Ese era el futuro hacia el que Agripa, en nombre de su divino líder, guiaba al pueblo romano: un futuro pulcro e incólume.

Incluso los hombres que tenían buenos motivos para odiar al joven César —hombres que habían luchado contra él en Filipos, hombres que habían perdido sus tierras— reconocían el atractivo de este programa de gobierno. En el año 36 a. C., durante una fiesta de celebración por la derrota de Sexto, Horacio brindó de buen grado por la victoria «al son de la flauta y la lira».[47] Su anfitrión esa noche fue el más sutil y valioso de los asesores del joven César, un hombre que estaba más cerca que nadie del corazón del régimen. Si Agripa era abrasivo, Mecenas era suave y elegante, menos experimentado en matar que en «reconciliar a amigos enemistados».[48] Horacio, que fue quien así lo definió, hablaba por experiencia personal. Poco después de su llegada a Roma, arruinado y amargado, le habían presentado al gran hombre. Abrumado y nervioso, apenas fue capaz de confesar sus circunstancias. «Nueve meses después, recibí una orden, por la cual me convocabas a ser contado entre tus amigos».[49] Era una oferta que no podía rechazar.

La relación entre los dos hombres, aunque nunca fue de iguales, pronto tornó en afectuosa y cercana. Mecenas combinaba una aptitud para la intimidad con una capacidad excelente para detectar el genio... y Horacio le ofreció ambas cosas. Inevitablemente, la amistad con un hombre poderoso cuya influencia era tan intimidante tenía sus obligaciones. En ocasiones, cuando viajaba con Mecenas por orden del joven César, Horacio se veía obligado a hacer la vista gorda, a fingir una especie de diplomática conjuntivitis; acosado por otros para que traicionara los secretos de su amigo, no tuvo otra elección que convertirse en «un prodigio del silencio».[50] Sin embargo, los compromisos no eran nunca simplemente unilaterales. Horacio no renunció a su pasado; ni tampoco, a pesar de rendir afectuoso tributo a Mecenas, se convirtió en un cómplice de su patrón. Seguía siendo demasiado independiente para eso, era un hombre con sus propios valores. En una época en la que el alcance de la poesía era muy grande y las necesidades del régimen al que servía Mecenas también eran enormes, destacó su ausencia de elogios

en público hacia el joven César. Con Antonio todavía al mando de una hueste de legiones en Oriente y la amenaza de una guerra cada vez más inminente, había demasiado en juego. Como tantos otros, Horacio había aprendido por las malas los peligros de izar una bandera.

Mecenas, sutil e inteligente, lo comprendía perfectamente. Sabía que, en último término, no se podía obligar por la fuerza a Horacio, ni al pueblo romano en general, a ser leal. Había que cumplir sus esperanzas y apaciguar sus temores. Había que seducirlos. ¿Qué era, pues, lo que deseaba Horacio? La libertad por la que había combatido en Filipos había perecido, y esto era irrevocable. Sus esperanzas ahora eran mucho más limitadas, y tan tangibles como su panza redonda. «Estos son los objetos de mis plegarias. Un trozo de tierra, no demasiado grande. Un jardín, una fuente junto a la casa, de la que mane siempre agua, y un pequeño bosque en una colina».[51] Este era un sueño que compartían muchos otros a lo largo y ancho de Italia: todos aquellos a los que se habían concedido tierras y todos aquellos a quienes se las habían arrebatado. Ahora que el gran ciclo de guerras civiles se acercaba al fin a su clímax definitivo, el pueblo romano deseaba la paz más desesperadamente que nunca. Al final, la victoria sería del señor de la guerra superviviente que pudiera satisfacer mejor ese deseo.

Hacia el 32 a. C., el joven César estaba listo al fin para ir a por todas. La guerra mediante la oratoria ya no era suficiente. Había llegado el momento de enfrentarse a Antonio en el campo de batalla. No es que el joven César nombrara, de hecho, a Antonio como su oponente. No sentía el menor deseo de presentar la guerra como un combate contra otros ciudadanos. En cambio, fue Cleopatra, cuyos perniciosos poderes de seducción ya habían convertido a Antonio en su esclavo y a sus seguidores en eunucos, a quien se comprometió abnegadamente a destruir. Y lo hizo de una forma que se estaba convirtiendo rápidamente en la marca distintiva de su régimen: aunando nostalgia e innovación. En la antigüedad, según se decía, una declaración de guerra siempre se acompañaba con el lanzamiento ritual de una lanza. Particularmente memorable fue el lanzamiento de Rómulo, puesto que, tras clavarse la lanza en el suelo, de ella salieron ramas y se convirtió en un árbol. Aunque estaba más allá de la capacidad del joven César emular ese golpe de efecto en particular, la recuperación de la ceremonia sí sirvió para presentarlo a él de forma convincente como el defensor de las an-

tiguas virtudes romanas. No obstante, este no fue el único paso que dio. También adoptó una medida mucho más radical, una que sirvió para definirlo de una forma sin precedentes. «Toda Italia me juró lealtad libremente y me pidió que fuera su líder en la guerra».[52] Esta afirmación, desde luego, no estaba totalmente desprovista de propaganda. El juramento de los ciudadanos había sido, desde un primer momento, idea del joven César y no había sido precisamente voluntario. A pesar de todo, fue una idea magistral. Al pedir directamente apoyo a las ciudades y pueblos más allá de Roma incluso antes de haber obtenido un decreto del Senado, envió el potentísimo mensaje de que su intención era combatir como su campeón. En los días de la revuelta contra Roma, los italianos prestaron un juramento en masa en apoyo a la causa de la libertad. En este momento, también en masa, juraron su lealtad al joven César. Menos de una década después de que su regreso de Filipos sumiera toda Italia en la miseria y el caos, volvía a emprender una guerra, y en esta ocasión como paladín y líder de los italianos. Cuando por fin cruzó el Adriático para encontrarse con el enemigo en el norte de Grecia en la primavera del 31 a. C., llevó consigo, además de sus barcos de guerra y sus legiones, un arma contra la que su rival no podía ofrecer resistencia. El joven César ya no era simplemente el líder de una facción. Al dirigir «a los italianos a la batalla, con el Senado y el pueblo y los dioses tanto del hogar como de la ciudad»,[53] se convirtió en algo con una fuerza infinitamente superior: el rostro del pasado y el futuro de Roma.

Por supuesto, no todos los italianos se tragaron esto. Algunas ciudades se mantuvieron fieles a Antonio. Los impuestos que se cobraron para financiar el esfuerzo bélico provocaron mucho malestar. En Roma incluso se produjeron disturbios. Sin embargo, en general, la gente de Italia se contentó con aguantar la respiración y esperar. Portentos infalibles indicaban que la crisis estaba a punto de alcanzar su punto álgido. Se reparó especialmente en que un rayo había incinerado a una serpiente de dos cabezas de al menos treinta metros de largo que había aparecido en Etruria y causado enormes daños. Desde luego, hacia el verano, estaba claro que la balanza de la guerra se inclinaba del lado del joven César. Antonio, superado por las maniobras de Agripa, estaba acorralado tras un promontorio llamado Accio. En septiembre, llegó noticia a Italia de que se había producido un momento decisivo. Antonio había lanzado

un ataque a la desesperada para romper el bloqueo naval. Aunque él y Cleopatra habían logrado escapar, la mayoría de su flota se había rendido. Lo mismo habían hecho, una semana después, sus legiones.

A la primavera siguiente, el joven César estaba listo para sellar su victoria definitivamente. Avanzó sobre Egipto, donde apenas encontró resistencia. Primero, Antonio se quitó la vida y, luego, Cleopatra se suicidó también. Su dinastía pereció con ella. Egipto ahora pertenecía al joven César, que podía hacer lo que quisiera con él, al igual que con el resto del mundo. Durante trece largos años, desde los Idus de marzo, había estado asolado por guerras y horrores tan devastadores que muchos habían temido que el poder romano se hundiera por completo y diera paso al fin del mundo. Ahora, por fin, los conflictos habían llegado a su fin.

«Es momento de beber».[54] El alivio de Horacio al levantar su copa para brindar por la derrota de Cleopatra y la victoria del joven César era palpable. Sin duda a Mecenas, que se había encargado de mantener el orden en Italia durante los meses de ausencia del líder, le gustó percibir ese alivio en su protegido. Sabía muy bien qué era su reflexivo e independiente amigo: un espejo que reflejaba a todos aquellos que, zarandeados por la tormenta de los males de la época, habían conseguido de algún modo volver a tierra firme. «¿Qué son la autosuficiencia y la felicidad? La capacidad de decir: "He sobrevivido"». Mecenas no podía devolver a Horacio las tierras que le habían robado; las había perdido para siempre. Sin embargo, sí podía recompensarlo de algún modo ahora que el régimen al que servía estaba finalmente consolidado. Poco después de que la batalla de Accio garantizara que no aparecería en ninguna de las lista de proscritos de Antonio, concedió a su amigo unas tierras justo al norte de Roma, entre los montes Sabinos. Fue, en todos los sentidos, la respuesta a las plegarias de Horacio. No es sorprendente que al poeta le pareciera un lugar mágico, puesto que le produjo una alegría enorme. Era pacífico y bello, todo lo que no había sido la década que acababa de experimentar. En los campos de la granja, las cosechas crecían con una abundancia sobrenatural; en sus bosques, los niños jugaban sin miedo a los lobos, la bestia de Marte. Los dioses, tanto tiempo ausentes de Italia, habían regresado.

O esa era la esperanza que Horacio se atrevía a tener y, como él, muchos otros.

El botín del honor

«Conquistar a tus vecinos era tu principal preocupación».[55] Eso se decía de Rómulo. Combatir a los extranjeros, no luchar entre sí: esa —y en esto todo el mundo estaba de acuerdo— era la verdadera misión del pueblo romano. Naturalmente, tanto en la guerra como en la paz, era esencial respetar los detalles legales. Una agresión no provocada era algo que se podía esperar de las bestias salvajes y de los bárbaros, pero no de un pueblo civilizado. «Cuando vamos a la guerra, es para defender a nuestros aliados o a nuestro imperio».[56] Así había sido siempre. Cuando Rómulo atacó a sus vecinos, había sido con la intención de no volver a tolerar nunca una falta de respeto. El castigo a cualquier insulto o injuria siempre había sido veloz. Un rey local, emboscado y derrotado tras osar perpetrar una incursión en territorio romano, había sido matado por el propio Rómulo. La muerte de este general a manos de su oponente fue concebida como una gesta digna de admiración durante las siguientes épocas. ¿Qué acto de combate singular más glorioso podía concebirse? Rómulo, tras despojar a su enemigo de su ensangrentada armadura, la lució orgulloso en su trayecto de regreso a Roma.

Solo había un dios digno de recibir como ofrenda tal trofeo: Júpiter, el rey de todos los dioses. Colgado al principio de las ramas de un roble sagrado, el «botín del honor» fue posteriormente trasladado a un templo construido expresamente para ese propósito, el primero en ser consagrado dentro de la ciudad. «Aquí», decretó Rómulo, «será donde, en los días venideros, cualquiera que me emule matando a un general o a un rey con sus propias manos depositará las armas arrebatadas al vencido, el "botín del honor"».[57]

A lo largo del luengo y glorioso curso de la historia de Roma, solo un par de hombres habían logrado igualar tal gesta. Uno fue Cornelio Coso, un oficial de caballería que se supone que vivió durante el primer siglo de la República, y el segundo, un contemporáneo de Escipión el Africano llamado Marcelo. Los días en los que un comandante se encontraba con su homólogo enemigo en combate singular parecían pertenecer a una época de héroes ya pasada. Con el tiempo, el templo en el que se almacenaba el «botín del honor» empezó a dete-

riorarse y hundirse. Por venerable que fuera, había quedado eclipsado hacía tiempo. La empinada colina en la que estaba erigido, al otro lado del Foro, frente al Palatino, siempre había sido morada de los dioses. El Capitolio era el lugar donde, en la edad dorada antes de los inicios de la historia, el padre de Júpiter, Saturno, había establecido su trono. Era también donde se había construido el templo más grande de Roma en las décadas finales de la monarquía. Destruido por un incendio en el año 83 a. C., fue rápidamente reconstruido a una escala todavía mayor. Que también se dedicara a Júpiter solo sirvió para subrayar lo diminuto que era el templo original de Rómulo. A medida que Roma se deterioró durante la década terrible que siguió a los Idus de marzo, también el santuario más antiguo de la ciudad pareció estar al borde del colapso: «sin techo y desvencijado por la edad y el descuido».[58]

Sin embargo, bajo las telarañas y el polvo, el templo almacenaba un arma con el potencial de hacer tambalear reinos enteros. Dentro de sus ruinosas paredes, junto con el «botín del honor» y un rayo hecho de piedra, había una antigua lanza. Y esa fue la lanza que el joven César lanzó, siguiendo la venerable tradición cuando declaró la guerra a Cleopatra el 32 a. C.[59] Nada podría haberlo asociado más directamente con las virtudes marciales del fundador de Roma. Al partir a la guerra, lo hizo como un segundo Rómulo. Mientras tanto, en el Capitolio, los obreros se pusieron manos a la obra. Se iniciaron obras de restauración completas del templo más antiguo de Roma. Tan completas, de hecho, que podrían considerarse una reconstrucción. El joven César no iba a cometer el error de descuidar el frente interno. Los martillazos y golpes de cincel en el corazón de la ciudad aportaban un acompañamiento perfecto a las noticias que llegaban de Accio y Egipto. Poco importaba que, en realidad, el nuevo Rómulo fuera más propenso a pasar la batalla vomitando en su tienda que en combate, luchando mano a mano contra los generales enemigos. Hacia el año 29 a. C., cuando finalmente regresó de Oriente con Antonio y Cleopatra muertos y todo el mundo, al parecer, bajo su poder, entró en una ciudad en la que el manantial de las tradiciones marciales de Roma había sido rebautizado en su nombre.

Ya no bastaba con ser el vencedor. La *auctoritas,* esa cualidad inefable de prestigio que servía al pueblo romano como la medida más segura de grandeza, exigía también que un hombre pareciera un vencedor

y se comportase como tal. El joven César, cuyo talento como actor no era menos formidable que su ambición, hacía tiempo que era sensible a tales demandas. En Filipos, los prisioneros de guerra se habían negado significativamente a rendirle homenaje; en Perusia, los defensores asediados se burlaron de él llamándolo «Octavia».[60] Hacia el año 38, el joven César estaba cansado de tales desfachateces. Mientras se lamía las heridas tras un revés particularmente humillante contra Sexto, ocultó su incapacidad militar gracias a uno de sus trucos favoritos y más osados: inflarse el nombre.[61] Una nueva denominación empezó a aparecer en sus monedas. En adelante, según proclamaban estas piezas, sería conocido como *imperator Caesar:* «César, el general victorioso». Muchos comandantes habían sido aclamados así en el campo de batalla, pero ninguno antes había soñado con acuñar el título como algo tan completa e inmodestamente suyo. Una vez eliminado Sexto, el recién nombrado emperador César se esforzó por estar a la altura de esta nueva y atrevida nomenclatura. En el año 35 a. C. cruzó el Adriático y entró en los Balcanes para probarse contra las bandas de alborotadores bárbaros llamados ilirios. Dos años de campaña esporádica le permitieron anotarse una sucesión de victorias que publicitó intensamente. Las tribus de Iliria fueron emboscadas, asediadas y masacradas. Se rescataron algunas de las águilas que se habían perdido hacía algo más de una década. El emperador César en persona sufrió una heroica herida en la rodilla derecha. La pacificación de Iliria supuso un magnífico aperitivo de las gloriosas victorias que habrían de venir. Cuando, en el verano del 29 a. C., el conquistador de Egipto regresó a casa después de haberse asegurado Oriente, el resplandor de su *auctoritas* iluminaba el mundo entero con su fulgor. El emperador César se había convertido en la suma de sus nombres.

Mientras tanto, Italia había estado aguardando al conquistador con cierto nerviosismo. Los recuerdos de su retorno de una anterior guerra civil estaban todavía frescos. Como sucedió después de Filipos, también después de la batalla de Accio el vencedor se presentó al frente de un monstruoso número de soldados sedientos de tierras. Sus propios esfuerzos de reclutamiento y las deserciones de sus enemigos se combinaron para ponerlo al frente de casi sesenta legiones. Tal era la angustia que muchos sentían que incluso el propio Horacio se vio acosado por peticiones de información privilegiada. «¿Dónde piensa César dar a sus

soldados la tierra que les ha prometido?».[62] La cuestión preocupaba a todo el mundo. Vista la brutalidad con la que el héroe victorioso había consolidado su poder tras su regreso durante los primeros años de su carrera, era difícil que no reinara la inquietud. Sin embargo, todos los temores se demostrarían sin fundamento. La violencia del principio de la carrera del joven César fue producto de su debilidad, no de su fuerza. En ese momento, cuando no quedaba ningún enemigo que opusiera resistencia y con todas las riquezas de Oriente a su disposición, el gansterismo descarnado ya no era el mejor método mejor de promover sus intereses. El cimiento más sólido que sustentaba su poder era su *auctoritas* y esta, a su vez, descansaba sobre su habilidad para presentarse ante el pueblo romano como el restaurador y garante de la paz.

Que hubiera alcanzado su grandeza alzándose sobre los cadáveres de sus conciudadanos era una verdad sobre la que ya a nadie le interesaba extenderse. En enero del 29, seis meses antes del regreso del emperador César de Oriente, el Senado aprobó formalmente su increíble nuevo nombre. Así se hizo oficial su estatus como exponente supremo de la gloria de Roma, como la encarnación de las virtudes militares que habían hecho que la ciudad ganara un imperio y que posteriormente casi acabaron con ella. Los días en que nobles sedientos de poder vadeaban ríos de sangre en su lucha por el dominio habían llegado a su fin. En adelante, solo habría uno. «Que el mejor reine solo».[63] Esto se puso de manifiesto de la forma más pública imaginable el 13 de agosto, cuando el emperador César finalmente entró en Roma. Cabalgó en procesión formal por la ciudad en un carro tirado por cuatro caballos decorado con oro y marfil y seguido por su ejército, celebrando su gesta marcial como solo sabía hacerlo un romano.

El «triunfo», que era como se conocía este ritual, tenía un pedigrí tranquilizadoramente venerable. Los eruditos remontaban sus orígenes a los mismos inicios de la historia de Roma.[64] Se decía que Rómulo, después de haber arrebatado a su adversario caído el «botín del honor», regresó a la ciudad «vestido con una toga púrpura y con una corona de laurel ceñida en la sien».[65] Fuera cierto o no, los triunfos habían servido al pueblo romano desde hacía mucho tiempo como hitos en su ruta hacia el imperio. Escipión, Pompeyo y Julio César habían celebrado triunfos. Sin embargo, ninguno podía compararse en magnificencia con el espectáculo que ofreció en ese momento el emperador César.

Fueron necesarios tres días enteros para celebrar el alcance de sus victorias. Iliria, Accio y Egipto: cada uno de estos lugares fue objeto de un triunfo. «Las calles resonaban con la alegría, los juegos y los aplausos».[66] El momento culminante llegó cuando se expusieron ante la multitud las legendarias riquezas del reino de Cleopatra, los objetos más fabulosos que la tierra de los faraones había ofrecido al vencedor. Los romanos se quedaron colectivamente boquiabiertos. No obstante, lo exótico no fue el único foco de las celebraciones. Al entrar en Roma la mañana de su primer triunfo, las sacerdotisas vírgenes de la diosa Vesta llevaron al emperador César a la ciudad; los principales magistrados de la República lo siguieron mientras cabalgaba por las calles. Innovadores y tradicionales a la par, sus triunfos —los primeros que jamás se celebraron durante tres días consecutivos— ofrecieron a sus conciudadanos tanto espectáculo como seguridad. El pueblo romano reconoció, como se esperaba de él, que aquella era la expresión máxima de un triunfo.

Y cuando las procesiones terminaron, cuando las multitudes regresaron a sus casas y el carro dorado se guardó, lo que quedó de aquellos tres extraordinarios días de agosto fueron recuerdos y la sensación de un nuevo comienzo. Por mucho que disfrutasen de un buen triunfo, los romanos estaban hartos del militarismo. «Ningún hijo mío será soldado».[67] Durante los últimos veinte años, muchos de ellos habían acabado por compartir este sentimiento. El emperador César lo entendía perfectamente. No podía pretender contar con un amplio apoyo popular mientras mantuviera los cimientos militares de su régimen tan claramente a la vista. En consecuencia, mientras el clamor y el esplendor de sus triunfos todavía llenaban las calles de Roma, empezó a tomar medidas para dispersar su enorme séquito de soldados.

Con las riquezas conquistadas en Egipto en su haber, el emperador César podía permitirse solucionar el problema invirtiendo dinero. No había necesidad de expropiaciones esta vez. En lugar de ello, se gastaron enormes sumas de dinero en comprar tierras para los miles y miles de soldados desmovilizados. Algunos fueron asentados en Italia, otros, en las colonias. Ninguno de ellos dio problemas ni recurrió a la violencia. Ningún estadista romano había intentado jamás una gesta administrativa de una escala tan titánica y, por supuesto, nadie había conseguido ejecutar una operación tan compleja y costosa con éxito. Como era de esperar, la gesta fue recibida con sincera y generalizada gratitud. Parecía

que las promesas del emperador César no se las llevaba el viento. La paz, tras todos los horrores de la guerra civil, parecía genuinamente a la vista. «La edad violenta de las batallas se suaviza».[68]

No obstante, no era así en todas partes. El Imperio romano, rodeado por todas partes de un gran número de contumaces bárbaros, difícilmente podía permitirse fundir todas sus espadas para forjar arados. En cualquier caso, algunas legiones seguían siendo necesarias para montar guardia. Galia, Hispania, Siria y Egipto ciertamente necesitarían guarniciones. También los Balcanes, que, a pesar de la heroica actuación del emperador César contra los ilirios, seguían siendo un purulento foco de problemas. Tribus como las que se agazapaban más allá del Danubio, barbudas, de pechos peludos y armadas con flechas venenosas, no construían ciudades y permanecían en ellas, como era la costumbre de los pueblos civilizados. En el verano del año 29 a. C., mientras el emperador César celebraba sus triunfos en Roma, una crisis se gestaba en las tierras yermas más allá de Macedonia. Una tribu conocida como los bastarnianos, que normalmente pululaba por los húmedos bosques de el delta del Danubio y era conocida, por consiguiente, como el Pueblo de los Pinos, se desplazaba hacia el sur. Viajaban en enormes grupos, llevaban consigo a sus mujeres e hijos, y eran una amenaza patente. Con su caravana de carros cada vez más cerca de Macedonia, el deber del gobernador estaba claro. Aunque los bastarnianos no tenían ninguna intención de entrar en territorio romano, su temeridad al aproximarse tanto a la frontera no podía quedar sin castigo. La situación exigía un ataque preventivo.

Así pensaba, al menos, el gobernador romano. Al reunir a sus legiones, ordenarles que marcharan hacia los páramos bárbaros y colocarse a su frente, estaba mostrando el mismo espíritu intrépido que había valido a los romanos su imperio. Rómulo, sin duda, habría hecho exactamente lo mismo. Sin embargo, en Roma, el súbito reinicio de la guerra en los Balcanes fue muy mal recibido. Solo a un hombre se le permitía jugar a ser Rómulo, y no era el gobernador de Macedonia. Treinta años antes, cuando el padre deificado del emperador César había sido gobernador de una provincia fronteriza, su marcha hacia el norte para frenar una migración de bárbaros constituyó el primer paso en su conquista de toda la Galia. No hacía falta recordar a nadie lo ocurrido después. Sin embargo, el emperador César se encontraba en una disyuntiva. No

podía prohibir sin más a un aristócrata romano hacer lo que se suponía que tenía que hacer. Los días oscuros de las proscripciones, durante los que había ejercido su poder de forma brutal y sanguinaria, pertenecían al pasado. No tenía el menor deseo de gobernar como un déspota. Si lo hacía, se arriesgaba al mismo aciago fin que su deificado padre, a una lluvia de puñaladas de los senadores. De ahí su dilema. De algún modo, debía encontrar la forma de asegurar la cooperación del Senado mientras, al mismo tiempo, negaba a sus peces gordos el más mínimo bocado de verdadero poder.

Y, desde luego, el gobernador de Macedonia era un pez gordo. Marco Licinio Craso era nieto y tocayo del multimillonario cuyas maniobras tanto habían contribuido a fijar el clima político en la década anterior al cruce del Rubicón y a la subsiguiente guerra civil. El nieto era una astilla del mismo palo. Había negociado los traicioneros rápidos de la época con habilidad, cambiando abrupta y astutamente de chaqueta cuando había sido necesario. Había abandonado a Sexto Pompeyo justo a tiempo y transferido su apoyo a Antonio; luego, justo antes de la batalla de Accio, había vuelto a cambiar de bando. Con un talento para los negocios que habría enorgullecido a su abuelo, Craso negoció duro y consiguió un gran trato. El emperador César accedió a recompensarlo por su traición con un consulado y, luego, cuando terminó su mandato, con una provincia con su propia dotación de legiones. Habían pasado veinticuatro años desde la muerte de su abuelo entre las arenas de Carras y la pérdida de sus águilas a manos de los partos. El pueblo romano todavía tenía muy presente el humillante recuerdo de aquella derrota, y Craso, todavía más. Ahora, al vagar hacia su provincia, los bastarnianos le brindaban la oportunidad perfecta para resarcirse. Limpiaría el honor de su familia con sangre bárbara.

Cuando comprendieron la magnitud del contingente que avanzaba hacia ellos, los propios bastarnianos respondieron dejándose llevar por el pánico. Su rey, un hombre llamado Deldo, envió mensajeros a Craso «apremiándole a no perseguirlos, pues no habían hecho ningún daño a los romanos».[69] Su perseguidor recibió a los embajadores con un amable despliegue de cortesía y les ofreció una bebida, y luego otra y otra. Y cuanto más embriagados estaban los enviados, más los sondeó en busca de información. Los bastarnianos, según descubrió, se habían detenido con sus carros justo tras un bosque cercano. Una vez estuvo seguro de

la ubicación de su presa, Craso no vaciló. Se dieron inmediatamente las órdenes y, aunque todavía no había amanecido, sus hombres empezaron el avance.

Mientras tanto, al otro lado del bosque, el rey bastarniano empezaba a comprender que sus enviados no iban a regresar. Entonces, justo al despuntar el alba, Deldo distinguió, tras el resplandor de las hogueras de los guardas, a exploradores romanos en la linde del bosque. Guerreros con dagas desenvainadas y arcos de tripa tensados casi hasta romperse empezaron a salir de los carros dispuestos en círculo. Una lluvia de flechas con las puntas envenenadas descendió sobre la avanzadilla romana. Algunos legionarios cayeron, otros consiguieron desaparecer entre los árboles. Partidas de guerreros bastarnianos penetraron en el bosque para darles caza. Gritos triunfales retumbaron sobre los matorrales aplastados. Ninguno de los bastarnianos y, desde luego, tampoco su rey, se detuvo a pensar que quizá se tratara de una trampa.

Y precisamente una trampa era lo que había dispuesto Craso. En cuanto se materializó, la emboscada resultó devastadora. Las partidas bastarnianas fueron aniquiladas y sus cuerpos fueron abandonados para que fertilizaran el bosque. Se hizo prisioneras a sus mujeres e hijos y se incendiaron sus carros. El mensaje de la grandeza de Roma, escrito con sangre y fuego, se escuchó alto y claro por todos los Balcanes. Y lo más glorioso de todo fue la forma en que Craso se hizo con la victoria: el rey de los bastarnianos pereció abatido por su espada y no la de ningún otro. La armadura de Deldo, arrancada de su cadáver, era un trofeo como ningún otro general romano había ganado en siglos. Los soldados de Craso, cuando lo saludaban en el campo de batalla como *imperator*, lo saludaban también como algo más: como el cuarto hombre en toda la historia de Roma en ganar el «botín del honor».

Para el emperador César, por supuesto, todo aquello no eran buenas noticias en absoluto. Sus triunfos, su programa de construcciones del Capitolio, hasta su propio nombre: todo ello había sido diseñado para que el pueblo romano pensase en él como en el epítome del general victorioso. Que otro *imperator* fuera ahora a desfilar por las calles de Roma con una armadura arrancada a un caudillo bárbaro y fuera a colocarla en el mismo templo que él había restaurado tan públicamente y con tanto coste era una perspectiva que se le antojaba intolerable. Suponía una amenaza directa a su *auctoritas*. Como tal, no podía con-

sentirla. Nada demostraba mejor lo humillante que resultaba la gesta de Craso que la desesperación instintiva con la que se intentó quitarle mérito. El emperador César dominaba desde hacía tiempo el arte de ocultar sus intereses tras una pantalla de humo de tradiciones muchas veces muy vagas, y de nuevo, intentó ese truco. Durante las obras de renovación del antiguo templo del Capitolio se anunció abruptamente que se había producido un hallazgo asombroso. Los obreros habían descubierto un antiguo corsé de lino. El propio emperador César, «el restaurador del templo, lo había visto con sus propios ojos».[70] Una inscripción en el corsé demostraba que había pertenecido nada menos que a Cornelio Coso, el segundo de los tres héroes que habían dedicado el «botín del honor» a Júpiter. Pero el corsé revelaba además un hecho hasta entonces insospechado. Coso, al contrario de lo que siempre se había afirmado en los anales de la República, era, de hecho, cónsul cuando ganó su famoso trofeo. ¿Existía entonces, a la luz de esta revelación, la posibilidad de que Craso, que era un mero gobernador, no estuviese cualificado para presentar el «botín del honor»?

De hecho, tal argumento era insostenible. Que Craso fuera gobernador en lugar de cónsul cuando mató al rey de los bastarnianos no alteraba el hecho de que había sido la única persona al mando de sus tropas. Sin embargo, la duda bastó para enturbiar la situación. Con Craso todavía en Macedonia durante al menos un año más, había tiempo más que suficiente para que el emperador César neutralizase cualquier posible daño a su régimen. Ciertamente, no cabía duda de la urgencia del desafío ante el que se hallaba. Tenía que blindar su *auctoritas* y darle un carácter inexpugnable. Por ello, durante el año 28 a. C., renovó sus esfuerzos por presentarse como el defensor de todo aquello que era noble y bueno en las tradiciones del pueblo romano, por definirse a sí mismo como «el hombre que les había devuelto sus leyes y sus derechos».[71] Todo rastro del terrorista que fue y de la criminalidad por la que había sido célebre se eliminó sistemáticamente. Todas las medidas anticonstitucionales aprobadas durante los días oscuros de las proscripciones y de las guerras civiles se abolieron solemnemente; se recuperaron las elecciones libres de magistrados, y ochenta estatuas de plata de sí mismo, el colmo de la vulgaridad del nuevo rico, fueron fundidas. En su lugar, el emperador César no aceptó ningún honor «que no fuera coherente con las costumbres de nuestros antepasados».[72] El hombre que en los

primeros días de su carrera había sancionado el asesinato de senadores, ahora se sentaba a la cabeza de todos ellos. Agradecido, recibió del Senado el venerable título que una vez lució Escipión el Africano: *princeps Senatus,* «primer senador».

La generosidad con la que el emperador César restauró al pueblo romano sus libertades perdidas no merecía menos. Y todavía quedaba más. El 13 de enero del 27, en un gesto espectacular de renuncia, el hombre que había extinguido las llamas de la guerra civil y había ganado para sí mismo el gobierno del mundo, comunicó al Senado que renunciaba a todos sus poderes. En adelante, se contentaba con servir simplemente como lo que había sido durante los últimos cuatro años: un cónsul electo. «Transferí mi poder sobre los asuntos públicos», como diría después con elocuente modestia, «al Senado y al pueblo romano, para que hicieran con él lo que juzgaran mejor».[73] Lo que el Senado juzgó mejor, tras escuchar al emperador César con una cuidadosamente ensayada sorpresa, fue homenajearlo como a un héroe de acuerdo a la más noble tradición de la República. Casi dos décadas antes, en la fiesta de las *Lupercalia,* Antonio, jadeante y vestido solo con un trapo, presentó al deificado Julio una diadema real; pero ahora, cuando el Senado puso una corona sobre la sien de un césar, fue para honrarlo, no como el señor, sino como el sirviente del pueblo romano. La «corona cívica» era una simple diadema de hojas de roble que celebraba, como su nombre daba a entender, el vínculo de ciudadanía que unía a todos los romanos. Solo un romano que había salvado la vida a otro en batalla, «matando al adversario que amenazaba a su compañero, sin dar jamás un paso atrás»,[74] era digno de recibirla. ¿Quién podía merecerla más, pues, que el hombre que había evitado que el imperio entero implosionara? El emperador César, agradecido al Senado por el honor que le otorgaba, no dudó en aceptarla. La modestia del galardón era precisamente lo que lo hacía tan valioso. Se dieron órdenes de que se colgase donde todo el mundo pudiera verlo; directamente sobre la puerta de entrada del emperador César. Y allí había de colgar perpetuamente, como recuerdo «de los ciudadanos a los que había salvado».[75]

¿Qué otro noble podía aspirar a competir contra esto, con toda su maravillosa combinación de gloria y humildad? Una *auctoritas* de ese calibre hacía palidecer a la de cualquier otra magistratura o linaje, o a

cualquier honor ganado en batalla. Mientras escuchaban como el emperador César se declaraba «un hombre apacible, interesado únicamente en llevar una vida tranquila»,[76] pocos en el Senado habrían dudado de sus palabras. Desde luego, su afirmación de restaurar a los senadores su antigua licencia para competir por honores públicos no era una mera farsa. De haber sido de otro modo, su resentimiento hacia su régimen habría ardido con la misma desesperación que había resultado fatal para su deificado padre. El emperador César necesitaba su apoyo. Los cambios que les ofrecía eran auténticos. El Senado iba a convertirse de nuevo en lo que había sido antes de las guerras civiles: en el camino más seguro hacia un cargo público importante. Las elecciones serían abiertas. No se coartaría a ningún competidor. El propio emperador César, lejos de sencillamente entregar las magistraturas a sus candidatos favoritos, tendría que hacer campaña en su favor y luego votar como cualquier otro ciudadano. La preeminencia del Senado, según podría parecer a los más ingenuos de sus miembros, quedó pulida y restaurada.

Sin embargo, a pesar de que las antiguas instituciones republicanas seguían manteniendo su potente aura, era muy difícil ignorar que el mundo que habitaban aquellos que aspiraban a ocuparlas había cambiado mucho desde la República. Abundaban los recordatorios. Al cruzar el Foro esa mañana para escuchar hablar al emperador César, los senadores pasaron junto a los relucientes nuevos monumentos construidos para gloria del deificado Julio y de su hijo: templos, estatuas, arcos... Al levantar la vista al tejado del recientemente completado edificio del Senado, les habría sido imposible no ver una estatua de la Victoria, con un orbe bajo los pies. Ahora, al escuchar como el emperador César pronunciaba su trascendental discurso, veían directamente tras él una segunda estatua de la Victoria, erigida sobre una columna y rodeada por los trofeos saqueados de Egipto. Para algunos, el intimidante *glamour* de todo aquello resultaba insoportable. Las muestras de lealtad derivaron en excesos melodramáticos. Después de gritar que prefería morir a sobrevivir al emperador César, un senador salió corriendo del edificio a la calles de la ciudad, donde empezó a urgir a la multitud a que jurara lo mismo. Incluso el Tíber parecía sobrecogido. Su cauce se desbordó e inundó los distritos más bajos de Roma, una clara señal de que los dioses querían que el emperador César «tuviera toda la ciudad bajo su autoridad».[77] El título formal de *princeps Senatus* no hacía justicia a una

primacía de tal magnitud, como tampoco podía hacérsela ningún otro título formal. La grandeza del emperador César superaba ampliamente la capacidad de cualquier rango u honor que pudiera definirla. Quizá lo mejor fuera, pues, pensar en él simplemente como en un *princeps:* el «primer hombre» de Roma, y del mundo.

El emperador César, como siempre, estaba en misa y repicando. Su renuncia a sus poderes formales no comportó un abandono real del poder. Las rivalidades carnívoras que habían llevado a la ruina a la República no iban a renacer. Los aristócratas con nombres famosos podían competir por altos cargos, tal y cómo habían hecho sus antepasados, pero lo harían del mismo modo que compiten los tigres capturados, dentro de los confines de un lujoso y espléndido zoológico. La respuesta al discurso del *princeps* desde dentro del propio Senado fue minuciosamente orquestada para asegurar que así fuera. Mientras Craso se recuperaba de un duro segundo año de campaña militar en sus cuarteles de invierno, se tomaron medidas para asegurar que grandes nobles como él nunca más pudieran salir en busca de aventuras contra los bárbaros. Tan pronto como el *princeps* se sentó, tras terminar su discurso, los dóciles senadores se levantaron y le suplicaron que no abandonara su mando militar. El *princeps,* severo y abnegado, se negó. Los senadores continuaron suplicándole. El pueblo romano todavía necesitaba un guardián de su libertad. Siendo así, le rogaron sus hombres de confianza, ¿no aceptaría el *princeps* un mando como el que Pompeyo o su propio deificado padre habían tenido en su día, que abarcara varias provincias, con vigencia de diez años? No había en ello nada contrario a la tradición, nada con tintes monárquicos. El *princeps* sopesó este argumento. Luego, tras la debida reflexión, reconoció que los senadores quizá tenían razón. A regañadientes, obligado por su sentido del deber, por su nobleza, aceptó sobrellevar la carga de ese mando.

Galia, Hispania, Siria y Egipto: esta fue la selección de provincias que un agradecido Senado concedió al emperador César. Juntas, le conferían un ejército de más de veinte legiones. En adelante, aquellos que las comandaran en el campo de batalla lo harían como sus subordinados, sus «legados». Se acabó que hombres de linaje famoso fueran en busca de gloria a por el «botín del honor». Se permitió que Craso, en Macedonia, conservara su provincia, sin embargo, le cortaron las alas para siempre. Cuando regresó a casa en el verano del 27, el *princeps* no

consideró que valiera la pena negarle su triunfo. Craso, pues, desfiló debidamente con sus trofeos y prisioneros por Roma. Sus gestas provocaron un entusiasmo generalizado. Horacio fue solo uno de los muchos que las celebraron.[78] No obstante, no se hizo mención al «botín del honor» ni tampoco se visitó el pequeño templo de Júpiter. Craso, tras su momento de gloria, desapareció del centro del escenario público. Sus días de campañas militares habían terminado para siempre. Sus sucesores como gobernadores de Macedonia, aunque no nombrados directamente por el *princeps,* fueron hombres grises y desconocidos. Es cierto que uno de ellos llegó a lanzar un ataque no provocado contra un amistoso rey vecino, pero inmediatamente lo enviaron de vuelta a Roma y lo juzgaron por sus ilegales aventuras. El propio *princeps* se dignó a aparecer como testigo de la acusación. Después de ese caso, los gobernadores se cuidaron de ir más allá de las fronteras de Macedonia.

Sin embargo, no por ello iban a quedarse los romanos sin aventuras marciales con las que emocionarse. Al contrario. El *princeps* se tomó sus responsabilidades en las provincias muy en serio. Seguía habiendo todo un mundo ahí fuera que conquistar y pacificar, y tenía intención de demostrarse a la altura de esta misión universal. Las victorias sobre los bárbaros eran la justificación necesaria de su mando. Así que estallaron guerras en prácticamente todas las fronteras de las provincias bajo el mandato del *princeps.* Sus legados se embarcaron en un programa de expansión sin precedentes en la historia de Roma. Las legiones siguieron el curso del Nilo hasta lo más profundo de Etiopía; penetraron en los remotos desiertos de arena de Arabia, y domaron a los bandidos de los Alpes. A los romanos empezó a parecerles que incluso las más remotas y salvajes naciones pronto se verían obligadas a inclinar la cerviz. «¡César», escribió Horacio en un estado de máxima excitación, «se dirige a luchar contra los britanos en el mismo fin del mundo!».[79] Aunque en realidad, César no estaba haciendo eso. Tenía un objetivo distinto en mente. Fue en Hispania, donde las tribus de las montañas del norte habían desafiado el avance de las armas romanas durante dos siglos, donde el *princeps* tomó el mando personalmente a principios del 26. El apoyo divino a la expedición quedó espectacularmente claro muy temprano, cuando un rayo rozó la litera en que transportaban a César e incineró a un esclavo cercano. Que Júpiter cuidase personalmente de su favorito resultó muy adecuado, pues la campaña no se le dio espe-

cialmente bien al *princeps*. Tan debilitante resultó el estilo de guerra de guerrillas favorecido por los nativos para el *princeps* que, como era invariablemente su hábito cuando se encontraba en campaña, se retiró a su lecho, momento en el cual los bárbaros, en un fatal exceso de confianza, se enfrentaron a los romanos en batalla campal y fueron derrotados. El siempre leal Agripa se hizo cargo del resto. El *princeps*, como es natural, se arrogó todo el mérito.

La disposición del pueblo romano a tolerarle esto, a salir a recibirlo con guirnaldas y abrir las ánforas de vino en cuanto regresó de Hispania combinaba la adulación con un palpable nerviosismo. El estado de salud del *princeps* era grave. Los médicos le diagnosticaron abscesos en el hígado. Muchos temieron lo peor. «Mientras César tenga el mundo en sus manos, no debo temer ni a la guerra civil ni a la muerte violenta».[80] Eso declaró Horacio, enunciando una verdad como un puño. Asentado felizmente en su granja en los montes Sabinos, no tenía ninguna intención de perder los dulces frutos de la paz. Tampoco lo deseaba la inmensa mayoría de sus conciudadanos. A principios del año 23 a. C., cuando el *princeps* enfermó de tal forma que se esperaba su muerte en pocas horas, toda Roma contuvo el aliento. Sin duda, había algunos que, ansiosos por librarse de su dominio, rezaban por su muerte; pero había muchos más que no. El delgado hilo del que pendía la estabilidad del mundo quedó descarnadamente expuesto. Incluso mientras se debatía entre la vida y la muerte y sudaba en su lecho de enfermo, el *princeps* extrajo sus propias conclusiones. Cuando finalmente se recuperó, rescatado de las puertas de la muerte por un riguroso régimen de baños fríos, determinó que las lecciones de la crisis no cayeran en saco roto. Le resultó mucho más evidente que nunca que su primacía contaba con el apoyo generalizado de todos los romanos. Se movió rápido para aprovechar esa ventaja.

El 1 de julio del 23, el *princeps* anunció que abandonaba su decimoprimer consulado. Otra vez, como había sucedido cuatro años y medio antes, un gesto de renuncia ocultaba lo que era en realidad una reafirmación de su supremacía. El juego de sombras que había caracterizado el acuerdo original entre el Senado y él se elevó ahora a nuevas cotas de refinamiento y ambivalencia. Ciertamente, en los términos del nuevo acuerdo había muchas cosas que gustarían a los elementos más ambiciosos del Senado. En adelante, el *princeps* ya no ocuparía uno de

los dos consulados todos los años. Las oportunidades de conseguir la magistratura más importante de Roma se multiplicaron por dos de la noche a la mañana. Parecía que los viejos tiempos de la República y sus tradiciones competitivas habían vuelto de verdad. Naturalmente, esa restauración tenía un precio. El Senado tenía que cumplir su parte del trato. Al *princeps* se le cedieron asombrosos nuevos poderes. El derecho a convocar a los senadores, siempre que quisiera, a presentar nueva legislación y a que su rango estuviera por encima incluso del de aquellos gobernadores que no eran oficialmente sus legados: se acordaron y ratificaron todos estos privilegios. Cuatro años antes, el emperador César no se habría atrevido a exigirlos. Sin embargo, las cosas habían cambiado. Su *auctoritas,* ese poder de asombrosa luz y profunda y oscura sombra, había ganado músculo y afilado sus dientes.

Un año antes, cuando los estragos del hambre y las enfermedades provocaron que los romanos se rebelasen y declararan que solo su nombramiento como dictador serviría para redimir la ciudad, el *princeps* los había rechazado indignado. Se había hincado de rodillas y arrancado la ropa a jirones. Hubo un tiempo en que incluso llevaba coraza bajo la toga cuando acudía al Senado, pero entonces, con el pecho desnudo, había suplicado a la gente que lo apuñalara allí mismo antes que obligarlo a ser dictador. Puede que su histrionismo fuera calculado, pero su indignación era auténtica. Era muy consciente de que no debía emular el ejemplo de su deificado padre. La grandeza que había conseguido para sí mismo no iba a ser confinada dentro de los límites de un cargo formal. Su poder, como el perfume del incienso más caro, había impregnado hasta el último rincón y recoveco del Estado romano. No hacía falta, pues, ofender a nadie violando las tradiciones. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho él, después de todo, sino adoptarlas? Ahora, cuando la gente miraba al *princeps,* no veía al verdugo de la República. Muy al contrario, veía a su plena encarnación. «¿Qué es César, sino el Estado mismo?».[81]

Desde los diecinueve años, cuando se había declarado a sí mismo el hijo vengador de un dios, el otrora Cayo Octavio había sabido que la única realidad que existe es la que aprecia observador. Era tan importante persuadir a la gente de que ignorara ciertas cosas como de que viera otras. Marco Craso, desesperado por redimir la deshonra de la muerte de su abuelo, había arrinconado a un rey bárbaro y lo ha-

bía matado con su propia espada; pero cuando el *princeps* partió el 22 de septiembre directamente hacia las provincias orientales sabía muy bien que no podía confiar solo en el acero. El halo de su reputación, que impresionaba tanto a los partos como a sus conciudadanos, era un arma mucho más segura. Más que arriesgase a correr la misma suerte que Craso yendo a la guerra, el *princeps* optó por comenzar a negociar directamente con Fraates, el rey de Partia.

Esta era una jugada sin precedentes. Ningún otro *imperator* había intentado jamás dirimir una disputa con los bárbaros de otra forma que no fuera a través de la fuerza de las armas. Solo un líder con prestigio divino podía plantearse desafiar un precedente marcial tan rotundo, y solo un líder de prestigio divino podía conseguir hacer funcionar una alternativa. Fraates, aliviado al verse tratado como un igual por la belicosa y agresiva superpotencia que lindaba con su reino, aceptó inmediatamente la oferta de una paz negociada. Como muestra de buena voluntad, entregó precisamente aquello que el *princeps* había ido a buscar a Oriente: las águilas capturadas a Craso en Carras. Una gesta gloriosa. ¿Cómo podía compararse a ella el quitarle la armadura a un mugriento jefecillo tribal de los Balcanes?

Al regresar a Roma después de tres años fuera, el *princeps* se aseguró de que todo el mundo estuviera al corriente de su éxito. En la colina sagrada del Capitolio, donde se habían colocado los primeros honores de batalla ganados por un romano muchos siglos atrás, ordenó que se construyera un pequeño templo. Aquí fue, por el momento, donde se iban a guardar los estandartes: una función diseñada, como su localización, para que recordara a la del antiguo templo de Júpiter.[82] El *princeps,* con su acostumbrada mezcla de sutileza y precisión, sabía exactamente el mensaje que estaba emitiendo a sus conciudadanos. Aunque puede que no hubiera matado a un general enemigo, había ganado el botín del honor más grande. En verdad, era el segundo Rómulo, el hombre que iba a fundar Roma de nuevo.

El día de la fundación de la ciudad, doce águilas sobrevolaron el Palatino, una señal enviada por un poder asombroso y sobrehumano, un poder que los romanos describían como augusto. En el 27 a. C., cuando el Senado insistió al *princeps* que aceptara el mando de todas las provincias del mundo, uno de sus miembros recurrió a dicha palabra como el adjetivo perfecto para definirlo. Otros senadores, sabedores

del gusto del emperador César por acumular nuevos nombres, habían apostado por llamarlo «Rómulo», pero en cuanto se mencionó «augusto», el Senado entero supo al instante que ningún otro nombre valdría. El propio *princeps*, reticente a llevar el nombre de un rey, estuvo de acuerdo. Y así fue como sucedió. El emperador César, por votación oficial del Senado, recibió además el nombre de «Augusto». Menos amenazador que «Rómulo», pero también fantásticamente más impresionante. «*Augusto* es como nuestros padres llaman a todo lo sagrado. *Augusto* es como llamamos a un templo que ha sido correctamente consagrado por los sacerdotes».[83]

Un hombre con un nombre así no necesitaba un cargo formal. Ni rey ni dictador, ni siquiera cónsul, pues era algo infinitamente superior. Los dioses habían otorgado a Roma, en la más desesperada de las horas, ayuda divina. Le habían dado a su emperador César Augusto.

El Dios Padre

Durante uno de sus periódicos momentos de enfermedad, el *princeps* decidió que necesitaba un secretario. Al pensar en posibles candidatos, reparó en Horacio. Ocurrente, sociable y discreto, el poeta parecía perfecto para el puesto. Sin embargo, el propio Horacio se quedó conmocionado. No había escapado del tedio de la contabilidad para verse ahora encadenado a la tinta y los documentos de otro hombre. Recurriendo a sus inmensas reservas de tacto, se excusó lo mejor que supo. También él, explicó al *princeps,* sufría de mala salud. Por eso, sintiéndolo mucho, tenía que rechazar la oferta.

Este rechazo, viniendo de alguien que había luchado en el bando perdedor en Filipos, podría parecer muy osado. El aura violenta y amenazadora que rodeaba a Augusto desde su juventud persistía tenuemente. Para los miembros de una determinada generación era difícil ver al *princeps* y levantar la mano para saludarlo sin pensar en cierta historia de sus tiempos como triunviro que decía que había sacado los ojos a un supuesto asesino con sus propios dedos. Sin embargo, los tiempos habían cambiado. La historia preocupó lo bastante al propio Augusto como para desmentirla explícitamente. Sus atrocidades de juventud hacía tiempo que habían servido a su propósito. Ahora que ha-

bía conseguido el dominio absoluto del Estado romano no necesitaba recurrir a la crueldad. Las muestras de compasión eran más útiles para satisfacer su deseo de poder. Augusto se sentía perfectamente a gusto tolerando todo aquello a lo que ya no tenía motivos para temer. En el templo de Venus Genetrix construido por su deificado padre, la estatua de Cleopatra adornaba todavía las sombras con sus destellos de oro. Julo Antonio, el encantador y culto hijo de Antonio, fue criado en la casa de Octavia y se casó con una sobrina del *princeps*. Hombres que habían luchado junto a Pompeyo y comandado legiones en Filipos, que habían mantenido estatuas de los asesinos del deificado Julio en sus casas, fueron animados a servir como cónsules. Augusto no tenía ningún interés en *vendettas* ahora que ya no estaba en juego su propia seguridad. Horacio podía rechazar la oferta de convertirse en su secretario y aun así conservar su favor.

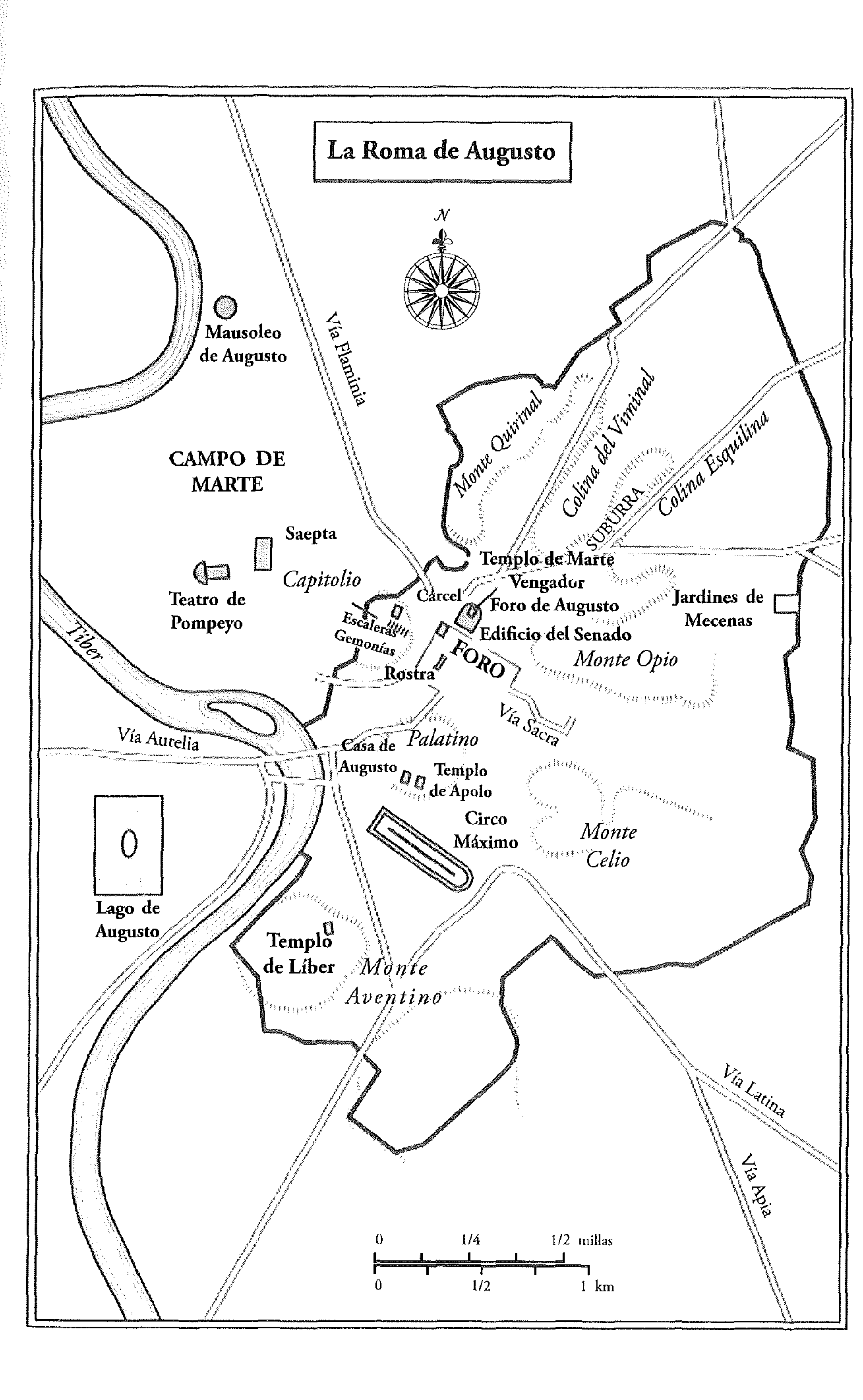
Desde luego, era por todos sabido que el *princeps* era capaz de reírse de sí mismo. Al conocer a un joven que se parecía mucho a él, preguntó: «Dime, ¿ha estado alguna vez tu madre en Roma?». El joven contestó: «No. Pero mi padre sí, a menudo.»[84]

Anécdotas como estas hacían maravillas por la imagen del *princeps*. Ayudaba también el hecho de que también era capaz de bromear sobre los demás. El sentido del humor de Augusto, como el de la mayoría de sus conciudadanos, tendía hacia lo escandaloso. Los enanos, los lisiados, los enfermos de gota: todos ellos provocaron célebres ocurrencias. Mecenas era objeto de las puyas del *princeps* por su «estilo suave, afeminado y lánguido»;[85] Horacio, por estar gordo. Augusto bromeaba sin maldad. Que se dirigiera al poeta como «el más perfecto de los capullos»[86] era un signo de afecto, no de desprecio... y era perfectamente capaz, en el trato con aquellos a los que apreciaba, de mostrar una enorme sensibilidad y encanto. Sin embargo, permanecía en él cierta dureza, una aspereza de carácter que recordaba a aquellos propensos al esnobismo que el *princeps* procedía de un pueblo conservador. Ya fuera al animar a boxeadores en callejuelas, al pasear con un sombrero de ala ancha viejo o al reírse a carcajadas al ver a un jorobado, el emperador César Augusto retenía cierto aire provinciano.

Nada de lo cual le perjudicaba en lo más mínimo entre la masa del pueblo romano. Les gustaba pensar que su *princeps* era un hombre que

no se daba aires de grandeza ni adolecía de un refinamiento excesivo. Detalles íntimos, astutamente filtrados, contribuían a presentarlo como un ciudadano honesto de gustos sencillos. Era sabido por muchos que un hombre cuyo nombre lo situaba a medio camino entre la tierra y el cielo comía como un campesino, que su pan era basto y su vino procedía de una cosecha corriente. Los apetitos divinos, incluso si eran del hijo de un dios, podían generar amargos resentimientos. Augusto lo había descubierto por las malas. Tras la masacre de Filipos, cuando parecía que los dioses abandonaron al mundo a su suerte, imitar a los ausentes inmortales se había convertido en la última moda entre los ambiciosos señores de la guerra. Un excónsul no se lo pensaba dos veces antes de pintarse el cuerpo de azul, colocarse la cola de pez propia de un dios marino e ir a los sitios arrastrándose por los suelos. En sus primeras muestras de pasión por Livia, Augusto orquestó una mascarada particularmente provocadora. En unos momentos en que Roma padecía entre las garras del hambre, celebró una fiesta dipsómana en la que todos los invitados debían acudir vestidos de inmortales. El propio novio se presentó como el dorado y eternamente joven dios de la luz y la música, Apolo. Abajo, en las calles de la ciudad hambrienta, las noticias de la fiesta provocaron una enorme indignación, amargura y desprecio. «Sí, desde luego», gritaron los romanos, «César es Apolo: ¡Apolo el Torturador!».[87]

El pueblo de Roma tenía un motivo en concreto para asociar a un dios al que habitualmente se adoraba como patrón de la profecía y la disciplina con la crueldad más extrema. En el Foro, junto a la higuera sagrada, se elevaba la estatua de un hombre panzudo con un odre de vino al hombro. Era Marsias, un sátiro que en una ocasión desafió a Apolo a un concurso musical que debió ganar, pero a quien le robaron la victoria que merecía y luego desollaron vivo por su presunción. En cualquier caso, así era como contaban los griegos la historia, pero, en Italia, se contaba con un final mucho más feliz. Se decía que Marsias había escapado del iracundo Apolo y huido a los Apeninos, donde había enseñado las artes de la adivinación a los nativos y engendrado a los marsos, un pueblo capaz de hechizar a las serpientes. Roma no era la única ciudad que lo conmemoraba. Había estatuas de Marsias en plazas públicas de toda Italia. Por mucho que se representase al sátiro con grilletes en los tobillos, siempre lo mostraban en pie desafiante y


La Roma de Augusto
N
Mausoleo de Augusto
Vía Flaminia
Monte Quirinal
Colina del Viminal
Colina Esquilina
CAMPO DE MARTE
SUBURRA
Saepta
Capitolio
Templo de Marte Vengador
Foro de Augusto
Cárcel
Teatro de Pompeyo
Jardines de Mecenas
Escaleras Gemonías
Edificio del Senado
Tíber
FORO
Monte Opio
Rostra
Vía Sacra
Vía Aurelia
Casa de Augusto
Palatino
Templo de Apolo
Circo Máximo
Monte Celio
Lago de Augusto
Templo de Líber
Monte Aventino
Vía Latina
Vía Apia
0
1/4
1/2 millas
0
1/2
1 km

desencadenado. Había escapado del yugo de su divino señor. Y por eso servía a los italianos como «un símbolo de libertad».[88]

Augusto, que era profundamente conservador en casi todo menos en su ambición, respetaba demasiado la tradición como para plantearse retirar un monumento tan venerable del Foro. Sin embargo, la estatua de Marsias le preocupaba por diversos motivos. En Filipos, su lema había sido «Apolo», mientras que el de sus oponentes había sido «libertad». No solo eso, sino que, además, los devotos de Marsias creían que había sido salvado de las garras del dios que quería desollarlo por un dios rival llamado Líber, una deidad anárquica que había enseñado a la humanidad a disfrutar del vino y del abandono sexual, cuyo nombre significaba «libertad» y a quien, para colmo, Marco Antonio había adorado como su patrón particular. El choque entre los antiguos triunviros había sido prefigurado en los cielos. Al cabalgar en procesión por las calles de la capital de Cleopatra, Antonio lo había hecho ataviado como Líber, «con la cabeza cubierta de hiedra y el cuerpo envuelto en una túnica dorada».[89] Cuando visitó Asia Menor, donde, en la antigüedad, había tenido lugar la competición entre Apolo y Marsias, fue recibido por juerguistas disfrazados de sátiros. La noche antes de su suicidio, sonidos fantasmagóricos de música y risa invadieron el aire de Egipto: «y los hombres decían que el dios con quien Antonio siempre se comparaba, y de quién había sido profundamente devoto, lo había abandonado al fin».[90]

Mientras tanto, en Roma, la victoria del conquistador de Antonio fue también el triunfo de Apolo. La restauración del antiguo templo de Júpiter en el Capitolio no fue nada en comparación con la asombrosa remodelación de toda la ladera de la colina que daba al Foro. En el año 36 a. C., poco después de la derrota de Sexto Pompeyo, un rayo cayó sobre el Palatino. Un dios había hablado, pero ¿qué Dios? Adivinos patrocinados por el más eminente devoto de Apolo en Roma ofrecieron la respuesta deseada. Durante casi una década, obedeciendo sus designios, las grúas y los andamios dominaron la cima del Palatino. Las obras no se acabaron hasta octubre del 28. El pueblo romano, tal y como se esperaba, contempló el resultado estupefacto. Plantado en la colina, sobre la Lupercal, junto al lugar en que todavía se conservaba, contra todo pronóstico y lógica, la cabaña construida tiempo atrás por Rómulo con humilde madera y paja, resplandecía en ese momento un monumento

construido según los más avanzados métodos internacionales. Elevado sobre un gran podio de mármol, adornado con puertas de marfil y coronado por un carro tirado por cuatro caballos de bronce, se alzaba «el templo del brillante Apolo, blanco como la nieve»,[91] que cambió la silueta de la ciudad de Roma. Por uno de los lados del Palatino asomaba sobre el Foro; por el otro, sobre los restos calcinados del antiguo templo de Líber.[92] Que el templo se hubiera incendiado el mismo año en que Antonio fue derrotado en Accio no hizo sino potenciar el mensaje. Augusto, triunfante en cuanto emprendía, había apoyado también al ganador celestial.

Sin embargo, no había olvidado lo fácilmente que los pobres y hambrientos se habían alzado contra él por disfrazarse de Apolo. A pesar de que la devoción del *princeps* por el dios de la luz nunca había flaqueado, tenía el sentido común de no alardear de esta identificación en banquetes en los que corría el vino. Ese tipo de jactancia era algo más propio de gente como Antonio. Augusto prefería que su rostro reflejara un perpetuo juego de fulgor y sombra. Su imagen estaba tan cuidadosamente controlada como cargada de ambigüedad. El retrato que de él hacían los escultores ofrecía al pueblo romano un reflejo fiel de las infinitas sutilezas y paradojas del hombre. En las protuberantes orejas de sus estatuas se atisbaba a un *princeps* profundamente humano: uno cuyas cejas se unían en una, cuya dentadura era mala y cuya ansiedad por su estatura le llevaba a calzarse zapatos con plataforma. Sin embargo, a pesar de todo eso, era un hombre atractivo: se enorgullecía, y muchos aduladores estaban dispuestos a confirmarlo, de que le bastaba fijar en cualquiera «su clara y brillante mirada»[93] para que esa persona bajara la vista, como si contemplara el sol. En sus estatuas, el *princeps* de orejas de soplillo parecía tan bello como un Apolo. A medio camino entre la juventud y la madurez, entre la melancolía y el triunfo, entre lo mortal y lo divino, era un romano *augusto* en todos los sentidos.

En sus retratos, no había lugar para el cabello ralo y las mejillas caídas que en otros, durante el apogeo de la República, habían servido como distintivo de los estadistas más destacados. ¿Qué necesidad tenía Augusto de enfatizar su experiencia? Sus gestas asombraban a todo el mundo. Había conseguido más que todos los senadores llenos de arrugas juntos. La estrecha relación entre la fealdad y la *virtus*, siempre celebrada por los conservadores, no convencía a Augusto. El *princeps*,

más que refrenar su propensión hacia la promoción personal, prefirió modelar los gustos para adecuarlos a su entorno. Nunca antes en la historia se habían realizado, diseminado y exhibido públicamente tantos retratos, bustos y estatuas de un solo hombre. Se estaba vendiendo al pueblo romano una nueva ortodoxia estética: el poder debía ser bello. Este mensaje, evidente para todos aquellos que contemplaban las estatuas de Augusto, era también cada vez más evidente en un ámbito mucho más palpable: la misma textura de la ciudad.

Roma, a pesar de ser «la sede del Imperio y de los dioses»,[94] había presentado durante mucho tiempo un aspecto dramáticamente inadecuado a su estatus como capital del mundo. El humo marrón de miles y miles de talleres y hogares flotaba como una mortaja sobre barrios de chabolas abarrotados. Altos edificios de apartamentos apuntalados de cualquier manera se aferraban precariamente a las laderas de las colinas de la ciudad. Templos ennegrecidos por la suciedad y a punto de hundirse estaban desperdigados entre laberintos de callejuelas enrevesadas y mugrientas. Comparada con las relucientes ciudades de Oriente, donde los reyes que descendían de los generales de Alejandro Magno habían engalanado sus capitales con jactanciosa ostentación, Roma era una colmena raída y monocroma. Tan tristes eran sus ladrillos de arcilla y su toba moteada que, cuando llegaban a la ciudad, a los embajadores de las monarquías orientales les costaba reprimir los resoplidos de desdén. Sin embargo, la falta de grandes monumentos, que a los griegos les parecía síntoma de un provincianismo cómico, había sido tradicionalmente para el propio pueblo romano un símbolo de su libertad. ¿Qué eran el mármol de colores, las avenidas pomposas y la planificación urbana sino prerrogativas de reyes? En una república libre no se podía permitir a nadie tal grandilocuencia. Por ello precisamente, en la última y febril década antes de cruzar el Rubicón, la súbita aparición en Roma de una serie de grandiosos monumentos fue el presagio de la ruina de la República. Mientras Julio César financiaba su propio foro, con su templo de mármol y una estatua de su caballo, Pompeyo Magno ponía su nombre al primer teatro de la ciudad construido con piedra. Estas obras públicas rivales, contrapuestas a la miseria y la decadencia del resto de la ciudad, brillaban como fundas de oro en una boca de encías enfermas y sangrantes. Como no podía ser de otra manera, ambas habían

servido a la gloria de sus respectivos patrocinadores, pero no tanto a la del pueblo romano. Remodelar una aglomeración urbana tan caótica y destartalada como Roma y convertirla en una capital digna de un imperio global era un proyecto de renovación que iba más allá de lo que nadie había intentado jamás. Solo un ciudadano que poseyera recursos ilimitados, una *auctoritas* infinita y mucho tiempo podía siquiera plantearse embarcarse en una empresa así. En suma, solo un ciudadano como Augusto.

Como es natural, las atenciones que el *princeps* dedicó a la ciudad no eran desinteresadas. Nada de cuanto hacía lo era. Su objetivo era, como siempre, deshacerse de cualquier tipo de posible competencia. Incluso los muertos eran un objetivo lícito. Los herederos de Escipión el Africano, por ejemplo, con intención de recordar al pueblo romano su pedigrí, habían culminado el camino procesional que ascendía por uno de los lados del Capitolio con una nueva forma de espectáculo arquitectónico: un arco colosal. Augusto decidió subir la apuesta como solo él podía hacerlo. Para dominar el camino que discurría desde el Foro hasta el Palatino, realizó un ejercicio perfectamente calibrado para dejar a la altura del betún incluso a las dinastías más célebres. Construyó un arco triunfal majestuoso, mucho mayor que el de Escipión. A pesar de estar dedicado en apariencia a su padre biológico, que había muerto cuando el niño Octavio tenía solo cuatro años, el monumento sugería un linaje mucho más glamuroso. En lugar de retratos de sus antecesores mortales, el arco mostraba una asombrosa estatua de Apolo, completa con su carro y sus cuatro caballos, todos tallados de un solo bloque de piedra. Sutil pero decisivamente, Augusto aplacó todos los chistes y las risitas sobre su ascendencia. Aunque el arco no confirmaba explícitamente el rumor que se contaba sobre su madre, de quien se decía, que nueve meses antes de su nacimiento, había recibido la visita de una serpiente mientras dormía en el templo de Apolo, una criatura que había dejado en su cuerpo una milagrosa «marca de colores con la forma de una serpiente»,[95] tampoco lo desmentía. Augusto prefería operar mediante este tipo de ambigüedades. Era reticente a ofender la sensibilidad de la gente afirmando que Apolo era su padre, pero se sentía perfectamente cómodo dándolo a entender. Estaba, como siempre, en misa y repicando.

La cuerda floja por la que deambulaba para conseguirlo era necesariamente precaria. Se necesitaba un talento muy especial para presen-

tarse casi como uno de los dioses y, al mismo tiempo, como un hombre del pueblo. En Augusto, la petulancia más espectacular se combinaba con unas reservas casi sobrehumanas de paciencia y disciplina. El nuevo y reluciente templo de Apolo, aunque proyectaba parte de su lustre sobre la adyacente casa del *princeps,* también permitió a los ciudadanos corrientes acceder a lo que hasta entonces había sido patrimonio exclusivo de los oligarcas. Bibliotecas, jardines y pórticos, anexos al cuerpo principal del templo, dominaban ahora la cima del Palatino. Contra ese decorado, la residencia privada del propio *princeps* parecía modesta, casi hasta el punto de la frugalidad. A pesar de que Hortensio, su propietario original, había sido célebre en su época por su extravagancia rayana en el afeminamiento, las modas habían cambiado mucho desde entonces. Ahora, nuevas señales de lujo adornaban los hogares de los superricos. En un tiempo en que Mecenas, famoso árbitro del gusto, se esforzaba por introducir la moda de las piscinas climatizadas en Roma, la casa del *princeps* sorprendía a aquellos familiarizados con las propiedades más exclusivas porque «no era notable ni por su tamaño ni por su estilo».[96] Para él no valía una torre como la que Mecenas había construido como atracción principal de su exquisito palacio, un capricho arquitectónico que ascendía tan alto que permitía a su dueño ver los distantes Apeninos desde Roma. Augusto, un hombre más rico que la propia República, no necesitaba demostrar a nadie que tenía mucho dinero.

Y sabía muy bien que compartía el mismo sentimiento con la gran mayoría del pueblo romano. «Aunque aprueben los monumentos públicos que embellecen la ciudad, no les gustan los lujos privados».[97] Los seguidores de Augusto, atiborrados como estaban de botines tras la guerra civil, no ayudaban a su líder cuando hacían ostentación de aquello de lo que se habían apropiado. Precisamente por su devoción a la moda, Mecenas corría el riesgo de perder el favor de la gente. Sus grandes jardines junto a una de las puertas de la ciudad se habían construido sobre un cementerio de pobres; sus plantas y árboles meticulosamente podados a la última moda, estaban fertilizados por «los huesos blanquecinos»[98] de los menesterosos. Infinitamente mejor cualificado para servir como el rostro público del nuevo régimen estaba el severo y adusto Agripa. A pesar de que había pasado de la nada a ser el dueño de la espléndida mansión de Antonio en el Palatino y de territorios enteros

en ultramar, su imagen de campesino sincero que agradaba a las masas. Provocando sin ningún reparo a los nobles, Agripa presionó para que se nacionalizaran las obras de arte que estaban en manos privadas. Sostenía que tesoros de ese tipo debían ser propiedad del pueblo romano, quien tenía derecho a disfrutarlos. El propio *princeps,* que tanto se había esforzado por seducir y tranquilizar a la aristocracia, no era el hombre adecuado para lanzar y ejecutar una propuesta como aquella, pero Agripa no hacía ni decía nada que no estuviera sancionado por su señor. Augusto, con un olfato sin igual para reconocer las oportunidades, era consciente de que la actitud de las clases altas hacia las masas podía explotarse para obtener beneficios. Por un lado, entre aquellos comprometidos con las tradiciones más nobles de la república, se concedía enorme valor al principio de que correspondía «al pueblo romano conceder todo poder, cargo o mando»;[99] por otro lado, los mismos aristócratas y caballeros que sostenían ese principio creían también que ese mismo pueblo romano era «el agua de las cloacas de la ciudad».[100] Ahí, en el turbio espacio entre estas dos opiniones contradictorias había grandes oportunidades para que Augusto consolidase todavía más su posición. Al fin y al cabo, ¿quién mejor cualificado que el salvador de la República para darse cuenta del enorme potencial de la hipocresía?

Pocos tenían mucho interés en discutir, después de las devastadoras guerras civiles, que había sido en verdad el *princeps* quien, con sus propias manos sanadoras, había salvado al malherido Estado y le había restaurado la salud. Cuando se colgó un escudo de oro en el Senado en el que se enumeraban las virtudes cardinales de Augusto, la inscripción rezaba que lo había colocado ahí el *Senatus Populusque Romanus.* «El Senado y el pueblo de Roma». Sin embargo, este lema tan elocuente, al mismo tiempo que proclamaba la armonía entre la élite de la ciudad y sus masas, ponía en evidencia una división. El compromiso de los ciudadanos de Roma con el bien común, que tan precioso les resultaba como ideal, había estado acompañado desde la fundación de la ciudad por el son de un tambor rival. Cuando Rómulo, en pie sobre el Palatino, vio las doce águilas volando sobre su cabeza, estaba compitiendo con su hermano. Remo, desde su propia atalaya justo al sur del Palatino, en una cumbre conocida como el Aventino, vio unas míseras seis águilas; y, desde ese momento, el destino había establecido a las dos colinas como rivales. De la misma manera que el Palatino siempre ha-

bía aportado a la ciudad su más exclusivo centro de poder, el Aventino servía como bastión de los desfavorecidos, de los pobres... de los plebeyos. Tras la unidad cívica que era el mayor orgullo de la República se escuchaba siempre el latido de la lucha de clases. Los pobres, a los que las clases altas despreciaban como *plebs sordida* —«la sucia plebe»—, estaban orgullosos de una antigua tradición de defensa de sus derechos. Siempre habían resistido heroicamente los intentos de acabar con sus libertades.

El monumento más venerable a tal resistencia, construido en la parte baja de la ladera del Aventino siglos antes de que a Antonio se le ocurriera apropiarse de él, no era otro que el templo de Líber. Este conmemoraba un acontecimiento pasado, que tuvo lugar en el 494 a. C.: los plebeyos, castigados por las deudas y los abusos de los ricos, protagonizaron en ese año una gran huelga. Abandonaron en masa la ciudad, caminaron río arriba y acamparon en una colina con vistas al Tíber. Allí, replicaron abiertamente la institución del consulado y escogieron dos representantes propios —«tribunos»—[101] para que sirvieran como guardianes de sus intereses. Los tribunos, acordó la plebe, serían sacrosantos. Quien se atreviera siquiera a levantar un dedo contra ellos lo pagaría con la vida. Se prestaron a tal efecto los juramentos más terribles. Las clases altas romanas, con gran reticencia, tuvieron que aceptar esas decisiones. Siglos después, el tribunado se había convertido en uno de los cargos más poderosos de toda la República. Seguía siendo un sacrilegio atacar a un ciudadano que ocupara ese cargo. Un tribuno podía decretar la pena de muerte para aquellos que desafiaran su autoridad, vetar leyes con las que no estuviera de acuerdo, convocar al Senado y proponer medidas propias. Era inevitable que privilegios de ese calibre, con un fundamento sólido en las tradiciones y un ámbito potencialmente asombroso, acabaran por despertar el interés del *princeps*.

Y, desde luego, cuando llegó el momento, hizo su jugada. Al abandonar el consulado, consiguió una compensación extraordinaria. Muchos de los poderes más formidables que el Senado le había cedido en el 23 a. C. y que habían servido para apuntalar su primacía de forma decisiva eran los de un tribuno: la *tribunicia potestas.* Los propios plebeyos, en lugar de molestarse porque el hombre más rico de Roma se hubiera apropiado de ese modo de las prerrogativas que tanto les había costado obtener, sintieron que aquello confirmaba la fe que tenían en

él como su campeón. Ciertamente, no resultó una sorpresa ni para ellos ni para nadie que un hombre de clase alta deseara ejercer la *tribunicia potestas.* Cien años antes, dos nietos de Escipión el Africano, Tiberio y Cayo Graco, habían servido como tribunos; más recientemente, la bulliciosa carrera de Clodio Pulcro se había lanzado desde la plataforma del tribunado. Las biografías de estos tres hombres desprendían un claro aroma a lucha de clases. Causaron tanta agitación que miembros hostiles del Senado recurrieron abiertamente a la violencia para detenerlos. La sangre inundó las calles de Roma. Los dos hermanos Graco fueron asesinados: a Tiberio lo golpearon hasta la muerte con la pata de un taburete, y Cayo fue decapitado. Por otra parte, el asesinato de Clodio a manos de un adversario político acabo con el incendio y la destrucción del edificio original del Senado. Por todo ello, es posible que entre los senadores cundiera cierto nerviosismo porque Augusto, tras abandonar los poderes del consulado, tomara los de un tribuno.

Pero si sintieron miedo fue porque no conocían bien a su hombre. Un agente tan consumado e inescrutable como el *princeps* no tenía interés en jugar a ser un demagogo. Por mucho que hubiera sido investido con la *tribunicia potestas,* él no era solo un tribuno. Como favorito del pueblo, se ofreció también al Senado como su protector. Tras su partida de Roma se puso inquietantemente de manifiesto lo irascible que seguía siendo la plebe y lo mucho que dependían los ricos de Augusto para conservar sus piscinas, sus obras de arte y sus exquisitos jardines podados. Entre el 23 y el 19 a. C., con el *princeps* ausente debido a su campaña en el Mediterráneo oriental, la ciudad se dividió en banderías y estallaron peleas en las calles. Se produjeron disturbios. Se disparó el número de asesinatos. Ante esto, un cónsul nervioso solicitó más guardaespaldas. Solo se restauró el orden cuando el *princeps* retornó finalmente de Oriente, trayendo consigo triunfalmente los estandartes que había recuperado de los partos. En casa, la lección caló hondo. «Cuando Augusto se ausentaba de Roma, la gente daba rienda a la ira... y cuando estaba presente, se portaba bien».[102]

Guardián del Senado y campeón de la plebe: el *princeps* era ambas cosas, y mucho más. Durante demasiado tiempo, el peor enemigo de la República había sido la propia República. La combinación de la avaricia de los poderosos y la brutalidad de las masas había estado a punto de acabar con ella. Si los dioses no hubieran enviado a Augusto a

Roma para redimirla de la desgracia de las guerras civiles, la ciudad y el Imperio sin duda habrían perecido. El deber del *princeps* estaba claro: guardar la República y protegerla de sí misma. La revolución no podría haber estado más lejos de sus intenciones. El cielo le había entregado la responsabilidad de recordar tanto al Senado como al pueblo lo que habían sido originalmente. Si podía restaurar la *virtus* y la disciplina que los había caracterizado desde su nacimiento, habría cumplido su misión. «Un buen hombre», declaró tajantemente en una ocasión, «es aquel que no tiene intención de alterar la forma tradicional de hacer las cosas».[103] Eso era todo lo que hizo Augusto desde el principio, en esa dirección iban todos los cambios que impulsó. La miríada de rupturas con la tradición reciente que promovió no tenían la intención de buscar la novedad, sino todo lo contrario: su objetivo era devolver al pueblo romano su ancestral legado de grandeza.

Hubo una época en que los dioses habían concedido su favor y su protección a Roma. El incienso perfumaba las llamas de los sacrificios y su humo ocultaba el sol como si de un velo se tratase; los hachazos regaban la tierra con la sangre de bueyes blancos, y se utilizaban festivales antiguos para ordenar y estructurar el año en la ciudad. Pero, con el tiempo, a medida que se abandonaron las procesiones, también los rituales se olvidaron y las piedras de los santuarios enmudecieron. Horacio fue tan solo uno más de los muchos que se estremecieron al ver que los templos estaban en tan mal estado como el resto de la ciudad. «Los santuarios, con sus oscuras imágenes, están en ruinas, mancillados por el humo».[104] Mientras pugnaba por mantenerse a flote durante los difíciles años tras la batalla de Filipos, torturado por el recuerdo de la masacre entre sus conciudadanos y empobrecido por la pérdida de sus tierras, el poeta llegó a la conclusión obvia. «Hemos descuidado a los dioses, y por eso han enviado multitud de males sobre la desventurada Italia».[105] Augusto, que había recibido el encargo de los cielos de purgar a la República de su enfermedad, estaba completamente de acuerdo con ese diagnóstico. Su restauración del antiguo templo del Palatino en el que se guardaba el «botín del honor» fue solo el principio. Los templos en ruinas y con los techos hundidos eran una ofensa tanto a los dioses como a la dignidad del pueblo romano: eran pústulas en el rostro de la ciudad. Augusto, con las riquezas del mundo entero a su disposición, podía permitirse la medicina necesaria. Todo lo decadente

iba a convertirse en prístino; lo que había sido negro iba a ser blanco; lo que había sido construido con ladrillos de arcilla se reconstruiría con mármol. Y cuando los andamios se desmontaron en el templo de Apolo en el Palatino, otros muchos se alzaron en el resto de Roma. Incluso Livia, que patrocinó la restauración de un santuario en el Aventino con el apoyo de matronas respetables, participó en la empresa. En cuanto al propio *princeps*, acabaría financiando la restauración de no menos de ochenta y dos templos. Si bien algunos solo recibieron una capa de pintura o estuco, la mayoría fueron objeto de remodelaciones a manos de los mejores arquitectos disponibles. Se allanaron montes enteros para proveer la piedra necesaria. O eso, al menos, se decía en broma. Lo que ahora contaba era la belleza, no la antigüedad. «Los templos de nuestros antepasados estaban muy bien... pero los de oro son más agradables. Al fin y al cabo, la majestuosidad es lo que mejor sienta a un dios».[106]

Y los propios dioses claramente estaban de acuerdo. Hacia el 17 a. C., una década después del acuerdo que había concedido al emperador César el nombre de Augusto, era evidente que Roma se había convertido de nuevo en un lugar bendito por el favor de los cielos. «El mundo estaba en paz. El orden político legítimo había sido restaurado. Las cosas eran fáciles y había prosperidad».[107] Cuando mayo dio paso a junio, se invitó al pueblo romano a celebrar un gran misterio: el paso de los siglos y el advenimiento de una nueva época. Hubo espectáculos; se celebraron carreras de carros y opíparos banquetes. En primer lugar, se dio a los dioses la ración de sustento y sangre a la que tenían derecho durante tres días seguidos; y, por la noche, iluminado por las antorchas que se entregaron gratuitamente a todos los habitantes de la ciudad, el propio *princeps* encabezó las celebraciones. Ofreció un sacrificio de corderos y cabras a las Moiras, las tres Parcas enfundadas en túnicas blancas que regían los destinos de la ciudad; y luego una ofrenda de pasteles para la diosa de la fertilidad. Estaba naciendo una edad de oro y, por si acaso alguien no había recibido el mensaje, se recitó en el Capitolio y en el Palatino un poema compuesto especialmente para la ocasión por Horacio, con objeto de que todo el mundo lo supiera. «Grandes riquezas y progenie y toda clase de gloria para el pueblo de Rómulo».[108] Muchos de los que oían esta plegaria sonar por el Foro, cantada por un coro de chicas y chicos de impecable probidad, y enmarcada por los nuevos edificios de oro y reluciente mármol, sin duda habría concluido que

los dioses ya habían entregado todas esas cosas. «La verdad, la Paz y el Honor, y nuestra venerable tradición de Probidad y *Virtus,* largo tiempo ignoradas, ahora se aventuran de nuevo entre nosotros. ¡La bendita Abundancia también viene! ¡Caramba, ahí está, con su cornucopia!».[109]

Y, de hecho, a lo largo de los años siguientes, la abundancia siguió colmando la ciudad. Roma se estaba convirtiendo rápidamente en una ciudad bella. Los dioses no eran los únicos que disfrutaban de moradas nuevas y reformadas. Al ver como su ciudad nativa estaba cada vez menos destartalada y más esplendorosa, el pueblo romano empezó a dar por supuesto que las arcas del *princeps* no tenían fondo. Su generosidad parecía no conocer límites. Por ejemplo, cuando los herederos de Pompeyo Magno se encontraron con que eran demasiado pobres para mantener el gran teatro de piedra de su antepasado, ¿quién podía tomar el relevo sino Augusto? Conscientes de que no podían competir a ese nivel, también otras familias nobles hacía tiempo que se habían retirado de la palestra. Ya fuera para construir un complejo de termas a una escala sin precedentes, para renovar de una manera suntuosa y espectacular el edificio en el que el pueblo romano depositaba sus votos o para mejorar las calzadas de la ciudad, Augusto y su siempre leal secuaz Agripa eran la única opción posible.

Tan desinteresada era la preocupación del *princeps* por el bien de sus conciudadanos que sacrificaba por él incluso el recuerdo de sus propios amigos. Uno de ellos era Vedio Polión, un financiero que había hecho mucho para mejorar la eficiencia de la recaudación de impuestos en las provincias romanas de Asia Menor y que, como consecuencia, se hizo muy rico. Cuando murió, en el 15 a. C., legó al *princeps* la enorme propiedad que había construido en un espolón sobre el Foro. Augusto hizo que la derribaran ostentosamente. Luego, cedió el solar a su esposa. Livia, no menos consciente que su marido de sus responsabilidades hacia el pueblo romano, hizo elevar un pórtico espléndido, con columnatas y fuentes, y se lo regaló al deleitado público. En la nueva era que presidía César Augusto, esta era la justa recompensa para la avaricia egoísta de los plutócratas. «Se ha dado ejemplo de verdad».[110]

La muerte de Vedio, un don nadie que se había enriquecido con las masacres y trastornos de las guerras civiles y había acabado siendo uno de los hombres más ricos de Roma, era un buen reflejo de que el tiempo seguía pasando. Aquellos que recordaban un tiempo anterior al cruce

del Rubicón, una era en la que los ciudadanos se habían enfrentado unos contra otros en el marco de una república libre, se estaban haciendo viejos. A finales del 13 a. C., cuando murió Lépido, a muchos les sorprendió descubrir que el antiguo triunviro seguía vivo, pues estaban convencidos de que había muerto muchos años antes. Despojado formalmente de sus poderes en el año 36 y exiliado a un oscuro rincón de Italia, pasó más de dos décadas en un retiro semejante a la muerte. Tan solo le quedaba una distinción: el cargo de *pontifex maximus,* el sumo sacerdote de Roma. Por supuesto, nadie dudaba quién sería su sucesor. El pueblo romano llevaba tiempo presionando a Augusto para que arrebatara ese cargo a Lépido, pero el *princeps,* radicalmente contrario al sacrilegio de atentar contra la dignidad de un sacerdote, siempre se había negado. Pero en el año 12 a. C., hombres y mujeres de toda Italia acudieron a Roma a celebrar su elección como pontífice máximo.

El nuevo pontífice, mientras tanto, con su usual olfato para detectar las oportunidades, ya barruntaba cómo sacar provecho de su nuevo cargo. La tradición dictaba que se mudara a una mansión oficial en el corazón del Foro, donde podría servir como guardián de las vírgenes que cuidaban de la llama eterna de la ciudad. Augusto, que no tenía la menor intención de abandonar el Palatino, se inclinó por un compromiso que era tan devoto como interesado: hizo que consagraran parte de su casa a la diosa Vesta. Su residencia privada, que ya estaba conectada con el templo de Apolo, recibió una nueva capa de divinidad. El propio Augusto se acercó un paso más al cielo.

El hombre que en otros tiempos había escandalizado a los guardianes de las tradiciones romanas al convertirse en cónsul a la tierna edad de diecinueve años tenía, por aquel entonces, en torno a los cincuenta. Aunque sus estatuas seguían representándolo con un rostro sobrenaturalmente joven, las arrugas de su rostro eran cada vez más profundas. Algunos de sus compañeros más íntimos, con los que compartía andanzas desde su juventud, empezaban a sucumbir a la edad. Agripa, agotado por sus labores, murió solo unos pocos meses después de la elección de Augusto como pontífice; cuatro años después, enterraron a Mecenas. En su testamento, pidió a su viejo amigo que se acordara de Horacio «tanto como te acuerdas de mí»[111] y, en efecto, cuando el poeta falleció, cincuenta y nueve días después que su patrón, Augusto hizo que le dieran sepultura cerca de la tumba de Mecenas.

Para un hombre famoso por sus ataques de mala salud, estos eran ominosos presagios de su propia mortalidad; y, sin embargo, a pesar de todo ello, el *princeps* no murió. Al contrario. A medida que se sucedían las décadas, parecía estar milagrosamente cada vez más sano. Resultó que los años le sentaban bien. Lejos de perjudicar su *auctoritas,* el cabello gris no hizo sino bruñirla. Era un veterano que se había envejecido al servicio de su ciudad: he aquí el tipo de figura de autoridad que resultaba instintivamente familiar para el pueblo romano. En el año 3 a. C., Augusto cumplió sesenta años. Pocos meses después, fue elegido cónsul por primera vez en muchos años. Aun así, sus conciudadanos no habían terminado de rendirle honores. En enero, una delegación de plebeyos viajó hasta su residencia en la costa para suplicarle que aceptara un nuevo título: «padre de la patria». Augusto lo rechazó. Más tarde, el 5 de febrero, todos los estratos de la sociedad se unieron para insistir en que aceptara el nuevo honor. Cuando el *princeps* fue al teatro, una vez de vuelta en Roma, el público entero lo saludó coreando dicho título. Poco después, en una reunión del Senado, los senadores se unieron al clamor popular. «Nos unimos al pueblo romano», declaró su portavoz, «y te saludamos como padre de la patria». En esa ocasión Augusto no rechazó el título. «Todo lo que siempre he deseado», declaró, casi enmudecido por la emoción, «ahora ya lo he conseguido». Y, mientras hablaba, se le llenaron los ojos de lágrimas.[112]

El emperador César Augusto inició su ascenso al poder como vengador de su deificado padre. «Esa era su tarea, su deber, su prioridad».[113] Ahora, más de cuarenta años después, era él quien se había convertido en padre. A principios de ese verano, el 12 de mayo, el *princeps* dedicó formalmente un edificio que, más que los muchos otros que había entregado al pueblo romano, sirvió como monumento a su extraordinaria carrera. Las obras de su templo a Marte Vengador, prometido desde hacía mucho tiempo, en la víspera de la batalla de Filipos, se completaron tras un larguísimo período en construcción. Reacio a remover los recuerdos de las expropiaciones de tierras de su juventud, Augusto no había querido expropiar ningún solar para el templo. En consecuencia, sus agentes se habían visto enredados en varias disputas inmobiliarias. Algunos propietarios se habían negado en redondo a vender. Esta obstinación obligó a que en el diseño del edificio aparecieran ángulos extraños. El monumento se rediseñó una y otra vez. Los retrasos se acumu-

laron año tras año. Al final, la paciencia de Augusto se agotó. Ordenó que se acabara el templo a toda costa. Incluso cuando se acercaba el día de la consagración, el lugar seguía lleno de materiales de construcción y se estaban todavía pintando paredes. Sin embargo, por muchas prisas de último minuto que hubiera, el resultado dejó boquiabiertos a los romanos. El gran programa de renovación urbana de Augusto culminó con su obra maestra suprema. Ofreció su tributo más espléndido a un pueblo cuya descendencia de Marte era evidente en la forma en que la ciudad había emergido de la oscuridad más absoluta hasta hacerse con el dominio del mundo: «un hito de una magnitud digna del dios».[114]

La guerra había hecho a Augusto y también había dado forma a Roma, y el *princeps* lo reconocía sin ambages. Su deber hacia su deificado padre se había materializado en el reluciente nuevo foro. Las estatuas de los Julios, con el propio Eneas resplandeciente en el centro, se erguían en un semicírculo a un lado del templo de Marte Vengador. Sin embargo, el baño de sangre romana de Filipos no era la única venganza que se conmemoraba en este gran complejo. También se celebraba un triunfo más feliz. Los estandartes perdidos por Craso ante los partos tenían por fin una ubicación digna de la gesta que protagonizó Augusto al recuperarlos. Se trasladaron desde su improvisado hogar en el Capitolio y ahora adornaban el corazón del altísimo templo de Marte. No importaba que fuera Augusto quien los había recuperado: era una victoria de la que todo el pueblo romano se sentía partícipe. Sobre la fachada del templo, con la mirada fija hacia abajo, hacia las losas de colores de Foro, un Marte semidesnudo estaba representado con una espada y una lanza en las manos, y con un pie puesto sobre el mundo. Augusto no era tan pretencioso como para pretender que el dominio global de Roma se debía solo a él.

Todo lo contrario, en realidad. Frente a las estatuas de los Julios, en el lado opuesto del Foro, se desplegaba otro semicírculo de estatuas. En su centro se encontraba Rómulo, con su «botín del honor»; a su alrededor, constituyendo un auténtico salón de la fama, estaban todos los héroes que habían contribuido a la grandeza de Roma.[115] Estos, según declaró Augusto, eran los modelos que le habían servido de inspiración en su servicio a Roma. Que descendía de ellos estaba tan claro como que descendía de la familia de Julio César. No encarnaba nada extraño, nada que estuviese ni siquiera remotamente en desacuerdo con las me-

jores costumbres romanas. Sin duda, lo mismo se aplicaría a aquellos «que pudieran sucederlo como *princeps*».[116] No había tenido lugar ninguna revolución. El pasado y el futuro de Roma se habían encontrado y reconciliado en la figura de un solo hombre.

Emperador, Augusto, padre de la patria: el hombre que en otros tiempos había sido Cayo Octavio bien podía sentir, mientras presidía la consagración de su espléndido nuevo templo, que no tenía nada que demostrar. ¿Quedaba alguien que pudiera dudar que era, como siempre había afirmado, el favorito de los cielos? «Eres el *princeps* más grande de todos los tiempos».[117] Estas habían sido las palabras que había escrito Horacio poco antes de su muerte. Y ese veredicto no era producto de la adulación, sino meramente la constatación de una obviedad. Augusto había llevado la paz a sus conciudadanos, los había reconciliado con los dioses y les había devuelto la esperanza.

¿Qué podía ir mal?

3

El agotamiento de la crueldad

El retorno a los inicios

Evidentemente, había rumores escandalosos.

Siempre los había habido. Los rumores formaban parte del aire que respiraban los ciudadanos. Allí donde la gente se reunía, se detenían para intercambiar los rumores que hacían las veces de noticias. Bastaba con que una historia se contara en el Foro para que se extendiera irremediablemente por el laberinto de calles de la ciudad, por los talleres y callejones sin salida y las diminutas plazas escondidas en la urbe donde los cerdos hurgaban entre la basura y las lavanderas tendían la colada. Desde siempre, el pueblo romano había hecho gala de una naturaleza puritana. Ningún vicio era tan privado como para que se pudiera ocultar durante mucho tiempo. La vida política en Roma no se denominaba *res publica* en vano. Los abucheos de la multitud perseguían y cazaban incluso al hombre más eminente que cometía alguna indecencia. Grafitis pintados y tallados por toda la ciudad servían a cualquiera que supiera leer una dieta tan abundante de basura que la gente temía que su peso acabara por derrumbar las paredes. Incluso los iletrados se cagaban en los monumentos de aquellos que los habían ofendido. Los romanos eran un pueblo con un talento muy especial para la denigración.

Era imposible, pues, que alguien estuviera al mando tanto tiempo como Augusto y no se encontrara con que parte de toda aquella basura le manchaba el dobladillo de su toga blanca. Las sensacionales circunstancias de su matrimonio con Livia seguían muy presentes en la mente de sus conciudadanos. Un hombre capaz de levantarle a otro a su esposa embarazada era claramente capaz de abalanzarse sobre cualquier mujer. Aunque los detalles concretos de sus supuestas aventuras no estaban

claros, por todos era sabido que Augusto era un mujeriego. Livia no le causaba problemas por ello, y se decía que si había conseguido retener a su marido era porque miraba para otro lado y lo mantenía bien suplido de vírgenes. Los amigos del *princeps*, con la intención de mitigar la mala fama que le daba esta conducta lujuriosa, insistían en que sus aventuras respondían a cálculos políticos, no a la lujuria, y que solo se acostaba con las esposas de los senadores a los que quería vigilar. Otros no estaban muy de acuerdo con esta explicación. Un hombre tan promiscuo como se decía que era Augusto parecía carecer, para muchos ciudadanos, del autocontrol que distinguía a un romano. El apetito sexual desenfrenado, aunque era algo que podía esperarse en una mujer —o, por supuesto, en un griego—, no era apropiado para un ciudadano forjado en las tradiciones más nobles de la ciudad. Las energías dedicadas a acostarse con tantas mujeres estarían mejor empleadas al servicio de la gloria del pueblo romano. La reputación de Augusto como un adúltero en serie, lejos de aumentar su aura de virilidad, lo hacía parecer afeminado y siniestro. No se podía considerar un hombre de verdad a quien era esclavo de sus deseos. Todo el mundo sabía que los *playboys* que perseguían a mujeres casadas eran un poco femeninos. Entre susurros se decía que el *princeps* se acicalaba las piernas chamuscándose los pelos con cáscaras de nuez muy calientes.

Un detalle escandaloso, sin duda. No obstante, como el propio Augusto comprendía muy bien, podría haber sido mucho peor. Comparado con Antonio, salió bien parado. Ninguna de las alegaciones contra él se podía equiparar con el letal maremoto de basura y calumnias que él mismo había lanzado contra su gran rival. Su reputación nunca sufrió daños graves. De hecho, las historias que se contaban sobre su afeminamiento circulaban no porque se creyeran plausibles sino precisamente porque, en su mayor parte, no lo eran. Lejos de burlarse de la moral de aquellos que lo calumniaban, el *princeps* la compartía hasta la médula... y el pueblo romano era perfectamente consciente de ello. Cuando Augusto hizo saber que vestía ropa que le había tejido su esposa, nadie pensó en acusar al hombre más rico del mundo de ser un hipócrita por llevar ropa hecha en casa. Livia no solo había llevado un toque de distinción patricia a su hogar, sino que también era la encarnación viva de las antiguas virtudes. Como cónyuge de Augusto, no hubo nunca la menor sospecha de que tuviera pasiones adúlteras. Era una mujer que sabía lo que era perderlo

todo, y por eso defendía su estatus como esposa del *princeps* con una disciplina estricta y casta. Comprendía perfectamente que «su aspecto, sus palabras y todas sus acciones eran objeto de una exorbitante atención».[1] A Livia, que sabía perfectamente lo que su marido necesitaba de ella, nunca se la veía en público sin la *stola,* el largo, voluminoso y espectacularmente incómodo vestido que lucían las matronas romanas como emblema de su humildad. En privado, era la confidente más íntima de su esposo; en público, era la viva encarnación de la piedad y los valores tradicionales.

La admiración por las virtudes que el pueblo romano asociaba con su adusto y heroico pasado era la otra cara de su adicción a los rumores. La riqueza y el pedigrí nunca habían sido lo único que determinaba el estatus de un ciudadano. «A los romanos no les parecía bien que un hombre pudiera casarse o tener hijos con quien quisiera... ni tampoco que viviera consintiéndose todos sus gustos y deseos personales».[2] La vigilancia romana era implacable y estaba oficialmente aprobada. Los ciudadanos siempre se habían dividido con precisión en clases, y si un hombre se comportaba de forma poco adecuada para la clase a la que pertenecía, se lo degradaba a una clase inferior. El *princeps,* como correspondía a su estatus en la cima de la cadena trófica, se tomaba muy en serio la jerarquía de la sociedad romana. El regreso de la paz a la ciudad tras el caos y las turbulencias de la guerra civil comportó también la restauración de las jerarquías establecidas por el Estado. En el 28 a. C., y de nuevo veinte años después, Augusto realizó un censo de toda la población civil. No es sorprendente que, al hacerlo, prestara especial atención a la clase alta. El censo del 28 a. C. resultó en una reducción del Senado, que sería purgado de nuevo en el 19 a. C. Aunque el proceso resultó mortificante para los expulsados, el prestigio de los que superaron el corte aumentó considerablemente. La implacable poda de Augusto incrementó el prestigio de todo el orden senatorial. *Maiestas* era el término empleado en latín: el aura de majestad y grandeza que, en los días en que el voto de un ciudadano todavía valía para algo, se había considerado la prerrogativa del pueblo romano en su conjunto. Era el *princeps* mismo, por supuesto, quien poseía la *maiestas* más formidable, pero no tenía exclusividad. Al fin y al cabo, un Senado digno de compartir con él el heroico proyecto de salvar a la República era vital para sus propósitos. Ni siquiera el emperador César Augusto podía soportar esa carga en solitario.

Sin embargo, todavía quedaba un problema. Conforme el Senado se convertía en una orden cada vez más exclusiva, había menos senadores capaces de ayudar con las exigencias que planteaba un imperio mundial. En consecuencia, era esencial encontrar una alternativa a esa reserva de talento. Era imprescindible para administrar de forma efectiva el mundo. Por fortuna, incluso antes de establecer su régimen, el *princeps* identificó una posible solución. Fue Mecenas, como siempre un pionero, el primero en abrir una nueva vía. Aunque las responsabilidades que Augusto había delegado en él fueron inmensas, Mecenas nunca detentó ninguna magistratura oficial. En lugar de entrar en el Senado y competir por un cargo público, se contentó con permanecer en el rango más alto al que un ciudadano privado podía aspirar: el de *eques,* o caballero. En otros tiempos, en los primeros días de Roma, la posesión de un caballo era el requisito que permitía que un ciudadano fuera registrado como un miembro de la élite de la ciudad; pero eso, por supuesto, era historia antigua. A lo largo del siglo anterior, muchos caballeros se habían hecho tan fabulosamente ricos gracias al Imperio que habían acabado presumiendo de tener establos enteros llenos de purasangres. Puesto que a los senadores se les había prohibido legalmente ensuciarse las manos con el sórdido negocio del comercio ultramarino, ese campo había quedado expedito para que los financieros del orden ecuestre se atiborraran con las riquezas de las nuevas provincias de Roma. Luego, durante la implosión de la República, el carácter del orden empezó a cambiar. A los plutócratas se unieron «hombres que se habían convertido en caballeros durante el torbellino del conflicto».[3] Oficiales que habían combatido en el bando ganador; aristócratas de oscuras ciudades italianas que querían prosperar; incluso, por desconcertante que fuera, algún hijo de un esclavo al que le había ido bien: todos habían acabado por lucir el anillo de oro que distinguía a un caballero. Hombres como estos eran el tipo de gente del *princeps.* Duros y ambiciosos, eran exactamente lo que necesitaba: un cuerpo de oficiales dispuesto a servir. En cuanto al Senado, Augusto estaba dividido entre el respeto por la institución y el recelo hacia los miembros de la cámara, pero no podía evitar sentir simpatía por el nuevo grupo de los ecuestres o caballeros. La caricia de la amistad del *princeps,* como Mecenas atestiguaría, podía suponerle muchos favores. Mientras el Senado se regocijaba con el brillante resplandor de su *maiestas,* a la sombra, los caballeros prosperaban

discretamente. Bajo el poder de Augusto, los mandos y los altos cargos dejaron de ser una prerrogativa de los magistrados electos. Gradualmente y con discreción, empezaron a privatizarse.

Esta política, por su naturaleza, no podía ser reconocida públicamente. El propio Augusto, que nunca parecía más conservador que cuando se embarcaba en cambios, miraba hacia el pasado además de hacia el futuro. Cuanto más rompía con la tradición al entregar cargos públicos a caballeros, más enmascaraba su política tras celebraciones de su propósito primordial. Lo perseguían imágenes de fantasmagóricos jinetes en armaduras antiguas que cargaban contra adversarios en los épicos primeros días de Roma. Aquellos que traicionaran este legado tendrían que pagar. Cuando se descubrió que un caballero había cortado los pulgares a sus dos hijos y, de ese modo, los había invalidado para el servicio militar, el *princeps* le impuso una pena ejemplar. El desventurado hombre fue vendido en subasta pública; luego, después de que lo comprara un representante de Augusto, fue desterrado al campo con deshonor. Y no fue el único en ser expulsado. Los caballeros que no estaban a la altura de lo que el *princeps* esperaba de ellos acababan fuera de su orden igual de rápido que los senadores del suyo. Augusto incluso recuperó una venerable costumbre y los sometió a una inspección anual. Cada 15 de julio, los caballeros del orden ecuestre tenían que desfilar por las calles de Roma, en formación compacta, como si acabaran de regresar de una batalla. Los que habían recibido condecoraciones por su valor, debían lucirlas. Los que estaban demasiado viejos para montar a caballo, podían desfilar a pie. La mayoría opinaba que era «un espectáculo tremendo, digno de la grandeza del poder de Roma».[4]

Aunque no todo el mundo estaba de acuerdo. Mientras participaban en el desfile de virtudes caseras y campesinas por la capital del mundo, algunos caballeros sufrían para no demostrar sus emociones. Los tiempos habían cambiado. La aldea de cabañas de madera y vaquerías gobernada por Rómulo era ahora un país de las maravillas hecho de oro y mármol. «Vivimos en una época civilizada. Las rústicas groserías de nuestros ancestros son cosa del pasado».[5] Así habló un poeta, joven y a la última, que consiguió fama en la segunda década de la supremacía de Augusto y se convirtió en el más celebrado de la *avant-garde* de la ciudad: era la auténtica voz de la metrosexualidad romana. Su desprecio por la vida campestre que tanto idealizaba el *princeps* emanaba de su

experiencia personal. A pesar de ser tan urbanita y sofisticado, había algo de provinciano en Publio Ovidio Nasón, más conocido como Ovidio. No había nacido en Roma, sino en Sulmo, una ciudad próspera y tranquila a unos ciento cincuenta kilómetros al este de la capital. Estaba habitada por unas gentes que menos de un siglo atrás se habían sumado con entusiasmo a la revuelta de los italianos, y eran célebres por la habilidad de sus brujas. Rodeada de altas montañas, Sulmo estaba separada de la metrópolis por bosques plagados de lobos y bandidos. La propia familia de Ovidio, a pesar de formar parte del orden ecuestre desde hacía varias generaciones, había permanecido firmemente asentada en su ciudad natal, pues prefería ser cabeza de ratón a cola de león. Pero entonces, como sucedió para tantos otros en Italia, todo cambió. Tras el ascenso al poder de Augusto, se abrieron tentadoras nuevas oportunidades para familias como la de Ovidio, y su padre las aprovechó a fondo. Envió a sus dos hijos a Roma e invirtió mucho en su educación. Cuando su hermano mayor murió a los veinte años, el propio Ovidio tuvo que cargar en solitario con el peso de la ambición de su padre. «El Senado le aguardaba».[6] Pero el joven nunca puso su empeño en ello. «Carecía tanto de la resistencia física como de la aptitud para una carrera así. No eran para mí los agobios de la ambición».[7] Las estrictas exigencias de su padre, la glorificación que hacía el *princeps* del antiguo pasado de Roma, la celebración de los valores marciales... todo aquello no significaba nada para el joven Ovidio. No era simplemente que lo rechazara, sino que lo encontraba risible.

Con ello, se enmarcaba claramente dentro de una nueva generación. Nacido un año después del asesinato de Julio César, Ovidio no había conocido lo que era vivir en una república libre. Sin embargo, tampoco había experimentado personalmente los horrores que habían soportado sus mayores: los combates en tierra extranjera contra conciudadanos; la pérdida de tierras ancestrales ante extranjeros; las ciudades en llamas... Al regocijarse de las bendiciones de la paz y la prosperidad que había traído César Augusto, Ovidio era consciente de lo que se había librado y estaba debidamente agradecido. Sin embargo, no veía en ello una restauración del antiguo orden otorgado a Roma por los dioses, sino algo muy distinto: la esencia de lo que significaba ser moderno. «El presente», le congratulaba decir, «me sienta perfectamente».[8] En el paisaje urbano diseñado por Augusto para reflejar el favor de los

dioses y como monumento a la gloria tanto del pueblo romano como de sí mismo, Ovidio descubrió un patio de juegos. Y lo disfrutó a fondo, aunque sus deleites no eran de los que complacían al *princeps.* Sus pasatiempos eran excesivamente provocadores, se oponían demasiado a la cultura del momento. Cuando Ovidio paseaba hasta el templo de Apolo en el Palatino, deambulaba a la sombra de las columnatas construidas en lo que fue el palacio de Vedio o visitaba los arcos del teatro de Pompeyo, no lo hacía para admirar la arquitectura. Iba en busca de mujeres.

Jactarse de ello, como Ovidio hacía a menudo, y presentarse como un «tutor del amor»[9] universal era un escándalo mayúsculo para un pueblo con una moral tan férrea como la romana. Hubo un tiempo, mucho antes de que Augusto hubiera compilado su censo, en que se degradó a un senador por besar a su mujer en público. Solo cuando un trueno la asustaba, exageró un moralista que, aun así, hablaba en serio, podía una mujer echarse en brazos de su marido.[10] Los estándares se habían relajado con el tiempo, pero la noción de que un ciudadano decidiera por voluntad propia abandonar una carrera de servicio a sus conciudadanos para dedicarse a las artes amatorias, todavía conmocionaba a los romanos. Ovidio, con un deleite casi deliberado, hacía gala de su desprecio mofándose de lo que, en su opinión, eran solo costumbres mojigatas. «Las virtudes tradicionales no son para mí».[11] Para celebrar el triunfo más grande y espectacular jamás presenciado en Roma, César Augusto había cabalgado por la capital mostrando los trofeos victoriosos ganados a la reina de Egipto. Ovidio, que se torturaba por haber dado una bofetada a su novia, la imaginó conducida por aquel camino pálida y con moratones en un triunfo similar, jaleado por la multitud. «Hurra por el valiente y osado joven! ¡Ha derrotado a una chica!».[12]

Se trataba de un chiste que, como Ovidio sabía muy bien, difícilmente haría sonreír a aquellos lo bastante sofisticados como para comprender su significado. Burlarse de los grandes era en Roma una tradición tan arraigada en los salones de la alta sociedad como en los barrios de chabolas. Augusto, que aparentaba haber restaurado la libertad de expresión junto con todas las demás libertades perdidas durante las guerras civiles, no era dado a molestarse por ser objeto de alguna puya ocasional. No obstante, eso no quería decir que los poetas —ni nadie— pudiera escribir lo que le viniera en gana. Los dioses lo habían

elegido para la gran tarea de salvar y regenerar al pueblo romano, así que Augusto no podía permitirse el lujo de alentar de ningún modo la menor corrosión de los valores ancestrales. Un ciudadano no nacía, sino que se hacía. Al fin y al cabo, un varón no era necesariamente un hombre. Igual que Roma se alzó a sí misma desde la nada y la oscuridad hasta el dominio del mundo, era necesario que todos y cada uno de los romanos fueran forjados durante el curso de su vida hasta llegar al nivel necesario de masculinidad. La blandura, tanto de cuerpo como de espíritu, era una amenaza constante. Se debía combatir a toda costa. Augusto no había bendecido a la ciudad con monumentos de sobrecogedora belleza y esplendor para que se convirtiera en un coto de caza para dandis en busca de sexo. El fruto de la paz no tendría valor alguno si todos los romanos tenían una obsesión afeminada por el sexo.

«Todo se reduce a esto: autocontrol».[13] Aunque, por supuesto, eso no significaba que se esperara que un ciudadano llevara la vida de un eunuco. Al contrario. Un pene romano era potente, señorial, prodigioso. En una ciudad en la que se veían falos por todas partes, protegiendo las puertas como símbolo de buena suerte, guardando los cruces de camino o como espantapájaros en los jardines, se admiraban los miembros de gran tamaño. Cuando un hombre generosamente dotado entraba en las termas, podía ser recibido con «una ronda de aplausos nerviosos».[14] Difícilmente se podía esperar que un ciudadano equipado con un arma así, en especial si era un joven, «en quien cierto grado de espíritu animal era natural»,[15] la mantuviese siempre envainada. Esto lo reconocían hasta los moralistas más severos. ¿Para qué, si no, estaban las prostitutas? Un burdel no era tan distinto de una letrina: sucio y de mala reputación, sí, pero esencial como receptáculo de excrecencias humanas. No se podía pretender que un hombre ignorara sus necesidades sexuales del mismo modo que no se le podía exigir que ignorara su vejiga llena. No en vano, la misma palabra, *meio,* significaba tanto «orinar» como «eyacular». Un empellón o dos, profundos y rápidos, como si se clavase una espada en el vientre, «hasta el pelo y la empuñadura de los huevos»,[16] y se acabó el asunto. No importaba que fuera en la vagina, en el ano o en la boca, mientras fuera dominante. Tampoco importaba quién recibía el empuje del pene —hombre o mujer, chico o chica— mientras se cumpliera una condición crucial, una salvaguarda esencial que debía

respetarse siempre. Los romanos nacidos libres, tanto varones como hembras, estaban total y absolutamente prohibidos.

Era un tabú potente y antiguo. Los romanos se aferraban a él porque formaba parte de su definición como pueblo. No consideraban la pureza, «principal sostén tanto de hombres como de mujeres»,[17] como una virtud gris o pasiva, sino como algo centelleante, que brillaba como si de ella emanaran llamas. Extinguir las llamas de la pureza era un sacrilegio horrible, como apagar el fuego del hogar, que toda esposa romana tenía el deber sagrado de guardar. Por eso, de todas las ofensas que un apetito sexual descontrolado podía impulsar a cometer a un romano, no había ninguna que perturbara más a sus semejantes que el adulterio. Ponerle los cuernos a un hombre no significaba solamente apoderarse de su esposa, sino que también era penetrar al propio marido. Bajo las historias que se susurraban de las aventuras de Augusto con mujeres de familias senatoriales subyacía una amarga reflexión sobre su dominio. Al fin y al cabo, nadie podía esperar una compensación del *princeps.* Fuera verdad o no el rumor, no había forma más aplastante de que los hombres comprendieran que estaban impotentes ante su grandeza que el hecho de que era inmune al derecho de venganza de un marido engañado. Y este derecho, como señalaba la tradición, era de un tipo salvaje y brutal. Si se atrapaba a la mujer *in flagrante* estaba permitido matarla allí mismo, según dictaminó un moralista célebremente severo.[18] También se podía matar al amante, según algunos, aunque otros, más liberales, recomendaban limitarse a castrarlo, o quizá a meterle un mújol por el ano. La amenaza de violencia, salvaje y potencialmente letal, rondaba la idea de cualquier tipo de contacto adúltero.

Pero ¿era así en realidad? Para aquellos que se consideraban modernos, quizá sí hubiese algo un tanto provinciano y un poco apolillado en este antiguo tabú sexual. «Qué típico de un campesino, molestarse cuando su mujer le es infiel».[19] Eso afirmó Ovidio, un hombre que tenía tomado el pulso a la alta sociedad, con su típica estudiada elegancia. Sin embargo, si el cornudo que montaba un número era un patán, también lo era el que no se convertía en un aguafiestas. Las varias prohibiciones y advertencias establecidas por la costumbre en el camino del adúltero no eran medidas disuasorias para el experto conocedor de los placeres eróticos, sino incentivos que hacían más interesante la aventura. «Siempre deseamos aquello que está prohibido».[20] Ovidio, al ofrecer esta sabia

observación, ponía el dedo en la llaga. La fruta prohibida sabía mejor. «Las prohibiciones, créeme, solo fomentan la mala conducta».[21] Esto, en una ciudad tan adicta a los rumores y cotilleos como Roma, era una paradoja con la que muchos estaban dispuestos a convivir. Las especulaciones sobre lo que quizá sucedía en los dormitorios más exclusivos de la ciudad apasionaban al público. Se daba por sentado que las clases altas consideraban el adulterio un gran juego en el que las reglas existían para quebrantarlas, y se creía que llevar a la amante al lecho marital era el colmo de la modernidad. Y donde hay humo, hay fuego. Por todas partes se hallaban pruebas del carácter adúltero y afeminado de los más a la última. Era obvio por sus togas anchas que lucían como dandis, por sus uñas limpias, por cómo se depilaban el vello nasal y por la siniestra ausencia de olor corporal. Pero, sobre todo, se les distinguía por el oleoso brillo de sus brazos y piernas. Que un hombre se depilara las axilas era simplemente, como todo el mundo sabía, cuestión de buena educación, pero alcanzar el extremo al que había llegado Augusto y depilarse las piernas era sencilla y llanamente asqueroso. El vello corporal era signo de virilidad. Todos pensaban, sin embargo, que a los adúlteros eso no les importaba. Su arma de seducción era su piel suave, no su vello hirsuto. Algo tan pervertido resultaba muy alarmante. Se había llegado a un punto en que hasta se podía provocar al propio Ovidio para que pontificara lo siguiente: «Los hombres están hoy en día tan pendientes de la moda que, en realidad, casi no podemos culpar a las mujeres por sentir esa misma presión».[22]

Pero no por ello se privó el poeta de ofrecer sus consejos de belleza tanto a sus admiradores como a sus admiradoras. Ovidio, sin embargo, no estaba a cargo de la defensa de la moral romana. La frívola metrosexualidad, en opinión del hombre que sí lo estaba, no era la solución, sino parte del problema. A Augusto, que había traído orden a donde antes reinaba el caos, que había regalado a sus conciudadanos las riquezas de los reinos conquistados, que había transformado su ciudad en una capital de belleza y esplendor sin igual, no le gustaba pensar que sus esfuerzos podrían haber provocado un reblandecimiento de las virtudes ancestrales romanas. Era una idea tan horrenda que ni siquiera se avenía a considerarla. O los romanos eran dignos herederos de sus severos antepasados o no eran nada. Lo que quería el *princeps* era sencillo: que sus conciudadanos fueran fieles a los ideales más elevados de

su historia. Eran romanos: los amos del mundo, el pueblo de la toga. Esta era la imagen que deseaba que sus conciudadanos vieran reflejada en el magnífico espejo que había erigido frente a ellos, formado por monumentos, festivales y los diversos frutos de la paz.

Pero ¿y si veían otra cosa? Quizá el escandaloso rumbo que había tomado la decoración de interiores era una señal. En los dormitorios de toda Roma, las paredes y los techos se forraban de espejos. Incluso más allá de la ciudad, en su refugio rural en los montes Sabinos, Horacio se había apuntado a esta moda. También había sucumbido a ella un millonario llamado Hostio Cuadra. Los espejos de sus paredes se habían hecho célebres, pues tenían una particularidad que los hacía especiales: todo cuanto reflejaban parecía más grande de lo que era en realidad. «De modo que el monstruo convertía su perversión en un espectáculo».[23] Mientras una chica le hacía una felación, y él lamía a una segunda, un hombre, en una profanación de todo lo que debía ser un romano, lo sodomizaba con su pene gigante, que, visto en el espejo, parecía de un tamaño verdaderamente titánico, «mayor que su capacidad de recibirlo».[24] Acicalarse, depilarse y emperifollarse como una mujer era una cosa, pero ser follado como una mujer era la degradación más extrema y abominable que pudiera imaginarse. Al fin y al cabo, ¿acaso no implicaba el abandono voluntario de todo aquello que convertía a un romano en un hombre? Contemplar el sexo de Hostio Cuadra, grotescamente reflejado en sus espejos, era verse atrapado por el espectáculo de un aterrador abismo, por el que cualquier ciudadano que se rindiera a la autoindulgencia podría despeñarse.

«Hasta la última parte de mí se ha entregado a la depravación».[25] Esta monstruosa fanfarronada hizo que Augusto se negara a castigar a los esclavos que asesinaron a Hostio Cuadra. Es difícil imaginar una afirmación más rotunda de la desaprobación del *princeps*. Otra figura acababa de añadirse a su público salón de la infamia. Sin embargo, en el fin del multimillonario había una ironía que el propio Augusto encontraba sin duda profundamente perturbadora. Según la más venerable tradición romana, las normas de la moral que imperaban en un hogar dependían del ciudadano que encabezaba la familia que lo habitaba. Nadie más tenía derecho a entrometerse. Un romano incapaz de controlar la conducta de aquellos que dependían de él a duras penas contaba como romano. ¿Cómo, entonces, juzgar a toda una ciudad

en la que eran los esclavos los que castigaban al señor? Parecía que en Roma las antiguas certezas se habían puesto patas arriba y reinaba el desconcierto. Era una ciudad en la que ya no se podía confiar en que los padres disciplinaran a sus hijos o los maridos a sus esposas. Una ciudad en la cual ya no bastaba que la moral se rigiera por la costumbre o por los ejemplos ancestrales, sino que, vergonzosamente, ahora también era necesario imponerla mediante la ley.

Augusto sentía que no podía eludir este desafío. Al tratar de explicar la implosión de la República, Horacio identificó como la causa una adicción séptica al adulterio, y lo dijo totalmente en serio. Puede que él mismo tuviera su dormitorio cubierto de espejos, pero no albergaba ninguna duda de que los orígenes de la guerra civil, aquella suprema catástrofe, debían buscarse en la depravación y en la licenciosidad de sus compatriotas. «Esa es la fuente de las calamidades que han inundado nuestro país y a nuestro pueblo».[26] Si no, ¿qué otra cosa podría haber sido? Todo el mundo sabía hasta dónde se hundían las raíces de la crisis de un Estado: no en las tensiones constitucionales o sociales, ni mucho menos en el incomprensible funcionamiento de las finanzas, sino en la degeneración de su moral. Vistas bajo esta luz, las depravaciones de monstruos como Hostio Cuadra eran una advertencia ominosa. No se había drenado todo el pus del cuerpo político. Bajo la brillante apariencia de la ciudad reconstruida por el *princeps,* la infección supuraba y aumentaba. ¿Cómo, pues, podía Augusto, a quienes los dioses habían elegido para devolver la salud a Roma, abstenerse de administrar un remedio, por duro que fuera? «Está muy bien retorcerse las manos... pero necesitamos medidas a la altura del crimen».[27]

Y así fue como, poco después de su triunfal regreso de Oriente, en el que trajo consigo las águilas perdidas por Craso, el *princeps* pasó a la acción. En el 18 a. C. se aprobó una ley dirigida a regular el comportamiento marital de la clase alta. Mediante una nueva legislación, se revivirían los antiguos días de Roma, en los que los hombres se casaban solo con matronas virtuosas y engendraban gran número de infantes ciudadanos por el bien de la República. La soltería, los casamientos poco adecuados, los matrimonios sin hijos: todas estas cosas se penalizaron severamente. Luego, unos pocos meses después, llegó una ley que metía todavía más las narices en los asuntos privados de los senadores y los caballeros. El adulterio se convirtió en un delito. Los maridos

cornudos fueron obligados por ley a divorciarse de las esposas que los habían engañado. Los que no lo hicieran, fuera porque estaban avergonzados o quizá por el más sucio motivo de que extraían un sórdido placer de su propia humillación, serían procesados por proxenetismo. A los adúlteros, mientras tanto, se les impondrían fuertes multas y serían exiliados a una isla. Las adúlteras también serían exiliadas y se les prohibiría volverse a casar con un ciudadano libre. Incluso su atuendo proclamaría su humillación. Ya no vestirían la *stola,* ese emblema de rectitud femenina. «Cuando salen, es generalmente vestidas con una toga oscura, para distinguirlas de las matronas».[28] Era una amarga degradación. La toga no solo era el vestido de un ciudadano varón; era también la indumentaria más característica de las prostitutas. La adúltera convicta ya no merecía el honor y respeto que se le debía a una matrona romana y, por tanto, se la equiparaba legalmente a lo más bajo de la sociedad: con las prostitutas, sus madamas o incluso con las actrices. Como ellas, pasaba a ocupar una posición en las clases marginales, en el lumpen de la sociedad. Pasaba a formar parte de los *infames.*

El ardiente resentimiento que provocó en la aristocracia, que consideró esta legislación como un ataque contra su privacidad y las tradiciones romanas, no hizo flaquear al *princeps.* Sabía cuál era su deber. Antes del gozoso momento en el año 2 a. C. en el que, por aclamación universal, se le concedió a Augusto el título de «padre de la patria», su estatus ya se había hecho evidente. Era, a todos los efectos, «un padre universal».[29] Siguiendo el modelo de un padre, regañó, guio y amó al pueblo romano. Consiguió poner coto al libertinaje. El afeminamiento y el adulterio se frenaron. «Los hogares se volvieron castos, purgados de depravación, y todas las manchas de mala conducta fueron corregidas por la costumbre y por la ley».[30] Ciertamente, no parecía que hubiera motivo para que el padre de la patria, unas pocas semanas antes de aceptar ese título entre lágrimas de emoción, temiera la llegada del 17 de marzo, la fiesta anual de Líber. En otros tiempos, cuando no era más que uno de los dos señores de la guerra enfrentados, las cosas habían sido distintas. Entonces, cuando los devotos del perturbador patrón divino de Antonio celebraban el festival del dios llevando un falo gigante en una salvaje procesión por las calles de la ciudad, la amenaza a las virtudes ancestrales había sido palpable. Los más conservadores, horrorizados, habían intentado cas-

trar el culto a Líber desde su primera manifestación en Roma, casi dos siglos antes. La fiesta consistía en mucho vino, noches en vela y libertinaje. Los apetitos, por muy depravados que fueran, se satisfacían sin prestar ninguna atención a la moral. Todo el mundo dormía con todo el mundo. Era difícil imaginar una burla mayor de los ideales romanos. Sin embargo, ahora, con Antonio muerto hacía mucho tiempo y con todos los ciudadanos sometidos al padre de la patria, era la burla la que había sido derrotada. Los valores romanos habían triunfado. Dos meses después del festival de Líber, en el nuevo foro que había poblado con las estatuas de los antiguos héroes de la ciudad y adornado con trofeos de batalla, Augusto dedicó su gran templo a Marte. Compañero de legionarios en la primera línea de batalla, violador de la madre de Rómulo y veloz y brutal en todo cuanto hacía, el dios ofrecía un modelo de adusta masculinidad totalmente opuesto a la voluptuosidad de Líber. Los romanos podían estar seguros de algo: Marte no era de los que se depilaban las piernas.

Pero más allá de la gran muralla que servía al templo del dios como una barrera para detener la inundación, la gran marea de deseo seguía subiendo. En los pasillos y en los patios, y bajo las narices de los adustos padres, se seguían teniendo citas secretas. Entre sofocadas risas, los que mejor informados estaban continuaban susurrando historias escandalosas. Mientras tanto, en el antiguo foro, la estatua de Marsias, el servidor de Líber, seguía donde siempre había estado, erigida como un símbolo desafiante del libertinaje.

«Puedes poner a una persona todas las restricciones que quieras, pero su mente seguirá siendo adúltera». Estas fueron las palabras de Ovidio, como siempre al límite de lo que era aceptable decir. «No se puede regular el deseo».[31] El tiempo pronto diría si llevaba razón o no.

Árboles genealógicos

Se decía que un día, poco después de las segundas nupcias de Livia, sucedió un prodigio notable. Un águila se precipitó hacia ella, que estaba sentada, y dejó caer en su regazo un pollo blanco. Todavía más asombroso fue que la gallina —que no sufrió ningún daño— tuviese una ramita de laurel en el pico. Era, evidentemente, un portento mi-

lagroso. Rápidamente, se llevó al ave con el laurel a una finca de la familia Claudia en las afueras de Roma, en Prima Porta, ubicada en un promontorio con vistas al Tíber. Allí, la gallina produjo una nidada de pollitos, mientras que el laurel, plantado en uno de los lados de la villa, creció con exuberancia. El significado del episodio, a medida que el dominio de Livia sobre Augusto aumentaba, se hizo evidente para la mayoría: «Estaba destinada a tener el poder de César en un pliegue de su vestido, y a mantenerlo bajo su influjo».[32]

Sin embargo, para algunos, el enigmático y frondoso matorral tenía otra explicación. El laurel no era un árbol cualquiera. Los rayos no le hacían daño; sus hojas servían para purgar la sangre derramada y era sagrado para Apolo. Todo ello lo convertía en un emblema perfecto para Augusto y, desde luego, cuando el Senado le concedió ese nombre en el 27 a. C., decretó también que su casa se adornara públicamente con laurel, «como una cortina en las puertas y coronando la sagrada entrada con una diadema de hojas oscuras».[33] Pronto pareció un sacrilegio que lo luciera cualquier otro. En cuanto al propio Augusto, solo llevaba laurel procedente del que había nacido a partir del esqueje que había caído en el regazo de Livia. Al celebrar sus tres grandes triunfos, la rama que sostuvo el *princeps* en la mano y la corona que lució en cada una de las tres ocasiones procedían de ese mismo árbol.

Al compararlas con el resplandor de su grandeza, la luz de las victorias de otros hombres se reducía inevitablemente a nada. Después de celebrar su propio triunfo, Craso se hundió en la oscuridad. Quedaban atrás los días en que los nobles, incluso aquellos de más alta alcurnia, podían albergar la esperanza de desfilar por Roma coronados de laurel. Los más próximos al *princeps* eran quienes mejor lo comprendían. Agripa, a pesar de ser el mejor general de su generación, siempre rechazó los triunfos. Sabía que no debía eclipsar a Augusto. «Experto en su obediencia a ese hombre, exigía a su vez la obediencia de todos los demás».[34] La distancia entre las tradicionales demostraciones de poder y la realidad se hacía cada vez mayor. Los que carecían de la agudeza de Agripa y no habían sabido verlo, lo comprendieron muy pronto. En el 19 a. C., un general llamado Lucio Cornelio Balbo desfiló por las calles de Roma en reconocimiento a su victoria sobre una tribu africana. Fue el fin de una era. Nunca más un ciudadano privado volvería a celebrar un triunfo.

¿Quería esto decir que en el futuro solo el propio Augusto tendría derecho a ese honor? Quizá no. Después de todo, sobre el regazo de Livia se había dejado caer algo más que laurel. La villa a la que se había llevado la gallina original estaba tan llena de gallinas blancas que cacareaban sin cesar que acabó conociéndose como «*Ad Gallinas*», es decir: «Las gallinas».[35] Claramente, Augusto estaba predestinado a tener muchos descendientes. Sin embargo, seguía existiendo un enigma. Aunque era Livia quien había recibido la gallina en su regazo y ya había tenido dos hijos anteriormente, parecía incapaz de dar un heredero a su segundo marido. Cuanto mayor se hacía Livia, más claro estaba que Augusto tendría solo una hija. Julia, que había concebido con la cascarrabias de Escribonia, ciertamente era un peón útil en el gran juego de las ambiciones dinásticas de su padre, pero un peón no bastaba. Augusto, como el cabeza de cualquier otra familia, necesitaba un heredero varón. Así que, siguiendo el ejemplo de su tío abuelo, recurrió a su hermana. Octavia, admiradísima y de impecable virtud, había jugado un papel clave en la crisis que desembocó en la batalla de Accio. Casada con Antonio como prenda del pacto entre los dos triunviros, luego fue rechazada por aquel en favor de la reina de Egipto y enviada de vuelta a Roma, donde fue víctima de un ignominioso divorcio. A lo largo de todo el proceso, Octavia mantuvo su dignidad incólume y cuando, en la estela de la victoria de su hermano sobre su exmarido, consintió en criar al joven y brillante Julo Antonio, hijo de Antonio con una anterior esposa, el pueblo romano vio confirmada la admiración que sentía por ella como ejemplo de mujer virtuosa. El joven Antonio fue educado entre los hijos de Octavia. Dos de estas hijas, Antonia la Mayor y Antonia la Menor, eran hermanastras de Antonio. Los demás eran hijos que Octavia había tenido con su primer esposo, y uno de estos hijos era varón. Marco Claudio Marcelo era apuesto, tenía carisma y poseía algo del aura mística de su distante antepasado, el héroe de guerra que había conseguido el «botín del honor»: eran cualidades más que adecuadas para despertar el interés de su tío. En el 29 a. C., el joven cabalgó junto al *princeps* mientras este celebraba su triunfo. Dos años después, conoció por primera vez el combate en Hispania. Luego, el 25 a. C., llegó la muestra definitiva del favor del césar: el matrimonio con Julia, la hija de Augusto, que tenía catorce años. Parecía que el *princeps* había escogido a su heredero.

Los Julios y los Claudios bajo el reinado de Augusto

.... Adoptado

= Casado/a

Julio César

Julia

Acia = Octavio

Druso Claudiano

Escribonia = AUGUSTO = Livia = Tiberio Claudio Nerón

Octavia = Marco Antonio

Marco Agripa = Julia = TIBERIO = Vipsania

Druso (I) = Antonia la Menor

Antonia la Mayor = L. Domicio Enobarbo

Druso (II)

Cayo

Julia

Lucio

Agripa Póstumo

Agripina (I) = Germánico

Livila

CLAUDIO

Domicia Lépida

Domicia

Cn. Domicio Enobarbo

No obstante, el tiempo le haría cambiar de opinión y comprender las implicaciones de una decisión tan trascendental. En el año 23 a. C., postrado en su lecho y convencido de que iba a morir, se quitó el anillo con el sello y no se lo entregó a Marcelo, sino a Agripa. Augusto, que sabía muy bien lo que era ser lanzado muy joven al nido de serpientes de la política romana, claramente dudaba de que su sobrino tuviera la capacidad de sobrevivir y prosperar como él había hecho. Pero esa no era su única preocupación. Al fin y al cabo, había mucho más en juego que el futuro de su familia. Su heredero gobernaría el mundo, pero una paradoja de la sucesión atormentaba a Augusto. El conjunto de poderes y honores que Augusto había obtenido para *sí mismo* no se podía transmitir fácilmente a un sucesor. Hasta el más mínimo intento de hacerlo confirmaría aquello que durante tanto tiempo se había esforzado en negar: la descarnada realidad de que encabezaba una autocracia. Por muy trastornado y traumatizado que estuviera por la guerra civil, el pueblo no estaba todavía dispuesto a tolerar el gobierno de un rey. Augusto era meramente el primer ciudadano de una república libre: esa era la idea que tenía todo el mundo. Al final, solo un hombre que compartiera su prestigio podía aspirar a sucederlo como *princeps.*

Marcelo, por popular y glamuroso que fuera, no era todavía una figura de ese tipo. Y, según resultó, no lo sería nunca. Unos pocos meses después de que Augusto recuperara la salud contra todo pronóstico, Marcelo cayó enfermo. La muerte, a quien se le había escapado el tío, tomó al sobrino en su lugar. Desolada, Octavia dejó de aparecer en público y se dice que jamás volvió a sonreír. El pueblo romano compartió su dolor. El recuerdo de Marcelo, tan prometedor, tan brillante, tan joven, se mantendría vivo mucho tiempo. Quizá, en la enorme magnitud del duelo popular, se podía atisbar la llegada de una nueva era: un tiempo en el que el resplandor del carisma de Augusto, áureo y sobrehumano, iluminaría a todos sus familiares. ¿Qué eran todos los lirios y las flores de colores que había por todas partes en memoria de Marcelo sino un tributo ofrecido al radiante amanecer de esta luz augusta? Incluso en la oscuridad de la muerte, el perfil del joven parecía retroiluminado. La refulgencia que creaba ese halo era la de la *Domus Augusta*, la «familia augusta» del *princeps,* que era semejante a un dios.

Todo ello hizo que Julia, viuda con solo dieciséis años, no pudiera permanecer soltera mucho tiempo. Y, de hecho, había un solo candidato

a su mano. Augusto así lo había establecido al entregar a Agripa su anillo. «Mátalo o hazlo tu yerno»,[36] fue el ocurrente y cínico consejo de Mecenas. Augusto, que dependía demasiado de su viejo *consigliere* como para considerar la primera opción, prefirió la segunda. A pesar de que ya estaba casado con una de las primas de Julia, Agripa, obedeció, se divorció y tomó a la hija del *princeps* como esposa. El matrimonio fue un gran éxito. Para Agripa, supuso la confirmación pública de su estatus preeminente, no solo como el lugarteniente de César sino también como su aparente heredero. Augusto, por su parte, obtuvo de ese matrimonio una oportunidad perfecta de reducir los riegos de carecer de descendientes. Mientras el laurel plantado en Prima Porta florecía y crecía, Julia cumplió con su deber filial y dio a luz a una serie de hijos. Dos fueron niñas: una llamada Agripina, en honor a su padre, y la segunda, con una falta de originalidad todavía más notable, Julia. Pero hubo más, muchos más. En el 20 a. C., Julia brindó a Augusto su primer nieto, un niño sano llamado Cayo. Tres años después llegó un segundo hijo, Lucio. El *princeps* estaba extático. Tan pronto como nació Lucio, Augusto adoptó a los dos hermanos. Ahora, al fin, tenía los hijos que tanto había deseado.

Fueran cuales fueran sus sentimientos personales, Agripa no protestó. Comprendía perfectamente que las perspectivas de Cayo y Lucio serían mucho más brillantes si llevaban el nombre de César. Sabía también que él seguía siendo el heredero. En el año 18 a. C. se le llegó a conceder incluso una parte de la *tribunicia potestas,* unos poderes que se contaban entre los más formidables de los que detentaba el *princeps.* Por fin el camino hacia el futuro parecía despejado. Cuando el *princeps* falleciera, Agripa ocuparía su puesto; y cuando Agripa muriera, lo sucedería Cayo César. Así era como siempre se habían forjado pactos y alianzas en una gran familia como la Julia. Lejos de promocionar una especie de siniestra forma de monarquía hereditaria, los planes del *princeps* para con su familia eran totalmente tradicionales. Cualquier auténtico romano comprendía, valoraba y respetaba los vínculos de lealtad y deber que Augusto había establecido para asegurar el futuro de Roma. ¿Quién, entre los que araban los campos o cuidaban los jardines tan recientemente fertilizados por la sangre derramada en la guerra civil, iba a discutirlo?

Al parecer, casi nadie. La devoción del pueblo romano por Marcelo resultó no ser flor de un día. Cuando Agripa murió en el 12 a. C. agotado

por sus muchos esfuerzos, la pérdida del hombre en quien Augusto había confiado para sucederlo provocó inmediatamente que aumentara la atención hacia la siguiente generación de la familia de Augusto. La fascinación por los nietos del *princeps* era generalizada. Y, ciertamente, no faltaban nietos. Julia, que estaba embarazada cuando su marido murió, dio a luz a un tercer hijo, que inevitablemente se conoció como Agripa Póstumo. Sin embargo, fueron sus dos hermanos mayores quienes se convirtieron en las niñas de los ojos del pueblo romano. Aunque Cayo tenía ocho años y Lucio solo cinco, la anticipación de su futura grandeza los investía a ambos de un atractivo muy especial. Era un fenómeno nuevo. Nunca antes se había prestado mucha atención a los niños en Roma. Incluso los debutantes más precoces en la escena política —Escipión, Pompeyo y el propio Augusto— eran mayores de edad cuando iniciaron sus carreras. El aura del *princeps* era tan fabulosa que envolvía a todos los miembros de su casa con su luz, incluso a los más jóvenes. El entusiasmo por los pequeños príncipes excedió todas las expectativas. Hacían acto de presencia siempre que la familia de Augusto se dejaba ver en público y, para las masas romanas, encarnaban una combinación ganadora de magnetismo y niñez. Augusto no podía haber soñado con unos herederos más populares. Adoptados como favoritos del pueblo, Cayo y Lucio ofrecían a su abuelo una valiosa garantía de que la sucesión era viable, a pesar de todo. Parecía que la noción de una dinastía gobernante no era tan descabellada como se había creído.

De no ser porque el propio Augusto seguía dudando. En el año 6 a. C., cuando el pueblo romano votó que Cayo, con catorce años, se convirtiera en cónsul, Augusto se horrorizó. Convocó una asamblea popular y regañó a la gente por su frivolidad. El regocijo que en su corazón provocaba la popularidad de Cayo competía con otros impulsos más severos. Igual que no había querido entregar el gobierno del mundo a Marcelo, ahora se resistía a dejarlo irrevocablemente en manos de un niño que todavía estaba muy verde. Augusto no había trabajado durante décadas para restaurar las tradiciones más nobles y exigentes de la República para luego burlarse de ellas. Sentía dolorosa y amargamente la pérdida de Agripa. Sin embargo, ¿cómo podía reemplazarlo? Su viejo camarada poseía unas habilidades muy difíciles de encontrar. Una inquebrantable lealtad hacia el *princeps;* una virtud rocosa y espartana que habría resultado familiar a Rómulo, y un tipo de experiencia que solo

se adquiere al frente de legiones y que había templado su mente y su cuerpo al servicio de la grandeza de Roma: esas eran las cualidades de Agripa. ¿Qué posibilidades había de encontrar a alguien que estuviera a su altura? Casi parecía una misión imposible.

Pero resultó que, como tantas otras veces en la carrera del *princeps*, los dioses le sonrieron. La solución al problema de cómo reemplazar la pérdida de su lugarteniente de confianza estaba ante sus mismas narices. El sustituto obvio no podía estar más a mano y era un candidato perfecto para interpretar el papel de Agripa. Desde su infancia, había crecido como si fuera un miembro más de la familia de Augusto y, a partir de los dieciséis años, cuando acompañó a Augusto en su campaña en las tierras salvajes del norte de Hispania, se había entregado en cuerpo y alma al servicio del pueblo romano. Curtido en los asuntos de la guerra y del Estado, era un hombre que ya había hecho mucho por sus conciudadanos. Ahora, según parecía, estaba destinado a conseguir mucho más al servicio del *princeps* y de Roma. Sin embargo, había un inconveniente. Mientras que Agripa había sido una criatura creada por Augusto, de una procedencia tan humilde que la desdeñosa nobleza se había negado a asistir a su funeral, Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia, era el líder de la familia más celebrada y brillante de la historia de Roma. Hijo de un Nerón y de un Pulcro, la sangre de los Claudios corría por partida doble en sus venas. Un hombre con semejantes ascendientes tenía expectativas que no se debían en absoluto a Augusto.

El segundo matrimonio de Livia no había disminuido ni un ápice la lealtad que sentía hacia su linaje ancestral. Al trasladarse al hogar de su nuevo marido, se aseguró de llevar a sus dos hijos consigo. Tiberio y Druso habían crecido en un entorno doblemente privilegiado, como hijastros del *princeps* y herederos del incomparable linaje de sus antepasados Claudios. Como es natural, de vez en cuando habían tenido que tragarse alguna indignidad. Al acompañar a su padrastro en su triunfo, vieron como Marcelo cabalgaba a la derecha del emperador mientras que el joven Tiberio tenía que hacerlo a la izquierda, una posición menos prestigiosa. Sin embargo, estas pequeñas afrentas se veían abrumadoramente compensadas por las ventajas que recibían gracias al matrimonio de su madre con Augusto. A diferencia de la mayoría del resto de herederos de las grandes familias de la República, Tiberio y Druso no se vieron obligados a permanecer ociosos en la jaula do-

rada que era Roma. Muy al contrario, se les permitió embarcarse en carreras que solo una generación antes se habrían considerado típicas de su clase social. Los dos hermanos ganaron una serie de gloriosas victorias en los Alpes, en los Balcanes y en los bosques y ciénagas de Germania. De estas, las gestas de Druso fueron las más espectaculares y las de Tiberio las más duras y difíciles. El hermano pequeño, que era por naturaleza encantador, tenía un talento innato para hacerse amar que el mayor nunca poseyó; y, sin embargo, Augusto, que muchas veces se quejaba a espaldas de Tiberio de su «carácter austero e inflexible»,[37] comprendía lo que esta disposición significaba y lo respetaba. Ser la cabeza de la familia Claudia no era una responsabilidad que pudiera tomarse a la ligera. Tiberio, que combinaba la resistencia de un soldado con las inquietudes e intereses de un erudito, era una persona irremediablemente anticuada. En todo lo que hacía lo guiaban los códigos y costumbres que habían impulsado a su pueblo, en los heroicos y lejanos días de Apio Claudio, a emprender el camino que lo llevaría a dominar el mundo. Para Tiberio, la República a la que Augusto afirmaba haber devuelto la salud no era una ficción ni una palabra vana, sino la esencia viva de lo que significaba ser romano. El *princeps,* que fingía creer lo mismo, no tenía ningún problema con esta nostalgia por el régimen tradicional de Roma. Todo lo contrario: reforzaba el respeto que sentía por Tiberio como hombre de principios. Y por ello, tras la muerte de Agripa, dio una orden a su hijastro. Le pidió que hiciera una cosa que anunciaría al mundo su nuevo estatus como favorito. Debía divorciarse de su esposa y casarse con Julia, convirtiéndose así no solo en el hijastro del *princeps,* sino también en su yerno.

Sin embargo, había límites en cuanto a lo que Augusto podía ordenar. Aunque tenía derecho, como cabeza de familia, a entrometerse cuanto quisiera en los acuerdos matrimoniales de todos sus consanguíneos, Tiberio no era precisamente una marioneta que pudiera mover a su antojo. Aunque no le quedaba otro remedio que tomar a Julia como esposa, no tenia por qué fingir que le gustaba. Se había casado antes de la muerte de Agripa con la hija de este, Vipsania, y separarse de ella le sentó fatal. La pareja había sido feliz: Vipsania había dado a su marido un hijo, Druso, y le había demostrado una completa devoción. Tiberio, que habitualmente mantenía bajo férreo control sus emociones, fue incapaz de ocultar la agonía que le supuso la separación. Cuando se

arriesgó a volver a ver a Vipsania algún tiempo después, la siguió con una mirada tan abatida que desde lo más alto llegaron órdenes de que no se volvieran a encontrar nunca. Las causas de la tristeza de Tiberio, sin embargo, eran más profundas que el divorcio de su muy amada esposa. El papel que Augusto esperaba que desempeñase era inevitable que resultase humillante para un Claudio. Mantenerse en un segundo plano como potencial guardián y escuchar los vítores y aplausos que recibían un par de niños que no habían demostrado nada le recordaba que ambos eran mucho más populares que él, algo difícil de digerir para un hombre tan orgulloso. Las esperanzas de que sus ilusiones pudieran materializarse en un futuro eran difíciles de sostener en presencia de los dos principitos. Desgarrado entre su lealtad a Augusto y su desprecio por la monarquía que tan obviamente encarnaban Cayo y Lucio, Tiberio no era feliz en Roma. No es sorprendente, pues, que prefiriera las fronteras lejanas y peligrosas. Allí, al menos, los valores que tanto apreciaba seguían contando. Y, además, allí no tenía que pasar tiempo con su nueva esposa.

No pasar tiempo con su marido era también un enorme alivio para ella. Julia, forzada por su padre a aceptar el matrimonio, era tan diferente de su hosco y responsable nuevo esposo como podían serlo dos personas que habían crecido en la misma familia. Cierto, en otros tiempos se había encaprichado de Tiberio, cuando todavía estaba casada con Agripa... o eso se decía. Julia era el tipo de mujer que atraía los rumores. Obstinada, sofisticada y llena de vida, era amada por su generosidad y admirada por su inteligencia e ingenio. Lejos de desmentir los rumores de adulterio, se atrevía a burlarse de la mojigatería de quienes los difundían. En una ocasión le preguntaron cómo podían ser ciertas las historias de que había sido infiel a Agripa, si Cayo y Lucio se le parecían tanto. «¿Cómo?», respondió ella, «Pues porque solo acepto pasajeros una vez la bodega está llena».[38] El chiste, a la luz de todo aquello que defendía su padre, no podía haber sido más provocador. Ciertamente, hizo que todos aquellos que gustaban de lo osado y lo subversivo se reafirmaran en su afecto por ella. Era la primera mujer por cuyas venas corría la sagrada sangre de Augusto, y también la primera en reírse de lo que eso significaba en la práctica. A Julia no le cuadraban las hipocresías con las que tan sobriamente se ocultaba Livia. Cuando la regañaban por no emular la ostentosa frugalidad de su padre, se echaba

a reír: «Aunque a veces él se olvide de que es César, yo nunca olvido que soy la hija de César».[39]

A César, comprensiblemente, esta ocurrencia no le hizo ninguna gracia. Al declarar que tenía «que soportar a dos hijas obstinadas: Julia y la República romana»,[40] el *princeps* reveló su irritación. Los desafíos de su paternidad eran muchos. En los tratos con sus conciudadanos, Augusto reclamaba los derechos y responsabilidades de un padre; y a la inversa, al llegar a acuerdos sobre su hija, nunca podía tratarla como si fuera solamente su hija. Al mantenerla en su lecho marital, Tiberio servía a las necesidades del *princeps* igual que cuando combatía contra los bárbaros. Augusto, que consideró brevemente emparejar a Julia con algún caballero desconocido e inofensivo (hasta ese punto deseaba alejar a su hija de amantes ambiciosos), siempre conseguía neutralizar a todos aquellos que le resultaban problemáticos. Tanto Tiberio como Julia lo sabían muy bien. Durante los primeros años de su matrimonio, la pareja se esforzó por poner al mal tiempo buena cara. Cuando Tiberio partió hacia un mando provincial en los Balcanes, Julia lo acompañó. Poco después, le dio un hijo. Cuando su marido regresó a Roma, colaboró con Livia para organizar un banquete en honor de las principales mujeres de la ciudad, mientras el propio Tiberio ofrecía otro para la gente del Capitolio. En apariencia, todo iba a pedir de boca.

Pero no era así. La grieta entre la pareja se ensanchaba cada vez más. Entre la ingeniosa y vivaracha Julia y su marido, «quien, desde niño, había sido demasiado serio y austero como para que le gustasen los chistes», había una falta natural de empatía.[41] Luego llegaron dos pérdidas en poco tiempo. Primero, perdieron a su hijo; luego, mientras Livia y Julia preparaban un segundo banquete, esta vez para conmemorar el regreso de Druso del frente, llegaron noticias de Germania. Druso se moría. Su caballo le había aplastado la pierna en una caída y la herida se había gangrenado.* En cuanto conoció las noticias, Tiberio cabalgó cientos de kilómetros por un territorio apenas pacificado acompañado por un solo guía y llegó junto a su hermano justo antes de que muriera. Como muestra de amor fraternal, era digna de las tradiciones más nobles de sus antepasados, y particularmente adecuada, porque Druso también había sido un gran admirador de las virtudes

* O quizá sufriera lesiones internas. «Murió de camino al Rin de alguna enfermedad», es toda la ayuda que nos ofrece Dion Casio con su versión de lo sucedido (55.1.4).

republicanas. No habría ningún exceso afeminado en el luto para el desconsolado Tiberio. En lugar de eso, como si caminara por el paisaje de algún antiguo relato, escoltó el cadáver de su hermano de vuelta a la capital a pie, sin derramar una lágrima y con expresión lúgubre. Esas eran las exequias que merecía un héroe romano. «No solo en la guerra había que mantener la disciplina, sino también en el duelo».[42] Sin embargo, para disgusto de Tiberio, en todas partes recibían el cadáver de Druso con grandes muestras de incontinencia emocional. Incluso los soldados lloraban. Al llegar a Roma, la sensación que tenía Tiberio de vivir fuera de su época, en un mundo que ignoraba todo aquello que había hecho grande a su ciudad, se volvió cada vez más opresiva. Fiel a su herencia como Claudio, había trabajado incansablemente por la causa del pueblo romano en fronteras remotas, en bosques húmedos y en toscos campamentos... y, sin embargo, la gloria que todo aquello le había valido se veía empañada por la desilusión ante lo que veía a su alrededor. En el año 7 a. C. se le concedió un triunfo, y un año después, la cesión de la *tribunicia potestas* que había disfrutado Agripa antes que él, pero a Tiberio estos honores le parecían engañosos hasta el punto de sentirlos como una burla. Los vítores que lo acompañaron mientras recorría Roma en su carro triunfal fueron tenues en comparación con los que saludaron al adolescente Cayo; los asombrosos poderes de un tribuno no impedían que su esposa lo mirara por encima de su hombro Julio. Para un hombre tan orgulloso y quisquilloso como él, la situación resultaba totalmente insoportable.

En el 6 a. C., cuando llevaba cinco años casado, Tiberio finalmente estalló. La concesión de la *tribunicia potestas,* que al mundo exterior parecía una distinción que señalaba su grandeza, lo sumió en la desesperación. Cuando Augusto ordenó a Tiberio que fuera a Oriente en una misión diplomática y dejó claro que solo la había aprobado porque deseaba descargar en su yerno sus responsabilidades más duras y exigentes, se encontró con una tajante negativa. Poco acostumbrado a aceptar un no por respuesta, el *princeps* reiteró sus instrucciones. Tiberio se declaró en huelga de hambre. Anunció que deseaba abandonar todos sus cargos. Quería retirarse de la vida pública. Furioso y anonadado, Augusto le pidió abiertamente en el Senado que recapacitara. Livia, todavía más consternada por la obstinación de su hijo, lo conminó en privado a rectificar. Tiberio no cedió. Al final, tras cuatro días de

tensión, Augusto fue el primero en ceder. Como si quisiera regodearse de su victoria, Tiberio partió entonces hacia Oriente, no como lugarteniente de César, sino como ciudadano privado. Se asentó en la isla griega de Rodas y allí se dedicó a los pasatiempos tradicionales de un digno retiro: estudiar literatura, hablar con filósofos y comer pescado. Al tomar posesión de su granja sabina, Horacio había hecho más o menos lo mismo y había plasmado el gozo que le producía su retiro en sus poesías inmortales: una afirmación de que la guerra había terminado, una celebración de la llegada de la paz. Lo que afirmaba Tiberio con su retiro, sin embargo, era algo muy distinto. Los miembros de la familia Claudia no eran dados a retirarse de la vida pública y, especialmente, no a una isla llena de griegos. Que el general más destacado de Roma, «el más eminente de sus ciudadanos después de Augusto», hubiese perdido toda esperanza en la ciudad daba mucho que pensar. Se había hecho público un terrible diagnóstico sobre el estado de salud de la República. Al dedicarse tan ostentosamente a no hacer nada, Tiberio sabía perfectamente lo que hacía.

Pero el caso es que apenas se lo echó de menos. Augusto se enfureció tanto por el desafío de su yerno que se puso literalmente enfermo. Sin embargo, a pesar de su cólera y su perplejidad, descubrió que podía seguir adelante sin Tiberio. Quizá de haberse producido alguna emergencia militar, las cosas habrían sido distintas; pero daba la sensación de que todo iba bien en Roma. Las fronteras parecían estables, las provincias estaban en paz. No solo eso, sino que Cayo y Lucio, que habían aprendido el arte del gobierno directamente del mayor maestro viviente, pronto serían adultos. Un año después de la partida de Tiberio hacia Rodas, el orden ecuestre honró a Cayo con un rango sin precedentes: «*princeps* de la juventud». Simultáneamente, pasó a formar parte del Senado, fue nombrado cónsul por un período de cinco años, y recibió un alto cargo sacerdotal. En el año 2 a. C., Augusto hizo entrar a Lucio en el Senado, y también él fue proclamado «*princeps* de la juventud». «La *virtus*», tal y como declaró Ovidio, perfectamente en serio, «florece joven en un césar».[43]

El rumbo hacia el futuro parecía despejado. Aunque Livia se lamentara de la suerte de los Claudios, se doliese de la muerte de su hijo menor y llorase la caída en desgracia del mayor, la fortuna parecía sonreír a los Julios. En la villa de Prima Porta, las gallinas albas seguían

poniendo huevos y el milagroso laurel desplegaba sus ramas cada vez más alto. El padre de la patria, Augusto, era también padre de dos brillantes príncipes. Parecía que podía olvidarse de su hija problemática y de su yerno cabezota.

El arte de amar

Agosto, año 2 a. C. La canícula. En las colinas más allá de Roma, las ovejas y los terneros buscaban refugio del calor en cualquier sombra mientras los hombres ofrecían sacrificios a frescos manantiales. En la gran ciudad, las callejuelas hervían y apestaban bajo una neblina marrón. César Augusto, preocupado como siempre por el bienestar de sus conciudadanos, ya había tomado medidas para complementar el caudal de agua de los acueductos de la capital y de las bellas fuentes de mármol erigidas décadas antes por Agripa con la construcción de un enorme lago. Con quinientos cincuenta metros de longitud por trescientos sesenta y cinco metros de anchura, estaba al otro lado del Tíber y se llegaba a él cruzando un puente espectacular. Sin reparar en gastos, el *princeps* eligió ese lugar para celebrar los grandes acontecimientos de los meses anteriores: haberse convertido en padre de la patria y la inauguración de su espléndido templo de Marte. En el lago, escuadrones enteros de barcos de guerra recrearon la batalla de Salamina, el heroico enfrentamiento en que los griegos derrotaron en el año 480 a. C. a una flota de bárbaros invasores.

Era difícil no ver en la naumaquia los ecos de una victoria más reciente. Gracias a la derrota de Cleopatra y de su flota en Accio, Augusto había podido cuidar a la maltratada República y nutrirla hasta su presente estado de perfecta salud durante casi treinta años. Sin embargo, la nostalgia era solo una parte del mensaje del *princeps.* También miraba hacia el futuro. Los bárbaros derrotados en Salamina procedían de las mismas tierras que ahora gobernaban los partos, y Augusto sentía que había llegado el momento de prestar renovada atención al frente oriental. Tiberio, el hombre a quien había encargado originalmente la misión, se había desentendido del desafío; pero Cayo César, con dieciocho años recién cumplidos, estaba listo al fin para tomar las riendas de una campaña. Al año siguiente partiría hacia Oriente. A los espectadores que contemplaban desde las orillas del

lago artificial el entrechocar de los maderos y el hundimiento de las galeras se les ofrecía una visión del futuro: una en la que «se han rellenado los últimos huecos en el dominio global de César».[44]

No es que todos los presentes estuvieran necesariamente muy interesados en las ambiciones del *princeps*. Ovidio, que asistió a la extravagancia naval, apenas reparó en la batalla. Había ido a echar un vistazo a las mujeres. «Siendo como son las multitudes, siempre hay alguien para todos los gustos».[45] Había pasado más de una década y media desde la criminalización del adulterio, pero Ovidio, el poeta más a la moda de Roma, todavía se atrevía a juguetear con el deseo que sentía hacia las mujeres casadas. Y no había mejor momento para satisfacer este deseo que las largas, cálidas y perezosas tardes de verano. Las ventanas entrecerradas de un dormitorio, el juego de sombras y rayos de sol, las suaves pisadas de la mujer de otro hombre, su largo cabello suelto, su blanco cuello desnudo, su vestido fino y escaso: Ovidio no temía rezar públicamente por «disfrutar de muchas siestas así».[46] Deliciosa, sediciosamente, más allá del resplandor del nuevo templo del dios de la guerra y del bosque de mástiles en el lago artificial del *princeps,* Roma todavía albergaba templos dedicados al placer prohibido.

Y Augusto pronto lo descubriría en persona. Poco después de su recreación de la batalla de Salamina, cerca de la misma *Rostra* en el Foro desde la que había propuesto originalmente las leyes contra el adulterio, apareció una corona de flores sobre la cabeza de Marsias. ¿Quién la había colocado allí? Los rumores que circulaban eran realmente escandalosos, pues señalaban como culpable nada menos que a la propia hija del *princeps.* Julia llevaba mucho tiempo protagonizando habladurías y, en el momento de la apoteosis de su padre, dichos rumores cobraron la fuerza de una galerna. Se comentaba que no tenía uno, sino muchos amantes. Que había celebrado fiestas nocturnas en el Foro y mancillado la *Rostra* con sus relaciones adúlteras. Que se había vendido a extraños bajo la estatua de Marsias. No había una ley de su divino padre, no quedaba un solo valor de Augusto, que no hubiera violado. Eso, en sí mismo, constituía un escándalo más que suficiente, pero todavía había más. Los rumores, fétidos y de fuente desconocida, apuntaban a una oscura traición. Entre los amantes de Julia se encontraba el hijo del mayor enemigo de su padre. Al compartir fiestas iluminadas con antorchas con Julo

Antonio, había rendido honores a Líber, el patrón de Antonio. El insulto a todo aquello que su padre representaba, a cuanto había logrado en su vida, no podía ser más punzante. No sorprende, pues, que cuando al fin las noticias de las escapadas de Julia llegaron a oídos del *princeps*, los informadores se atrevieran a insinuar que había «complots para acabar con su vida».

Cuando era joven, poco más que un terrorista adolescente, el futuro Augusto no había perdonado a nadie ni mostrado piedad mientras perseguía su objetivo de hacerse con el poder absoluto. Habían pasado décadas desde entonces y el recuerdo de su crueldad juvenil se había suavizado: «Se merece el nombre de padre».[48] La propia Julia, que era tan testaruda como osada, se había atrevido a imaginar, igual que había hecho Tiberio, que se podía contrariar al *princeps* sin que hubiera consecuencias. Un error fatal. Los que conocían mejor la naturaleza de Augusto sabían que un animal raramente cambia por completo de pelaje: «Ciertamente, no describiría como piedad lo que en realidad era el agotamiento de la crueldad».[49] Los poderes de Augusto, como padre, eran no solo de vida, sino también de muerte. En la humillación que le había infligido su hija descubrió, como tantas veces había hecho antes al enfrentarse a reveses, una oportunidad de afirmar su grandeza con más rotundidad. Después de que se encargara de Julia y de sus amantes, nadie volvería a dudar de que el padre de la patria se reservaba el derecho no solo de celebrar, sino también de destruir a aquellos que se encontraban bajo su poder. Más que correr un tupido velo sobre el escándalo, optó por exponer el sórdido asunto ante el Senado. Con la voz tomada por la conmoción y el horror, Augusto aguantó las ocultas sonrisas de los nobles que lo escuchaban. A pesar de ser una indignidad mortificante, sin duda, Augusto la soportó, pues le reportaría ventajas a largo plazo. Se exponía ante los senadores un hecho de la vida política oculto durante mucho tiempo gracias al enorme despliegue de paciencia y tolerancia que había hecho el *princeps:* podía aniquilar a cualquiera, si así lo deseaba.

Fue Julo Antonio quien pagó el precio más alto. Nadie sabía a ciencia cierta si su aventura con Julia fue tan escandalosa como decían los rumores, o si las implicaciones de su relación eran tan siniestras como sospechaba Augusto. La verdad sobre sus ambiciones estaba tan oculta entre las tinieblas como lo habían estado sus fiestas nocturnas.

No obstante, la mezquindad de su ingratitud estaba más allá de toda duda. Su suicidio recordó a la muerte de su padre. El destino de Julia fue, si acaso, todavía más cruel. Señalada como adúltera, sufrió la pena dispuesta por la ley de su padre: el exilio a una isla. Pandateria, el remoto y ventoso lugar escogido como su prisión, fue pertrechado con una villa agradable que no podía compensar su gran desventaja: era un erial mortalmente aburrido. Solo se permitió que la acompañara allí Escribonia, su anciana madre. Por lo demás, se le prohibió todo tipo de compañía e incluso los esclavos se investigaban a fondo antes de que se les permitiese entrar en la isla. También el vino estaba prohibido, así como todos los manjares excepto los más básicos. Julia, cuyo desprecio por las espurias frugalidades de la casa de su padre siempre había entretenido a sus admiradores, se vio condenada a vivir una pesadilla de austeridad y tedio.

Mientras tanto, en Roma, los más modernos, entre los que Julia había sido la indiscutible reina, se quedaron horrorizados. Una ola de acusaciones que imitaban la de Augusto amenazó con desencadenar una auténtica caza de brujas en Roma. A pesar de que el *princeps* rechazó la mayoría de las acusaciones, se instaló en los salones de la ciudad un humor lúgubre. «¿Quién puede engañar al sol?»[50] Ovidio, que consideraba su dorado resplandor como un espía que todo lo ve, imaginó que su mirada era capaz de penetrar incluso en el dormitorio más oscuro, de descubrir los secretos de hasta los adúlteros más cuidadosos. Sin embargo, incluso tras confesar su temor, se negó a rendirse a él. «Mis gustos sexuales son pervertidos», admitía felizmente, «y no es la primera vez que me han metido en problemas».[51] Ni sería, quizá, la última. Puede que Julia hubiera sido desterrada a una existencia gris que recordaba a lo más brutal y primitivo de la antigüedad, sin nada más que hacer que trabajar en el telar o cultivar nabos, pero Ovidio no se dejó intimidar. Se negó a abandonar los valores urbanitas y sofisticados que consideraba que representaban de verdad el espíritu de la época. Cuando la paranoia invadía los círculos de la élite durante los meses tras el exilio de Julia, Ovidio dedicaba sus esfuerzos a un proyecto que no podía resultar más provocador: una guía de las artes amatorias. Naturalmente, se aseguró de cubrirse las espaldas con alguna advertencia ocasional. «Lo repito... no hay nada ilegal en mi diversión y mis juegos. No atrapo en ellos a ninguna mujer que no debiera».[52] Como la dama

en Hamlet, Ovidio protestaba demasiado. En la estela del escándalo sexual más notorio de Roma, hacía falta un grado especial de coraje —o de inconsciencia— para entusiasmarse como Ovidio con las emociones y los placeres de la seducción. Y había que ser muy osado para dar consejos a una mujer sobre la mejor forma de despistar a su guardián, escribir mensajes en tinta secreta y tener una aventura a espaldas de un padre sobreprotector. Consejos como estos, justo después de la caída en desgracia de Julia, fueron lo más cercano a la disidencia pública que surgió entre aquellos que formaban su círculo más íntimo.

En las calles la situación era muy distinta. Julia, ingeniosa y con don de gentes, era la princesa del pueblo. Los grandes espectáculos que celebró Augusto durante ese año, y a los que había invitado a la ciudad entera, habían alimentado todavía más la fascinación que el público sentía por ella. Era amada no solo como hija de César, sino también como madre de dos niños admirables. Ambos habían interpretado un papel clave en la consagración del templo de Marte, y era inevitable que los preparativos para la partida de Cayo a su misión en Oriente hicieran pensar a la gente en la desventurada Julia, que ahora no podía ver a sus dos jóvenes príncipes. Más allá del esplendor del nuevo foro de Augusto, a la sombra de su enorme muro divisor, las callejuelas sucias hervían de gente que veía en la hija de César, en sus sufrimientos y pesares, un símbolo glamuroso de su propia miseria. En los patios desvencijados y abarrotados, en los endebles edificios de apartamentos, en los barrios pobres a lo largo y ancho de la ciudad, los pobres lloraban la caída de su favorita. A los pocos meses de que el pueblo se uniera al Senado para saludar a Augusto como padre de la patria, la unidad que tan duro había trabajado para forjar empezaba a deslavazarse. Las manifestaciones que exigían que regresara Julia, cuyo nombre se coreaba públicamente en las calles, contribuyeron a crear un ambiente cada vez más tenso. El recién consagrado templo de Marte, visto desde el laberinto de callejones que se extendía más allá de él, en lugar de ser un monumento a la grandeza de un pueblo unido, empezaba a parecer una isla asediada por un mar hostil.

En cuanto a Augusto, no tenía la menor intención de ceder ante la chusma justo cuando acababa de enseñar los dientes a la aristocracia. Sin embargo, como correspondía a un hombre que detentaba la *tribunicia potestas,* era sensible a sus silbidos. Había aprendido tiempo

atrás que era útil tener un ojo puesto en lo que sucedía en los barrios bajos. Ningún régimen que no los controlara podía prosperar. Esta fue una de las muchas percepciones, y no la menor, que Augusto aportó al arte de gobernar. «Los pobres son como los vertederos, lugares oscuros en los que se tira la mierda y otros desperdicios».[53] Aunque Augusto era un hombre de clase alta y, por tanto, compartía este lugar común, también sabía lo importante que era conocer qué sucedía en los barrios populares. Sus agentes, a lo largo de las décadas, habían explorado diligentemente los intestinos de la ciudad. Habían compilado meticulosos registros de todo, desde las prostitutas hasta los bares. Las tejas sueltas, las losas peligrosas del pavimento, las canalizaciones que perdían agua: todo atraía la atención de unos ediles cada vez más entrometidos. Se dibujaron con riguroso detalle planos de propiedades y listas de propietarios. La imagen de Augusto como un sol que perseguía a Ovidio, con una mirada capaz de ver entre las sombras, sin duda habría sido comprendida por sus muchos de sus funcionarios y agrimensores, los agentes encargados de cartografiar, medir y registrar la ciudad. Aunque cuando uno se alejaba del oro y el mármol de los grandes proyectos del *princeps,* Roma seguía siendo la misma madriguera de siempre, la mirada de César había penetrado hasta en sus rincones más insalubres y oscuros. El gran laberinto de la mayor ciudad del planeta, cuya planta nadie antes había pensado en trazar, escondía pocos secretos para Augusto.

Y, como sucede a menudo, el conocimiento era poder. Era su derecho como padre, por supuesto, saber qué hacían aquellos que estaban bajo su autoridad, no solo para castigarlos cuando cometían maldades, sino también para protegerlos de todo peligro. En Roma, la catástrofe estaba siempre a solo una chispa de distancia. En el año 7 a. C. unos pirómanos provocaron un incendio que, en un momento dado, amenazó con consumir el propio Foro. La previsible respuesta de Augusto a esta calamidad que estuvo a punto de producirse fue encargar todavía más listas. Se ordenó a los funcionarios que se aseguraran de que incluso el ático más humilde de un bloque de pisos estuviera provisto de un cubo. Tras lograr que fuera más difícil que los barrios se incendiaran, normas de salud y seguridad como estas le granjearon al *princeps* grandes recompensas. En un cesto de lumbre como era Roma, no había medio más seguro de hacerse popular que brindar a los preocupados

ciudadanos un servicio de bomberos fiable. Augusto no fue el primero en comprenderlo. Ya en el 19 a. C., cuando el *princeps* estaba ausente de Roma porque se encontraba en Oriente, un noble atrevido y ambicioso llamado Egnacio Rufo había fundado una brigada privada de bomberos que le hizo tan popular que perdió la cabeza. Insistió en aspirar al consulado a pesar de que Augusto le había indicado explícitamente que no deseaba que se presentase, hizo que los lugartenientes del *princeps* se tuvieran que emplear a fondo para contener los daños. Al final, el intento de hacerse con el poder se deshinchó de forma muy poco gloriosa. La tentativa de Egnacio de conseguir el consulado se abortó, y el propio Egnacio fue a la cárcel, donde «se encontró con el fin que su vida merecía».[54] Sin embargo, Augusto había aprendido la lección. La ciudad y sus inquietas masas solo podían tener un paladín, y ese hombre no era Egnacio. Todo lo que redundara en beneficio del pueblo debía proceder del propio *princeps.*

Y por eso, a pesar de la indignación popular por el destino de Julia, Augusto consideraba poco probable que las exigencias de su regreso degeneraran en disturbios o en algo peor. Vistos desde la cima del Palatino, los talleres envueltos en un halo de neblina causada por la contaminación y los edificios de apartamentos parecían intensamente amenazadores: aquello era el corazón de las tinieblas de Roma, donde Clodio había reclutado a sus paramilitares durante los agónicos últimos días de la República y desde donde las masas, reducidas a pellejos por las diversas guerras del triunvirato, entraban en erupción periódicamente. Sin embargo, parecía que esa época había llegado a su fin. El propio Augusto, armado con mapas y registros detallados de la población de la ciudad, consiguió llevar el orden a donde antes había reinado el caos. El año 7 a. C., a raíz de su reforma del servicio de bomberos, realizó una gira por los diversos barrios de Roma. En lugar de aventurarse en la madeja de callejones, centró su atención en los cruces, los *compita,* que había en el centro de todos los distritos. Estos cruces se repartían por toda la ciudad como si fueran los nudos de una red gigante. Controlaban la ciudad y el tejido urbano. Augusto, como experto cazador, sabía lo que hacía falta para cobrar su pieza.

Según creía el pueblo romano, los orígenes de los *compita* se remontaban a la época en que los reyes gobernaban la ciudad, y eran objeto de intensa devoción y orgullo local. Unos misteriosos espíritus

gemelos, conocidos como lares, hacían guardia en ellos, y se les rendía homenaje cada año en un descocado festival conocido como *Compitalia.* Durante este festival se realizaban sacrificios ante el templo de cada cruce. Todo el mundo, no importaba lo baja que fuera su procedencia ni lo desgraciado que fuera, estaba invitado a participar en la diversión; incluso los esclavos se vestían bien para la ocasión. Todo ello, como no podía ser de otra manera, se contemplaba con extrema suspicacia desde el sector conservador del Senado. No obstante, esta preocupación era algo más que una muestra descarnada de su esnobismo. Las *Compitalia* a menudo degeneraban en alborotos y disturbios. Por eso, en el año 64 a. C., el Senado votó suprimirlas. Pero la prohibición no duró mucho. Clodio, cuyo genio para la lucha callejera lo llevó a refinarla hasta convertirla en un auténtico arte político, se aseguró personalmente de ello. Su patronazgo del festival fue un ingrediente clave de su pionera forma de gansterismo. Su apoyo a las fiestas compitales le permitió no solo reclutar seguidores, sino integrarlos en una organización que abarcaba toda la ciudad. Pues, al fin y al cabo, los *Compita* estaban por todas partes en Roma. «La ciudad tiene mil lares».[55]

Lo que Clodio consiguió al transformar sus templos en una red al servicio de su ambición personal no se olvidó. La lección era que los pobres podían aportar una base política hasta al noble de sangre más azul. Y esto, al igual que el abortado golpe de Egnacio, se convertiría inevitablemente en una tentación constante para los senadores sedientos de poder. Estaba claro, pues, que el *princeps* no tenía otro remedio que poner fin para siempre a esa posibilidad. En lugar de prohibir las *Compitalia,* que era lo que el Senado siempre había tratado de hacer, se instituyó como su patrón. Quien pensara que Augusto iba a eliminar una costumbre venerable, máxime cuando en lugar de proscribirla podía utilizarla para sus propósitos, es que no lo conocía. Al visitar los cruces de la ciudad, centralizar en ellos a los bomberos y otros servicios y otorgarles todo tipo de muestras de favor, se ganó los corazones y las mentes de los vecinos de toda Roma. Su iniciativa transformó estos potenciales focos de problemas en los centros nerviosos de su régimen.

Así pues, la autoridad del *princeps* lucía radiante incluso en los barrios más peligrosos. A principios del año 1 a. C., cuando Cayo partió y cruzó la frontera del Danubio en su misión hacia Oriente, lo hizo desde el gran templo de Marte, rodeado por el esplendor marmóreo de sus co-

lumnatas, en presencia de los estandartes recuperados en Partia, bajo la terrible mirada del dios de la guerra. El hijo de César no iba a ensuciarse las sandalias con la mugre de los callejones. Sin embargo, también allí, en los barrios que se encontraban más allá del nuevo foro, su partida estaba en mente de todos. Si un ciudadano salía del templo de Marte y se adentraba en la hirviente aglomeración de talleres, tiendas de comida rápida y burdeles conocida como la Suburra, y luego caminaba hacia el sur, llegaba a una antigua calle, cuyo nombre recordaba a los zapateros que en otros tiempos habían tenido allí sus establecimientos, la Vicus Sandalarius.* Al final de la calle había un *compitum,* y en él, recién cincelado, se elevaba un nuevo altar. Los funcionarios responsables de los distritos adjuntos, hombres de orígenes completamente humildes pero no por ello menos conscientes de su dignidad, lo habían colocado junto al cruce solo unos meses antes. Ciertamente, estos funcionarios no protestaron por el destino de Julia. Augusto les había confiado responsabilidades clave del Gobierno local, les permitía llevar una escolta de lictores durante las fiestas públicas y estaban literalmente en el centro de cuanto pasaba en sus barrios. Estos hombres difícilmente podían sentirse más en deuda con el *princeps.* El nuevo altar construido junto al cruce era una expresión de su gratitud. En un lado se había tallado un motivo de laurel; en el otro, trofeos de victoria. En la parte delantera estaban retratados Augusto y Livia, cada uno a un lado de Cayo, a quien miraban con aprobación. Julia brillaba por su ausencia. Al levantar la vista del ruido y la furia de su pequeño trozo de Roma, los funcionarios que habían encargado el relieve podían sentirse, aunque fuera de forma tangencial, parte de los grandes asuntos globales. Marte no era el único dios convocado para proteger a Cayo en sus viajes. También lo fueron los lares y un nuevo y asombroso poder que se empezaba a adorar junto a ellos. Instituido por el *princeps* en su gira por los *compita* en el año 7 a. C., su culto había prendido en toda Roma, allí donde hubiera un cruce o se levantara un nuevo altar: el espíritu que animaba al propio César Augusto, su *Genius.*

Con un apoyo divino de tal magnitud, parecía imposible que algo pudiera ir mal en la expedición de Cayo. «Concédele la popularidad de Pompeyo, la osadía de Alejandro y mi propia buena suerte».[56] Esa era

* A su debido tiempo, tras un siglo de elitización residencial, la calle se convertiría en el centro del comercio de libros de la ciudad.

la oración de Augusto. Y no se contentó con que los dioses fueran los únicos guardianes que acompañaran a su hijo adoptivo. Marco Lolio, veterano de numerosos mandos provinciales que, muy significativamente, tenía desde hacía tiempo mala relación con Tiberio, fue designado como mentor del joven príncipe. Lo ayudaría y sería, además, los ojos y oídos de Augusto. Protegido por los cielos y guiado por un consejero veterano, Cayo pronto empezó a ganarse el favor de la gente allí donde iba. Con su galante figura, desfiló por las ciudades romanas hasta la frontera oriental del Imperio. Allí, en una isla en el Éufrates, celebró una ostentosa y exitosa cumbre con el rey de Partia; poco después, se entretuvo masacrando diversos grupos de bárbaros «para que toda la humanidad estuviera más segura».[57] Como es lógico, las noticias de los progresos de Cayo se recibían en Italia con apasionado fervor. Las esperanzas que el pueblo romano había depositado en él se estaban viendo cumplidas. «No solo gobernó bien, sino que derrotó o recibió en alianza a los más fieros y poderosos pueblos».[58] Parecía que los dioses habían escuchado las plegarias de su abuelo.

Pero retiraron su favor abruptamente. Primero, en una espectacular investigación por corrupción, se acusó a Lolio de recibir sobornos de varios potentados locales y se lo obligó a suicidarse tomando veneno. Luego, en el 2 d. C., Cayo recibió las devastadoras noticias de que su hermano Lucio había enfermado y muerto en la Galia. Al año siguiente, cuando se reunió con el comandante de una fortaleza armenia para parlamentar, el propio Cayo sobrevivió por los pelos a un intento de asesinato. Aunque acto seguido consiguió una notable victoria contra los armenios, la herida que había sufrido durante la tentativa de asesinato no curó bien y Cayo, con la salud y la confianza en sí mismo muy mermadas, se convirtió rápidamente en poco más que una sombra de lo que había sido. Envió a Augusto una petición escrita para abandonar su mando y el *princeps* accedió y le ordenó que volviera a casa. Cayo inició el largo camino de regreso del frente oriental. Era demasiado tarde. La herida se había gangrenado. A mediados de febrero del 4 d. C., tras un agónico trayecto por montañas heladas y, luego, en un barco mercante por la costa sur de Asia Menor, Cayo llegó por fin al puerto desde donde iba a embarcar hacia Italia. Pero nunca llegó a subir a bordo. El día 21 de ese mes, el hijo adoptivo y heredero oficial del emperador César Augusto exhaló su último aliento.

En Roma, la noticia retumbó como un estremecedor trueno. Ovidio, que había incluido en su guía de seducción el patriótico anuncio de que Cayo estaba destinado a conquistar Partia, optó por no retirarlo del poema que había publicado y por dejarlo como recuerdo de cómo se habían alimentado y frustrado grandes esperanzas. «Tus dos padres, Marte y César, te han dotado de asombroso poder».[59] Sentimientos como este, transmutados de adulación a burla por el trágico fin de Cayo, no podían sino concitar sonrisas sardónicas en los círculos en los que se movía Ovidio. Pero en la calle era distinto. Allí, el pesar por la muerte de los dos hijos de Julia era profundo. Y de nuevo, agitadores empezaron a reclamar el regreso de la princesa del pueblo, que seguía exiliada en la isla. De nuevo, Augusto se negó. «No regresará a Roma hasta que el fuego se mezcle con el agua», declaró.[60] Cuando oyeron esto, las orillas del Tíber se llenaron de manifestantes que arrojaron antorchas encendidas a la corriente. La escena fue tan impresionante que incluso Augusto se inquietó. A pesar de que habían pasado años desde que había exiliado a su hija, la fuerza de las protestas le preocupaba. Tras un período prudente, para que no pareciera que cedía a la presión del pueblo, dio órdenes de que trasladaran a Julia de su desolada prisión sin árboles a una residencia confinada en Rhegium, una base naval en la punta de la bota de Italia. No era Roma, pero incluso la monotonía de un puerto provincial era una mejora respecto a Pandateria.

Tampoco fue Julia la única en regresar de una isla. Los últimos años también habían sido difíciles para su exmarido. El retiro de Tiberio en Rodas se había convertido inexorablemente en un exilio. El divorcio de su esposa, consecuencia necesaria del adulterio de esta, le había supuesto también un divorcio de Augusto. Al año siguiente, había expirado su mandato de *tribunicia potestas*, un acontecimiento ominoso para alguien que había desairado tan obcecadamente al *princeps*, pues con ello desaparecía su inmunidad legal ante los insultos y el encausamiento en tribunales. Al parecer, Tiberio había errado terriblemente en sus cálculos. Aunque, como cabeza de la familia Claudia, seguía teniendo una enorme influencia en todo el mundo romano, su prestigio se eclipsaba. Las ciudades habían empezado a derribar sus estatuas y los reyes títeres se atrevían a desairarlo. Entonces, con la llegada de Cayo a Oriente, su situación empeoró todavía más. Una noche de borrachera, un compañero del hijastro de Tiberio se ofreció a ir en barco a Rodas y traerle la

cabeza del «exiliado», como se le conocía jocosamente. Cayo se negó, pero en cuanto Tiberio se enteró del episodio, alarmado, pidió permiso para volver a Roma. Augusto se lo denegó. Pasó un año. Tiberio siguió suplicando que se pusiera fin a su exilio. Finalmente, en el 2 d. C., se le permitió regresar a la metrópolis, aunque en términos humillantes. A pesar de que era el líder de los Claudios y el mejor general de Roma, a Tiberio se le prohibió participar en la vida pública. Cuando llegaron noticias a Roma de la muerte de Cayo, vivía en un lugar que evidenciaba que estaba apartado tanto del Senado como del servicio militar: los jardines de Mecenas.

Pero, de repente, todo cambió. Augusto se enfrentaba a una crisis potencialmente letal. La pérdida de Cayo, el joven de oro que había sido su hijo y su nieto, su «dulce burrito»,[61] era mucho más que una devastadora pérdida personal. También había arruinado sus esperanzas de sucesión. De sus cinco nietos, solo quedaban tres, y de ellos, dos eran niñas. Era cierto que Agripina, ambiciosa y de fuerte carácter, «tenía una mentalidad masculina en la que no cabían las debilidades femeninas»,[62] pero la noción de que una mujer, por capaz que fuera, gobernara el mundo, claramente no tenía sentido. Julia, su otra nieta, era un asunto totalmente distinto. Ostentosa y siempre a la última, demostraba alarmantemente que no solo se parecía a su madre en el nombre. Jactarse de poseer la casa más grande y el enano más diminuto de Roma, como ella hacía, difícilmente era la mejor forma de ganarse el corazón de su abuelo. Eso dejaba solamente a Agripa, el hijo póstumo y tocayo del gran compañero de armas de Augusto; y, efectivamente, el 26 de junio del año 4 d. C., el *princeps* lo adoptó como su hijo. El chico, sin embargo, tenía solo quince años, y Augusto, que ahora estaba dos décadas más cerca de la tumba que cuando había adoptado a Cayo y a Lucio, temía que no le quedara tiempo suficiente. A pesar de que en sus estatuas seguía pareciendo joven y sereno, tenía ya sesenta y seis años y, se mirase como se mirase, era un hombre viejo. La muerte podía llevárselo en cualquier momento. Después de lo mucho que había trabajado, no podía ni siquiera plantearse arriesgar todo lo que había conseguido dejándolo en manos de un niño. Así pues, solo quedaba un rumbo practicable. Poco después de que las noticias de la muerte de Cayo llegaran a Roma, Augusto dispuso que se concediera de nuevo

a Tiberio la *tribunicia potestas*. Entonces, junto con Agripa Póstumo, adoptó a la vez a un segundo hijo. Tiberio Claudio Nerón añadió a sus nombres el de César.

Para Augusto, este fue un compromiso muy doloroso. Cierto, en su adopción de dos herederos se apreciaban los ecos del consulado, aquella venerable institución que había garantizado durante mucho tiempo que ningún hombre detentara en solitario el poder supremo en Roma... pero eran unos ecos engañosos. Augusto comprendía mejor que nadie la auténtica naturaleza del régimen que había forjado, y conocía a Tiberio. Lo más probable era que Agripa Póstumo no fuera rival para el rocoso jefe de los Claudios. El *princeps* había tomado la decisión, y con ella, a todos los propósitos, había relegado a la segunda fila a los que llevaban su sangre. Por supuesto, no iba a reconocerlo. Públicamente, su régimen seguía siendo tan Julio como siempre. Tiberio, en virtud de su adopción, dejó de ser legalmente un Claudio. Y no solo eso: Augusto se esforzó por garantizar que los dos linajes de su hogar, el suyo y el de Livia, acabaran tan entrelazados que devinieran indistinguibles. La siempre competente Agripina fue entregada en matrimonio al sobrino de Tiberio, hijo de Druso, el llorado héroe del frente germano. Al mismo tiempo, el *princeps* obligó a Tiberio, a pesar de que este ya tenía un hijo propio, a adoptar a Germánico, que era como se le conocía en honor a su difunto padre. Los Julios y los Claudios, cuyas particularidades se habían difuminado por las adopciones y cuyas identidades se habían combinado mediante los matrimonios, compartirían un destino común. Aunque eran dos linajes antiguos y orgullosos, la gloria de Augusto ofrecía a ambos un nuevo y resplandeciente estatus. El futuro ya no era de los Julios o los Claudios; a partir de ese momento, pertenecería a una sola casa: la familia de Augusto.

O eso, en cualquier caso, era lo que se intentaba vender. Muchos tenían dudas. El propio Agripa, que era el Julio que más obviamente impedía que los Claudios monopolizaran el poder, no se hacía ilusiones y sabía lo delicado y expuesto de su situación. Joven e inexperto, no ocultó su resentimiento hacia su abuelo. Cuando llegó a la mayoría de edad, un año después de que Augusto lo adoptara, ya tenía reputación de ser hosco y agresivo. Pero la mayor amenaza para los planes del *princeps* estaba en las calles, donde el estado de ánimo rozaba la violencia. El duradero afecto hacia Julia y sus hijos se combinaba con el rechazo a las ambiciones

de los Claudios y convertía a Tiberio en una elección de heredero muy impopular. Tiberio se enorgullecía de su severidad, pues la consideraba un valor ancestral romano, pero los pobres de la ciudad lo veían como alguien altivo, frío y distante.. Los plebeyos, inevitablemente, consideraban una provocación que se concediera la *tribunicia potestas* a un hombre tan desacomplejadamente patricio. El cargo de tribuno se había creado para proteger los derechos del pueblo y, desde que había ocupado el centro de los asuntos romanos, el *princeps* había demostrado ser su protector y su amigo. Pero en ese momento, a medida que Augusto envejecía y el poder de Tiberio aumentaba, los plebeyos se sentían cada vez más inquietos. Los problemas no venían de uno en uno, como los exploradores, sino en batallones completos. Procedentes de distantes fronteras llegaban noticias de revueltas e incursiones de bárbaros. Cerdeña se perdió durante un breve período de tiempo a manos de los piratas. El dinero del presupuesto de defensa empezó a acabarse y Augusto, en un intento desesperado por tapar el agujero, se vio obligado a introducir el primer impuesto directo sobre los ciudadanos de Roma en más de un siglo y medio. Mientras tanto, el gran programa de regeneración urbana, que había dado trabajo a tantos, se ralentizó hasta detenerse por completo. Estalló una plaga. En los barrios pobres todo eran desgracias, y las fosas del *carnarium*, donde se tiraban los cadáveres y todo tipo de deshechos, se mantenían abiertas día y noche. Luego estallaron incendios en la ciudad, tan violentos que los medios de autoridades locales se demostraron insuficientes para combatirlos, y el *princeps* no tuvo otra opción que financiar un nuevo servicio de bomberos centralizado. Los *vigiles*, escuadrones de bomberos de élite, tenían carácter paramilitar tanto en su propósito como en su organización, pues se les encargó no solo apagar incendios, sino también patrullar las calles. Augusto sabía que Roma entera estaba de un humor ominosamente inflamable. Aunque peor que la plaga y los incendios fue el regreso a la ciudad de un azote que no había sufrido desde los días más oscuros del triunvirato: el hambre. Cuando era joven, Augusto fue acorralado por una muchedumbre hambrienta que casi lo hizo pedazos. Sabía lo que era mirar directamente a los ojos a unos ciudadanos famélicos. Ahora, cuando le informaron de que los graneros estaban casi vacíos, se aseguró de que todo el mundo supiera que contemplaba el suicidio.

Al parecer, muchos deseaban que cumpliera su amenaza. A pesar de que la escasez de grano se solucionó al final, la sensación de crisis

no disminuyó. Algunos incluso se atrevían a pensar lo impensable. Se decía que el gran incendio se había originado en diversos puntos de la ciudad, «pero todos el mismo día»,[63] y esto era una clara señal de que había sido provocado. Luego, durante los momentos más duros de la hambruna, aparecieron pósteres en edificios por toda Roma que pedían abiertamente el derrocamiento del *princeps.* Todos los intentos de los agentes por encontrar la fuente de esos carteles fracasaron. Concluyeron que era imposible que un solo hombre «hubiera planeado o iniciado una protesta así».[64] Sin embargo, al propio *princeps* las protestas le parecieron cualquier cosa menos espontáneas. Sospechaba que tras ellas había una conspiración. Antes, el mismo año en que había adoptado a Tiberio, ya había descubierto un complot contra su vida organizado por el nieto de Pompeyo. En esa ocasión, en una arrogante muestra de generosidad, demostró la magnitud de su desprecio llevándose al conspirador aparte, regañándolo con dureza y, luego, permitiéndole graciosamente servir como cónsul. El *princeps* podía permitirse esa generosidad. Ningún noble, ni siquiera si corría por sus venas la sangre de Pompeyo Magno, representaba una amenaza real. Sus propios colegas, a pesar de haberse visto obligados a tolerar la supremacía de la familia de Augusto, jamás tolerarían que uno de ellos se convirtiera en *princeps.*

Pero ¿y si la conspiración procedía de la propia familia de Augusto? Ahí, y Augusto lo sabía perfectamente, era donde radicaba la auténtica amenaza. Con el sufrimiento que le provocaba la crisis económica y los esfuerzos que hacía para combatir las desgracias que repetidamente sacudían Roma, al *princeps,* cada vez más neurótico con el paso de los años, no le quedaba paciencia para su familia. Cuando se descubrieron pruebas que implicaban a Agripa Póstumo en la traición, el *princeps* perdonó al noble implicado en el complot pero aplastó a su propio nieto. Agripa fue desheredado formalmente, se le obligó a exiliarse de Roma y luego lo desterraron a una isla remota frente a Córcega llamada Planasia, donde una nutrida guardia militar lo custodiaría. Todas sus propiedades pasaron a manos del tesoro militar. Se dejó de mencionarlo como miembro de la familia de Augusto: se convirtió en una no persona.* El propio Augusto no volvió a

* Véase, por ejemplo, un arco construido en Ticinum, en el norte de Italia (en la moderna Padua) entre los años 7 y 8 d. C. que celebraba a la familia de Augusto con diez

hablar de su nieto más joven, excepto para referirse a él y a su madre Julia como dos úlceras, dos pústulas.

Y pronto le saldría una tercera. En el año 8 d. C., una década después de la caída en desgracia de Julia, estalló la noticia de un escándalo extrañamente similar. Su hija y tocaya, que ya era célebre por su libertinaje y su gusto por los enanos, fue declarada culpable de adulterio. Así, un tercer familiar de Augusto fue exiliado a una isla desierta. Y lo mismo que pasó con Julia la Mayor, sucedió con la Menor. Entre el torbellino de insinuaciones y cotilleos de fechorías sexuales circulaban susurros de delitos mucho más graves. Los rumores, siempre confusos y contradictorios, apuntaban a un intento de golpe de Estado. Se decía que se había organizado una conspiración para traer de su destierro a Julia la Mayor y a Agripa Póstumo. Ejércitos enteros esperaban su llegada. En el ínterin, Augusto debía ser asesinado en el Senado. Era imposible clarificar con exactitud lo precisos que eran los detalles de esta conspiración o cómo podrían haber encajado. En cualquier caso, equipos de obreros fueron a derribar el complejo de palacios que conformaban la casa de Julia la Menor y guardias armados esperaban para ejecutar al bebé al que debía dar a luz, así que está claro que el cargo de adulterio ocultaba tanto como revelaba. Fue muy significativo, por ejemplo, que el marido de Julia, que supuestamente era la parte ofendida, fuera ejecutado como un criminal.[65] Es posible que tampoco fuera una coincidencia que otro hombre, muy celebrado por su capacidad para irritar al *princeps,* recibiera también un golpe casi igual de devastador. Julia no fue la única en ser condenada al exilio en el 8 d. C., un año trascendental.[66]

Verse confinado en la isla de Elba fue una calamidad para Ovidio. Planasia, donde languidecía el desdichado Agripa Póstumo custodiado por guardas armados, se veía desde allí como una mancha azul sobre el horizonte; un lúgubre recuerdo de la vengativa ira de Augusto. Y no es que Ovidio necesitara muchos recordatorios. Ya estaba hasta el cuello de problemas. Cuando llegaba un barco del continente, las noticias que traía eran tan malas que hacían que se echara a llorar. Al principio dudó entre confesar o negarlo todo, pero finalmente se vino abajo y se lo reveló todo al amigo con el que estaba. La ira del *princeps,* que Ovidio llevaba

---

estatuas, entre las que estaban los difuntos Cayo y Lucio. El hermano menor de estos brilla por su ausencia.

demasiado tiempo tentando, de desató finalmente. Su guía de seducción, en la que aconsejaba a las mujeres sobre cómo engañar a sus maridos y en la que alababa irónicamente al difunto Cayo como favorito de los dioses, se seguía leyendo entre los círculos de ciudadanos que marcaban tendencias y todavía provocaba sonrisas entre los más modernos: una gesta de lesa majestad por la que, al parecer, finalmente se le hacía pagar al autor. Pero eso no era todo. ¿Qué había hecho exactamente Ovidio? ¿Cuál era el «error»[67] que ahora amenazaba con arruinarlo? Nunca lo diría públicamente, pero sí dio algunas pistas. Su falta había sido tal que resultaba peligroso mencionarla en público. Había visto algo que no debía, «una ofensa mortal».[68] Fuera lo que fuera lo que presenciara, bastó para que sobre él cayera «la muy merecida ira de César».[69] En el contexto tenso y plagado de escándalos de aquel año fatídico solo hubo un episodio que bastase para explicar una furia de ese calibre. Ya fuera por accidente o como resultado de la imprudencia, Ovidio había acabado claramente succionado por el torbellino de la rivalidad más letal de Roma: la lucha entre los Julios y los Claudios por el dominio del mundo.[70]

Cuando Ovidio subió a bordo del barco hacia Elba y se despidió de su huésped, fue la última vez que los dos amigos se verían. Ese diciembre, «temblando por el estremecedor frío», el poeta subió a otro barco «y se adentró en las aguas del Adriático».[71] Pero Ovidio no haría un corto viaje desde la isla a la costa de Italia. Augusto, que se había entrevistado personalmente con el desesperado y arrepentido poeta antes de decidir su fin, escogió un destino muy distinto para él. A Ovidio, el hombre más urbano y a la última de Roma, le esperaba la prisión más terrible que alguien como él pudiera imaginar.

Aquel barco lo llevaría a los confines del mundo.

El corazón de las tinieblas

«Nada hay más allá, excepto frío y pueblos hostiles, y las gélidas olas de un mar helado».[72]

Muy a su pesar, Ovidio acabó en Tomis. Desde luego, aquel no era el tipo de ciudad que le gustaba. Fundada siglos antes por colonos griegos en la desolada costa del mar Negro y azotada a menudo por galernas, se encontraba en una de las fronteras más lejanas del poder romano. A pesar

de que Ovidio exageraba de forma grotesca al quejarse de que Tomis vivía en un invierno perpetuo, el hecho de que tuviera veranos agradables no contribuía a mejorar su estado depresivo.* Era difícil imaginar un sitio más distinto de Roma. El agua era salobre; la comida, horrible. Nadie hablaba latín, e incluso el griego que hablaban los tomistas resultaba incomprensible para Ovidio. Rodeado por páramos desiertos de árboles, los placeres de la capital del mundo relucían en su memoria como si fueran alucinaciones. «Aquí», reflexionó con nostalgia, «el bárbaro soy *yo*».[73]

Para Ovidio, el hombre más moderno de Roma, encontrarse entre provincianos que ni siquiera eran conscientes de serlo resultó una conmoción. Dentro de las bajas y ruinosas fortificaciones de Tomis, no había nadie que pudiera compartir con él la angustia y la nostalgia que sentía por haber abandonado el entorno chic de la metrópolis. Más allá de esas murallas, las cosas eran todavía más salvajes. El Danubio, que estaba a unos ciento diez kilómetros al norte, aparecía dibujado en los mapas de César y sus estrategas como una inmensa frontera natural, un ancho y fluido obstáculo para los salvajes que vivían más allá de él; pero sobre el terreno, las cosas eran alarmantemente distintas. Durante el invierno, incluso el mar frente al delta se helaba en ocasiones, y el río se congelaba por completo. Entonces, montados en rápidos ponis, con las barbas blancas por la escarcha, los bárbaros de las estepas al otro lado del Danubio descendían sobre Tomis como depredadores despiadados. Las columnas de humo que se elevaban sobre el horizonte sin sol señalaban las aldeas que habían incendiado y dejado llenas de cadáveres retorcidos, víctimas de las flechas envenenadas, mientras que a los supervivientes se los llevaban atados junto con cuanto poseían. En sus pesadillas, Ovidio se imaginaba esquivando esas flechas o encadenado, marchando en una fila de esclavos, y luego despertaba y encontraba los tejados cubiertos de flechas como si fueran púas de un erizo. Al contemplar las partidas de guerreros bárbaros que rodeaban las murallas de Tomis, se sentía atrapado en un corral de ovejas. Roma no solo parecía distante, sino impotente. «A pesar de todas sus bellezas, la gran mayoría de la humanidad apenas sabe de su existencia». Para un hombre tan devoto de la metrópolis como Ovidio, aquello fue todo un descubrimiento devastador. «No temen el poder de las armas romanas».[74]

* La ciudad de Constanza, que es como Tomis se conoce hoy en día, es uno de los lugares de veraneo más populares de Rumanía.

Pero había algo todavía más preocupante. Cuando Ovidio contemplaba a los tomistas veía a un pueblo que apenas se podía distinguir de los bárbaros que tenían frente a sus puertas. Los hombres vestían pantalones de piel de oveja y eran inefablemente hirsutos; las mujeres transportaban jarras de agua sobre la cabeza. Nadie en Roma vivía de ese modo desde hacía siglos. Cuando gozaba de la áurea sofisticación de su vida anterior, Ovidio se había reído de la nostalgia que sentía el *princeps* por los días de Rómulo, y había considerado a los primeros romanos poco más que asesinos, violadores y brutos. Ahora, trasplantado en los confines del mundo, se sentía no solo como si lo hubieran exiliado en el espacio sino también en el tiempo, a un pasado lejano. En la frontera entre la civilización y la barbarie, Ovidio se vio en un reino donde los hombres parecían estar a medio camino de los animales... o de algo todavía peor. Eran, protestó, «más salvajes que los lobos».[75] Varado en los márgenes del poder romano, fijaba la vista en la oscuridad que se extendía fuera de este y sentía su inmensidad, su potencia, su colosal desdén por todo lo que él era. Al escuchar el griego degenerado que hablaban sus vecinos en la ciudad, no resulta sorprendente que empezara a preocuparse por perder su latín. También en los romanos acechaba un potencial para la barbarie. Después de todo, al fundador de la ciudad lo había amamantado una loba. En otros tiempos, donde ahora había fuentes públicas y columnatas que daban sombra a hombres modernos, los romanos habían «vivido como animales».[76] Como bien sabía Ovidio, también Roma había formado parte de la oscuridad que contemplaba en ese momento.

Sin embargo, quizá solo en los márgenes de la civilización, lejos de los antros de perdición de la capital, un hombre podía apreciar de verdad lo mucho que habían avanzado los romanos desde aquellos distantes días, y también las cualidades que habían hecho posible su ascenso y grandeza. A Ovidio, exiliado en «una zona fronteriza que solo recientemente, y de forma precaria, había sido sometida al imperio de la ley»,[77] el *princeps* le restregaba en su metrosexual hocico un hecho brutal. Las artes de la paz no podían darse sin un dominio absoluto de la guerra. En último término, lo que distinguía a un hombre civilizado de uno salvaje no era ni un buen sistema de alcantarillado ni los templos de mármol, ni mucho menos el gusto por la poesía, sino el acerado coraje: el necesario para estar escudo junto a escudo en la primera línea

de batalla y avanzar. Por mucho que un romano fuera criado por una loba, su maestría en la masacre no era la de una bestia salvaje. El adiestramiento, rígido e implacable, lo había forjado hasta convertirlo en un eslabón de una poderosa cadena. A un soldado no se le permitía casarse: sus camaradas eran todo lo que tenía. Una legión no era una manada de animales, sino una máquina de matar. Los soldados adoraban a Marte como *Gradivus,* el dios que les daba el valor para avanzar con pasos muy medidos, obedeciendo los toques de la trompeta de guerra y despreciando el peligro. Contra su implacable y poderosa amenaza había pocas posibilidades de victoria. Lo más probable es que incluso la partida de guerra más salvaje y sedienta de sangre acabara por venirse abajo y quebrase cuando cargaba contra una legión. A diferencia de los salvajes del otro lado del Danubio, «que siempre descendían como pájaros cuando menos se los esperaba»,[78] un ejército romano estaba entrenado para resistir. A los soldados se los adiestraba para que, pasara lo que pasara, destriparan a un enemigo, avanzasen y luego, cubiertos de sangre, destriparan al siguiente. De no haber sido así, su capacidad para masacrar a aquellos que se atrevían a oponerse a ellos nunca habría sido tan demoledora. «La disciplina, la estricta disciplina militar, es la mejor guardiana del poder romano».[79]

De ahí derivaba todo: el negarse a ceder o rendirse cuando sufrían reveses; la obstinación por conseguir la victoria, por difícil que fuera; la paciencia para perseverar ante repetidas derrotas o revueltas. Cuando el poeta llegó a Tomis, los Balcanes no eran el lugar desolado y amenazador que Ovidio imaginaba, sino que estaban a punto de ser definitivamente pacificados. El proceso había sido largo y agotador. Habían pasado muchos años desde que el futuro Augusto, en busca de gloria marcial, proclamase la pacificación de Iliria y desde que Craso, una década después, derrotase a los bastarnianos. Los mayores logros los había conseguido Tiberio, quien, en los años anteriores a su retiro a Rodas, había sometido lo que hoy es Hungría, entonces una región indomable infestada por jabalíes salvajes y tribus más salvajes todavía. Los panonios, que era como se conocía a los habitantes de la región, se demostrarían inveteradamente rebeldes. En el año 6 d. C., focos dispersos de rebeldes se unieron y provocaron una aterradora revuelta a gran escala. Asesinaron a mercaderes, masacraron asentamientos aislados e invadieron Macedonia. Frente a una insurgencia tan arrolladora, incluso el *princeps* fue presa del pánico. Ad-

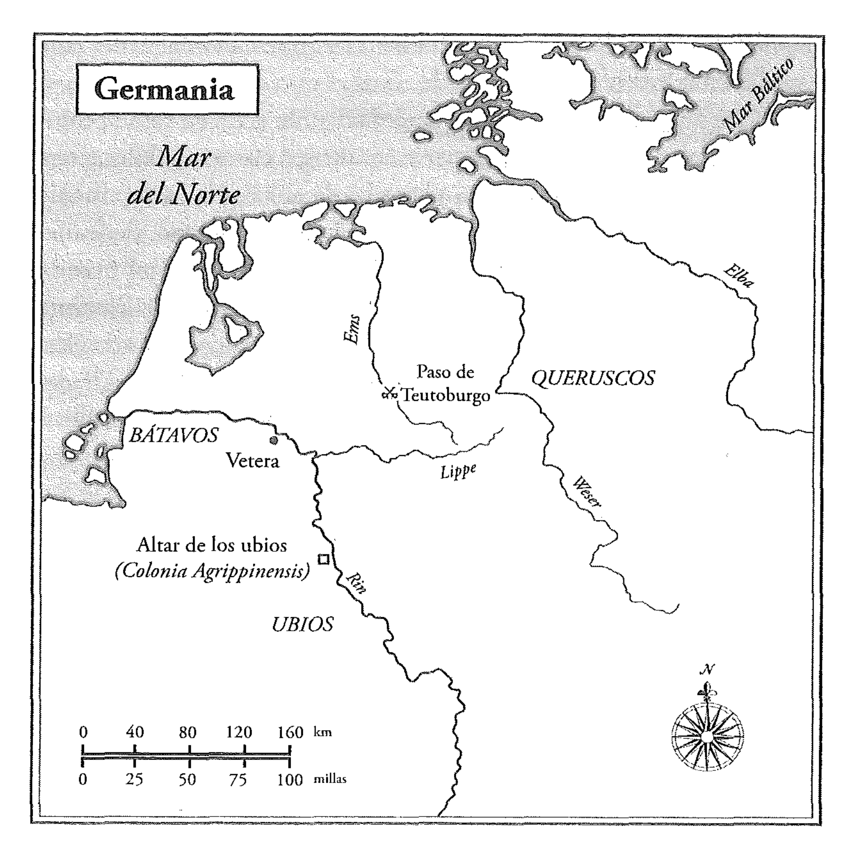
virtió al Senado con un tono muy nervioso que, a menos que se tomaran medidas de forma inmediata, los panonios estarían a las puertas de la ciudad en diez días. Afortunadamente, el mejor general de Roma había regresado de Rodas y volvía a estar al mando. Tiberio, paciente e implacable, tenía el temperamento ideal para aplastar a un enemigo que combatía como una guerrilla. Siempre atento al bienestar de sus hombres y a los riesgos de emboscadas, hizo oídos sordos a las histéricas exigencias que llegaban desde la capital para que consiguiera resultados inmediatos. Los resultados llegaron paulatinamente y con constancia. «El rumbo más prudente, en opinión de Tiberio, era el mejor».[80] Semana a semana, mes a mes, quebró a los panonios. Su rendición final se produjo en el 8 d. C., una postración en masa ante el general victorioso a la orilla de un río. El año siguiente, mientras Ovidio se quedaba boquiabierto y alarmado al ver por primera vez a los bárbaros, se incendiaban y masacraban los últimos reductos montañosos de la rebelión en los Balcanes. Después de que el joven Germánico, a quien se concedió su primer mando, se demostrara tan incompetente como encantador, Tiberio en persona dio el golpe de gracia. La pacificación se había completado. Una enorme franja de territorio que se extendía desde el mar Negro al Adriático y desde Macedonia hasta el Danubio quedó asegurada definitivamente. Tiberio se merecía con creces la gratitud de su *princeps* y la aprobación de sus conciudadanos. «Victoria, con sus alas batiéndose como siempre sobre el gran general de Roma, coronó su reluciente cabello con sus laureles».[81]

Pero todavía quedaba trabajo por hacer. Ovidio no era el único en señalar que los bárbaros más allá del Danubio eran perfectamente capaces de negociar el inmenso cauce de sus aguas. Incluso la más formidable frontera natural podía cruzarse. Para aquellos cuyo deber era defender la frontera, las implicaciones eran a la vez tentadoras y preocupantes. Los romanos seguían jactándose de que nunca conquistaban solo por conquistar. No libraban guerras por avaricia ni por sed de sangre, sino para salvaguardar el honor de su ciudad y los intereses de sus aliados. De hecho, habían sometido al mundo en defensa propia. Por ello, en opinión de un estadista romano, «nuestro dominio global debería más bien considerarse un protectorado».[82] ¿Acaso los cielos habrían permitido que sucediese si fuera de otro modo? Desde luego, esta era una pregunta meramente retórica. Claramente, el mundo había quedado, hasta sus extremos más lejanos, bajo el tutelaje de Roma por

su propio bien. La larga y gloriosa época de paz presidida por Augusto descansaba, según había declarado con orgullo él mismo, sobre «el sometimiento de todo el orbe al poder del pueblo romano».[83] En la práctica, por supuesto, como sabían todos aquellos que posaban la mirada al otro lado del Danubio, todavía quedaba bastante tierra que no estaba bajo el gobierno de Roma. Pero la élite romana daba por sentado que acabaría por gobernar también lo que quedaba y que, con ello, no solo se beneficiarían los conquistadores, sino también los conquistados. Los impulsos combinados de la ambición y la responsabilidad, por no hablar de la obediencia a la evidente voluntad de los dioses, urgían a continuar con la expansión. En juego estaba el mayor premio imaginable: un «*imperio sin límites*».[84]

Lo que esto quería decir en la práctica era mucho más evidente al otro lado de la corriente de un río casi tan ancho y formidable como el propio Danubio: el Rin. Cuando Augusto, en busca de concitar el favor del dios de la guerra, erigió un templo en su orilla occidental, colocó en el santuario, en una formidable declaración de intenciones, la espada de Julio César. La conquista de la Galia, que había conseguido drenar un gran pozo de pestilente barbarie, era el modelo obvio a seguir. Al pacificar los extremos occidentales del Rin, el propio César había reconocido que no podía permitirse dejar la orilla oriental a su libre albedrío. En dos ocasiones había cruzado el río y en dos ocasiones había dado a los germanos que acechaban al otro lado una punitiva muestra del poder de Roma.* Décadas después, adoctrinar a las diversas tribus del otro lado de la frontera seguía siendo una tarea tan necesaria como siempre. La Galia no podía vigilarse adecuadamente, y mucho menos convertirse en el cuerno de la abundancia que prometía ser, si los salvajes no dejaban de hacer incursiones en ella desde el otro lado del Rin. Roma lo comprendió de forma vergonzosa en el 17 a. C., cuando Marco Lolio, el futuro guardián de Cayo, se encontró accidentalmente con una partida de guerra germana y perdió una de sus águilas. Según quién la contase, esta derrota había sido un leve contratiempo, rápidamente rectificado por el propio Lolio, o un golpe demoledor contra el prestigio romano, casi a la par con la derrota de Craso. Fuera cual fuera la verdad sobre el incidente, el

* No hay ninguna evidencia de que los «germanos» se vieran a sí mismos como un grupo de tribus con identidad común ni que concibieran las tierras al este del Rin como un lugar llamado «Germania».



princeps, siempre tan precavido y tan determinado, decidió adoptar una solución más proactiva para hacer frente al problema de los germanos. Viajó personalmente al norte de los Alpes y puso en marcha una serie de trascendentales políticas. Para recaudar impuestos de forma más efectiva en la Galia, se sometió a la provincia a un intrusivo censo. Se construyó una ceca, protegida por un escuadrón de élite de mil paramilitares, en la recién fundada colonia de Lugdunum, la futura ciudad de Lyon. El oro y la plata, acuñados en cantidades prodigiosas y luego cargados en carros y transportados hacia el norte por una red de carreteras cada vez más grande, otorgaron una fuerza prodigiosa a la presencia romana en Occidente. Los espasmos de resentimiento de la Galia habían sido sofocados de forma brutal; se había construido una cadena de seis fortalezas a lo largo del Rin donde se habían acantonado legionarios, y Augusto había dado permiso para cruzar el río y embarcarse en la pacificación de

la propia Germania. Se avecinaba una gesta tan terrible como cualquiera que hubieran logrado en su historia las armas romanas: conquistar para la civilización los confines del mundo.

«Hace falta valor para avanzar entre las sombras de un reino prohibido».[85] Druso, en su última campaña, se adentró cientos de kilómetros al este del Rin, pero cuando llegó a la orilla de una segunda imponente barrera natural, un río llamado Elba, un espíritu en forma de mujer colosal se materializó ante él y le prohibió cruzarlo. Todo el mundo sabía que en las tierras del norte habitaban fantasmas y espeluznantes monstruos. En los sombríos bosques que cubrían grandes áreas de Germania merodeaban criaturas gigantescas semejantes a toros y entidades misteriosas conocidas como alces, que carecían de tobillos o rodillas; bajo las heladas aguas del mar que bañaba esas aguas —que se retiraba y avanzaba dos veces al día, arrancaba robles a su paso y se tragaba llanuras enteras con sus mareas— relucía «la silueta de enigmáticos seres, mitad hombres y mitad bestias».[86] De la misma manera que Ovidio, que observaba con desconfianza a los tomistas, los había señalado como licántropos, también en las salvajes extensiones de Germania, la frontera entre lo animal y lo humano se confundía, en ocasiones de forma todavía más inquietante. Los eruditos romanos que habían estudiado de cerca las costumbres germanas decían que los caudillos germanos que deseaban consejo político solían consultar a un caballo. Además, «la gran estatura de los germanos, sus fieros ojos azules y rojos cabellos»[87] revelaban una naturaleza apenas menos bestial que la de los osos con zarpas de hierro que corrían por las laderas de las montañas. No se podía luchar contra la geografía. Las ciénagas y árboles de Germania subsistían bajo una perpetua llovizna, y los germanos eran engendros de su entorno. Los dioses, que amablemente habían dotado a Roma con un clima ideal para el crecimiento de una gran ciudad, habían condenado a los habitantes del frío norte a un atraso que era a la vez letárgico y feroz, aburrido y desmesurado. Por su paisaje, su clima y sus gentes, Germania era irremediablemente salvaje.

¿O no lo era? Al fin y al cabo, se podría haber dicho más o menos lo mismo en otros tiempos de los galos. Los malos recuerdos que despertaban en Roma se remontaban mucho tiempo atrás. En el 390 a. C. una horda gala había irrumpido en Italia, aniquiló a seis legiones completas y saqueado la misma capital. Solo gracias a las conquistas

del padre divinizado de Augusto, la Galia había dejado de ser un lugar que temer. Ahora, cincuenta años después, grandes cambios estaban a punto de suceder al otro lado de los Alpes. El gobierno romano había llevado un modo de vida distinto a gente en otros tiempos célebre por sus pantalones y sus bigotes grasientos, por sus peleas de borrachos y por su gusto por coleccionar cabezas. Los nietos de los caudillos que se habían lanzado medio desnudos contra las legiones invasoras ahora vestían toga y se alegraban de llamarse «Julio». En lugar de beber vino indiscriminadamente, estaban desarrollando un gusto por los mejores *grands crus* italianos y orientales, y quizá —lo que era todavía más notable— empezando a plantar algún que otro viñedo por su propia cuenta. Y lo más prometedor de todo era que, dispersas por un paisaje en el que anteriormente solo había habido aldeas y rudimentarias empalizadas en la cima de las colinas, empezaban a aparecer ciudades: islas de civilización, con sus espectaculares monumentos y calles bien planificadas y trazadas. Augusto, que había llevado los frutos de la paz a sus conciudadanos, también se los había brindado a los galos. Uno tras otro, los nombres de las ciudades que se fundaban eran una muestra de la gratitud de los galos: Augustodurum y Augustomagus, Augustobona y —solo para variar— Caesarobona. El más asombroso de todos los monumentos de la Galia al *princeps* lo construyó Druso en Lugdunum, donde se inauguró en el año 12 d. C. un altar en honor a Roma y a Augusto, completo con una doble rampa y dos grandes estatuas aladas de Victoria.[88] En un terreno neutral y una ciudad que servía como centro del sistema provincial de carreteras, el altar constituía un foco de lealtad para toda la Galia. Nobles de más de sesenta tribus distintas acudieron a su inauguración. Como su primer sumo sacerdote se escogió a un hombre cuyo nombre, Cayo Julio Vercondaridubnus, expresaba perfectamente en su fusión de lo nativo con lo romano el emergente nuevo orden mestizo. Algo sorprendente empezaba a vislumbrarse: un futuro en el que los galos, quizá, ya no serían considerados en absoluto bárbaros. «Esclavizados como lo han sido, y viviendo como sus captores les han enseñado a vivir, ahora todos ellos están en paz».[89]

Y, si se había conseguido con los galos, ¿por qué no con los germanos? Desde luego, el alto mando romano daba por sentado que, cuanto más se alejaran de la civilización en sus conquistas, más salvajes y obstinados serían sus oponentes; pero las dos décadas y media de campañas

al otro lado del Rin daban fundados motivos para la esperanza. Por supuesto, la prioridad con respecto a los bárbaros había sido la misma de siempre: demostrar que la resistencia era inútil. Año tras año, en la temporada de campaña, columnas de legionarios marchaban al este desde sus cuarteles de invierno. Enfrentadas a la sofisticación y al acero de las operaciones militares romanas, la mayoría de las tribus germanas acabaron por someterse groseramente. Una de ellas, la más feroz de todas, incluso donó a Augusto como muestra de su amistad el objeto más precioso que poseían, un gran caldero de bronce consagrado por la sangre derramada por las gargantas abiertas de sus prisioneros. Sobra decir que toda oposición fue aplastada inmediata y despiadadamente. Al enfrentarse a una de las tribus que supuestamente había robado el águila de Lolio, Tiberio capturó con frialdad a sus cuarenta mil miembros y los desterró al otro lado del Rin. Sin embargo, las deportaciones fueron lo de menos. Las masacres y la captura masiva de prisioneros se utilizaron para restregar a los germanos la brutal superioridad del poder romano. El mismo paisaje acabó por llevar la estampa de los invasores. Se cavaron canales en las húmedas llanuras; se despejaron carreteras a través de los bosques; se colocaron pontones sobre los pantanos. Incluso el poderoso Elba, por mucho que hubiera resistido ante las ambiciones de Druso, fue derrotado al final. No apareció ninguna mujer espectral cuando otro ejército romano llegó a su orilla casi una década después. A su cabeza cabalgaba un hombre llamado Lucio Domicio Enobarbo, o «Barba de bronce»: un legado que compensaba con creces su notoria crueldad y arrogancia por el hecho de estar casado con Antonia, la mayor de las dos sobrinas del *princeps.* Enobarbo cruzó el Elba, una gesta histórica. Según los cálculos de los mejores cartógrafos de la época, se creía que el río estaba casi a la misma distancia de China que del Atlántico. Al obligar a las tribus más allá de su orilla oriental a reconocer la autoridad de Roma, Enobarbo hizo que el embriagador sueño de dominar el mundo pareciera mucho más cerca de hacerse realidad. Con los germanos pacificados para siempre, ¿quién se atrevería a oponerse a la marcha de Roma hacia el mar Oriental?

Al padre divinizado del *princeps* le había llevado diez años someter a toda la Galia; hacia el 9 d. C., los ejércitos de Augusto llevaban operando en Germania más del doble de ese tiempo. Enobarbo, antes de dejar el Elba y regresar a la seguridad de sus cuarteles de invierno, erigió en

su orilla oriental un altar a Augusto. Era el segundo de tales monumentos que había construido durante su cargo. El primero, levantado en el extremo opuesto de Germania, estaba en la orilla occidental del Rin, en las tierras de la tribu de los ubios, que habían sido fieles aliados de Roma desde tiempos de Julio César. Al enmarcar el enorme territorio que los separaba, los altares gemelos eran un gran símbolo de la creciente confianza de Augusto en que las tierras que durante tanto tiempo habían sido una zona de guerra estaban preparadas por fin para convertirse en una provincia. El botín era espectacular, potencialmente mucho mayor de lo que se había pensado en un principio. Resultó que Germania ofrecía mucho más que pantanos y bosques. Había también tierras agrícolas muy ricas, yacimientos de hierro, plumón de gran calidad y una curiosa sustancia fabricada con grasa de cabra y cenizas que los nativos denominaban «jabón». Cuando se introdujo esta última novedad en Roma, la alta sociedad se hizo adicta a ella. En una ciudad que siempre había valorado el cabello rubio, quizá no podía haber sido de otra manera. Usado en la proporción adecuada, ese milagroso producto era capaz de dar un brillo dorado incluso al cabello más aburrido. Pero los que estaban siempre a la última tenían que ir con cuidado y no pasarse: se sabía que un uso excesivo había hecho que, en unas pocas calamitosas ocasiones, alguna mujer se quedara calva. Y para solucionar eso, el remedio también era una exportación germana. En los días felices previos a su exilio, Ovidio se había regocijado del impacto que la conquista de Germania había tenido en el potencial atractivo de las mujeres con las que salía. «Envía a por los mechones de los prisioneros germanos», aconsejó el poeta a una amante después de un desafortunado incidente con el tinte del cabello. «Quedarás espléndida, adornada con el tributo esquilado a todas esas víctimas de nuestros triunfos».[90]

Sin embargo, por mucho que se valoraran las pelucas de cabello caoba, la auténtica riqueza de Germania no se hallaba en la melena de sus mujeres, sino en los brazos armados de sus hombres. Igual que una bestia salvaje adiestrada para servir a propósitos humanos, un bárbaro al que se hacía reconocer la superioridad romana podía, si se lo manejaba con cuidado, ser entrenado en los requisitos de la disciplina militar. Al combinar este adiestramiento con su músculo y ferocidad nativas, el resultado no podía ser sino sensacional. El patronazgo del propio Augusto dejó ver hasta qué punto era, desde luego, impresionante. El *princeps,* que

podría haber reclutado a guerreros de cualquier lugar del mundo para formar su guardia personal, optó por los germanos. La nostalgia de los días más simples de la época de Rómulo lo predisponía a reconocer en aquellos peludos primitivos ciertas virtudes que le agradaban. Puede que fueran salvajes, pero eran salvajes nobles. Carecían de las ventajas de la civilización, pero también de sus degeneraciones. «En Germania, a nadie le parece que el vicio sea algo que tomarse a broma».[91] Allí, según se informaba, se castigaba a una adúltera rapándole la cabeza y azotándola mientras cruzaba todo su pueblo desnuda. Un instinto tan robusto como este, si se ponía al servicio de Roma, prometía grandes beneficios.

Los ubios, con su largo historial de lealtad, habían servido junto a las legiones desde tiempos de Julio César; pero la creciente magnitud de las operaciones en el este exigió alistar a miembros de otras tribus de Germania como auxiliares. Una de estas tribus, un pueblo conocido como los bátavos, guerreros de excepcional destreza que habitaban los llanos humedales de la desembocadura del Rin, fue alistada en bloque. Otras tribus, menos susceptibles a las lisonjas romanas, fueron objeto de un reclutamiento más selectivo. Cuando poco antes de partir a Panonia, Tiberio siguió los pasos de su hermano y lideró una expedición anfibia en el Elba, se aseguró de seducir a las élites de las tribus que encontraba en su camino con cargos, concesiones de ciudadanía y prestigiosos mandos. Durante las convulsiones traumáticas de la revuelta en Panonia, el resultado fue muy positivo para Roma. En los Balcanes, los contingentes germanos sirvieron a Tiberio bien y con lealtad. Mientras tanto, en la propia Germania, las tribus permanecieron en paz. No hubo ningún intento de capitalizar el hecho de que Roma estuviera distraída en otro teatro de operaciones. Parecía que el instinto del *princeps* había sido el correcto. Se había ganado Germania para la civilización. Estaba lista para recibir leyes, un censo e impuestos. En suma, lista para convertirse en una provincia.

En el año 9 d. C., mientras Tiberio pacificaba a sangre y fuego los Balcanes, los viajeros que recorrían la frontera norte se encontraban con un panorama muy distinto. El Rin era más una gran autovía que una frontera. Desde luego, las señales de la presencia militar romana eran visibles por todas partes: había grandes bases para los legionarios, almacenes con suministros y barcos cargados con máquinas de guerra remontaban el río. Pero no todo el tráfico fluvial era militar. Los barcos

transportaban grano además de tropas y barriles de vino además de caballos. Aunque la mayoría de estos productos tenían como destino las cantinas de los aproximadamente sesenta mil soldados que formaban la fuerza de ocupación, una gran parte no era para ellos. Al igual que en la Galia, también en Germania las autoridades provinciales estaban deseosas de que los nativos probasen el modo de vida romano. En el territorio de los ubios, el altar a Augusto erigido por Enobarbo se estaba convirtiendo poco a poco en un equivalente a Lugdunum, un centro de culto y una capital al mismo tiempo. Franjas de cemento empezaban a salpicar la orilla del río. Incluso más allá del Rin, en los deprimentes territorios en los que a los hombres les parecía normal lucir moños y vestir pantalones ajustados y en los que las mujeres se vestían con pieles de animales con generosos escotes, no todo era ya cañas y barro. Los escasos refugios de la barbarie se construían con mucho esfuerzo y cuidado. A más de ochenta kilómetros al este del Rin, era posible que los viajeros encontraran una muestra de vida urbana: eran asentamientos toscos y a medio construir, cierto, pero tenían agua canalizada, bloques de pisos y estatuas de Augusto.* Claramente, si se podía construir un foro de piedra entre los bosques de Germania, es que podía construirse un foro en cualquier parte del mundo. El futuro parecía brillante. «Los bárbaros, al fundar ciudades y adaptarse a un estilo de vida totalmente nuevo, iban camino de convertirse en romanos».[92]

Naturalmente, algunas regiones seguían siendo más seguras que otras. Durante los últimos veinte años, ya desde la época de Druso, la ruta más segura para las legiones que se adentraban en el corazón de Germania era la que seguía un río llamado Lippe. El Lippe fluía hacia el oeste y desembocaba en el Rin, y sus aguas proveían a las comunicaciones fluviales romanas de un fácil acceso a los puntos vitales del territorio bárbaro. La misma espinada serie de campamentos y depósitos de suministros que señalaban la frontera con la Galia se hallaba en esos momentos a lo largo del curso del Lippe. El avance a lo largo de sus orillas ya no era necesariamente para las fuerzas de ocupación una marcha al corazón de las tinieblas. Las autoridades provinciales contaban ahora con simpatizantes en las propias tribus que las ayudaban en el proyecto

* El descubrimiento clave para demostrar la magnitud de la ambición del urbanismo romano al este del Rin se realizó a finales de la década de 1990, en Waldgirmes, a unos cien kilómetros más allá del río, en el Estado de Hesse.

de pacificación. Por ejemplo, al norte del Lippe, estratégicamente situadas a medio camino entre el Rin y el Elba, estaban las tierras de un pueblo conocido como los queruscos. Aunque se habían demostrado rebeldes durante los primeros años de la presencia romana en Germania, Tiberio acabó por someterlos definitivamente. Sus caudillos, como muchos otros, fueron seducidos y reclutados como auxiliares. El servicio junto a las legiones les brindó un curso intensivo en cultura militar romana. Un típico ejemplo de esta colaboración fue un joven caudillo llamado Arminio, que regresó a su hogar tribal hablando latín perfectamente y colmado de honores por los romanos. No solo era ciudadano romano, sino que había alcanzado el rango de ecuestre. «Curtido en la batalla, ingenioso y con una inteligencia muy por encima de un bárbaro normal»,[93] Arminio estaba idealmente cualificado para servir a las autoridades provinciales como sus ojos y sus oídos en lo más profundo de las ancestrales tierras tribales. Arminio había sido adiestrado en el *modus operandi* de las legiones. Sabía cómo pensaban sus comandantes. Comprendía su ambición de intensificar el dominio de Roma en aquellas zonas en las que todavía era tenue. En consecuencia, cuando informó a las autoridades locales de que se cocía una revuelta en las tierras del norte de Germania, donde las legiones penetraban solo esporádicamente, se le escuchó con atención. Lo mejor era erradicar las rebeliones antes de que cobraran fuerza. Aunque el verano llegaba a su fin, no se tardó en ordenar a tres de las cinco legiones acantonadas en Germania que aplastaran a los insurgentes. Los legionarios partieron de inmediato. Avanzaron por caminos que ingenieros militares habían despejado hacía tiempo y, al principio, nada ni nadie obstaculizó el avance de esta fuerza expedicionaria. Vista desde la distancia, habría parecido más bien alguna especie de monstruosa bestia depredadora que no una columna de hombres, caballos y carros. Como una serpiente, reptaba y relucía, pero la misma tierra se estremecía a su paso.

Al mando estaba el hombre que había dado la orden a las legiones. Publio Quintilio Varo, el legado de Augusto en la región, era un hombre con experiencia en sofocar incendios de este tipo. Una década antes, al encontrarse con una serie de rebeliones judías como gobernador de Siria, había demostrado estar perfectamente a la altura del desafío. Sin embargo, no era su habilidad como general el principal motivo por el cual el *princeps* lo había escogido. Augusto, que siempre ponía exquisito cuidado

al decidir a quién entregaba el mando de cinco legiones, confiaba en Varo porque era su criatura: un hombre que había estado casado con una de las hijas de Agripa y luego con su propia sobrina nieta. Pero incluso esas consideraciones no habrían contado para nada si Varo no hubiera demostrado también, a lo largo de toda su carrera, una impresionante competencia en los diversos deberes que se esperaban de un gobernador provincial: la garantía de la seguridad interna; la administración de justicia y el cobro de impuestos a los nativos. Estos, en opinión de Augusto, eran precisamente los talentos que se necesitaban con urgencia en la provincia a medio formar más allá del Rin. Tras décadas en las que los líderes romanos solo se habían mostrado ante los germanos a la cabeza de un ejército, Varo comenzó a ofrecer un atisbo de algo más. Al fin y al cabo, la paz también tenía sus propios atributos impresionantes. La toga, los lictores y los fasces también ayudaban a persuadir a los bárbaros de que pagaran los impuestos y obedecieran las leyes romanas. Sí, Varo no dudaría en aplicar una fuerza militar arrolladora cuando fuera necesario, pero su intención, en ese momento en que Germania había sido conquistada, no era solo ganar la guerra, sino también la paz.

Al atravesar las tierras de los queruscos, el gobernador se reafirmó en que su estrategia era la correcta. Como general al frente de unos dieciocho mil soldados, presentó ante sus anfitriones el mismo espectáculo de invencibilidad marcial que todos los germanos habían aprendido a temer; pero, como legado de Augusto, era, al mismo tiempo, el rostro de la paz y el orden romano. Los administradores provinciales y los caudillos guerreros germanos habían terminado ligados por vínculos de beneficio mutuo. Si Varo tenía alguna duda, bastaba con que fijase la vista en su propia comitiva. Allí, cabalgando junto a sus auxiliares, siempre dispuestos a ofrecer consejo y brindándolo en perfecto latín, estaba Arminio, príncipe de los queruscos y caballero romano. A medida que Varo y sus legiones se adentraron más al norte, en regiones en las que los ingenieros militares romanos apenas se habían aventurado, la guía de un hombre que conociera bien los inciertos caminos ocultos entre los bosques y los humedales no tenía precio. Cuando Arminio se ofreció a adelantarse a la cabeza de la formación para comprobar que no hubiera emboscadas y despejar el camino, Varo, naturalmente, aceptó. Después de todo, ¿quién mejor que uno de sus compatriotas para atrapar a los insurgentes mientras echaban una cabezada?

Arminio, sin embargo, no regresó. Ni tampoco lo hicieron ninguno de los otros destacamentos que Varo envió. No tardó en llegar una explicación. Mientras avanzaba con dificultad entre los árboles del espeso bosque, ocupada talando árboles y construyendo puentes para salvar quebradas, la larga y dispersa columna romana fue sorprendida por una repentina lluvia de lanzas. Emergían de entre las sombras y, cuando empezó a llover y la ladera de la colina se convirtió en barro y el día se hizo todavía más oscuro, el golpeteo de las puntas de hierro de las jabalinas se convirtió en una granizada. Los legionarios, que no pudieron organizarse en sus formaciones de batalla habituales debido a las dificultades del terreno, no tuvieron otra opción que seguir avanzando entre la fosca, tropezando con las raíces y con los cuerpos de sus camaradas caídos, hasta que al fin llegaron a un punto en que el terreno estaba lo bastante despejado como para servirles de campamento. Allí, mientras los soldados se apresuraban a levantar empalizadas y la lluvia hervía y siseaba sobre sus hogueras de guardia, Varo hizo un balance de los daños. Su situación no era ideal, pero no era ni mucho menos crítica. Las emboscadas siempre eran uno de los gajes del oficio cuando uno emprendía una campaña más allá del Rin. Incluso Druso había sufrido unas cuantas. La clave, cuando uno se veía acorralado por el enemigo en un terreno hostil, era viajar ligero y ser prudente. En consecuencia, Varo dio orden de que se quemaran los carros de su columna, para así regresar más rápidamente a la seguridad de la zona militarizada romana. Con terreno desconocido y extraño tanto al norte como al sur, la ruta que decidió seguir era la obvia y, de hecho, la única posible. Bordeando densos bosques y montañas, el camino lo llevaría a él y a sus legiones a través de lo que los mapas romanos denominaban «*Teutoburgiensis Saltus*», el paso de Teutoburgo.*

Por consiguiente, al día siguiente, la larga columna de soldados salió como una serpiente con patas de su campamento nocturno y avanzó por campo abierto. A la izquierda de los romanos se alzaban colinas cubiertas de robles; a su derecha, una exuberante extensión de prade-

* *Saltus*, en latín, puede querer decir tanto «paso» como «bosque». Tradicionalmente, se ha traducido el uso que Tácito hace de esta batalla como «bosque», pero la identificación definitiva del campo de batalla, que se ha ubicado al pie de la colina Kalkriese, en el sur de Sajonia, y que tuvo lugar por primera vez en la década de 1990, permite que ahora podamos corregir esa traducción.

ras y ciénagas, salpicada de granjas abandonadas y engalanada con las flores silvestres de finales de verano. Los muleros, nerviosos, empezaron a arrancar puñados de hierba y a colocarlos en los cencerros que colgaban de los animales de tiro, ansiosos por acallarlos. Era una sabia precaución. Todavía se producían ataques cuando los bosques a los lados del camino se espesaban. No obstante, Varo prefirió no perseguir a los asaltantes. Los bárbaros, tropas espectrales que emergían de entre los árboles para arrojar sus armas y luego retrocedían y desaparecían de nuevo en la espesura, podían entorpecer la columna, pero no detener su avance. Después de tres días de batallas constantes, los legionarios simplemente se reafirmaron en su desprecio por el modo germano de hacer la guerra. Aunque estaban cansados y manchados de sangre, y a pesar del reguero de cadáveres de compañeros que habían dejado a su paso, sabían que en sus cualidades como soldados, ya fuera en cuanto al adiestramiento, al equipamiento o la disciplina, seguían siendo infinitamente superiores a las de los enemigos que los acosaban. No es sorprendente que los insurgentes, que carecían incluso de una rudimentaria armadura y que estaban equipados solo con armas de hierro toscamente forjadas, se negaran a quedarse y combatir. En lugar de ello, como si fueran insectos salidos de algún pantano mal desecado, se agitaban, zumbaban y picaban.

Al tercer día de marcha, las ciénagas a la derecha de las legiones empezaron a oscurecerse y crecer, como si quisieran burlarse de la pestilente cualidad de sus adversarios. Al mismo tiempo, a la izquierda de los legionarios, los bosques en las colinas eran cada vez más espesos. Las tierras silvestres de Germania nunca habían parecido más salvajes, ni tampoco más acogedora la seguridad de la zona militarizada, con sus campamentos, sus baños calientes y sus carreteras pavimentadas que llevaban al mundo exterior. Las legiones siguieron avanzando.

Empezó a llover. Frente a ellos, gris y oscuro, se erguía entre la lluvia un saliente elevado boscoso que emergía de la línea de colinas. Más que intentar ascender por él, los legionarios se desviaron hacia el norte y siguieron su curva. Al hacerlo, descubrieron que las ciénagas se les echaban encima. El camino estaba surcado por riachuelos, y el barro, cada vez más profundo, se convirtió en un lodazal. Los legionarios se abrieron camino entre salpicaduras y resbalones. Solo al borde mismo de las ciénagas había un poco de terreno por el que se podía caminar

bien, pero resultaba imposible, incluso para el más profesional de los soldados, ceñirse a ese camino, que era muy estrecho e irregular, y mantener la coherencia de la columna militar. Como resultado, cuanto más avanzaban las legiones a lo largo de la base de la colina, más se desordenaban. No obstante, lo peor estaba por llegar. Mientras empezaba a desintegrarse, la columna fue canalizada en su flanco izquierdo, no por el contorno natural de la colina, sino por terraplenes culminados por una empalizada. Si alguno de los legionarios se hubiera detenido, en medio de la implacable lluvia y del caos del avance, a estudiar aquellos obstáculos que les impedían el paso, habría reconocido algo sorprendente en su diseño: que llevaban el inconfundible sello de los métodos de construcción romanos. ¿Por qué había allí un muro? ¿Por qué alguien adiestrado en el arte de la guerra romano habría querido construirlo en los márgenes de una ciénaga bárbara? Puede que algunos comprendieran la respuesta obvia, la única posible, incluso antes de que el duro y atronador grito de guerra por el que eran famosos los germanos empezara a retumbar por encima del martillero de la lluvia; antes de que las lanzas empezaran a descargarse en un aguacero letal sobre toda la longitud de la columna de Varo; antes de que la masacre fuera generalizada. Pero para entonces, por supuesto, ya era demasiado tarde.

La emboscada fue completa. Para los legionarios, fue como si monstruos creados de la misma madera y piedra del bosque emergieran tras sus baluartes y se abalanzaran sobre ellos, aullando en lenguas bárbaras, miles y miles, una horda mayor de lo que ninguna tribu individual podía haber reunido. Desgraciadamente, no hubo tiempo para pensar. El caos se adueñó por completo de la columna romana. Una multitud de cuerpos atravesados por lanzas se desplomó en los bajíos de la ciénaga como prólogo de una matanza todavía más terrible. Los bárbaros se lanzaron a la carga y sus espadas atravesaron a los legionarios sembrando muerte y destrucción. Desorientados, cegados por la lluvia y presa del pánico, los soldados no tuvieron la menor oportunidad de colocarse en formación de combate. En pocos minutos, la columna quedó irremediablemente desintegrada. Montones de muertos se apilaban en la orilla teñida de rojo por la sangre derramada. Los heridos, cuyas entrañas se mezclaban con el barro o cuyos huesos rotos asomaban entre su carne, suplicaban a gritos piedad, pero no recibirían ninguna: sus asaltantes avanzaron entre ellos alanceando o rematando

con mazas a los moribundos allí donde yacían. Pronto, a lo largo de la hedionda orilla, los bárbaros se dispersaron para dar caza a los pocos supervivientes que habían logrado huir. Algunos intentaron alejarse a través de la ciénaga, pero no había escapatoria posible por allí, solo un combate que no podían ganar contra los juncos y el barro que apresaban sus pies mientras sus asaltantes chapoteaban tras ellos. Uno de los portaestandartes arrancó el águila del palo que la sostenía, la envolvió con su capa y se lanzó con ella hacia las aguas pantanosas... pero fue en balde. Tanto él como su águila, igual que los otros dos estandartes, fueron capturados. Mientras tanto, los legionarios que iban al final de la columna, al ver la debacle, dieron media vuelta y huyeron frenéticamente, pero también a ellos los persiguieron y les dieron caza. Solo muy pocos, que se escondieron entre los árboles como bestias, consiguieron evadir a sus perseguidores. Por lo demás, del ejército que Varo condujo al paso de Teutoburgo, tres divisiones enteras de la fuerza militar más formidable del planeta, no sobrevivió nadie. La masacre fue absoluta.

Para que no lo hicieran prisionero, Varo se suicidó. Otros oficiales no tuvieron tanta suerte. En lugar de matarlos como a los legionarios heridos, los vencedores los capturaron vivos. Los prisioneros se hacían pocas ilusiones respecto a los horrores que les aguardaban. Todos los que servían en Germania habían oído historias de rituales macabros que llevaban a cabo los nativos en sus pantanos y bosques. La sed de sangre humana de sus dioses era insaciable. En la variedad está el gusto y, desde luego, hubo variedad en sus muertes. A algunos prisioneros se los hizo caminar por la ciénaga y luego se los ató y se los ahogó allí donde el barro era más profundo; a otros se los condujo al interior del bosque. En aquel lugar, donde se había reunido un gran número de bárbaros, los oficiales que conocían un poco mejor las costumbres de los germanos tuvieron su mejor y última oportunidad de descubrir lo que le había pasado a su ejército. Ninguna tribu por sí sola podría haber reunido el número de guerreros que se había abalanzado sobre ellos desde los bosques sobre el paso. Alguien, de algún modo, había forjado una confederación entre las tribus bárbaras, célebres por sus luchas entre ellas. No hubo, sin embargo, posibilidad de hacer ninguna pregunta. «Al fin, víbora, has dejado de sisear».[94] Estas fueron las palabras triunfantes que gritó un germano a un prisionero al que acababa de coser la boca después de haberle cortado la lengua. Sin embargo, puede que aquellos

a los que todavía no les habían sacado los ojos miraran a su alrededor mientras los arrastraban a su muerte y repararan en un bárbaro en particular que presidía de forma suprema aquellos rituales. Para los oficiales que habían pensado en él durante mucho tiempo como un camarada, conocer la identidad de quien estaba detrás de aquello debió ser, en un día plagado de horrores, una última, sobrecogedora y letal conmoción. Mientras les rebanaban el cuello, se asfixiaban ahorcados de un árbol o esperaban arrodillados a que un mandoble les cortara la cabeza, supieron que el hombre que los había destruido y que había acabado con la ambición más querida de su emperador César Augusto era aquel principesco caballero ecuestre del pueblo romano: Arminio.

En busca de una mujer

Tiberio tenía una propensión terrible a que le salieran granos. Alto, musculoso y bien proporcionado, con una mirada tan intensa que se decía que veía en la oscuridad y peinado con el estilo que hacía tiempo había definido a los Claudios como creadores de tendencias en el ámbito de la barbería, era, según cualquier criterio, un hombre atractivo... excepto por las espinillas. Le aparecían de repente en las mejillas, como si de una violenta erupción se tratase. A pesar de que era un hombre guapo, nunca consiguió librarse del acné.

El brillo de una gran gesta también podía verse empañado por pequeñas imperfecciones. El historial de Tiberio al servicio de Roma estaba a la par con el de los más grandes generales de las historia de la ciudad y, sin embargo, repetidamente fue testigo de cómo repentinos desastres deslucían sus triunfos. En el año 9 a. C., sus victorias en los Balcanes se vieron eclipsadas por la muerte de su hermano en Germania; en el 6 d. C., su historial de éxitos en esas tierras del norte perdió lustre por la rebelión de los Balcanes. Ahora, en el momento de su máximo logro, llegaron a Roma las noticias de una calamidad más terrible que las peores pesadillas de la ciudad. Las numerosas celebraciones programadas para conmemorar la derrota final de los insurgentes panonios se cancelaron abruptamente. Era impensable un triunfo mientras los restos de tres legiones masacradas eran pasto de los lobos y cuervos germanos. Los romanos se entregaron a las lamentaciones... y también al pánico. Un terror primor-

dial, que la enormidad y el alcance de sus conquistas había adormecido pero no había conseguido erradicar, resucitó con renovada fuerza: el miedo a que los bárbaros descendieran desde lo más profundo del tenebroso norte, entraran en Italia, arrollaran sus defensas e hicieran correr ríos de sangre en la capital. Los informes que afirmaban que se habían visto tres grandes columnas de fuego elevarse sobre los Alpes no contribuyeron a calmar los nervios; tampoco ayudó la súbita plaga de langostas que sufrió la ciudad. La presunción de invencibilidad, que el propio pueblo romano casi había llegado a creerse, dio paso entre muchos de sus ciudadanos a la creencia opuesta: una convicción desesperante de que el Imperio estaba condenado a hundirse.

Tampoco ayudó a calmar las cosas la evidente inquietud del propio *princeps.* Para un hombre que había confiado su propia seguridad a tropas germanas, la revelación de la traición de Arminio supuso un duro golpe en lo personal. Sus guardias fueron rápidamente reasignados a toda una serie de inaccesibles islas. Otros germanos que vivían en la capital, sin importar su oficio, fueron expulsados, y se declaró el estado de emergencia en las calles de la ciudad. Mientras tanto, en una casa que había sido vaciada de bárbaros para garantizar su seguridad, Augusto deambulaba sin rumbo, negándose a que le cortaran el cabello y golpeándose la cabeza contra las puertas. Toda su vida había demostrado un genio sin igual para aprovechar la zona de sombra que existía entre las apariencias y la realidad: no solo para ocultar su propio poder a ojos de sus conciudadanos, sino también para intimidar a todos aquellos que se sintieran tentados de dudar del poder romano más allá de las fronteras de Roma. El nerviosismo con el que había informado al Senado de la revuelta de los panonios demostró que era muy consciente de que aquella imagen del poder romano era un farol; pero ahora, en la estela del desastre en Germania, se sintió descubierto. ¿Cómo iba su gran innovación, el ejército profesional, a superar un golpe como este? Los cimientos militares sobre los que se sustentaba la supremacía romana, llevados al límite en Panonia, ahora se revelaban alarmantemente débiles. Las fuerzas armadas del Imperio constaban de veintiocho legiones y ahora, tras un solo día de combate, se habían visto reducidas en una novena parte. No es sorprendente que Augusto sintiera que su confianza flaqueaba. Nunca había sido un hombre que mostrase la mejor versión de sí mismo en las crisis militares, y, en ese

momento, el aullido con el que repetidamente desgarraba el Palatino ponía de manifiesto furia e impotencia. «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!».[95]

Una plegaria vana, por supuesto. Habría que encontrar alguna otra forma de rellenar el hueco. La insurgencia en los Balcanes ya había llevado al límite la capacidad de reclutamiento del Imperio. Ahora, con toda la frontera norte en llamas, el *princeps* no tenía otra opción que imponer medidas con las que se suponía que su largo período de administración de la República había acabado: llamó a filas a veteranos que ya se habían jubilado, instauró el reclutamiento forzoso y ordenó la ejecución de los que se fingían enfermos. A la cabeza de este improvisado ejército del norte, apenas recuperado de los duros combates de los Balcanes, cabalgó el único candidato concebible para el puesto, el hombre a quien Roma recurría siempre que había una crisis, un soldado tan capaz como incansable: Tiberio. Al llegar a Germania cinco años antes, Tiberio había sido recibido por aquellos que habían servido previamente a sus órdenes con efusivas muestras de emoción. Los veteranos, familiarizados con su meticuloso estilo de generalato, se abalanzaron a su alrededor, gritando las campañas en las que habían participado juntos y celebrando su llegada. Ahora, mientras los gritos de las legiones de Varo todavía resonaban en la mente de todos los legionarios, la llegada al Rin de un general famoso por su aversión a arriesgar las vidas de sus hombres por inútiles despliegues de machismo fue todavía mejor recibida. Lo último que se necesitaba durante aquella crisis era un general con ganas de alardear.

Muy al contrario, la necesidad militar imperiosa era la de atrincherarse. Tan grave había sido el golpe que había infligido Arminio al prestigio y al ejército romanos que todas las tierras al norte de los Alpes parecían estar en peligro. Lenta, implacablemente y fiel a su estilo, Tiberio se puso manos a la obra para restaurar la autoridad romana en aquellas tierras. Primero, estabilizó la Galia y luego las defensas a lo largo del Rin. Rodeados como estaban por formidables empalizadas y protegidos por el foso natural que constituía el río, los grandes campamentos de la orilla occidental que durante décadas habían sido los cuarteles de invierno de las legiones continuaban siendo seguros. Al este del Rin, era otra historia. Allí, una arrolladora tempestad de fuego desatada tras la victoria de Arminio devastó los puestos de avanzada romanos sobre los que se sustentaba el intento de consolidar el dominio del territorio hasta el Elba. Ciudades a

medio construir quedaron abandonadas. Las estatuas de Augusto fueron derribadas y quedaron hechas pedazos entre las hierbas y las ruinas. Los esqueletos poblaban las fortalezas romanas abrasadas. Solo se había podido evacuar con éxito una base, pero también esa, en cuanto se hubo completado su apresurado abandono, fue pasto de las llamas. Era como si toda la infraestructura de la ocupación no hubiera existido nunca.

Conocedor de los peligros de la guerra de guerrillas, Tiberio no tenía la menor intención de adentrarse en unas tierras salvajes sin asegurar primero su retaguardia. Puede que esta tarea no fuera espectacular, pero no por ello era menos necesaria. Durante más de un año, Tiberio se limitó a reforzar las defensas del Rin. Mejoró las bases militares, transfirió unidades desde otras provincias e integró a los nuevos reclutas de Italia en el mando general. Hacia el año 11 d. C., había ocho legiones acampadas en el Rin donde antes solo había cinco, mientras que en la Galia apenas quedaba un caballo. Solo en ese momento se aventuró finalmente Tiberio a cruzar el río. Sus salidas fueron predeciblemente punitivas. Incendió cosechas y aldeas. Despejó de hojarasca las carreteras militares. Aseguró para Roma una zona a lo largo de la orilla oriental del Rin. Desde allí, si el *princeps* así lo deseaba, sin duda se podía intentar reconquistar Germania... pero Tiberio no se hacía ilusiones sobre el coste de tamaño desafío. Más allá del Rin, el peligro acechaba por todas partes. Un solo error, un mero descuido al no apreciar una fugitiva sombra en una ladera o en lo más profundo del bosque, y el desastre podía ser absoluto. Nadie, desde los más bajos cargos a los más elevados, podía permitirse bajar la guardia. Cuando un oficial de alto rango mandó a un grupo de soldados al otro lado del Rin a escoltar a uno de sus antiguos esclavos en una expedición de caza, Tiberio se enfureció hasta tal punto que lo degradó y le arrebató el mando inmediatamente. La situación era demasiado tensa como para permitirse la menor frivolidad. El propio Tiberio, practicando lo que predicaba, mantenía sus pertenencias al mínimo, estaba disponible día y noche para sus oficiales y siempre dormía al raso.

Esta exhaustiva y casi neurótica atención al detalle, aunque no le granjeó ninguna victoria decisiva, bastó para conseguir un objetivo más limitado. Hizo que a los germanos no les quedara ninguna duda sobre la capacidad de regeneración de la máquina de guerra romana. Tres años después de la emboscada en el paso de Teutoburgo,

las legiones volvían a marchar sobre Germania. Tiberio, que evitó todas las celadas que le tendieron e incluso sobrevivió a un intento de asesinato, podía estar satisfecho. Gracias a sus esfuerzos, la Galia y el Rin estaban seguros. Las hordas bárbaras, al final, no descenderían sobre Italia.

La «única defensa del pueblo romano»[96] había conseguido cuanto podía conseguir. «La vigilancia de un hombre, y de uno solo», en palabras de Augusto, «ha salvado nuestros intereses de la ruina».[97] En el año 12 d. C., con el final de la temporada de campañas y el regreso de las legiones a sus bases en el Rin, Tiberio abandonó por fin su puesto y regresó a Roma. En la capital, el tiempo había sido muy malo durante todo el otoño, con cielos negros e interminables lluvias. Sin embargo, el 23 de octubre las nubes se dispersaron abruptamente y un brillante sol empezó a secar las calles en las que la multitud se había reunido para celebrar el triunfo de Tiberio. Las únicas lluvias ese día fueron de pétalos de rosa. A todos asombró el espectáculo del desfile de las armas y armaduras capturadas, de los collares de hierro que cargaban los prisioneros encadenados y de los estandartes llevados en lenta procesión. Trofeos dorados, que relucían bajo el sol, adornaron el mármol de los edificios del Foro con sus reflejos, mientras efigies elegantemente decoradas, hechas de plata y llevadas en alto frente al carro de Tiberio, retrataban para el pueblo romano las muchas victorias que su general había conseguido para ellos. «Ciudades bárbaras con brechas en las murallas y sus habitantes vencidos. Ríos y montañas, y batallas en espesos bosques».[98]

Sin embargo, a pesar del clamoroso espectáculo, faltaba algo. Una leve pátina de descontento, del tipo que tan habitualmente sentía Tiberio, le amargaba su gran momento. Las multitudes no se habían reunido para celebrar que hubiera estabilizado la situación en la región más allá del Rin, sino su pacificación de los Balcanes. Su gesta de proteger al pueblo romano de las incursiones bárbaras, quizá poco glamurosa, pero no por ello menos importante, no mereció ningún reconocimiento. A sus conciudadanos, la mayoría de los cuales no conocía el olor a madera fresca de una empalizada recién construida y mucho menos la peste de una ciénaga germana, les interesaban muy poco los cansinos detalles de la defensa de la frontera. Lo que deseaban eran pruebas de valor y osadía, cualidades de las que Tiberio nunca tuvo interés en presumir. Las virtudes que él valoraba eran más antiguas, los atributos del pue-

blo romano en sus momentos más heroicos y honorables: sentido del deber, determinación y disciplina. Mientras recorría las calles de Roma montado en su carro, con el rostro serio y la cabeza erguida, no se dignó a devolver los vítores del público. Los espectadores que deseaban un favorito con vocación de complacer a las multitudes tendrían que buscar en otra parte... y resultó que el perfecto ídolo de masas estaba muy a mano.

Entre las condecoraciones de campaña que se exhibieron en el triunfo de Tiberio, algunas se atribuyeron a un segundo y más aventurero comandante: Germánico. Que las incursiones militares del joven hubieran flirteado con el desastre en muchas ocasiones y que más de una vez su tío hubiera tenido que sacarle las castañas del fuego no preocupaba a la mayoría. Lo que importaba era su afabilidad, su estilo y su apostura dinámica y juvenil. De hecho, tanto quería Germánico dar la mejor imagen posible que había recurrido a métodos extremos para muscular sus pantorrillas, naturalmente muy delgadas. Ese tipo de vanidad formaba parte de la herencia familiar. Además de ser hijo de su padre, Germánico lucía la estampa de un abuelo incluso más ilustre y carismático que Druso, pues su madre era Antonia la Menor, la hija de Marco Antonio y Octavia. «Sea en la guerra o en la paz, eres la flor de nuestra generación más joven».[99] Tiberio, hombre adusto y tradicional, no tenía paciencia para una adulación desvergonzada de ese calibre... pero tras su breve aunque intenso encaprichamiento de Cayo, el pueblo romano seguía cautivo del culto a la juventud. Ahora, tenían un nuevo ídolo en el gallardo Germánico. En comparación, Tiberio difícilmente podía evitar parecer un hombre pasado de moda.

Sin embargo, Tiberio estaba doblemente atrapado. A pesar de su edad y de sus muchos años al servicio de Roma, seguía siendo legalmente una persona dependiente, sujeta a la *patria potestas* de Augusto. La autoridad de un padre, para un hombre que tenía tan interiorizados los valores de su clase social como Tiberio, no se podía desobedecer a la ligera. Los mismos ideales que habían inspirado toda su vida su desprecio republicano hacia la monarquía le hacían también plenamente consciente de sus deberes filiales hacia el *princeps*. En otra época, el linaje de Tiberio y los muchos honores que había ganado en batalla se habrían combinado para valerle lo que los Claudios siempre habían deseado por encima de todo: la primacía entre sus pares. Pero ahora no

era así. La primacía solo le llegaría por derecho de sucesión. Tiberio no podía hacer nada para cambiar este hecho. Su lealtad hacia Augusto no era solo la que debía a un padre, sino también la que sentía hacia el salvador de Roma. Por muy mortificante que le resultara que su propio historial de servicio tuviera menos peso en los asuntos de la ciudad que el favor de un anciano autócrata, se debía demasiado al *princeps* como para permitirse ceder al resentimiento. La misma gratitud que generaba en Tiberio una profunda sensación de humillación le servía para acallarla. Atrapado en un papel que despreciaba, sus mismos principios lo mantenían cautivo.

Sin embargo, no solo había contraído una deuda con Augusto. «Obedecí a mis padres. Cedí a su autoridad. Justos o injustos y duros, siempre me encontraron obediente y dócil».[100] Una madre no era menos guardiana de las severas tradiciones de la élite romana que un padre; y Livia, que durante medio siglo había sido la constante y fiel compañera de su marido, era el modelo perfecto de severidad matriarcal. En todos sus años de matrimonio, no había decepcionado a Augusto ni una sola vez. Obligada a servirlo simultáneamente como epítome de la virtud doméstica y como *romana princeps,*[101] la «primera dama de Roma», había demostrado un talento para conseguir la cuadratura del círculo que «rivalizaba con la sutileza de su esposo».[102] Cuando Livia asistía a un sacrificio, lo hacía con su *stola* tejida en casa cubriéndole pudorosamente la cabeza; cuando trabajaba en su telar, lo hacía con el pelo peinado en un estilo de una sencillez tan ostentosa que las criadas de las damas de todo el Imperio suspiraron agradecidas porque lo hubiera puesto de moda. Nadie, ahora que Livia tenía setenta años, tenía motivos para dudar de su imponente castidad, ni podía reprenderla por conducirse de forma poco adecuada a su posición. Augusto no era el único que tenía la fortuna de estar emparentado con una mujer así. Un héroe militar al estilo antiguo, que era a lo que Tiberio aspiraba a convertirse, estaba prácticamente obligado a tener una madre virtuosa. El tipo de rectitud de Livia no era menos fiel a los ideales de su familia que a los de la de su hijo. «Su conducta», como se veían obligados a reconocer incluso aquellos que sospechaban de ella, «era decididamente de la vieja escuela».[103]

Cosa que hacía que aquellos que no se fiaban de ella desconfiaran todavía más. Todos los ciudadanos que estaban en sus cabales daban por supuesto que las mujeres no debían entrometerse en los asuntos del

Estado: «¡Qué horrenda situación se daría si se apoderaran de aquello que es propiamente exclusivo de los hombres: el Senado, el ejército y las magistraturas!».[104] Augusto, conservador en todo excepto en su propia ambición de supremacía, estaba completamente de acuerdo, y Livia lo sabía. Sin embargo, el ejercicio de la autoridad estaba lleno de sombras y ambigüedades en un Estado en el que la supremacía del primer ciudadano hacía tiempo que había dejado de depender de una posición formal. Al evadirse de sus antiguas limitaciones, el poder había empezado a evolucionar y a mutar. Aunque Livia no tenía ningún rango formal, sus privilegios eran tales que hacían palidecer a los de muchos senadores. Contaba con inmunidad legal a los insultos, la prerrogativa tradicional de los tribunos, desde los lejanos días del triunvirato. También disfrutaba, en virtud de una serie de decretos proclamados por su marido, de un grado excepcional de independencia financiera. Y, lo más cómodo de todo, en una ciudad en la que los carruajes habían estado tradicionalmente prohibidos: tenía derecho a recorrer las calles en un *carpentum,* un carruaje de dos ruedas lujosamente decorado que tradicionalmente solo habían podido utilizar los sacerdotes de mayor rango. El pueblo romano, siempre atento a los sutiles indicios que podían señalar el estatus de un patrón que valiera la pena tener, no necesitó ayuda de nadie para unir los puntos. Sabían bien a que atenerse con Livia. Era una mujer bendecida por milagrosas gallinas blancas y ramitas de laurel, cuyo nombre aparecía sobre la entrada de muchos de los santuarios renovados, «la única mujer digna de compartir el lecho celestial de César»...[105] Se trataba de un poder de un orden asombroso y poco habitual. La autoridad que exhalaba era como un perfume: intenso, caro y único. A lo largo y ancho del mundo romano, su nombre empezó a emparejarse con la manifestación sobrenatural de la grandeza de su marido, su *genius.* Sus nombres aparecían unidos en altares, en estatuas de plata y en serpientes entrelazadas. Obligar a una mujer a permanecer en su sitio era una cosa... pero hacerlo con una diosa era algo muy distinto. Sin embargo, aquellos que se acercaban a Livia para pedir un favor tendían a hacerlo no solo con miedo, sino también con esperanza. «Solo cuando ayuda a que la gente no esté en peligro, o cuando de algún otro modo les concede algún honor, manifiesta su poder».[106]

Una garantía que —como la propia Livia, minuciosa y sagaz, comprendía perfectamente— era tan probable que provocara irritación

como que acallara los rumores. Conocía su ciudad y cómo las mareas de los rumores y las calumnias subían y bajaban constantemente por sus calles. Incluso los elogios podían ser una fuente de problemas. Cuando Ovidio, al borde de la desesperación, cometió un error que demostraba lo poco que comprendía la situación y conminó públicamente a su mujer a que suplicara a «la primera dama»[107] que lo liberasen de su exilio, el silencio del Palatino fue atronador. Aludir abiertamente a la influencia de Livia sobre su marido, implicar que lo que le dijera una mujer podía influir en sus decisiones y hacer de los pasillos o los dormitorios conciliábulos del poder era un insulto tanto al *princeps* como a su esposa. El Senado era y había sido siempre el único lugar adecuado para debatir los asuntos de Estado. Tan sensible era Augusto a la acusación de que los susurros de su mujer pudieran convencerlo de forma más efectiva que la oratoria de un cónsul que ordenó que se llevara un registro diario de todas las actividades de su casa. «No digáis ni hagáis nada que no queráis ver reflejado en él públicamente»,[108] aconsejó Augusto a Julia y a sus hijas. Dos de ellas habían ignorado la advertencia y pagado un precio terrible por ello. No obstante, el *princeps* no dirigió ninguna advertencia a Livia. No había necesidad de hacerlo. Augusto conocía lo bastante bien la discreción de su esposa como para saber que podía confiar en ella. Sin embargo, para todos los que en Roma estaban obsesionados con las actividades de la familia de Augusto, esto planteaba una intrigante pregunta. ¿Acaso la mácula del escándalo no había conseguido alcanzar a Livia porque estaba de verdad más allá de toda sospecha... o porque sus intrigas eran demasiado profundas?

Era madre de Tiberio y se había convertido también en madrastra. Pero sobre ella no habían caído, desde luego, los terribles rayos públicos que su ultrajado marido había descargado sobre Julia. Cuando trasladaron a su hijastra caída en desgracia desde la isla prisión de Pandateria a Regio, fue Livia quien le asignó amablemente algunos esclavos;[109] cuando fue exiliada también la hija de Julia, fue de nuevo Livia quien intervino con ayuda económica. No obstante, estas muestras de filantropía no convencían a todo el mundo. «A pesar de toda la piedad que Livia se aseguró de mostrar hacia sus parientes políticos en su desgracia, trabajó con denuedo, cuando a aquellos todo les iba bien, para apuñalarlos por la espalda».[110] En todo caso, esa era la acusación que se hacía contra ella. Las pruebas que la sustentaban, aunque circunstanciales, a muchos

parecían convincentes. En Roma existía la creencia generalizada de que las madrastras eran malignas. En una ciudad que hacía mucho tiempo que consideraba el matrimonio como una maniobra más en la batalla por el predominio dinástico, quizá es lógico que así fuera. Que Livia, quien tenía en su cama al hombre más poderoso del mundo, buscara potenciar las posibilidades de su hijo, no era precisamente una revelación sorprendente. Claudia por partida doble, nunca había olvidado la deuda que tenía con su inigualable familia. Aunque reservada y cuidadosa en la mayoría de asuntos, no se rebajaba a ocultar el orgullo que sentía por sus antepasados. Justo en las afueras de Roma, dominando una de las arterias de la ciudad, un antiguo templo restaurado por Livia lo proclamaba al mundo entero. Allí, cincelado en un inmenso friso, su nombre relucía sobre el tráfico de la concurrida carretera.[111] «Esposa de César Augusto», así se describía a sí misma. Sin embargo, y asombrosamente, ese epíteto era el segundo, precedido por otro que la declaraba «hija de Druso». Para una mujer como Livia, ser una madre ambiciosa para con sus hijos no era un crimen, sino un deber solemne y una tradición familiar.

Sin embargo ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar? Al reflexionar sobre cómo la catástrofe había golpeado repetidamente a la familia de Augusto, muchos sospechaban que Livia había intervenido con vileza. La caída en desgracia de Julia y de su hija no eran las únicas calamidades que habían trastocado los planes de Augusto para el futuro, después de todo. Desde el año 29 a. C., cuando Tiberio había acompañado a su padrastro montado en el carro triunfal a la izquierda de Metelo, el *princeps* había sufrido numerosas pérdidas. Una y otra vez, sus herederos habían muerto en misteriosas circunstancias. Casi todos los Julios que estaban por delante del hijo de Livia en la sucesión se habían quedado en la cuneta. Marcelo, Lucio, Cayo: todos habían muerto. No había pruebas suficientes para culpar de sus muertes a Livia, cosa que, para aquellos que sospechaban que estaba detrás de todos esos fallecimientos, no era sino una prueba más de su diabólica astucia. Un asesinato sin pistas era, como todo el mundo sabía, *muliebris fraus,*[112] «una maquinación femenina». Los asesinos de Julio César abatieron a su víctima en público, apuñalaron y cortaron su cuerpo con las hojas de sus dagas, y dejaron el cuerpo hecho pedazos por sus tajos a la vista de todos; pero cuando se envenenaba a un hombre era posible que este ni siquiera se diera cuenta de que estaba siendo asesinado. No se requería fuerza para echar

una sustancia en una copa de vino. El veneno obraba su magia letal de forma sutil y silenciosa. Si el asesino tenía práctica y era hipócrita, era poco probable que se descubriera al culpable. El simple hecho de lamer un pomelo, una exótica fruta de los bosques del lejano Oriente, hacía que la víctima tuviera la esperanza de salvarse, pues no existía mejor antídoto para el veneno que su amargo zumo. «Cuando la bebida ha sido envenenada por una despiadada madrastra, ayuda a expulsar el oscuro veneno de los miembros».[113] Quizá, entonces, si Cayo y Lucio hubieran estado simplemente mejor provistos de cítricos medos, las perspectivas de la sucesión de Tiberio habrían sido muy distintas.

O quizá no. Después de todo, la paranoia era en sí misma un tipo de veneno. Los cotilleos y las calumnias eran ponzoñosos para la mente. Si Livia era lo que aparentaba ser cuando aparecía ante el pueblo romano envuelta en su *stola* —una mujer devota, leal a su esposo, la encarnación de la Justicia y la Paz—, entonces, ensuciar su nombre era un crimen tan monstruoso como aquellos de los que sus críticos la acusaban. Si las sobrias virtudes de la propia Livia iban a ser interpretadas como hipocresía, también lo serían las de toda la familia de Augusto como un todo. En lugar de servir como modelo de los valores tradicionales romanos, el resplandor externo de su santidad se revelaría como un fraude, podrido desde dentro por pasiones homicidas y despóticas. Claramente, siendo Augusto un septuagenario cada vez más débil y puesto que la paz global dependía de una sucesión segura y pacífica, esa perspectiva resultaba inimaginable.

«No os indignéis indebidamente si alguien habla mal de mí»,[114] aconsejó el *princeps* en una ocasión a Tiberio. Ahora, en su ancianidad, carecía de la paciencia necesaria para seguir su propio consejo. No importaba lo venerables que fueran las tradiciones de vituperio en la ciudad, ni que él mismo las hubiera explotado de forma devastadora en su juventud; ¿cómo iba a permitir la irresponsabilidad de que se pusiera en entredicho la estabilidad del Estado? Augusto sentía, en su vejez, que la seguridad del pueblo romano era más importante que la libertad de expresión. Ya había exiliado a Ovidio. Luego, «imponiendo un castigo sin precedentes sobre la literatura»,[115] el *princeps* había condenado a la hoguera los ejemplares de una subversiva historia de las guerras civiles escrita por un abogado llamado Tito Labieno, una sentencia devastadora para el autor, que se quitó la vida como protesta. Finalmente, en un

aviso para navegantes de los nuevos límites de la libertad de expresión, un orador ingenioso y mordaz llamado Casio Severo fue desterrado a Creta por el delito de menoscabar la *maiestas*, la «majestad», del pueblo romano. Aquí, para todos los que querían preservar las libertades tradicionales de su ciudad, se sentó un precedente escalofriante y ominoso. La acusación de *maiestas*, como se la conocía popularmente, existía desde hacía tiempo y se aplicaba tradicionalmente por acciones equivalentes a una traición, pero nunca jamás se había aplicado por calumnias. Sin embargo, había sido exactamente por ellas por lo que se había condenado a Severo: por «difamar con sus escritos injuriosos a hombres y mujeres eminentes».[116] El castigo que se podría imponer, entonces, por difamar contra las personas más eminentes de todas —Augusto y su familia— se dejó a la imaginación de los romanos.

Desde que los dioses se habían apiadado del pueblo romano y le habían concedido la paz que había traído Augusto, la *pax augusta*,[117] el mundo había vivido inquieto por saber qué pasaría cuando muriera el *princeps*. Hacia el 13 d. C., cuando el Senado finalmente dotó a Tiberio de poderes equivalentes a los de su padre adoptivo, pareció que por fin se había encontrado una solución definitiva. Por muchas reservas que Tiberio tuviera en privado, en ese momento ya no tenía forma de eludir el peso de las responsabilidades que el destino y Augusto habían hecho recaer sobre él. Pero su posición todavía adolecía de cierta ambigüedad que enturbiaba el futuro. Aunque el *princeps* lo había nombrado oficialmente su igual, Tiberio no podía ser declarado su sucesor porque Roma, por supuesto, no era una monarquía y su primer ciudadano no era un rey. Augusto había construido un régimen a medida que solo se ajustaba a él. Que Tiberio pudiera jactarse del linaje más noble de Roma; que fuera el general más grande de su ciudad; que hubiera empezado a colocar a sus amigos y partidarios en puestos provinciales clave eran ventajas que, por sí solas, continuaban siendo insuficientes para garantizarle la primacía definitiva. Solo forzándose a sí mismo a encajar en el molde de gobernante que había creado el *princeps* podía aspirar a obtener esa supremacía y a asegurar la paz en Roma y en el mundo. Su propia identidad no era suficiente. No tenía otra opción que subsumirla en la de Augusto. Su autoridad nunca dejaría de derivar de su relación con el *princeps*... y con su madre. Igual que los rumores malignos sobre la familia de Augusto corrompían los cimientos sobre

los que se asentaba, la garantía de que no se guardaban secretos y de que no había rivalidades hirviendo en silencio dentro de la propia familia servían de contrafuertes para reforzar su poder supremo. La familia de César debía estar por encima de toda sospecha.

Sin embargo, en una ciudad como Roma no bastaba con utilizar a uno o dos abogados para acallar los rumores. Por muy segura que pareciera la posición de Tiberio, los partidarios de la hija de Augusto no habían olvidado que el *princeps* tenía un segundo heredero varón: su nieto. Aunque encarcelado, Agripa Póstumo seguía perfectamente vivo. A pesar de la severidad que Augusto había demostrado al enviarlo a una remota isla desierta, claramente le había parecido que ejecutarlo era ir demasiado lejos. Aquellos leales a Julia y a sus hijos inevitablemente albergaban todavía cariño hacia él en sus corazones y seguían sospechando lo peor de Livia. Según se informó oficialmente, Agripa no estaba del todo cuerdo: era violento, salvaje y estaba obsesionado con la pesca. Pero peculiaridades de este tipo, a pesar de que podían ser ciertas, no conllevaban necesariamente una condena al exilio. Había un segundo miembro de la familia de Augusto, de la misma generación que Agripa, cuyos males eran, si acaso, mucho más vergonzosos. En el año 10 a. C., el mismo día en que Druso consagró el altar de Augusto en la actual Lyon, su esposa Antonia se puso de parto y dio a luz a un segundo hijo. Tiberio Claudio Druso, que fue el nombre que se le dio al niño, resultó ser mortificantemente opuesto al gallardo Germánico: «una obra que la naturaleza había dejado a medias»,[118] como dijo amargamente su propia madre. Se retorcía y temblaba; cojeaba y arrastraba la pierna derecha; cuando hablaba, vociferaba de una forma casi ininteligible, como si fuera un animal marino, y cuando se enfadaba, babeaba y echaba espuma y mocos. No importaba que, a pesar de todas estas capacidades, Claudio hubiera conseguido desarrollar un intelecto notable. Puesto que no había ninguna perspectiva de que jamás fuera a ocupar ninguna de las magistraturas y mandos del Estado que le corresponderían por su linaje, Augusto y Livia se resignaron a mantenerlo apartado para siempre de la vida pública. No obstante, no lo desterraron de Roma ni lo pusieron bajo vigilancia armada. Incluso cuando Claudio se embarcó en la escritura de la historia del ascenso al poder de Augusto, siguiendo los pasos de Tito Labieno, la reacción de Livia ante la elección de ese tema letalmente subversivo fue simplemente la

de pedirle que lo abandonara. «Ofrecer una crónica sincera y fiel de los hechos», dijo sin rodeos a su hijo, «es imposible»,[119] y ahí lo dejó. Ya le habría gustado a Agripa tener tanta suerte.

Un año después de que se le concedieran a Tiberio poderes equivalentes a los de Augusto, los rumores seguían circulando. Se decía que durante sus violentos ataques de rabia, Agripa maldecía a Livia y la describía de modo insultante como una «madrastra»;[120] se decía que también Augusto, al darse cuenta por fin de las argucias de su mujer, había viajado en secreto a Planasia, donde había abrazado a su nieto y se había echado a llorar. «Tales fueron las muestras de afecto del uno hacia el otro, que parecía muy probable que el joven volviera a ocupar su lugar en la casa de su abuelo».[121] Sin embargo, la naturaleza viral de tales afirmaciones solo hacía hincapié en lo que nadie tenía interés en reconocer: hasta qué grado, tras más de cuarenta años de supremacía de Augusto, las decisiones vitales sobre el futuro del pueblo romano se tomaban sin su participación o conocimiento.

Ciertamente, cuando el *princeps* se cruzó con Livia y su séquito procedente del continente en el verano del 14 d. C., no fue camino de Planasia, sino de Capri. Una joya en la bahía de Nápoles, cómodamente cercana a la resplandeciente serie de entretenimientos que decoraban el arco de la costa italiana, pero también lo bastante alejada como para brindar auténtica privacidad. La isla se había convertido en la residencia favorita del *princeps*. Allí, a pesar de un fuerte ataque de diarrea, se distrajo ofreciendo banquetes y entregando regalos a diversos adolescentes; y luego, tras cuatro días, regresó al continente. Con él se marchó también Tiberio, que viajaba hacia los Balcanes, para «consolidar en la paz lo que se había ganado en la guerra»;[122] y, una vez desembarcaron en Nápoles, ambos emprendieron el camino por la vía Apia y entraron en el Samnio. No se separaron hasta Beneventum, la capital de la región. Augusto, con Livia todavía a su lado, dio media vuelta y regresó a Roma. Pero su estómago le seguía dando problemas, y después de salir del Samnio se sintió tan mal que tuvo que detener su viaje y guardar reposo. Por una casualidad espeluznante, la vieja propiedad familiar en la que se encontró era la misma en la que, setenta y dos años antes, había muerto su padre: era un presagio tan funesto que hizo llamar urgentemente a Tiberio para que acudiera a su lecho. Existen distintas versiones de lo que sucedió a continuación. Algunos dicen que Tiberio llegó

demasiado tarde; otros que llegó justo a tiempo para que el agonizante Augusto lo abrazara y «lo conminase a continuar el trabajo que estaban haciendo juntos».[123] En cualquier caso, una cosa es cierta. Cuando Augusto exhaló su último suspiro, a quien buscó fue a su esposa. Le dio un beso y dirigió a ella sus últimas palabras: «Recuerda nuestra unión, Livia, mientras vivas, y con esto me despido de ti».[124]

El tan temido y anticipado momento trascendental había llegado al fin. Por su parte, Livia estaba perfectamente preparada para la ocasión. Había hecho que guardias armados sellaran tanto la villa como las calles vecinas. Solo cuando todo estuvo listo para transportar el cadáver a Roma se comunicó finalmente al mundo la noticia de la muerte de su marido. Escoltado por su guardia personal y sus lictores, todos ellos vestidos de un sombrío negro, y viajando de noche para evitar el calor del sol de verano, el emperador César Augusto emprendió su último viaje. Caballeros y concejales de las ciudades a lo largo de la vía Apia lo acompañaron con antorchas encendidas; también lo acompañaron Tiberio y Livia. Les llevó dos semanas llegar a Roma y, en algún momento durante ese período, entre la partida del cortejo de la villa en la que Augusto había fallecido y su llegada final a su casa en el Palatino, un centurión se acercó galopando con furia hacia la procesión. Tras frenar su caballo, bajó de su silla y exigió ver al césar. Cuando lo condujeron ante Tiberio, el oficial, manchado por el viaje, lo saludó. «Sus órdenes se han cumplido», declaró lacónicamente el centurión. «Agripa Póstumo está muerto». Tiberio frunció el ceño y dio muestras de estar atónito. «¡Pero yo no he dado esas órdenes». Luego, tras una pausa, añadió: «Se tendrá que responder de esto ante el Senado».[125]

Hablaba como lo que era: un aristócrata comprometido con las tradiciones de su clase. Naturalmente, al verse ante un crimen tan grave e imprevisto como el asesinato del nieto de Augusto, dio por sentado que su deber era informar al Senado. Al fin y al cabo, en eso consistía Roma. Entre sus confidentes, sin embargo, solo había consternación. Al conocer las intenciones de Tiberio, uno de ellos alertó inmediatamente a Livia. «Los secretos domésticos», advirtió a la mujer, «los consejos de los amigos y la ayuda que aportaban los servicios de seguridad son asuntos que deben mantenerse en secreto».[126] Era un consejo innecesario pues Livia, por supuesto, lo sabía perfectamente. Nadie era más consciente que ella de lo que había en juego. La orden de ejecutar al nieto de César

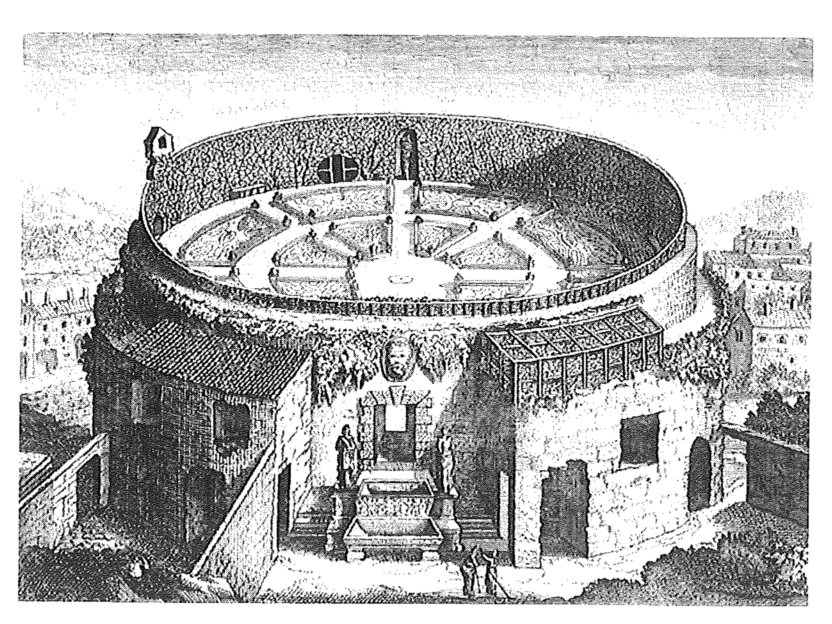
solo había podido salir de las más altas instancias: de Augusto, de Tiberio... o de ella misma. Puesto que Augusto jamás había hecho ejecutar a ninguno de sus familiares y la sorpresa de Tiberio al recibir la noticia había sido evidente, Livia tenía sobrados motivos para evitar que el Senado investigara el crimen. Susurró una palabra al oído a su hijo y todo el asunto se olvidó. Cuando el cortejo fúnebre llegó a Roma no se hizo ninguna mención de la ejecución de Agripa Póstumo. «Una cortina de humo aseguró que reinara el silencio sobre este asunto».[127]

Cuando el testamento de Augusto se abrió formalmente en el Senado, confirmó en términos hirientes que desheredaba a su estirpe. «Puesto que el cruel destino me ha arrebatado a mis hijos Cayo y Lucio, sea Tiberio mi heredero».[128] Livia había triunfado. Había pagado por completo su deuda con sus antepasados Claudios. No obstante, el momento, como no podía ser de otra manera para un mujer tan sumida en la ambivalencia, quedó marcado por una paradoja. El testamento de su marido decretó que se le concediera el título de Augusta y que fuera adoptada póstumamente como su hija. Livia, pues, se había convertido en una Julia.

El día del funeral de su marido, Julia Augusta, como se la conocía ahora formalmente, acompañó su cadáver desde el Palatino hasta el Foro, donde Tiberio y su hijo Druso pronunciaron sendos panegíricos; luego, caminó el corto trayecto hasta la pira y contempló en digno silencio como los senadores colocaban el cuerpo sobre la leña. El fuego prendió, las llamas llegaron al cadáver, y se liberó un águila, que se elevó a lo alto de los cielos. Después, Livia concedió una gigantesca donación a un senador que afirmó haber visto como el espíritu de Augusto se elevaba de la pira y ascendía a los cielos como el ave. Fue un dinero bien invertido. Cuando el Senado se reunió por primera vez el 17 de septiembre, una semana después del funeral, confirmó que el difunto *princeps* debía, en efecto, ser adorado como un dios. Su esposa fue nombrada su sacerdotisa. Esto, en una ciudad en la que todos los sacerdocios, excepto los dedicados a Vesta, estaban ocupados por hombres, era algo sin precedentes. Y, más increíble todavía: incluso se concedió un lictor a Livia.

Después de quemar el cuerpo de Augusto se retiraron inmediatamente las cenizas. Las brasas de la pira habían ardido durante cuatro días y el quinto día de vigilia, la devota y diligente Augusta reunió sus restos para colocarlos en un mausoleo cercano dispuesto para ese pro-

pósito más de cuarenta años antes. Sin embargo, un segundo féretro no fue tan fácil de gestionar. Que Roma, con la ejecución de Agripa Póstumo, era otra vez una ciudad en la que el asesinato podía utilizarse en el gran juego de las luchas dinásticas no era menos cierto porque fuera demasiado peligroso reconocerlo. Mientras Tiberio se preparaba para cargar con el peso del Estado que le había legado su divinizado predecesor, su reinado se decantaba hacia la oscuridad. «La ejecución de Agripa Póstumo fue el primer crimen cometido bajo el mandato del nuevo *princeps*».[129] Y eso, naturalmente, llevaba a los romanos a hacerse otra pregunta mucho más preocupante: ¿cuántos más habría?



El mausoleo de Augusto.

II

COSA NOSTRA

4

El ÚLTIMO ROMANO

Sujetar al lobo por las orejas

Hasta que Augusto le construyó uno, Marte no había tenido un templo dentro de los límites sagrados de Roma. El *pomerium,* arado por Rómulo y consagrado por la sangre de Remo, siempre había señalado la frontera entre los mundos de la guerra y de la paz. Solo cuando se celebraba un triunfo se permitía a un general y a su ejército entrar en Roma; en todas las demás ocasiones, los soldados tenían totalmente prohibido entrar en tierra consagrada a Júpiter. El reino de Marte era una explanada de tierra llana que se extendía entre el límite occidental del *pomerium* y el gran meandro del Tíber. Era allí donde, en épocas pasadas, el pueblo romano se había reunido en tiempos de guerra; también era el lugar en el que se reunían anualmente, en una asamblea conocida como los *comitia centuriata,* diseñada según el ejército primordial de los reyes para votar las magistraturas más importantes. En consecuencia, era un lugar perfecto para enviar a los cielos a un hombre que había conseguido más conquistas para el pueblo romano que ningún otro ciudadano de su historia y que lo había servido en trece ocasiones —más que ningún otro— como cónsul. Al ascender desde las llamas de su pira, el divino Augusto vería esa llanura, el *Campus Martius,* consagrada desde la antigüedad por los ritmos de la temporada de campañas militares y de las elecciones de estadistas.

Sin embargo, muchas cosas habían cambiado en el Campo de Marte durante el largo período de su supremacía. Incluso antes de su primera aparición en la escena política, las ambiciones de los señores de la guerra rivales habían hecho que el antiguo campo de reunión de los romanos empezara a desaparecer bajo el mármol y los parques. Fue en

el Campo de Marte donde Pompeyo erigió su enorme teatro de piedra; fue allí también donde Antonio ordenó construir un ostentoso jardín.[1] Ambos, acabaron inevitablemente bajo la tutela de Augusto, quien a su vez, como acostumbraba a hacer, los mejoró con espectaculares ampliaciones. Al verse con un terreno despejado justo a las puertas de Roma, aprovechó la oportunidad para dejar en él su sello para siempre. Los dolientes que se reunieron en el Campo de Marte para presenciar el último viaje del *princeps* desde su pira funeraria a los cielos contemplaron una colección de sus grandes proyectos. Altares, templos y obeliscos: todos erigidos en su gloria. Particularmente impresionante era el mausoleo en el que Livia depositó con reverencia sus cenizas. Aunque era habitual encontrarse tumbas en las vías de entrada a Roma, ninguna podía compararse por su descomunal escala a la de Augusto. Construida durante los primeros años de su reinado, le brindó una vez muerto el tipo de residencia ostentosa que siempre había rehusado en vida. Ciertamente, ningún otro ciudadano había pensado en encargar para sí mismo un gran túmulo funerario, edificado sobre una gran base de mármol sobre la que crecía un gran círculo de álamos y coronado por una estatua dorada del difunto. Era un lugar de descanso digno de los restos mortales de un dios.

Desde el punto de vista de su hijo adoptivo, la imponente tumba hacía que seguir los pasos del *princeps* resultara todavía más intimidante. Ya al leer el testamento de Augusto en el Senado, Tiberio empezó a sollozar e, incapaz de continuar, entregó el documento a Druso para que completara la lectura en su lugar. Fue un momento revelador. Tiberio era un hombre duro que despreciaba el histrionismo, no era el tipo de persona que fingiría una crisis de ansiedad. Con ello, se levantó brevemente el velo que ocultaba la desmedida presión que comportaba ser el heredero de Augusto. Dos semanas después, el 17 de septiembre, el estrés aumentó todavía más. La decisión del Senado de confirmar la divinidad del difunto *princeps* comportaba que Tiberio se convertía, igual que lo había sido Augusto, en un *divi filius*, el «hijo de un dios». Desde luego, era un ascenso que sonaba prestigioso, pero que no necesariamente jugaba a su favor. A pesar de que Ovidio, que a esas alturas se encontraba desesperado por volver del exilio y dispuesto a cualquier cosa, pronto inundaría de alabanzas a Tiberio desde las distantes orillas del mar Negro y diría que «iguala en *virtus* a su padre»,[2] elogios como

estos sonaban desafinados, serviles y vergonzosos. Nadie podía equipararse a Augusto. Había salvado a la República y redimido al pueblo romano. Tiberio no había crecido menos a su sombra que los demás, y todo el mundo lo sabía. El molde de lo que significaba ser un *imperator*, un «emperador», había sido definido y no admitía cambios. Incluso muerto, Augusto seguía siendo el estándar con el que medirse. Tendido en su lecho de muerte, había pedido un aplauso por su actuación en «la comedia de la vida»;[3] pero su heredero, que nunca fue un buen actor, se veía ahora obligado a interpretar el papel del propio Augusto. Atrapado en un escenario que él no había diseñado, el nuevo *princeps* no tuvo otra elección que representar un papel cuyo guion le había escrito un dios. Cuanto más reclamaba Tiberio Julio César el legado de su padre adoptivo, menor espacio le quedaba para ser él mismo.

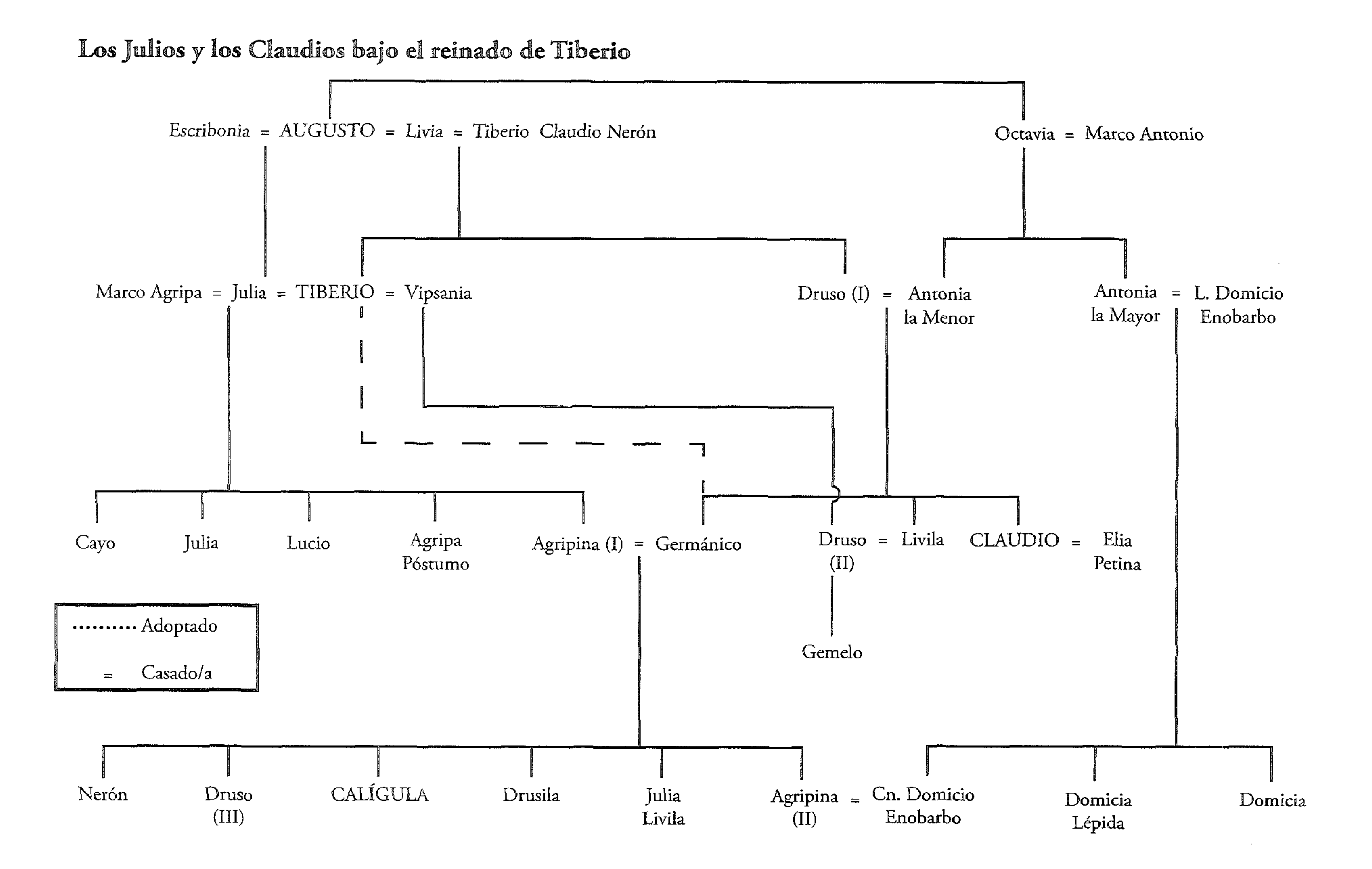
«Solo el divinizado Augusto tenía la fuerza de carácter para soportar la carga de sus responsabilidades».[4] Cuando se dirigió al Senado después de que este confirmara que el *princeps* había, en efecto, ascendido a los cielos, Tiberio fue muy directo. Pasaba de los cincuenta años. Estaba perdiendo la vista. No se podía plantear aceptar la invitación que le habían hecho y adoptar el título de «Augusto». Tiberio informó a sus colegas senadores de que, si acaso, lo que le gustaría hacer sería retirarse y vivir como un ciudadano privado. Que gobernara el Senado. Aquel era un intento patente de jugar al mismo juego que Augusto y ocultar su dominio bajo un espectáculo de falsa modestia. Pero también escondía algo más. Angustiado por la obligación de disolver su identidad en la de alguien que acababa de ser declarado un dios, Tiberio estaba haciendo un último y desesperado intento de ser él mismo.

Después de todo, en el fondo de su corazón seguía siendo el que siempre había sido: un aristócrata entre aristócratas, y estaba orgulloso de ello. Se decía que tras su última conversación con Tiberio, Augusto, agonizante, expresó la pena que sentía por las masas, destinadas «a ser devoradas por unas mandíbulas tan implacables».[5] Los ideales con los que el nuevo *princeps* se identificaba eran los de sus antepasados de los rectos primeros días de la República: Claudios que, en el conflicto entre la aristocracia y los plebeyos, siempre fueron firmes defensores de los intereses de su clase. En su primer discurso político ante el Senado, Tiberio tenía la intención de presentar una medida que no habría contemplado ni el más reaccionario de los senadores. Unas pocas décadas antes, los

viejos corrales de madera del Campo de Marte en los que todavía se reunía el pueblo romano para elegir a sus cónsules habían sido remodelados por completo. Lo que originalmente se conocía como el «redil» era ahora, gracias al patrocinio de Agripa, un espectacular recinto con pórticos y columnatas: los *Saepta.* Tan bello era el nuevo recinto que parecía una pena desperdiciarlo en algo tan trivial como unas elecciones. Los votantes de los *comitia centuriata* ya solo se reunían para votar de manera irregular, así que el complejo se había reconvertido como recinto para acoger espectáculos extravagantes y hacer compras de lujo. Ahora, en su discurso ante el Senado, Tiberio dio el siguiente paso lógico. No volverían a celebrarse elecciones en los *Saepta,* anunció. Los *comitia centuriata* no se volverían a reunir para elegir magistrados. La competición para llegar al consulado quedaría, en adelante, confinada al Senado. ¿Por qué se iba a confiar a los plebeyos, que eran una masa vulgar y escandalosa, una responsabilidad que era mucho más lógico que ejercieran sus superiores? Solo a los senadores, que eran los depositarios de las mejores y más nobles tradiciones de la República, se les podía permitir votar. El sempiterno sueño de los conservadores romanos desde los primeros días de la ciudad parecía a punto de hacerse realidad. «Las clases más bajas, si bien no debían estremecerse ante sus mejores, debían respetarlos; los poderosos, si bien no debían despreciar a sus inferiores, debían mantenerlos bajo su dominio».[6]

Podría pensarse que aquel era un manifiesto cuidadosamente calculado para entusiasmar al Senado. Sin embargo, Tiberio se basaba en dos fantasías mutuamente excluyentes: que los senadores demostrarían ser dignos de la gran responsabilidad depositada en ellos y que, por consiguiente, lo reconocerían de buen grado como *princeps,* sin que fuera necesario obligarlos. Tres cuartos de siglo antes, al regresar a casa triunfante después de haber llevado la paz a Oriente, Pompeyo había albergado esperanzas similares: que el Senado reconociera los servicios que había prestado a la República haciendo libremente lo que él quería. El desafío de cuadrar ese particular círculo había precipitado la guerra civil y, al final, el dominio absoluto de Augusto; ahora, mientras los senadores escuchaban a Tiberio en un divertido silencio, provocó solo un poco de incomodidad. Lo que deseaba era demasiado enrevesado y sutil como para que pudieran desentrañarlo. Debían abandonar su hábito de obediencia a un autócrata y recuperar sus libertades ancestrales, solo para demostrar

Los Julios y los Claudios bajo el reinado de Tiberio



sus principios precisamente nombrándolo *princeps*: he aquí una paradoja que pocos de los miembros del Senado llegaron a captar. Cuanto más insistía Tiberio en la preeminencia del Senado, más insistía el Senado en la preeminencia de Tiberio. Los senadores comprendían —o, más bien, creían comprender— las reglas del juego. «¿Cuanto tiempo, oh, César, permitirás que la República siga descabezada?», le rogaban.

Y, desde luego, la tarde del día 17, tras una larga, extenuante y tensa sesión, se llegó a la conclusión inevitable. Tiberio, frustrado en su intento de salir de la sombra de Augusto, no aceptó la supremacía que el Senado le ofrecía, aunque sí aceptó con reticencias dejar, al menos, de rechazarla. Sin embargo, también los senadores se marcharon inquietos, perplejos al comprender al fin que las dudas de Tiberio no habían sido simple teatro. Augusto había tenido un genio especial para ocultar la crudeza de los compromisos, contradicciones e hipocresías de su régimen. Pero Tiberio, torturado por el desprecio que sentía hacia sí mismo, tenía un carácter que no tranquilizaba a sus colegas senadores. Había pasado demasiado tiempo fuera de Roma —en Rodas, en los Balcanes y en Germania— como para poseer algo semejante a un dominio instintivo de las diversas facciones y camarillas senatoriales. Augusto, consciente de este problema, había intentado remediarlo justo antes de su muerte «confiando el Senado a Tiberio»[8] de manera formal, igual que un padre ansioso hace preparativos para formar a sus hijos. Sin embargo, cuando se recordó esto al nuevo *princeps* y se lo apremió a que aceptara el título de «padre de la patria», Tiberio se puso todavía más nervioso. ¿Cómo iba a sobrevivir la afirmación fundacional del nuevo orden, es decir, la de que la supremacía del primer ciudadano de Roma no era una monarquía, a una sucesión tan descarada del título de padre de la patria? No es sorprendente, pues, que Tiberio lo rechazara. Después de todo, si el nuevo *princeps* simplemente hubiera hecho lo que el Senado le apremiaba a hacer y hubiera aceptado que «había sucedido a su padre en su cargo»,[9] la fachada de una República libre habría sufrido daños catastróficos, quizá incluso irreparables.

En cualquier caso, el precio que pagó Tiberio fue muy alto. Era un hombre de inflexibles principios y de torpes maneras, y no tenía la facilidad para la hipocresía que había caracterizado a Augusto. La paradójica consecuencia era que parecía más hipócrita que su padre adoptivo. «En sus discursos, nunca articulaba lo que realmente quería,

y cuando expresaba deseo por algo, invariablemente no era sincero. Sus palabras siempre transmitían lo opuesto a su auténtico propósito».[10] Era un veredicto condenatorio, pero no injustificado. El desconcierto que sentían los senadores cuando intentaban descifrar los enigmáticos silencios y los exagerados circunloquios de Tiberio era el reflejo exacto de la conciencia torturada del *princeps*. Por muy sincero que fuera el respeto que sentía hacia la venerable tradición de la libertad de expresión en el Senado y por mucho que demostrase siempre su respeto a los cónsules poniéndose en pie cuando se aproximaban a él, había una tradición que no quería y no podía honrar. Tiberio, que había liderado a sus conciudadanos a la batalla desde que tenía poco más de veinte años, había pasado muchas décadas viéndolos enseñar los dientes y mostrar las garras. Sabía qué tipo de leche había bebido el pequeño Rómulo. Declaró que dirigir al pueblo romano era como «sujetar a un lobo por las orejas».[11] Por ello, no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Incluso antes de que pudiera privar a los *comitia centuriata* de sus votos, ya había pisoteado otra tradición muy querida. Al llegar a Roma con el cadáver de Augusto, lo hizo acompañado de un gran séquito de tropas armadas. En la cámara del Senado, en el Foro, en todos los lugares consagrados al derecho ancestral del pueblo romano a expresarse como le placiese retumbó el sonido de las *caligae*, unas botas militares reforzadas con clavos. Por mucho que fuera el interior del *pomerium*, se veían lanzas y espadas por doquier.

Cierto, había algo de atrezo de obra de teatro histórica en muchas de esas armas, un toque pensado para retrotraer a los romanos a una época desaparecida. Cuando caminaban por las calles de Roma, los guardias que acompañaban al emperador lucían armas que recordaban a los días de Pompeyo y Julio César. También se aseguraron de vestir ropas civiles. La innovación se fundía con la tradición y la amenaza con un elemento tranquilizador: ahí, sin duda, se hacía evidente el toque de Augusto. Casi medio siglo antes, durante su heroica defensa del pueblo romano contra Cleopatra, lo había protegido, como era el derecho de todo magistrado que se embarcaba en una campaña, una *cohors praetoria*, una «unidad del comandante». En lugar de licenciar a la suya a su regreso de Egipto, como habría dictado la costumbre, la había mantenido activa con discreción. Aunque acuarteló a algunos de los pretorianos fuera de Roma, a otros los alojó en varios puntos de la ciudad

donde no llamaran la atención. Hacia el año 2 a. C., el pueblo romano se había acostumbrado tanto a estos guardias que Augusto sintió que podía formalizar su existencia. Quizá impulsado por la conmoción que le provocó la caída en desgracia de su hija, instituyó un mando oficial.[12] Claramente, era impensable conceder un cargo tan sensible a un senador, así que Augusto entregó el mando a dos caballeros ecuestres. Ni él ni Tiberio lo habrían admitido jamás abiertamente, por supuesto, pero ambos, en sus preparativos para la transferencia del poder, habían comprendido que asegurarse la lealtad de los pretorianos era ahora la clave para garantizar el control de Roma.

Probablemente por eso, pocos meses antes de su muerte, Augusto concedió a sus guardias un descomunal aumento de sueldo, y, a su debido tiempo, cuando llegó el momento de jurar lealtad a Tiberio, solo los cónsules tuvieron precedencia sobre el comandante del pretorio. Seyo Estrabón, el prefecto pretoriano, era un etrusco nacido en la muy provinciana ciudad de Volsinii, famosa por haberse inventado allí el molino manual y por poco más. Él era un hombre competente, culto y, lo más importante, miembro del orden ecuestre. Además, tenía un hijo, Elio Sejano, quien, a pesar de un primer destino en la desventurada expedición de Cayo a Oriente, se había convertido desde entonces en un valioso defensor de Tiberio. El nuevo *princeps* no tardó en demostrar su gratitud. Uno de los primeros nombramientos que llevó a cabo fue el de ascender a Sejano al puesto de comandante de los pretorianos conjuntamente con su padre. Para los que prestaban atención a la sustancia del poder en lugar de a las meras apariencias, no quedó ninguna duda de las implicaciones de esta decisión. Las dudas que atormentaban a Tiberio en el Senado resultaron, a todos los propósitos y efectos, irrelevantes. «En la esfera militar no hubo equívocos, sino que inmediatamente adoptó y empezó a ejercer los poderes de un *princeps*».[13]

Pero, por supuesto, el ejército no se encontraba solo en Roma. En las fronteras, las ventajas y los donativos que llovieron sobre los pretorianos no pasaron desapercibidas. En Panonia y Germania, donde los esfuerzos extenuantes de la década anterior habían hecho necesario enviar al frente a reclutas forzosos y sacar de su retiro a los reservistas, el resentimiento era particularmente profundo. «Azotes y heridas, duros inviernos y veranos de maniobras, nefasta guerra y paz sin beneficio... ¡Una y otra vez sin parar!».[14] Tan pronto las noticias de la muerte de

Augusto llegaron a la frontera norte, las brasas del descontento empezaron a avivarse hasta convertirse en insubordinación abierta. Con sorprendente rapidez, el motín se extendió como un incendio a lo largo del Danubio y del Rin.

Tiberio se quedó consternado al recibir la noticia. Nadie sabía mejor que él lo importante que era mantener las fronteras protegidas. Como medida de su preocupación, baste decir que envío a Panonia como mensajero a su único hijo natural, Druso, y al lugarteniente en quien más confiaba, Sejano. La misión se demostraría peligrosa. Druso cabalgó directamente hasta el mismo corazón del campamento de los legionarios, pero se encontró allí con que sus intentos de negociación eran recibidos con una tormenta de ira. Cuando le impidieron marcharse al anochecer, pareció que él y toda su escolta acabarían linchados. Pero no en vano Druso era hijo de su padre: tan obstinado como incansable, pasó toda la noche hablando con los amotinados y reavivando en ellos, a la luz de la pálida luna llena, el sentido del deber. Poco a poco, consiguió ganárselos. Por una afortunada coincidencia, un eclipse lunar sumergió el campamento súbitamente en la oscuridad; los soldados lo consideraron un presagio y aullaron que sus crímenes habían enfurecido a los dioses. Al amanecer, el motín había terminado. Se ejecutó a dos de los cabecillas esa misma mañana y se persiguió a los demás líderes del motín. Las constantes lluvias extinguieron los últimos rescoldos de la revuelta. Druso, que nunca antes había pisado un campamento legionario, y mucho menos tenido la responsabilidad del mando de tres legiones, estuvo a la altura de un desafío potencialmente mortal gracias a su coraje y a su habilidad. Podía estar muy satisfecho con sus esfuerzos. Y también podía estarlo Tiberio en Roma.

Sin embargo, el golpe que había recibido su confianza era tremendo. Como general, siempre había valorado por encima de todo el deber y el compromiso. El juramento que pronunciaba un legionario, el *sacramentum*, era especialmente temible, y romperlo, un acto detestable. Los hombres que lo pronunciaban, aunque recibían por sus términos una licencia para combatir y matar que se les negaba a los civiles, se veían simultáneamente privados de una serie de derechos que constituían la esencia de la ciudadanía. No había ni rastro del caótico laberinto de las calles de Roma en la ordenada planta de un campamento legionario. No importa donde se levantase, fuera bajo las nubes grises del norte o

bajo el abrasador sol africano, su plan era idéntico al de cualquier otro campamento del Imperio. Dentro de sus fosos y empalizadas, la disciplina era absoluta. Todo el mundo, desde el general hasta el recluta de rango más bajo, sabía cuál era su puesto. La descripción de sí mismo que hace un centurión en particular bien podría aplicarse a todos: «Porque yo también soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene».[15] El ciudadano que juraba el *sacramentum* se comprometía a obedecer de buen grado y por completo. Las sanciones contra la insubordinación eran, por consiguiente, aterradoras. No en vano el emblema de un centurión era una vara de vid. Tan célebre se hizo un centurión ordenancista por romperla a fuerza de golpear con ella en la espalda a sus hombres que lo apodaban «Traedme otra».[16] Los amotinados de Panonia lo rodearon y lo hicieron trizas. También en Germania fueron los centuriones los que se llevaron la peor parte del odio de los soldados. En Vetera, una enorme base legionaria que montaba guardia sobre la confluencia del Rin y el Lippe, muchos de los oficiales fueron inmovilizados en el suelo, recibieron sesenta azotes con sus propias varas y después, fueron arrojados al río. Luego, embriagados de violencia, los amotinados empezaron a contemplar atrocidades más propias de los bárbaros de los cuales se suponía que tenían que defender las tierras romanas: abandonaron sus puestos, saquearon el altar de los ubios, que estaba a unos cien kilómetros al sur, y saquearon la Galia. Así, parecía ser, se comportaba un lobo que se había desembarazado de su jinete.

Al final, aunque los motines en Germania fueron de una escala mucho mayor y más grave que los de Panonia, también fueron sofocados… y, para colmo, quien lo hizo también fue un hijo de Tiberio. Germánico, adoptado por su tío una década antes, prosiguió su carrera tras el fin de su primer consulado en el año 12 d. C. viajando al norte de los Alpes para servir como gobernador de la Galia y comandante en jefe del frente germano. Las noticias del motín le llegaron justo después del anuncio de la muerte de Augusto así que, naturalmente, partió directamente hacia el Rin. Allí, sin la oportuna ayuda de un eclipse y desesperado por no poner en peligro la frontera que con tanto esfuerzo había asegurado Tiberio, adoptó las medidas que pudo. Combinó concesiones con ejecuciones, apelaciones emotivas al deber con amenazas. Y, al fin, hacia mediados de otoño, logro restaurar el orden. Los legionarios de Vetera,

en un último espasmo de violencia y de arrepentimiento, primero masacraron a los que eran más partidarios del motín entre sus camaradas y luego exigieron a Germánico —quien, con su acostumbrada teatralidad, fingió consternación ante la matanza que se encontró al entrar en el campamento— que los condujera contra los bárbaros. Una rápida incursión al otro lado del Rin y el incendio de los pueblos en un área de ciento veinticinco kilómetros cuadrados bastaron para levantar los ánimos de los soldados. «Regresaron al campamento para pasar el invierno con renovada confianza y habiendo olvidado los recientes acontecimientos».[17]

Pero Tiberio no los había olvidado. El motín de Germania tuvo una dimensión siniestra que no se había dado en Panonia. La concentración de tropas a lo largo de Rin, como el propio Tiberio sabía mejor que nadie, era con diferencia la más formidable de todo el Imperio... y, al llegar Germánico a Vetera, los legionarios lo presionaron para que marchara a su cabeza sobre Roma. Que Germánico se hubiera horrorizado ante la idea y hubiera mostrado una irreprochable lealtad hacia su tío no bastaba para tranquilizar a Tiberio. Los informes de lo sucedido en Vetera presentaban una incómoda parodia de su propio ascenso al poder. Las forzadas expresiones de apoyo que recibió del Senado parecían una burla en comparación con el violento entusiasmo que los legionarios sentían por su sobrino; sus torturadas dudas, al compararlas con la ostentosa conmoción que mostró Germánico ante las peticiones de los soldados, no podían evitar parecer todavía más falsas. Y lo más inquietante de todo para un hombre al que horrorizaba el menor indicio de gobierno de las masas eran los informes que hablaban de las ambiciones de los amotinados. «Deseaban un nuevo líder, un nuevo orden y un nuevo sistema de gobierno; tenían la presunción de amenazar al Senado, e incluso al *princeps*, con nuevas leyes... leyes que dictarían ellos mismos».[18] Para el hombre que acababa de terminar con siglos de votaciones en el Campo de Marte, no podía haber nada más monstruoso que eso.

Sin embargo, esta no fue una sorpresa absoluta. Tiberio tenía dolorosos recuerdos de lo irresponsables que podían ser las masas; de su desprecio por la disciplina y el autocontrol que eran las virtudes propias del pueblo romano; de su constante entusiasmo por la juventud, el *glamour* y la determinación, y de su identificación con su exmujer y con sus hijos. Por todo ello, resultaba más alarmante todavía que el

cáncer de la insubordinación hubiera infectado a soldados que él había adiestrado personalmente, en campamentos que él mismo había creado. Desde luego, durante los peores momentos del motín pareció que no quedaba nada sagrado. Los senadores que visitaron a los amotinados fueron agredidos y un excónsul estuvo a punto de ser linchado. Incluso el propio Germánico, en cierto momento en que había rechazado las exigencias de los amotinados, había sido abucheado y amenazado, y cuando declaró, con su típica gallardía, que prefería suicidarse a traicionar a Tiberio, un soldado desenvainó su espada y se la ofreció. A pesar de que era popular entre las legiones de Germania, había otros todavía más populares. Germánico llevó consigo a la frontera a una mujer de radiante belleza. No todos los hijos de Julia estaban muertos o exiliados. Agripina, la última de los nietos de Augusto, seguía en libertad y se había casado con Germánico diez años antes... y durante el motín acompañó a su marido al Rin. Un paso osado para una mujer embarazada, pero Agripina tenía un carácter valiente y marcial, y sabía perfectamente lo que hacía.

Durante muchas décadas, a los legionarios se los había animado «a mostrar una particular fidelidad y devoción a la familia de Augusto».[19] Entonces, ¿quiénes eran los senadores para pedirles lealtad en comparación con una mujer cuyo abuelo fue durante tanto tiempo su pagador y cuya madre estaba rodeada todavía por una aureola de trágico *glamour?* El egoísmo y el cariño combinados aseguraron a Agripina una cálida bienvenida en el Rin. También contribuyó a ello que trajera consigo al más joven de sus tres hijos, un niño precoz llamado Cayo. Vestido con un uniforme de soldado en miniatura, el pequeño se convirtió rápidamente en el ídolo del campamento. Los legionarios le pusieron el apodo de *Caligula*, es decir «Botitas». Cuando el motín llegó a su apogeo, Germánico utilizó el afecto que los legionarios sentían hacia el niño y su madre, y envió ostentosamente a ambos a una tribu gala para que estuvieran a salvo. Tanto avergonzó a los legionarios este reproche a su honor que se sometieron rápidamente a Germánico. Así pues Agripina tuvo tanto mérito en la supresión del motín como su marido.

Las noticias, que en Roma devoraba un público entusiasmado, hicieron que el halo que envolvía a la pareja de oro de la ciudad brillara con más fuerza que nunca. Y también había un ápice de innovación

radical. Las esposas no acompañaban habitualmente a los magistrados del pueblo romano en sus viajes al extranjero. «Las mujeres no son solo débiles y están poco preparadas para las privaciones, sino que, además, cuando se liberan de la correa se vuelven violentas, intrigantes y hambrientas de poder».[20] Esa fue durante mucho tiempo la sabiduría transmitida por los expertos en moral. Pero había otras tradiciones. En los épicos relatos heroicos que los romanos nunca se cansaban de explicar, incluso en una época en la que la mayor parte de ellos nunca había participado en una guerra, las mujeres tenían un importante papel. La presencia en el Rin de la nieta de Augusto parecía una escena conjurada de una época remota y más noble. Después de esto, en los primeros días de Roma, cuando la marea de la guerra llegaba a menudo a las puertas de la ciudad, las mujeres no estuvieron menos en el frente de lo que Agripina lo estaba ahora. También ellas oyeron el estruendo de las trompetas; también ellas, apostadas en las almenas, vieron relucir el hierro cuando sus maridos marchaban en campaña. Y en las historias que se contaban de los primeros días de Roma no era del todo extraño «que una joven sirviera como modelo de coraje para los hombres».[21] El pasado y el futuro; el deber y el encanto; la fortaleza y la elegancia: Germánico y Agripina parecían brindar al pueblo romano un ejemplo perfecto de todo lo que admiraba.

Los siguientes dos años de campaña sellarían definitivamente esta aura mística. Si la medida del éxito de Tiberio como general del Norte fue que no dio nada que comentar a la gente de Roma, las aventuras de su sobrino al otro lado del Rin les aportarían constantes dosis de adrenalina. Los bosques y pantanos salvajes de Germania estaban poblados por fantasmas, y Germánico, con su gusto por los grandes gestos, su afición al riesgo y su inimitable capacidad para evitar el desastre en el último momento, estaba dispuesto a mirar a esos espectros directamente a los ojos. Durante dos años, hizo suya una causa que Tiberio no había querido convertir en su prioridad: la venganza. Persiguió de forma implacable a Arminio, el traidor que había llevado a tres legiones a su destrucción. Capturó a su esposa embarazada, sobornó a sus aliados, acorraló a sus soldados y, tras dos largos veranos de campaña militar, los pasó por la espada. Se levantó en el campo de batalla un monumento a Tiberio hecho con las armas capturadas, mientras los arqueros se entretenían asaeteando a los muchos fugitivos que se refugiaron entre los

árboles. Germánico, al parecer, demostró estar a la altura de las grandes esperanzas que en él depositaban sus admiradores.

Pero todavía quedaba mucho por hacer. La victoria no había sido completa. El propio Arminio, tan escurridizo como siempre, consiguió abrirse paso hacia la libertad después de disfrazarse y taparse la cara con sangre y barro. Era un camuflaje adecuado, pues todas las tierras al otro lado del Rin parecían llevar manchas de sangre que tenían su huella. Durante el primer verano de campaña, Germánico visitó deliberadamente el paso de Teutoburgo, donde todavía se veían grandes pilas de huesos blanquecinos, puntas de lanza herrumbrosas y cráneos clavados a los árboles... y luego, después de explorar aquel escenario de horror, echó la primera palada de tierra al túmulo funerario él mismo. Sin embargo, a los muertos no se los confinaba tan fácilmente a sus tumbas. Poco después del funeral de los legionarios masacrados, Severo Cecina, el lugarteniente de Germánico en el norte de Germania, se vio atrapado por Arminio entre un bosque y un pantano; y esa noche, mientras la oscuridad se hacía más profunda y Cecina intentaba dormir un poco a pesar de los aullidos y los cantos de los expectantes bárbaros, soñó que Varo, ensangrentado, se levantaba de la ciénaga y lo llamaba e intentaba agarrarlo y arrastrarlo al fondo. Frenético, Cecina empujó al espectro de vuelta al pantano, pero, aunque al día siguiente consiguió sacar a sus hombres de la emboscada y llevarlos a un lugar seguro, ya había corrido el rumor de que habían perecido todos. Cuando ese rumor llegó al Rin, el pánico se apoderó del campamento en la orilla occidental, y muchos clamaron porque se demoliera el puente sobre el río. Solo Agripina se mantuvo firme. Cuando Cecina y sus exhaustos hombres llegaron finalmente al río, encontraron a la nieta de Augusto esperándolos en el puente, con comida, vendajes y felicitaciones. Era el carisma de Germánico era tal que incluso un acontecimiento como este, que estuvo a punto de ser un desastre, contribuyó a aumentar su leyenda.

Hacia el otoño del año 16 d. C., dos de las tres águilas que Varo había perdido fueron recuperadas. «¡Un verano más de campaña y la guerra habrá terminado!»,[22] prometió Germánico. Un último esfuerzo de músculos y tendones, un último empujón. El pueblo romano, seducido por el historial de las gestas de su héroe en el frente oriental y por la victoria, que era el derecho de nacimiento de los romanos, se congregó tras esos eslóganes. Pero no Tiberio. Sí, el honor había exigido castigar a los

contumaces germanos con masacres y destrucción, y que Germánico, como el hombre destinado a gobernar el mundo romano, aprendiera a dirigir a las legiones en la guerra, pero ya había habido bastante. La seducción de la victoria definitiva era tan insustancial como las sombras sobre una ciénaga germana. No solo eso, sino que, además, era brutalmente cara. En su viaje de regreso por la costa del mar del Norte tras una victoria sobre Arminio, Germánico y su flota se vieron atrapados en medio de una tormenta de otoño y sufrieron tremendas pérdidas. Cada encuentro con el desastre, por muy emocionante que fuera seguido desde la distancia, provocaba que Tiberio pensara inevitablemente en Varo. Por ello, a pesar de la reiterada insistencia de Germánico en que alargar la guerra una temporada de campaña más aseguraría que el dominio romano se extendiera de una vez por todas hasta el Elba, el héroe del momento fue llamado de vuelta a casa.

Allí lo aguardaban destacados honores: un segundo consulado y un triunfo. Tiberio, decidido a desterrar cualquier posible sospecha de un alejamiento entre él y su futuro heredero, colmó de oro a las multitudes que jaleaban. La juventud y el magnetismo de su sobrino se celebraron activamente. Un arco construido en el Foro celebró la recuperación de las águilas perdidas por Varo. A pesar de que el emperador pensase en privado que la campaña había sido en realidad un desperdicio de esfuerzos y dinero, se volcó en recibir a Germánico como «el conquistador de Germania».[23]

Este despliegue de afecto familiar no convenció a todo el mundo. Algunos, intrigados porque el general del Norte hubiera sido obligado a regresar a casa justo cuando la victoria parecía al alcance de su mano, lo atribuyeron rápidamente a los celos de su tío. Esta acusación era venenosamente injusta y, sin embargo, a pesar de ello, hasta cierto punto cierta. Aunque Tiberio había obedecido los deseos de Augusto y preparado a Germánico para la grandeza, difícilmente pudo seguir los progresos de su sobrino sin sentir al menos un poco de envidia. Seguía siendo lo que había sido desde su primer e incómodo discurso ante el Senado como *princeps:* un hombre profundamente a disgusto en su propia piel. La tarea de ponerse la máscara de Augusto no se había vuelto más fácil con el tiempo. Agobiado por las exigencias de su papel, Tiberio había empezado a vivir en la sombra. El brillo del cometa de la fama de su sobrino hizo que su naturaleza retraída y reticente se con-

virtiera en algo enigmático. «Qué contraste hay entre el carácter afable y el excepcional buen humor del joven, y la altivez y la reserva que caracterizaban el habla y la apariencia de Tiberio».[24] Mientras Germánico vagaba por las praderas y bosques de Germania y navegaba por el mar del Norte, Tiberio se agazapaba en Roma, sin poner un pie fuera de la ciudad en dos años. El austero aristócrata que se había puesto a prueba en combate desde los dieciséis años con los enemigos de Roma, el hombre que en una ocasión se había atrevido a dar la espalda a Augusto para no menoscabar su dignidad, que siempre se había burlado de las elegantes y refinadas hipocresías de la élite más a la última, ahora se veía obligado a negociar una ciénaga mucho más traicionera que ninguna de las que se había encontrado más allá del Rin. Un mundo así era más adecuado para los talentos de su madre que para los suyos; y cuando sus enemigos, que se reían de él a sus espaldas, se burlaban diciendo que era la Augusta la que le había conseguido el gobierno del mundo y no su propio historial de *virtus,* las puyas hacían sangre. No es sorprendente, pues, que cuando los senadores propusieron con malicia que incluyera el título «hijo de Livia» en sus inscripciones, Tiberio montara en cólera. Para evitar dar alas a la acusación de que se había aprovechado de su influencia o, peor todavía, de que seguía bajo su dominio, se esforzó por evitar la compañía de su madre siempre que pudo. Repetidamente advirtió a la Augusta: «No te entrometas en asuntos de importancia que no son apropiados para una mujer».[25]

Sin embargo, todavía la necesitaba. Los informes del Rin que informaban sobre el comportamiento de Agripina durante el motín sirvieron como un saludable recordatorio a Tiberio de que el linaje de Augusto, envuelto como estaba de una mística especial que él jamás podía aspirar a compartir, seguía contando con el afecto del pueblo romano. La propia Agripina, aunque era una presencia canalla y no deseada en la casa que ahora encabezaba él, estaba casada con el héroe del momento y, por lo tanto, en la práctica se encontraba más allá de su control. Pero no sucedía lo mismo con su madre. La desgracia final de Julia la había sellado la muerte de su padre. Según los términos del testamento de Augusto, todo lo que se le había permitido en su exilio —su asignación, el servicio y demás beneficios de su casa, y sus posesiones— pasaban a pertenecer a Livia. La Augusta, aunque ahora era formalmente una Julia, no demostró a la mujer que era a la vez su hijastra y su hermana

adoptiva el menor cariño familiar. En lugar de ello, fría e impecable, ordenó que se interrumpieran todos los suministros que se enviaban a su desventurado exilio. Julia, privada de toda esperanza, se dejó morir de hambre. Nadie tenía la menor duda de que Livia, en el ejercicio de esta crueldad, servía a los intereses de su hijo. Claramente, suponía la gente, «había calculado que la larga duración del exilio de Julia impediría que se notara su muerte».[26]

En la batalla clandestina y cada vez más letal entre el linaje de Augusto y el de su esposa, Livia se había alzado con el triunfo. Su hijo gobernaba como emperador y su nieto no tenía ningún rival concebible como heredero de su esposo. En el gran mausoleo de Augusto, de quien Livia se había convertido en sacerdotisa e hija tras la lectura de su testamento, no se dejó ningún espacio para las cenizas de la desheredada Julia. Los Claudios se habían convertido en Julios, y los Julios, purgados a través de la miseria y con la mayor discreción, habían desaparecido por completo de las filas de la familia de Augusto. El resplandor de la gloria del divinizado Augusto iluminaba exclusivamente a su única hija: Julia Augusta, la mujer que antes había sido su esposa. Daba lustre también a su único hijo: Tiberio César Augusto. Para aquellos que contemplaban directamente el fulgor y no trataban de protegerse los ojos, no parecía existir ninguna sombra ni el menor atisbo de oscuridad, solo oro. Tiberio era, igual que lo había sido Augusto, «el mejor *princeps* posible». Hijo de un dios, servía como un modelo digno de emulación para toda la humanidad. «Aunque es muy grande como gobernante del mundo romano, todavía lo es más como ejemplo».[27]

Puede que estos elogios consiguieran que se dibujara una sonrisa amarga en los labios fruncidos de Julia, mientras la carcomía el hambre, o en los Agripa Póstumo, mientras se podría en Planasia soñando con la libertad y destinado a no salir jamás de aquella isla. Pero la oscuridad de sus muertes, ocultas a ojos del mundo, hizo que la gente empezara a hacerse preguntas. Dos años después de la supuesta ejecución de Agripa, un rumor extraordinario empezó a correr por Roma. «Al principio las noticias se daban entre susurros... como siempre sucede con las historias prohibidas».[28] Se decía que el nieto de Augusto había burlado a la muerte. «Protegido por los cielos»,[29] había escapado de los guardias que lo vigilaban, se había hecho con un barco y llegado al continente. El pueblo romano, cuyo amor por los hijos de Julia no había disminuido,

empezó a hablar de él en un tono cada vez más apasionado. También se decía que *senadores* y *ecuestres* estaban uniéndose a la causa de Agripa, e incluso miembros de la propia casa imperial. Enviaban al joven fondos e información privilegiada. Toda Italia parecía desear que esta historia fuera cierta.

Sin embargo, pocos habían llegado a ver al hombre que decía ser Agripa. Estaba siempre en movimiento, evitaba los espacios públicos y actuaba solo de noche. Finalmente lo capturaron gracias a un engaño. Los agentes de Tiberio habían estado también operando entre las sombras. Tendieron una trampa a su elusiva presa haciéndole creer que eran partidarios suyos, y este se reunió con ellos en condiciones de absoluto secreto, de modo que no hubo ningún testigo de su secuestro y de su traslado al Palatino. Allí, en la casa de César, la verdad pronto salió a la luz. El hombre cuyas afirmaciones habían puesto a toda Italia al borde de la ebullición era un impostor, un antiguo esclavo de Agripa llamado Clemente. Tenaz durante la tortura, se negó a traicionar a sus cómplices; y por ello Tiberio, que no tenía intención de dar al asunto más publicidad, decidió dejarlo correr. Dio orden de que no se investigara más. Todo el asunto iba a encubrirse. En cuanto al propio Clemente, fue ejecutado, naturalmente, y su cadáver se hizo desaparecer discretamente.

Sin embargo, según se dice, Tiberio antes se aseguró de estudiar bien al impostor y, entonces, al ver lo mucho que se parecía el esclavo a su señor muerto, hasta el punto de tener el mismo estilo de peinado y barba, se dirigió a él directamente: «¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo te has convertido en Agripa?».

La burlona respuesta no se hizo esperar, y fue como si hubiera salido de los temores privados más profundos del emperador. «¿Cómo? Pues de la misma manera en que tú te convertiste en César».[30]

El príncipe del pueblo

Cuando Tiberio convenció a Germánico para volver del frente germano, lo consiguió en parte apelando a su afecto fraternal. «Deja a tu hermano Druso la oportunidad de ganar también un poco de gloria»,[31] dijo el emperador. Fue una táctica efectiva. El vínculo entre los dos jóvenes era muy fuerte. Primos, además de hermanos adoptivos, ambos

se alegraban de los logros del otro. Aunque había sido esencial que Germánico, siendo el mayor y además el heredero del emperador, recibiera primero el mando de legiones en guerra, ahora que había completado con éxito su bautizo de sangre y había bruñido su nombre hasta hacerlo resplandecer, había llegado el turno de Druso. A Tiberio le preocupaba que a su hijo le gustara demasiado el placer. Necesitaba curtirse un poco. Por consiguiente, con los germanos demasiado ocupados lamiéndose las heridas como para crear problemas, se concedió a Druso un mando inmenso que abarcaba todos los Balcanes. Allí, demostró ser un agente tan hábil y efectivo como en su anterior viaje a la región. Consiguió desestabilizar a las tribus al otro lado de la frontera, obligó a varios señores de la guerra a pedir asilo y logró afianzar todavía más el dominio de Roma en la región. Al contemplar los logros de Germánico y Druso a lo largo de la vasta extensión de la frontera norte, estaba justificado que Tiberio fuera optimista sobre el futuro.

Rómulo y Remo no eran los únicos modelos de fraternidad que había en los anales del pueblo romano. También existían ejemplos mucho más positivos. El propio Tiberio, que había desafiado al peligro y se había jugado la vida para llegar junto a su hermano antes de que muriera, era viva prueba de ello. «Los afectos que vengan más tarde en la vida nunca deberían disminuir un amor tan primordial».[32] De hecho, los vínculos fraternales podían unir incluso a los que no compartían la misma sangre. A pesar de que la competición entre la élite romana era feroz, no siempre derivaba en enemistad. Las experiencias compartidas podían, de vez en cuando, generar un sentido de lealtad mutua. Después de todo, para los ambiciosos solo había una escalera por la que ascender, y eso quería decir que alguien que quería llegar a lo más alto se encontraba a menudo, en cada uno de los escalones, en campaña o compartiendo cargo con el mismo colega. Los recuerdos y la camaradería podían remontarse incluso a la adolescencia. La experiencia del propio Tiberio era típica. Su colega durante su segundo consulado en el año 7 a. C. había sido un hombre con quien había servido en el ejército cuando tenía dieciséis años, durante la guerra que Augusto luchó en las tierras salvajes del norte de Hispania.[33] Cuarenta años después, los dos veteranos sirvientes del pueblo romano tenían muchos recuerdos en común. Cneo Calpurnio Pisón era alguien a quien Tiberio se enorgullecía de llamar amigo.

Un hombre debía tener una procedencia muy especial para que un Claudio lo tratara como a un igual. Los antepasados de Pisón combinaban un linaje que se remontaba al segundo de los siete reyes de Roma con un historial de servicios que incluso el mismo Tiberio podía admirar. El compromiso de su familia con los valores tradicionales de la República era célebremente férreo. Su padre, a diferencia del de Tiberio, se había opuesto repetidamente a las ambiciones de la casa de César y, como resultado, se había visto una y otra vez en el bando perdedor. Hasta el año 23 a. C., cuando Augusto lo persuadió para servir como cónsul, no se reconcilió finalmente con el nuevo régimen. Ese mismo año, en el mes de junio, con el *princeps* tan enfermo que convocó a Agripa a la cabecera de su lecho y le entregó su anillo con el sello, convencido de que iba a morir, Augusto también le dio al padre de Pisón un libro en el que se detallaba cuidadosamente su administración de los recursos militares y financieros de Roma. Aquel fue un gesto revelador. A Augusto le importaba profundamente que hombres de principios e impecable linaje se sumasen a su causa, y el apoyo del padre de Pisón era uno de los mayores premios posibles.

Pisón era, en muchos sentidos, el hijo de su padre. «Hombre de pocos vicios, tenía solo un defecto: confundía la inflexibilidad con la constancia».[34] Por supuesto, dependía de la opinión de cada uno juzgar si esto era o no un defecto. Lo que podría parecer rigidez y arrogancia a aquellos que no pertenecían a la nobleza antigua era valorado por hombres como Tiberio y Pisón como un baluarte esencial de la grandeza de su ciudad. «Igual que seguir las costumbres de nuestros ancestros produjo personajes extraordinarios, también estos hombres excelentes se aseguraron de preservar nuestro modo de vida tradicional, y las instituciones de sus antepasados».[35] Ahora, más que nunca, entre las desconcertantes mareas de una nueva época, era el deber de los que encabezaban las antiguas casas mantener bien sujetos los cabos que anclaban su ciudad a los sólidos cimientos del pasado.

Por eso, durante su consulado conjunto con Pisón, Tiberio financió la restauración de un monumento del Foro que durante más de un siglo había sido el santuario más notorio para los reaccionarios. No había ningún edificio en Roma cuyo nombre fuera más irónico que el templo de la Concordia. Construido originalmente en el 121 a. C., conmemoraba el más sangriento enfrentamiento entre clases sociales de la

historia de la ciudad. Los miembros conservadores del Senado —entre ellos, un destacado antepasado de Pisón— desencadenaron una campaña homicida contra dos valientes tribunos de la plebe, los Gracos. Al final no fueron solo los dos hermanos Graco los asesinados; también los cadáveres de miles de sus seguidores acabaron arrastrados por la corriente del Tíber. Tiberio, al reparar ostentosamente el monumento construido para conmemorar esta represión, había dejado clara cuál era su posición. Desde luego, que este gesto enfureciera a la gran mayoría del pueblo romano era lamentable... pero inevitable. La existencia bajo el Capitolio del bellamente restaurado templo de la Concordia, que lucía su nombre sobre la puerta de entrada y estaba decorado con elegantes obras de arte, era una declaración de principios que nadie podía ignorar. Aunque dotado de los poderes de un tribuno desde el año 4 d. C., Tiberio seguía identificándose con los valores más antiguos, severos y rancios de su clase. «Digno heredero de mis antepasados, atento a los intereses del Senado, constante en el peligro y libre de temor al resentimiento que pueda generar al servir al bien público»:[36] el suyo era un manifiesto que bien podría haber firmado Apio Claudio el Ciego. Que sus primeros tratos con sus colegas senadores como *princeps* hubieran sido extremadamente incómodos no había debilitado en lo más mínimo su determinación. Concordia entre el Senado y el pueblo de Roma, sí, pero en los términos que dictase el Senado. No se mimaría a las masas durante el gobierno de Tiberio.

No obstante, el apoyo de hombres como Pisón era crucial. La mayoría de los senadores no estaban a la altura de las elevadas expectativas que el *princeps* tenía para con ellos, y eso lo fastidiaba. Al igual que había sucedido en el Rin, también en el Senado procedió a un ritmo lento pero implacable. A pesar de que algunos senadores que pasaban una mala racha podían recibir su ayuda si consideraba que eran dignos de ella, aquellos que seguían los debates callados y nerviosos, a la espera de que fuera él quien tomara la iniciativa, rara vez merecían ese tipo de atención. Aunque Tiberio era un orador magistral, capaz de un tremendo sarcasmo y de una extrema dignidad, y de utilizar la ironía y la elocuencia, el efecto que producía su presencia en aquellos intimidados por su grandeza era provocar que se encogieran ante él. En ocasiones permanecía callado; en otras, intervenía abruptamente; pero algunas veces perdía los nervios por completo y montaba en cólera. Muchos

senadores, que no comprendían cuáles eran las reglas de este nuevo juego, estaban perdidos y desconcertados; y hubo ocasiones en las que Pisón, que conocía bien la forma de pensar de su amigo, lo alertó públicamente de que trataba a los senadores de forma injusta o ingrata. Tales intervenciones, lejos de provocar la furia del *princeps*, siempre lo hacían recapacitar. Lo que Tiberio deseaba, precisamente, era fomentar el pensamiento independiente... siempre que, claro, se atuviera al ideal que encarnaban hombres como Pisón, de impecables linaje y hoja de servicios. No era impensable que, si se daban esas condiciones, se pudiera permitir un auténtico debate libre. En ocasiones, casi era posible creer que el *princeps* tomaba de verdad su lugar en el Senado meramente como uno más entre iguales. En un momento dado, Pisón incluso consiguió apoyo para una moción a la que Tiberio y Druso se habían opuesto públicamente. Aunque la medida fue inmediatamente vetada tras aprobarse, los senadores se pudieron sentir bien consigo mismos durante un tiempo. Fue, según acordó toda la cámara, «un ejemplo particularmente ilustrativo de cómo funcionaba un Gobierno democrático».[37]

No es que a nadie le importase demasiado todo esto fuera del edificio del Senado. Al fin y al cabo, la gran mayoría del pueblo romano, al que Tiberio había negado el derecho a votar, ya no se jugaba nada en la elección de sus magistrados. En lugar de ello, tenían otros favoritos. No habían olvidado la devoción que sentían por la fascinante y trágica familia de Julia. El mismo carisma que sedujo a los legionarios amotinados en el Rin, ahora tenía rendidas a las masas de Roma. Cuando Germánico regresó del frente, toda la ciudad salió a la calle a darles la bienvenida a él, a Agripina y a sus hijos. El pequeño Cayo, que todavía no había cumplido los cinco años, y cuyo apodo, «Calígula», apelaba a todo aquello que despertaba los mejores sentimientos del pueblo romano, era especialmente querido. Durante el triunfo de Germánico, el niño montó orgulloso en el carro de su padre. También lo acompañaron sus dos hermanos mayores, Nerón y Druso, y sus hermanas pequeñas, Agripina y Drusila. Todos los detalles de aquel espectáculo parecían calculados para deleitar a las entusiasmadas masas... y para consternar a Tiberio. Según parecía, Germánico no podía evitar ser fantástico.

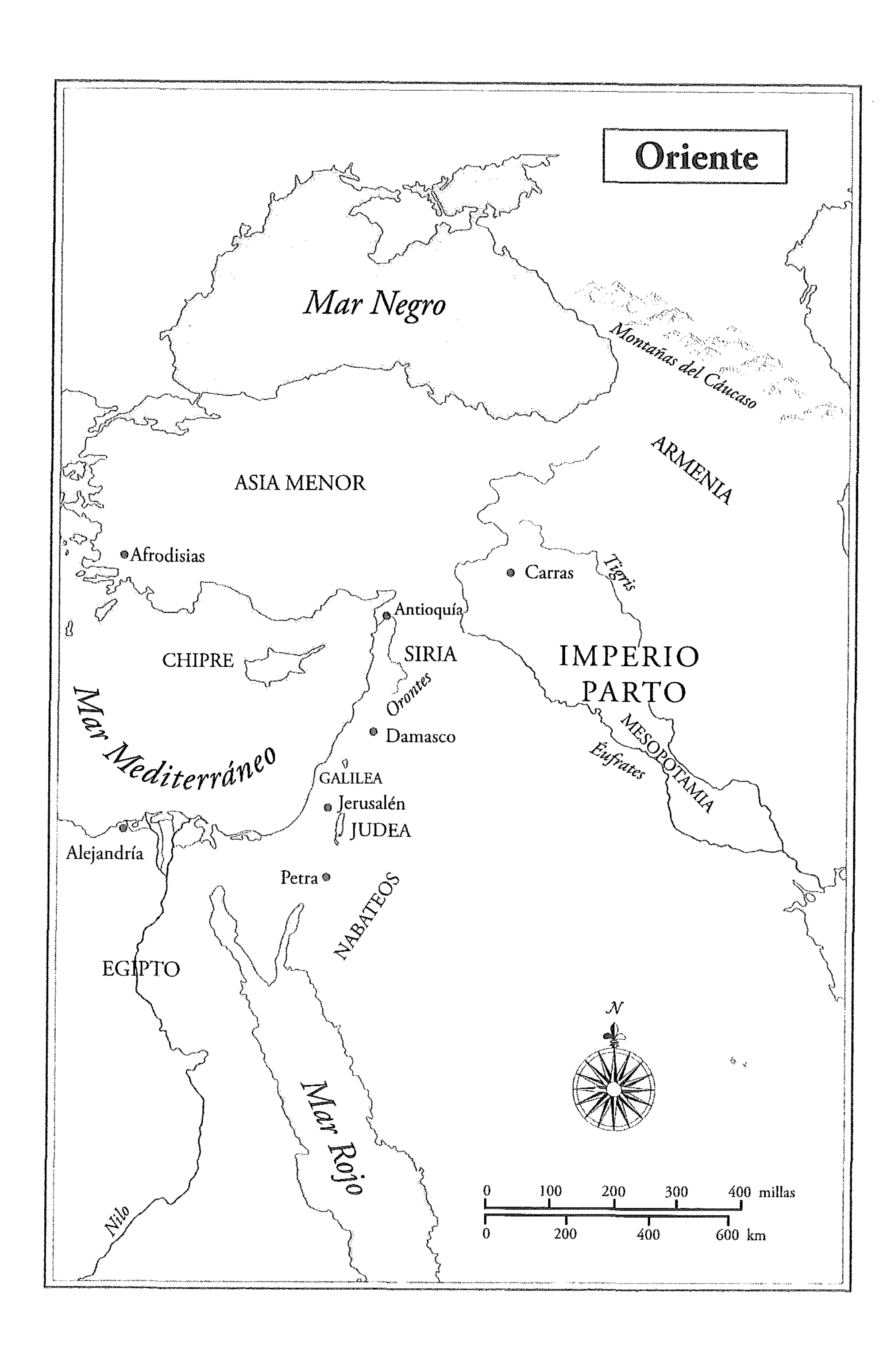
Todo esto hizo que el *princeps* se enfrentara a un dilema. Claramente, los deseos de Augusto seguían siendo sacrosantos, y Tiberio seguía

comprometido con la preparación de su sobrino para la sucesión... pero el aprendizaje de Germánico no había terminado, ni mucho menos. Ahora que había terminado el mandato de su cargo al norte de los Alpes, era el momento de ampliar sus horizontes y enviarlo a Oriente, donde volvía a haber problemas. El detonante de la crisis llevaba mucho tiempo siendo causa de tensión entre Roma y Partia. El reino de Armenia, una tierra de montañas heladas, bosques espesos y venenos notablemente efectivos, estaba incómodamente emparedado entre los dos imperios rivales: era demasiado indigesto para devorarlo y demasiado sabroso como para dejarlo en paz. Casi cuarenta años antes, Augusto había enviado allí al propio Tiberio en su primera misión independiente... que al final resultó ser un gran éxito. Se impuso un rey títere por la fuerza de las armas y con ello se reafirmó triunfalmente el derecho de Roma a interferir en los asuntos armenios. No obstante, allí donde había una oportunidad, invariablemente amenazaba también un peligro. Al fin y al cabo, fue en Armenia donde Cayo César, el querido nieto de Augusto, había recibido la herida que había acabado con su vida. Tiberio, cuyo ascenso a la grandeza jamás se habría producido de no haber muerto inesperadamente Cayo, tenía buenos motivos para temer la catástrofe que podía cernirse sobre un príncipe testarudo. Y no era solo la seguridad personal de Germánico lo que estaba en juego. Todavía se percibía la alargada sombra de la aniquilación de Craso y de sus legiones en Carras. Una aventura demasiado descabellada podía llegar a poner en peligro todo el régimen romano en Oriente. Mientras sopesaba sus opciones, Tiberio sabía perfectamente que cualquier decisión que tomase comportaría grandes riesgos.

En el año 17 d. C., poco después de celebrar su triunfo, Germánico fue formalmente elegido por el Senado para gobernar las provincias orientales, con una autoridad sobre los diversos gobernadores de la región equivalente a la de Tiberio. «No puede haber ninguna perspectiva de acuerdo allí», informó el *princeps* a la cámara con un rostro perfectamente serio, «a menos que lo consiga con su sabiduría».[38] Poco después, Germánico partió a cumplir su misión. Lo acompañaron la, al parecer, siempre embarazada Agripina y el joven Calígula. La primera parada fue una visita de cortesía al cuartel general de Druso en los Balcanes; la segunda, la bahía de Accio. Habían pasado casi cincuenta años desde que los dos abuelos de Germánico, el natural y el adoptivo, se habían

enfrentado sobre aquellas aguas para decidir el destino del mundo, y la imaginación del joven, como era de esperar, «conjuró para él vívidas imágenes de tragedia y triunfo».[39] Luego, como tantos otros peregrinos antes que él, se encaminó veloz a la atracción turística más famosa del mundo griego. Coronada por el Partenón y engalanada y perfumada con los recuerdos de sus gestas y logros pasados, Atenas siempre había tenido un brillo especial para los romanos románticos. Horacio estudió en sus escuelas; también Ovidio, que en su viaje al exilio se vio torturado por los recuerdos de los días felices que había pasado allí cuando era joven. Historia y filosofía, arte y *savoir faire:* aquella ciudad lo tenía todo. «Atenas, en otros tiempos señora de las olas y la tierra, ha hecho ahora a Grecia esclava de la belleza».[40] Germánico, un hombre extremadamente culto cuya idea de relajación era escribir una comedia o dos en griego, se enamoró de aquel lugar. Para los atenienses, el sentimiento fue recíproco. Puede que ya no tuvieran la grandeza de otros tiempos, pero no tenían rival a la hora de dorar la píldora a los dignatarios que los visitaban. Para un hombre como Germánico, a quien nada gustaba más que ser querido, aquello era el cielo. Partió en barco de Atenas de un humor excelente. Cuando Agripina, justo al desembarcar en Asia Menor, se detuvo en la isla de Lesbos a dar a luz a su tercera hija, Julia Livila, parecía que los dioses le sonreían a él y a su misión.

Pero, aunque él no lo sabía, se estaban gestando grandes problemas. No muy por detrás de él viajaba un legado con un punto de vista muy distinto. Brusco e inflexible en contraste con el suave y afable Germánico, Pisón, que consideraba que ser maleducado con los extranjeros era una de las virtudes primigenias que distinguían a un aristócrata romano de los hombres de baja calaña, no tenía intención de perder ni un momento en sutilezas diplomáticas. Al llegar a Atenas, pronunció un discurso insultante y grosero. Los atenienses no eran dignos del legado de sus antepasados; eran escoria, la morralla de la tierra. Este chovinismo, ese furioso desdén hacia los griegos por ser un pueblo conquistado y decadente, era el reverso del sentimiento de inferioridad cultural que tan recientemente había mostrado Germánico... una conducta, según Pisón informó a sus anfitriones, que resultaba incompatible con la dignidad romana. Una vez dejó clara su opinión, continuó su viaje, pero una tormenta lo atrapó frente a Rodas. Salvado en el último momento por un barco de guerra que le sirvió de bote salvavidas, el humor de



Oriente
Mar Negro
Montañas del Cáucaso
ARMENIA
ASIA MENOR
Afrodisias
Carras
Tigris
Antioquía
SIRIA
IMPERIO
PARTO
CHIPRE
Mar Mediterráneo
Orontes
Damasco
MESOPOTAMIA
Éufrates
GALILEA
Jerusalén
JUDEA
Alejandría
Petra
NABATEOS
EGIPTO
N
Mar Rojo
0
100
200
300
400 millas
0
200
400
600 km
Nilo

Pisón no mejoró cuando descubrió que el hombre a quien debía la vida era precisamente Germánico. La reunión entre él y su rescatador fue tan tensa como breve. Solo un día después de haber evitado por los pelos morir ahogado en un naufragio, Pisón reemprendió su viaje. Su destino: la provincia que más que ninguna otra era la clave de la seguridad romana en Oriente, una tierra de ciudades grandes y famosas, de fabulosas riquezas y que compartía frontera con los partos. Pisón se dirigía a Oriente para ser el nuevo gobernador de Siria.

Es evidente que Tiberio, al igual que Augusto, reflexionaba largo y tendido antes de nombrar a nadie para un mando militar. Siria, que contaba con una guarnición de cuatro legiones completas y estaba a muchas semanas de distancia de Roma, era un mando mucho más delicado que la mayoría. Al *princeps* no le resultaba fácil delegar. Como general en campaña, su atención al detalle era despiadada, pero, como emperador, con el mundo entero bajo su responsabilidad, aceptaba a regañadientes que ya no podía permitirse microgestionarlo todo. Cierto, a menudo parecía a punto de ceder ante la tentación de partir en una larga gira por las provincias, de intentar supervisar hasta el último detalle de los dominios de Roma; pero cancelaba sus planes de viaje constantemente. Empezaron a llamarlo «Calípides», por un famoso mimo cuyo truco más característico era imitar el movimiento de un atleta corriendo sin moverse del sitio en que estaba.

Destinar a Pisón a Siria fue la maniobra más *calípidea* de Tiberio hasta la fecha. Quitar y poner gobernadores no era su estilo habitual. Por lo general, prefería mantenerlos en su puesto. «¿Incluso a los legados corruptos?», le preguntaron en una ocasión. «Mejor que en una herida haya moscas saciadas de sangre que otras hambrientas», fue su mordaz respuesta.[41] Pero las circunstancias actuales eran excepcionales. A pesar de haber conseguido convencerse a sí mismo para entregar a Germánico el gobierno de Oriente, en último término, Tiberio no fue capaz de dejar a su sobrino sin supervisión. Necesitaba a alguien en Siria en quien pudiera confiar. Las lealtades del gobernador actual, cuya hija iba a casarse con Nerón, el hijo mayor de Germánico, estaban demasiado divididas como para estar tranquilo. Solo un hombre en quien el *princeps* tuviera completa confianza, que compartiera sus valores, sus instintos y su procedencia social, podía ocupar aquel cargo. Y así fue como, mientras Germánico viajaba hacia Armenia para seguir allí los

pasos del propio Tiberio e imponer un rey elegido por Roma, Pisón, tras desembarcar en Siria y viajar unos veinticinco kilómetros río arriba, llegó a la gran metrópolis que servía como cabina de mandos de toda el Asia romana: Antioquía.

Igual que Alejandría, la ciudad había sido originalmente una capital de reyes. Fundada en el año 300 a. C. por un general de Alejandro Magno, los dominios de sus gobernantes llegaron a extenderse hasta la India. Aunque era una recién llegada entre las antiguas urbes de Siria, hacía tiempo que Antioquía las había superado a todas. Dispuesta por su fundador con una planta cuadriculada entre el río Orontes y los elevados picos de una montaña cercana, poblada con armenios deportados y dotada con todos los elementos típicos de una ciudad griega, desde teatros a gimnasios, Antioquía había estampado firmemente sobre el Levante mediterráneo el sello del dominio macedonio. Durante dos siglos y medio, había engordado con las riquezas de Asia y servido como ejemplo de los excesos de los reyes. Colmillos de marfil y grandes bandejas de plata, diademas con joyas incrustadas e inmensos banquetes públicos, jarras de oro llenas a rebosar de canela, mejorana y nardo: «Contemplar el despliegue de riqueza provocaba asombro y estupefacción».[42] Así como avaricia, por supuesto, en el caso de un hombre como Pompeyo; y, desde luego, en el 63 a. C., tan pronto el vano y venal conquistador apareció con sus legiones en Siria, empezó a darse un atracón de riquezas. Casi ocho décadas después, tras tomar posesión de su puesto, el nuevo gobernador vio tranquilizadoras señales del domino de Roma por todas partes en aquella antigua capital imperial. La entrada en Antioquía no dejaba ninguna duda de que el lobo la tenía cogida por las garras. Tras una espectacular nueva entrada en la muralla oriental se erigía una gran estatua de Rómulo y Remo junto con su lupina nodriza; a medio camino de la avenida principal de la ciudad, contemplando tranquilamente la urbe desde lo alto de una columna, había una estatua de Tiberio. Mientras tanto, en el cuartel general del gobernador, donde estaban también acantonados los soldados, se guardaban los registros fiscales y se celebraban los juicios para el expeditivo y rápido castigo de los criminales, residía el aparato de intimidación de la supremacía romana. En ningún lugar de la ciudad, ni en el resto de la provincia, había ningún rival concebible que pudiera disputar a Roma el monopolio de la violencia. Un gobernador tenía derecho a crucificar, quemar o lanzar a que lo devorasen las bestias a

quien quisiera. Pisón, el hombre que poseía esos poderes tan aterradores, concitaba justificadamente admiración y temor.

Hay que añadir que la presencia de Germánico, naturalmente, complicaba un poco las cosas, pues hacía que la autoridad de Pisón no fuera tan absoluta como lo habría sido de otro modo. Convencido de que Tiberio deseaba que sirviera de contrapeso al joven príncipe, se dispuso a asegurarse el apoyo de la guarnición de la provincia. Aunque, en sus destinos anteriores, había demostrado ser un ordenancista implacable, ahora relajó la correa con la que sujetaba a las legiones bajo su mando y concedió a sus soldados permiso para actuar de forma todavía más brutal de lo acostumbrado. Los habitantes de la provincia, por supuesto, ya sabían que había que ir con mucho cuidado con las fuerzas de ocupación. Un legionario podía obligar a un civil a hacer de porteador o a alojarlo en su casa... y, desde luego, ninguna mujer, se encontraba con un soldado romano sin cierto temor. Sin embargo, con la relajación de la disciplina, se entregó a los militares el gobierno tanto de las ciudades como del campo. El nuevo gobernador fue saludado con gran admiración por sus hombres como «Padre de las Legiones».[43] Mientras tanto, su esposa, una íntima amiga de Livia llamada Plancina, siguió el ejemplo de Agripina en Germania. Asistía a las maniobras y se interesaba visiblemente por el bienestar de las tropas. Pisón se sentía cada vez más confiado. Cuando llegaron órdenes de Armenia pidiendo que enviara refuerzos, se sintió lo bastante seguro de sí mismo como para ignorarlas. Germánico, que estaba enredado intentando arreglar los problemas de la frontera norte, no tuvo más remedio que aceptar su insubordinación; y, en cualquier caso, desplegando una inteligencia y una capacidad diplomática que ridiculizaban las preocupaciones de su tío, consiguió con sus propios recursos y sin ayuda los objetivos que se había propuesto. En estas circunstancias, no sorprendió a nadie que Pisón y él se trataran con extrema frialdad cuando se encontraron de nuevo en los cuarteles de invierno de una de las legiones de Siria. «Al separarse, su enemistad era manifiesta».[44]

Sin embargo, tras este choque de egos había mucho más que las meras circunstancias de sus respectivos nombramientos. Lo que estaba en juego eran cuestiones de principios que llegaban al mismo corazón del nuevo orden de Roma. Veinticinco años antes, Tiberio se había retirado a Rodas para no soportar la presunción de un principito engreído;

pero luego, cuando Cayo había llegado a Oriente armado con poderes equivalentes a los que ahora tenía Germánico, Tiberio no había tenido otra alternativa que morderse la lengua y soportar continuos desprecios. Pisón, que era un hombre de la misma generación y que procedía del mismo entorno que Tiberio, estaba decidido a no soportar una humillación semejante. Al igual que su amigo, detestaba la noción de la monarquía; al igual que él, se aferraba a las virtudes y principios definidos por sus antepasados. Pisón estaba dispuesto a reconocer a Tiberio —quien en dos ocasiones, primero en Panonia y luego en Germania, había salvado a la República— como *princeps;* pero no a Germánico. Pisón tenía la intención de gobernar su provincia como un auténtico aristócrata romano.

Las cosas llegaron a un punto crítico durante un banquete celebrado por el rey de Nabatea, una tierra gobernada desde los edificios de piedras rosadas de la ciudad de Petra y que había firmado hacía mucho tiempo un tratado de subordinación a Roma. Cuando el rey, en un gesto de hospitalidad, obsequió a sus invitados con coronas de oro, una pesada para el hijo de César y otras más ligeras el resto, Pisón resopló con desdén. ¿Quién se creía Germánico que era? ¿Un parto? Desde tiempos de Escipión el Africano, había sido una cuestión de principios para la élite romana saberse superiores incluso al más espectacular y ostentoso de los orientales. La dignidad de la República, según creía Pisón, lo obligaba, por principios, a despreciar a todos y a todo cuanto había en aquella provincia. Por degenerada que fuera Atenas, no podía compararse con Antioquía. La fachada griega de la ciudad no evitaba que los señores romanos calificaran a sus habitantes como, en el mejor de los casos, una burda imitación de los griegos. Hacía tiempo que la multitud que recorría sus calles había adquirido una cualidad mestiza. Los descendientes de los atenienses que el fundador de la ciudad había instalado allí se habían mezclado con nativos de todo Oriente Próximo. En Roma, donde los ungüentos de Siria eran muy apreciados, el aceite con el que los dandis se perfumaban y ungían el cabello producía a los moralistas la misma repulsión que sentían hacia el país en general. Para hombres como Pisón, todo lo que los sirios representaban resultaba inquietante. Sus comerciantes eran demasiado melosos; sus sacerdotes, demasiado afeminados; sus bailarinas iban demasiado depiladas. Desde las cumbres de las montañas, en las que adoradores extáticos ofrecían

sacrificios a dioses extrañamente incorpóreos, a las profundidades de los bares de Antioquía, donde los cuerpos se movían al ritmo de las panderetas y se retorcían de esa forma que había hecho célebres a las sirias, la provincia parecía ser un hervidero de servilismo y desmesura. Al verse enfrentado a un país así, ¿qué podía hacer un romano sino aferrarse todavía más a sus principios?

Sin embargo, Germánico, cuya cortesía y cordialidad hacia diversos extranjeros había provocado la ira de Pisón, podía señalar legítimamente que la xenofobia no era la única tradición heredada de los grandes hombres del pasado. El propio Escipión el Africano, que siempre había defendido la majestad de la República frente a la monarquía oriental, había tenido la cortesía de adaptarse a la moda de los nativos durante su viaje por las ciudades griegas de Sicilia. Germánico, que continuó su misión viajando de Siria a Egipto, repitió esa estrategia. Al llegar a Alejandría, dijo a sus guardias que podían marcharse, se calzó unas sandalias y se vistió como un griego. Ese gesto resultó superlativamente popular entre los habitantes de la ciudad, que había sido fundada por Alejandro Magno y cuya incomparable biblioteca contaba con más volúmenes de obras atenienses que la propia Atenas, que estaban amargamente resentidos porque el palacio que otrora ocuparan sus monarcas hubiera acabado siendo el cuartel general de un gobernador extranjero. Como en la capital, la afabilidad y el encanto de Germánico hizo que ganara los corazones y las mentes de la gente de la segunda ciudad del mundo romano. Y ese era un hito notable. Ningún romano lo había conseguido desde tiempos de Antonio. Los alejandrinos eran notoriamente difíciles de contentar. Eran perversos y caprichosos, y tenían tanta propensión a las peleas callejeras que una mujer no se lo pensaba dos veces antes de «agarrar a un hombre por los genitales en una riña».[45] Ahora, sin embargo, cuando los alejandrinos salieron a la calle, no fue para crear disturbios, sino para mostrar su entusiasmo hacia su huésped romano. Tanto él como Agripina, según empezaron a gritarles las multitudes, eran *«Augustus»*. Germánico, consternado, ordenó inmediatamente que se disolvieran las manifestaciones. De ningún modo podía aceptar, y era dolorosamente consciente de ello, que lo saludaran con un título que «solo su padre y su abuela tenían derecho a utilizar».[46]

Pero ya era demasiado tarde. Era inevitable que las noticias de que Germánico estaba actuando de cara a la galería en Alejandría llegaran

a oídos de Tiberio... a quien no le sentaron nada bien. A pesar de que Siria era un destino delicado, Egipto lo era todavía más. Al fin y al cabo, tal era su riqueza que prácticamente había financiado en solitario el intento de Antonio de hacerse con el dominio del mundo, un detalle que no era probable que ningún césar olvidase jamás. Augusto, a pesar de vanagloriarse de haber «añadido Egipto al Imperio del pueblo romano»,[47] había mantenido un control tan directo y férreo sobre la nueva provincia que podía considerarse que, en la práctica, la había convertido en un feudo personal. Por supuesto, Tiberio había continuado con esta neurosis. Ningún miembro de la élite romana podía entrar Egipto sin su permiso expreso; todos los gobernadores que nombró fueron miembros del orden ecuestre, nunca nobles; y si un gobernador mostraba el menor indicio de arrogancia, lo defenestraba implacablemente. Desde luego, como muestra de lo nervioso que Egipto ponía a Tiberio, basta señalar que a los pocos meses de suceder a Augusto nombró como legado en Alejandría nada menos que a Seyo Estrabón, el antiguo prefecto de los pretorianos y padre de su más leal partidario. Mientras tanto, más allá de las inmediaciones de la gran ciudad portuaria, a lo largo de las orillas del Nilo, donde egipcios que no hablaban ni una palabra de griego ni habían visto jamás a un romano seguían adorando a antiguos dioses con cabeza de animal, el lejano *princeps* era honrado de una forma primordial. Igual que en una ocasión, perdida entre las brumas del tiempo, los escribas egipcios habían cincelado en los muros de los templos los nombres de sus reyes nativos, cuidadosamente dispuestos dentro de óvalos regulares, ahora, siempre que se cincelaba un óvalo, este contenía el nombre de Tiberio. En Egipto, Tiberio no gobernaba como primer ciudadano del pueblo romano, sino como faraón.

Por lo tanto, pocas cosas podrían haber inquietado más al *princeps* que ver al nieto de Antonio y a la nieta de Augusto saludados como dioses en Alejandría. Cuando Germánico regresó a la ciudad tras un crucero por el Nilo, se encontró con una misiva furiosa enviada desde Roma. Si las críticas de Tiberio no hubieran sido tan similares a las de Pisón, Germánico habría aceptado y olvidado rápidamente la reprimenda sin duda, pues, al fin y al cabo, nunca había tenido la menor intención de irritar a su tío. Pero lo que sucedió es que, al regresar a Siria, se encontró con un gobernador envalentonado. Durante su ausencia, la campaña de insubordinación iniciada por Pisón había alcanzado nuevas cotas de

insolencia. Cuando Germánico descubrió que hasta la última de sus órdenes había sido anulada, decidió que ya había tenido bastante. A pesar de las venerables canas de Pisón, de que su familia fuera noble y de que tuviera mucha experiencia al servicio de la República, Germánico le metió una sonora y pública bronca.

El gobernador, herido de muerte en su dignidad, decidió marcharse de Antioquía. Pero antes de partir, llegó a sus oídos la noticia de que su adversario había caído enfermo. Pisón se animó, aunque sus esperanzas se vieron frustradas cuando se enteró no solo de que el enfermo se recuperaba, sino de que toda Antioquía estaba ofreciendo sacrificios para que mejorase. Pisón, cuyo juicio estaba en ese momento definitivamente nublado por el desmesurado odio que sentía hacia Germánico, ordenó a sus lictores que disolvieran las celebraciones que encontrasen y luego se retiró Orontes abajo a esperar acontecimientos. Resultó que la situación estaba descontrolándose. Antioquía rebosaba de rumores sobre venenos y brujería. Según parecía, Germánico no solo había sufrido una recaída, sino que además sus sirvientes habían descubierto al registrar su dormitorio marcas de brujería ocultas en las paredes y bajo los tablones del suelo: huesos, sangre seca y manchas de ceniza. Mientras agonizaba, el propio Germánico había señalado directamente a Pisón como responsable.

Así fue como, por segunda vez, el viaje de un joven césar a Oriente acabó en catástrofe. Pero aunque la pérdida de Cayo había sido, sin duda, un durísimo golpe para Augusto y luego se sospechara que la oscura mano de Livia había participado en ella, dichos sucesos no tuvieron las consecuencias que ahora amenazaba tener la muerte de Germánico. Sus últimas palabras, pronunciadas con su acostumbrado tono cargado de emoción desde la capital del Asia romana, difícilmente habrían podido causar más dificultades a Tiberio. En primer lugar, había acusado directamente al legado y amigo del *princeps* de conspirar para su asesinato. Luego, a pesar de que había urgido a Agripina a refrenar su tendencia instintiva a los grandes gestos, Germánico ordenó a todos cuantos rodeaban su lecho de muerte que se aprovecharan precisamente de esa tendencia. «¡Mostrad al pueblo romano a la nieta del divinizado Augusto y recitadles los nombres de mis hijos!».[48]

Este llamamiento representaba todo aquello por lo que el *princeps* nunca había confiado por completo en su sobrino; sin embargo, inclu-

so mientras Germánico todavía estaba pronunciando esas palabras, el hombre al que habían enviado a Asia a contrarrestar los instintos del joven y que encarnaba la severidad y la dureza del propio Tiberio no hacía sino echar leña al fuego. Pisón, cegado por el insulto que había sufrido su honor, fue incapaz de dejarlo correr. Cuando se enteró de la muerte de su rival, se alegró tanto que hizo abrir las puertas de los templos, ofreció sacrificios de agradecimiento a los dioses y realizó grandes donativos a sus hombres. Luego, cuando los senadores del séquito de Germánico nombraron a uno de entre ellos para que lo sustituyera como gobernador, un excónsul llamado Sentio, Pisón recurrió a la fuerza para defender el que, después de todo, seguía siendo legalmente su cargo. Unos ciudadanos se enfrentaron a otros: los «pisones» tomaron las armas contra los «cesaristas».[49] Cincuenta años después de la batalla de Accio, parecía que los males de la guerra civil, que «la divina voluntad del divinizado Augusto y las virtudes de Tiberio César Augusto habían dejado atrás»,[50] regresaban para atormentar al mundo.

El rostro humano de la crisis, como bien había deducido el agonizante Germánico, lo puso Agripina. En lugar de esperar a la primavera, se embarcó hacia Roma tan pronto se enfriaron las cenizas de la pira de su esposo. Agripina se adentró en el Mediterráneo en pleno invierno para regresar a su hogar y solo detuvo su viaje para intercambiar insultos con Pisón después de un roce involuntario con su flotilla. Cuando finalmente atracó en Brundisium, fue como si toda Italia se hubiera reunido allí para recibirla. Al aparecer con el rostro pálido sobre la pasarela, sosteniendo la urna que contenía las cenizas de su marido, y con Calígula y la pequeña Julia Livila a su lado, los sollozos y gritos de dolor de la multitud se fundieron en un gran aullido animal de dolor. Desde la confirmación definitiva de la muerte de Germánico, el dolor inundaba la ciudad de Roma. «No hay ningún don que pudieran concebir el amor o la inteligencia con el que no hubiera sido bendecido».[51] En ese momento, el lento y majestuoso viaje de sus cenizas hacia la ciudad adquirió un aire de tributo final: no el de una mera procesión funeraria, sino el de un triunfo. Los pretorianos escoltaron al héroe caído durante el trayecto; los lictores dieron la vuelta a sus fasces y se despojó a los estandartes de todo ornamento; el incienso que quemaban los que acudían a presentar sus respetos inundó con su amargo perfume toda la longitud de la vía Apia. Sesenta y cinco kilómetros al sur de la capital,

las cenizas fueron recibidas por el hermano de Germánico, el lisiado y decididamente poco heroico Claudio, por su hermano adoptivo, Druso, y por los cuatro hijos que él y Agripina habían dejado en Italia. Luego, al llegar a Roma, se unieron a la procesión los dos cónsules y un gran número de senadores. El cortejo fúnebre avanzó por calles abarrotadas en las que no se oía nada más que los lamentos de los dolientes. No se detuvieron hasta llegar al Campo de Marte. Allí, iluminados por un gran número de antorchas y ante la mirada de Agripina, vestida de negro, los restos mortales de Germánico fueron depositados con reverencia en su lugar de descanso final: el gran mausoleo de Augusto.

Nada se supo de su tío, el primer ciudadano de la República, durante el desarrollo de tales acontecimientos. Como siempre, Tiberio consideraba que demostrar públicamente dolor era deshonroso. Ni él, ni Livia, ni la madre de Germánico aparecieron en público. ¿Acaso tenían que dejar que la lacrimosa autoindulgencia de la chusma dictara la manera en que debían pasar su duelo? Sin embargo, el ambiente de la ciudad se estaba volviendo tóxico. La ausencia del *princeps* de los actos públicos de duelo se interpretó, en el mejor de los casos, como un insulto o, peor todavía, como una admisión de culpa. La acusación que había hecho Germánico en su lecho de muerte, que Pisón lo había envenenado, estaba en boca de todos. Una acusación de ese tipo era difícilmente refutable. Para Tiberio habría sido profundamente humillante tener que señalar, como muy bien podría haber hecho, que el clima del Levante mediterráneo era notoriamente insalubre; que muchos sucumbían allí a las enfermedades, y que las supuestas marcas de brujería encontradas bajo los tablones de madera del suelo del dormitorio de Germánico podrían haber sido perfectamente restos y marcas de animales. Sin embargo, su silencio estaba envenenando la atmósfera de la ciudad. Al pueblo romano, furioso y abrumado por el dolor, no le costaba encontrar el motivo de su falta de reacción. Saludaban a la viuda de su héroe como la última nieta de Augusto que seguía con vida, y rezaban para que sus hijos «sobrevivieran a sus enemigos».[52]

Tiberio se sintió amargamente dolido. A pesar de siempre haber despreciado tanto a la plebe como a aquellos que buscaban seducirla, de vez en cuando se sobrecogía al ser consciente de lo impopular que era. Que lo despreciaran por ser un cuco en el nido, manchado con la sangre de pollitos inocentes, amenazaba con dañar algo más que su mera

reputación. El *princeps* no era el único a quien esta crisis amenazaba. El Senado, cuya autoridad y valores Tiberio siempre había aspirado a defender, también había empezado a sentirse amenazado. Había algo acre en la forma en que la ciudad lloraba a su favorito desaparecido. En las calles, todo el mundo creía que Germánico había sido asesinado por ser amigo del pueblo. Había defendido que todo el mundo tuviera los mismos derechos, o eso se rumoreaba, y deseado devolver al pueblo romano las libertades que había perdido. La multitud se reunió en el Campo de Marte para acompañar a la procesión funeraria como si estuviera en asamblea, dispuesta para votar. Tiberio, que seguía teniendo al lobo agarrado por las orejas, notó como se le erizaban los pelos, enseñaba los dientes y percibió el hambre en su aliento. Sabía que quería carne.

Por lo tanto, no se podía hacer otra cosa que darle una presa. La víctima sacrificial, como Tiberio sabía perfectamente, se había ofrecido ella misma. El intento de Pisón de aferrarse al mando de su provincia no había salido como este esperaba. Derrotado en campo abierto y expulsado de su guarida por Sentio, no le había quedado más alternativa que negociar la rendición. Lo mejor que había obtenido había sido un salvoconducto para volver a Roma. Él y su mujer remontaron el Tíber y se adentraron en el ojo del huracán con un despliegue calculado de sangre fría. En lugar de encogerse ante la furia de la plebe, optó por atracar, en el momento del día en que había más tráfico, directamente frente al mausoleo de Augusto, donde se habían depositado hacía poco tiempo las cenizas de Germánico y luego, esa misma noche, celebró un opíparo banquete en su casa. En el Foro, desde donde se veían las guirnaldas que adornaban la villa de Pisón, los incrédulos romanos hervían de furia. Al día siguiente, nadie se sorprendió de que Pisón fuera acusado formalmente ante los cónsules. Aun así, los colegas de Pisón no se atrevieron a darle el golpe de gracia. Los cónsules remitieron la investigación al *princeps*, y este la remitió al Senado. Pisón, tan indómito como siempre, se negó en redondo a confesarse culpable del crimen por el que todo el mundo fuera del tribunal ya lo había condenado: insistió una y otra vez que él no había envenenado a Germánico. Aunque es cierto que eso no lo exoneraba del resto de acusaciones, pues no podía ser más evidente que era culpable de insubordinación y de provocar una guerra civil. Sin embargo, la acusación tenía problemas para proceder incluso con respecto a estos cargos. Todos los senadores

eran conscientes del incómodo hecho de que Pisón era el legado del césar. La correspondencia entre los dos hombres, a pesar de repetidas peticiones, seguía siendo secreta. Por otra parte, nadie parecía estar más incómodo que el propio Tiberio. El *princeps* seguía debatiéndose agónicamente en un complejo dilema. Si no castigaba a Pisón, el pueblo romano vería confirmadas sus más oscuras sospechas; pero si se lavaba las manos a la hora de decidir el destino de un viejo amigo, ponía al pie de los caballos a un aliado de confianza y permitía que un hombre de una familia distinguida fuera linchado por las masas, la traición sería sobrecogedora. Así pues, Tiberio siguió dándole vueltas al asunto, y en las calles, la furia y la indignación aumentaron.

El estallido, cuando se produjo, forzó la mano a todo el mundo. Manifestantes tomaron las calles y derribaron las estatuas de Pisón, las arrastraron hasta el pie del Capitolio y luego las subieron a medio camino por las escaleras que llevaban a la cima de la colina. Allí, a la vista del Foro, las hicieron pedazos. El simbolismo difícilmente podía haber sido más evidente. A un lado de las Gemonías, que era como se conocían esas escaleras, se encontraba la única prisión de la ciudad, en la que se encerraba a los criminales que esperaban la ejecución; al otro, estaba el templo de la Concordia, que recientemente había restaurado Tiberio con no poca controversia. El *princeps*, que reconoció que aquello era un desafío directo a su autoridad, envió a los pretorianos para que salvaran y restauraran las estatuas, y luego escoltaran a Pisón en una litera hasta su casa. A la mañana siguiente, en un nuevo gesto desafiante, el acusado regresó al Senado; pero en cuanto entro en la cámara, supo que todo había terminado para él. No encontró una sola mirada de simpatía; todas las voces se alzaron enfurecidas contra él. La más escalofriante era la expresión del propio Tiberio: «despiadada, desapasionada, desprovista de toda emoción».[53] Esa noche, cuando Pisón regresó a su casa, se preparó para irse a dormir como siempre había hecho. Luego, cuando su mujer hubo salido del dormitorio, ordenó que cerraran las puertas y se abrió la garganta.

Tanto en la muerte como en vida, la venganza de los dolientes plebeyos lo persiguió. El Senado, obedeciendo al odio que las masas sentían por él, declaró delito llorar a Pisón, ordenó que se destruyeran todos sus retratos, confiscó la mitad de sus propiedades y ordenó a su hijo que se cambiara el apellido. Se enviaron copias de este decreto a

ciudades y campamentos a lo largo y ancho del mundo conocido. Al tiempo, con empalagosa formalidad, los senadores expresaron al *princeps* su gratitud por haber vengado a Germánico. El pueblo romano, sin embargo, seguía sin estar convencido, y su desdén no disminuyó. Sabían que Tiberio, en lugar de permitir la ruina total de la familia de Pisón, había expresado compasión por sus desgracias y por el terrible fin que había tenido el propio Pisón. La gente todavía sospechaba del *princeps*. Sabían que era enemigo de sus intereses, sí, pero ahora creían además que asesinaba a sus defensores. Cargar con esa reputación ya era bastante negativo, pero la situación era todavía peor. El Senado, la institución por cuyos intereses Tiberio había estado dispuesto a sacrificar su popularidad entre los plebeyos, había salido muy maltrecho de esta crisis. Lo que le había sucedido a Pisón, a quien el *princeps* había, primero, reclutado como aliado y, luego, abandonado, era a los ojos de muchos senadores una advertencia. Lejos de servirles como modelo de la antigua rectitud, tras lo sucedido en Siria, muchos de ellos concebían a Tiberio como un auténtico monstruo hipócrita. El desprecio que este siempre había sentido hacia los que no se regían por su severo código moral tenía ahora su reverso en la desconfianza que los senadores sentían hacia él. Inexorablemente, incluso los aliados que Tiberio más necesitaba empezaban a preguntarse si podían confiar en él.

Y, después de la tóxica crisis que había padecido la ciudad, puede que el propio Tiberio se encontrara entre los que más lo dudaban.

Consigliere

Roma era una ciudad poblada por los muertos. Aunque la ascensión a los cielos, fuera en la cola de un cometa o con el batido de alas de un águila, era una apoteosis reservada solo a un césar, había otras maneras de convertirse en dios. La sangre de cerdo, derramada sobre la tierra de tumbas recién excavadas, servía para consagrar hasta los espíritus de los más humildes. Si rezabas a los muertos, dejabas violetas sobre sus tumbas y les hacías ofrendas de carne, sal y pan empapado en vino, estos, a cambio, protegían a los vivos. Esas sombras recibían el nombre de *manes:* espíritus que acudían desde el submundo en el que habitaban para prolongar las vidas de aquellos que los lloraban, brindarles sus consejos

en sueños o proteger las cosechas de los campos. En el pasado, mientras Roma ascendía a la grandeza, durante la terrible guerra que había concluido finalmente con la aniquilación de Cartago, estos espíritus habían luchado codo con codo con las fuerzas de asedio romanas, después de que su comandante les hubiera ofrendado la ciudad entera como sacrificio.[54] A los vivos, en consecuencia, les gustaba honrar a los *manes* en festivales adecuados. En febrero, durante diez días enteros, se cerraban los templos, los fuegos de los altares se extinguían y los magistrados aparecían vestidos con sus ropajes más sencillos. Era peligroso negar a los muertos lo que les correspondía. Se decía que un año en que se sintieron descuidados, se habían levantado de sus tumbas. Mientras las piras funerarias ardían por toda Roma, una masa espectral de difuntos había llenado la ciudad con sus alaridos.

«De hecho, eso me resulta muy difícil de creer».[55] Ovidio no era el único escéptico. Cualquiera con inclinaciones intelectuales, y con dinero para pagarse una educación, consideraba que los *manes* eran solo una superstición. Algunos filósofos, osados y modernos, llegaban al punto de enseñar a sus seguidores que nada del espíritu sobrevivía a la muerte. Sin embargo, incluso entre los más modernos de los modernos, subsistía el deseo de la inmortalidad. El propio Ovidio, cuyo exilio al mar Negro le había dado un anticipo de lo que podría ser descender al inframundo, conocía demasiado bien la amenaza del olvido como para no combatirla hasta el final. En el año 17 d. C., entre la excitación del triunfo de Germánico y su partida hacia Oriente, las noticias de la muerte del poeta apenas tuvieron repercusión en Roma. Su voz, sin embargo, no había quedado completamente silenciada. Una última colección de poemas, su testamento póstumo, seguía inédita. «El tiempo desgasta el acero y la piedra». Esas fueron las palabras que Ovidio escribió en los meses anteriores a su muerte. Sin embargo, desde más allá de la tumba, siguió desafiando su poder corrosivo. Puede que no muriese del todo mientras tuviera lectores. Hasta cierto punto, había engañado al tiempo. «La palabra escrita desafía a los años».[56]

Los poetas no eran los únicos que lo apreciaban. Los grandes también lo sabían. Sus nombres estaban inscritos por todas partes en Roma: en los pedestales de estatuas, en los monumentos del Foro, en las listas públicas de cónsules, sacerdotes y generales a los que se había concedido un triunfo, listas que se remontaban hasta los mismos oríge-

nes de la ciudad. La forma más terrible de castigo no era la muerte, sino verse relegado al olvido. En Hispania, la conciencia de este hecho había dado lugar al vandalismo generalizado contra los monumentos de Pisón, mientras que en la isla griega de Samos, en un estallido de pasión mal dirigido, los nativos habían borrado el nombre de su hermano por error. También en Roma la gente clamaba porque el nombre de Pisón se eliminara de todas las inscripciones en las que aparecía; sin embargo, Tiberio se negó. A pesar de autorizar que se borrase su nombre de una estatua de Germánico, no quiso ir más allá. Algo más que la mera piedad por su antiguo amigo lo forzaba a contenerse. Roma no sería Roma sin el registro de todo lo que sus grandes familias habían conseguido. El *princeps* sabía que él era el guardián no solo del futuro de la ciudad, sino también de su pasado.

Tiberio no se hacía ilusiones sobre lo que esto podía simbolizar en la práctica. Sombrío, sardónico y muy dado a la ambigüedad, era todo lo contrario a un ingenuo. En una ocasión, cuando un conocido de su juventud intentó recordarle tiempos pasados, interrumpió al hombre a media frase: «No recuerdo lo que fui».[57] Lo mismo podría haberse dicho de la desaparecida República. Las virtudes y los ideales con los que Tiberio seguía comprometido emocionalmente ya no eran lo que habían sido... y Tiberio lo sabía. La última generación que los recordaba como algo más que anacronismos estaba pasando inexorablemente a mejor vida. En el 22 d. C., sesenta y tres años después de la matanza de Filipos, una de las más venerables amarras hacia el pasado se soltó con la muerte de Junia, la anciana hermana de Bruto. Su hermano, que había asesinado a un césar y fenecido combatiendo a otro, continuó siendo durante el reinado de Tiberio lo que había sido desde su muerte: una no persona. «La mejor cura contra una guerra civil es olvidarla».[58] Sin embargo, el silencio en ocasiones resultaba atronador. En el funeral de Junia, las efigies de sus antepasados, talladas en «piedra brillante e ingeniosa cera»,[59] la acompañaron hasta la tumba... pero de su hermano, el más famoso de todos sus parientes, no se vio ningún retrato. Tampoco lo hubo de su marido Casio, muerto hacía mucho tiempo, que fue un segundo conspirador contra el dictador y que, igual que Bruto, se había suicidado en el campo de batalla de Filipos. Eran dos ausencias destacadas. Al contemplar la procesión, todo el mundo fue consciente de la prominente presencia entre los *manes* de los dos

asesinos, procedentes de la tierra de los muertos para recibir a Junia. En la lectura del testamento de la anciana salió a la luz que este contenía una segunda y todavía más hiriente omisión. En él saludaba a todos los grandes ciudadanos de Roma, excepto a uno. No había ni una sola mención al *princeps.*

Tiberio no se dignó a mostrar resentimiento. Las mujeres, según la amarga experiencia que había tenido con ellas, eran mucho más problemáticas cuanto más cerca estaban de la casa de uno. A pesar de que Junia había sido rica y disfrutado de una buena posición e influencia, no había sido la mujer más rica y con más influencia de su generación. Ese honor, como Tiberio sabía mejor que nadie, recaía en una viuda distinta. El 22 d. C., el mismo año en que Junia partió al inframundo, la igualmente venerable Augusta cayó enferma... sin embargo, protagonizó una rápida y completa recuperación. Nadie se sorprendió mucho. Livia Drusila, como había sido llamada en otros tiempos, era célebre por su dominio de los fármacos. Pero su aura de indestructibilidad no se debía solamente a un botiquín bien provisto. La Augusta, que se había envuelto en los privilegios que le había legado su divinizado marido del mismo modo que siempre se había envuelto en su *stola,* era una mujer como ninguna otra en la historia de la ciudad. Todo en ella era excepcional. Sacerdotisa, tribuna o incluso *princeps:* nunca antes los rangos masculinos habían tenido una forma tan desconcertantemente femenina. Y, para colmo, también era madre. «De qué manera más excelente ha servido la Augusta a la República dando a luz a su *princeps*»:[60] así se pronunció formalmente el Senado. Una historia que se contaba del árbol que había nacido de la ramita de laurel dejada décadas atrás sobre el regazo de Livia repitió el cumplido de forma macabra. Se decía que, aunque sus ramas habían empezado a marchitarse justo antes de la muerte de Augusto, una de ellas, que Tiberio había portado en su triunfo y luego plantado junto al árbol original, había empezado a florecer. Era como si la Augusta tuviera que nutrir y cuidar el propio linaje de los césares, como si se hubiera convertido en su propietaria. La gente la comenzó a llamar *genetrix orbis,* la «procreadora del mundo».[61]

Y eso, por supuesto, no contribuía en absoluto a mejorar el humor de su hijo. Había mucho más en juego para Tiberio que un mero resentimiento personal. No podía evitar ver la continua influencia de la

Augusta en los asuntos del Estado, a pesar de sus reiterados intentos de contenerla, como una permanente amenaza a su propia autoridad. Su intromisión en el juicio a Pisón había resultado particularmente tóxica. Plancina, la esposa del condenado, había sido una de las favoritas de la Augusta, que siempre cuidaba de sus amigas. A pesar de que Tiberio se había lavado las manos a la hora de decidir sobre el destino de Pisón, se había visto obligado a ir al Senado a rogar por la vida de Plancina, una experiencia que le resultó mortificante. Los crímenes de los que se acusaba a Plancina, que iban desde el envenenamiento a la brujería, no podrían resultar más sórdidamente femeninos... como tampoco pudo la telaraña de intrigas tejida por la Augusta, durante mucho tiempo oculta a los ojos del público, ser revelada de forma más vergonzosa. Tiberio, que lo único que desdeñaba más que la compañía de las mujeres era que estas se entrometieran en los asuntos de Estado, había sido doblemente mancillado. Las oscuras insinuaciones de Agripina, quien sugería que el *princeps* era un maquinador, un hipócrita homicida y un hombre despiadadamente hostil hacia ella y sus hijos, parecieron confirmarse a ojos de muchos de sus admiradores. La propia Agripina, viendo como le robaban su venganza sobre Plancina, se enfureció todavía más. Las relaciones entre ella y la Augusta fueron de mal a peor.

Tiberio, atrapado entre su esposa y su hijastra, se descubrió irremediablemente enredado en los rumores que corrían por la corte. En el pasado, en lugar de tolerar los diversos compromisos y humillaciones de las maniobras dinásticas, había preferido abandonar Roma. Como *princeps,* por supuesto, difícilmente podía marcharse a Rodas... pero con Druso, su hijo, ya curtido en las lides del gobierno, y aunque joven, ya con un triunfo y dos consulados en su haber, Tiberio podía contemplar retirarse, al menos hasta cierto punto. Cualquier cosa para librarse de las dos importunas viudas que había en su vida.

No se libraría fácilmente de ellas y, además, pronto serían tres. Livila, la hermana de Germánico y Claudio, era una mujer cuyos maridos siempre se habían caracterizado por su gran ambición. El primero había sido el nieto de augusto, Cayo; el segundo, su propio primo, Druso. De pequeña había sido un patito feo, pero al crecer se había convertido en una mujer célebre por su belleza, elogiada en el Senado por su esposo, quien se refería a ella como su «mejor amada».[62] También Tiberio tenía motivos para tenerla en buena con-

sideración: en las tristes semanas que habían seguido a la muerte de Germánico, había aportado a su tío un breve respiro de la crisis al dar a luz a dos gemelos. Sin embargo, Livila decididamente no era una mujer que llevara paz allí donde había discordia. De niña, había sido muy maliciosa: se burlaba de su hermano Claudio por sus discapacidades; y al crecer no se demostraría menos malévola. Díscola, voluble y extremadamente agresiva con cualquiera que amenazara las perspectivas de progreso de sus hijos, combinaba un interés excesivo por el sexo opuesto con una profunda capacidad para el odio. Hacia el 23 d. C., solo un par de años después de que su marido la hubiera alabado ante sus colegas senadores, su matrimonio estaba en crisis. El propio Druso, a quien siempre había gustado vivir al límite y cuya brutalidad era tal que las espadas afiladas se conocían como «drusas» en su honor, pareció entrar en una vertiginosa decadencia. Irascible y violento, la bebida se convirtió cada vez más en su peor aliado. En un momento dado, durante una fiesta con Sejano, su antiguo compañero en la supresión del motín panonio, perdió los nervios y le dio un puñetazo en la cara al prefecto de los pretorianos. Su padre, alarmado, empezó a preocuparse por su salud. A continuación, en septiembre, Druso cayó gravemente enfermo. El día 14 de ese mismo mes, murió.

En dos ocasiones había recibido Augusto un golpe similar; la primera con la pérdida de Agripa y luego, con la de Cayo. Tiberio, con el rostro impertérrito como siempre, no se rebajó a mostrar su dolor en público. Al llegar al Senado, calmó las ostentosas muestras de dolor. «Busco un consuelo más adusto. Llevo la República en mi corazón». Aun así, no se podía disimular la escala de la calamidad que se había desencadenado sobre él y sus planes. Sin rodeos, el *princeps* explicó las implicaciones a sus colegas senadores. Les dijo que su idea era que Druso criara y educara a los hijos de Germánico, que llevaban en sus venas, gracias a su madre, la sangre del divinizado Augusto. Al presentar a los dos hermanos mayores de Calígula, Nerón y Druso, Tiberio los ensalzó ante la cámara. «Adoptad y guiad a estos jóvenes, estos vástagos de un linaje incomparable».[63] Fue un momento descarnado y doloroso. Todo quedó al descubierto: el agotamiento cada vez mayor de Tiberio; su aspiración de forjar una alianza que le permitiera aliviarlo y su deseo de creer que la lealtad a Augusto todavía podría cuadrarse con las tradiciones de la República. Cuando el *princeps* cerró su discurso con la

promesa, cargada de emoción, de devolver a los cónsules las riendas del poder, puede que de verdad creyera lo que decía.

Sin embargo, de ser así, solo fue durante un instante. El Senado recibió las palabras de Tiberio con hosco escepticismo. Los senadores habían oído todo aquello antes. También Tiberio, después de toda una década intentando educar a los senadores en lo que esperaba de ellos, empezaba a perder las esperanzas de asociarse con ellos. «Hombres preparados para la esclavitud»,[64] solía murmurar entre dientes al salir de la cámara. No es sorprendente, pues, que con Druso muerto y el Senado como un junco quebrado, Tiberio comenzara a buscar apoyo en otras partes. Por muy heredero de los Claudios que fuera, no despreciaba la ambición de los que querían ascender en la vida, siempre que fueran capaces. Era por todos sabido que había concedido su apoyo a hombres con los orígenes más humildes imaginables, de algunos de los cuales se rumoreaba que eran hijos de esclavos. «Sus logros», comentó el *princeps* sobre uno de estos hombres nuevos, el hijo de un gladiador que acabaría convirtiéndose en gobernador de África, «son paternidad de sobras».[65] Cuanto más aislado y cansado se sentía Tiberio, más razones tenía para valorar mucho a estos sirvientes. Es por ello que, en la desoladora estela de la muerte de Druso, no acudió en busca de socorro a nadie de su propio linaje, ni tampoco a ningún compañero de juventud ni senador, sino que recurrió a un mero ecuestre, un etrusco de procedencia provinciana y modesta: Lucio Elio Sejano.

Incluso con Druso todavía vivo, Tiberio había honrado al prefecto pretoriano con múltiples muestras de favor. Otras personas le traían problemas, pero Sejano le traía soluciones. Cuando el gran teatro de Pompeyo se incendió, fueron los pretorianos quienes corrieron a luchar contra las llamas y evitaron que se extendieran; en reconocimiento a este servicio, y obedeciendo a los evidentes deseos de Tiberio, el Senado votó honrar al prefecto con una estatua de bronce en el reconstruido complejo. Naturalmente, la mayoría de los senadores lo hicieron a regañadientes, pero un número suficiente de ellos estaba alerta a las cambiantes corrientes de influencia, o había sido admitido en el Senado gracias a la influencia de Sejano, como para aportar al prefecto una facción de un tamaño considerable. Hacia el año 23 d. C., el año del fallecimiento de Druso, había empezado a establecerse de forma cada vez más decisiva como un hombre en alza. En el extremo nororiental

de Roma, en uno de los puntos más elevados de la ciudad, los obreros llevaban dos años trabajando en un vasto proyecto. Muros de ladrillo y cemento y entradas defendidas por torres protegían un enorme y cuadriculado complejo de barracones: era la inconfundible planta, estampada en la misma estructura de Roma, de un campamento legionario. A partir de entonces, bajo la prefectura de Sejano, los pretorianos ya no estarían dispersos por la ciudad. Los días en que se debía ocultar su existencia habían quedado atrás. En su lugar, concentrados en una única fortaleza y comandados por oficiales nombrados por el mismo prefecto, quedaban ahora a la vista de toda la capital. Puede que Sejano perteneciera al orden ecuestre, pero ¿qué magistratura a la que pudiera acceder un senador podía compararse en poder intimidatorio al mando del campamento pretoriano?

El propio Sejano, sin embargo, era plenamente consciente de que su poder estaba construido sobre arenas movedizas. No ocupaba ninguna magistratura, y ni siquiera era senador. Su autoridad no tenía más base legal que la que había tenido, por ejemplo, la de Mecenas. Sin Tiberio, él no sería nada... y Tiberio tenía ya sesenta y cinco años. No obstante, la muerte de Druso permitió a Sejano vislumbrar una emocionante oportunidad: la ocasión de establecerse a sí mismo no como un Mecenas, sino como un Agripa. Ahora que Tiberio había perdido a su hijo, la familia Augusta estaba formada esencialmente por niños que no habían sido probados. Si el propio *princeps,* por el motivo que fuera, falleciera, habría una necesidad urgente de alguien que actuara como regente de sus herederos. Al fin y al cabo, como el propio Tiberio había reconocido abiertamente ante el Senado, los hijos de Germánico no tendrían ocasión de demostrar que eran dignos descendientes de Augusto si no se los educaba y formaba con atención. Sejano, muy hábil en la casi imposible labor de desentrañar los pensamientos de su señor y de interpretar correctamente sus muchas ambigüedades, había reconocido hacía tiempo la paradoja que yacía enterrada en las profundidades de su mente. Entre la devoción de Tiberio hacia el Senado tal y como imaginaba que debía ser y su desprecio por lo que era en realidad, existía una tensión irreconciliable. Para un agente tan inteligente y sutil como Sejano, eso presentaba una tentadora oportunidad. La fe que Tiberio había expresado tan públicamente en el Senado como tutor de los jóvenes Nerón y Druso era, en realidad, muy precaria. En la mente del emperador, la confian-

Hijos de la loba: Rómulo, el fundador de Roma, y su hermano gemelo Remo son arrastrados a la Lupercal, la cueva que se encuentra en una de las laderas del Palatino. El río Tiber observa la escena recostado sobre un codo junto a ellos. (Wikimedia Commons)



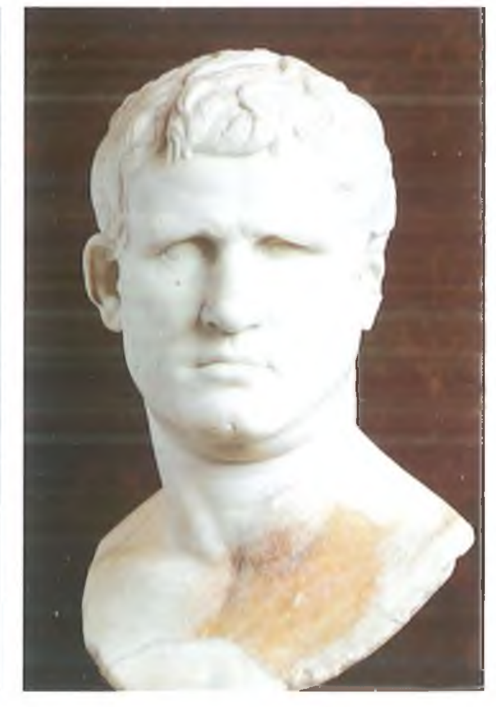
Los asesinos de Julio César abandonan la escena del crimen, tal y como se lo imaginó el pintor Jean Léon Gérome en 1859. (Wikimedia Commons)



Livia Drusila. Una mujer bella, inteligente y con muy buenos contactos a la que se le concedieron una serie de honores que ninguna otra mujer en Roma había recibido antes que ella. (Fotografía: Tom Holland)



Caesar Divus, «César, hijo de un Dios», con un pie apoyado sobre el globo terráqueo. (Pixabay)



Marco Vipsanio Agripa: un *consigliere* supremo. (Wikimedia Commons)

Rómulo con la armadura de un rey enemigo: el «botín de honor». El fundador de Roma fue el primero de un pequeño número de comandantes romanos que mataron a un enemigo en combate individual. Esta pintura procede del exterior de una tienda de Pompeya, pero muestra una estatua encargada por Augusto, erigida en el templo de Marte Vengador. (Wikimedia Commons)





Augusto como *Pontifex Maximus*, un hombre pío y austero al servicio de los dioses. (Wikimedia Commons)



El templo de Marte Vengador, que Augusto dedicó al dios el 12 de mayo del 3 a. C., muchas décadas después de haber jurado dedicárselo. (Ilustración de Gareth Blayney)



En Roma, el falo era una imagen omnipresente. Un romano debía tener un pene dominante y potente. (Wikimedia Commons)



La familia Augusta tal y como Augusto quería que se la representara. Agripa, con la cabeza cubierta por una toga, está de pie en la esquina izquierda; es muy probable que la mujer que está junto a él (aunque podría ser Livia) sea Julia, su esposa. Los dos niños son Cayo y Lucio: los nietos y, a la vez, hijos adoptivos de Augusto. (Wikimedia Commons)

Tiberio y su madre.
(Fotografía: Tom Holland)



Marsias, el sátiro a quien, según se dice, los griegos desollaron vivo. Los italianos creían que escapó por los pelos y huyó a Italia. Una estatua suya erigida en el Foro era para el pueblo romano un símbolo venerable de libertad.
(Wikimedia Commons)



Altar erigido en el cruce de caminos de Vicus Sandalarius. En él, Cayo aparece junto a Augusto y Livia. (Wikimedia Commons)



En el bosque. El terreno elevado más allá del lugar de la matanza en la que fallecieron P. Quintilio Varo, gobernador de Germania, y tres legiones enteras. (Fotografía: Tom Holland)

Máscara de caballería romana encontrada en el lugar en que se luchó la batalla del paso de Teutoburgo. (Wikimedia Commons)



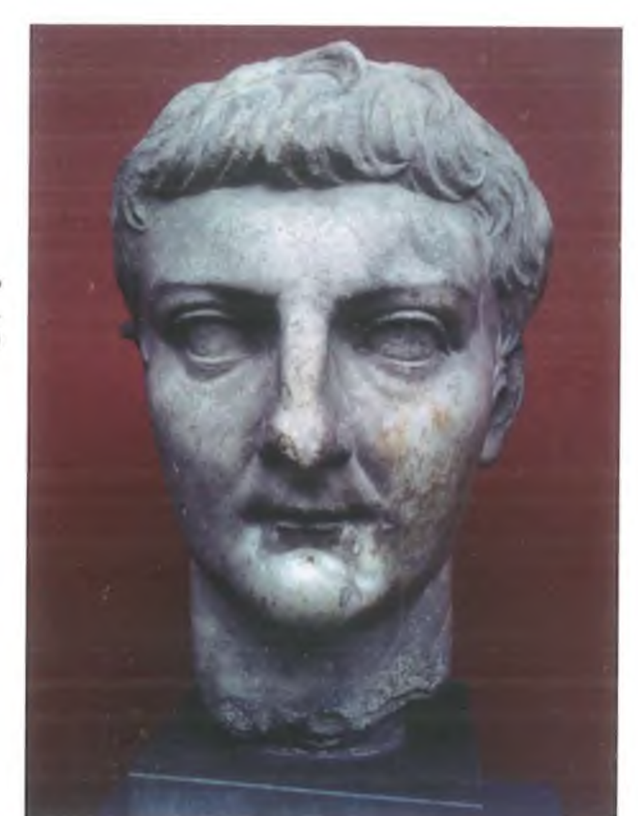
César Augusto triunfante. Una mujer que simboliza el mundo civilizado le coloca una corona de hojas de roble, mientras que, debajo, unos bárbaros se postran mientras se levanta un trofeo de la victoria. (Wikimedia Commons)

Se dice que, en su lecho de muerte, Augusto preguntó si había interpretado bien su papel en la comedia de la vida. Incluso siendo un anciano, se mantuvo en su papel. (Fotografía: Tom Holland)

Se dice que los higos eran la comida favorita de Augusto. (Wikimedia Commons)

Pianosa, la pequeña isla situada frente a la costa oeste de Italia a la que Agripa Póstumo fue exiliado. Era una de las muchas islas que Augusto y sus sucesores utilizaron como cárceles para los miembros de su familia caídos en desgracia. (Wikimedia Commons)

Germánico: sobrino de Tiberio y predilecto del pueblo romano. (Fotografía: Tom Holland)



Agripina llega a Brundisium con las cenizas de Germánico. Lienzo al óleo de Benjamin West pintado en 1768. (Wikimedia Commons)

Spelunca, donde Tiberio creó su parque de atracciones mitológico y escapó, casi por los pelos, de morir mientras cenaba fuera de la cueva. (Fotografía: Tom Holland)

Los altos acantilados de Capri ayudaron a que la isla se convirtiera en un lugar de retiro impenetrable para Tiberio durante sus últimos años de vida y alimentaron los rumores sobre sus supuestas depravaciones inefables. (Fotografía: Tom Holland)

Calígula se dirige a la guardia pretoriana. Brilla por su ausencia una mención al Senado, que sí aparecía en las monedas acuñadas durante los reinados de Augusto y Tiberio.(Wikimedia Commons)



«En mi opinión, la naturaleza lo ha creado para demostrar cuán lejos puede llegarse al combinar un vicio incontenible con un poder ilimitado». Calígula, descrito por el filósofo Séneca. (Fotografía: Tom Holland)

Una cámara subterránea en el Palatino con la que es posible que se marque el lugar exacto en el que fue asesinado Calígula. (Pixabay)



En esta pintura de 1871 de *sir* Lawrence Alma-Tadema, Calígula yace sin vida al pie de una estatua de Augusto, mientras que el cobarde Claudio es descubierto escondido tras una cortina. (Wikimedia Commons)

Dos cautivos son hechos esclavos por un soldado. Para muchos esclavos, la servitud era como la muerte en vida; para una pequeña minoría, era un pasaporte hacia el poder. (Wikimedia)



Claudio, el emperador de vientre sin grasa que conquistó tierras de ultramar, toma por la fuerza a una malhadada y sumisa Britania. (Wikimedia Commons)



El modelo de matrona romana pía: Mesalina, con Británico en el brazo. (Wikimedia Commons)

En una ciudad tan poblada y contaminada como Roma, los jardines eran un símbolo supremo de estatus. Sin embargo, quien poseía un jardín atraía tanto el peligro como el prestigio. (Fotografía: Tom Holland)



El nuevo puerto de Ostia. Claudio empezó y completó la mayor parte de su construcción, aunque fue Nerón quien finalizó las obras, y quien no dudó en llevarse todo el mérito. (Wikimedia Commons)



Es complicado... Nerón y su madre. (Wikimedia Commons)



Un barco se hunde en la bahía de Nápoles, representado en unas saunas junto a la entrada al puerto de Pompeya. (Fotografía: Tom Holland)



Dispositivo de castración: los amos de esclavos los utilizaban en los chicos bellos. También los devotos de la diosa siria se autocastraban con este mecanismo. (Wikimedia Commons)

El gran incendio de Roma, representado por Hubert Robert a principios de la década de 1770. (Wikimedia Commons)



El coloso de bronce encargado por Nerón para guardar la entrada de su *Domus Aurea*. Tras su muerte, la estatua daría nombre al gran anfiteatro erigido en el lugar en que el emperador había construido su extravagante obra arquitectónica: el Coliseo. (Pixabay)

Nerón Claudio César Augusto Germánico. (Wikimedia Commons)

za y la sospecha eran simplemente dos caras de la misma moneda. La admiración por los códigos de su clase, por las tradiciones del Senado y por el legado de la República: toda esa fe podía corromperse con facilidad. Sejano, en último término, se demostraría letalmente eficaz en la labor de pervertir los instintos de Tiberio y de alimentar los elementos más paranoicos de su compleja y desconfiada mente.

La clave de la estrategia del prefecto era Agripina. Todo en ella irritaba a Tiberio: era altiva, tenía un temperamento explosivo y estaba impaciente por ver a sus dos hijos elevados al rango que creía apropiado a su linaje. Cuando Sejano susurraba al oído de su señor que las ambiciones de aquella mujer estaban dividiendo el Senado en facciones, igual que habían hecho las ambiciones de su madre, el *princeps* tendía a creerlo. La primera crisis abierta entre ambos se produjo pronto, el 24 de enero. Fue durante el cambio de año romano, día en el que Jano, el dios que daba nombre al mes, actuaba como guardián de la puerta. El dios tenía dos caras: una que miraba hacia atrás, al pasado, y otra que miraba siempre hacia el futuro. Era, pues, un momento propicio para que los sacerdotes ofrecieran plegarias por el bienestar del *princeps.* Sin embargo, ese año en particular se introdujo un cambio en la fórmula. Junto al nombre del emperador, se mencionaron los nombres de los dos hijos de Agripina, Nerón y Druso. Tiberio explotó. Cuando exigió que los sacerdotes le dijeran si habían incluido a los niños a petición de su madre, estos lo negaron tajantemente, pero la negativa apenas apaciguó al *princeps.* Seguía teniendo muy presente el siniestro precedente de Cayo y Lucio, que habían sido vergonzosa y excesivamente promocionados décadas atrás. En un discurso ante el Senado, Tiberio los previno severamente contra consentir a los jóvenes príncipes. Agripina, mientras tanto, tomó aquello como una confirmación de que tenía sobrados motivos para estar resentida con Tiberio. La relación entre ambos se tornó todavía más gélida.

Sejano sintió que su ocasión había llegado y se aseguró de no desperdiciarla. Si quería aislar a Agripina y debilitar el dominio que tenía sobre sus hijos, tenía que destruir a sus aliados en el Senado. Naturalmente, bajo el mandato de un *princeps* que respetaba tanto las formalidades legales como Tiberio, recurrir a la violencia descarnada para conseguir su objetivo era algo impensable. Pero Sejano no tenía necesidad de llegar a ese extremo. El arma que escogió para esta lucha fue,

precisamente, la propia ley. A lo largo del año, una serie de hombres importantes que habían servido junto a Germánico fueron llevados a juicio por los aliados del prefecto en el Senado. Se presentaron contra ellos cargos que iban desde la extorsión hasta la *maiestas*. Uno de los acusados se suicidó antes de que se llegara a un veredicto; otros fueron enviados al exilio. Ningún elemento del proceso fue ni siquiera lejanamente inconstitucional. Los tribunales de justicia siempre habían sido uno de los campos de batalla en los que los grandes de Roma maniobraban para conseguir ventaja. La habilidad para convencer a los jueces era un talento que había lanzado la carrera de más de un senador ambicioso. Aunque defender a un hombre del acoso de sus enemigos se consideraba tradicionalmente la acción más honorable que podía emprender un orador, encabezar la acusación no comportaba ningún estigma. El propio Tiberio, que con solo veinte años había conseguido personalmente que se condenara a un hombre que había intentado asesinar a Augusto, ciertamente no veía nada deshonroso en ella. «Es perfectamente aceptable ejercer la acusación, mientras se haga como un servicio a la República, con el objetivo de acabar con sus enemigos».[66] ¿Cómo, entonces, podía el *princeps* no aprobar lo que consagraba tanto la tradición como su propio ejemplo personal?

No obstante, Sejano, con su ojo clínico, había penetrado más profundamente que su señor en las cambiantes circunstancias de su época. La ley, otrora celebrada por los senadores como baluarte de su libertad, ahora prometía al hombre lo bastante despiadado como para explotarla la oportunidad perfecta de aterrorizar incluso a los más osados miembros de la élite y reducirlos a una abyecta sumisión. La ironía de todo aquello era especialmente amarga. Lo que había puesto al Senado a merced de Sejano era una innovación originalmente pensada para proteger su dignidad. En otros tiempos, durante los bulliciosos días de la República, los juicios a los grandes y poderosos habían sido un espectáculo público, celebrado a la vista del pueblo romano... pero ya no era así. Bajo el reinado de Augusto, se había concedido a los senadores el derecho a ser juzgados por sus pares en la privacidad del Senado. En aquel tiempo, habían recibido bien el cambio, pues consideraban que suponía una bienvenida mejora de su estatus. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, descubrieron que todo era una trampa. El senador que juzgaba a otro senador acusado de traición contra el *princeps* no podía

evitar sentirse también en la picota. Su voto sería visible a los ojos de todos, así como también el entusiasmo con el que exigiera la condena. Cuanto más furiosamente exigiera el castigo, más evidente se mostraría su lealtad. Sejano no tuvo necesidad de intimidar a sus enemigos para que guardaran silencio. Los mismos senadores se encargaron de ello. La paranoia y la ambición se combinaban para mantenerlos a todos enfrentados entre sí.

Sin embargo, para garantizar que el mensaje quedaba claro, el prefecto se aseguró de demostrar cuál era el castigo por alzar la voz contra él. Primero, el impenitentemente abrasivo Casio Severo, que había sido exiliado a Creta durante los últimos días del reinado de Augusto, volvió a ser juzgado y sentenciado a una prisión mucho más desolada: una diminuta roca en medio del Egeo. Luego, al año siguiente, se produjo un acontecimiento todavía más ominoso. En el año 22, cuando el Senado había votado colocar una estatua de Sejano en el teatro de Pompeyo, solo un senador, un notorio historiador que llamado Cremucio Cordo, se había atrevido a protestar. Ahora, tres años después, el prefecto soltó a sus perros tras él. Se acusó a Cremucio de un cargo nuevo y horripilante: de haber ensalzado en sus crónicas a Bruto y a Casio, a quienes había llamado «los últimos romanos».[67] Cuando el desventurado historiador, en pie, protestó ante sus colegas senadores que la libertad de alabar a los muertos, fueran quienes fueran, era un antiguo derecho de nacimiento de los romanos, y un derecho, además, que el propio Augusto había sancionado personalmente, los partidarios de Sejano lo silenciaron con abucheos. «Y, al escuchar sus ladridos, supo que estaba acorralado».[68] Cuando abandonó el Senado, Cremucio fue directamente a su casa. Allí, se dejó morir de hambre. La petición de la acusación para que lo alimentaran a la fuerza y así poder infligirle un castigo ejemplar se presentó demasiado tarde ante los cónsules. Sus libros, por decreto oficial del Senado, fueron quemados.

El destino de Cremucio, destruido por lo que había escrito sobre el pasado, ofreció a los senadores una aterradora visión del futuro. Un futuro en el que todos los vínculos de la ciudadanía, incluso el vínculo de la amistad, todas las redes de favores y obligaciones que uno tejía, amenazaban con convertirse en una trampa. Una confidencia compartida durante una cena entre amigos o un fragmento de conversación escuchado en el Foro podían resultar fatales: a partir de ese momento,

el peligro acechaba por todas partes. «Hacer un comentario sobre cualquier cosa era arriesgarse a ser juzgado».[69] En un mundo como este, la confianza era un tipo de infección.

Claramente, los dioses estaban de acuerdo. Como si quisieran burlarse del nuevo espíritu temeroso que reinaba en el Senado, enviaron a la península una enfermedad que no atacaba a la plebe ni a las mujeres de clase alta, pero que se cebó con los hombres de la élite. Se manifestaba primero como una inflamación del mentón y luego se extendía hasta cubrir todo el rostro y la parte superior del cuerpo «con horrendas escamas».[70] La enfermedad, además, se contagiaba por el hábito saludarse con un beso. *Mentagra*, fue el nombre que le dio Tiberio, con su característico humor cáustico: «gota del mentón».[71] Prohibió, mediante un edicto oficial, a los ciudadanos darse hasta el más inocuo besito en la mejilla. Gestos que en otros tiempos habían servido para celebrar un vínculo ahora solo comportaban peligro. Cuanto más íntima fuera una relación, más amenazaba con atraer la catástrofe. La clase alta de Roma se sabía desfigurada, maldita y enferma.

Y lo mismo le sucedía al *princeps* cuando se miraba al espejo. Calvo y encorvado por el paso de los años, en su rostro habían empezado a aparecer llagas ulcerosas. Fuera la propia *mentagra* lo que padecía o alguna otra enfermedad, Tiberio no necesitaba que nada le recordarse lo traicionera que podía resultar la cercanía con alguien. Dentro de su propia casa, sus intentos por acabar con las diversas rivalidades y los odios que corroían a la familia Augusta fueron tan poco efectivos como las cataplasmas que le aplicaban en el rostro. No existía ningún momento tan sagrado ni tan íntimo que no pudiera empezar a podrirse y supurar.

Ni siquiera un sacrificio en honor al propio Augusto era inmune a ser arruinado. Cuando su tío buscaba concitar el favor de su divinizado predecesor, Agripina irrumpió y profanó el ritual. Angustiada porque otro más de sus amigos íntimos estaba siendo llevado a juicio, culpaba de ello no a Sejano, sino al propio Tiberio. Ver a su tío en pie frente a una estatua de su abuelo, con la cabeza piadosamente cubierta por una toga, como correspondía a un sacerdote, hizo estallar la cólera de Agripina. «¡Un hombre que ofrece víctimas al dios Augusto», espetó, «no debería perseguir a sus descendientes! ¿Acaso crees que su divino espíritu se ha transmutado en piedra muda? ¡No! ¡Si quieres ver su auténtico semblante, búscalo en mí, una mujer que lleva su celestial sangre en las

venas!». Tiberio dirigió a Agripina una mirada siniestra y luego se acercó a ella y la agarró con su huesuda mano: «Entonces», susurró, «¿crees que no estar en el poder significa que estás siendo perseguida?»[72]

Todavía fue necesario un enfrentamiento final, un último insulto, antes de que la ruptura de relaciones entre ambos pudiera considerarse definitiva; y quien lo diseñó todo para que ese enfrentamiento se produjera fue, como era inevitable, Sejano. El prefecto, que tenía agentes por todas partes, incluso dentro del círculo de amigos de Agripina, los utilizó para transmitir una advertencia lúgubre: Tiberio planeaba envenenarla. La acusación no podía haber sido más grotesca, pero Agripina la creyó. Cuando en una ocasión su tío la invitó a cenar, ella se negó ostentosamente a tocar su plato. Tiberio, incapaz de creer lo que veían sus ojos, le ofreció directamente de su mano una manzana, y ella se la pasó sin probarla a un criado. Que un hombre que había desenvainado por primera vez su espada en defensa de Roma cuando era todavía un adolescente, que en dos ocasiones había salvado de la ruina los dominios de su ciudad, que a lo largo de su larga y muy distinguida carrera había combatido en muchas batallas, contemplado el blanco de los ojos de sus adversarios, cruzado acero con ellos y bañado en su sangre, fuera acusado ahora de planear llevar a cabo un crimen tan deshonesto, tan ofensivamente femenino como un envenenamiento, era un desaire mortal.

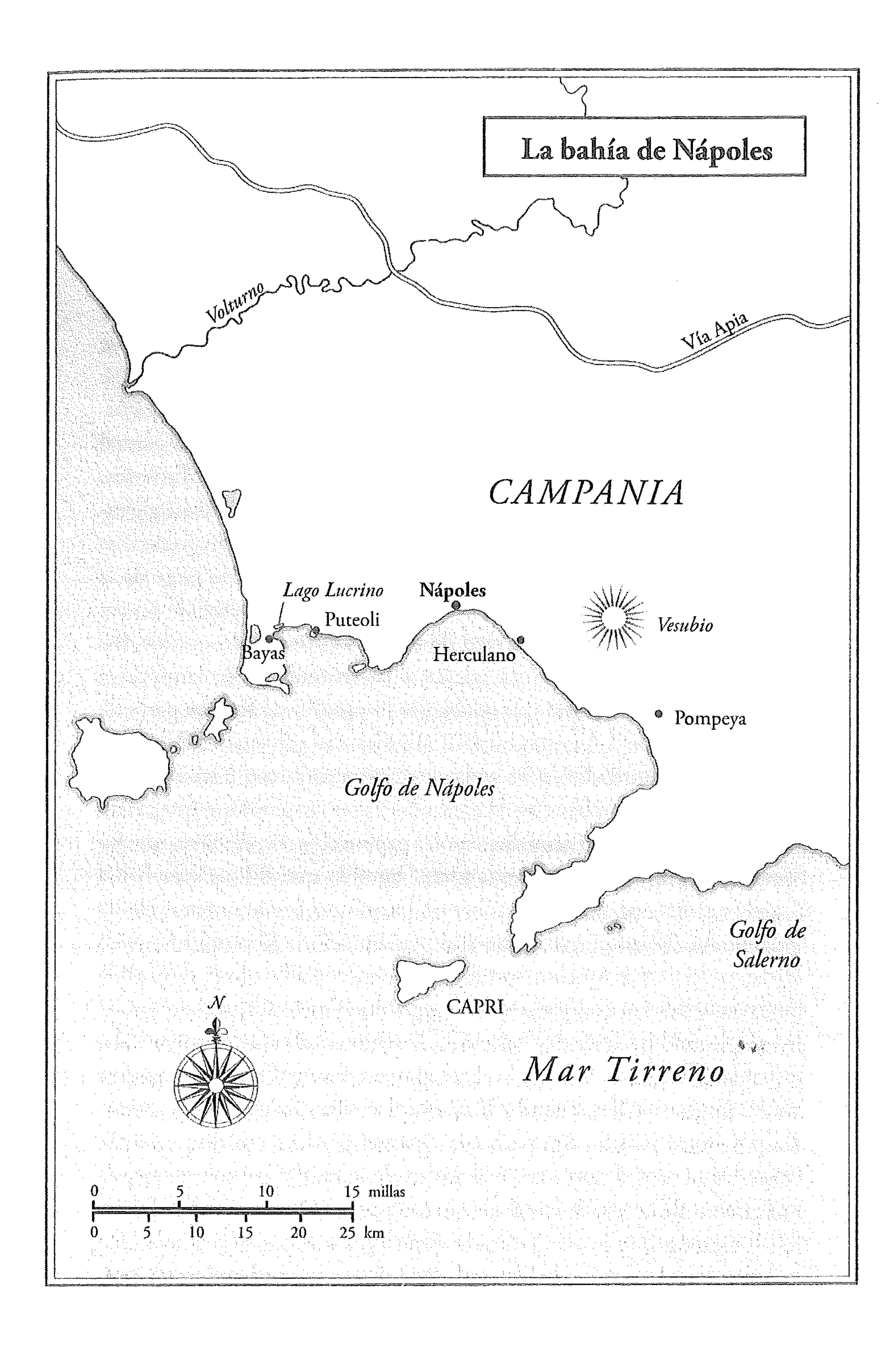
Y no solo para el *princeps*. Lo era también para la Augusta. Los rumores sobre sus actividades se habían, si acaso, vuelto todavía más oscuros desde su elevación a un estado cuasi divino. Se susurraba, y la gran mayoría lo creía, que el propio Augusto había sido víctima de su letal habilidad con los venenos. Se decía que el último día de la vida de Augusto, Livia había salido al jardín de la villa en la que se alojaban y untado la fruta de la higuera que allí crecía con veneno, que Augusto, cuya pasión por los higos era célebre, había ingerido. Ahora, al despreciar tan escandalosamente la fruta que le ofrecía Tiberio, Agripina avivaba las brasas de aquella calumnia, insultando a la madre al mismo tiempo que al hijo. El *princeps*, que no se rebajó a recompensar el gesto de su sobrina con un reconocimiento público, se volvió hacia la Augusta y dijo: «¿Quién puede culparme si contemplo tomar severas medidas contra una mujer que se rebaja a alegar que soy capaz de envenenarla?»[73]

Ya había puesto en marcha una medida en concreto. Se había negado en redondo a conceder a Agripina permiso para volverse a casar.

Tan mal se lo tomó ella que la pena la hizo enfermar. Sin duda, imploró, tenían que quedar hombres en Roma que no consideraran una deshonra proteger a la viuda de Germánico y a sus hijos. Y, desde luego, los había, y por eso era precisamente por lo que Tiberio había prohibido un nuevo enlace. Una viuda de la familia Augusta era oro puro dinástico. Tampoco contribuyó a arreglar las cosas que los rumores vincularan a Agripina con un hombre que el *princeps* detestaba particularmente: un excónsul capaz y ambicioso llamado Asinio Galo, cuyas contribuciones a los debates en el Senado eran siempre sarcásticas y maliciosas.[74] Peor todavía, Galo había estado casado con Vipsania, la mujer de la que se había divorciado Tiberio muchos años atrás por órdenes de Augusto y que siempre había sido el amor de su vida. La perspectiva de dar la bienvenida a un hombre así a la familia Augusta era demasiado monstruosa como para contemplarla. Los defectos personales de Galo, sin embargo, no eran el principal obstáculo. Aunque nunca hubiera causado problemas y su comportamiento hubiera sido el de un perfecto y leal aliado, el *princeps* tampoco habría permitido el enlace. Agripina, igual que Livila, era demasiado valiosa como para terminar con su viudedad.

Incluso el lugarteniente en quien más confiaba Tiberio había sido incapaz de convencerlo de lo contrario. Agripina no era la única persona de su círculo más íntimo que pensaba en el matrimonio. En el año 23, el año de la muerte de Druso, Sejano se divorció de su esposa, Apicata. A pesar de que le había dado tres hijos, su rango no había sido capaz de mantener el ritmo de las ambiciones del prefecto y, por lo tanto, como era natural, tuvo que irse. Sejano esperó durante dos años. Cuando finalmente, en el 25, hizo su jugada, difícilmente podría haber apuntado más alto. Escribió a Tiberio pidiéndole formalmente la mano de Livila. Fue un paso en falso, algo poco habitual en él. Sorprendido, el *princeps* respondió con evasivas. Aunque no deseaba desairar directamente a Sejano, dejó claras sus reservas con respecto al enlace. Permitir que Livila se casara, explicó, inevitablemente intensificaría la rivalidad entre Agripina y ella. Las dos mujeres ya se detestaban mutuamente. Incrementar el mutuo odio que estas sentían era un riesgo que no valía la pena correr. «La casa de César quedaría dividida en dos».[75] Sejano, que comprendió la indirecta, se apresuró a retirarse.

El episodio, sin embargo, no careció de valor para el prefecto. Tiberio, que habitualmente era muy cerrado y reservado, reveló verdades


La bahía de Nápoles
Volturno
Vía Apia
CAMPANIA
Lago Lucrino
Nápoles
Puteoli
Bayas
Herculano
Vesubio
Pompeya
Golfo de Nápoles
Golfo de Salerno
CAPRI
N
Mar Tirreno
0 5 10 15 millas
0 5 10 15 20 25 km

profundas que normalmente mantenía bien ocultas. Sejano apreciaba mejor que nadie en Roma el grado de agotamiento de su señor: por las mujeres de su casa, por las varias facciones del Senado y por la propia capital. «Así fue como Sejano empezó a hablar de las rutinas de la ciudad, de sus multitudes bulliciosas y de todo el mundo que incesantemente agobiaba a Tiberio de la peor manera posible, mientras ensalzaba la calma y la soledad».[76] Estos sentimientos no eran nada radicales. El retiro no era un principio ajeno a la élite romana. Al ciudadano que había servido bien a sus compatriotas rara vez se le reprochaba que se retirase del ruido y la furia de la arena política. Igual que Horacio se había regocijado de los encantos de su granja sabina, también distinguidos senadores se marchaban de Roma para disfrutar fuera de la ciudad de actividades de ocio apropiadas a su rango: conversar con filósofos, mostrar obras de arte muy valiosas o añadir nuevas alas a sus ya gigantescas villas. Por todos los campos de Italia se encontraban haciendas lujosas; pero la mayor concentración de ellas se hallaba a lo largo de la costa al sur de Roma. En la bahía de Nápoles, que se jactaba de poseer el mercado inmobiliario más caro de todos, solo superado por los distritos más exclusivos de la capital, las villas levantadas a lo largo de la costa eran tan numerosas que «daban la impresión de formar parte de una sola ciudad».[77] Algunas estaban erigidas en la misma orilla; otras, colgadas de acantilados, pero todas eran un asombroso testimonio de lo mucho que valoraban los romanos las vistas al mar. Una propiedad de lujo con vistas a la bahía de Nápoles se concebía, desde hacía mucho tiempo, como una señal de grandeza. La villa que Julio César había legado a Augusto, construida sobre un promontorio rocoso, era célebre por enmarcarse en un paraje especialmente precioso. El propio Augusto disfrutó de lo que muchos romanos habrían considerado la despedida perfecta al fallecer tras pasar unos agradables días en Capri.

La lealtad hacia él en Campania, la región en la que se encontraba la bahía de Nápoles, había sido especialmente fuerte. En los días oscuros de las guerras civiles, cuando la península itálica había sido amenazada por flotas piratas, Agripa había amarrado sus barcos directamente entre los bancos de ostras más famosos de la bahía, en una manga de mar tranquila conocida como el lago Lucrino, sin preocuparse del daño que los barcos pudieran causar. Sin embargo, las guerras civiles habían terminado y la flota se había trasladado a una nueva base en un pro-

montorio cercano, donde el daño a las ostras era mínimo. La bahía de Napoles, hermosa y deliciosamente cara, había acabado por convertirse en la principal joya de la paz que presidía Augusto. Incluso las bestias de las profundidades habían ascendido para celebrarla: como si hubiera sido enviado por los dioses para anunciar la nueva era, un delfín se había hecho amigo de un niño que vivía a orillas del lago Lucrino y lo llevaba cada día a la escuela. La historia, que parecía conjurada de un mundo mítico ya desaparecido, ejemplificaba el especial atractivo de la bahía de Nápoles, que combinaba la última moda con un peculiar sabor antiguo. Ciertamente, para un hombre de gustos culturales sofisticados como Tiberio, la región ofrecía más que baños y ostras. Si bien no era tan griega como Rodas, la isla a la que se había retirado muchos años atrás, conservaba los restos de algo todavía más valioso: un toque de los colonos griegos que, hacía ya muchos siglos, habían llegado en barco a la bahía y fundado Nápoles. En resumen, ningún otro lugar ofrecía al adusto y cansado *princeps* un refugio más tentador. Naturalmente, ni siquiera podía pensar en abandonar la responsabilidad que le habían confiado los dioses y el divinizado Augusto... pero eso no tenía por qué ser un problema irresoluble. Campania estaba a un solo día de viaje de Roma. Un *princeps* con la suficiente inteligencia sin duda podía aspirar a dirigir el mundo desde allí. Solo le haría falta una cosa: un lugarteniente en la capital lo bastante capaz y fiel como para ser merecedor de su confianza.

Ya en el año 21 d. C. Tiberio había hecho una prueba al pasar una buena parte del año en Campania. Ahora, cinco años después, planeaba una estancia todavía más larga. Partió de Roma viajando relativamente ligero de equipaje, acompañado solo por un senador. En su séquito iban también una serie de eruditos literarios, hombres que compartían la fascinación de Tiberio por los detalles más recónditos de la mitología y que podían lidiar con las preguntas endiabladamente difíciles que el *princeps* solía plantear a sus invitados. También Sejano, el siempre fiel lugarteniente, cabalgó con el grupo del emperador. Aunque, al ser el representante de su señor en la capital, difícilmente podía ausentarse mucho tiempo, avanzó al mismo paso relajado que el resto de la comitiva. A poco más de cien kilómetros de Roma, Tiberio dejó la vía Apia y tomó una carretera secundaria que llevaba a la costa. Allí, esperándolo frente al mar, se erigía una enorme casa: la villa de Spelunca. Su enorme tamaño, sin embargo, no era el único aspecto del complejo apropiado a su

grandeza. Más allá de los aposentos residenciales, a lo largo de colinas y promontorios, entre cenadores y pabellones, junto a los caminos y sobre los acantilados, se habían dispuesto obras de arte con magistral precisión de tal modo que parecían casi vivas cuando al anochecer las iluminaban las antorchas. Algunas eran antigüedades, otras habían sido recién esculpidas... pero todas eran testimonio de los peculiares intereses de su propietario. Como reflejo de su fascinación por las diversas dimensiones del mito, Spelunca servía al *princeps* como un paisaje de fantasía, poblado por dioses, héroes de tiempos épicos y bestias fabulosas. Un emperador en tamaño parque temático de las maravillas bien podía sentir, al menos por una noche, que las presiones de la capital quedaban muy lejos.

En la época de Eneas, otro héroe —un griego— pasó cerca de Spelunca en barco. Aunque su propia gente lo llamaba Odiseo, en latín se lo conocía como Ulises. Famoso por su astucia y por su largo sufrimiento, intentó durante diez largos años regresar a casa tras el saqueo de Troya y, en el trayecto, combatió contra monstruos y negoció con brujas para lograrlo. Tiberio, que sabía lo que costaba luchar contra las adversidades y sufrir a mujeres tiránicas, claramente sentía afinidad con ese héroe.[78] Junto al mar, donde una cueva natural se abría a las aguas por las que había navegado Ulises, Tiberio creó el espacio gastronómico más asombroso del mundo. La *haute cuisine* era una de las pocas extravagancias en las que el notoriamente avaro *princeps* se deleitaba en gastar su riqueza. Era un esnob consumado en lo referente a vinos, con predilección por las cosechas tratadas con humo, y también se interesó particularmente por la cocina vegetariana, campo en el que descubrió una nueva variedad de espárrago, mandaba importar exóticas plantas bulbosas de Germania o insistía, por encima de las voces de los *gourmets* rivales que el repollo era demasiado delicioso como para considerarlo un alimento vulgar.

Sin embargo, en ningún lugar expresó su fascinación por las artes de la mesa de forma más innovadora que en Spelunca. Sus estanques llenos de agua salada hacían posible cocinar el pescado fresco allí mismo; los pontones sobre los humedales permitían a los invitados disfrutar del banquete directamente en la boca de la cueva, mientras el mar rompía a su alrededor y las antorchas iluminaban las profundidades de la gruta. «Allí, la naturaleza imitaba ingeniosamente al arte»,[79] pero no tan ingeniosamente como el arte embellecía la naturaleza. Inmensas es-

tatuas que representaban las gestas de Ulises aportaban a los comensales un fondo incomparable mientras degustaban sus manjares. Un monstruo emergía de uno de los estanques dentro de la cueva; un enorme gigante de un solo ojo tendido sobre su espalda ocupaba la mayor parte del fondo de la gruta. Buena comida, esculturas espectaculares y un entorno inmerso en el mito: incluso Tiberio podía ser feliz en Spelunca.

No obstante, puede que no fuera bueno acercarse tanto al mundo de la épica. El gigante inquietantemente iluminado por antorchas al fondo de la caverna era hijo de Neptuno, dios de los mares, conocido, por su costumbre de hacer temblar el suelo periódicamente con su tridente, como el «Agitador de la Tierra». El temblor, que llegó por la tarde, golpeó Spelunca de súbito. Empezaron a caer rocas, que se precipitaron sobre la boca de la cueva. Numerosos criados que traían comida fueron aplastados por la avalancha, mientras los invitados, presa del pánico, chapoteaban por los bajíos para ponerse a salvo. El viejo Tiberio, al que le costaba ponerse en pie, no pudo escapar del acantilado. Cuando llegaron corriendo a la escena del desastre, los pretorianos encontraron únicamente escombros en el lugar donde el *princeps* había estado tendido e, inevitablemente, temieron lo peor. Al trepar por las rocas, oyeron la voz de su prefecto, que los llamaba, y al retirar las grandes piedras, encontraron a Sejano, a cuatro patas, tendido sobre su señor, como la encarnación de un escudo humano.

Este era un milagro preñado de significado. El propio Tiberio extrajo dos lecciones del episodio. En primer lugar, que tenía en Sejano a un servidor de extrema confianza, al que podía encargarse cualquier asunto. Y, en segundo, que los dioses le habían advertido de que jamás volviera a poner pie en Roma.

Capricho

1 de enero del año 28 d. C. Un momento propicio y gozoso. Era un día en que el perfume del azafrán impregnaba todos los rincones del Foro; en el que se abrían los templos y se volvían a consagrar los altares a los dioses; en el que se conducían novillos a la cima del Capitolio y se entregaban sus cuellos al hacha. Mientras tanto, en el edificio del Senado, se leía una carta del *princeps*, en la que Tiberio hacía llegar la tradicional

felicitación de las fiestas. Pocos senadores esperaban alguna sorpresa. Al fin y al cabo, era un día de fiesta.

En esta ocasión, sin embargo, se iba a producir un giro inesperado de los acontecimientos. Tiberio llevaba más de un año ausente en Campania... pero todavía tenía ojos y oídos en Roma. El hombre al que había tomado la costumbre de llamar «mi compañero de trabajos»[80] continuaba defendiendo su causa de forma infatigable. Sejano tenía por todas partes espías que olisqueaban indicios de subversión y estaban atentos a cualquier intento sedicioso. Ahora, informó Tiberio al Senado, habían descubierto un caso especialmente sobrecogedor de *maiestas*. Un ecuestre llamado Tito Sabino había hablado abiertamente de traición a uno de los agentes encubiertos de Sejano. Tres más de ellos, ocultos en la buhardilla de Sabino, habían escuchado hasta la última palabra de dicha conversación. Puesto que los cuatro agentes del prefecto eran destacados senadores, era imposible dudar de su testimonio. Sabino había calumniado al *princeps*, sobornado a sus criados y conspirado contra su vida. Sus colegas senadores sabían lo que había que hacer. Y lo hicieron con diligencia.

Cuando los pretorianos fueron a buscar a Sabino, le pusieron una capucha en la cabeza y luego le ataron una cuerda al cuello. Su desesperada protesta, lúgubre e ingeniosa, estuvo a la altura del humor más sardónico de Tiberio: lamentó entre dientes que el sacrificio no se ofreciera a Jano, sino a Sejano.[81] Luego lo condujeron a la cárcel de la ciudad. Con sus puertas abiertas ese día, al igual que los templos de la ciudad, engulló a Sabino. Poco después, se arrojó un bulto inerte sobre las Gemonías. Allí, en aquellas escaleras en las que se habían destrozado las estatuas de Pisón ocho años antes, el cuerpo del hombre ejecutado fue expuesto a la vista de todo el Foro. Mientras crecía la multitud, atraída por el espectáculo, su perro montó guardia junto al cuerpo, aullando desconsoladamente. Cuando la gente le arrojaba trozos de comida, los llevaba a su amo y los dejaba junto a la boca del cadáver; y cuando, pasado un tiempo, llegaron unos hombres para llevarse el cuerpo de Sabino y arrojarlo al Tíber, el perro siguió el cuerpo hasta el río y luego saltó tras él e «intentó que no se hundiera».[82]

Siempre sentimental, el pueblo romano reconoció en la desgracia de este fiel can un reflejo de su propio dolor por la familia de Germánico. Sabino había sido un socio muy cercano de su fallecido favorito

y, durante sus fatales conversaciones con el *agent provocateur* de Sejano, había expresado agresivamente la lástima que sentía por Agripina. Que Tiberio se hubiera marchado de Roma no había hecho que la presión ejercida sobre la desdichada viuda se redujera en lo más mínimo, sino todo lo contrario. Operando a partir de la suposición de que el *princeps* se había lavado las manos sobre el destino de Agripina de una vez por todas, Sejano se sintió libre para trabajar todavía más abiertamente en la ruina de su familia. En concreto, su objetivo era su hijo mayor, Nerón, quien, como aparente heredero, representaba la amenaza más inmediata para las perspectivas del ambicioso prefecto. Le ayudó que el propio Nerón fuera impulsivo y terco; y también que Druso, el siguiente en la línea sucesoria, estuviera tan consumido por la envidia que tenía de su hermano que prefiriera aliarse con Sejano.

Solo Calígula, el más joven de los tres hijos de Agripina, tenía las cosas claras y se negó a seguir el juego al prefecto. Aunque todavía era un adolescente, las peripecias de su familia habían instigado en él una despiadada conciencia de lo caprichoso y cruel que podía llegar a ser el poder. Ciertamente, no se sentía obligado a compartir el aciago destino que parecía cernirse sobre su familia, si podía evitarlo de algún modo. En consecuencia, cuando Sejano obligó a Agripina a marcharse de Roma y se vio bajo lo que, a todos los efectos, era un arresto domiciliario en Campania, Calígula buscó refugio en la única persona que todavía tenía la bastante autoridad como para desafiar al prefecto. «Ulises con *stola*»;[83] así es como apodaba Sejano a la Augusta: un elogio superlativo viniendo de un agente cuya astucia estaba más que demostrada. Ella, a su vez, se deleitaba con la compañía de su bisnieto, en quien reconocía las características de su estirpe. Calígula, al menos por el momento, estaba a salvo.

Lo que, en el fondo, poco importaba. El lazo no dejaba de estrecharse. Con Sabino muerto, Tiberio escribió otra vez al Senado, alabándolo por su rápida reacción para evitar que la República peligrase y haciendo sombrías insinuaciones sobre otras conspiraciones. Aunque no nombró a nadie, todo el mundo sabía de quién hablaba. Cuando Sejano, en sus informes rutinarios, prevenía a su maestro de las iniquidades de Agripina o del matonismo de Nerón, no había nadie que lo contradijera. Tan decidido estaba Tiberio a dejar atrás los cotilleos y las molestias de la vida cortesana que incluso Campania se demostró in-

suficiente para su propósito. A los pocos meses de llegar allí, abandonó sus diversos lugares de reposo y se trasladó con todo su séquito a Capri, la isla privada que le había legado Augusto. Allí, donde nadie podía aproximarse a sus dos muelles sin su expreso permiso, y mucho menos atracar en ellos, sintió por fin que había escapado de la enloquecedora multitud. Y también de su familia. Décadas antes, mientras era general en Panonia o Germania, Tiberio siempre había insistido en que la seguridad era lo primero. El hombre que, durante sus campañas, había dormido siempre al raso y no en una tienda para evitar los riesgos de ser asesinado, vivía ahora aterrorizado por sus propios parientes: una mujer asustada e infeliz y un chico torpe y sin experiencia. Lo que en otros tiempos había sido un saludable instinto de preservación se estaba convirtiendo, en su ancianidad, en pura paranoia.

Pero el retiro de Tiberio a esta isla rodeada de acantilados no implicaba una abdicación. Seguía siendo un hombre muy consciente de su deber y, por tanto, incapaz de dar la espalda a la misión que le había legado Augusto. El *princeps* continuó fiel a sus responsabilidades, tanto ante la familia Augusta como ante el pueblo romano. Y así fue como, a pesar de que Agripina estaba cada vez más estrictamente supervisada, dispuso que su hija y tocaya se desposara con un hombre digno de su estatus: Cneo Domicio Enobarbo, el impecable noble hijo del primer comandante romano que había cruzado el Elba. Y fue por ello también que, ya fuera trayendo a privilegiados invitados a Capri o escapándose de vez en cuando al continente, el *princeps* puso límites a su propio aislamiento. En ocasiones, todavía estaba disponible para unos pocos privilegiados. Aquellos que deseaban verlo, sin embargo, no tenían otra alternativa que hacerlo completamente bajo sus condiciones. Tiberio no tenía la menor intención, de momento, de regresar a Roma. Incluso los senadores más importantes se veían obligados a bajar a Campania para reunirse con él, y puede que allí encontraran que Sejano demoraba su encuentro o incluso prohibía que vieran al *princeps*. Para su indignación, muchos se vieron obligados a acampar en la bahía de Nápoles con todos los demás peticionarios. Fue una vergüenza que caló hondo. Verse reducidos a tener que reptar ante un mero caballero ecuestre; a suplicarle favores; a servir a sus intereses a cambio de que les ayudase, como miserables y despreciables gorrones: esto, para la élite de Roma, eran humillaciones inadmisibles. Pero ¿acaso había alternativa?

Los senadores avanzaban a tientas por un mundo aterrador y extraño en el que todo parecía estar del revés. Los grandes cargos, que en otros tiempos habían sido reconocimientos de la gloria y los logros de quien los conseguía, ahora únicamente servían para calificar a aquellos que los detentaban como aduladores. El linaje y la independencia de pensamiento, las cualidades que más admiraba Tiberio en sus colegas senadores, eran precisamente las que más fácilmente provocaban su ruina. «En cuanto a un apellido famoso... tal cosa podía resultar mortal».[84]

Y, por supuesto, más mortal resultaba para los descendientes del propio Augusto. Un año después de la ejecución de Sabino, dos muertes más anunciaron el fin del juego. La primera fue la de Julia, la desdichada hermana de Agripina, exiliada hacía más de veinte años por su divinizado abuelo y que expiró en la pequeña isla en la que había languidecido desde entonces. Había sido prisionera tanto tiempo que, al conocer su muerte, a muchos en Roma les sorprendió que todavía siguiera viva. Pero no sucedió lo mismo con la segunda tragedia que sufrió la familia en el 29 d. C. La muerte de la Augusta, cuyo padre había perecido en Filipos y que había compartido el lecho con un dios y recibido más títulos, honores y muestras de rango que ninguna otra mujer en toda la historia de la ciudad, fue vista por los romanos como un momento trascendental, un último adiós a un pasado que ya entonces empezaba a convertirse en leyenda. Tanto conmovió su fallecimiento a los senadores que votaron construir un arco en su honor. Tiberio, cuyo dolor ante la muerte de su madre pareció decididamente débil, no aprobó el proyecto, que fue discretamente olvidado. La misma suerte corrió, con la severa admonición de que la propia Augusta jamás habría hecho algo tan vanidoso como pedir que se la honrara como una diosa, una votación senatorial para divinizarla. El funeral en sí fue modesto. Tiberio, que dudó durante días si abandonar o no Capri para asistir a la ceremonia, finalmente no apareció. El cuerpo de la Augusta ya había empezado a oler cuando fue entregado a las llamas. El panegírico, elogiado por todos, lo pronunció el joven Calígula, de solo diecisiete años.

Sin embargo, Calígula era plenamente consciente, incluso mientras pronunciaba su encomio, de que su futuro se había tornado un poco más incierto. También otros tenían motivos para estar nerviosos. A lo largo de los siguientes años, muchos de los protegidos de la Augusta

serían llevados a la ruina. Entre ellos hubo desde cónsules a mujeres, como la viuda de Pisón, Plancina. La más destacada de todos, sin embargo, fue Agripina. Aunque ella y su abuela nunca se habían llevado bien, eso era lo de menos, porque la Augusta siempre había hecho que Tiberio respetara sus obligaciones. Desde que se convirtió en *princeps*, le había servido como un vivo recordatorio de su deber hacia Augusto, quien siempre había dejado claro a todo el mundo que los hijos de Germánico debían ser sus herederos. Ciertamente, en las mentes de los devotos admiradores de la Augusta, no era ninguna coincidencia que una carta del *princeps* en la que condenaba tanto a Agripina como a su hijo mayor, Nerón, como conspiradores hubiera llegado al Senado justo en el momento en que se celebraba el funeral de la viuda de Augusto. En el Foro empezó a congregarse una gran masa de gente que, agitando retratos de Agripina y de Nerón, gritaba que la carta había sido falsificada. En la cámara del Senado, los senadores comenzaron a ponerse nerviosos. Como no estaban seguros de qué era exactamente lo que el *princeps* quería que hicieran, no hicieron nada. Las amenazas de Sejano y una segunda carta de Tiberio ya no dejaron lugar a dudas. Obediente, el Senado hizo lo que se le ordenaba. Agripina y Nerón fueron condenados por conspirar contra el *princeps*, y Nerón, además, fue declarado enemigo público. Pero ¿bastaban estas medidas para castigar sus horribles crímenes? Si tan solo, añadió el Senado servilmente, pudieran ser condenados a muerte... Pero Tiberio tenía otros planes. Como siempre, se guiaba tanto por lo que era estrictamente legal como por el ejemplo de Augusto. Nerón y su madre, encadenados y custodiados por una nutrida guardia, fueron llevados a dos islas prisión distintas situadas frente a la costa de Italia. Agripina, en un giro siniestro típico del oscuro sentido del humor de Tiberio, fue enviada a Pandateria, donde Augusto había enviado a su madre mucho tiempo antes.

Para el *princeps*, siempre rencoroso, la condena oficial de la hija de su exesposa fue una deliciosa reivindicación de sus sospechas más oscuras. También este fue un espectacular triunfo para Sejano. El prefecto sabía, hasta un punto que Tiberio no sospechaba, lo sucio que había jugado para incriminar falsamente a Agripina; y sabía también que, a pesar de haber llegado muy alto, los escalones que todavía le quedaban por subir eran extremadamente peligrosos. Aún tenía dos objetivos pendientes: la eliminación definitiva de los herederos de Germánico y

conseguir la tutela oficial de Druso. De los dos hijos que Livila había dado a su marido en el año 20, solo le quedaba uno, un niño de nueve años apodado *«Gemellus»* —«el Gemelo»— en memoria de su hermano muerto. Si conseguía que los dos hijos que quedaban de Germánico fueran declarados enemigos públicos, como ya había sucedido con Nerón, entonces Gemelo, como nieto de Tiberio, sería el único heredero restante.

Sejano no era el único que se había dado cuenta de esto. Livila, que había disfrutado de la caída de Agripina más que nadie, sabía perfectamente qué tipo de aliado era el prefecto. La perspectiva de ver a su hijo como *princeps,* por encima de Nerón, Druso y Calígula, estaba perfectamente diseñada para deleitar a su espíritu envidioso y ambicioso. Ya había tomado parte con entusiasmo en las intrigas de Sejano. Su hija, la hermana mayor de Gemelo, se había casado con Nerón y, siguiendo las órdenes de Livila, había ejercido de ojos y oídos del prefecto. Igual que Sabino fue condenado por los espías ocultos en su buhardilla, Nerón fue traicionado en su propio lecho. Según parecía, ningún lugar estaba fuera del alcance del prefecto.

Sin embargo, incluso cuando sus conciudadanos, inclinándose ante su fama y su poder, empezaron a honrarlo de formas tan extravagantes que parecían considerarlo no como el servidor del *princeps,* sino como su igual. Sejano nunca olvidó cuán precarios continuaban siendo los cimientos sobre los que se erigía su grandeza. Que sus estatuas se emparejaran con las de Tiberio; que cuando regresaba a Roma saliera siempre a recibirlo a las puertas de la ciudad una delegación oficial; que algunos hubieran incluso empezado a ofrecer sacrificios a su imagen, casi como si se tratara del propio divinizado Augusto: nada de todo esto engañaba al prefecto. Su fortuna seguía pendiendo de un hilo. Sin el favor de Tiberio, no sería nada. Un año después de la caída de Agripina, un nuevo triunfo sobre sus hijos sirvió, por una frustrante ironía, para recalcar lo precario de su situación. Las mismas jugadas sucias que le habían permitido condenar a Nerón le valieron para condenar también a Druso. Un soborno a su joven esposa, los informes contra él de los agentes de seguridad y las calumnias que el propio Sejano susurraba al oído de su tío abuelo se demostraron más que suficientes para derribarlo. Proclamado enemigo público por el Senado, al igual que su hermano mayor, Druso fue encarcelado en una mazmorra del Palatino. El

único obstáculo que quedaba para la sucesión al trono de Gemelo era Calígula, por lo que Sejano tenía la victoria definitiva casi al alcance. Casi, pero no del todo. Tiberio convocó a Calígula, que había estado alojado con su abuela Antonia tras la muerte de la Augusta, a Capri. Allí, por supuesto, estaba a salvo del prefecto. Que el propio Calígula fuera tanto rehén como invitado de su tío abuelo no ayudaba en nada a Sejano. Incriminar a un joven directamente en las narices de Tiberio era un desafío casi imposible, incluso para un experto en las artes de la desinformación tan veterano y hábil como el prefecto.

Pero ¿y si podía terminar definitivamente con su dependencia del patronazgo de su señor? En Roma ya se rumoreaba que se estaba produciendo un cambio en el equilibrio de poder entre los dos hombres. Tiberio, ausente de la capital durante cuatro años, había empezado a convertirse, a los ojos de muchos, en una figura mermada y difusa, «el señor de una isla, nada más».[85] El propio prefecto sabía bien que no era así, pero sabía también que su patrón, cansado de Roma y de la vida, no viviría para siempre. Se le acababa el tiempo. Después de haber llegado tan lejos, Sejano ya no podía permitir que sus perspectivas futuras dependieran del favor de un anciano enfermo. Si quería ganar, tendría que arriesgarse.

Cuando llegaron noticias a Roma de que Nerón, transportado a una isla prisión el año anterior, había muerto, pocos dudaron de que la mano del prefecto estaba detrás de su sórdido final. Se rumoreaba que un guardia se había presentado ante el prisionero con una soga y un gancho de carnicero, y que Nerón, en lugar de ser asesinado, había preferido suicidarse. Fuera o no cierta, esta historia acrecentaba el aura amenazadora que envolvía a Sejano, el hombre que tenía acceso directo al *princeps,* que había construido un campamento legionario en las alturas que dominaban Roma y que había aterrorizado a la ciudad de forma más descarnada que nadie desde los oscuros días del triunvirato. Pero incluso mientras intimidaba al pueblo romano, también se aseguraba de seducirlo. Cuando Tiberio, en una reveladora señal de favor, dispuso que se convirtiera en cónsul y accedió a servir como su compañero en el cargo, Sejano, naturalmente, disfrutó siendo oficialmente colega del *princeps.* Al fin era senador; al fin disponía de un poder legalmente sancionado. Sin embargo, al mismo tiempo, como hombre que había ascendido desde sus oscuros orígenes de provincias hasta unas mareantes alturas, su

elección le dio la oportunidad perfecta para presentarse como algo más: un hombre del pueblo. Después de la votación formal en el Senado, el nuevo cónsul electo organizó un ostentoso desfile por el Aventino, la colina de los plebeyos. Allí, en una clara referencia a las elecciones del Campo de Marte que Tiberio había prohibido, celebró una asamblea. El posible insulto a su señor era terrible, pero Sejano aceptó el riesgo. *Al princeps*, a los pretorianos, al pueblo: los necesitaba a todos.

Hacia el 31, el año en que empezó su consulado, el prefecto tenía motivos para creer que todas sus maquinaciones, sus maniobras y sus ambiciones estaban a punto de dar frutos. Aunque Calígula seguía irritantemente en libertad, la sensación de que Tiberio estaba por fin listo para dar el paso decisivo y revelar sus planes a largo plazo para su «compañero de fatigas»[86] empezó a crecer con el calor del verano. Esa primavera, al despedirse de su lugarteniente tras una reunión con él en Capri, el *princeps* expresó libremente la devoción que sentía hacia él, lo abrazó con fuerza y declaró que antes podría separarse de su propio cuerpo y de su propia alma que de Sejano. Aun así, a pesar de que cada vez corrían más rumores en un sentido y en el contrario por la ciudad, abrasada bajo el sol de verano, no llegó ninguna declaración definitiva.

El verano dio paso al otoño. El prefecto continuó sudando. Finalmente, el 18 de octubre, llegó el esperado momento. Amanecía. Mientras Sejano, de pie en las escaleras del gran templo de Apolo, donde el Senado debía reunirse ese día, contemplaba desde el Palatino como se despertaba la ciudad, se le unió otro prefecto. El otrora comandante de los bomberos de la ciudad, los *vigiles*, Sutorio Macrón, acababa de llegar de Capri, y traía consigo una carta del *princeps*. Estaba dirigida al nuevo cónsul, Memmio Regulo, un secuaz de confianza de Tiberio que había accedido al cargo hacía solo tres semanas y que presidía el Senado esa mañana. En la más estricta confianza, Macrón reveló el contenido de la carta a su comandante. Se le iba a conceder a Sejano la *tribunicia potestas*, los privilegios de un tribuno. Eran noticias trascendentales. En tiempos de Augusto, primero Agripa y luego Tiberio habían recibido exactamente ese mismo conjunto de poderes y, en ambas ocasiones, su concesión había servido para señalar a ambos como compañeros de trabajos de Augusto. Es poco sorprendente, pues, que Sejano estuviera tan contento como aliviado. Cuando se apresuró a entrar en el templo, la expresión de su rostro era fácil de interpretar. Fue recibido con vítores y aplausos. Al

tomar el sitio que le correspondía, los senadores corrieron a sentarse a su lado, ansiosos por acercarse a su gloria. Macrón, mientras tanto, entregó la carta de Tiberio a Regulo. Luego dio media vuelta y se marchó. Sejano, que escuchaba impaciente la carta mientras el cónsul empezaba a leerla, no se molestó en preguntarse adónde se dirigía aquel texto.

Tiberio, por supuesto, no había sido nunca un hombre que fuera directo al grano. Sin embargo, a medida que los senadores escuchaban a Regulo leer su carta, se quedaron cada vez más perplejos. Lejos de alabar a Sejano, el *princeps* solo parecía tener críticas hacia su colega. Los adláteres que se habían apiñado a su alrededor empezaron a ponerse nerviosos y a alejarse lentamente de él. El propio Sejano, que escuchaba consternado, no pudo moverse, pues varios magistrados se habían levantado y le habían cerrado el paso. Solo después de que Regulo le hubiera ordenado tres veces que se levantara, se puso finalmente de pie. Llegados a ese punto, todo el mundo tenía claro que Tiberio había decidido prescindir de su lugarteniente. Cuando el cónsul ordenó que Sejano fuera sacado de la cámara y encarcelado en la misma prisión en la que él había encerrado en otros tiempos a Sabino, nadie intentó defenderlo. Las noticias de la caída del prefecto corrieron por Roma. Una multitud se congregó en el Foro y abucheó y se burló del prisionero, y derrocó sus estatuas mientras arrastraban a Sejano encadenado. Cuando Sejano intentó cubrirse la cabeza con la toga, se la arrancaron del cuerpo y empezaron a darle puñetazos y bofetadas en la cara. De poco le habían servido sus intentos de seducir al pueblo romano. Habían sido mucho peores que un mero fracaso, pues le habían costado el favor de su patrón.

Esa tarde, con Sejano languideciendo en la cárcel de la ciudad, los senadores se volvieron a reunir en el esplendor del edificio que había justo enfrente de la penitenciaría, el templo de la Concordia. Allí, en el monumento supremo dedicado a la represión de los plebeyos arrogantes, votaron que Sejano fuera ejecutado. Le dieron garrote esa misma noche y tiraron su cuerpo, como habían hecho con el de Sabino, sobre los escalones de las Gemonías. Durante tres días, una multitud de gente que detestaba al prefecto por su arrogancia, su crueldad y su ambición se deleitó dando patadas y pisoteando el cadáver hasta dejarlo irreconocible. Solo cuando quedó reducido a una masa informe, lo sacaron a rastras de allí con un gancho. El hombre que había aspirado a gobernar el mundo acabó lanzado al Tíber, convertido en comida para los peces.

Mientras tanto, transmitidas a través de una cadena de hogueras, las noticias llegaron a Capri. Mientras esperaba recibirlas en el acantilado más alto de la isla, Tiberio no daba nada por sentado. Un barco permanecía pertrechado, listo para evacuarlo a una base militar si su plan no funcionaba. Temía que Macrón no consiguiera hacerse con el mando de los pretorianos; que Sejano lograra repeler el intento de derrocarlo; temía, en suma, perder el control de Roma. Tiberio, a quien las sospechas que tenía con respecto a la familia de Germánico habían llevado a la paranoia, comprendió de súbito la enorme magnitud de su equivocación. Obsesionado con acabar con Agripina, no había sabido ver que él mismo había amamantado a una víbora.

Fue Antonia, la abuela de Calígula, quien le abrió los ojos sobre el peligro que corría. La anciana, que ya había presenciado la destrucción de dos de sus nietos a manos del prefecto, había determinado hacer cuanto fuera necesario para evitar que inculpara falsamente a un tercero. En consecuencia, en una carta que envió a su cuñado a través del esclavo en quien más confiaba, un griego llamado Palas, le explicó sus temores. Para un hombre de naturaleza reservada y suspicaz como Tiberio, que durante tanto tiempo había celebrado a su lugarteniente como el único hombre en quien podía confiar, comprender que Sejano podría haberlo utilizado durante tanto tiempo fue una revelación devastadora. Incluso la mera posibilidad de que el prefecto pudiera suponer una amenaza había bastado para condenarlo. Tiberio tramó su plan lenta, segura e implacablemente. Por consumada que fuera la habilidad de Sejano en las artes de la intriga y la conspiración, su maestro lo superó. El prefecto, tomado completamente por sorpresa, se había visto enredado en una red más letal que ninguna de las que él había tejido. La araña acabó convertida en la mosca.

Y Sejano no fue el único en perecer. Su caída arrastró a muchos otros. Algunos —su hijo mayor o su tío— fueron formalmente sentenciados a muerte; otros, simplemente linchados por la vengativa muchedumbre. Los pretorianos, que sentían una particular necesidad de demostrar su lealtad hacia el *princeps,* lo hicieron incendiando y saqueando la ciudad a su paso. «No quedó nadie de la facción de Sejano que no fuera pisoteado por el pueblo romano».[87] No obstante, la venganza más letal de todas fue la que se cobró Apicata, la esposa a la que había abandonado. Esta escribió una carta al *princeps* en la que

hizo unas acusaciones tan horribles y monstruosas contra Sejano que se quitó la vida en cuanto las hubo escrito.[88] Tras romper el sello de la carta, Tiberio leyó, con creciente horror, hasta qué punto, y de qué forma tan terrible, había sido engañado. Durante una década, afirmó Apicata, su lugarteniente de confianza había tenido una relación amorosa con Livila. Juntos, habían envenenado a Druso. Su ambición, su depravación y sus traiciones no habían conocido límite. Al recordar que Sejano le había pedido en una ocasión la mano de su sobrina, Tiberio sintió como la venda le caía de los ojos. Se prendió a un eunuco de Druso y a un médico de Livila: ambos, al ser torturados, confirmaron que las acusaciones de Apicata eran ciertas. Tiberio se convenció de que así era. Entregada a su madre, Livila fue encerrada en una habitación donde se la dejó morir de hambre. Sus estatuas, inscripciones y su mismo nombre fueron erradicados. Los senadores, ansiosos por demostrar su lealtad al vengativo *princeps*, hicieron cola para maldecir su recuerdo. Mientras tanto, tras la ejecución del hijo mayor de Sejano, se dio orden de que sus dos hijos menores fueran también llevados a la cárcel de la ciudad. Uno, un niño, apenas tenía edad para comprender lo que le esperaba, pero su hermana mayor, desconcertada y sin saber qué había hecho mal, seguía preguntando por qué no la podían castigar como a los demás niños, con unos azotes. Como habría sido una ofensa contra las tradiciones más sagradas de la ciudad ejecutar a una virgen, el verdugo se aseguró de violarla antes. Los cuerpos de los dos niños, una vez estrangulados, fueron arrojados también en las escaleras Gemonías.

Tantos asesinatos judiciales, tantos cuerpos expuestos a la vista del Foro. Cuando Agripina falleció en su isla prisión, dos años exactos después de la ejecución de su letal enemigo, Tiberio llamó mucho la atención sobre la misericordia que había desplegado hacia ella al no hacer que la estrangularan y arrojaran su cadáver a las Gemonías. La caída de Sejano no había disminuido la desconfianza que sentía hacia ella. Tanto ella como Nerón permanecieron en cautividad. También Asinio Galo, el hombre que Tiberio sospechaba que había conspirado para casarse con Agripina y cuya condena había logrado obtener de un Senado acobardado y servil en el año 30. Durante tres años, el desventurado había permanecido en confinamiento solitario. Solo le proporcionaban lo imprescindible para mantenerlo con vida y lo alimentaban forzosamente siempre que intentaba iniciar una huelga de hambre. Para Ti-

berio, que se debatía entre un deseo de venganza que se había tornado más cruel todavía con la edad y una persistente propensión a posponer las decisiones, un castigo así —una muerte en vida— representaba el compromiso perfecto. Finalmente, Galo, Agripina y Druso fallecieron de hambre. El final de Druso fue particularmente terrible. Como su madre, que había perdido un ojo en el transcurso de una paliza, estuvo a cargo de carceleros brutales, soldados y antiguos esclavos, que no dudaban en utilizar el látigo contra el hijo de Germánico al menor indicio de desobediencia. Durante la última semana de su vida, se vio reducido a comerse el relleno de su colchón. Pasó sus últimos momentos profiriendo gritos e insultos. Su última maldición dedicada a Tiberio fue escalofriante: dijo que era un monstruo que había ahogado a su propia familia en sangre.

Cuando se informó a los senadores de los detalles, los escucharon perplejos, incapaces de comprender cómo un hombre tan reservado como el *princeps* permitía que se relataran tamaños horrores. Sin embargo, Tiberio no tenía ningún reparo en hacerlo. Debía abrir los ojos al pueblo romano. Las amenazas acechaban por todas partes. Las traiciones eran constantes, incluso entre sus asesores más próximos y dentro de su propia familia. Reconocerlo no le producía el más mínimo placer. Había amado a Sejano y había amado a su propio hermano, dos de cuyos nietos habían acabado muriendo de hambre en sus cárceles. También el Senado, esa institución en la que el *princeps* siempre había depositado su confianza, y en defensa de cuyos intereses tan duro había trabajado, se había demostrado corrupto e ingrato. Purgarlo del estigma de la colaboración era una tarea letal. Un día particularmente terrible, veinte senadores, todos ellos partidarios de Sejano, fueron ejecutados de golpe. Guardias armados rodearon los cuerpos e impidieron a parientes y amigos exteriorizar muestra alguna de su dolor. Cuando finalmente se retiraron los cuerpos de las escaleras Gemonías y se arrojaron a las aguas del Tíber, los restos se alejaron corriente abajo como una masa decadente de carroña. No obstante, cuando sentía que su propia seguridad no estaba en juego, Tiberio era capaz de mostrar clemencia hacia un colega... y de confesar al Senado la angustia que sentía. «Siento que sucumbo a la tristeza todos los días».[89]

Pero el lugar más plagado de traiciones, y también el más atractivo, era la propia capital. Tras la caída de Sejano, el *princeps* partió hacia Roma todos los años; y todos los años, en lugar de entrar en la ciudad,

vagó por los campos que la rodeaban, o bien acampó a la sombra de sus murallas, antes de escurrirse como un cangrejo de vuelta a la costa y, luego, a Capri. Un exilio permanente de Roma le resultaba insoportable, pero regresar a ella le resultaba imposible. Era una tortura que parecía diseñada por los propios dioses. Ciertamente, no podía dudarse de su intervención en la reticencia de Tiberio a atravesar las puertas de la ciudad. El terremoto que había sacudido Spelunca solo fue uno de los muchos portentos enviados para apartarlo de la ciudad. En una ocasión, mientras se acercaba a Roma, fue a alimentar a su mascota, una serpiente, y la encontró muerta, devorada por hormigas. Fue un aviso tan diáfano de la amenaza que la plebe representaba para él que dio inmediatamente media vuelta. Tiberio era un experto en la interpretación de estas señales. Lo habían acompañado en su carrera desde sus primeros días. Cuando todavía era estudiante, «un asno echó chispas enormes mientras lo cepillaban, prediciendo así su futuro gobierno»;[90] cuando era un joven oficial, «altares consagrados por legiones victoriosas en la antigüedad comenzaron a arder de súbito». Adepto a los saberes primigenios, a los misterios velados y a la ciencia de las estrellas, Tiberio sabía muy bien cómo rastrear los patrones que la sombra de los cielos proyectaba sobre los asuntos de los mortales.

Ese saber, por supuesto, podía resultar peligroso si caía en las manos equivocadas. Ya en el año 12 a. C., Augusto había confiscado y quemado más de dos mil libros que afirmaban revelar el futuro; tras dos años de reinado de Tiberio, el Senado ordenó que todos los astrólogos fueran expulsados de Italia. Los más destacados se arriesgaban a ser arrojados desde la cima de un acantilado. Saber adónde se dirigía el mundo era ahora una información demasiado delicada como para permitir que accedieran a ella los ciudadanos corrientes. Un *princeps,* en cambio, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. El instructor del propio Tiberio en el estudio del ocultismo fue un astrólogo llamado Trasilo, que había impresionado al *princeps* durante su exilio en Rodas y que, desde entonces, se había convertido en su compañero del alma.*
La presencia de un observador tan experimentado de las constelaciones

* Se cuentan diversas historias sobre cómo este astrólogo en particular superó su audición con Tiberio. Según una crónica, predijo acertadamente que Tiberio planeaba arrojarlo desde la cima de un acantilado; según otra, identificó correctamente que un barco que se acercaba a Rodas traía órdenes de que Tiberio regresara a Roma.

junto a él resultaba muy tranquilizadora para el *princeps*. Tenía que seguir atento al pulso de las cosas. Apartado del resto de la sórdida masa de la humanidad por su autoimpuesta cuarentena, Tiberio tenía intención de fijar su atención en cosas más importantes, en maravillas no corrompidas por los ambiguos senadores, la irritable chusma y las viudas ambiciosas.

Incluso Augusto había considerado que Capri era un hogar adecuado para las maravillas. Había adornado su villa con muchas de ellas, como huesos de gigantes o esqueletos de monstruos marinos. A Tiberio también le fascinaban estos tesoros, hasta el punto de que su afición por ellos era celebrada en todo el mundo. Cuando le trajeron el diente de un héroe colosal cuyos restos habían quedado expuestos tras un terremoto en Asia Menor, lo midió con reverencia y luego encargó un modelo a escala real de la cabeza del muerto.* Esta atención a los detalles fantásticos era típica de Tiberio. Cuando se avistaba un tritón haciendo sonar una concha en una cueva en Hispania o se oía una voz misteriosa que gritaba desde una isla griega que Pan, el dios con las piernas y los enormes genitales de una cabra, había muerto, el *princeps* exigía un informe completo. Se interrogaba a los testigos y se llevaba a cabo una investigación oficial. Pero en ningún lugar se expresaba de forma más espectacular la obsesión del *princeps* por cuadrar las dimensiones rivales de lo terrestre y lo celestial que en su refugio isleño. Doce villas distintas, algunas reformadas por el *princeps* y otras construidas desde cero, convertían la isla en un claro homenaje al monte Olimpo, hogar de los doce dioses más poderosos de Grecia. Algunos de estos complejos se erigían directamente sobre acantilados y se alzaban imponentes sobre las rutas marítimas por las que habían navegado Ulises y Eneas; otros llevaban a cavernas, donde, entre el romper de las olas azules, estatuas de tritones y ninfas marinas adornaban las profundidades iluminadas con antorchas. Por todas partes, cuevas artificiales, jardines y pórticos, bautizados por el *princeps* con nombres eruditos y evocadores, y diseñados según su refinado gusto, constituían el escenario perfecto para que jóvenes actores posaran como Pan o ninfas. Al igual que en Spelunca, Tiberio vivía en Capri dentro de un parque temático mitológico.

* El «héroe» era, con casi toda seguridad, un mastodonte o un mamut. Ver Mayor, p. 146.

Y hacia el 37, once años después de su partida hacia Campania, él mismo empezaba a parecer también un personaje mítico. Era inevitable, en una ciudad adicta al escándalo como Roma, que la larga estancia del *princeps* en una isla privada avivara los rumores sobre él. Su inquietante sombra todavía se cernía sobre la capital. Los plebeyos no habían olvidado ni perdonado el altivo desprecio que sentía por ellos, al igual que el Senado tampoco había borrado de su mente la brutal purga llevada a cabo contra los seguidores de Agripina y Sejano. Las manchas de sangre en los peldaños de las Gemonías eran difíciles de borrar. Tiberio había pasado a parecer, en su ancianidad, una figura macabra y tenebrosa: un hombre amargado, paranoico y homicida. De qué infernales crueldades sería capaz lejos del escrutinio público, en su reclusión en Capri, era una cuestión que helaba la sangre incluso a los romanos más aficionados a los rumores. Circulaban muchas historias. Por ejemplo, se decía que unos pocos días después de que el *princeps* llegara por primera vez a la isla, mientras estaba en un acantilado, un pescador había escalado las rocas llevando consigo un gran mújol para regalárselo a César; y que Tiberio, un hombre de quien incluso sus enemigos afirmaban que no conocía el miedo al servicio de Roma, se había aterrorizado al ver al intruso. De hecho, se decía, había tenido tanto miedo, que había ordenado a sus guardias que apresaran al desventurado pescador y que le restregaran el pescado por la cara. Se dice que el hombre, en medio de esta tortura, gritó: «¡Doy gracias al cielo por no haber traído el enorme cangrejo que también he pescado!»[91] Y, entonces, Tiberio ordenó que se buscara el cangrejo y también se le restregara la cara con él. Muchos pensaban que el *princeps* había tratado a los romanos de forma similar a como había tratado a aquel pescador. Bajo su gobierno, el rostro de Roma había quedado magullado y estaba ensangrentado hasta el hueso.

Que Tiberio era muy vengativo no era nada nuevo. Más inquietantes, sin embargo, eran los vicios que hasta entonces había mantenido ocultos. Para el pueblo romano, la privacidad era algo inherentemente antinatural. Permitía dar rienda suelta a los instintos más aberrantes y siniestros. Solo aquellos con gustos sexuales que preferían ocultar a sus conciudadanos tenían motivos para desearla. Hostio Cuadra se había entregado a sus indescriptibles perversiones en el aislamiento de un dormitorio cubierto de espejos... pero Tiberio había disfrutado durante once años de una isla entera. La gente de Roma no se dejaba engañar

por sus rimbombantes pretensiones eruditas. Sospechaban que su interés por los detalles arcanos de la mitología era únicamente una excusa para disfrutar de espectáculos pornográficos. Décadas antes, cuando el futuro Augusto había celebrado su matrimonio con Livia, se habían producido disturbios en las calles al ver a los invitados a la boda disfrazados de dioses. Ahora, sin embargo, en el parque de juegos en que Tiberio había convertido Capri, no había muchedumbres censoras que pudieran poner coto a las fantasías del *princeps*. Las ninfas y los Panes con los que poblaba sus cuevas no estaban allí solo para posar. En las historias que se contaban de los dioses abundaban las violaciones y las copulaciones fantásticas. ¿Qué mayor placer podía existir, entonces, para un anciano fascinado por sus andanzas que ver sus fornicaciones recreadas con todo lujo de detalles?

La excitación no derivaba solo de las actuaciones, sino también de los actores. Durante toda su vida, Tiberio había defendido una serie de valores fundamentales: la dignidad del Estado, los ideales de la aristocracia y las virtudes del pasado de su ciudad. Sin embargo, como Ovidio, a quien el *princeps* había dejado morir en el fin del mundo, siempre había comprendido, «la prohibición alimenta el deseo».[92] La elección de actores de Tiberio difícilmente podía haber sido más transgresora. Jóvenes y atractivos, la mayoría no eran solo ejemplos de modestia, sino, además, hijos e hijas de la misma clase aristocrática del *princeps*. «Belleza y buenos cuerpos; la inocencia incorrupta y la antigüedad de la sangre que corría por sus venas: esto era lo que lo excitaba».[93] Obligados a posar como prostitutas, a buscar clientes como las trabajadoras sexuales de baja alcurnia, a servir a la vez a tres o a cuatro, los vástagos de la nobleza convocados a Capri difícilmente podrían haberse sentido más humillados. El espectáculo de su degradación era una odiosa profanación de todo lo que el hombre que lo contemplaba siempre había considerado más sagrado. Pero eso, por supuesto, era precisamente lo que lo hacía tan atractivo para el *princeps*.

Y, naturalmente, se odiaba por ello. Tiberio, heredero de los Claudios, el mejor general de su generación, un hombre que por virtud de sus muchos servicios a la República habría merecido ser *princeps* incluso si su padre no lo hubiera adoptado, sabía cuáles serían los principios según los cuales sería juzgado... porque los compartía. Pero estaba cansado. Llevaba veinte largos años sujetando al lobo romano por las

orejas. Casi en su novena década, se sentía como si no perteneciera a su tiempo. Las grandes esperanzas que había tenido para con su ciudad se habían marchitado y tornado polvo. El Senado le había fallado. De hecho, era justa medida de la depravación de sus colegas que tantos de ellos fueran cómplices de la suya. Hombres de familias cuya hoja de servicios a Roma se remontaba a los días de los reyes, cuando los dioses todavía caminaban por la tierra, ahora competían como proxenetas para ofrecerle a sus hijos. Enfrentado a la evidencia de esta degeneración, Tiberio ya no sentía ninguna obligación de asegurar el futuro de sus conciudadanos.

Pero esto no importaba demasiado, pues las desgracias que habían castigado y herido a la familia Augusta amenazaban ahora con provocar también una catástrofe para el pueblo romano. La casa de César pronto necesitaría un nuevo jefe, pero ¿quién? No había a mano nadie curtido en las artes de la guerra y la paz como lo había sido el propio Tiberio cuando había sucedido a Augusto. De hecho, los herederos varones, preparados o no, eran muy escasos. Por un lado, estaba Claudio, pero un hombre con sus debilitantes discapacidades nunca llegaría a ser *princeps*. Luego estaba Gemelo, pero era todavía muy joven, y el propio Tiberio, plenamente consciente de la relación que Livia había mantenido con Sejano, no podía evitar preguntarse si era realmente nieto suyo. Eso solo dejaba a Calígula, el favorito del pueblo. Su popularidad —que debía por entero a sus padres y no tenía nada que ver con los servicios que hubiera prestado a Roma— era un atributo peligroso, por supuesto. Había muchos en el séquito de Tiberio que consideraban inconcebible que el viejo ceñudo permitiera que un hijo de Agripina lo sucediera. Trasilo profetizó que era tan probable que Calígula se convirtiera en emperador como que hiciera galopar a un caballo sobre el mar. Nadie, sin embargo, era más consciente de los peligros de su situación que el propio Calígula. Sabía perfectamente que no tenía que dar a su tío-abuelo el menor motivo para enfadarse. Su rostro siguió siendo una máscara. «No se oyó de él ni un susurro sobre la condena de su madre ni sobre la destrucción de sus hermanos».[94]

Esta exhibición de contención bastó para Tiberio. Siendo un hombre que en su ancianidad había sucumbido a los placeres de la hipocresía, se divertía preguntándose qué emociones debía estar ocultado su sobrino-nieto bajo aquel inhumano despliegue de compostura. Calígu-

la, la verdad sea dicha, no parecía un hombre muy dado a dolerse del sufrimiento de otros. Muy al contrario, daba la sensación de disfrutarlo. Servilmente obediente al *princeps* en todo cuanto le ordenaba, era en los caprichos y placeres más oscuros de Tiberio en los que mostraba el mayor entusiasmo. El horrible final de Agripina y sus hermanos no hizo que rehuyera interesarse muy personalmente por el castigo de los criminales. No tenía tampoco el menor problema en seguir el juego a su tío en su afición por las recreaciones mitológicas. Desde niño, cuando los soldados del Rin le habían puesto el par de botas militares en miniatura que le habían valido su apodo, Calígula había desarrollado una afición por disfrazarse. En Capri, un país de las maravillas lleno de escenarios en los que actuar, había podido dar rienda suelta a su propensión. Disfrutaba probándose todo tipo de pelucas y disfraces, y aprovechando las oportunidades que a menudo se le ofrecían de participar en espectáculos pornográficos. A Tiberio le gustaba consentir los caprichos de su sobrino nieto. Sabía perfectamente lo que le estaba dejando al pueblo romano en forma de su favorito, pero ya no le importaba. «Estoy criando para ellos a una víbora».[95]

Por supuesto, muchos romanos habrían replicado que solo una víbora reconocía a otra. Los recuerdos del hombre que el *princeps* había sido en el pasado se habían desvanecido hacía tiempo. Mientras el relato del gran héroe de guerra que había salvado en dos ocasiones a la República cuando esta estaba al borde del abismo acumulaba polvo, historias más frescas sobre Tiberio circulaban y ganaban credibilidad entre sus conciudadanos. Ningún rumor sobre sus perversiones, por horrible que fuera, era recibido con incredulidad en Roma. Que había adiestrado a niños pequeños para que se deslizaran entre sus muslos cuando nadaba y lo excitaran con sus lametones; que había puesto a bebés lactantes en su glande, como si fuera el pecho de su madre; y, lo más asqueroso de todo, que disfrutaba con el *cunnilingus*. Sin embargo, más allá de las calles y las tabernas de Roma, donde siempre habían proliferado las calumnias sobre los poderosos y las mofas sobre sus ambiciones, había otros que veían a Tiberio bajo una luz muy diferente. En las provincias, donde los veintitrés años de estabilidad que había proporcionado al mundo le habían valido elogios incluso de los habitualmente mordaces intelectuales de Alejandría, había acabado por ser universalmente admirado como un príncipe de la paz. «En cuanto a sabiduría y erudición», declaró uno de

ellos con rotundidad, «no hay nadie de esta generación que se le pueda comparar».[96] Un pervertido manchado de sangre y un rey-filósofo: solo un hombre peculiarmente paradójico podía haber acabado siendo calificado de esas dos maneras al mismo tiempo.

Sin embargo, hacia marzo del año 37 estaba claro que la larga y notable carrera de Tiberio llegaba a su fin. Después de un último intento abortado de entrar en Roma, regresó a Campania, donde las tormentas y un dolor punzante en el costado le impidieron zarpar hacia Capri. A pesar de su acostumbrado intento de fingir que no sucedía nada por pura fuerza de voluntad, finalmente se vio obligado a retirarse a su lecho. Poco después, un terrible terremoto golpeó la bahía de Nápoles. En Capri, que durante tantos años había ofrecido a Tiberio un hogar y un refugio, un faro construido sobre el acantilado más alto de la isla se vino abajo y se hundió en el mar, y su fuego se extinguió para siempre.[97] El anciano, experto en el arte de interpretar las intenciones de los dioses, no necesitó que Trasilo le explicara lo que aquello significaba. Inmediatamente, desde la cama, dispuso lo necesario para el traspaso del poder. En su testamento, nombró herederos tanto a Calígula como a Gemelo, pero el *princeps* no se hacía ilusiones con respecto al destino de su nieto. «Lo matarás... y luego alguien te matará a ti».[98] Eso le había dicho Tiberio en una ocasión a Calígula. No es sorprendente, pues, que cuando sintió que la muerte llamaba a su puerta, le costara desprenderse del anillo con su sello. Incluso después de quitárselo no consiguió obligarse a entregarlo, sino que lo aferró en su puño cerrado y se quedó quieto con él en la mano durante mucho rato. Con el tiempo, se contarían muchas historias sobre lo que sucedió a continuación: que Calígula había creído que su tío-abuelo estaba muerto; que justo cuando lo saludaban como nuevo emperador habían llegado noticias de que el anciano seguía vivo; que Macrón, un agente veterano que hacía tiempo que se había alineado con el sol naciente en lugar de con el poniente, había ordenado que asfixiaran a Tiberio con una almohada. La verdad fue mucho menos melodramática. El *princeps,* moviéndose al fin, llamó a sus criados. Nadie fue en su auxilio. Se puso en pie, se tambaleó, los llamó otra vez... y se derrumbó sobre el suelo.

«Considérate feliz solo cuando puedas vivir en público».[99] Eso creían los romanos.

Tiberio Julio César Augusto murió solo.

5

Dejad que me odien

Empieza el espectáculo

En Roma, las noticias de que el viejo había muerto fueron recibidas finalmente con predecible humor negro. «¡Al Tíber con él!», se clamaba.[1] Calígula, consciente de que la dignidad del cargo que le había legado Tiberio difícilmente se vería reforzada si entregaba el cadáver de su predecesor para que lo arrastraran por las calles de Roma con un gancho de carne, se negó. Al llegar desde Campania a la ciudad que había visto por última vez seis años antes, lo hizo vestido de riguroso luto. El funeral que ofreció a Tiberio fue digno y lujoso. El propio Calígula pronunció el panegírico con Tiberio de cuerpo presente. Sus cenizas se llevaron al gran mausoleo de Augusto.

Pero hasta allí llegó; nada más. Mientras escoltaba el cortejo funerario, el nuevo *princeps* fue arropado a lo largo de toda la vía Apia por muchedumbres gozosas que lo jaleaban y lo saludaban como su pollito, su pequeño y su querido. Calígula, que durante tanto tiempo, mientras su tío-abuelo estuvo vivo, no había mostrado ni la menor sombra de dolor por la muerte de su madre y hermano, se recreó en ese momento interpretando el papel de doliente de cara a la galería. El discurso que pronunció ante el cadáver de Tiberio fue, en gran medida, un tributo a Germánico. Luego, unos pocos días después, partió a visitar las islas prisión en las que Agripina y Nerón habían fallecido. Haciendo ostentación de cómo ignoraba el tiempo tempestuoso, para que fuera más patente todavía su amor filial,[2] remontó el Tíber de regreso con sus cenizas, las colocó en literas que habitualmente se utilizaban para transportar estatuas de los dioses y luego las enterró con sombría y ostentosa pompa en el mausoleo de Augusto. El pueblo romano, extático porque

por fin se había hecho justicia con su favorito, se entregó a desenfrenadas celebraciones. Durante tres meses, el olor de la carne asada no abandonó la ciudad, pues cientos de miles de cabezas de ganado fueron inmoladas en una gran ofrenda a los dioses. Después del largo invierno de la vejez de Tiberio, parecía que, por fin, había llegado la primavera.

Pero Calígula tampoco era tan ingenuo como para dar por sentado este humor optimista. Aunque había pasado mucho tiempo lejos de la capital, no había desperdiciado su período en Capri. Su estancia junto a Tiberio le había aportado una comprensión instintiva y despiadada de cómo funcionaba realmente el poder. A diferencia de su oscuro y austero predecesor, que no se había rebajado a sobornar a la plebe, Calígula no tuvo ningún reparo en comprar su popularidad. El tesoro estaba lleno, y el nuevo *princeps* se aprovechó a fondo de ello. Se repartieron generosos donativos entre los ciudadanos de la capital, las legiones y —los más generosos de todos— los pretorianos. El emperador tampoco descuidó al Senado. Calígula se demostró sensible a sus necesidades. Se permitió a los cónsules vigentes que terminaran su mandato; y cuando el *princeps* finalmente reclamó un consulado, a los tres meses de su accesión, la elección que hizo de su colega constituyó un mordaz rechazo de su predecesor. Claudio, el tío de Calígula, había sido vetado hasta entonces hasta en las magistraturas más básicas; pero ahora, a la edad de cuarenta y seis años, fue elevado simultáneamente al Senado y al consulado. Y llegarían más sorpresas. Al pronunciar su primer discurso como cónsul, Calígula repudió expresamente todas las características más odiadas del reinado de Tiberio: los informadores, los juicios por traición y las ejecuciones. Para los senadores que lo escuchaban, aquello parecía demasiado bueno para ser verdad.

Y quizá lo fuese. Cuando los senadores, tras concluir Calígula su discurso, tramitaron a toda prisa un decreto para que estas decisiones se leyeran cada año, la medida reflejó menos su gozo ante un nuevo inicio que el temor a que Calígula cambiara de opinión. No había nadie en el Senado, después de los traumas y de las tribulaciones del reinado anterior, que creyese todavía en las elegantes hipocresías que en otros tiempos habían servido para ocultar en qué se había convertido Roma. El verdadero equilibrio de poder había quedado expuesto demasiado flagrantemente como para olvidarlo. El propio Senado, como una esposa maltratada angustiada por evitar la siguiente paliza, se aseguró,

en los primeros días del reinado de Calígula, de no negarle nada. Un intento de Tiberio en su testamento de asegurar una parte de su herencia para Gemelo quedó rápidamente anulado; se atribuyó a Calígula, con una solemne y terrible formalidad, «el derecho absoluto a decidir sobre todas las cosas».[3] Pocos senadores se quedaron tranquilos con las suaves promesas de su nuevo amo. El hombre que, siendo un bebé, había actuado como soldado, ahora interpretaba un nuevo papel: el de Augusto. Por muy convincente que fuera su actuación, todo el mundo sospechaba que únicamente era eso: una actuación.

Solo quedaba un pequeño elemento de tranquilidad. El nuevo emperador no era, como lo había sido Tiberio cuando sucedió a Augusto, un hombre curtido en la batalla al servicio de Roma... y Calígula parecía comprenderlo perfectamente. Siempre a su lado estaba el hombre que más había contribuido a facilitar su acceso al trono: el prefecto del pretorio, Macrón. Este hecho en sí mismo, para los senadores, que habían aprendido a temer a los ecuestres ambiciosos, no era precisamente una buena noticia. Pero Macrón no era Sejano. Franco y de elevados ideales, no dudaba en reprender a su joven protegido sobre lo que se esperaba de un *princeps:* «pues, como cualquier artesano, no quería que lo que él consideraba su obra fuera dañada o destruida».[4] Desde luego, los senadores no podían evitar sentirse un poco inquietos ante los muy públicos desfiles que Calígula insistía en que los pretorianos celebraran ante ellos; pero Macrón no era el único asesor que tenía el emperador. También contaba con un miembro del Senado.

Cuatro años antes de convertirse en emperador, Calígula se desposó con la hija de un hombre particularmente apreciado por Tiberio que había compartido consulado con Druso en una ocasión. Este hombre se llamaba Junio Silano; y, aunque su hija había muerto durante un parto, Silano conservaba su estatus especial como suegro del emperador. Como Macrón, presumía que tenía derecho a guiar a Calígula en las diversas artes del gobierno; a diferencia de Macrón, lo hacía como representante de las antiguas virtudes de la nobleza. «Por su calidad y elocuencia, tenía un gran poder».[5] No era una vergüenza para nadie, ni siquiera para un *princeps,* dejarse orientar por un hombre así. Ciertamente, Calígula demostró aprender rápido. Los días de prosperidad y orden de los que los dominios de Roma habían disfrutado bajo el mandato de Tiberio continuaron sin interrupción. Las fronteras siguie-

ron resistiendo; los hombres nombrados para los mandos provinciales fueron escogidos con inteligencia; en todo el mundo romano imperaba la paz. En la capital, los obreros que habían maldecido muchos años la negativa de Tiberio a invertir en proyectos de infraestructura se alegraron cuando Calígula encargó dos nuevos acueductos y una remodelación completa del Palatino. Libros que habían estado prohibidos bajo el reinado de sus predecesores, incluidos los discursos de Tito Labieno y Casio Severo, y las historias de Cremucio Cordo, fueron puestos de nuevo en circulación. «Con tal moderación se comportó Calígula, en suma, y con tanta gentileza, que se volvió todavía más popular, tanto entre el propio pueblo romano como entre sus súbditos».[6]

Sin embargo, los senadores todavía aguantaban la respiración. Para los conservadores, la popularidad y la juventud parecían una combinación siniestra. Roma no había dependido tanto de los caprichos de un hombre tan joven desde los días más oscuros del Triunvirato. Los senadores observaron alarmados como su nuevo emperador, a pesar de posar ante ellos como un nuevo Augusto, interpretaba un papel muy distinto ante la plebe. Era obvio que Calígula disfrutaba con el aplauso de las masas. Cuando insistió en que lo saludaran, no con pomposa y aburrida formalidad, sino como si fuera un ciudadano más como ellos, se entusiasmaron porque parecía comprender a la gente común; cuando les devolvió el derecho, abolido por Tberio, a escoger magistrados, lo ensalzaron como amigo del pueblo. Sin embargo, lo que más les gustaba era el puro resplandor de su *glamour*. Puede que estuviera quedándose prematuramente calvo y que tuviera los pies muy grandes y las mismas piernas cenceñas que su padre, pero Calígula sabía seducir a las masas. Los romanos se habían aburrido de hombres viejos y adustos; al fin tenían un emperador que parecía disfrutar a fondo de vivir a lo grande. Ese verano, Calígula cabalgó a la inauguración de un templo dedicado a Augusto en un carro triunfal dorado tirado no por cuatro, sino por seis caballos. «Esto», como no pasó desapercibido, «era algo totalmente vanguardista».[7]

Los vítores y los carros encajaban bien juntos. En un triunfo, el ritmo era pausado, solemne, y el jinete iba vestido de púrpura y oro; pero había otros espectáculos más peligrosos, más emocionantes y más viscerales. Entre el Palatino, hogar del César, y el Aventino, esa gran madriguera de chabolas cubiertas de esmog, discurría un largo y

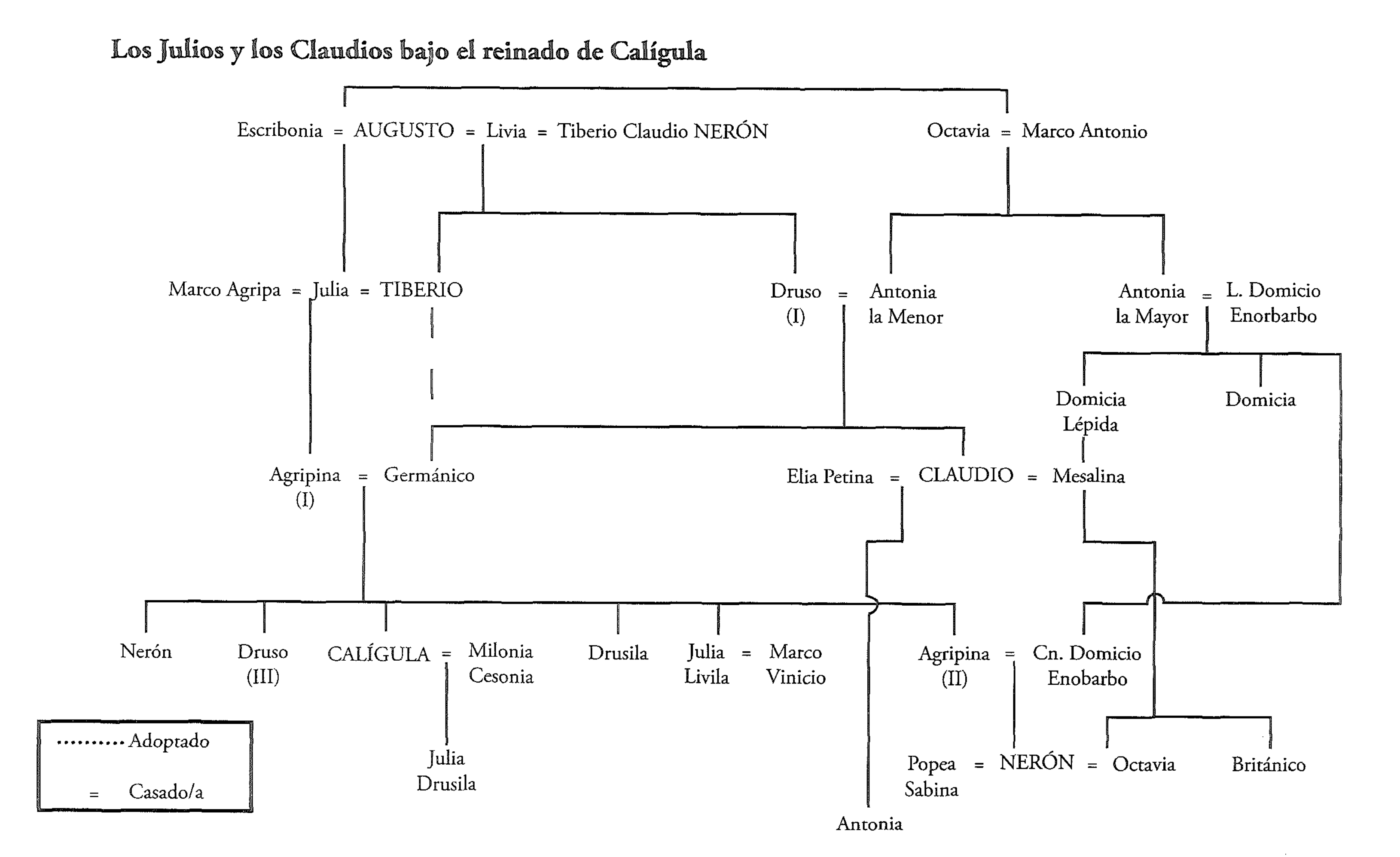
estrecho valle; y allí, desde los días de Rómulo, se celebraban carreras en las que carros peligrosamente endebles competían unos con otros. Se conocía como el Circo Máximo, y este era un nombre adecuado. Ninguna otra ciudad del mundo podía jactarse de poseer un estadio mayor. Incluso el propio Augusto se había sentido intimidado por la enorme masa rugiente de espectadores que abarrotaban sus gradas los días en los que se celebraban carreras. Aunque, ya en el año de la batalla de Accio, había encargado que le construyeran un palco en el circo, el «Pulvinar», para su uso privado, y lo había justificado, en uno de sus juegos de manos habituales, compartiéndolo con símbolos de los dioses, raramente lo había utilizado. Al sentarse allí se sentía demasiado visible, demasiado expuesto. En lugar de soportar miles de ojos fijos en él, prefería ver las carreras desde los pisos superiores de las casas de sus amigos. Augusto, incomparable como siempre había sido en su habilidad para distinguir entre la realidad y la apariencia de poder, había sabido a lo que se enfrentaba en el circo y lo había tratado con el respeto que merecía. Sentir el retumbar de su rugido contra el rostro era sentir el cálido aliento del lobo.

Y por eso, cuando se sentaba en el Pulvinar, Augusto se aseguraba siempre de comportarse como un aficionado más. Era importante que se viera que el primer ciudadano compartía los placeres del pueblo romano. Aun así, había ciertos límites. Augusto no había otorgado los dones de la paz y el orden al mundo solo para tolerar que en un acontecimiento deportivo todo el mundo hiciera lo que le viniera en gana. La antigua presunción de muchos espectadores de que debían tener derecho a sentarse donde quisiesen le parecía al *princeps* profundamente ofensiva. El entretenimiento estaba muy bien, pero no a expensas de la decencia. Tanto en el dormitorio como en las gradas, Augusto trató de regular los apetitos de sus conciudadanos mediante la ley. Se dividieron las filas de asientos de los edificios públicos con sumo cuidado según las diversas categorías de romanos. Los senadores, naturalmente, recibieron los mejores sitios; las mujeres, los peores. Si un hombre vestía una toga de un blanco cegador, podía esperar sentarse en las primeras filas; si lucía una túnica oscura y mugrienta, tendría que probar suerte al fondo. Soldados, embajadores extranjeros, muchachos y sus tutores: a todos se les asignó una sección. Por supuesto, cuanto más aforo tenía el lugar, más difícil resultaba controlar que estas reglas se cumplieran, y el

Circo Máximo, que era el estadio con más aforo de todos, era, por consiguiente, el más difícil de regular.[8] Sin embargo, todo el mundo que se beneficiaba de él podía reconocer que el principio sobre el que había operado Augusto era eminentemente sólido. Ricos o pobres, hombres o mujeres: todo el mundo tenía que saber cuál era su sitio. Los espectáculos eran algo serio. Ofrecían un espejo en el que todo el pueblo romano, desde el primer ciudadano al más humilde liberto, se podía ver reflejado. Macrón, intentó explicarle a su joven señor las implicaciones de lo que sucedía en el Circo: «Lo que importa cuando asistes a las carreras que se celebran en el circo no es la competición en sí, sino que te comportes adecuadamente en el contexto de la competición».[9]

Había, sin embargo, otra perspectiva. A pesar de los muchos años que había pasado fuera de Roma, Calígula no estaba completamente aislado de la cultura juvenil de la capital. Los hijos de la nobleza que Tiberio llamaba a Capri para que posaran y se comportaran como prostitutos habían traído consigo a la isla un distintivo toque chic y metropolitano. Uno de ellos, tan aficionado a los juegos sexuales que se decía que había conseguido el ascenso de su padre, primero, al consulado y, luego, al puesto de gobernador de Siria, se había hecho especialmente amigo de Calígula. Aulo Vitelio era un chico rápido en todos los sentidos de la palabra. No era solo un aficionado a las carreras, sino también un habilidoso auriga. Naturalmente, había compartido con Calígula su pasión por ese deporte. La diferencia entre este y Tiberio, que había despreciado todo cuanto gustaba a la plebe y no se había plegado a la idea de gastar dinero para entretener al pueblo, no podía haber sido mayor. Ahora que por fin había salido de la sombra del viejo, Calígula tenía la intención de caminar en una dirección totalmente opuesta e innovadora. Aunque, al convertirse en emperador, se había declarado conmocionado por las perversiones de Capri y se había mostrado dispuesto a ahogar a todos los que hubieran participado en ellas, la broma fue a costa de quienes creyeron que su ultraje era sincero. Vitelio, cuyos escarceos con la prostitución nunca serían olvidados por sus enemigos, seguía siendo el amigo del alma del emperador. Mientras Macrón advertía severamente a Calígula que debía mantenerse lejos de los placeres del circo, su amigo se afanaba por alimentar su obsesión.

El pueblo romano, que llevaba mucho tiempo sin disfrutar de grandes espectáculos públicos, descubrió en su nuevo emperador un


Los Julios y los Claudios bajo el reinado de Calígula
Escribonia = AUGUSTO = Livia = Tiberio Claudio NERÓN
Octavia = Marco Antonio
Marco Agripa = Julia = TIBERIO
Druso (I) = Antonia la Menor
Antonia la Mayor = L. Domicio Enorbarbo
Domicia Lépida
Domicia
Agripina (I) = Germánico
Elia Petina = CLAUDIO = Mesalina
Nerón
Druso (III)
CALÍGULA = Milonia Cesonia
Drusila
Julia Livila = Marco Vinicio
Agripina (II) = Cn. Domicio Enobarbo
Julia Drusila
Antonia
Popea Sabina = NERÓN = Octavia
Británico
..........Adoptado
= Casado/a

munificente patrocinador. Se celebraban carreras desde el alba hasta el ocaso; espectáculos que incluían bestias salvajes y maniobras de caballería, amenizaban los intermedios de las carreras; la pista se hacía relucir con vívidos rojos y verdes. El propio Calígula, lejos de mantener una presencia altiva y neutral, animaba desvergonzadamente a su equipo favorito. Colmó de regalos a su auriga favorito e hizo que los pretorianos construyeran un establo de marfil y mármol para su caballo campeón, *Incitatus* o «Espuela Caliente». Al tiempo, en un gesto que constituía el colmo de la obsesión por este deporte, Calígula encargó que le construyeran su propia pista de carreras privada al otro lado del Tíber, frente al centro de Roma, que se completaría con un obelisco traído expresamente en un enorme barco carguero desde Egipto. Desde luego, su entusiasmo era de todos menos contenido.

Sin embargo, esa era precisamente la cuestión para el propio emperador. En los días de Augusto, la diversión que los que marcaban tendencias habían experimentado a costa de ofender a los antiguos y a los estirados ciudadanos de Roma había acabado siendo un juego tan peligroso que comportaba castigos penales. Ahora, con Calígula instalado en el Palatino, uno de ellos tenía la sartén por el mango. Las tradiciones y la decencia que su bisabuelo tanto se había esforzado por defender eran, para el joven *princeps*, algo que debía subvertirse, socavarse e, incluso, burlarse. Su aprendizaje en Capri, donde había visto a los hijos e hijas de los senadores ofrecerse como si fueran prostitutas callejeras, le había abierto los ojos del todo a los extremos de novedad y espectáculo que el poder de un emperador podía ordenar. Lejos de velar su propia supremacía, se deleitaba haciendo ostentación de ella. Calígula no veía las carreras desde los edificios vecinos. En lugar de ello, resplandecientemente visible en el Pulvinar, celebrado por una multitud agradecida que lo vitoreaba y convertido en el mejor patrón que el circo jamás había conocido, Calígula disfrutaba a fondo de lo que significaba ser el amo de Roma.

Presidía un evento magnificente, pero también peligroso. Las carreras eran competiciones potencialmente letales. Incluso un auriga tan experimentado como Vitelio padecía una cojera crónica, consecuencia de un accidente. Y había tenido suerte. Las colisiones eran a menudo fatales. En los oscuros días de las guerras civiles, muchos ciudadanos habían temido que la propia Roma estuviera condenada a acabar como

un amasijo de astillas, ejes destrozados y riendas enredadas. Ahora, cuando un carro perdía el control y dejaba un cuerpo desmadejado sobre la pista servía al pueblo romano como recordatorio de algo muy distinto: escenas como esa les hacían acordarse del César, quien les había regalado un espectáculo que sus antepasados no podrían haber imaginado ni en el más loco de sus sueños y que era el señor de la muerte y de la vida. Y lo amaban por ello.

En el circo, maniobrar para conseguir la victoria implicaba necesariamente jugarse la integridad física y la vida. Fuera de las carreras, a veces sucedía lo mismo. Ese octubre, ocho meses después de su llegada al poder, Calígula cayó muy enfermo. Alarmados por la potencial amenaza que la enfermedad del emperador suponía para su posición, Macrón y Silano buscaron inmediatamente a su alrededor a un nuevo protegido. Solo había un candidato posible. Con Calígula a las puertas de la muerte, sus dos partidarios más destacados empezaron a despejar el camino para que el nieto de Tiberio, Gemelo, que tenía dieciocho años, tomara las riendas de Roma. Pero se precipitaron. En el circo, el auriga que golpeaba el buje de la rueda de un rival mientras intentaba adelantarlo invariablemente acababa destrozado y cubierto de polvo sobre la pista. Macrón y Silano cometieron un error fatal similar. Calígula no murió, sino que se recuperó por completo. Y cuando se levantó de su lecho, actuó con una rapidez y una astucia letales.

El primero en perecer fue el malhadado Gemelo. Acusado de traición, recibió la visita de dos altos cargos, quienes con mucha delicadeza lo instruyeron sobre la mejor manera de suicidarse y luego se quedaron a su lado para que les demostrara que había aprendido bien la lección. Macrón, al ser el hombre al mando del pretorio, presentaba a Calígula un desafío potencialmente mayor, pero el emperador también demostraría estar a la altura de este desafío. Como si fuera un toro sacrificial adornado con guirnaldas, el prefecto fue primero honrado con el cargo de gobernador de Egipto y luego, antes de que pudiera partir hacia su provincia, recibió órdenes de suicidarse. Se lo acusaba de haberse referido a Calígula como «su obra», algo ciertamente plausible: utilizar tales términos para referirse al emperador era obviamente un insulto letal a la dignidad del *princeps*. El suicidio de Macrón dejó solo a Silano; pero también este, una vez compartió con el Senado las noticias de que ya no gozaba del favor de su yerno, comprendió la indirecta y se abrió el

cuello con una cuchilla. Calígula podía estar muy satisfecho de la habilidad con la que había despejado el escenario.

Para la élite romana, por supuesto, la facilidad con la que su joven emperador se deshizo de sus dos aliados más formidables resultó una revelación muy desagradable. Si gente tan poderosa como Macrón y Silano podían ser obligados a suicidarse, nadie estaba a salvo. Se dice que Calígula le dijo a su abuela las siguientes palabras: «Recuerda que me es lícito todo y contra todos».[10] A diferencia de Tiberio, el asombroso poder que detentaba no le provocaba la menor vergüenza, y descubrir cuán rápido había podido librarse de sus indeseados mentores lo animó a probar hasta dónde llegaban sus límites. Calígula no perdía tiempo defendiendo de boquilla los ideales de la desaparecida República. Le aburrían, y él no era una persona que tolerase el aburrimiento. Sin embargo, al pisotearlos, no se movía a contracorriente del pasado por completo. El color y el clamor del circo, al que se había vuelto tan adicto, era, en Roma, una tradición tan venerable como cualquier otra. En comparación, para un hombre con el don natural para el espectáculo de Calígula, era inevitable que el edificio del Senado pareciera deprimente. Resuelto como estaba no solo a reinar en solitario desde la cima del poder, sino, además, a hacer ostentación de ello, buscó inspiración en el genio romano para ofrecer un gran espectáculo.

El placer que Calígula sentía al ver sufrir a otros no era nada nuevo. Durante siglos, el pueblo romano se había reunido en masa para contemplar el espectáculo de hombres que combatían en una lucha desesperada, y para ejercer sobre ellos poderes de vida o muerte. Tradicionalmente, estos espectáculos se habían organizado en el corazón de Roma, en el mismo Foro. Allí, frente al edificio del Senado, los grandes hombres de la República habían encargado regularmente la construcción de anfiteatros temporales de madera y ofrecido en ellos, en beneficio de sus potenciales votantes, combates entre asesinos adiestrados llamados «gladiadores». Estos luchadores, si eran voluntarios, estaban unidos por un temible juramento de soportar «el fuego, las cadenas, los azotes y la muerte por la espada».[11] A estos hombres se los consideraba lo más bajo entre las clases más bajas y, sin embargo, la actitud que mostraban los espectadores no era de desprecio. El pueblo romano admiraba el valor y la habilidad marcial. Cuando todavía estaba forjando su carrera, Julio César había tratado de granjearse el amor de

sus conciudadanos equipando a los gladiadores, por primera vez, con armaduras de plata; pero después, tras cruzar el Rubicón, adiestró a sus legiones para combatir como si estuvieran en la arena. Era por todos conocido que los senadores proscritos por el Triunvirato habían hecho lo mismo que haría un gladiador derrotado y habían ofrecido el cuello a la espada de sus asesinos. Algunos excónsules no tuvieron reparos a la hora de recurrir al ejemplo de tales esclavos ni en descubrir en ellos un modelo de su propia *virtus* ancestral. Durante los horrores de la guerra civil, toda Roma se había convertido en un anfiteatro.

Es cierto que las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Augusto había llevado las bendiciones de la paz a Roma. Los días en que nobles ambiciosos podían aspirar a conseguir la supremacía celebrando deslumbrantes espectáculos en el Foro habían quedado atrás para siempre. Únicamente quedaba un patrocinador: César. Como era evidente, un *princeps* podía gastar tanto dinero como deseara. El resultado, a lo largo de la primacía de Augusto, había sido la celebración de unos juegos cada vez más espectaculares. Solo en ocho de ellos combatieron diez mil gladiadores. El gobierno de un *princeps,* sin embargo, no comportaba necesariamente buenas noticias para los aficionados. Tiberio, cuyo desprecio por los espectáculos públicos había sido total, se había negado a malgastar el dinero en gladiadores, como era natural. Después de la muerte de Druso, quien había asistido como espectador a los combates de gladiadores y había demostrado una pasión extrema por tales espectáculos, incluso para lo que era habitual en Roma, y que, en consecuencia, había sido apodado con el nombre de uno de los más famosos, se habían dejado de organizar dichos baños de sangre. Los propios gladiadores estrella lamentaron la falta de oportunidades de demostrar sus habilidades. «¡Hemos dejado atrás una edad de oro!».[12] De hecho, el pueblo de Roma se mostraba tan desesperado por continuar alimentando sus ansias de sangre que en el año 27 d. C., cuando un empresario organizó un espectáculo de gladiadores en la cercana Fidenas, «una enorme multitud de hombres y mujeres de todas las edades»[13] acudió desde la capital para presenciarlo. El resultado fue el mayor desastre en la historia del deporte romano: el anfiteatro no soportó la enorme cantidad de espectadores que se congregaron y se hundió debido a su peso. Como consecuencia, miles de personas murieron aplastadas. Aquella horrible catástrofe se recordaría durante

mucho tiempo, pues tocó una fibra sensible de la población. La gente que iba a ver morir a otros hombres no quería que le recordasen su propia mortalidad. «¡Mátalo! ¡Atraviésalo! ¡Quémalo!»[14] La excitación que producía en los espectadores ver a guerreros bien adiestrados luchar por su vida era todavía mayor porque se sabían los amos. Calígula, que sentía tanta pasión por las luchas de gladiadores como desprecio había sentido Tiberio, lo comprendía con una fría claridad. Es más, le divertía jugar con ese conocimiento.

Bastaba con amenazar a un hombre con una muerte violenta y su lucha por escapar de ella ofrecería un entretenido espectáculo, fuera cual fuera el rango de la víctima. ¿Quién mejor para poner a prueba esta proposición que Calígula, cuyo sentido del humor era tan malicioso como absoluto su poder? La víctima que eligió, un ecuestre llamado Atanio Segundo, no era culpable de nada más que de una adulación excesiva. Cuando el *princeps* enfermó, Atanio prometió a los dioses que si le devolvían la salud a Calígula, combatiría como gladiador. Como era natural, no esperaba que lo obligaran a cumplir su promesa. Su única intención había sido destacar entre todos los demás aduladores. Una vez repuesto, sin embargo, el emperador hizo que Atanio se atuviera a lo prometido. Con un grave semblante, Calígula ordenó al desdichado ecuestre que fuera a la arena y combatiera para divertir a las masas. Como era predecible, enfrentado a un asesino adiestrado, Atanio no duró mucho. El espectáculo de su cuerpo arrastrado por la arena con un gancho no solo destacó la crueldad del emperador, sino que era una imagen que escondía una amenaza. Ningún ecuestre podía permanecer tranquilo en el anfiteatro, en uno de los asientos reservados para ellos por ley, y observar ecuánimemente como uno de los suyos era reducido a un objeto de diversión pública. También los senadores se debieron sentir inquietos. La amenaza era implícita. Calígula tenía el derecho de hacer de la muerte de cualquier ciudadano romano un espectáculo público; nadie podía librarse de ello, por muy elevado que fuera su rango.

Para la nobleza romana todo esto resultó todavía más desconcertante. La noción de que un *princeps* los concibiera como un objeto de burlas y risas era tan nueva como sobrecogedora. Por muy dolorosa que hubiera sido la subordinación de la aristocracia al nuevo orden establecido por Augusto, ni el propio Augusto ni Tiberio habían teni-

do nunca la intención de restregarles el rostro por el fango. Más bien todo lo contrario. Ambos habían creído firmemente en los valores que defendía la élite tradicional de Roma. Calígula, sin embargo, se estaba revelando como un tipo de *princeps* completamente distinto. Criado en la isla privada de un autócrata, seducido por los vítores del circo y apoyado por las espadas de los pretorianos, el emperador no sentía la menor empatía hacia las presunciones de su propia clase social. Había pasado más de un año desde que había accedido al gobierno del mundo y todavía rendía cierta burlona pleitesía a su alianza con la aristocracia. No obstante, era evidente que empezaba a cansarse de tener que calmar constantemente sus irritaciones y suspicacias. Como señal de ello, en septiembre del año 38 aceptó un título que antes, por respeto a los cabellos grises y los rostros arrugados de los senadores, había rechazado significativamente: el de «padre de la patria». La oportunidad de humillar a sus mayores era, simplemente, demasiado buena como para dejarla escapar.

Desde luego, si Calígula sentía lealtad hacia algo, era hacia su familia... y hacia sus hermanas en particular. Julia Livila, la bebé nacida en Lesbos durante el fatídico viaje de Germánico a Oriente, era ahora una joven de poco más de veinte años; sus dos hermanas mayores, Agripina y Drusila, estaban ya casadas. Mientras había vivido Tiberio, las tres habían compartido con su hermano los peligros de ser hijos de su madre; cuando Calígula finalmente tomó posesión de su herencia, las tres fueron colmadas de honores. Se les dieron privilegios que a Livia le había llevado toda una vida adquirir. Incluso los cónsules, al jurar lealtad a Calígula, se veían obligados a incluir a sus tres hermanas en el juramento. La novedad más llamativa de todas, sin embargo, fue que aparecieran en una moneda acuñada durante el primer año de mandato de su hermano, en la que se las retrataba como si fueran adorables deidades. Nunca antes en la historia de Roma se había representado a individuos vivos como dioses en las monedas. Como consecuencia, no resulta sorprendente que los tradicionalistas se subieran por las paredes.

Aunque, todo sea dicho, las masas veían el amor de un Claudio hacia sus hermanos con suspicacia desde hacía mucho tiempo. En los últimos días de la República, la íntima relación de Clodio con sus tres hermanas le había granjeado oscuras y dañinas acusaciones de incesto. Ahora, casi un siglo después, los mismos rumores empezaban inevi-

tablemente a circular sobre los hijos de Germánico.* Dado el lúbrico gusto del pueblo romano por los escándalos, difícilmente podía hacer sucedido otra cosa. Además, ¿cómo iban a molestar unos cuantos cotilleos inofensivos al amo del universo y a sus hermanas? Agripina, en particular, no era precisamente el tipo de mujer que se preocupara por lo que pensaran los que eran inferiores a ella. No solo era tocaya de su madre, sino que tenía también la misma ambición y seguridad en sí misma que su progenitora. Casada por Tiberio con el bruto pero impecablemente aristocrático Domicio Enobarbo, Agripina era la única de sus hermanas que había tenido un hijo, que, además, era varón. Como era de esperar, las esperanzas que había depositado en el niño eran del orden más alto. Sin embargo, al igual que su madre, tenía tendencia a presionar demasiado a las personas. Ansiosa por informar al mundo de que Calígula no tenía hijos propios, pidió al emperador que pusiera nombre al suyo, confiada en que la elección señalaría un futuro glorioso para el niño. Sin embargo, su hermano sonrió, miró a su tío baboso y con muchos tics y sugirió que llamaran al niño «Claudio».

Al final, Agripina tuvo que contentarse con llamar a su hijo Lucio Domicio Enobarbo, en honor a su padre. Sabía muy bien que no podía forzar las cosas. Aunque Calígula quería a su hermana mayor, no estaba dispuesto a ofrecer ni a ella ni a Julia Livila ninguna muestra de favor a expensas de su favorita, Drusila. Nadie le era más querida. Aunque Tiberio la había obligado a casarse antes de su llegada al poder, eso no le impidió, una vez convertido en emperador, desposarla con otro hombre mucho más fascinante y que, además, era su principal favorito: Marco Emilio Lépido. Se decía que este sobrino bisnieto del más ineficaz de los triunviros había tenido un amorío de juventud apasio-

* La primera alusión que podemos fechar con seguridad a que Calígula cometiera incesto con sus hermanas aparece en *Antigüedades de los judíos*, de Flavio Josefo, más de medio siglo después de su muerte (19.204). Sin embargo, Josefo estaba bien informado sobre el reinado de Calígula y se basó en fuentes escritas mucho más cercanas a los hechos. Como siempre sucedía en una ciudad tan adicta a los cotilleos más injuriosos, la existencia de un rumor no significaba necesariamente que fuera cierto. Ningún contemporáneo de Calígula hace mención al posible acto de incesto; y fue solo a partir de Suetonio cuando los rumores se propagaron. «¿Has cometido incesto con tu hermana?», se dice que preguntó Calígula a su amigo Crispo Pasieno, célebre por su ingenio. «Todavía no», se dice que replicó este, veloz como el viento (citado en *Escoliasta sobre Juvenal:* 4.81).

nado con Calígula y, fuera o no verdad ese insultante rumor, el caso es que los dos hombres tenían una relación muy íntima. El emperador no solo había acelerado el ascenso de su amigo a través de las diversas magistraturas, sino que luego lo había nombrado explícitamente «sucesor al trono».[15] Pero era a la esposa, sin embargo, y no al marido, a quien Calígula adoraba de verdad. Durante su enfermedad, lo había dejado claro de la manera más asombrosa. En lugar de nombrar explícitamente a Lépido como su sucesor, había nombrado a la propia Drusila «heredera de sus bienes y poderes terrenales».[16] Ni siquiera Livia en sus momentos de mayor ambición podría haber soñado con un honor así.

No sorprendió a nadie, pues, que cuando su adorada Drusila murió durante el verano del año 38, Calígula se sintiera tan devastado que su extravagante dolor diera lugar a una serie de espectáculos de duelo sin precedentes. Demasiado afectado como para asistir al funeral, se retiró a una finca en las afueras de Roma, donde buscó distraerse de su tristeza jugando a juegos de mesa, dejándose crecer el pelo y, luego, cortándoselo a machetazos. Cuando estas medidas se demostraron insuficientes para atenuar su dolor, empezó a vagar por Sicilia y Campania. Mientras tanto, en Roma, un senador habilidoso declaró que había visto a Drusila ascender al cielo, y Calígula, en lugar de burlarse del hombre por su adulación y servilismo, como habría hecho normalmente, le concedió una generosísima recompensa. Drusila fue oficialmente divinizada. Era el tercer miembro de la familia, después de Julio César y Augusto, en convertirse en un dios. Se erigieron estatuas suyas a tamaño natural tanto en el edificio del Senado como en el templo de Venus Genetrix; todo cuanto oliera a diversión se canceló oficialmente; un hombre que vendía agua caliente para echársela al vino fue rápidamente ejecutado, acusado de *maiestas*. El pueblo romano, «que no estaba seguro de si Calígula quería que lloraran a su hermana o la adoraran»,[17] se encogió de miedo ante su aterradora pena.

A principios de otoño, cuando la elevación de Drusila a los cielos se confirmó oficialmente, el emperador se había recobrado lo bastante como para mirar hacia el futuro. La muerte de su hermana le había recordado su propia mortalidad, así que se procuró rápidamente una nueva esposa. Que Lolia Paulina ya hubiera estado casada con Memmio Regulo, el cónsul que había presidido el Senado durante la caída de Sejano, no le importó un bledo a Calígula. Lolia era bella y extre-

madamente rica, y le gustaba lucir perlas y esmeraldas siempre que se presentaba la ocasión. Aunque era la nieta del Lolio que había perdido un águila luchando contra los germanos y luego se había suicidado en el frente oriental, el deshonor de su antepasado no había dejado mácula alguna que ahora afectara a la elegibilidad de la mujer. Cualquier hijo que diera sería digno de ser césar.

Naturalmente, que Calígula estuviera obviamente decidido a engendrar un heredero no era nada bueno para las ambiciones ni de Agripina ni de Lépido, pero el *princeps* no estaba de humor para tener en cuenta consideraciones de ese tipo. Cuando más se adaptaba a la aparente falta de límites de su supremacía, menos inclinado se sentía a tolerar cualquier cosa que pudiera obstaculizarla. Gracias a la excelente educación que había recibido, podía citar a los clásicos con facilidad para justificarse: «Que sea uno solo el jefe, solo uno el rey».[18] Como prueba de esto, en Año Nuevo, el emperador empezó su segundo consulado. Aunque solo lo detentó durante un mes, su breve mandato sirvió a su propósito: recordó al Senado que podía tomar y descartar la magistratura suprema de Roma cuando y como deseara. Al mismo tiempo, de fondo, un clamor de tambores ominoso y familiar sonaba de nuevo. Los hombres que bajo el reinado de Tiberio habían languidecido en prisión y que Calígula había liberado en los primeros y alegres días de su accesión al poder empezaron a ser arrestados de nuevo. El cargo de *maiestas,* abolido con una gran fanfarria durante las primeras semanas de su supremacía, resucitó discretamente. El terror se mezclaba con el habitual humor malévolo de Calígula. Cuando se descubrió, después de haber sido ejecutado, que un joven magistrado llamado Junio Prisco era mucho más pobre de lo que siempre había hecho creer, el emperador se echó a reír y declaró que había muerto por encima de sus posibilidades: «Me engañó. De haberlo sabido, podría haber seguido con vida».[19]

El chiste, como sucedía a menudo con Calígula, derivaba de la cualidad abrasadora de su mirada: de su propensión a arrancar el velo del disimulo, de su tendencia a exponer la sórdida degradación de los instintos humanos, de cuestionar siempre si alguien hacía algo que no fuera en interés propio. El pueblo romano llevaba mucho tiempo hablando de sus supuestas virtudes; pero Calígula, muy implacable en el análisis de sus propias motivaciones, ya no estaba interesado en dorarle

la píldora. Durante dos años, había consentido a los senadores haciéndoles creer que eran sus socios en el gobierno del mundo. Sin embargo, ya se había aburrido de hacerlo. Toda la palabrería hipócrita de los nobles clamaba a los cielos. Casi setenta años antes, en el fatídico día en que se había votado el nuevo nombre de Augusto, este y el Senado habían empezado a tejer un tapiz de ficciones tan sutiles que pocos desde entonces habían estado dispuestos siquiera a reconocer su existencia. Ahora, Calígula estaba listo para hacerlo pedazos y pisotearlo.

Hacía tiempo que había dispuesto la trampa. Durante las primeras semanas de su reinado, había informado al Senado con un tono de graciosa magnanimidad de que todos los registros de los juicios de *maiestas* celebrados durante el reinado de Tiberio, todas las transcripciones de aquellos que habían presentado acusaciones contra sus colegas, todos los detalles de los diversos senadores que se habían apuñalado los unos a los otros por la espalda, se habían quemado. Pero era mentira. Había conservado los registros, y ahora ordenó que se leyeran ante el Senado. El suplicio de los oyentes fue casi insoportable. Sin embargo, lo peor estaba por llegar. Calígula detalló todos los cambios de chaqueta oportunistas de los que el Senado era culpable. Sus miembros habían besado los pies de Sejano y luego le habían escupido cuando había caído en desgracia; se habían encogido y humillado ante Tiberio y luego lo habían calumniado en cuanto había muerto. No obstante, el fallecido emperador había sabido ver más allá de las apariencias y reconocido el núcleo maligno y despreciable de los senadores, y le había aconsejado cómo manejarlos. «Que tus prioridades sean tu propio placer y tu seguridad, pues todos ellos te detestan. Todos quieren verte muerto. Y, si pueden, te asesinarán».[20]

La brutal crudeza del régimen que se había instaurado, a lo largo de los últimos cien años, en el corazón de Roma y en lo que había sido una República libre, quedó en ese momento a la vista de todos. Por muchas cosas que se pudieran decir de Calígula, al menos era honesto. Sin embargo, su honestidad era tan despiadada como el sol africano. ¿Dónde se iban a esconder los senadores ahora? No podían recurrir a ninguna de las hipocresías con las que se habían cubierto y engalanado hasta ahora. Su mezcla de servilismo y maldad había quedado brutalmente expuesta al mundo. Pero no era solo el Senado el objetivo de los ataques de Calígula. Las mentiras que habían contado sus predecesores, el dei-

ficado Augusto y Tiberio, también quedaron de manifiesto. La ficción a la que ambos hombres se habían aferrado de que Roma seguía siendo una República se había vuelto insostenible. El poder del emperador era total, y Calígula no veía motivo alguno para ocultarlo. Para demostrar esto, declaró oficialmente restaurado el cargo de *maiestas* y ordenó que sus palabras se inscribieran en una tabla de latón. Luego, sin esperar a oír lo que el Senado tenía que decir, dio media vuelta y se marchó.

Resultó que el Senado no tenía nada que decir. Sus miembros quedaron tan anonadados y conmocionados que se quedaron sentados inmóviles y en silencio. Tardaron un día entero en presentar una respuesta. Durante una votación oficial del Senado, se decretó agradecer a Calígula su sinceridad, alabarlo por su piedad y realizar sacrificios anuales a modo de reconocimiento por la clemencia de la que había hecho gala. Se acordó también que se le concedería una «ovación», una forma menor de *triunfo* que daba derecho a un general a desfilar a caballo por Roma. Debía celebrarla, declaró el Senado, «como si hubiera vencido a sus enemigos».[21]

Cosa que, en cierto modo, había hecho. Al decirles a la cara a los senadores que lo odiaban y que deseaban verlo muerto, Calígula se había mofado de ellos diciéndoles que seguirían colmándolo de honores «lo desearan o no».[22] Sin embargo, los rostros enjutos e impávidos de los senadores no solo escondían miedo, sino también ira. Y estas emociones no estaban confinadas en exclusiva al edificio del Senado. Incluso en el círculo más íntimo de Calígula, incluso entre los pocos a los que genuinamente amaba, se contemplaba el futuro con creciente ansiedad. Los senadores no eran los únicos cuya autoestima había pisoteado el emperador. Ciertamente, no tenía la menor intención de permitir que las ambiciones de su hermana interfirieran con las suyas. Al cabo de menos de un años de contraer matrimonio con Lolia Paulina, Calígula se divorció de ella porque no le había dado un hijo. Decidido a no cometer el mismo error dos veces, se casó inmediatamente con su amante, quien no solo tenía ya tres hijos, sino que ya estaba embarazada de él. Milonia Cesonia no era ni joven ni bella, pero fuera lo que fuera lo que Calígula deseaba en una mujer, ella lo poseía. Como su marido, disfrutaba disfrazándose y a menudo cabalgaba a su lado en las procesiones militares, vestida con una capa y un casco; cuando Calígula, a quien nunca disgustaba una escena excitante, le pedía que posara desnuda

para sus amigos, Milonia siempre estaba dispuesta a complacerlo. Y esa era, sin duda, la forma de llegar a su corazón, pues la devoción de Calígula hacia Cesonia fue tan constante como el cariño que tenía a Drusila. No es sorprendente, pues, que el nacimiento de la hija de Calígula, a la que el deleitado padre llamó Julia Drusila, fuera recibido tanto por Lépido como por Agripina con un hostil y sombrío resentimiento. Ambos, cada uno a su manera, se sentían tentadoramente cerca de asegurarse la sucesión; ambos, al contemplar la obvia fertilidad de Cesonia, se dieron cuenta de que sus ambiciones habían sufrido un golpe potencialmente fatal.

A finales del verano del año 39, el último día de agosto, Calígula celebró su cumpleaños. Tenía veintisiete años. Había sido emperador durante dos años y medio. Podía estar muy satisfecho con todo lo que había conseguido durante ese período. Tenía al Senado atemorizado, al pueblo contento y agradecido, y a la ciudad amenizada gracias a la celebración de abundantes y grandes espectáculos: Roma parecía ir en camino de amoldarse a sus deseos. Sin embargo, había llegado el momento de mirar más allá. Al haber crecido rodeado por los legionarios asentados en las tierras del Rin, Calígula sabía perfectamente que el mundo no se reducía a Roma. Todavía debía completar el trabajo que su padre había comenzado: Calígula debía conquistar a los bárbaros de Germania, que habían desafiado tanto a Augusto como a Tiberio. Estaba muy bien representar batallas en las arenas de la ciudad, pero también había batallas reales que luchar, en las que combatían soldados de verdad contra adversarios reales.

Cayo Julio César Augusto Germánico se fue a la guerra.

Una broma llevada demasiado lejos

Incluso en una ciudad tan acostumbrada a los rumores como Roma, los que procedían de un frente de guerra distante tenían un cariz especial. Las noticias sobre una campaña se extendían primero como murmullos y, luego, a medida que los susurros crecían hasta tornarse en un rugido, la gente empezaba a gritar y, quizá, si había victorias que celebrar, rompía en aplausos. La partida de Calígula hacia el Rin prometió a las gentes de la capital un entretenimiento especialmente emocionante.

Desde los días de Germánico no se había visto una movilización así de la máquina de guerra romana, y Calígula, a diferencia de su padre, iría a la guerra como emperador. Las expectativas eran muy altas. Los germanos, cuya gran victoria sobre Varo era solo un recuerdo lejano, habían vuelto a sus habituales luchas intestinas. Los queruscos, la tribu de Arminio, estaban particularmente debilitados. El propio Arminio, cuya fama había sido una constante provocación para los caudillos rivales, había desaparecido hacía tiempo del escenario, asesinado el mismo año en que había muerto Germánico, su gran oponente. El pueblo romano, desnutrido desde hacía mucho de las emociones que tradicionalmente le habían aportado las historias de conquista, podía esperar con ilusión conocer los detalles de las futuras andanzas del césar.

Y no quedarían decepcionados. Aunque, al final, las historias que se contarían de Calígula ese otoño poco tendrían que ver con sus gestas marciales, no serían por ello menos sensacionales. Eran historias llenas de peligro, aunque en ellas la principal amenaza a la vida del emperador no se encontraba más allá del Rin, sino mucho más cerca de casa, si es que los asombrosos rumores que empezaron a correr por toda Roma eran ciertos. Incluso antes de que Calígula partiera de la capital, las insinuaciones de una crisis que afectaba hasta a los estratos más altos del régimen habían dado mucho de qué hablar. A principios de septiembre, ambos cónsules habían sido despedidos sumariamente de sus puestos, se habían roto sus fasces y uno de ellos había sido obligado a suicidarse.[23] Luego, acompañado por Lépido, sus dos hermanas y un séquito de pretorianos, el emperador partió hacia el frente germano a toda velocidad. Al parecer, viajó tan raudo que su llegada a orillas del Rin tomó al legado local completamente por sorpresa. Cneo Cornelio Léntulo Getúlico era un profesional veterano, un excolaborador íntimo de Sejano que había sobrevivido a la caída de su patrón dejando caer de forma discreta indirectas amenazadoras sobre el número de legiones que tenía bajo su mando. Tiberio, demasiado ocupado con otros asuntos como para preocuparse por él, se había resignado a su continuidad en el cargo, pero a costa de un gran daño a largo plazo. Igual que Pisón había hecho en Siria, Getúlico había cimentado su autoridad sobre sus hombres dándoles manga ancha para obrar como quisieran, y el resultado fue que la frontera, carcomida por una década de disciplina laxa, ya no cumplía su propósito. Centuriones panzudos y decrépitos

haraganeaban en sus tiendas mientras los bárbaros, que cruzaban la frontera en números cada vez mayores, aprovechaban con entusiasmo esta renovada oportunidad para hacer incursiones y saqueos en territorio romano.

Aquello no gustó a Calígula, cuyos primeros recuerdos eran de los frenéticos esfuerzos de su padre por reparar las defensas del Rin. Sorprendido por la súbita aparición del emperador, Getúlico fue arrestado, interrogado y ejecutado. Su sucesor, un rigorista llamado Galba, es otra prueba del ojo que tenía Calígula para detectar el talento. En poco tiempo, el nuevo general del Rin endureció a sus hombres lo bastante como para empezar a limpiar la Galia de intrusos. Mientras tanto, el propio Calígula se ocupó de demostrar que era digno hijo de su padre. Primero, purgó el ejército sistemáticamente de todos los oficiales incompetentes o inadecuados; luego se embarcó en una serie de incursiones contra los germanos. Aunque la temporada de campaña estaba muy avanzada, fue saludado por las tropas bajo su mando en no menos de siete ocasiones como *«imperator»*.* Mientras tanto, para preparar la campaña del año siguiente, se comenzó el reclutamiento de soldados que conformarían dos nuevas legiones: las primeras en ser creadas desde la aniquilación del ejército de Varo, que había tenido lugar treinta años antes.[24] Cuando se retiró a pasar el invierno en Lugdunum, Calígula bien podía sentir que había dejado su impronta en la región.

Pero desde el principio, los bárbaros habían sido lo que menos le había preocupado. En Roma, donde las crónicas de las siete victorias del emperador sobre los germanos fueron, por supuesto, asiduamente promocionadas, las mareas de rumores venían cargadas de noticias muy distintas. La ejecución de Getúlico, que llegó poco después del despido

* Es Dion Casio quien, a pesar de afirmar que Calígula «no había ganado ninguna batalla ni matado a ningún enemigo», deja caer este detalle (59.22.2). Hay dos tradiciones contradictorias entrelazadas en los escritos de historiadores como Suetonio o Dion: en una, la hoja de servicios militar de Calígula es un esperpento conformado por caprichos y locuras; sin embargo, en la otra, se lo representa como un líder eficaz y capaz de imponer disciplina, a la altura del modelo de su padre y de Tiberio. Aunque la niebla que ensombrece este período de su reinado es inusualmente densa, existen los bastantes detalles dispersos como para afirmar que es muy probable que Calígula hiciera una gira por el Rin en otoño del 39, impusiera su autoridad, disciplinara a los legionarios presentes allí y ganará unos pocos combates dispersos. Del mismo modo, debe reconocerse que puede que Calígula no avanzara hasta el Rin hasta poco después de Año Nuevo.

de dos cónsules, no había pasado desapercibida. Según se decía, los tres hombres habían tomado parte en la misma conspiración. Y por ello Calígula, decidido a cortarla de raíz, había partido hacia el frente germano y viajado a un ritmo tan frenético. A finales de otoño, las noticias se hicieron oficiales. Getúlico había sido, en efecto, ejecutado por su participación en una serie de «nefastas intrigas»:[25] un complot para que los ejércitos del Rin se rebelaran contra Calígula y colocaran a un nuevo emperador en su lugar.[26] Pero ¿a quién? Cuando llegó la respuesta a esa pregunta, fue la revelación más sobrecogedora e inesperada de todas. La primera muestra de ella llegó con una delegación enviada al gran templo de Marte Vengador, con órdenes de presentar al dios tres dagas; la segunda, en la persona de su hermana, Agripina. Igual que su madre había hecho al traer las cenizas de Germánico desde Siria, llegó a Roma con una urna funeraria. Y en la urna estaban los restos de Lépido.

Lejos de ocultar el escándalo, Calígula prefirió hacer un espectáculo de sus detalles más sórdidos. Lépido, el amigo al que había bendecido con todos los favores imaginables, lo había traicionado miserablemente. Se había acostado tanto con Agripina como con Julia Livila y había conspirado con las dos hermanas para hacerse con el poder supremo; había tejido una red de conspiraciones que llegaban desde el Senado hasta el Rin. Nadie sabía a ciencia cierta si había sido Getúlico, en un desesperado intento de granjearse el perdón del emperador, quien había revelado la participación de Lépido en el complot o si había sido algún otro informador; pero no cabía duda de que Calígula estaba profundamente dolido. El propio Lépido, a quien se había ordenado que desnudara el cuello ante la espada de un oficial, fue despachado con rapidez; Agripina, una vez hubo obedecido las órdenes de su hermano y llevado los restos de su amante muerto de vuelta a Roma, sufrió el exilio, el mismo destino que corrió su hermana. Al igual que su madre y su abuela antes que ellas, cada una fue transportada a una isla desierta frente a la costa de Italia, mientras que todas sus posesiones —joyas, muebles, esclavos y demás— se entregaron en Lugdunum a galos deseosos de mejorar su estatus.

Pero lo peor para Agripina todavía estaba por llegar. Poco después de la revelación de su traición, su marido, el tosco Domicio Enobarbo, sucumbió a la hidropesía, y su hijo, por quien había jugado tan sucio y se había arriesgado tanto, pasó al cuidado de su tía, Domicia. «No

menos bella o rica que Agripina y de similar edad».[27] Las dos mujeres eran rivales naturales; y Domicia, decidida a ganarse el corazón de su sobrino, le consintió todo. Agripina, que siempre había sido tan estricta con el chico como elevadas habían sido las esperanzas depositadas en él, quedó consternada. Sin embargo, nada podía hacer desde la isla en la que se pudría. Ya había perdido su libertad, y ahora parecía que iba también a perder a su hijo. Aun así, como Calígula se aseguró de recordar tanto a Agripina como a Julia Livila, todavía podían perder mucho más, pues «él no solo tenía islas, sino también espadas».[28]

Cónsules, comandantes del ejército e incluso familiares del emperador se habían unido en una conspiración contra él, y, a pesar de la unión, habían fracasado. Sin embargo, el golpe que sufrió la confianza de Calígula en sí mismo había sido de una magnitud sísmica, y su rencor hacia sus hermanas no era sorprendente. Aunque se había movido rápida y despiadadamente para aplacar la rebelión en el Rin y estabilizar la frontera más importante de Roma, no le había quedado otra alternativa que pasar el invierno retrasando sus planes de conquista de las tierras germanas. El riesgo de más traiciones era, simplemente, demasiado grande. La magnitud de las sospechas que albergaba Calígula se reveló con claridad cuando el Senado, con la intención de cubrirse las espaldas, envió una delegación de senadores notables encabezada por Claudio para felicitarlo por haber frustrado la conspiración de Lépido. El emperador trató a la embajada con manifiesto desprecio. Negó la entrada en la Galia a la mayoría de los senadores por considerarlos posibles espías; cuando llegó a Lugdunum a la cabeza de los pocos senadores a los que se permitió acceder a la ciudad, Claudio fue arrojado vestido al río. O eso se dijo. Cierto o no, el rumor se encargó de recalcar la idea que Calígula deseaba transmitir. Los que lo habían traicionado podían olvidarse de recibir muestra alguna de cortesía o respeto. Tanto el Senado como su propia familia habían sido señalados como nidos de víboras. Se había declarado oficialmente el estado de guerra entre el emperador y la aristocracia. Como consecuencia, Calígula necesitaba regresar a Italia tan pronto como fuera posible. Sin embargo, esto le planteaba un desafío. Era totalmente impensable abandonar el norte sin haber logrado firmar alguna gesta que luego pudiera promocionar en Roma como una gran victoria. Por eso, en cuanto asomó la primavera, regresó al frente germano, inspeccionó a las tropas, notó con

satisfacción las mejoras disciplinarias que había conseguido Galba y se aventuró en una incursión más allá del Rin.[29] No obstante, al final no sería Germania la que daría a Calígula el empujón que tan desesperadamente necesitaba, sino Britania.

Allí, a pesar de que ninguna legión había cruzado el canal de la Mancha en casi un siglo, la influencia romana había crecido de forma constante. Con la isla dividida entre una serie de belicosos y ambiciosos caudillos tribales, era de esperar que Roma se convirtiera en su modelo de poder. La forma más efectiva de que un señor de la guerra britano incrementase su prestigio era emular la figura del césar. El rey que entretenía a sus huéspedes con exquisiteces importadas del Mediterráneo o que se retrataba en las monedas de plata coronado con laurel se definía como un hombre en alza. Estas campañas de autopromoción no eran ni baratas ni fáciles, y no es una coincidencia que los más poderosos caudillos de la isla siempre se hubieran esmerado en gozar del favor de Roma. Cunobelino era el rey de la tribu de los catuvellaunos, cuyos territorios abarcaban buena parte de la Britania central y oriental. Sin embargo, eso no lo había privado de hacer ofrendas en el Capitolio ni de devolver rápidamente a todos los marineros romanos que naufragaban en las orillas de su reino a casa. No es sorprendente, pues, que cuando uno de los hijos de Cunobelino tuvo que exiliarse después de fracasar en un intento de conquista de Kent, la presencia del césar al otro lado del canal resultara una atracción irresistible.

A Calígula, naturalmente, le encantó esta inesperada lotería. La llegada de un auténtico príncipe britano no podía haber sido más oportuna. La rendición de un hombre así podía presentarse fácilmente como la rendición de toda Britania. Se enviaron correos rápidamente a Roma. Se ordenó a los mensajeros que, al llegar a la ciudad, cabalgaran tan ostentosamente por las calles como fuera posible, se dirigieran al templo de Marte y allí entregaran la carta del emperador, atada con una corona de laurel, a los cónsules. El pueblo romano ya tenía la buena nueva de una victoria.

Y, desde luego, en andas de los rumores, las noticias de esa victoria corrieron por toda la ciudad. Se hablaba de los peligros a los que se había enfrentado el césar, de los prisioneros que había hecho, de cómo había conquistado el mar. Ese era el tipo de detalles que siempre habían gustado a sus conciudadanos. Sin embargo, mientras estas historias se

repetían a lo largo y ancho de Roma, desde el Foro a las tabernas y a los patios llenos de ropa tendida, circulaban también otras versiones de las actividades del emperador en el norte: unos rumores a contracorriente mucho menos elogiosos para Calígula. Se decía que había salido corriendo a refugiarse en su orilla del Rin al más mínimo atisbo de bárbaros; que el botín de su conquista del Océano eran solo cofres llenos de conchas; que los cautivos que traía consigo a Roma no eran ni siquiera germanos, sino galos con el pelo teñido. Se decía que Cesonia, siempre la socia perfecta de su marido en cuanto a grandilocuencia y teatralidad, estaba comprando «pelucas pelirrojas»[30] para ponérselas a los presos. ¿Cómo iba alguien en Roma, tan lejos del frente, a discernir cuál de las dos corrientes de propaganda decía la verdad? El propio Calígula, que volvió a toda velocidad desde el canal de la Mancha a Italia, sabía perfectamente lo que estaba en juego y también quién era el responsable de enfangar su historial bélico. «Llegaré, sí llegaré, y esta conmigo», dijo Calígula, refiriéndose a la espada que llevaba al cinto y dirigiéndose a una delegación de senadores que había viajado al norte para encontrarse con él, «pero solo porque el orden ecuestre y el pueblo quieren que vuelva». Y pronunció las siguientes palabras: «No penséis en mí ya como un conciudadano vuestro. Como *princeps*, ya no reconozco al Senado».[31]

Estas eran palabras escalofriantes, que se tornaban todavía más terribles por el hábito de Calígula de golpear fuerte con la palma de la mano la empuñadura de su espada mientras las pronunciaba. La conmoción y el temor de los delegados eran comprensibles; sin embargo, si creían que el emperador tenía intención de limitarse a ejecutar a sus oponentes, habían subestimado el sobrecogedor alcance de sus ambiciones. La experiencia del otoño anterior, cuando le había parecido que toda la nobleza romana estaba en su contra, había hecho que Calígula se decidiera definitivamente. Su intención ahora era destruir todo cuanto sustentaba el prestigio y la autoestima del Senado y demoler los mismos cimientos de su ajada *auctoritas.* Por ello, en lugar de aceptar su trémula oferta de un triunfo, la rechazó con desprecio; y por ello, al despedirlos, prohibió que ningún senador saliera a recibirlo cuando se acercara a Roma. «Porque no quería dar a entender de ningún modo que los senadores tenían autoridad alguna para concederle nada que pudiera redundar en su honor pues, al fin y al cabo, eso implicaría que

tenían un rango superior al suyo y, por lo tanto, que podían concederle favores, cuando, en realidad, estaban por debajo de él».[32] Esta era una percepción muy perspicaz. Durante décadas, a salvo dentro de su crisálida, protegida por la red de hipocresías astutamente tejida por Augusto y sustituyendo las tradiciones que tanto valoraba Tiberio, se había estado incubando una monarquía; ahora, con el regreso de Calígula de la guerra, por fin estaba lista para emerger, desplegar sus alas y asombrar al mundo con su gloria. Ya no había lugar para las pretensiones del Senado; solo para el vínculo entre el *princeps* y su pueblo.

Como consecuencia, cuando Calígula llegó a las afueras de Roma de vuelta de sus aventuras en el norte, en mayo del 40, no entró en la ciudad, sino que se dirigió al sur, a la bahía de Nápoles.* Allí, donde, durante generaciones, los superricos se habían dedicado a superarse los unos a los otros con muestras de derroche cada vez más extravagantes, el emperador puso en marcha el espectáculo definitivo. No había villa en la costa, ni capricho arquitectónico ni yate de lujo que pudiera competir: confiscó barcos mercantes de todo el Mediterráneo, los unió y creó un inmenso puente de pontones que, salvando de cinco kilómetros y medio de mar, unía Puteoli, el puerto más grande y transitado de Italia, con Bayas, su más célebre lugar de ocio.[33] A lo largo del puente se habían compactado montones de tierra y se habían construido en él estaciones de servicio con agua corriente, de modo que se pareciera a la vía Apia. Al llegar a Bayas, Calígula ofreció sacrificios, primero a Neptuno, el dios de los mares, y, luego —en un gesto conscientemente diseñado para dejar estupefacto a todo el mundo— a la Envidia. Ante él, el puente de pontones con su gran carretera de tierra se extendía hasta Puteoli; tras él, completamente armados, había una reluciente hilera de soldados a pie y a caballo. El propio Calígula, coronado con hojas de roble y luciendo el peto de Alejandro Magno, subió a su caballo. Después de conquistar el Océano, ahora tenía la intención de demostrar que era el señor de los mares de la forma más asombrosa y literal. Se dio

* Dion, que escribe a principios del siglo III d. C., da a entender que Calígula viajó a la bahía de Nápoles en la primavera del 39, después de su devastador discurso ante el Senado; pero Séneca, en su ensayo *Sobre la brevedad de la vida* (18.5), deja claro que el viaje se produjo al año siguiente. Aunque es imposible tener una certeza absoluta sobre lo sucedido, el contexto inclina la balanza de forma decisiva hacia el año 40 en lugar de hacia el 39.

la orden de avance. Calígula, vestido con su capa dorada, que relucía bajo el sol estival, se dirigió hacia el puente. «Tiene las mismas posibilidades de convertirse en emperador que de cruzar a caballo la bahía de Bayas».[34] Eso le había dicho en una ocasión el adivino Trasilo a Tiberio. Pero Calígula se había convertido en emperador, y ahora, desde luego, estaba cabalgando sobre el mar.

El pueblo romano jamás había visto algo así. Una multitud se agolpó en la costa y contempló, estupefacta y absorta, lo que era a la vez una parodia y una superación de las más elevadas tradiciones de Roma. El extravagante desfile de Calígula tenía ecos inconfundibles de un triunfo, pero a la vez ponía en su lugar a todos aquellos empecinados generales carentes de imaginación que se habían contentado con celebrar sus victorias repitiendo la misma invariable ruta por las calles de Roma. Someterse a las convenciones era someterse a los custodios de las convenciones, y Calígula no tenía la menor intención de hacerlo. Las antiguas costumbres decretaban que un general que desfilaba en su triunfo fuera recibido por los principales magistrados de la República y por el Senado, pero nada de eso se vio en la bahía de Nápoles. En cambio, Calígula se aseguró de estar notoriamente rodeado por aquellos en quienes sentía que podía confiar de verdad: los pretorianos, sus soldados y sus mejores amigos. El puente de barcos no era un lugar para viejos. Ser íntimo del emperador comportaba, casi por definición, compartir su gusto por ofrecer un buen espectáculo. Igual que el propio Calígula, el día después de cruzar el mar hasta Puteoli, posó para el viaje de regreso en un caballo tirado por los caballos de carreras más famosos de Roma, también sus amigos, que lo siguieron por el puente, lo hicieron subidos en carros britanos.* Era de esperar que un triunfo tuviera un cierto toque exótico; pero Calígula, que acababa de regresar del canal de la Mancha, no era un hombre dispuesto a limitarse a mostrar en un desfile su dominio sobre el bárbaro norte. Desde el sol poniente al naciente, todo el mundo se encontraba bajo su dominio, y por ello, como muestra de su supremacía universal, se aseguró de

* Suetonio no especifica el lugar de origen de los carros, pero la palabra que utiliza para describirlos, *esseda,* hace referencia a carros de guerra del tipo que los galos habían empleado siglos antes, aunque, en tiempos de Calígula, únicamente los utilizaban los britanos. Se dice que Mecenas, que siempre estuvo a la última, era propietario de un *essedum* britano. (Propercio. 2.1.76)

cabalgar con un rehén parto, un príncipe, a su lado. No hubo el menor detalle de la celebración, ni siquiera la más insignificante floritura, que no hubiera sido cuidadosamente planeado. Ni siquiera la oscuridad pudo con el espectáculo. Cuando se puso el sol, se encendieron grandes hogueras en las alturas que dominaban la bahía, que iluminaron a los hombres que habían participado en el desfile mientras celebraban un banquete en barcos atracados a lo largo de todo el puente. En cuanto al propio Calígula, el emperador permaneció en el puente de pontones; y cuando hubo comido y bebido cuanto quiso, se entretuvo dando a algunos de sus acompañantes el mismo tratamiento que ya había dado a su tío Claudio arrojándolos al mar. Al final, decidido a que la fiesta no terminara en un anticlímax, ordenó que algunos de los barcos en los que sus hombres festejaban fueran embestidos por otros. Mientras contemplaba la acción, «mostró una euforia desmedida».[35]

Espectáculo, burla y violencia: Calígula había demostrado desde un primer momento un gran talento para combinar estos tres elementos en la búsqueda del placer. Desde el puente de barcos, distinguía en el horizonte la silueta de Capri, donde había estudiado a los pies de su tío las diversas artes que le permitían unir diversión y humillación. Tiberio, asqueado por sus propias inclinaciones, había preferido mantenerlas ocultas a ojos del pueblo romano, pero Calígula no era así. Los gustos que se habían refinado en la isla privada de su predecesor, ya fuera su afición por interpretar papeles o por obligar a los vástagos de los senadores a comportarse como prostitutas, por fin habían madurado. Calígula ya no sentía el menor reparo en paladearlos. ¿Por qué iba a someterse el «César Óptimo Máximo»[36] a unas normas de conducta heredadas de un orden fallido y derrocado? Al fin y al cabo, había cabalgado sobre las aguas. Para Calígula, resuelto a restregarles en las narices a los nobles lo irrelevantes que eran y lo obsoleta que había quedado su clase, ya no quedaba nada que le impidiera regresar al mayor escenario de todos. Sus viajes lo habían mantenido fuera durante todo un año, pero ahora, por fin, había llegado el momento de regresar a Roma.

Calígula entró en la ciudad el 31 de agosto, el día de su cumpleaños. El Senado había marcado la ocasión votando concederle nuevos honores; pero el emperador, aunque conforme en esta ocasión con aceptarlos, lo dispuso todo para que quedara patente el auténtico fundamento de su autoridad. Los soldados lo acompañaron en su desfile

por las calles de la capital: pretorianos, legionarios y una guardia privada de germanos. También lo arropó el pueblo romano. Calígula se detuvo en el Foro, subió al tejado de una basílica y, desde allí, lanzó sobre el público monedas de oro y plata. En la estampida resultante, muchas personas murieron aplastadas, entre ellas más de doscientas mujeres y un eunuco. Encantado con el resultado, Calígula repitió el peligroso espectáculo varios días seguidos. «Y la gente lo amaba, porque había comprado su buena voluntad con dinero».[37]

Sin embargo, no se había hecho con la buena voluntad de la aristocracia. Entre la nobleza romana cundía la desesperación. Sabían perfectamente bien lo que pretendía el emperador. Los poderes de patrocinio que siempre habían constituido el pilar más seguro sobre el que se erigía su *auctoritas* estaban siendo a la vez parodiados y minados. Peor todavía, cuando Calígula hacía que los plebeyos se revolcaran por los suelos en busca de las monedas que les lanzaba por su munificencia, obligaba a los senadores ambiciosos a recordar que también ellos dependían por completo de su capricho. Incluso las más nobles magistraturas, consagradas por los muchos grandes hombres que habían sido elegidos para ocuparlas a lo largo de los siglos, eran suyas, y el emperador podía concederlas a dedo. Calígula, a diferencia de sus predecesores, no tenía ningún reparo en jactarse de ello. Siendo como era experto en «discernir los deseos secretos de un hombre»,[38] aportó además una despiadada precisión al arte de burlarse de ellos. Aspiraciones que durante siglos habían curtido a la nobleza al servicio de la República ahora eran objeto de los ácidos chistes del emperador. Al declarar que tenía intención de nombrar cónsul a *Incitatus,* su caballo favorito, su sátira cobró un tono tan cruel que a la aristocracia le pareció casi una especie de locura.

El problema era que parecía imposible escapar de ella. Los senadores no podían sobornar ni a los pretorianos ni a los guardaespaldas germanos, así que ¿qué esperanza real tenían de liberarse de sus redes? Cuando Calígula, reclinado en su triclinio durante un banquete con los dos cónsules, se echó a reír de súbito y murmuró que con solo un gesto podría hacer que les cortaran a los dos el cuello allí mismo, aterrorizó psicológicamente a toda la aristocracia. «¡Que me odien, con tal de que me teman!».[39] Esta frase, una cita de un antiguo poeta, resumía bien la política del emperador con respecto al Senado después de la gran conspiración que había descubierto contra él. La vigilancia generaba miedo... y

el miedo generaba vigilancia. Cuando se descubrió un segundo complot poco después del regreso de Calígula a Roma, fue un senador quien lo traicionó y delató.[40] Los culpables, todos ellos del rango más alto, fueron llevados ante el emperador, que estaba en la villa de su madre en las afueras de la ciudad. Primero, hizo que los azotaran; luego, que los torturaran; y por último, cuando lo hubieron confesado todo, que los amordazaran. A esas alturas ya había anochecido, y los jardines junto al río en los que Calígula y sus invitados paseaban después de cenar estaban iluminados por antorchas. Se sacó a los prisioneros a la terraza y se los obligó a ponerse de rodillas y a inclinar el cuello. Las mordazas hechas con los andrajos de sus propias ropas que llevaban en la boca aseguraban que no se pronunciarían unas últimas palabras desafiantes antes de que les cortaran la cabeza.

«¿Quién había oído jamás hablar de una pena capital ejecutada de noche?». Para muchos senadores, lo más escandaloso del asunto no eran las ejecuciones en sí mismas, sino que hubieran sido dispuestas como entretenimiento para después de la cena. «Cuanto más se haga un espectáculo público de los castigos, más servirán de ejemplo y advertencia».[41] He ahí la auténtica voz del moralista romano, convencido de que todo lo que pasaba en privado, inevitablemente, degeneraba en depravación y aberraciones. Esta presunción tenía un venerable linaje: a los ciudadanos más destacados no se les debía permitir, bajo ninguna circunstancia, tener vida privada. Las historias de lo que había hecho Tiberio en Capri servían como una advertencia particularmente potente de lo que podía ocurrir si no era así. Sin embargo, había otras lecciones que podían extraerse también de aquel episodio. Al fin y al cabo, había sido en Capri donde Calígula, con permiso de su tío abuelo, había desarrollado su afición por disfrazarse, por participar en recreaciones mitológicas y por contemplar cómo la clase alta se rebajaba. En verdad, aquellos que imaginaban que el único propósito de infligir castigos era educar al pueblo romano en las responsabilidades que comportaba ser un ciudadano estaban lamentablemente por detrás de los tiempos que corrían. Calígula se burlaba de los senadores para intimidar a toda la élite... pero también por la mera razón de que aquello lo divertía. Aunque en algunas ocasiones ejecutó su venganza de forma rápida y discreta, por lo general prefería jugar con sus víctimas en público. «Hiere a un hombre de tal modo que se sienta morir».[42] Esta era la máxima que Calígula seguía.

Toda la ciudad de Roma era, para Calígula, un escenario de crueldad y exceso, al igual que Capri lo había sido para Tiberio. Pocos senadores eran lo bastante hábiles para manejarse en este desorientador reinado del terror. Uno de ellos fue Lucio Vitelio, el padre del gran amigo de Calígula, un excónsul con una impecable hoja de servicios. Cuando se le ordenó que volviera a Roma y dejara su puesto en Siria, donde sus gestas como gobernador habían incluido obligar al rey de Partia a inclinarse ante las águilas de sus legiones, temió —acertadamente— que sus propias gestas lo hubieran convertido en objeto de las sospechas del emperador. En consecuencia, para su reunión con él, se vistió con la ropa basta de un plebeyo y luego se puso un velo en la cara como si se aproximara al altar de un dios. Se postró ante Calígula con una espectacular reverencia y saludó al emperador como un ser divino, elevando plegarias hacia él y prometiéndole sacrificios. Con ello, no solo apaciguó a Calígula, sino que consiguió que el emperador se divirtiera mucho. Sí, todo aquello era un juego, y el joven Vitelio, que conocía bien cómo funcionaba la mente de Calígula gracias al tiempo que habían pasado juntos en Capri, sin duda había prevenido a su padre sobre cuáles eran las reglas del juego. Pero no era solo un juego. Muchas décadas antes, en el banquete nupcial del bisabuelo de Calígula, los invitados habían acudido vestidos como dioses y habían provocado con ello disturbios entre los indignados plebeyos; pero ahora el propio Augusto había ascendido a los cielos. ¿Cómo debía reaccionar la gente al ver a Calígula aparecer en público vestido como Júpiter, con barba y rayo dorados incluidos? Un zapatero de la Galia que se había reído ante tal espectáculo y le había dicho a la cara al emperador que aquello era «totalmente absurdo»[43] había recibido en respuesta una sonrisa y se le había permitido seguir con su camino; pero cuando a un actor famoso, un amigo íntimo de Calígula llamado Apeles, le preguntaron quién le parecía más grande, si Júpiter o el propio Calígula, y se puso a tragar saliva y a tartamudear, se lo castigó de inmediato. El emperador valoraba tanto el ingenio rápido como el respeto, y, por desgracia, Apeles no había demostrado estar a la altura de las expectativas en ninguno de los dos aspectos. Los latigazos que recibió el desdichado actor fueron especialmente adecuados además de crueles. Apeles en latín quiere decir «sin piel», pero, además, mientras el cuero le hacía sangrar la espalda, Calígula informó al desventurado de que sus gritos resultaban exquisi-

tos y le hacían justicia como gran actor trágico. La dimensión en la que a Calígula le gustaba más dar rienda suelta a su imaginación se movía entre la realidad y la fantasía, entre lo sórdido y lo fantástico, entre lo hilarante y lo aterrador. Solo un hombre de extraordinaria perspicacia como Vitelio fue capaz de comprenderlo y supo actuar en consecuencia. «Estoy hablando con la luna», le dijo en una ocasión Calígula a Vitelio, sin darle mayor importancia al asunto, y añadió: «¿La ves?». Vitelio bajó la mirada al suelo y respondió inmediatamente: «Solo los dioses, oh, señor, podéis veros los unos a los otros».[44]

Como Vitelio comprendía las reglas del juego y era hábil, fue admitido en el muy exclusivo círculo de senadores a los que el emperador todavía estaba preparado a reconocer como amigos. La mayoría, apabullados por la brutal dureza del ataque contra su dignidad, se dieron cuenta de que tan solo podían convertirse en el objeto de las burlas y del malévolo humor del emperador. Nada divertía más a Calígula que diseñar situaciones en las que la élite se viera obligada a humillarse. Como el gran experto en el sufrimiento que era, disfrutaba cuando tenía ocasión de estudiar con detalle a sus víctimas. Cuando abolió el uso de los asientos de los estadios que Augusto había reservado para los altos cargos, se divirtió de lo lindo viendo como los senadores y los caballeros ecuestres se peleaban por conseguir asiento con el resto del populacho, «mujeres junto a hombres, esclavos junto a hombres libres».[45] Del mismo modo, había también momentos en que disfrutaba con una contemplación más íntima de la miseria extrema a la que podía quedar reducida la condición de un hombre. El mismo día que ejecutó por un cargo menor al hijo de un miembro del orden ecuestre llamado Pastor, Calígula invitó al padre a un banquete. Se apostaron guardias con órdenes de observar hasta el menor tic facial del desgraciado hombre. Calígula, brindando por su salud, le ofreció una copa de vino, y Pastor se la bebió, «aunque bien podría haber sido la sangre de su hijo». Aceptó cuanto se le ofreció —ya fueran perfumes, guirnaldas o lujosos platos— con manifiesta y efusiva gratitud. Los demás, que no eran conocedores del trágico fin que acababa de tener su hijo, jamás habrían adivinado la profunda desgracia que enmascaraba la sonrisa fija en su rostro. No obstante, el emperador sí estaba al tanto, y también sabía la razón por la que Pastor no permitía que la sonrisa se le borrara del rostro. «Tenía otro hijo».[46]

Calígula, que había vivido bajo la suspicaz mirada de Tiberio durante años, sin mostrar jamás durante todo ese tiempo el menor rastro de pena por el final de su madre y de sus hermanos, había comprendido una terrible y amenazadora verdad. Los vínculos sagrados del deber y la obligación que, en los días de la antigua República, habían permitido a las familias más prominentes perpetuar su grandeza a lo largo de generaciones podían ahora, bajo el reinado de un césar como él, utilizarse como una red para enredarlas y cazarlas. Seis meses después del regreso de Calígula a la capital, su residencia en el Palatino estaba llena de rehenes: «las esposas de los principales hombres de Roma y los niños con la sangre más azul».[47] Tiberio se había retirado a Capri antes de rodearse con los hijos de la nobleza; pero Calígula, que «los alojaba y los sometía a ultrajes sexuales»,[48] no tenía intención de ocultar el escándalo. Todo lo contrario. Más de medio siglo antes, Augusto había declarado que el adulterio era un crimen y sentenciado a las mujeres que habían engañado a sus maridos a vestirse como prostitutas. Y Calígula, desde dentro de la propia casa del césar, prefirió darle la vuelta a esa legislación. Gracias a la realización de numerosas obras, el laberinto de casas y callejones que constituían la residencia imperial se extendió hasta el mismo Foro; y ahora, con las esposas e hijos de los nobles alojados en habitaciones ostentosamente amuebladas, «viejos y jóvenes» fueron invitados a ascender al Palatino y contemplar el lupanar.[49] A pesar de todo lo que ya había tenido que soportar, este nuevo golpe a la aristocracia no podría haber sido más devastador. También lo fue para los valores instaurados por Augusto. La construcción de un burdel en el hogar de la familia Augusta habría dejado sin respiración al propio Ovidio. Esta fue la broma más escandalosa, transgresora y subversiva de Calígula.

«Muchos eran sus vicios, pero lo que más le gustaba era el insulto».[50] Hacia el año 41 d. C., cuatro años después de su accesión al gobierno del mundo, el genio de Calígula para el insulto y el abuso había hecho que toda la élite romana se encogiera, aterrada, ante su sombra. Bastaba con que uno de sus agentes entrara en el Senado, fijara su mirada en un senador y lo acusara de odiar al emperador para que los colegas del hombre se echaran inmediatamente sobre él y lo hicieran trizas. Nadie, ni siquiera los más cercanos a Calígula, podían estar completamente tranquilos. Al emperador le gustaba mantener a sus súbditos en tensión. En una ocasión, Calígula reprendió públicamente a uno

de sus mejores amigos, un excónsul llamado Valerio Asiático, por el mal desempeño de su mujer en la cama, una humillación que resultaba extremadamente divertida para el emperador, quien sabía que Valerio era «un hombre orgulloso y que no sabía sufrir agravios».[51] Ni siquiera los pretorianos se libraban de sus afrentas. Un importante oficial llamado Casio Querea, un curtido veterano de guerra que había destacado durante su servicio en las tierras del Rin y que había combatido a las órdenes de Germánico, provocaba en el emperador una especial hilaridad. A pesar de que Querea era un hombre fornido y duro, al estilo de la más severa tradición del ejército romano, su voz era discordantemente suave; por ello, siempre que estaba de guardia, Calígula le daba como santo y seña una referencia típicamente femenina. No solo el emperador acababa riendo a carcajadas cada vez que la pronunciaba; también reían los demás pretorianos. Calígula, como siempre, sabía perfectamente cómo hacer sangre.

Y también cómo utilizar ese talento en su propio beneficio. Cada vez que llamaba a Querea «chica»,[52] o hacía gestos obscenos con el dedo cuando el pretoriano se veía en la obligación de besarle la mano, no solo actuaba movido por el placer de torturar a su víctima explotando sus puntos más sensibles. Calígula necesitaba un matón que le hiciera el trabajo sucio y, desde luego, acertó al pensar en la persona de Querea como el más efectivo de los torturadores o sicarios debido a su desesperación por evitar que lo tacharan de afeminado.

Sin embargo, era una apuesta muy arriesgada. Al fin y al cabo, el terror generaba terror. La capacidad de Calígula para confiar en su entorno más cercano se había visto muy afectada por lo sucedido con Lépido y sus dos hermanas, pero el descubrimiento de un segundo complot contra él casi la extinguió por completo. El responsable de ello fue un senador llamado Betiliano Capitón, padre de uno de los conspiradores. Cuando lo obligaron a contemplar la decapitación de su hijo, se declaró también cómplice de la conspiración y, a continuación, con gran detalle, ofreció el nombre de todas las demás personas que afirmaba estaban implicadas en la traición. Y casi ninguno de los más allegados a Calígula faltaba en esa lista: en ella aparecían los nombres de los amigos en quienes más confiaba, el alto mando de los pretorianos e incluso Cesonia. «Y por ello se consideró que la lista no era fiable y se ejecutó al hombre».[53] Sin embargo, Capitón consiguió su objetivo.

El terror que Calígula inspiraba en quienes lo rodeaban se vio más que correspondido por la paranoia que estos provocaban al emperador. Al llegar el nuevo año, estaba tan inquieto que hizo planes para abandonar Roma una vez más. Igual que en su anterior viaje, quiso seguir los pasos de su padre. Como ya tenía en su haber un viaje por el Rin, Calígula dirigió su atención hacia Oriente. En particular, ansiaba visitar Alejandría; hablaba a menudo de su amor por la ciudad «y de cómo planeaba viajar hasta allí con la mayor premura imaginable y, luego, quedarse allí bastante tiempo».[54] Se estableció que partiría a finales de enero.

Sin embargo, antes debían celebrarse unos juegos. Ofrecidos en honor de Augusto, tuvieron lugar en un teatro temporal erigido en el Palatino. A Calígula le gustaron tanto que los prolongó tres días más de lo previsto. El 24 de enero, el último día del festival, y con su partida hacia Alejandría a la vuelta de la esquina, el emperador se mostró inusualmente relajado y afable. El espectáculo de los senadores peleándose por los asientos lo divertía tanto como siempre; durante uno de los sacrificios en honor a Augusto, la sangre salpicó a un compañero suyo, un senador llamado Asprenas, y eso hizo reír al césar.* Luego, para avivar todavía un poco más las cosas, ordenó que se lanzaran grandes cantidades de caramelos hacia las gradas y, también, pájaros exóticos. Al observar a los espectadores luchar por hacerse con estos regalos a codazo limpio entre frenéticos empujones, Calígula se puso de mejor humor todavía. Por último, como colofón de una mañana más que agradable, vio una actuación de la estrella del escenario más famosa de Roma, un actor llamado Mnéster, un histrión de gran talento y belleza que había hechizado a Calígula. A la tragedia, que incluía incesto y asesinatos, la siguió una farsa con abundantes vísceras vomitadas y, para colmo, una crucifixión, de modo que la arena quedó empapada de sangre artificial.

Llegó la hora de comer y Calígula decidió retirarse a refrescarse y tomar algo en sus aposentos privados. Él y su séquito se levantaron y se marcharon del patio en el que se habían levantado las gradas temporales para los juegos. Entraron en la casa de Augusto, y Claudio y Valerio Asiático, que iban delante, siguieron caminando hacia los baños por un

* O eso, en cualquier caso, es lo que dice Josefo, cuya crónica es la más detallada y la más cercana temporalmente a los hechos que ha llegado a nosotros. Según Suetonio (*Calígula:* 57.4), la sangre era de un flamenco, y fue al propio Calígula a quien manchó la salpicadura.

pasillo lleno de esclavos. Alguien informó a Calígula de que algunos chicos griegos de una familia noble estaban ensayando una actuación musical en su honor, así que dio media vuelta para verlos. Mientras caminaba por una de las callejuelas laterales, con los porteadores de su litera tras él, vio acercarse a Casio Querea, acompañado de un segundo oficial, Cornelio Sabino, y de una tropa de pretorianos. Querea se acercó al emperador y le preguntó el santo y seña del día. La respuesta, inevitablemente, fue burlona e injuriosa, ante lo cual Querea desenvainó la espada y descargó un golpe contra el cuello de Calígula.[55]

Su puntería, sin duda, dejó mucho que desear. La hoja cortó el hombro del emperador hasta llegar a la clavícula, que detuvo el golpe. Entre agonizantes gemidos, Calígula se lanzó hacia adelante en un intento desesperado de escapar. Sabino, sin embargo, lo alcanzó antes de que tuviera oportunidad de huir. Agarró al emperador por el brazo y lo obligó a arrodillarse en el suelo. Sobre él cayó la ira de los pretorianos a golpe de espada. Fue el propio Querea, que apuntó mejor en esta segunda ocasión, quien consiguió decapitar a su atormentador.[56] Incluso tras el descabezamiento, las espadas de los pretorianos siguieron destrozando el cuerpo del *princeps*. Varios soldados atravesaron con su hoja los genitales del cadáver. Más tarde, corrieron rumores de que algunos llegaron incluso a comer la carne del emperador.[57] Una cosa es segura: para Querea la venganza resultó dulce. Cuando el cuerpo de Calígula quedó desfigurado hasta un punto en que era irreconocible, Querea y sus cómplices se escabulleron por una serie de callejuelas y se ocultaron en lo que otrora había sido la casa de Germánico.

A estas alturas, los porteadores de la litera de Calígula que, al principio, habían intentado valerosamente ahuyentar a los asesinos con sus varas, también habían huido. Incluso los guardaespaldas germanos del emperador que, tras ser alertados del asesinato de su señor corrieron a la escena del crimen y ahuyentaron a los pretorianos que quedaban allí, dejaron en el suelo el cuerpo y la cabeza del césar. Así pues, mientras los germanos recorrían las calles del Palatino para dar caza a los asesinos, el cuerpo de Calígula seguía donde estos lo habían dejado. Allí lo encontraron Cesonia y su hija pequeña: una niña que Calígula había reconocido entre carcajadas como su hija al contemplar la crueldad y el placer con que arañaba la cara a sus compañeros de juegos. Y allí, a su vez, encontró a madre e hija, postradas por el dolor y cubiertas por la

sangre de Calígula, un pretoriano enviado a acabar con ellas. Cesonia, levantó la cabeza para mirar al soldado y lo apremió entre lágrimas a «acabar el último acto de la tragedia»,[58] cosa que el soldado hizo de inmediato. Primero le cortó el cuello a ella y, luego, abrió la cabeza a su hija golpeándola contra una pared.[59]

Así pereció el linaje de Calígula: murieron por llevar una broma demasiado lejos.

6

Io Saturnalia

El señor de la casa

La crisis trajo consigo múltiples oportunidades. Y nadie era más consciente de esto que los miembros de la propia casa de César. Por eso, el propio Augusto, después de hacerse con la supremacía tras los horrores de la guerra civil, se había negado celosamente a cualquiera que estuviera fuera de su exclusivo círculo la posibilidad de capitalizar sus a menudo letales rivalidades. Ahora, sin embargo, tras el asesinato de Calígula, todo estaba en el aire. El Palatino, desde donde Augusto había mantenido la paz en todo el mundo, se entregó al caos y a la confusión. Soldados germanos presos de su propia sed de sangre peinaron el laberinto de pasadizos y callejuelas de la ciudad en busca de los asesinos. Cuando se encontraron con Asprenas, el desafortunado senador cuya toga se había manchado durante los sacrificios, le cortaron la cabeza. Otros dos senadores fueron asesinados con similar brutalidad.

Mientras tanto, por las gradas del teatro empezaron a correr rumores de lo sucedido. Nadie estaba seguro de que Calígula estuviera realmente muerto. Algunos decían que había escapado de sus asesinos y llegado al Foro, donde estaba arengando a los plebeyos, «quienes, en su locura, habían amado y honrado al emperador».[1] Los senadores permanecieron sentados, paralizados y divididos entre su deseo de que las noticias de la muerte de su torturador fueran reales y su temor a que todo resultara un truco. No contribuyó a calmar sus nervios la llegada de una cuadrilla de germanos que, después de sacudir ante sus narices las cabezas de Asprenas y de los otros dos senadores asesinados, las tiraron sobre el altar. Solo la oportuna aparición de un subastador famoso por su poderosa voz, que confirmó a todos los presentes

en el teatro la muerte del emperador y convenció a los germanos de que envainaran sus espadas, evitó una masacre. Algo que, sin duda, habría decepcionado a Calígula.

Mientras tanto, en el Foro, algunos de los senadores más ambiciosos ya estaban calculando cómo su eliminación podría beneficiarlos. Cuando una masa indignada rodeó a Valerio Asiático y exigió saber quién había asesinado a su querido emperador, él contestó con alegre indiferencia: «Ojalá lo hubiera hecho yo».[2] Está claro que no había olvidado el insulto que el césar había dirigido a su mujer. Sin embargo, en juego estaba mucho más que el resarcimiento por una afrenta personal. El hecho de que no hubiera ningún heredero obvio de Calígula provocó que, para la nobleza, se abrieran toda una serie de embriagadoras perspectivas. Esa noche, a medida que el Foro se llenaba de manifestantes, no fue el emperador quien mandó guardias a mantener el orden, sino los dos cónsules. Cuando los senadores se reunieron para debatir el futuro, no lo hicieron en el edificio del Senado reconstruido por los césares, sino en lo alto del Capitolio, en el gran templo de Júpiter, un lugar que evocaba el venerable pasado de Roma. «Para los que han crecido educados en la virtud, basta vivir aunque sea una sola hora en un país libre, sin responder a nadie más que a uno mismo, gobernados por las leyes que nos han hecho grandes».[3] Eso declaró uno de los cónsules en tono de desorbitada satisfacción. Cuando Casio Querea acudió a informar al Senado esa noche y pidió solemnemente a los cónsules que establecieran el santo y seña del día, la respuesta anunció al pueblo romano que su antigua constitución había sido restaurada: «Libertad».

Por supuesto, haría falta mucho más que palabras para resucitar la República. El régimen fundado por Augusto había echado raíces tan profundas que solo los que estaban en su corazón eran conscientes de su alcance. Los senadores, cuyo rango estaba fijado por la ley y cuyo escenario era una cámara de debate en la que todo el mundo quedaba a la vista de los demás, no eran los mejor situados para apreciar cuán lejos llegaban. Pocos de ellos vivían en el Palatino, ese gran laberinto de callejuelas, pasadizos y patios en el que incluso los asesinos del emperador habían desaparecido impunes. Uno de los pocos conocedores del alcance del régimen era Cecina Largo, un etrusco, al igual que Mecenas, que pertenecía a la misma familia que el lugarteniente de Germánico en el Rin. En el jardín de su mansión había algunos maravillosos lotos,

de los que Cecina estaba extraordinariamente orgulloso, y con razón, pues bajo la sombra de sus copas estaba mejor situado que la mayoría de sus colegas para conocer los *arcana imperii,* «los secretos del poder». Se habían puesto en marcha una serie de mecanismos de los que los senadores del Capitolio solo eran vagamente conscientes. Puede que Querea se pavoneara orgulloso de su magnicidio, pero Cecina sabía que la mayoría de los pretorianos no tenían nada que ganar con el retorno de la República. Tras la muerte de Calígula, no se aliaron con sus asesinos en el Palatino, sino que les dieron caza. No es sorprendente, pues, que en lugar de unirse a sus grandilocuentes colegas en el Capitolio, Cecina optara por un plan distinto. Había otras formas posibles de ejercer influencia. Cecina no era el único en sospechar que Roma ya había decidido su futuro.

Algunos meses antes de su asesinato, Calígula había convocado a los dos prefectos del pretorio a una conversación privada. Sus nombres habían aparecido junto al de Cesonia en la lista de conspiradores que había dado Capitón, y Calígula exigió explicaciones, a pesar de sus reticencias a creer que fueran culpables. Los dos prefectos le aseguraron con grandes aspavientos que eran leales y vivieron para contarlo, pero las sospechas que desencadenó la reunión no remitieron. Ambos hombres sabían perfectamente cuál sería su destino si perdían el favor de Calígula, pero también sabían lo mucho que ellos, así como el resto de los pretorianos, ganaban con la supervivencia de la casa de César, que siempre había sido muy generosa con ellos. Así pues, ¿a quién podían adoptar como plausible candidato para gobernar el mundo? Lucio Domicio Enobarbo, hijo de la exiliada Agripina y único descendiente varón de Germánico con vida, era todavía un niño pequeño. Debía encontrarse a otro candidato. Era obvio que necesitaban a un adulto de la familia Augusta que, sin embargo, fuera también tan despreciado e ignorado por sus parientes que ni siquiera Calígula se hubiera molestado en darle muerte. Desde esta perspectiva, la solución al dilema de los prefectos era clara. De hecho, solo había una solución posible.

Las noticias de lo que tramaban los pretorianos llegaron a los senadores que estaban en el Capitolio mientras todavía debatían el futuro de la República. Se decía que Claudio, tras el asesinato de su sobrino, se había escondido detrás de una cortina. Un pretoriano que pasaba por allí había visto que sus pies sobresalían de la tela y había apartado la cortina. Cuan-

do Claudio, que se había hincado de rodillas, había suplicado piedad, el soldado lo había levantado del suelo y lo había saludado como *imperator*. Por supuesto, habría sido difícil imaginar a un hombre menos cualificado para recibir tal saludo que el enfermizo y decididamente poco marcial Claudio; pero eso no impidió que los pretorianos lo secuestraran, lo echaran sobre una litera y se lo llevaran a su campamento donde, en masa, «lo invistieron con el poder supremo».[4] Eso, en cualquier caso, fue lo que se informó al Senado, que recibió las noticias con la consternación que era de esperar. Los cónsules convocaron urgentemente a Claudio. Él contestó, lamentándose, con un tono muy teatral, de que lo retenían «por la fuerza» donde estaba.[5] Siendo, como era, un notable erudito, tenía un amplio conocimiento de la historia de Roma. Sabía que la mejor manera de conseguir legitimidad como *princeps* era insistir en que no quería serlo. Igual que Augusto y Tiberio antes que él, Claudio siguió lamentándose y afirmando no querer ostentar el poder supremo... mientras hacía cuanto podía para hacerse con él. Un día después de su restauración, la República ya estaba, a todos los efectos, muerta.

A la mañana siguiente, con Claudio todavía a salvo en el campamento de los pretorianos y con las multitudes en el Foro clamando un nuevo emperador, el Senado no tuvo más opción que aceptarlo como tal. Lo único que podían hacer los senadores era cuestionar si un hombre que babeaba y sufría espasmos, que nunca había servido en las legiones y que no era un césar ni por linaje ni por adopción era realmente el mejor candidato posible. Varios senadores, demostrando que no comprendían en absoluto las reglas del juego, se propusieron inmediatamente a sí mismos como candidatos idóneos al puesto. Uno de ellos, un antiguo cónsul y célebre orador llamado Marco Vinicio, podía al menos jactarse de estar emparentado con la familia Augusta, pues había estado casado durante casi una década con Julia Livila, la hermana pequeña de Calígula caída en desgracia. Otro de los candidatos, Anio Viniciano, un hombre que llevaba la ambición y la conspiración en la sangre, estaba en el centro de numerosas conspiraciones. Viniciano era, como su nombre daba a entender, pariente de Marco Vinicio, pero también había sido íntimo amigo del ejecutado Lépido y conocía bien a Querea. No resulta sorprendente, pues, que muchos sospecharan que tras el asesinato de Calígula estaba su mano. Al presentar su candidatura, el propio Viniciano no hizo sino dar aliento a los rumores.

No obstante, el pueblo romano no acostumbraba a favorecer a hombres que operaban entre bastidores; y por eso, cuando Valerio Asiático se presentó como tercer candidato al gobierno del mundo, tuvo a su favor que era un hombre célebre por su estilo de vida esplendoroso. Controlaba un imperio de propiedades que abarcaba de Italia a Egipto; sus jardines, un reino de las maravillas plagado de plantas exóticas y obras arquitectónicas no menos extravagante erigido sobre las alturas que dominaban el Campo de Marte, eran los más famosos de Roma; su sentido de la dignidad, tan a menudo ultrajado por Calígula, era fiel a las más elevadas tradiciones de la República. Para las acobardadas filas de la aristocracia, Valerio Asiático ofrecía una bienvenida pincelada de color, un recuerdo de lo que fueron en otros tiempos, antes de que los césares se hicieran con el poder. A pesar de todo ello, sus posibilidades de gobernar el mundo no eran mejores que las de cualquiera de los otros senadores que se propusieron para el puesto esa mañana. Todo su *glamour* y jactancia no podía compensar un defecto fundamental: Valerio no había nacido en Roma, ni siquiera en Italia, sino en la Galia. ¿Cómo podía un hombre así tener la esperanza de reemplazar al hermano de Germánico, al nieto de Tiberio, a un Claudio? En consecuencia, hacia la tarde del 25 de enero, Valerio Asiático —y el resto de los que se encontraban en el Capitolio— se resignaron a lo inevitable. A regañadientes, senadores que solo un día antes habían pronunciado elevados discursos sobre la restauración de la libertad, votaron conceder a un hombre que la mayoría de ellos despreciaba todos los poderes que Calígula había ostentado antes de morir. Además, le concedieron un título que el Senado nunca antes había tenido que conceder a un *princeps:* el de «césar». Esa noche, cuando el inválido de cincuenta años a quien su propia madre había descrito como «un monstruo»[6] salió del campamento pretoriano y se encaminó al centro de Roma para tomar allí posesión del Palatino, lo hizo luciendo un nombre nuevo y adecuadamente espléndido: Tiberio Claudio César Augusto Germánico.

El nuevo emperador había jugado con fuego, pero había jugado bien. Siendo joven, y habiéndosele vetado las oportunidades que otros miembros de la familia Augusta daban por sentadas, había desarrollado tal pasión por el juego que incluso había escrito un tratado sobre el tema; esta era una adicción que, naturalmente, solo habían confirmado

en su desdén a aquellos que lo consideraban estúpido. Sin embargo, fue Claudio quien rio el último. Aunque había recibido las peores cartas, había demostrado una inesperada habilidad a la hora de jugarlas. Durante la mayor crisis de su vida, había hecho una apuesta que le había valido el control del mundo. Desde el cruce del Rubicón no había tenido lugar un golpe de Estado militar tan descarnado.

Como es natural, Claudio, que había demostrado ser un político astuto y calculador, prefirió difuminar este hecho tanto como fuera posible. Sabía que su posición todavía era precaria. Ciertamente, no estaba en situación de imponer un reinado del terror. Aunque Querea fue ajusticiado —no había otra opción, puesto que había asesinado a un emperador— y Cornelio Sabino, cómplice del asesinato, se suicidó, se redujeron las muertes a las mínimas posibles. En el Senado, todo el mundo suspiró aliviado, en particular aquellos que se habían opuesto directamente a que Claudio se convirtiera en emperador. La votación para otorgarle la misma corona de hojas de roble que habían concedido décadas antes a Augusto, «porque había protegido las vidas de los ciudadanos»,[7] fue más que un gesto vacío. Después de todo, tras los terrores y humillaciones infligidos por Calígula, los senadores no estaban en situación de poner reparos a un emperador que hacía gala de su clemencia. El propio Claudio, que había sido objeto de burlas toda su vida, era particularmente cuidadoso en no herir la sensibilidad de los demás. A pesar de su cojera, hacía un esfuerzo por levantarse siempre que se dirigía a él cualquiera de los senadores; y, en ocasiones, si a algún senador particularmente anciano le costaba oír lo que se decía, permitía al anciano sentarse en el banco reservado a los magistrados. Claudio, a diferencia de su sobrino, no era un hombre dado a ofender deliberadamente.

Sin embargo, no se hacía ilusiones respecto a su popularidad en el Senado. Su preocupación por su seguridad personal rayaba en la paranoia. Todos cuantos eran llevados ante él eran primero sometidos a un vigoroso cacheo; nunca comía separado de sus soldados y cuando, un mes después de su llegada al poder, entró por fin en el edificio del Senado por primera vez, lo hizo acompañado de guardias. Claudio sabía lo mucho que debía a los pretorianos y no tenía miedo de reconocerlo. En una de sus monedas acuñó una imagen de su campamento; otra lo mostraba dándole la mano a su portaestandarte. Esta amistad entre el

emperador y los pretorianos no salió barata. Los militares recibieron enormes sumas, equivalentes a cinco veces su salario anual, un soborno tan descarado que no era posible ocultarlo.[8]

Y eso no fue todo. Desde que Tiberio había accedido al trono, las legiones que guardaban las fronteras consideraban que tenían derecho a recibir una enorme donación de cada nuevo césar. Aunque Claudio no era precisamente el más indicado para intentar cambiar esa tradición, hacer frente al enorme pago le suponía un grave problema financiero. Incluso en los mejores momentos, la financiación de los ejércitos de Roma consumía una gran parte del presupuesto anual. «No hay paz sin armas, ni armas sin sueldos».[9] El caso es que, para lo habitual en la familia Augusta, a Claudio nunca le había sobrado el dinero. Ya fuera solo para divertirse o por otros motivos, Calígula había exprimido sistemáticamente a su tío todos los millones que había podido. En un momento dado, con el objetivo de conseguir recaudar la suma necesaria para seguir siendo miembro del Senado, Claudio se había visto obligado a vender algunas de sus propiedades. Ahora, como emperador, la necesidad de asegurarse el apoyo del ejército le presentaba una factura equivalente a casi todos los ingresos anuales de Roma. ¿Cómo iba a afrontar tal pago?

Las mejores apuestas son las que se hacen a partir de información privilegiada. Claudio, que era un jugador experto, lo comprendía mejor que nadie. Haber aceptado el apoyo de los pretorianos sin asegurarse primero los fondos necesarios para mantenerlos en su bando habría sido un error letal. Claudio necesitaba no solo el apoyo de los soldados, sino también el de los contables y, en este sentido, la suerte le había sonreído. Los dos prefectos no habían sido los únicos que le habían brindado su apoyo. Al interrogatorio al que los había convocado Calígula cuando había sospechado de ellos, se había convocado a un tercer hombre. Cayo Julio Calisto era un funcionario, no un soldado, pero no por ello era menos imprescindible para el régimen. Mientras otros se ocupaban de los aspectos más públicos y ostentosos del poder, él dominaba sus resortes ocultos. Siempre cerca del corazón del poder, comprendía en qué se había convertido la casa del césar: ya no era, como Augusto había pretendido, la residencia de un ciudadano privado, sino el rápidamente creciente centro nervioso desde el que se gobernaba el mundo. Cada día, de la misma manera que se agolpaban suplicantes a la entrada de la casa de cualquier noble, los peticionarios se concentraban frente a sus puertas, acudían vi-

sitantes a presentar sus respetos y se entretenía a invitados eminentes. Sin embargo, dentro de ese laberíntico complejo, lejos de los salones de honor y de las suntuosas salas de banquetes, las operaciones que se llevaban a cabo eran de un orden que muy pocos alcanzaban a comprender. Todos los senadores necesitaban a un agente que estuviera pendiente de sus activos, pero los activos del césar eran infinitamente superiores a los de cualquier otro ciudadano. Por supuesto, se tenían que dirigir sus haciendas, sus minas y sus almacenes: cuidar su *patrimonium*, que era el nombre colectivo que recibían sus posesiones. Pero había todavía más. Desde el Palatino se administraban las finanzas de todo el mundo romano: los impuestos, el pago a las legiones y las diversas cecas. Aunque Augusto había dejado claro su deseo de que Tiberio leyera sus cuentas en voz alta ante el Senado tras su muerte, fue deliberadamente ambiguo: «Quienes quieran detalles pueden consultar a los funcionarios correspondientes».[10] Dos décadas y media después, era Calisto quien conocía las cifras exactas y quien sabía el lugar secreto del Palatino en el que se guardaban las reservas de moneda. Calígula lo había acusado de traición después de que su nombre apareciera en la lista de Capitón, por lo que se había enfrentado al mismo desgarrador dilema que los dos prefectos: confiar en que Calígula lo creyera cuando afirmaba que era inocente o conspirar para instaurar en el trono a un nuevo césar. Que Claudio hubiera contado con los medios económicos para financiar su golpe de Estado revelaba a las claras por qué opción se había decantado Calisto en última instancia.

Tras el golpe, otros de los colaboradores más importantes de Calígula fueron eliminados inmediatamente: desde su guardaespaldas personal hasta el funcionario que supervisaba a la aristocracia y a quien nunca se veía sin sus dos libros, «Espada» y «Daga». Incluso se jubiló forzosamente a los dos prefectos pretorianos a su debido tiempo. Sin embargo, no sucedió lo mismo con Calisto. Continuó durante el reinado de Claudio en el mismo puesto que había ocupado con Calígula: en el mismo corazón del poder. Al igual que Cecina Largo, el senador que poseía unas de las pocas residencias privadas que quedaban en el Palatino, era demasiado astuto, sabía demasiadas cosas y era un aliado demasiado valioso como para prescindir de él. Cecina recibió su recompensa un año después del golpe, al servir junto con el nuevo emperador como cónsul del pueblo romano. Calisto, no obstante, no recibió un cargo así. Su papel siguió siendo, a ojos de cualquier observador ex-

terno, mucho más humilde. Mientras Cecina caminaba por el Foro hacia el Senado escoltado por sus lictores, Calisto estaba en el Palatino, rodeado de pergaminos, seleccionando qué peticiones dirigía al emperador. No obstante, los privilegios que recibía el secretario no eran, en muchos sentidos, nada inferiores a los que disfrutaba un cónsul. Si Cecina se jactaba de un jardín célebre por sus árboles de loto, Calisto encargó treinta columnas de un tipo de mármol asombrosamente caro para colocarlas en su comedor. Aunque no era cónsul, consideraba lo más normal del mundo decidir qué candidatos eran adecuados para el puesto. «En efecto, tan grande era su riqueza y el temor que inspiraba que su poder era casi el de un déspota».[11] Sin embargo, este hombre, notorio por su «arrogancia y por los usos extravagantes que hacía de su autoridad»,[12] no era ni un senador ni un caballero y, de hecho, ni siquiera era ciudadano romano de nacimiento. Calisto, el hombre que había ayudado a derrocar a un emperador y que controlaba el acceso al poder de otro, había empezado su vida en la más humilde de las condiciones: como un esclavo.

La clave estaba en su nombre. «Calisto» quería decir «hermoso» en griego, y ningún romano respetable aceptaría ser llamado de ese modo. Como nombre de esclavo, en cambio, estaba muy de moda, en parte porque sugería sofisticación extranjera y, en parte, porque todo el mundo sabía que los griegos eran los mejores esclavos. La pista definitiva, no obstante, era que Calisto había adoptado también los dos primeros nombres de Calígula, Cayo Julio. Lucirlos lo señalaba como un hombre que había recibido la libertad a manos de un emperador, como un *augusti libertus.* Desde luego, este no era un pedigrí que impresionara a un senador, pero hasta los nobles más importantes sabían, por mucho que lo lamentaran, que el linaje ya no lo era todo en Roma. Tener la atención del césar era tan o más importante. Y lo mismo ocurría en el Senado pasaba también en las cámaras del Palatino: el ascenso por los sucesivos peldaños de la escalera prometía espléndidas recompensas a aquellos que consiguieran llegar a la cima.

Por supuesto, la mayoría no estaba en situación de ni siquiera intentarlo. La casa del césar estaba abarrotada de esclavos, y aunque muchos de ellos se ocupaban de las tareas más triviales y vulgares, otros tenían cometidos que les ofrecían mejores perspectivas de ascenso. Que recayera en ti la responsabilidad de pulir los espejos del emperador, de

cuidar sus aceites perfumados o de confeccionar sus elegantes vestidos, no te situaba precisamente en el camino hacia la riqueza y el poder. Sin embargo, si podías hacerte con el manejo de sus finanzas, se te abrían oportunidades mucho más prometedoras. Incluso en las provincias, los esclavos que manejaban las cuentas del césar o entregaban en su nombre dinero a las legiones a menudo prosperaban. Un contable de la Galia era dueño de dieciséis esclavos, entre los cuales había un médico, dos cocineros y un hombre encargado de vigilar sus reservas de oro, mientras que un administrador de Hispania era célebre por comer en platos de plata y acabó engordando tanto que se ganó el apodo de *«Rotundus»*. No obstante, y como era de esperar, era en Roma donde se podía avanzar más rápido. En el Palatino, «siempre al lado de César, atendiendo sus asuntos, partícipe de los sagrados secretos de los dioses»,[13] un esclavo estaba en una posición inmejorable para descifrar los *arcana imperii.* Si jugaba mal sus cartas, podía acabar como el secretario de Augusto, quien, tras ser atrapado con las manos en la masa vendiendo los contenidos de una carta, fue castigado rompiéndole ambas piernas. Pero si jugabas la mano que te había tocado con astucia, podías acabar como Calisto: no solo siendo un hombre rico, poderoso y temido, sino también un liberto.

Convertir a esclavos en ciudadanos era una tradición antigua y sagrada del pueblo romano. Incluso su penúltimo rey, un admiradísimo guerrero y administrador llamado Servio Tulio, había procedido, según se decía, del orden servil. Era cierto que el propio Claudio —entre cuyas aficiones privadas se contaban la historia antigua y el juego— se había opuesto a lo que afirmaba la tradición y declarado que el rey había sido originalmente un aventurero etrusco llamado Mastarna, pero la mayoría de los romanos no tenían paciencia para tales rebuscadas sutilezas. Que Servio había nacido en la servitud era evidente tanto por su nombre como por su insistencia, incluso frente a la enconada oposición de la aristocracia, en que el pueblo romano se haría más fuerte, no más débil, al acoger en su seno a los esclavos que decidiera liberar. «Pues seríais unos insensatos», dijo a sus conciudadanos, «si os mostraseis resentidos por su ciudadanía. Si no los creéis dignos de los derechos que conlleva, entonces no los liberéis, pero ¿por qué, si os parecen personas estimables, les dais la espalda solo porque son extranjeros?».[14] La lógica de este argumento parecía inatacable, y así fue como, a lo largo de los siglos, la esclavitud

se convirtió para muchos hombres capaces en una etapa de su viaje para convertirse en ciudadanos romanos. Cuando en el año 2 a. C. se aprobó una ley que limitaba el número de esclavos que un ciudadano podía liberar en su testamento, el texto legal explicitó el principio que siempre había guiado a los propietarios de esclavos de la ciudad: que solo los que tenían talento estaban cualificados para ser ciudadanos.

Al pasear por el Foro, pues, y ver a extranjeros a la venta al pie del Palatino, encadenados de brazos y piernas y con los pies pintados con tiza blanca para marcar que eran productos de importación, uno quizá podía encontrarse contemplando a los triunfadores del futuro. «Nadie sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta». Esa había sido la máxima de Publilio Siro, célebre por su ingenio, quien, como su nombre indica, había sido llevado a Italia como esclavo desde Damasco y luego había ganado su libertad y prosperado hasta convertirse en el principal dramaturgo de Roma y ser coronado como tal por el propio Julio César. Su primo, que también había sido hecho esclavo, había acabado siendo el primer astrónomo de la ciudad. Otro liberto que había venido en el mismo barco con los dos primos inició el estudio de la gramática latina y fue maestro nada menos que de Bruto y de Casio. A lo largo de los años, Roma se había beneficiado notoriamente de la llegada de talento extranjero. «No es un crimen», escribió Ovidio, «haber tenido los pies pintados de tiza».[15]

Incluso el derecho a presentarse a un cargo público, aunque negado a los propios libertos, estaba abierto a sus hijos. Muchos se habían aprovechado de esta oportunidad. Aunque el magistrado cuyo linaje procedía de un esclavo haría, naturalmente, todo lo posible por ocultarlo, todo el mundo sabía que «muchos caballeros, e incluso algunos senadores, descendían de libertos».[16] El propio Augusto, que tan rigurosamente había insistido en respetar el decoro y la dignidad del estatus, no había tenido el menor inconveniente en contar entre sus amigos con hijos de libertos. Vedio Polión, el financiero que tenía extravagantes muebles en su casa, fue uno de ellos. Y también lo fue uno de las glorias más famosas del régimen de Augusto, el hombre a quien el *princeps* había confiado los himnos del renacimiento de Roma, un poeta que seguía siendo admirado y celebrado décadas después de su muerte. «Soy hijo de un hombre liberado de la esclavitud».[17] Horacio, ciertamente, jamás pensó en negarlo.

Pero incluso al honrar la deuda que debía a su padre, cuya devoción y apoyo financiero le habían permitido empezar su vida de forma tan estelar, nunca se pudo librar del todo de cierta incomodidad. «No hay buena fortuna que baste para cambiar el linaje de un hombre».[18] Horacio era lo bastante romano como para temer que la esclavitud hubiera dejado una mancha indeleble. La mejor muestra del éxito de un liberto era tener un hijo que despreciara lo que él había sido. Quizá por ello, lejos de mostrarse débiles, los propietarios de esclavos que eran hijos de libertos tendían a ser conocidos por su crueldad. Vedio Polión, amante del exceso en todos los aspectos de su vida, disfrutaba arrojando a los sirvientes torpes a un estanque para que los devoraran las lampreas, para conmoción incluso del propio Augusto. Sin embargo, por novedoso que fuera el espectáculo de un estanque en el que flotaban miembros de un cuerpo humano, este hecho solo ponía más claramente de manifiesto qué tenía la esclavitud para provocar en los libertos tales ansias de demostrar que habían escapado de ella para siempre. Ser un esclavo era vivir en una condición de muerte condicional. Así lo dictaba la ley. Aunque, en circunstancias normales, estaba prohibido que un amo matara a sus esclavos, no había ninguna otra forma de violencia, por terrible que fuera, que no pudiera infligirse de forma totalmente legal sobre un esclavo. A la doncella que inadvertidamente tiraba del pelo de su señora al peinarla se la podía castigar clavándole un alfiler en el brazo; al camarero que robaba comida de un banquete podían cortarle las manos y colgárselas al cuello. *Si soñaba con bailar*, un esclavo podía ser azotado. Cuando se ejecutaba con brutalidad, un castigo de este tipo dejaba sobre la espalda del desdichado unas grecas permanentes que atestiguaban su calvario. Las correas con puntas de metal estaban diseñadas para hundirse en la piel. No es sorprendente, pues, que la ley obligara a los comerciantes de esclavos a declarar si alguna de sus mercancías había intentado suicidarse en alguna ocasión. Los bárbaros que preferían suicidarse a ser esclavos, tal y como había hecho una tribu entera tomada prisionera durante la campaña de Augusto en Hispania, eran muy admirados. Del mismo modo, si se medía por el mismo rasero, aquellos que se sometían a la esclavitud demostraban con ello que merecían ser esclavos. Nunca se podía escapar del todo de la bajeza de tal condición. La libertad era como una espalda sin cicatrices: una vez perdida, se perdía para siempre.

La presencia de un hombre como Calisto en el mismo corazón del poder resultaba, en consecuencia, profundamente perturbadora para muchos romanos. Todo el mundo daba por sentado que los esclavos eran seres propensos por naturaleza a toda suerte de costumbres despreciables. Raro era el propietario que no se quejaba de su tendencia a mentir y a robar. Era evidente, por su obscenamente lujoso comedor, que Calisto no sentía menor inclinación por afanar siendo liberto que la que había sentido como esclavo. No obstante, el espectáculo de su riqueza no solo provocaba indignación. También generaba ansiedad. A menudo se veía al hombre que lo había vendido a Calígula haciendo cola en la puerta de su casa para pedir algún favor, pero siempre le era negada la entrada, echando sal en la herida. Una escena como esta servía de recordatorio a los propietarios de esclavos de un hecho sobre el que muchos de ellos preferían no reflexionar: que la fortuna era caprichosa, y que igual que un esclavo podía convertirse en un liberto, también un hombre libre podía acabar siendo un esclavo. «Búrlate entonces, si te atreves, de aquellos a cuyo nivel, incluso despreciándolos, podrías muy bien caer tú mismo».[19] Muchos siglos antes, mientras adoctrinaba a la aristocracia romana en la necesidad de aceptar a los libertos como conciudadanos, Servio Tulio había hecho una afirmación similar al hablar de «cómo muchos Estados han pasado de la servitud a la libertad, y de la libertad a la servitud».[20] Quizá no fuera coincidencia que Servio hubiera también ordenado que, durante las fiestas compitales, los esclavos fueran los que ofrecieran los sacrificios a los Lares y, todavía más importante, que se les permitiera vestir y comportarse como hombres libres durante el transcurso de las celebraciones. Otros días del año eran testigos de similares escenas de desgobierno. A principios de julio, las jóvenes esclavas se ponían las mejores ropas de sus amas y ofrecían sexo salvaje a los transeúntes; en diciembre, el grito de *«Io Saturnalia»* anunciaba una celebración todavía más escandalosa de la inversión de papeles, en la que se permitía a los esclavos abandonar su trabajo y ser agasajados por sus amos. Para muchos, era «el mejor día del año»[21] y, sin embargo, un mundo en el que todos los días fueran Saturnalia no era un lugar en el que ni siquiera el más juerguista de los ciudadanos quisiera vivir. Había que mantener el decoro, pues, de lo contrario, ¿quién sabía hasta dónde podrían llegar las cosas?

Hechos del pasado reciente sugerían una respuesta a esa pregunta. La guerra civil había traído consigo muchos horrores, y no había sido el menor de ellos el empezar a desdibujar la distinción entre esclavos y libres, que era fundamental para el concepto que los romanos tenían de sí mismos y que se había visto seriamente amenazada. Antiguos esclavos, desobedeciendo descaradamente las leyes, se habían atrevido a usurpar los privilegios de los caballeros «pavoneándose por ahí y jactándose de su riqueza»;[22] al mismo tiempo, como consecuencia del caos de la época, muchos ciudadanos habían desaparecido en una hilera encadenada propiedad de comerciantes de esclavos sin escrúpulos. El problema había adquirido tal magnitud que Tiberio, durante su primera magistratura, había sido enviado a inspeccionar barracones de esclavos por toda Italia para liberar a todos los hombres libres que había secuestrados en ellos. Al restaurar el orden en el mundo, Augusto había contribuido a restablecer el abismo que separaba, como mandaba la decencia, a un ciudadano de un esclavo; pero para aquellos sensibles a su estatus, el carácter de su régimen había abierto nuevas heridas. Calígula, con su infalible talento para infligir el máximo sufrimiento, se había asegurado de hurgar en ellas con saña. En una ocasión, ante la mirada de todo el Senado, un venerable antiguo cónsul había expresado su gratitud por haberle sido conmutada su ejecución arrodillándose ante el emperador, quien había extendido el pie izquierdo para que se lo besase, como habría hecho con un esclavo. También le había divertido que lo atendieran durante la cena como camareros eminentes senadores vestidos con cortas túnicas de lino y tenerlos a su servicio en pie, como criados, a ambos extremos de su triclinio. Lo más estremecedor de todo es que había concedido a los esclavos el derecho a presentar cargos contra sus amos, un permiso que muchos ejercieron con entusiasmo. Para la élite, esto supuso el último y supremo horror: descubrir que Calígula tenía ojos y oídos en sus hogares, incluso durante sus momentos más íntimos, incluso entre los más insignificantes sirvientes.

Claudio, quien había sido acusado de un delito capital por uno de sus esclavos y se había salvado por los pelos de ser declarado culpable, simpatizaba con las ideas de los demás senadores. Como prueba de ello, uno de sus primeros actos como emperador fue sentenciar a un esclavo insolente a ser azotado en el Foro. Como buen miembro de la

familia Claudia y como estudioso de las tradiciones romanas, no era en absoluto un revolucionario. Sin embargo, tenía buenos motivos para mantener a Calisto en su puesto. A diferencia de otros hombres de su rango, Claudio había sido confinado por sus discapacidades al ámbito doméstico, que habitualmente gestionaban libertos con talento. Como consecuencia, era especialmente consciente de sus capacidades. Aunque carecía de experiencia en el arte del gobierno, deseaba sinceramente ofrecer al mundo una administración eficiente y, por ello, lo último que quería era privarse de subordinados competentes.

Con ese objetivo en mente, en lugar de bajar los humos a Calisto, Claudio buscó otros libertos de similar talento para que trabajaran junto a él. Un candidato se escogió a sí mismo: Palante, el esclavo a quien la madre de Claudio había confiado la carta a Tiberio que había provocado la caída de Sejano. Este, a quien se le había concedido la libertad en recompensa a sus servicios poco antes de la muerte de Antonia, combinaba una formidable capacidad administrativa con una lealtad inquebrantable hacia la familia Claudia. Lo mismo sucedía con un tercer liberto, un maestro de los tratos en la trastienda conocido como Narciso, que debía su poder en parte al hecho de que su amo había sido el propio emperador y en parte a sus consumadas habilidades para solucionar problemas. Naturalmente, para los que contemplaban con resentimiento su poder desde fuera, la influencia que tenía sobre Claudio no podía sino parecer siniestra en extremo: la prueba definitiva de que el nuevo emperador era un insensato tan bobo y crédulo como todo el mundo había dicho siempre. En realidad, por supuesto, las decisiones del emperador demostraban exactamente lo contrario. Claudio estaba mucho más interesado en establecer unos cimientos sólidos para su administración que en lo que pudieran decir quienes lo criticaban. Sabía que no tenía ningún derecho legal sobre el Palatino y que se había hecho con él gracias a un golpe de Estado; sabía también que su mejor oportunidad de conservarlo era explotar sus recursos al máximo. El mundo necesitaba buen gobierno, y Claudio, decidido a dárselo, estaba dispuesto a otorgar a sus libertos más capaces tanta autoridad como necesitaran para ser efectivos. A partir de este momento, la casa de César no fingiría ser algo distinto de lo que realmente era: una corte.

Inevitablemente, a pesar de estos cambios, los elementos esenciales del régimen permanecieron inalterables. A pesar de disparar la eficien-

cia de su gobierno, la confianza que Claudio depositó en su triunvirato de talentosos libertos no calmó el torbellino de intrigas ni las maniobras para conseguir el poder que desde hacía tiempo eran tan características de la vida en el Palatino. La interminable lucha por conseguir avances y ventaja continuaba como siempre lo había hecho, pero ahora se habían sumado a ella muchos contendientes nuevos. Algunos se adaptaron bien a esta novedad; otros, no. Lucio Vitelio, siempre alerta a los cambios de viento, añadió diplomáticamente estatuas de Palante y Narciso al santuario de su casa y continuó disfrutando del favor de Claudio como había gozado del de Calígula; pero otro senador, un general veterano llamado Silano, demostró no estar a la altura de las exigencias de la contienda entre las diversas facciones que tenía lugar en el Palatino. Superado en astucia por sus enemigos, fue ejecutado por órdenes del emperador solo un año después de que Claudio hubiera llegado al poder. Los detalles concretos no están del todo claros, como sucede a menudo en estos casos, pero todo el mundo coincide en que el golpe de gracia lo dio Narciso, que fue corriendo a ver a su señor al alba para contarle que había soñado que Silano asesinaba al emperador. El episodio representa a Claudio como una persona vengativa y crédula, una impresión a la que contribuye el daño que ya había hecho a su autoridad otro incidente mucho más emocionante. Sexo, incesto y exilio: menos de un año después de su llegada al poder, el emperador ya se había visto envuelto en un tipo de escándalo que resultaba demasiado familiar a los romanos.

Como tantas otras veces, todo había comenzado con un intento de proyectar armonía doméstica. Con la voluntad de afirmar su autoridad como cabeza de la familia Augusta, Claudio había hecho regresar a sus dos sobrinas del exilio al que Calígula las había sentenciado; pero Julia Livila, a diferencia de Agripina, no había aprendido la lección. Se decía que había empezado una relación con un senador considerado por muchos —y sobre todo por él mismo— como el hombre más brillante de su generación: un brillante orador y destacado intelectual llamado Séneca. Y ese no era el detalle más escandaloso. Se rumoreaba que el tío de Julia, seducido por su encanto juvenil, pasaba mucho más tiempo con ella de lo que se consideraba decente para un anciano. Fuera todo esto cierto o no, no cabía duda de que la mera existencia de los rumores le había creado a Julia una enemiga mortal. La joven y bella esposa de

Claudio, Valeria Mesalina, era famosa por sus amplia red de contactos y sus blancos dientes. Al igual que Julia, era sobrina bisnieta de Augusto y no tenía la menor intención de ceder su preeminencia a ninguna rival. Tampoco ayudaba a calmar los ánimos que fuera la hija de Domicia Lépida, cuya hermana había tomado bajo su protección al joven Domicio después de que Calígula exiliara a su madre, ni que Agripina la detestara cordialmente por rivalizar con ella por el afecto de su hijo. No es sorprendente, pues, que las relaciones entre la esposa de Claudio y sus dos sobrinas fueran tóxicas. Cuando las noticias de la aventura de Julia con Séneca se convirtieron en dominio público, muchos sospecharon que la fuente de la filtración había sido Mesalina. Ciertamente, aquello fue una catástrofe para la pareja. Séneca fue exiliado ignominiosamente a Córcega y Julia fue enviada, una vez más, a una isla prisión. Allí, poco después, se la dejó morir de hambre. Al cabo de un año del golpe que lo había aupado al poder, todas las afirmaciones de Claudio sobre un nuevo comienzo parecían palabras que se había llevado el viento.

Pero la desgracia más devastadora para su reputación todavía estaba por llegar. Un año después del golpe de Estado, Claudio todavía estaba inquieto e inseguro. Que su administración fuera decididamente menos homicida que la de su predecesor no impresionaba a sus críticos. Los senadores que habían expresado su resentimiento hacia él el fatídico día del asesinato de Calígula seguían despreciándolo y considerándolo un imbécil, mientras que la ejecución de Silano a manos de un liberto parecía ofrecer un triste presagio de adónde se dirigía su régimen. Especialmente resentido estaba Anio Viniciano, cuya ambición de dirigir el mundo romano había sido contundentemente aplastada por el apoyo de los pretorianos a Claudio. Sin embargo, su afición a tejer sutiles conspiraciones seguía intacta. Pasado un año, a mediados del 42, ya estaba listo para intentar dar su propio golpe de Estado. En los Balcanes, el comandante de dos legiones se había comprometido a apoyar la insurrección, junto con numerosos senadores y caballeros de Roma. Al recibir una carta insultante en la que se le exigía que abandonase el poder, Claudio se puso tan nervioso que temió lo peor durante un breve período de tiempo. Al final, la fortuna que había gastado en sobornar a los militares dio réditos. Los soldados en los Balcanes se negaron a unirse al alzamiento y su comandante se suicidó; lo mismo hizo Viniciano. Otros de los implicados en la conspiración que dudaron en

seguir el ejemplo de sus líderes tuvieron que ser avergonzados públicamente hasta que se quitaron la vida. El más notorio por su demora fue un excónsul llamado Cecina Peto. Al ver que sostenía la espada con mano temblorosa pero no se dejaba caer sobre la hoja, su esposa le arrebató el arma y procedió a clavársela ella misma. «Mira, Peto», dijo con su último aliento, «no duele».[23]

Esta adusta admonición, que retrotraía al heroísmo de las mujeres romanas de la antigüedad, despertó mucha admiración, pero el resto del abortado golpe de Estado resultó sórdido en extremo. De nuevo, como en los días más oscuros del reinado de Tiberio, se arrojaban cadáveres sobre las Gemonías y se arrastraban desde allí con ganchos de carne. De hecho, a los maltratados y anonadados senadores les parecía que el mundo estaba igual o más patas arriba que nunca. Algunos de los conspiradores salvaron el cuello sobornando a Narciso para que interviniera a su favor; otros fueron torturados, lo cual supuso un escándalo mayúsculo y la prueba de hasta qué punto Claudio estaba asustado, pues, legalmente, solo se podía someter a tortura durante una investigación por traición a los esclavos. Los especialistas adiestrados en el arte de extraer información tendían a trabajar en empresas funerarias privadas, que ofrecían sus servicios como complemento a sus ingresos por su actividad habitual. Estos hombres eran expertos en el uso del potro para separar miembros, en aplicar brea o metal al rojo vivo sobre la carne desnuda y en manejar el látigo con punta de hierro.[24] Que esos horrores se hubieran infligido a senadores y caballeros abrió una herida en la élite romana que no podía cerrarse con facilidad. ¿Qué eran todas las atractivas declaraciones del emperador sobre su clemencia sino una broma macabra? ¿Qué eran todas sus ambiciones, expresadas en público, de servir a Roma como un nuevo Augusto sino una monstruosa farsa? El Senado se lamió sus heridas y no olvidó.

Ni tampoco olvidó Claudio una vez remitió la conmoción de la conspiración contra él y tuvo tiempo de recuperar el aliento. Su primer año como emperador había sido potencialmente devastador para su reputación y, por lo tanto, para sus expectativas a largo plazo, y era perfectamente consciente de ello. Sin embargo, no desesperó. Conocía muy bien los infinitos recursos que estaban a su disposición como césar y sabía que incluso un hombre como él, anciano, lisiado, despreciado

y considerado un idiota por todos, podía hacer mucho. Por malas que fueran las circunstancias, seguía siendo el hombre más poderoso del mundo.

Y, al año siguiente, Claudio estaba decidido a hacer gala de ello de una vez por todas.

Pan y britanos

En el año 42 d. C., un año después de la llegada de Claudio al poder, un gobernador romano llamado Suetonio Paulino avanzó al mando de un ejército hasta los límites de Mauritania y luego más allá. Los moros, un pueblo que vivía justo al otro lado del estrecho que separaba Hispania de África y que era célebre por su alto nivel de higiene dental y por la habilidad de sus hombres para lanzar jabalinas mientras cabalgaban, habían estado durante mucho tiempo en la órbita de Roma, pero la decisión formal de incorporarlos al Imperio se había tomado hacía poco. Había muchas cosas en Mauritania que despertaban el interés de la clase alta romana —entre ellas no era la menos importante que de allí procedía el tinte púrpura que utilizaban para dar color a sus togas—. El último rey de los moros, que, al ser descendiente de Antonio y Cleopatra, era pariente de Calígula, había optado por lucir una capa de un color particularmente llamativo cuando su primo lo convocó en Lugdunum. Ese acto de querer destacar más que nadie resultó letal. En Mauritania, los moros recibieron las noticias de la ejecución de su rey con indignación. Estalló una rebelión.

Claudio, que había heredado la crisis de Calígula y no quería que se le fuera de las manos, ordenó que se transformase el reino en una provincia. Una decisión testaruda nacida de la terquedad, pero no solo de ella. Como erudito que era, el interés de Claudio por las regiones distantes iba mucho más allá de los asuntos de Estado. Al sur de las ciudades cercanas a la costa, que los mercaderes de Italia visitaban regularmente y cuya arquitectura imitaba lo mejor de Roma y Alejandría, se extendía un mundo completamente distinto. Estaba habitado por tribus tan inefablemente salvajes que comían carne cruda y bebían leche sin pensárselo dos veces, y las armas romanas nunca habían penetrado en él. Más allá de esta región, a su vez, había una tierra todavía más fantástica, que des-

de antaño se creía envuelta en perpetuas nubes y de cuyos habitantes se decía que nunca soñaban. Suetonio Paulino conducía a sus hombres a las montañas del Atlas, «la columna que sostiene el cielo».[25]

La realidad, al final, no estuvo a la altura de las fábulas que se contaban de aquella cordillera. Había hondos ventisqueros, incluso en verano, pero no nubes perpetuas. Los desiertos más allá de las montañas del Atlas eran abrasadores y estaban cubiertos de polvo negro. Los nativos vivían como perros. Sin embargo, la expedición no fue completamente en vano. Los bosques que rodeaban la cordillera, según informó Paulino a Roma, estaban llenos de maravillas: árboles muy altos con hojas «recubiertas de una suave pelusa»[26] parecida a la seda; elefantes salvajes y serpientes de todos los tipos concebibles. En Roma, Claudio se mostró encantado con estas noticias. Apelaban a todas sus pasiones. Cuando era un ciudadano privado al que sus discapacidades impedían viajar, había transcrito con amor los detalles que llegaban a la ciudad sobre la flora y la fauna exótica en un diccionario geográfico panorámico en el que tenían cabida desde las hojas aromáticas que los partos echaban en sus bebidas hasta un centauro que había nacido y muerto el mismo día en el norte de Grecia. Ahora, como emperador, tenía un escenario mucho mayor en el que desplegar sus aficiones. Desde hacía mucho tiempo, los conquistadores romanos tenían la costumbre de traer a su ciudad plantas y animales de las tierras remotas a las que viajaban. Por eso, en jardines como los de Valerio Asiático, el ciudadano asfixiado por el humo de la ciudad tenía la oportunidad de disfrutar de los aromas de bosques lejanos y de maravillarse ante flores extrañas. Por ello, también bestias como las que había descubierto Paulino eran una fuente de diversión habitual en Roma. Pompeyo había exhibido los primeros rinocerontes que se habían visto en la ciudad; Julio César había traído la primera jirafa. Augusto, para dar muestra de su victoria sobre Egipto, había cabalgado por Roma seguido de un hipopótamo, mientras que el propio Claudio, en ocasiones formales, a veces ordenaba que su carro fuera tirado por elefantes. No era coincidencia que todas estas criaturas, y muchas más, procedieran de África, pues el continente era llamado «la nodriza de las bestias salvajes».[27] Sin embargo, y como era natural, verlas simplemente expuestas no daba a los romanos una sensación adecuada de la ferocidad de los animales ni de la gesta logística que representaba traerlos desde los confines de la tierra. Más pedagógico,

y, ciertamente, más atractivo para la multitud, era hacer que las bestias se enfrentaran a cazadores experimentados en una batalla a muerte. Solo entonces podían los espectadores comprender de verdad el mérito que tenían legados como Paulino cuando dominaban para el pueblo romano tierras plagadas de leones y cocodrilos. Solo entonces podían empezar a apreciar la magnitud de la carga que había caído sobre los hombros del césar Claudio, quien debía pacificar y dirigir el mundo.

Sin embargo, el sometimiento de bestias salvajes no era la única medida de la grandeza romana. En la otra punta del mundo, entre las olas y temporales de las aguas del norte aguardaban desafíos incluso más formidables que aquellos a los que se había enfrentado Paulino. Nadie sabía con seguridad qué había más allá de las regiones exploradas por las flotas romanas, aunque los viajeros hablaban de islas habitadas por monstruosos bárbaros, algunos con pezuñas de caballo y otros con orejas tan grandes que cubrían con ellas sus cuerpos, por lo demás, desnudos. Y, en último término, más allá todavía, estaba la misteriosa tierra de Tule y un terrorífico mar de hielo. Para Claudio, los misterios y maravillas del Océano del Norte tenían un significado especial, pues su padre había sido el primer comandante romano en navegar por sus aguas, en el año 12 a. C. Veintiocho años después, Germánico había repetido la hazaña y, desde entonces, ningún general romano había dirigido una flota a través del Océano. Claudio tenía ahora la oportunidad de emular a su padre y a su hermano. Sin embargo, sus ambiciones no se limitaban a la exploración. Por cojo que estuviera, y a pesar de haber sido un civil durante cincuenta y cuatro años, aspiraba a una gesta todavía más heroica: completar la conquista que Julio César no había concluido. Era el momento no solo de cruzar el océano, sino de tallar en él una nueva provincia: había llegado la hora de ganar para el pueblo romano la isla de Britania.

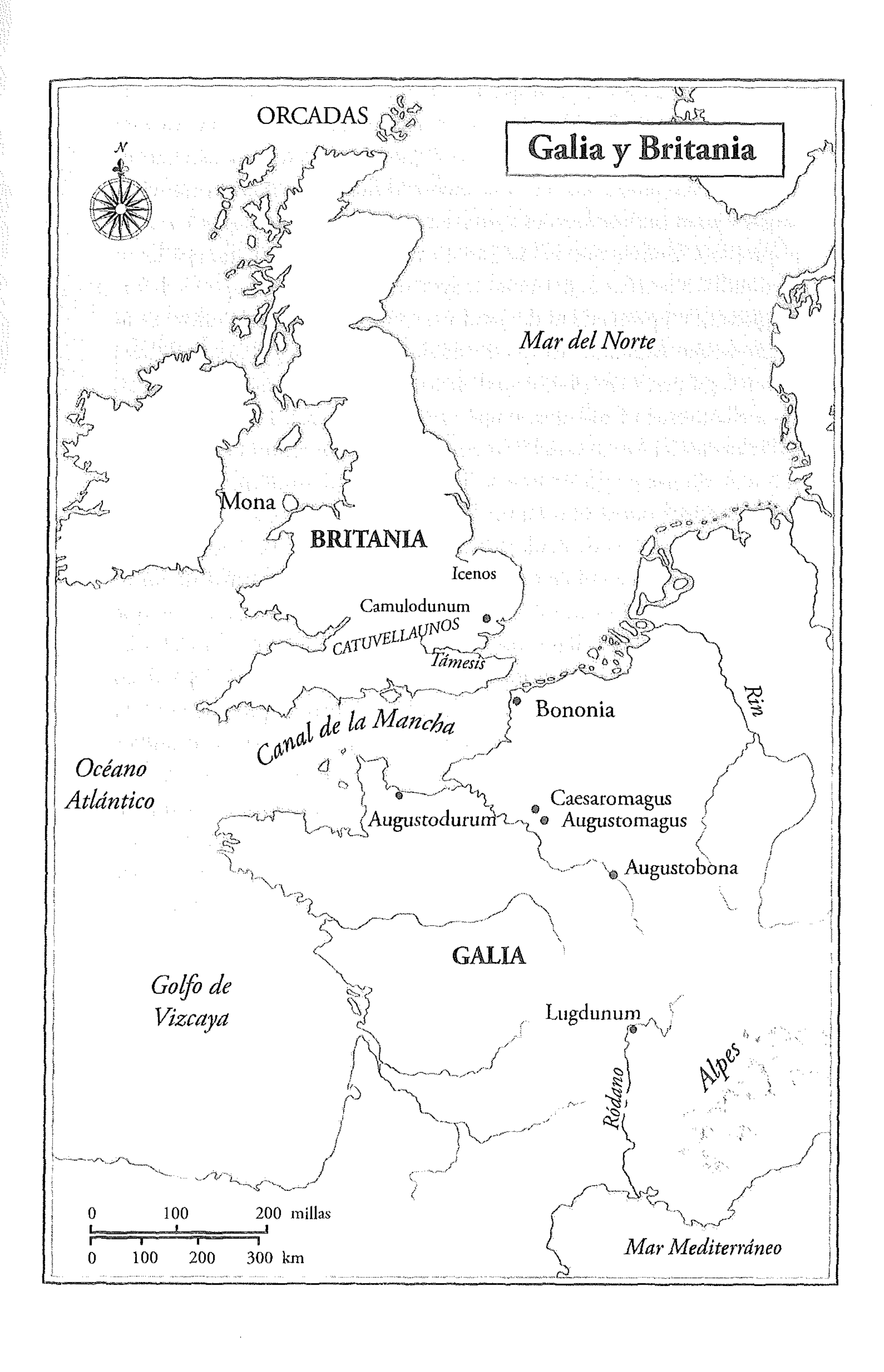
Claudio tenía buenos motivos para querer dirigir la invasión a principios del verano del año 43. Las circunstancias rara vez habían sido más prometedoras. La isla se encontraba en un estado de graves convulsiones por diversos problemas en las sucesiones dinásticas. No solo Cunobelino, el viejo caudillo tribal de los catuvellaunos, había muerto hacía poco, dejando sus tierras a sus dos hijos, sino que un reino vecino en la costa del sur se había hundido y estaba sumido en unas luchas intestinas tan tremendas que su rey había huido y buscado refugio en

tierras romanas. Simultáneamente, al otro lado del canal de la Mancha, los preparativos para un asalto anfibio estaban muy avanzados. En Bononia, donde Calígula había ordenado la construcción de un colosal faro de unos sesenta metros de altura para que iluminara el camino por el océano, esperaba una flota capaz de transportar cuatro legiones, lista para zarpar en cuanto se diera la orden. Los soldados que se concentraban allí daban fe de una planificación que llevaba años en marcha. La expedición de Calígula al norte no había sido, como sus críticos habían pretendido, un mero acto de irresponsabilidad. Gracias a las dos legiones que se habían reclutado por orden suya se podía aprestar una fuerza sustancial de invasión sin debilitar las defensas del Rin. Mientras tanto, en tierras germanas, todo estaba tranquilo. Tan bien había ido la campaña de pacificación de Galba que a Claudio, como correspondía al comandante en jefe, se le habían concedido honores triunfales. Dos de las tribus germanas más contumaces habían sido aplastadas de forma decisiva. La victoria fue todavía más lustrosa puesto que, durante la campaña, se recuperó unas de las águilas perdidas contra Arminio. Era imposible imaginar un portento más favorable.

¿O quizá sí? A los legionarios acampados en la costa del canal de la Mancha todo lo que despertara el recuerdo de Varo les provocaba profunda inquietud. Ya era lo bastante malo verte atrapado en el lado equivocado del Rin, pero mucho más aterrador resultaba estar varado en la orilla mala del océano. Pocos tenían grandes conocimientos sobre Britania, pero lo poco que sabían no invitaba precisamente a cruzar el canal. Los nativos eran, si cabe, todavía más bárbaros que los germanos. Se pintaban de azul; compartían las esposas y se dejaban crecer vello sobre el labio superior, una afectación tan grotesca que el latín ni siquiera poseía una palabra para describirla. Y las mujeres no eran mejores. Se decía que se teñían el cuerpo de negro y que, en ocasiones, incluso iban desnudas. Sin duda, unos salvajes con unas costumbres tan inconcebibles eran capaces de todo; y, desde luego, del mismo modo que parte del terror que suscitaban los germanos procedía de los sangrientos ritos que practicaban en las profundidades de sus húmedos bosques, también se decía que los britanos tenían sacerdotes que, en bosquecillos engalanados con muérdago, practicaban sacrificios humanos y actos caníbales. Estos «druidas», que era el nombre por el que se conocía a tales sacerdotes, también habían infestado la Galia en otros tiempos, hasta

que fueron expulsados por orden de Tiberio. Sin embargo, al otro lado del océano, más allá del alcance de las severas leyes de Roma, seguían prosperando. «La magia, hoy en día, sigue teniendo a Britania atrapada en su oscuridad».[28] No es sorprendente, pues, que al recibir la orden de embarcarse hacia esa amenazadora tierra llena de brujería, muchos soldados empalidecieran. Pronto los murmullos se tornaron en una rebelión abierta. Los legionarios dejaron caer las armas y se negaron en redondo a subir a los barcos de transporte.

Narciso dio entonces un paso al frente. Lo habían enviado allí antes de que llegara su señor, quien no tenía la menor intención de aventurarse hasta Britania a menos que estuviera razonablemente seguro de que la invasión iba a ser un éxito. El liberto se dirigió con valentía a los amotinados y empezó a aleccionarlos sobre su deber. Su voz fue inmediatamente ahogada por los abucheos y los gritos de los soldados. El ambiente era cada vez más tenso y violento. Parecía que la disciplina se había perdido por completo. Entonces, de repente, uno de los legionarios gritó *«Io Saturnalia»* y todos sus camaradas se echaron a reír. El grito se repitió por todo el campamento. Inesperadamente, un espíritu festivo se apoderó de los soldados. La amenaza de violencia desapareció y el ejército volvió a la obediencia. Cuando las legiones embarcaron en los transportes, lo hicieron como si se dirigieran a un festival. A partir de ese momento, no sucedió nada que hiciera tambalear su disciplina. De hecho, todo fue a pedir de boca para los invasores. El mar se mantuvo en calma durante el cruce del canal; se erigieron tres cabezas de puente en sendas playas sin oposición enemiga; se combatió y derrotó en dos ocasiones a los britanos, y uno de los dos caudillos catuvellaunos murió en el campo de batalla. Es cierto que la resistencia no había sido, ni mucho menos, erradicada. El hijo superviviente de Cunobelino, un guerrero astuto e incansable llamado Carataco, seguía en libertad, mientras que en el norte y el oeste de la isla, en tierras en las que las vasijas de arcilla eran una novedad, por no hablar de la moneda o del vino, quedaban tribus que ni siquiera habían oído hablar de Roma. Sin embargo, tras haber asegurado un puente sobre el Támesis y haber construido un campamento en la orilla norte del río, ya había llegado el momento de hacer venir al comandante en jefe. La gloria de conseguir la victoria final sobre los catuvellaunos y de recibir su rendición formal correspondía a un único hombre.


Galia y Britania
ORCADAS
N
Mar del Norte
Mona
BRITANIA
Icenos
Camulodunum
CATUVELLAUNOS
Támesis
Bononia
Rin
Canal de la Mancha
Océano
Atlántico
Caesaromagus
Augustomagus
Augustodurum
Augustobona
GALIA
Golfo de
Vizcaya
Lugdunum
Alpes
Ródano
0
100
200 millas
0
100
200
300 km
Mar Mediterráneo

Aunque cojeara, la estampa de Claudio no era del todo inadecuada para un conquistador. Era alto y de constitución recia, tenía el cabello blanco y los rasgos distinguidos que el pueblo romano esperaba en sus estadistas veteranos; no había la menor dificultad, mientras estuviera sentado o en pie sin moverse, para aceptar su rango de *imperator*. Para el propio Claudio, que había pasado toda su juventud agazapado en su estudio mientras su hermano mayor representaba su papel de héroe de guerra, la oportunidad de conducir a un ejército a la batalla era un sueño hecho realidad. Así que no la desperdició. Cabalgó a la cabeza de sus legiones, como la misma encarnación del poder de Roma. Los catuvellaunos, intimidados, empezaron a disolverse. El avance por la orilla norte del estuario del Támesis hacia su capital, un disperso conjunto de diques y casas redondas llamado Camulodunum, se encontró con muy poca oposición. La propia Camulodunum, que solo contaba con una empalizada de madera como defensa y cuya guarnición estaba desmoralizada, cayó rápidamente en manos de los romanos. Al entrar triunfante en la ciudad, Claudio podía legítimamente jactarse de que se había demostrado digno de la más nobles tradiciones marciales de su familia. La fama de su nombre llegaba ahora mucho más lejos de lo que habían conseguido Druso o Germánico. Poco después de la toma de Camulodunum, llegó al cuartel de Claudio un reguero de caudillos britanos, entre los cuales estaba el rey de un archipiélago distante conocido como las Orcadas, formado por treinta islas, tan al norte que su invierno era una noche perpetua.[29] Cuando una figura tan exótica como esta se sometió ante él, Claudio supo que sus máximas ambiciones para la invasión se habían hecho realidad. «Se había cruzado el océano y, en efecto, se lo había sometido».[30]

Luego, dieciséis días después de poner pie en Britania, el emperador se marchó de vuelta a Roma. No tenía ninguna necesidad de permanecer en una frontera con un clima tan húmedo y tan desprovista de entretenimientos. Sus subordinados podían encargarse de perseguir a Carataco, de asaltar los fuertes que quedaban en algunas colinas y de pacificar la isla. Claudio ya había logrado lo que se había propuesto. Al fin y al cabo, los propios britanos nunca habían sido el principal objeto de su esfuerzo. Siempre había tenido en mente a otros oponentes. La mayor amenaza para su seguridad nunca había sido Carataco, sino sus propios colegas. Como el veterano apostador que era, Claudio sopesó

las posibilidades cuidadosamente antes de decidir ausentarse de la capital durante seis meses. Incluso con Viniciano y sus colegas conspiradores muertos, las ascuas de la insurrección seguían vivas. Poco después de la partida de Claudio, un caballero fue condenado por conspirar contra él y arrojado por el risco del Capitolio. Tras esto, un portento que invariablemente presagiaba algún calamitoso trastorno para el Estado tuvo lugar: un búho real entró volando en el sanctasanctórum del templo de Júpiter. Por supuesto, antes de partir a su campaña militar, Claudio había tomado todas las precauciones posibles. La administración de la capital había sido confiada a Lucio Vitelio, un cortesano totalmente leal. Al mismo tiempo, a otros senadores menos dóciles se les había concedido el supremo honor de acompañar al césar a Britania. Entre ellos destacaban Valerio Asiático y Marco Vinicio; no era casualidad que ambos hubieran intentado, en su momento, hacerse con el poder supremo. Ahora, tras la conquista de Britania, no existía ya la menor posibilidad de que alguien se lo arrebatase a Claudio. La gloria de sus éxitos resonaba en el mundo entero. En Córcega, el exiliado Séneca —desesperado porque le permitieran regresar a casa— saludó al *imperator* triunfante como «el consuelo de todos los hombres»;[31] en la ciudad griega de Corinto, a su victoria se le concedió su propio culto; en la costa más lejana del Egeo, en la ciudad de Afrodisias, un relieve bellamente esculpido retrataba Britania como una desventurada belleza con el pecho desnudo que un Claudio con unos grandes e intimidantes músculos sometía y echaba al suelo. El hombre de quien su familia se había burlado durante toda la vida por ser un tullido baboso con tics se había transfigurado, en la imaginación de los romanos de provincias, en algo infinitamente más imponente: un dios del sexo capaz de doblegar al mundo entero.

No obstante, fue en Roma donde, como es natural, la victoria de Claudio causó mayor sensación. Los senadores, conscientes de lo que se esperaba de ellos, votaron con diligencia ofrecer al héroe todos los honores posibles: un triunfo, muchas estatuas y un arco particularmente espectacular. También su familia disfrutó del aura de su gloria. A Mesalina se le concedió el mismo derecho de recorrer Roma en un *carpentum* que Livia había disfrutado antes que ella, mientras que a su hijo, todavía muy pequeño, se le concedió el espléndido nombre de «Británico». Esto, para un césar plenamente consciente en todo mo-

mento de que por sus venas no corría la sangre de Augusto, era un giro de los acontecimientos muy prometedor. Solo un año después, Claudio consiguió para Livia los honores divinos que tanto Tiberio como Calígula no le habían concedido, asegurándose con ello para sí mismo el estatus de ser el nieto de una diosa. Pero no bastaba meramente con recurrir al pasado en busca de legitimación. Claudio sabía que tenía que mirar también hacia el futuro. Ahora, con los honores concedidos a sus familiares, había empezado a hacerlo. Había puesto los cimientos para erigir una dinastía propia.

Como historiador y como atento estudiante del pasado, el emperador comprendía especialmente bien qué era necesario para que el pueblo romano lo considerara un gran hombre. El modelo supremo en el que se inspiraba, y el hombre por cuyo nombre juraba, era Augusto, y no podía ser de otra manera. Sin embargo, sentía además la misma pasión que Tiberio por las historias del distante pasado de Roma. Las virtudes y los valores de la República en su versión más heroica nunca dejaron de emocionarlo. Tanto como experto en la antigüedad como en su faceta de historiador, Claudio se sentía profundamente vinculado a tradiciones que se habían originado siglos antes de Augusto. Invadir Britania, con sus carros, sus chozas de barro y sus bosques habitados por fantasmas fue, para un hombre como Claudio, un viaje atrás en el tiempo hasta los mismos inicios de su ciudad, a aquella época fabulosa en que los ciudadanos se reunían en el Campo de Marte antes de marchar a la guerra contra ciudades que estaban solo a unos pocos kilómetros de distancia. Por ello, Claudio hizo que su reconstrucción del asalto a Camulodunum se representara directamente en el Campo de Marte, de modo que, al menos por un día, entre el mármol, las fuentes y las elegantes glorietas asomara de nuevo en aquel lugar el violento destello de las armas.

Más tarde, en el año 51 d. C., surgió una ocasión todavía más perfecta para aparecer como un héroe sacado de un libro de historia. Tras una osada y cada vez más desesperada serie de últimas batallas, Carataco había sido finalmente hecho prisionero por un caudillo rival, vendido a los invasores y llevado a Roma totalmente encadenado. La nobleza de su porte cuando se lo hizo desfilar por las calles de la ciudad despertó mucha admiración, y Claudio, con la mirada del pueblo romano fijada en él, sabía exactamente, gracias a sus lecturas sobre la historia, lo

que tenía que hacer. Hacía mucho tiempo, Escipión el Africano había capturado a un rey africano y, tras hacerlo desfilar en su triunfo, había ordenado que lo liberasen en un gesto de altiva magnanimidad. Claudio hizo en ese momento lo mismo, y su decisión fue recibida con grandes muestras de aprobación por parte del pueblo. Dio la orden y se retiraron los grillos al rey britano. Carataco, libre ahora para deambular por Roma y contemplar al pueblo que lo había derrotado, interpretó perfectamente su papel en la obra, maravillándose en voz alta de que los romanos hubieran decidido molestarse en conquistar su pobre y atrasada tierra. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la ocasión había sido como una de aquellas historias edificantes que abundaban en los libros antiguos. En el Senado, Claudio recibió una lluvia de extravagantes elogios. «Su gloria era tan grande como la de cualquier otro que hubiera exhibido a un rey capturado ante el pueblo romano».[32]

Como es natural, el propio Claudio era demasiado listo como para creerse demasiado todas estas alabanzas. Sabía que el Senado todavía le guardaba un profundo rencor. El Senado, no obstante, no era Roma. Claudio, que conocía a fondo los anales de su ciudad, lo sabía mejor que nadie. A diferencia de Tiberio, cuya devoción por el pasado no había hecho más que confirmar su instintivo desprecio hacia el populacho, su sobrino veía a los plebeyos con mejores ojos. Gracias a sus años de estudio, era consciente de que muchos de los grandes logros de la República debían tanto a la actuación del pueblo como a la del Senado. Por eso, un año antes de la captura de Carataco, Claudio había capitalizado sus triunfos en Britania para protagonizar un gesto muy significativo. A lo largo de los siglos, desde que Rómulo había arado por primera vez el *pomerium*, diversos conquistadores habían extendido aquella frontera sagrada que definía los límites de la ciudad de Roma, pues la tradición solo permitía hacerlo a aquellos que habían añadido tierras a las posesiones de la ciudad. Esto, en cualquier caso, fue lo que Claudio afirmó ante el Senado, y ¿quién, entre los senadores, dados los inmensos conocimientos y la exhaustiva investigación del pasado en el haber del emperador, iba a discutir que así fuera?[33] Durante ochocientos años, desde que Rómulo había vencido a Remo en su enfrentamiento por fundar una ciudad, el Aventino había estado más allá de los límites del *pomerium*... pero eso iba a cambiar. Por órdenes del emperador, se erigieron mojones de piedra a intervalos regulares que

proclamaban que la colina no era menos parte de Roma que el Palatino. En días de Tiberio, el intento de Sejano de seducir a los habitantes del Aventino había contribuido a precipitar su caída; pero ahora, diecisiete años después, el sobrino de Tiberio no se avergonzaba de cortejarlos. Huelga decir que Claudio no había olvidado su historia. Sabía perfectamente bien qué conmemoraba el santuario a Líber en la ladera del Aventino: la guerra de clases ganada por los plebeyos en las primeras décadas de la República y el establecimiento de sus derechos políticos. Cada mojón de piedra, estampado con las prerrogativas del emperador, servía como recordatorio de que consideraba un privilegio detentar el poder de sus tribunos. Era un conquistador, sí, pero era también un amigo del pueblo.

En su opinión, tampoco había nada ni siquiera remotamente inadecuado para un Claudio en ello. A diferencia de su hosco y altivo tío, Claudio no creía que el esplendoroso linaje y el legado que le había conferido su familia le diera licencia para despreciar a los plebeyos. Todo lo contrario. Invertir mucho dinero en estructuras destinadas a mejorar la vida de todos los ciudadanos era una noble y venerable tradición entre la aristocracia romana. ¿Por qué, si no, Apio Claudio, que nadaba en dinero tras recibir el botín que había ganado al servicio de la República, había gastado su fortuna en la construcción de una carretera? La idea de gastarlo en algún monumento espectacular pero inútil, como habría hecho un faraón, no podía ser más ajena a los usos de su ciudad. Siglos después, el pueblo romano todavía se enorgullecía de que sus construcciones más impresionantes, a diferencia de las de los déspotas extranjeros, tenían un propósito profundamente práctico. «Eran mucho mejores que cualquier pirámide absurda».[34] Claudio, que aún recordaba lo que era tener muy poco dinero, estaba completamente de acuerdo. Sincero en su respeto a los valores tradicionales de sus conciudadanos, no sentía ningún deseo de derrochar dinero en proyectos que no sirvieran al bienestar de los romanos a largo plazo. Ahora que ya había dejado atrás los problemas financieros de los sobornos que había tenido que pagar a las fuerzas armadas durante los primeros días de su supremacía, su intención era organizar su economía con sentido común y gastar el dinero con criterio. El botín de Britania le ayudó a hacerlo, y también la inteligencia de Palante. Por generalizado que fuera el desprecio al liberto, a quien muchos consideraban un vulgar adve-

nedizo arribista, su don para los números era indiscutible. Dos hechos lo prueban: primero, Claudio no acabó, a diferencia de su predecesor, detestado por haber subido impuestos; y, segundo, aun así fue capaz de invertir espectaculares sumas en infraestructuras.

El resultado para el pueblo, en una ciudad en la que las grandes obras habían sido siempre la fuente de empleo más estable, fue una fuente de ingresos mucho más segura que las indiscriminadas limosnas que había ofrecido Calígula. Sin embargo, el principal y más ambicioso objetivo de nueva infraestructura en la mente de Claudio estaba bastante más allá de los límites de la propia capital. No porque Roma, tras la renovación que había liderado Augusto, hubiera quedado tan embellecida que no necesitara más mejoras. Todo lo contrario. Precisamente porque todavía había grandes multitudes malviviendo en barrios de chozas cubiertos y asfixiados por el esmog —barrios que los ricos veían desde sus aireadas villas como «lugares miserables y oscuros en los que se arroja el estiércol y otros deshechos»—,[35] Claudio decidió limpiar toda esa suciedad. Como estudioso privado, le fascinaba la ciencia de la hidráulica y había escrito con erudición sobre las crecidas en Mesopotamia; pero, naturalmente, como historiador que era, también buscaba precedentes que guiaran sus actos. Otros miembros de su familia, que iban desde Calígula hasta el inevitable Apio Claudio, habían encargado la construcción de sendos acueductos en sus tiempos. Sin embargo, ninguno de los dos completó obra alguna de magnitud similar a las dos que construyó Claudio. Sus dos acueductos se extendían a lo largo de muchos kilómetros, salvando profundos valles y recorriendo escarpadas colinas, y, gracias a ellos, casi se duplicó el suministro de agua que llegaba al corazón de Roma. A lo largo y ancho de la ciudad, incluso en los barrios más humildes, donde la maraña de callejuelas estaba cubierta de basura y excrementos, cañerías de plomo alimentaban fuentes públicas y aportaban un toque de frescor procedente de lejanas montañas. Aunque fue Calígula quien originariamente había encargado los dos acueductos, el mérito de construirlos recayó sobre Claudio. En sus últimos tramos de la infraestructura, en dirección a la ciudad, la majestuosa altura y grandeza de los arcos que se erigían sobre los campos, en los que no se percibía el menor rastro de desequilibrio, complementaba el marcado estilo de sus piedras, robustas y decididamente tradicionales, como si hubieran sido talladas de los mismos cimientos del pasado de

Roma. «¿Quién puede negar que son maravillas sin rival en el mundo?»[36] Quizá algunos senadores amargados, pero, desde luego, no los plebeyos, que sabían que tenían en Claudio a un líder que se tomaba en serio sus deberes como su paladín.

Por supuesto, estos deberes tampoco eran ya lo que habían sido en la lejana época conmemorada por el santuario a Líber en el Aventino. Los días en que los plebeyos se habían movilizado para ampliar sus derechos políticos pertenecían al pasado, y nadie en los barrios pobres de Roma los echaba mucho de menos. Al fin y al cabo, ¿por qué molestarse en celebrar elecciones cuando nunca cambiaban nada? Por eso, cuando Calígula volvió a otorgarle al pueblo romano el derecho a votar, su gesto fue recibido con tanta apatía e indiferencia que la iniciativa pronto se abandonó discretamente. La realidad había cambiado, y todo el mundo lo sabía. Lo que más importaba a los pobres de Roma, una urbe tan grande que la mayoría de ellos jamás había visto un maizal, ni mucho menos recogido una cosecha, era desterrar el espectro del hambre, y solo el césar podía garantizar el éxito en tamaña tarea. Al asumir la responsabilidad de mantener alimentados a sus conciudadanos, Claudio pensaba también, naturalmente, en su propia supervivencia, pues sabía que incluso Augusto, en los oscuros días del Triunvirato, había escapado por los pelos de ser hecho trizas por la muchedumbre hambrienta. Sin embargo, con los trabajos para la prevención de la hambruna sucedía lo mismo que con los acueductos: ambas obligaciones del emperador tenían un linaje venerable. La causa de que el pueblo romano no pasara hambre había sido defendida por algunos de sus más famosos tribunos. Fue Cayo Graco, en el año 123 a. C., quien primero había legislado la subvención del precio del pan, y Clodio, sesenta y cinco años después, había establecido el derecho a una ración gratuita para todos los ciudadanos. Augusto, a pesar de que en privado no aprobaba este subsidio, pues temía que una práctica así reblandeciera la fibra moral de los romanos y los incentivara a no trabajar, había tenido el sentido común de no abolirlo, ya que de todos los diversos vínculos que unían al primer ciudadano con la plebe, ninguno era más popular entre los plebeyos. No solo lo atesoraban porque los mantenía alimentados, sino también porque constituía una expresión de su estatus cívico. «No importa el carácter de un hombre, ya sea digno o indigno, recibe su beneficio por virtud de ser un ciudadano. No importa que sea bueno o malo».[37] De

entre todas las ciudades del mundo, César solo repartía un subsidio de grano en Roma; y únicamente los ciudadanos, entre las multitudes que habitaban la ciudad, tenían derecho a recibirlo. Toda noción de que los pobres merecían caridad simplemente por el hecho de ser pobres se consideraba, por supuesto, grotesca. Todo el mundo sabía que si los pobres eran pobres era porque se lo merecían. Es por eso, por ejemplo, por lo que cuando Judea padeció una escasez tan terrible de alimentos que a los que la sufrieron les pareció que sin duda «debía de haber una gran hambruna en todo el mundo»,[38] Claudio no intervino. ¿Por qué debía responsabilizarse él de lo que les sucediera a unos meros provincianos? No obstante, sentía que tenía el deber de cuidar a sus conciudadanos, por lo que, en cuanto se convirtió en emperador, cuidó de forma obsesiva el suministro de grano a Roma.

Y, por desgracia, había habido una serie de problemas con respecto a dicho suministro desde el verano anterior a su accesión, como consecuencia de la ocurrencia más espectacular de su sobrino. Por supuesto, Calígula no habría podido cabalgar sobre el mar sin barcos; pero sin barcos tampoco podía transportarse el grano desde las provincias a la capital. Roma, como un estómago insaciable e inmenso, hacía tiempo que había superado la capacidad de los granjeros italianos para alimentarla. Por eso, desde Egipto a Mauritania, los grandes campos de África estaban dedicados a saciar el hambre de la capital. Todos los veranos, enormes flotas de cargueros se dirigían a la bahía de Nápoles, a Puteoli, pues la ciudad hacia la que Calígula había cabalgado por el mar desde Bayas era el puerto más cercano a Roma con muelles lo bastante profundos como para acoger sus mercancías. Luego vendría la siguiente fase del transporte: la carga del grano, medio millón de toneladas cada año, en barcos más pequeños, y el viaje remontando la costa hasta la desembocadura del Tíber.[39] Allí, rodeado por marjales y salinas, se encontraba el puerto de Ostia; y más allá de Ostia, a lo largo de los veinticinco kilómetros de embarcaderos que lo separaban de Roma, se extendía una serie de gigantescos almacenes, cada uno de ellos con ventanas tan altas y tan parecidas a aspilleras que daban a las construcciones el aire de una línea de fortalezas. Muchas cosas podían ir mal entre la salida de Puteoli y la llegada del grano a estos depósitos; y Claudio, una vez superada la amenaza inmediata de hambruna, decidió intentar resolver la cuestión con una grandeza y una ambición dignas

del pueblo romano. Esforzado a la par que osado, le obsesionaban igual las minucias de la planificación que los asuntos globales, así que se mostró completamente dispuesto tanto a supervisar las obras junto a un dique de fango como a dirigir el dragado del lecho del mar. Su objetivo era realizar una gesta no menos heroica que la de la conquista de Britania. Cuando los ingenieros fueron informados de su intención de construir un puerto de aguas profundas en Ostia, se llevaron las manos a la cabeza horrorizados «y le dijeron que aquello no podía hacerse de ningún modo».[40] Pero él los ignoró. Al fin y al cabo, él era César. Si por el bien del pueblo romano había que rehacer la forma de la tierra y del mar, Claudio lo haría.

El emperador puso el proyecto en marcha mientras, en paralelo, preparaba la invasión de Britania. El propio Claudio visitaba con regularidad las obras. Cuando un día se dijo en Roma que había muerto en una emboscada, muchos creyeron el rumor. Los plebeyos, desconsolados, echaron la culpa al Senado, y solo un apresurado anuncio realizado desde la *Rostra* que desmentía el rumor y con el que se garantizó que el emperador estaba bien impidió que la situación derivara en disturbios. Aunque Claudio era, a ojos de muchos senadores, una figura ridícula y siniestra, el pueblo romano no compartía esa opinión; su devoción hacia él, nacida de la palpable preocupación del emperador por sus intereses, demostró que era posible que el populacho amara a un emperador aunque este careciera de *glamour*. Calígula, al construir su circuito de carreras privado, lo había adornado con un obelisco traído desde Egipto; Claudio, en cambio, arrastró el barco que había traído el obelisco hasta la boca del Tíber, ordenó que lo hundieran y lo utilizó como base para un faro. También hizo construir rompeolas, un muelle que se extendía hasta el faro y, en suma, todos los accesorios de un puerto internacional a la última. Esta gesta de ingeniería, realizada justo a las puertas de la capital, mostró con claridad al pueblo romano los asombrosos resultados de la escala y la magnitud de su poder: su absoluta centralidad en el gran orden de las cosas; su acceso a los recursos que ofrecía todo el mundo y su dominio sobre el orbe entero. Incluso se podía conseguir que los monstruos de las profundidades, al igual que los elefantes y las serpientes a las que había dado caza Suetonio Paulino, se doblegaran ante el poder de Roma. Cuando una ballena se adentró en el puerto a medio construir, Claudio ordenó a un destacamento de

pretorianos que subieran a los botes y la echaran. Como es comprensible, le costaba alejarse de las obras. Ningún otro lugar le aportaba un contexto más adecuado en el que mostrarse como el tipo de gobernante que aspiraba a ser. Ningún otro sitio lo hacía regocijarse tanto de su condición de césar. Por desgracia, su estancia en Ostia, lejos de Roma, lo distrajo de lo que sucedía en su propia casa. En el año 48 d. C., mientras estaba en las obras de la desembocadura del Tíber, Claudio recibió una inesperada petición de audiencia. La chica que la pedía, una concubina del emperador llamada Calpurnia, era una de sus compañeras de lecho favoritas y, por lo tanto, Claudio accedió a verla. Cuando se presentó ante el emperador, Calpurnia estaba tan nerviosa y tartamudeaba tanto que sonaba casi como el propio Claudio; pero, al final, haciendo acopio de valor, consiguió revelar lo que había venido a decir.

Y, al escucharla, el césar Claudio comprendió, horrorizado, que le habían hecho parecer el idiota que sus enemigos siempre habían dicho que era.

Más letal que el varón

El arte de atraer la atención de un emperador era un oficio delicado.

Calpurnia se presentó ante Claudio acompañada, por si acaso, por una segunda concubina del emperador. Aquellos que requerían su atención a menudo explotaban sus gustos sexuales, pues todo el mundo sabía que solo dormía con mujeres. Igual que su preocupación porque todo el mundo se sintiera en libertad para liberar una ventosidad en la mesa o que su insistencia en añadir tres nuevas letras al alfabeto latino, la completa falta de interés que siempre había mostrado en acostarse con compañeros masculinos señalaba a Claudio como un auténtico excéntrico. No es que la gente lo censurara por ello, pues así era el mundo y cada hombre tenía sus manías, e igual que algunos las preferían rubias y otros morenas, también había unos pocos que solo fornicaban con mujeres y otros pocos que solo fornicaban con hombres.[41] Que Galba, por ejemplo, fuera la imagen especular de Claudio —pues solo le gustaban los «hombres maduros y musculosos»—[42] nunca perjudicó en lo más mínimo su estatus como modelo de rectitud marcial. Como soldado veterano que era, sabía perfectamente lo que era tomar el control, empujar con fuerza y dominar.

Y esa era, huelga decir, la responsabilidad de todo ciudadano que quisiera acostarse con alguien. Nada resultaba más escandaloso para la sensibilidad de un romano que un hombre que, como Hostio Cuadra célebremente había hecho, se sometiera por placer a que lo penetraran. Los dioses habían dado forma al cuerpo femenino para recibir la penetración como un golpe de espada del pene; pero tampoco el cuerpo masculino carecía de orificios. Si se sometía a otro hombre con la boca o con el ano, un ciudadano incurría en un acto doblemente despreciable. No solo porque interpretara el papel de una mujer (aunque eso era, por supuesto, algo totalmente reprochable de por sí); sino porque también interpretaba, al hacerlo, el papel de un esclavo. Del mismo modo que condenar una violación sufrida en primera persona como un crimen monstruoso era únicamente un privilegio del que gozaban los nacidos libres, también era deber de un esclavo atender a todos los deseos sexuales concebibles de su amo. Para algunos, de hecho, esa era su principal responsabilidad. Los chicos guapos, de pelo largo, bien afeitados y con la piel reluciente por los aceites eran accesorios obligatorios en cualquier *soirée* a la moda... sobre todo si eran gemelos. En tiempos de Augusto, un senador se había dejado de sutilezas y había hecho que sus camareras sirvieran completamente desnudas. Todo esclavo sabía, por supuesto, que la amenaza de la violación, como la del castigo corporal, podía materializarse en cualquier momento.

Esto no conllevaba necesariamente que un amo fuera incapaz de mostrar ternura: Lucio Vitelio, por ejemplo, acabó tan encariñado con una de sus jóvenes esclavas que no solo le dio la libertad, sino que mezclaba su saliva con miel y la usaba como medicina para su garganta. Sin embargo, estos casos eran la excepción que confirmaba la regla. En general, el derecho de un amo a imponer sus apetitos sexuales a un esclavo, del mismo modo que se sonaba la nariz o utilizaba una letrina, se daba por supuesto. Era uno de los gajes de ser propietario, lisa y llanamente. «A un esclavo no se le permite tener vergüenza».[43]

Lamentablemente, la libertad, en una ciudad en la que se había sometido al potro y al látigo incluso a senadores, ya no era todo lo que en su día había sido. Las implicaciones, incluso para los más poderosos, eran extremadamente inquietantes. En el año 47 d. C., un año antes de que Calpurnia visitara a Claudio en Ostia, uno de los personajes más carismáticos y extravagantes del Senado había sido destruido. Valerio

Asiático, acusado de haber cometido una serie de crímenes, había sido arrestado en Bayas y llevado a Roma preso con grillos. El fiscal que lo había acusado era un antiguo socio de Germánico, un hombre tan oportunista como carente de remordimientos llamado Publio Suilio Rufo. Una vez se le ofrecía la víctima, su talento consistía en hincar en ella profundamente sus colmillos. Y, desde luego, eso fue precisamente lo que hizo en el juicio privado al que asistieron tanto Claudio como Lucio Vitelio. Como guinda a los diversos cargos, Suilio acusó también a Asiático, por si fuera poco, de la perversión más grave: de ser «blando y sumiso, como una mujer».[44] El prisionero, que se había mantenido en silencio hasta entonces, no pudo seguir callado ante este insulto. «Pregunta a tus hijos, Suilio», gritó. «Ellos te confirmarán que soy un hombre». Estas eran palabras jactanciosas y agresivas, pero también algo más. El insulto a Suilio, padre de dos hijos que Asiático había usado como mujeres, era también una crítica a un sistema que estaba tan podrido que había concedido poder a un hombre como aquel. Luego, una vez Asiático fue sentenciado a muerte —aunque se le permitió, por recomendación de Lucio Vitelio, escoger cómo morir—, manifestó de forma más explícita su desprecio por el régimen de Claudio. Preferiría, dijo, haber muerto a manos de Tiberio o de Calígula que con la aprobación del elocuente Vitelio, cuya boca olía rancio por su adicción a lamer genitales. Y a continuación, después de asegurarse de que las llamas de su pira no dañaran los árboles de su amado jardín, Asiático se abrió las venas.

En última instancia, los únicos medios que le quedaron para mantener su dignidad como ciudadano fueron la afirmación de su masculinidad y el suicidio. Era evidente que Claudio, paranoico e inseguro, había temido dejarlo con vida, sin embargo, había algo más. Los senadores, convencidos como estaban de que el emperador era un deficiente mental, vieron en el fin de Asiático la confirmación de sus peores temores: que Claudio era un payaso crédulo dominado por pervertidos o, todavía peor: «Él, de forma más visible que ninguno de sus colegas, estaba gobernado por esclavos... y por mujeres».[45] Ciertamente, a la hora de identificar a la persona que, en último término, había sido responsable de la caída de Asiático, hubo un consenso generalizado. Mesalina envidiaba sus jardines y había querido quedárselos. Peor todavía: Asiático había muerto para satisfacer la pasión de esa mujer por

Mnéster, antiguo amante de Calígula y el actor más famoso de Roma, de quien se rumoreaba que había tenido aventuras tanto con la propia Mesalina como con una bella dama de la alta nobleza llamada Popea Sabina. El juicio contra Asiático permitió matar dos pájaros de un tiro, pues entre los cargos presentados contra él se contaba el de adulterio con Popea. Mesalina, lejos de mantenerse en un discreto segundo plano, había estado presente en el juicio secreto y había desplegado a sus agentes, apenas Asiático estaba siendo condenado, para amedrentar a su rival y obligarla a suicidarse. En suma, no podía haber nada más humillante ni grotescamente sórdido. Se había sacrificado a uno de los senadores más importantes de Roma, a un hombre que había aspirado a gobernar el mundo, en el altar de los celos de una mujer.

«Qué vergonzoso es someterse a una joven».[46] Los moralistas romanos siempre habían coincidido con la máxima de Ovidio. Fuera en el campo de batalla o en el dormitorio, los dioses habían querido tan claramente que los hombres empuñaran el látigo que muy pocos osaban cuestionarlo. «¡Desde luego, sería un Estado infeliz aquel que viera a las mujeres usurpar las prerrogativas masculinas, ya sea en el Senado, en el ejército o en las magistraturas!»[47] La idea misma resultaba ciertamente inverosímil. Sin embargo, en una ciudad en la que una riña entre dos mujeres por el amor de un actor parecía haber destruido a un hombre que había sido dos veces cónsul, claramente algo iba muy mal. Que mujeres ricas y de buen linaje explotaran su influencia para ayudar a sus hombres era una cosa; que se jactaran públicamente de ello, otra muy distinta. Por muchos rumores que corrieran sobre Livia, ella siempre se había esforzado, antes de ascender a los cielos para ocupar su lugar junto a Augusto en su divino trono, por operar en la sombra. Desde luego, jamás se le habría ocurrido tomar por tonto a su marido. Sin embargo, era eso precisamente —si se daba crédito a los cada vez más persistentes rumores al respecto— lo que Mesalina estaba haciendo. Unos pocos días después del suicidio de Popea Sabina, Claudio había invitado al marido de esta a cenar y le había preguntado dónde estaba su esposa. Cuando le dijeron que estaba muerta, se mostró simplemente perplejo. A aquellos que despreciaban al emperador les parecía que Mesalina hacía con él lo que quería. Crédulo y enamorado, había dejado a merced de su esposa a los grandes y poderosos. Cónsules, un prefecto del pretorio, la nieta

de Tiberio: todos ellos habían sido eliminados a resultas de sus maniobras. Los que apreciaban su vida no dudaban en arrastrarse ante ella. Lucio Vitelio, el veterano chaquetero, incluso le había rogado permiso para quitarle los zapatos, «y una vez le hubo quitado la zapatilla derecha, la deslizó entre su toga y túnica y la llevó con él desde entonces, sacándola para besarla a menudo».[48] No solo era un acto degradante, sino que era castrante en extremo.

Y, a decir verdad, quizá por esa misma razón también era un poco erótico. De haber vivido para ver al antiguo gobernador de Siria lanzar una lluvia de besos sobre la zapatilla de una mujer, Ovidio no se habría sorprendido demasiado. Siempre había disfrutado explorando las paradojas sobre las que se sustentaba la decencia.

Y no consideres indigno de ti (aunque lo sea, te gustará)
sostenerle el espejo con tu mano de hombre libre.[49]

Y lo mismo que sucedía con el adulterio pasaba con la inversión de roles: cuanto mayor era el tabú, más emocionante era quebrarlo. La presión sobre el varón para que tomara siempre la iniciativa, para que siempre exigiera sumisión, privaba a los hombres de experimentar dimensiones enteras del placer. Que la responsabilidad de una matrona respetable, mientras un hombre la penetraba, fuera estar tendida pasivamente y dejar la acción para su compañero era algo que los moralistas daban por sentado; pero eso no impedía que algunas mujeres, muy osadas, intentaran animar las cosas durante el sexo atreviéndose a moverse, casi como si ellas fueran el varón. En efecto, era escandaloso y, desde luego, también una amenaza para la masculinidad de cualquier ciudadano respetable; pero había innegables compensaciones para el hombre cuya compañera acoplaba la cadera a su cuerpo al ritmo de sus empellones, movía su trasero con energía o chupaba y mamaba su pene. Que una mujer fuera tan sexualmente agresiva como para adoptar el rol del varón era, desde luego, para cualquier ciudadano decente, una posibilidad de lo más inquietante. Una mujer del tipo que se suponía que era Mesalina, con una ambición depredadora y una sed de sangre demoníaca, era una figura propensa a desatar no solo miedos, sino también fantasías. Joven, bella y peligrosa, era la misma materia de la que está hecha la pornografía.

Siempre ha habido algo peculiarmente delicioso en concebir la casa de César como un burdel. Tiberio, durante su retiro en Capri, y Calígula, en el propio Palatino, ya la habían llevado por caminos bastante procaces; pero, como siempre sucedía en una ciudad tan obsesionada con los rumores como Roma, los cotilleos fueron todavía más allá. La continua promoción de la familia Augusta como la encarnación de los valores tradicionales tenía como su reverso el tipo de historias que circulaban sobre la hija de Augusto: sobre cómo, «cansada del adulterio, se había pasado a la prostitución»[50] y había terminado vendiendo sus favores desde la *Rostra*. El pueblo, sin embargo, había amado a Julia, y por ello las historias que se contaban de ella, por muy escandalosas que fueran, se narraban con afecto. Mesalina, vengativa y homicida, parecía una figura mucho más aterradora. Se decía entre susurros que su clítoris era de un tamaño monstruoso y parecía «una tremenda erección».[51] Se rumoreaba que trabajaba en un burdel de mala muerte con el cabello oculto bajo una peluca rubia y los pezones pintados de dorado; que celebraba fiestas en el Palatino en las que los maridos de mujeres importantes miraban mientras ellas les ponían los cuernos; que había desafiado a una de las prostitutas más experimentadas de Roma a un maratón de sexo durante todo un día y había ganado. Tales historias, aunque originalmente surgían de la rapidez con la que Mesalina descubría a sus enemigos y los destruía, servían para definirla como lo contrario a una mujer calculadora. A pesar de ser, en términos de su talento para eliminar a sus enemigos, mucho más parecida a Sejano que a Julia, el pueblo romano acabó viéndola como una criatura de una especie muy distinta: un ser carnívoro, irresponsable e imprudente.

Y eso la hizo vulnerable. Cuando Calpurnia y su compañera concubina llegaron a Ostia y se presentaron ante su señor, el papel que representaron fue muy parecido al que Palante había interpretado en la caída de Sejano al llevar la carta de Antonia a Capri. Como Tiberio, Claudio se había dado por satisfecho dejando que otra hiciera su trabajo sucio y sancionando las maniobras de su mujer contra hombres como Asiático, mientras él se amparaba en su reputación de despistado. Sin embargo, los paralelismos no se detenían ahí. Al igual que Tiberio se había dado cuenta al leer la carta de Antonia, con profunda conmoción, de que una compañera en la que siempre había confiado podía estar amenazando su vida, también Claudio sufrió en ese momento un similar ata-

que de vértigo. La traición de Mesalina, según informó Calpurnia, era pública y notoria. Por increíble que fuera, había tomado como amante al hombre más atractivo de Roma, Cayo Silio, que había sido designado cónsul y había tenido la desfachatez de obligarlo a divorciarse y casarse con él. «El pueblo, el Senado, los pretorianos... ¡todos fueron testigos del matrimonio!»[52] Claudio, cuya reacción instintiva cuando lo tomaban por sorpresa era entrar en pánico, se derrumbó. Ya era lo bastante horrible que Mesalina hubiera puesto en duda su masculinidad, su capacidad para mantener el orden en su propia casa y, por extensión, su competencia como emperador, pero es que la situación era mucho peor. Al casarse con Silio y permitir así que tomara posesión de algo que pertenecía al césar, su conducta cobraba el cariz de un golpe de Estado. «¿Todavía estoy en el poder?», se lamentaba patéticamente Claudio, «¿O lo ha usurpado Silio ya?»[53]

Sus dos asesores senatoriales de más confianza, Vitelio y Cecina Largo, lo metieron como pudieron en un carruaje, donde el emperador permaneció en estado de *shock* durante el apresurado trayecto de regreso a Roma. Cuando Mesalina salió a caballo a su encuentro e intentó en vano forzar una entrevista, Claudio permaneció sentado en silencio; ni siquiera la aparición en la cuneta de sus dos hijos —Británico, de diecisiete años, y su hermana mayor, Octavia— hizo mella en su pétrea expresión. Incluso al llegar al campamento de los pretorianos y dirigirse a los soldados reunidos allí, apenas consiguió articular palabra alguna. «Por muy justificado que estuviera su ultraje, le cohibía la vergüenza».[54]

Sus actos, no obstante, decían mucho. La decisión de Claudio de refugiarse en el campamento pretoriano demostraba tanto lo alarmado que estaba como su determinación de aplastar cualquier atisbo de sedición. Ya se había arrestado a Silio y a algunos de sus asociados patricios. Estos fueron llevados ante los pretorianos y ejecutados con rápida eficiencia. También Mnéster, pese a sus histriónicas súplicas, fue decapitado: a pesar de que el primer impulso de Claudio había sido perdonarlo, claramente no se podía plantear salvar a un mero actor cuando tantos senadores y caballeros habían sido ajusticiados. Se concedieron muy pocos indultos. Por ejemplo, cuando un hijo de Suilio Rufo, que confirmó la veracidad de las acusaciones de Valerio, declaró que era imposible que él hubiera cometido adulterio con Mesalina porque, siempre

que se acostaba con alguien, tenía la costumbre de «adoptar el papel de una mujer»,[55] fue enviado de vuelta a casa con desprecio. Fuera de estas contadas excepciones, el baño de sangre fue absoluto. Puede que Claudio tuviera tendencia al pánico y también que, en circunstancias normales, fuera reticente a recurrir a la represión; pero uno podía estar seguro de que, si se enfrentaba a una crisis, era de los que no tomaban prisioneros.

Mientras tanto, solo su esposa seguía en libertad. Nerviosa y desesperada, Mesalina se había refugiado en los jardines que había hurtado a Asiático hacía tan solo un año. Allí sollozaba entre los parterres vigilada por su madre, Domicia Lépida, que intentaba consolar a su hija según la más noble tradición de la maternidad romana: apremiándola a que se preparase para morir con honor. Al final, sin embargo, el miedo se impuso al coraje. Cuando un pelotón de soldados llegó a los jardines, Mesalina no consiguió reunir el valor necesario para abrirse la garganta y tuvo que ser un soldado quien la atravesara con su espada. Luego, los pretorianos arrojaron su cuerpo a los pies de su madre. Mesalina dejó como legado no solo un nombre que serviría durante mucho tiempo a los romanos como sinónimo de ninfomanía, sino también un palpable sentimiento de perplejidad. A muchos les pareció que había algo en todo este episodio que no encajaba. Cuando los romanos se preguntaban qué podría haber impulsado a Mesalina, en una ciudad tan adicta a los cotilleos como Roma, a creer que podría casarse con Silio sin que se enterara Claudio, la mayoría se encogían de hombros y confesaban estar desconcertados. ¿Realmente la había arrastrado a su fin la pura lascivia? ¿O había tenido razón Claudio al sospechar que se estaba organizando un golpe de Estado? Pero, si de verdad había existido un complot, ¿qué podía haber impulsado a Mesalina a jugarse de aquella manera el futuro de sus hijos en una conspiración tan evidentemente inepta y mal pensada? Nada de lo sucedido tenía sentido.

Esa era una frustración habitual, claro. Los secretos de la casa de César eran siempre impenetrables para los extraños. La debilidad de la posición de Claudio, que lo obligaba a apoyarse tanto en libertos como en senadores, había empeorado la situación. Los conflictos que tenían lugar en el Palatino, donde las facciones rivales se enfrentaban en luchas subterráneas por aumentar su influencia, rara vez perturbaban la superficie. Se rumoreaba que la propia Mesalina, lejos de mantenerse al margen

de las luchas por el poder de los libertos de su marido, se había acostado con uno de ellos y, luego, cuando ya no le era útil, había ordenado su ejecución. Fuera cierto o no, lo que es bien seguro es que, en el momento de su caída, contaba entre sus enemigos a Narciso, Calisto y Palante, y que en su desgracia se apreciaban por todas partes las huellas de la intervención de Narciso. Había sido él quien había enviado a las dos concubinas a ver a su señor a Ostia; él había sido también quien había asegurado a Claudio la veracidad de lo que decían; y él quien había echado a gritos a Mesalina cuando esta había intentado hablar con su marido. Y, más asombroso todavía, mientras duró la crisis consiguió incluso hacerse con el mando de los pretorianos, asegurándose así que las ejecuciones se hicieran siguiendo sus órdenes. Para cuando terminó la masacre y se fregó la sangre derramada, todo el que hubiera podido contradecir la historia del matrimonio de Mesalina con Silio había sido silenciado para siempre.

Si tuvo lugar o no realmente ese enlace, o si Mesalina fue víctima de una mentira sutilmente fabricada, no lo sabremos nunca. Se arrancaron sus estatuas de los pedestales y se borró su nombre de todas las inscripciones. Narciso, mientras tanto, obligado desde hacía mucho por su condición de liberto a operar sin reconocimiento oficial, recibió en este momento de su señor una muestra de lo que significaba estar, aunque fuera durante poco tiempo, en el centro del escenario. Por un decreto formal del Senado y como agradecimiento a sus actos en defensa del Estado romano se le concedió una magistratura honoraria. Era una muestra de favor sin precedentes del emperador hacia un antiguo esclavo. Desde luego, eran tiempos de clamar *Io Saturnalia*.

Sin embargo, la naturaleza de la casa de César hacía que sus rivalidades internas fueran como una hidra. Si se cortaba una cabeza, otra emergía rápidamente. El éxito de Narciso al deshacerse de Mesalina y el predominio que tal hecho le granjeó en la trastienda del Palatino perturbó el equilibrio de poderes tradicional entre los tres libertos de confianza de Claudio. Calisto y Palante seguían viendo con la misma claridad de siempre cómo operaba la corte de su señor. De hecho, cuando Calisto murió poco después de la gran defenestración del año 48, su propio fallecimiento constituyó la prueba definitiva de su influencia, pues fue uno de los pocos hombres en el corazón del poder que tuvo una muerte natural. A pesar de que a corto plazo no tenía más opción que aceptar la preeminencia de Narciso, tampoco Palante tenía

la más mínima intención de aceptarla de forma permanente. Conocía bien a su señor. Apreciaba la escala de la humillación que había sufrido Claudio más claramente todavía que su rival y era consciente de las inseguridades del emperador que, de forma inevitable, aquella experiencia había contribuido a despertar de nuevo. Mesalina había sido madre además de esposa, y su caída había perjudicado decisivamente las expectativas de sus hijos. Después del escándalo que había padecido su familia, ¿cómo iba Claudio a promoverla como un modelo de virtud romana? Tal y como estaban las cosas, su tarea se había vuelto imposible; y mientras no cambiaran, era inevitable que sintiera que su legitimidad como gobernante del mundo estaba en cuestión. El viejo problema de que Claudio no podía esgrimir que por sus venas corriera más sangre de Augusto que por la de otros senadores volvió abruptamente a estar en boca de todos. No obstante, había una clara solución a mano. Palante, con una visión de futuro más clara que la de Narciso, sabía que su señor no tendría más alternativa que adoptarla.[56]

Durante los años de la primacía de Mesalina, Agripina había bajado la cabeza e intentado pasar desapercibida. Por las venas de su hijo no solo corría la sangre de Germánico, sino también la de Augusto; y, además, ella misma era célebre por su belleza. El destino que había corrido su hermana pequeña, exiliada y eliminada tras despertar los celos de Mesalina, había servido a Agripina de lección; por ello, en lugar de enzarzarse en las intrigas de la corte, había dedicado todas sus energías a mejorar el estado de sus finanzas. En este sentido, ayudó mucho que contrajera matrimonio con un senador increíblemente rico, que había muerto poco después. Claudio, en su frenesí por hallar un modo de dar brillo a su legitimidad tras la calamidad de la caída de Mesalina, no tuvo que mirar muy lejos. No podía negarse que era un problema que Agripina fuera su sobrina: los romanos despreciaban tanto el incesto que, junto con la traición, lo consideraban uno de los dos únicos crímenes en los que eran admisibles las pruebas obtenidas torturando a esclavos. Sin embargo, lejos de tratar de ocultarlo o de hacer que Agripina fuera adoptada primero por otra familia, como podría haber hecho en otras circunstancias, Claudio se vio obligado a anunciar a bombo y platillo que se casaba con «su hija y su pupila, nacida y educada en su regazo»,[57] pues era precisamente el pedigrí de su sobrina lo que la hacía tan valiosa. Fue Vitelio, sutil, como siempre, quien se encargó de disponerlo todo. Ante el Senado, se desenvolvió con

su astucia habitual. Después de elogiar a Claudio como un modelo de decencia, con una cara que no dejó entrever el menor rastro de ironía, apremió a los senadores a cambiar la ley que prohibía a un tío casarse con su sobrina por el bien del propio césar, de Roma y del mundo. «Pues era cosa digna de gran ponderación que se hallase, por la providencia de los dioses, viuda para poder desposarse con un príncipe que no había admitido jamás otro amor en su cama que el de su propia esposa».[58] Los senadores rompieron a aplaudir; fuera, en el Foro, una multitud cuidadosamente seleccionada se les sumó y lanzó vítores entusiastas. El Senado y el pueblo de Roma unidos. ¿Cómo iba a negarse Claudio a lo que conjuntamente le pedían?

Desde luego, muchos, lejos de los diversos espectáculos de entusiasmo que se organizaron desde el aparato del Estado, se mostraron horrorizados ante lo que les parecía un juego de manos jurídico y temían que nada bueno surgiera de «una unión tan deplorable e ilegal».[59] La propia Agripina, sin embargo, no se contaba entre ellos. El matrimonio con el envejecido y baboso Claudio, por poco satisfactorio que fuera a nivel físico, era un regreso tan triunfal al centro del poder como catastrófica había sido su anterior expulsión de él. Naturalmente, una mujer capaz de prostituirse a sí misma con su tío no podía esperar salvarse de las burlas del pueblo romano. Aun así, los insultos de la plebe estaban atenuados por el respeto que, a regañadientes, sentían hacia ella. A diferencia de la anterior esposa del emperador, Agripina no era una ninfómana diagnosticada. «En sus asuntos privados siempre fue muy honesta, excepto cuando le convenía para mandar».[60] Igual que se decía que Augusto solo había cometido adulterio en una ocasión para espiar al marido de una mujer, también las infidelidades de Agripina se atribuyeron a su implacable determinación de alcanzar la cima del poder. Esta ambición, por horrenda y antinatural que fuera en una mujer, la señalaba indiscutiblemente como un peso pesado dentro del panorama político. «En lo público se mostraba severa, y muchas veces soberbia, y se hacía servir y obedecer como si fuera un varón».[61]

El presentimiento de que el mundo había sido entregado al gobierno de un ama imperiosa y decidida se vio reforzado al año siguiente. Pocos dudaban de la intensidad de las esperanzas de Agripina para su hijo así que, desde luego, no fue una gran sorpresa cuando, en el año 50 d. C., Domicio, que tenía entonces trece años, fue formalmente

adoptado por su padrastro como miembro de la *gens* Claudia. Dejó de llamarse Lucio Domicio Enobarbo y a partir de entonces pudo jactarse del mucho más impresionante nombre de Nerón Claudio César Druso Germánico. Retratos del joven Nerón, con el rostro redondo y todavía restos de grasa infantil, empezaron a proliferar de inmediato. Pero, en realidad, era el brillo de su madre el que inundaba el mundo. Su marido le concedió honores que ni siquiera Livia había recibido de su esposo. Por primera vez, un emperador permitió que su esposa luciera el asombroso título de «Augusta» con él en vida; que apareciera en las esculturas luciendo la diadema en forma de media luna de una diosa y que su semblante se acuñara en las monedas. Estas, antes de la caída de Mesalina, habían lucido en su reverso imágenes diseñadas para proclamar los muchos logros de Claudio; pero a partir de este momento no sería así. Donde antes había habido soldados, arcos triunfales y eslóganes ególatras, ahora únicamente relucían las cabezas de Agripina y Nerón. La descomunal magnitud de la crisis no admitía medidas de menor calado. Bajo ningún concepto podía permitirse que la profunda herida que había sufrido la familia Augusta se infectara. Su futuro debía parecer, a toda costa, estable y seguro.

Naturalmente, aquellos predispuestos a considerar a Claudio poco más que un bobo influenciable, una mera marioneta en manos de mujeres y esclavos, vieron motivos para redoblar su desprecio hacia él. El propio emperador, como había hecho durante toda su vida, los ignoró. En su opinión, lo que estaba en juego no era solo su propia supervivencia, sino la seguridad del pueblo romano a largo plazo. Claudio era consciente desde hacía mucho tiempo de las terribles consecuencias de la guerra civil. Cuando era todavía joven, se había embarcado en la escritura de la historia del ascenso de Augusto al poder, pero la había abandonado después de que Livia y su madre lo regañaran por ello. «Nadie», le habían dicho, «podrá nunca ofrecer una crónica precisa ni sincera de lo que sucedió en realidad».[62] Décadas después, todavía preocupaba a Claudio lo que podría pasar si cometía un error, si destruía el legado de paz que se había prolongado durante décadas. Buen conocedor de la historia de la República en sus días de mayor vigor y austeridad, comprendía que el ideal de la ciudadanía en ocasiones exigía sacrificios. Con Mesalina relegada al olvido y Británico todavía un niño de nueve años, no podía confiar en que su hijo

tomara el timón del mundo. Claudio era viejo y su salud no era buena. También era peligroso dejar a Nerón sin supervisión sin haberle enseñado todavía lo necesario para gobernar Roma. Ciertamente, ese invierno, se vieron por todas partes recordatorios de lo fino que era el hilo del que pendía la fortuna del césar. Se habían avistado sobre el Capitolio unos pájaros ominosos. Terremotos habían sacudido la ciudad. Mientras tanto, en los almacenes que recorrían la orilla del Tíber, las reservas de grano estaban muy bajas. El populacho, hambriento, había acorralado a Claudio en una esquina del Foro y lo habría hecho pedazos de no haber sido rescatado por un destacamento de tropas. Fue un aviso a navegantes. El amor del pueblo y el acero de los pretorianos: esas eran las dos cosas que un emperador debía tener siempre de su parte, a toda costa.

En consecuencia, Claudio se dispuso en cuanto pudo a asegurar ambas para su aparente heredero. La oportunidad perfecta no tardó en llegar. En el decimoquinto cumpleaños de Nerón, un año antes de lo previsto, se le permitió celebrar su mayoría de edad. En primer lugar, el joven realizó grandes donativos tanto al pueblo como al pretorio, y luego desfiló por las calles al frente de los pretorianos. Poco después, por si acaso, pronunció su primer discurso en el Senado. Mientras Nerón lucía espléndido con su nueva toga viril o presidía los espectáculos en el circo ataviado con toda la regalía triunfal de un emperador, Británico deambulaba todavía vestido con la característica toga a rayas de un niño. Cuando finalmente intentó combatir el pavoneo de su hermanastro llamándolo «Domicio», Agripina acudió directamente a Claudio e hizo que sustituyeran a todos los maestros del niño por otros nombrados por ella. El principal tutor de Británico fue ejecutado, acusado de conspirar contra Nerón. A la Augusta se le daba bien ejecutar maniobras de este tipo. No le gustaba que hubiera nadie en una posición de poder a menos que ella lo hubiera puesto allí. Como consecuencia, poco después de su matrimonio con Claudio, lo convenció de nombrar para el mando de los pretorianos a un hombre cuyo historial de servicios a la familia era tan impecable como flagrante era su carencia de linaje. Que Sexto Afranio Burro era un oficial distinguido, como corroboraba su mano mutilada, no alteraba el hecho de que era un hombre irremediablemente provinciano, quien, como tal, «no ignoraba a instancia de quién había alcanzado aquel puesto».[63]

Bajo la superficie, las aguas de la casa de César albergaban monstruos de las profundidades que se alimentaban de aquellos más débiles que ellos mismos y que, sin embargo, siempre estaban hambrientos. Agripina había demostrado ser un depredador tan temible como el que más. «No son las armas la mejor salvaguarda del poder, sino la habilidad de conceder favores».[64] Eso había observado Séneca, con la perspectiva que aportaba la distancia, desde su exilio en Córcega. Agripina, en una demostración de que esa observación era cierta, había ordenado, tras su matrimonio con Claudio, que lo llamaran de vuelta a la capital. Su hijo necesitaba un tutor, y ¿quién mejor que el intelectual más destacado de Roma? Séneca, naturalmente, aceptó el reto. La oportunidad de educar a un futuro gobernante del mundo, como Aristóteles había enseñado a Alejandro Magno, era el sueño de cualquier filósofo. Tampoco se trataba de que Agripina quisiera que a su hijo le enseñaran algo tan poco práctico como la filosofía: le interesaba mucho más el talento de Séneca para pronunciar un discurso. Y, desde luego, cuando Nerón se levantó en el Senado para hablar, se hizo evidente que su tutor había hecho bien su trabajo. Ni los senadores a los que habían salido arrugas y pelo blanco al servicio de Roma detectaron el menor atisbo de nerviosismo en el joven de dieciséis años mientras les ofrecía su opinión sobre los asuntos internacionales. A diferencia del propio Claudio, parecía haber nacido para ocupar el puesto. Elocuente, apuesto e intimidantemente vanidoso, Nerón no podía evitar presentar un enorme contraste con el anciano emperador. Su propia juventud, que inevitablemente perturbaba a un Senado en el que todavía no habían cicatrizado las heridas abiertas por Calígula, parecía transformarse casi en una fuente de energía.

Nerón no era el único a punto de llegar a la mayoría de edad. En el año 53 d. C., en lo que pareció una confirmación de su estatus como heredero predilecto, se casó con Octavia, la hija que Claudio había tenido con Mesalina. Ese matrimonio, sin embargo, transmitía un segundo mensaje. Británico era solo un año menor que su hermana, y el enlace sirvió para recordar al pueblo romano que también él estaba a punto de dejar atrás los juegos de la infancia. Ya fuera en el Senado, en el campamento pretoriano o en los bares y mercados de la ciudad, el hijo de Claudio todavía tenía seguidores. Y también en la casa de César. Palante, cuyo apoyo a Agripina desde el principio había sido recompensado con honores públicos que hacían palidecer incluso a los que había

recibido Narciso, todavía no había establecido una supremacía total. Al tomar a Británico bajo su cuidado, Narciso lo abrazó y urgió al niño a crecer rápido. También Claudio, abrazando a su hijo, le prometió que recibiría de él «la explicación de todos sus actos»[65] cuando creciera. Hacia el 54 d. C., cuando Británico cumplió catorce años, ese momento se acercaba. Nerón había lucido la toga viril que lo señalaba como un hombre cuando solo tenía quince años: ¿por qué no iba a hacerlo también el hermano pequeño? Claudio empezó a hablar abiertamente de la ilusión que le hacía la ceremonia. Un año más y doblaría el número de candidatos a sucederlo. Y entonces, por supuesto, el futuro de Nerón no parecería tan seguro.

Desde luego era difícil dudar de que se avecinaba algún trastorno grave. Del cielo llovía sangre, las águilas pretorianas eran golpeadas por rayos y nació un cerdo con garras de águila. Mientras tanto, en los tribunales, la abuela de Británico, Domicia Lépida, era juzgada por una serie de crímenes capitales. Pocos dudaban quién estaba detrás de la acusación, pues uno de los cargos era el uso de brujería contra la esposa del emperador. Se dice que, siguiendo las instrucciones de su madre, Nerón apareció como testigo de la acusación. Domicia Lépida, como no podía ser de otro modo, fue condenada a muerte. Luego, en octubre, el más formidable de los adversarios de Agripina se marchó de Roma. Narciso, como correspondía al hombre inmensamente rico en que se había convertido, sufría de gota; y para esa dolencia no había mejor remedio que bañarse en las aguas de Campania. Como es natural, no tenía la menor intención de arriesgarse a estar mucho tiempo de vacaciones. No podía permitirse mantenerse alejado de la capital durante un período largo. Pero ¿qué podía pasar durante una corta escapada?

La respuesta llegó el 13 de octubre, solo tres meses antes de que Británico alcanzara la mayoría de edad. Según se dice, Claudio enfermó de gravedad. Se convocó al Senado. Los cónsules y los sacerdotes ofrecieron plegarias por la recuperación del césar. Mientras tanto, en el Palatino, todas las puertas permanecieron cerradas, con pelotones de soldados bloqueando los diversos accesos. Aun así, quedaba cierto margen para el optimismo. Durante toda la mañana se publicaron informes tranquilizadores y se vio a varios actores cómicos entrar en la casa del emperador, pues se decía que Claudio había pedido que lo entretuviesen desde su lecho de enfermo. Luego, a mediodía, se abrie-

ron abruptamente las puertas de par en par. De ellas emergió Nerón, acompañado por Burro, el nuevo prefecto de los pretorianos. Los hombres que montaban guardia prorrumpieron en vítores; Nerón se subió a una litera y, con una escolta de soldados, fue conducido directamente al campamento de los pretorianos. Allí, anunció a los presentes que Claudio había muerto y, acto seguido, les ofreció un donativo asombrosamente generoso. Después, acudió al Senado. Sus miembros sabían perfectamente qué se esperaba de ellos. Por aclamación unánime, se concedieron a Nerón todos los diversos poderes y honores que había poseído su antecesor. El joven nuevo césar, de solo diecisiete años, únicamente renunció por modestia a uno de ellos: el de «padre de la patria». Rollizo, de mejillas suaves y con labios rosados como los de una chica, Nerón sabía muy bien que al rechazar ese título se ahorraba burlas innecesarias. A continuación, consiguió para su padre adoptivo honores divinos, asegurándose con ello un último y definitivo título: «hijo de un dios».

¿Y Claudio? ¿Qué le hizo partir tan súbitamente del Palatino al trono de oro de los inmortales? Roma había sufrido una epidemia de fiebre ese año, y Claudio, que tenía mala salud desde la infancia, tenía por aquel entonces sesenta y tres años: desde luego, es plausible que muriera por causas naturales. Sin embargo, en una ciudad tan alerta siempre a los más nimios rumores de criminalidad, era inevitable que las circunstancias de su muerte hicieran que muchos recelaran. Cuando Nerón, en una réplica espontánea, declaro que «las setas deben ser la comida de los dioses, pues es por medio de una seta como Claudio ha convertido en un dios», [66] a muchos les pareció que lanzaba una indirecta sobre lo que había sucedido realmente. Circularon varias versiones del asesinato: que Agripina había encargado a un famoso envenenador que emponzoñara un plato de setas; que se había encargado de hacerlo la propia Agripina; que había convencido al médico de su marido para que le introdujera una pluma empapada en veneno en la garganta. Nadie sabía a ciencia cierta qué había sucedido, pero todo el mundo sospechaba lo peor.

En cuanto a Nerón, fuera cierto o no que su madre había jugado sucio para favorecerlo, sabía lo mucho que le debía. Esa noche, cuando le pidieron por primera vez que, como césar, diera a los pretorianos el santo y seña, no dudó. La frase que escogió fue un reconocimiento sin ambages de esa deuda: «A la mejor de las madres».[67]

7

Qué artista

Mamma mia

Ningún otro miembro de la familia de Augusto había oscilado entre la calamidad más desgraciada y el triunfo más extremo como Agripina. De entre los numerosos descendientes de Augusto que habían sido exiliados, era la única que había conseguido regresar a Roma y resurgir de sus cenizas. No olvidaría nunca lo que comportaba el fracaso. Durante más de un año, la isla a la que fue enviada por su rencoroso hermano se había burlado de ella con su desolada parodia de la grandeza. Para la élite romana, no había un símbolo más claro del éxito que una gran casa en cuyos terrenos hubiera agua, y Agripina, durante su exilio, disfrutó de agua en abundancia. Su prisión se podía jactar de muchos elementos que no habrían desentonado en una villa de la bahía de Nápoles: estanques artificiales, marisco fresco y —por supuesto— vistas al mar. Todos estos lujos, sin embargo, solo servían para subrayar su desgraciada situación. El aislamiento y la soledad estropeaban cualquier gozo. El placer no se deriva solo del contexto físico, sino del ambiente que lo rodea. Incluso Bayas, a pesar de su belleza exquisita, no habría sido gran cosa sin el torrente de cotilleos y de música que se entremezclaba siempre con su perfumada brisa.

Tampoco lo habría sido sin sus puertos deportivos. A pesar de que por las rutas marítimas que atravesaban la bahía de Nápoles pasaba un gran número de cargueros con destino a Puteoli y de galeras de guerra de la flota del césar, aquellas aguas no estaban ni mucho menos dedicadas a las exigencias del comercio y la defensa. Navegar frente a los diversos embarcaderos y grutas que adornaban la costa, huyendo del calor estival hacia las frescas y cristalinas aguas de la bahía, era desde

hacía mucho tiempo uno de los pasatiempos favoritos de la élite romana. Calígula, como no podía ser de otra manera, había sido quien había llevado esa costumbre a sus mayores excesos. Mientras sus hermanas se pudrían en sus prisiones insulares, él había recorrido la costa de Campania en unas galeras fabricadas especialmente para la ocasión, que tenían baños, columnas acanaladas y enredaderas. No había en el mundo nada más exclusivo que un palacio flotante. De hecho, tan cercana era la relación en la mente de los superricos de Roma entre el placer y el agua, y entre el lujo y los barcos, que las bahías de Campania casi no tenían espacio suficiente para colmar sus deseos. Cualquier franja de agua tenía el potencial de encandilarlos. Calígula había buscado alternativas para cuando no estaba de humor para desplazarse hasta Bayas. A unos treinta kilómetros al sur de Roma, por ejemplo, entre una cadena de colinas a lo largo de la vía Apia, se encontraba el pacífico lago de Nemi, rodeado por una arboleda. Allí, con la intención de disfrutar de aquel paraje por todo lo alto, el hermano de Agripina había ordenado la construcción de una gigantesca casa flotante.* Huelga decir que no se reparó en gastos. Mosaicos, incrustaciones de mármol, tejas bañadas en oro: la balsa de placer de Calígula tenía de todo. Incluso las cañerías de plomo llevaban su nombre cuidadosamente estampado. Para Agripina, que ya hacía tiempo que había regresado de su exilio, el barco era un permanente recuerdo de todo lo que se le había negado durante el período en que había caído en desgracia. A la Augusta le resultaba inevitable esbozar una sonrisa al pensar que el mismo barco que había encargado construir el hermano que la había encarcelado era ahora propiedad de su hijo.

O quizá no. Por suntuoso que fuera y a pesar del espectacular paraje en el que se encontraba, un lago tan perfectamente circular y de superficie tan calma que se lo conocía como el Espejo de la Luna, para alguien tan alerta a las exigencias del poder como Agripina había algo siniestro

* Por orden de Calígula se construyeron dos barcos en el lago Nemi: el primero parece que fue un palacio flotante; el segundo, un templo flotante. Seguían a flote en tiempos de Nerón, pero fueron enviados al fondo del lago, donde permanecieron durante casi dos mil años. Se recuperaron en 1929 y fueron destruidos en 1944, aunque nunca se ha sabido con seguridad si fue por el fuego de artillería estadounidense, por un incendio provocado por los alemanes o para alimentar los fuegos de la cocina de los refugiados italianos.

en Nemi. Pero no era algo aparente a primera vista. Al igual que la bahía de Nápoles, las laderas que rodeaban el lago eran un monumento a la elegancia suburbana. El propio Julio César había ordenado construir una villa allí; la madre de Augusto procedía de la ciudad más cercana. Sin embargo, igual que en Roma, entre el cemento y el mármol del Palatino, quedaban todavía recuerdos de la distante era de Rómulo, también en Nemi, proyectando una sombra sobre las escenas de lujo, asomaban los espíritus de una antigüedad muy lejana. Eneas no había sido el único héroe que había viajado hasta Italia tras la caída de Troya. En Grecia, Agamenón, el rey que había sido el comandante supremo de los ejércitos que regresaban a casa, había sido asesinado por su esposa, Clitemenestra, y ella, a su vez, por orden de los dioses, había sido asesinada por su hijo, un joven llamado Orestes. Unos temibles demonios conocidos como las Furias, armadas con látigos y antorchas de fuego, lo habían perseguido por haber cometido el monstruoso crimen de matricidio. En el curso de sus viajes, Orestes se había dirigido al oeste y traído consigo una estatua de la gemela de Apolo, la diosa cazadora Diana; y una vez en Nemi, en un bosquecillo con vistas al lago, había creado un templo dedicado a la diosa. Desde entonces, en memoria del fundador del culto, su sacerdote siempre había sido un fugitivo: un esclavo huido que, tras irrumpir en el santuario, había desafiado al sacerdote que tenía el cargo y lo había matado. Una victoria letal, pues todo sacerdote tenía que vivir luego sabiendo que el mismo destino lo esperaba a él, ya que moriría a manos de su sucesor. Durante más de mil años, un asesinato había seguido a otro en un ciclo interminable. Al llegar al santuario y enterarse de que el sacerdote llevaba *in situ* años, Calígula se divirtió patrocinando a un contendiente más joven y fuerte. Sin embargo, la última en reír fue, finalmente, Diana. La casa de César era tan o más letal que el santuario de Nemi. La muerte podía abalanzarse en cualquier momento sobre cualquiera que no se guardase las espaldas. Como el sacerdote de Diana, Calígula había acabado yaciendo sobre un charco de sangre, y Agripina, cuyo retorno del exilio no se habría producido sin esa muerte, no tenía la menor intención de sufrir el mismo destino.

Ciertamente, tenía buenos motivos para pensar en la diosa de Nemi. Ya, durante su matrimonio con Claudio, había buscado expiar la ofensa del incesto patrocinando ritos propiciatorios junto a su marido en el sagrado bosquecillo. Unos meses después, Claudio había he-

cho una dedicación oficial a Diana: una petición para que la diosa los mantuviera a salvo tanto a Agripina como a él, y también a Nerón y a Británico. Pero tal ofrenda no bastó. La diosa abandonó a Claudio. Todavía ardían en el santuario las lámparas que había encargado en Nemi, pero ahora él estaba muerto, y, por todas partes, corría el rumor de que su esposa había sido responsable de su muerte. Fuera cierto o no, Agripina era demasiado inteligente como para confiar su seguridad a unas velas encendidas en honor a Diana. La lección del santuario de Nemi no se le escapaba. La diosa favorecía a los que creaban su propia suerte. Por eso, con el cuerpo de Claudio todavía caliente, Agripina envío un mensaje a sus agentes en Asia ordenándoles que envenenaran al gobernador de la provincia, quien, como su hijo, era tataranieto de Augusto. O eso, al menos, es lo que se supuso en Roma cuando llegaron a la ciudad las noticias de la muerte del desdichado. Esta era una asunción perfectamente razonable. El destino de Narciso, arrestado en Campania mientras trataba de regresar a Roma a toda velocidad, dejó claro a todo el mundo que Agripina estaba despejando el camino. El suicidio de Narciso, el liberto favorito de Claudio, mientras estaba preso selló definitivamente el control del Palatino. Con Palante ahora todavía más firmemente al mando de las finanzas que antes, Burro, al mando de los pretorianos, y Séneca, a su lado para orquestar todo tipo de tratos en el Senado, Agripina podía jactarse de haber situado a hombres afines en todos los puestos clave. Cuando los senadores votaron concederle el puesto de sacerdotisa del deificado Claudio y le asignaron el doble de lictores que Livia había tenido tras convertirse en viuda, aquello fue la guinda a un asombroso cambio de fortuna. «Se atrevió a luchar por el gobierno del sagrado mundo».[1] Nunca antes el pueblo romano había podido decir algo así de una de sus mujeres.

Sin embargo, la posición en la cumbre de Agripina era precaria. Era inevitable que la propia gesta de su ascenso inspirara un amargo recelo en la mayoría de hombres. Los senadores a los que se convocaba al Palatino le guardaban un profundo rencor por lo que presentían que era su amenazadora presencia tras una cortina, desde donde escuchaba hasta la última palabra. A pesar de todo lo que le debía, las pretensiones de Agripina también inquietaban a Séneca. Siendo como era hija de Germánico, no veía ningún motivo para no imponer su autoridad en las fronteras con tanta firmeza como lo hacía en los asuntos domésti-

cos. Ciertamente, tenía estilo a la hora de dejar huella en los asuntos militares. Cuando se había traído a Carataco encadenado ante Claudio, también Agripina había estado presente, sentada al lado de su marido, entronizada entre las águilas, «algo sin precedentes».[2] Su duradero interés por Germania, donde su padre había protagonizado grandes gestas y ella misma había vivido de niña, había hecho que la capital del Rin fuera rebautizada en su honor, de modo que el altar de los ubios se había convertido en Colonia Agrippinensis, la futura Colonia. No obstante, durante los primeros meses del reinado de su hijo, su atención no estuvo puesta en la frontera norte, sino en Armenia, donde los partos pugnaban por sustituir un rey títere de los romanos por otro impuesto por ellos mismos, una crisis cuya resolución Agripina estaba decidida a liderar. Cuando una embajada armenia llegó a Roma, dio por supuesto que tenía que estar sentada junto a su hijo para recibirlos. Séneca, un inveterado civil, pero cuyo temperamento académico y cuyos problemas respiratorios crónicos lo habían llevado a sentir un respeto todavía mayor por las tradiciones marciales del pueblo romano, se horrorizó. Decidido a que, al menos, se respetaran unos mínimos de decencia, instruyó a Nerón para que se levantara de su trono, bajara a recibir a su madre y la condujera a un lado. De ese modo, se evitó el escándalo.

«Fui yo quien te hizo emperador».[3] Eso le recordaba constantemente Agripina a su hijo. Nerón, que acababa de cumplir solo dieciséis años y que había sido educado en el hábito de respetar y obedecer a sus padres como solo podía hacerlo un niño romano, no tenía más alternativa que escuchar. Varias innovaciones proclamaban este orden de las cosas al pueblo romano. En las monedas de Nerón, su perfil y el de Agripina, del mismo tamaño, se mostraban mirando el uno al otro, como si celebraran su alianza; en sus inscripciones, el césar se aseguró de incluir el linaje por parte de su madre además del de su padre. Sin embargo, todo tenía un límite. Al fin y al cabo, el gobernante del mundo era él. No podía permitirse parecer un mandilón sometido a su madre. Sin embargo, Nerón fue lo bastante astuto como para ver que en Séneca tenía a un *consigliere* extraordinario, así que, incluso después de convertirse en césar, siguió siendo el discípulo de su viejo tutor. Le aconsejaron responder a la crisis de Armenia con decisión y mano de hierro, así que envió a un veterano de la frontera germana para que tomara el mando de la situación. Como resultado, los partos se apresuraron a pedir la paz. Mientras tanto, en

Roma, Nerón continuó posando con gran aplomo como el epítome del gobernante benévolo. Rechazó graciosamente una oferta del Senado de erigir estatuas suyas hechas de oro y plata. Declaró que se habían terminado los juicios por traición que tanto habían perjudicado la reputación de Claudio y, lo que es más importante, mantuvo su palabra. En una ocasión, cuando le trajeron una condena a muerte para que la firmara, suspiró y se lamentó con grandes aspavientos de haber aprendido a leer y escribir. «No perdió ocasión alguna para exhibir su liberalidad y su clemencia, e incluso su afabilidad».[4]

La propia naturaleza de las facciones que se agazapaban bajo la superficie de la casa de César las llevaba a buscar constantemente nuevos campos de batalla en los que enfrentarse. Ahora, en su enfrentamiento por promocionar al nuevo emperador, Agripina y Séneca encontraron el escenario perfecto para desplegar su creciente rivalidad. Se ofrecían al mundo dos imágenes muy potentes, aunque contradictorias, de Nerón: una lo presentaba como el diligente hijo de la Augusta, la hija de Germánico, sin la cual no habría sido nada; la otra, como el padre de su pueblo, con una sabiduría muy superior a la de alguien de su edad, «con infinita paciencia en el cuidado de sus hijos».[5] El propio Nerón, como si fuera un maniquí, se vio ataviado con prendas que otros habían elegido por él. No era fácil luchar contra esa indignidad. Agripina tenía aliados por todas partes, y el prestigio de su incomparable linaje era muy valioso para cimentar la legitimidad de Nerón. Mientras tanto, Séneca, un experto sin par en las tradiciones más queridas por la clase dirigente romana, era muy valioso por su habilidad para adaptarlas a las necesidades de su señor. No se podía prescindir de ninguno de los dos, y Nerón, consciente de la debilidad de su propia posición, tuvo el sentido común de no intentarlo. Al menos por el momento.

Cuanto más se cansaba el emperador de su madre y de su tutor, más ansiaba desplegar las alas. No le faltaban oportunidades. Cansado del matrimonio con la hija de Claudio al que lo había obligado Agripina, empezó a buscar una mujer que fuera más de su gusto que la severa y altiva Octavia y la encontró en una liberta llamada Actea. Agripina, como era de esperar, se opuso a tal unión. «¿Tener yo por nuera a una esclava?»[6] La idea era inconcebible. No obstante, en lugar de renunciar a ella, Nerón acudió a su tutor en busca de ayuda, y este pronto dispuso que uno de sus hombres de confianza actuara como intermediario

entre los amantes. Pero también Séneca sus propios problemas en la incansable tarea de promoción de su pupilo como epítome de responsabilidad y decencia. Nerón, aburrido de vivir tratando de estar a la altura de los austeros ideales de su tutor, deseaba desfogarse un poco. A ello lo animaba especialmente un joven libertino llamado Marco Salvio Otón, cuya llamativa extravagancia y afición por enviar arriba y abajo a desventurados vestidos con capas militares lo convertían en un hombre muy del gusto de Nerón. Otón, a diferencia de Séneca, no le recordaba continuamente cuáles eran sus deberes; Otón, a diferencia de Séneca, conocía bien los barrios más sórdidos y depravados de Roma. En las calles de la ciudad, aguardaban a ser descubiertas dimensiones enteras de experiencias y oportunidades que apenas se atisbaban en los libros de filosofía: aquella era una perspectiva embriagadora para cualquier joven que, como Nerón, «amaba lo imposible».[7] Cada vez más, no era Séneca el «confidente de todos los planes y secretos de Nerón»,[8] y mucho menos Agripina, sino compañeros como Otón.

No obstante, en el corazón del régimen del joven césar seguía existiendo la misma latente y ominosa tensión entre las apariencias y la realidad del poder que había existido desde el momento de su accesión al trono. Nerón sabía bien —porque su madre no cesaba de recordárselo— que nunca se habría hecho con el gobierno del mundo de no ser por las maniobras y manipulaciones de Agripina; también sabía muy bien que no era el único candidato a gobernar como césar. Sobre su cabeza siempre pendía, como recordatorio de que no era indispensable, la existencia de Británico. Por si a Nerón le quedaba la menor duda, lo sucedido en un banquete durante las primeras Saturnales de su reinado se lo había dejado claro. El emperador pidió a su hermanastro que cantase, esperando que hiciera el ridículo, pero el joven, sin perder la compostura, entonó un conmovedor lamento por haberse visto desplazado. Agripina, decidida a mantener a su hijo a raya, no dudaba en amenazarlo con las pretensiones de su rival. Cuando Nerón, tomando una decisión muy osada, se atrevió a despedir a Palante de su puesto en el Palatino, su madre montó en cólera por la pérdida de su agente más valioso. «¡Me llevaré a Británico al campamento de los pretorianos! ¡Los soldados escucharán a la hija de Germánico!»[9] Aquello era una amenaza de muerte, y Nerón lo sabía. Como había hecho durante toda su vida, Agripina se lo jugaba todo para ganar, aunque fuera a su propio hijo.

Dolido y humillado, Nerón desfogó su ira de la forma que tenía más a mano: sodomizando repetidamente a su hermanastro. La violación era, por supuesto, la forma más física y brutal que un romano tenía de afirmar su dominio sobre un rival; pero, en el caso de Nerón, era también una expresión de impotencia. Al parecer, su madre había ganado. Cuando, a mediados del año 55, el césar invitó a Agripina a un banquete y se aseguró de que también acudieran Británico y Octavia, nadie tuvo muchas dudas sobre quién empuñaba el látigo en la familia Augusta. Entonces, durante la comida, Británico empezó a ahogarse de repente. Los ojos se le hincharon mientras intentaba, sin éxito, respirar. Los espasmos sacudieron todo su cuerpo. Todos los invitados a su alrededor se levantaron, conmocionados, sin embargo Nerón, que lo contemplaba cómodamente tendido en su triclinio, no pareció preocupado. «Epilepsia», murmuró con frialdad, y luego miró a su madre. Agripina, con expresión impertérrita, hizo un esfuerzo por no delatar el horror que sentía; lo mismo hizo también Octavia. El cadáver de Británico, pintado de blanco para camuflar su horrible descoloración, se sacó del Palatino esa noche.[10] Mientras lo transportaban por el Foro, empezó a llover y el agua disolvió el maquillaje. La tormenta no impidió que se encendiera una pira rápidamente en el Campo de Marte y se incinerara el cuerpo en ella. Los restos fueron enterrados en el mausoleo de Augusto. Con la muerte de Británico terminaba también el linaje de los Claudios, la más formidable de todas las familias romanas. No quedaba nada de ellos, excepto «una pálida sombra y cenizas».[11]

Agripina, que había luchado tan duro para desheredar a Británico, lo lloró ahora con sinceridad. Ya hubiera sucumbido a un ataque de epilepsia, como Nerón insistía en afirmar, o sido víctima de algo mucho más siniestro, la consecuencia era la misma: no había en el Palatino un heredero alternativo. A partir de este momento, sería imposible atar corto a Nerón, cosa que el emperador dejaría pronto muy clara. Con educación pero con firmeza, Agripina fue expulsada de la casa de César y llevada a la vieja villa adjunta, que había sido de su abuela. Se le retiraron los guardaespaldas y su rostro desapareció de las monedas. Ya no acudían peticionarios a sus puertas con la esperanza de conseguir su patronazgo, un claro síntoma de problemas en una ciudad como Roma. Los que olieron primero la sangre comenzaron

a agitarse. Agripina tenía muchos enemigos que ansiaban acabar con ella. Entre ellos destacaba, por supuesto, Domicia, su vieja rival por el afecto de Nerón, cuya hermana, Domicia Lépida, había sido condenada a muerte justo antes de la muerte de Claudio. El rastro de Agripina era especialmente evidente en ese caso en particular; ahora, ansiosa por vengarse, Domicia buscaba pagar a Agripina con la misma moneda. El agente que escogió fue uno de sus libertos, un actor muy admirado por Nerón llamado Paris. Este llegó al Palatino amparado por la oscuridad y, tras ser conducido ante el emperador, acusó de una serie de sensacionales crímenes a Agripina. Afirmó que era la amante del primo de Nerón, un tataranieto de Tiberio llamado Rubelio Plauto. Que pretendía casarse con él. Que planeaba reemplazar a su hijo con su nuevo marido y, luego, gobernar el mundo a su lado. Nerón había bebido mucho, lo que acrecentó su paranoia y facilitó que le entrara el pánico. Se hizo venir inmediatamente a Séneca y a Burro. Séneca llegó primero y Nerón —según una crónica— habló alocadamente de despedir al prefecto por ser una criatura de su madre. Sin embargo, la perspectiva de cómo podrían reaccionar los pretorianos ante una decisión así bastaba para que incluso alguien tan furioso y embriagado por la bebida como Nerón recuperara la sobriedad. Para cuando Burro llegó al Palatino, el césar ya había desistido de la idea de echarlo. Sin embargo, se mostró firme en una decisión. Había llegado el momento de resolver de una vez por todas los problemas que causaba su madre. La orden que le dio a Burro no podía ser más explícita ni horripilante: debía matar a Agripina.

Pero incluso el césar podía ir demasiado lejos. Burro le dijo a Nerón a la cara que estaba borracho y que vería las cosas de forma distinta por la mañana. Brusco por naturaleza, el prefecto habló, además, con la seguridad de una persona conocedora de la lealtad que sus hombres sentían todavía por la hija de Germánico. Desde luego, el intento de eliminar a Agripina acabó rebotando espectacularmente contra sus perpetradores, pues la conmoción de recibir la orden de matarla hizo que Séneca y Burro comprendieran lo expuestos que quedarían sin ella. Al fin y al cabo, no tenían más opción que vivir o morir con la Augusta. Una somera investigación de los cargos presentados contra su antigua patrona bastó para descartarlos y para que el triunvirato formado por ella y los dos hombres se restaurara con discreción. En lugar de enfren-

tarse a él, Nerón optó por una retirada táctica. No solo Agripina fue exonerada de todas las acusaciones que se habían dirigido contra ella, sino que la Augusta aprovechó la oportunidad para recuperar el terreno perdido. Domicia fue públicamente humillada al abolirse sus derechos de patronazgo sobre Paris, mientras los demás acusadores de Agripina fueron desterrados y sus partidarios, ascendidos. Nadie familiar con el siempre oscilante equilibrio de poder en el Palatino tenía la menor duda de lo que había pasado. Nerón había sido obligado abiertamente a hacer concesiones. Los límites de su autoridad, por muy césar que fuera, habían quedado descarnadamente expuestos.

«El poder toma muchas formas». Así lo recordó Séneca a su señor tras el primer turbulento año de nerón como emperador. «Un *princeps* manda sobre sus ciudadanos, un padre sobre sus hijos, un maestro sobre sus pupilos, los oficiales sobre los soldados, según su rango».[12] Sin embargo, Séneca, a pesar de reconocer que la propia palabra «*princeps*» se había vuelto un poco engañosa y que los poderes de Nerón eran más bien los de un rey, dejaba claro que no había podido quitarse sus anteojeras. Su comprensión de cómo el poder debía ejercerse derivaba todavía de las prístinas tradiciones del pueblo romano: obedecer a los que estaban al mando; admiración por la férrea disciplina de las familias y legiones, y respeto por el deber. Estas eran las virtudes que Augusto había defendido en vida, las mismas que habían defendido Tiberio y Claudio. Sin embargo, mientras tanto, flotaba sobre la brillante y vigorosa ciudad —con sus teatros y circos, sus juegos y espectáculos, y sus procesiones, festivales y carreras— el embriagador perfume de un tipo muy distinto de poder. Se decía que, la noche después de que le presentaran a Nerón, Séneca había soñado que estaba enseñando a Calígula; y es posible que tal visión fuera profética. Ganarse el amor del pueblo, estar atento a sus pasiones; seducirlo con espectáculos que iban más allá de lo que los romanos podían imaginar: esas eran las políticas que habían regido la vida y la muerte del tío de Nerón.

Quince años después de su asesinato, la élite romana seguía odiando a Calígula con venenosa inquina. Para Agripina, en particular, presentar a su hermano como un modelo para Nerón era la noción más monstruosa que pudiera concebirse. Y lo mismo le sucedía a Séneca, pues Calígula había despreciado al filósofo, se había burlado de él tildándolo de mercachifle que solo decía cosas evidentes e incluso había

jugueteado con la idea de condenarlo a muerte. Lo cierto, no obstante, es que había algunos en el círculo de Nerón que guardaban recuerdos más felices de su antecesor. Aulo Vitelio, aquel veterano de las fiestas de Calígula, se había ganado, con la practicada elegancia que resultaba tan natural a los miembros de su familia, los afectos del nuevo emperador; siendo un hombre que había sido auriga en las carreras y que lucía las heridas que daban fe de ello, difícilmente podría no haber agradado a Nerón, dado el gusto de este último por el *glamour*. Al otro lado del Tíber, frente al Palatino, señalado con el obelisco más alto de Roma, seguía el circuito de carreras privado que Calígula había ordenado construir, cuyas obras todavía no habían concluido. Nerón, animado por sus amigotes Otón y Vitelio, se dispuso a corregir ese descuido. De tal palo, tal astilla, y de tal tío, tal sobrino: comparados con el espectáculo, la osadía y la aprobación del pueblo romano, ¿qué importaba lo que pudieran decir los amargados conservadores?

Aunque, por el momento, los sueños de Nerón llegaban más allá de lo que se atrevía a hacer. Cuando Séneca intentó poner freno a su entusiasmo, consternado porque su antiguo pupilo mostrara públicamente interés por el circo, por no hablar de que contemplara la perspectiva de ser auriga él mismo, los dos hombres llegaron a un acuerdo. Aunque el abuelo de Nerón había sido famoso por su habilidad en las carreras y a pesar de que su padre había causado un escándalo al atropellar a un niño cuando conducía su carro a toda velocidad por la vía Apia, el propio Nerón se contentó con entrenarse en privado. Sin embargo, el emperador se negó en redondo a aceptar que ese deporte fuera indigno de él ni una distracción de otras tareas más nobles. Informó a Séneca de que, muy al contrario de lo que este pensaba, las carreras eran el pasatiempo favorito de los antiguos reyes, constantemente celebrado en las canciones de los poetas y aprobado por los mismos dioses. Para el césar, conducir un carro no era, por mucho que los senadores más rancios pensaran lo contrario, una ofensa contra la majestad de Roma, sino todo lo contrario. Los tiempos habían cambiado. Contener el resplandor del carisma de Nerón era tan inútil como intentar cubrir el sol.

Al fin y al cabo, incluso Augusto, a pesar de fingir ser un magistrado del pueblo romano, había osado insinuar lo que significaba gobernar el mundo. Por eso había fomentado rumores de que su madre había sido

preñada por una serpiente; por eso había acudido al banquete de su boda vestido como Apolo; y, por eso, había sancionado que se erigiera una estatua de sí mismo vestido como su divino patrón en la biblioteca del Palatino. Muchos eran los atributos del dios. Si uno ascendía desde el Foro a la casa de César, allí, sobre la calle, dominando el gran arco construido por Augusto, los ciudadanos podían contemplar la famosa escultura de Apolo conduciendo el carro del sol; si continuaban hasta la cima de la colina y entraban en su templo, en el sanctasanctórum les esperaba un retrato muy distinto del dios, vestido con los ropajes de un músico profesional y sosteniendo una lira, la cítara de siete cuerdas. Lo que Augusto, temeroso de la posible reacción del pueblo romano, se había contentado con insinuar, Nerón, joven y magnífico, se regocijaba en proclamar. No contento con completar la construcción del circo privado que había iniciado Calígula, aspiraba a ir más lejos todavía y dominar la célebremente difícil cítara y cantar sus propias composiciones a su son. Pocos eran los momentos libres que no pasaba tocando sus cuerdas o afinando la voz. La luz y la música, atributos del más bello y terrible de los dioses, eran también atributos dignos de un joven césar. Lejos de ser una vergüenza, como criticaba Séneca, el dominio que Nerón estaba adquiriendo del carro y de la lira, una vez refinado hasta un nivel sobrenatural y manifestado ante el pueblo romano, serviría para anunciar la llegada de una nueva edad de oro.

Esa, en cualquier caso, era su ambición a largo plazo. Por el momento, todo ello seguía siendo, sin embargo, una fantasía. Nerón todavía no había cumplido veinte años y todavía le costaba asombrar al mundo como él se sabía capaz de hacer. Había demasiados obstáculos en su camino. La agria desaprobación de los marchitos y huesudos senadores; la perpetua subida y bajada de las mareas de las distintas facciones en el Palatino; la precaria lealtad de los pretorianos: todo ello era un gran muro que obstaculizaba las ambiciones del joven césar. Sin embargo, cuanto más se acostumbraba al poder, más ganas tenía Nerón de explorar lo que podía lograr con él. En el año 57, cuando contaba con diecinueve años, inauguró un nuevo anfiteatro en el Campo de Marte. Construido en menos de un año con vigas talladas del «árbol más alto jamás visto en Roma»,[13] la escala de las instalaciones era pareja a de las ambiciones de su patrocinador. Sin embargo, a pesar de la enormidad del espacio, no tenía ningún interés en mostrar en él algo tan

vulgar como un simple baño de sangre. Igual que el propio anfiteatro, con sus redes de hilo de oro pendidas sobre la arena desde colmillos de elefante, estaba decorado con una atención al detalle propia de un artista, también los espectáculos que en él se representaron reflejaron la fascinación de Nerón por difuminar los límites entre lo cotidiano y lo fantástico. Los que se hacinaban en sus gradas entraban en un mundo antiguo y cruel en el que la lascivia antinatural engendraba monstruos y hombres con alas hechas con plumas y cera intentaban volar. Para el entretenimiento de los espectadores, una mujer aprisionada dentro de una vaca hecha de madera era montada por un toro, o un actor suspendido muy alto sobre la arena era soltado para que se estrellase contra el suelo. El mito se convertía en un espectáculo sobrecogedor en el que los gritos, el perfume del miedo y la matanza eran visceralmente reales. En una ocasión, la sangre de un hombre que se había acercado volando demasiado cerca del sol salpicó al propio Nerón.

Al igual que Claudio había demostrado, existían muy pocos límites a lo que un césar podía encargar, si poseía la imaginación y el dinero para ello. Nerón valoraba la inventiva, y, ciertamente, le fascinaban las proezas de ingeniería tanto como a su predecesor. En Ostia, los embarcaderos y rompeolas del emergente puerto seguían siendo un hervidero de actividad y obreros, y, cuando completaron finalmente la obra, Nerón no dudó en arrogarse el mérito.[14] Sin embargo, limitarse a doblegar el mar a su voluntad no estaba a la altura de sus ambiciones. «¡Nunca ha habido espectáculos comparables, pues hacen palidecer a cuanto hemos visto hasta ahora!»[15] El entusiasmo que generaban los espectáculos de Nerón, incluso entre los romanos más insensibles y poco impresionables, era alegre y genuino, como correspondía a las notables hazañas conseguidas por aquellos que los preparaban. Mientras los ingenieros en Ostia convertían el mar en tierra firme, sus colegas en el corazón de Roma, en el Campo de Marte, convertían la tierra firme en mar. La gran batalla naval de Salamina, recreada décadas antes por Augusto, fue representada una segunda vez en el anfiteatro de Nerón. Los estupefactos espectadores contemplaron escenas que parecían conjuradas desde Puteoli o Bayas: el golpeteo de los remos en el agua, el deslizarse de las galeras de guerra y la aparición de extrañas criaturas de las profundidades. Desde luego, algunas de las innovaciones fueron tan osadas que habrían sor-

prendido a los espectadores aunque hubieran tenido lugar en la bahía de Nápoles. Particularmente asombroso era un yate mecánico que, como si naufragara, «parecía desintegrarse y liberaba animales salvajes mientras lo hacía. Luego, sus partes se volvían a ensamblar solas y parecía como si fuera nuevo».[16] Hasta Nerón quedó impresionado.

No lo estaba tanto Agripina, consciente de la tendencia de su hijo a derrochar dinero en maravillas y espectáculos. Ella valoraba el dinero como solo podía hacerlo una mujer que había perdido una fortuna. El gasto incontinente se le antojaba tanto imprudente como peligroso. Cuando Nerón concedió una suma particularmente espectacular a uno de sus libertos, ella ordenó que pusieran el dinero en una gran pila frente a el emperador para que pudiera ver por sí mismo la fortuna que estaba regalando. Nerón se encogió de hombros sin darle importancia y ordenó inmediatamente que doblasen la cantidad. «No me había dado cuenta de lo tacaño que estaba siendo».[17] Cuanto mayor se hacía, menos toleraba las constantes reprimendas de su madre. Las exigencias del deber, de la responsabilidad y del arte de gobernar lo angustiaban y exasperaban. Pero, por irritantes que fueran, no conseguía librarse de ellas. Al fin y al cabo, estaba casado con ellas. Su esposa, la severa y austera hija de Claudio, era un recuerdo viviente de todo lo que debía a su madre. Que la falta de sintonía entre Nerón y Octavia fuera inversa a la buena relación que esta tenía con Agripina contribuía a aumentar la irritación que le provocaban ambas mujeres. Amante de la vida en pareja, a Nerón le dolía profundamente estar aprisionado en un matrimonio sin amor. Él seguía queriendo a Actea, quien, gracias a mantener sus afectos durante tanto tiempo se había vuelto sensacionalmente rica, pero, claro, su condición de liberta le impedía convertirse en la esposa del césar. Luego, en el año 58, se enamoró otra vez, y esta vez el objeto de sus pasiones fue un tipo de mujer muy distinto. Popea Sabina, la hija y tocaya de la rival a quien Mesalina había empujado a la muerte, era bella, inteligente y elegante; y, lo que todavía era más importante, era la nieta de un hombre que había alcanzado el consulado. Su linaje, aunque no podía competir con el de Octavia, no era ni mucho menos despreciable. Nerón podía imaginarla con facilidad como su mujer.

Naturalmente, había varios obstáculos que debían superarse antes. El primero, y el más fácil de salvar, era el marido de Popea, que no era otro que Otón, el íntimo amigo de Nerón. En las calles de Roma, en las

que se debatían sin cesar los detalles de la vida amorosa del césar, las circunstancias exactas del cambio de cama de Popea dieron mucho de qué hablar: ¿se había jactado demasiado Otón del atractivo de su mujer o se había casado con ella para facilitar que su amigo tuviera una aventura con ella sin que se enterase Octavia? Fuera cual fuera la verdad, lo cierto es que hacia el 58, Nerón decidió que quería a Popea para él solo. Al sopesar si para ello tenía que ejecutar a su amigo o bastaba con desterrarlo al fin del mundo, decidió ser generoso y optó por lo segundo, y envió a Otón a Lusitania, en el extremo Atlántico de Iberia, para que sirviera allí como gobernador. Por mucho que fuera su amigo íntimo, el marido de Popea ya no le resultaba útil. Y Nerón nunca había sido un hombre que llevara sus asuntos con discreción. Prefería hacer gala de sus pasiones. En adelante, no se correría nunca más un velo sobre su relación.

El propio Nerón, por supuesto, podía permitirse ignorar el escándalo, y resultó que Popea también. Los celos y el odio de los que la calificaban como una «meretriz arrogante»[18] eran un precio aceptable a cambio de la devoción del césar. No menos ambiciosa que elegante, el resplandor del carisma de Popea era un ejemplo de todo aquello que Nerón más admiraba en una mujer. Incluso el color de su cabello, que no era ni rubio ni moreno, resultaba muy llamativo; Nerón lo alabó diciendo que era «del color del ámbar»[19] y pronto se hizo popular entre los que estaban más a la moda en la ciudad. En contraposición al encanto de Popea, la infeliz Octavia no podía sino sentirse empequeñecida. También habían disminuido las perspectivas de Agripina: de hecho, era una muestra de lo difícil que le estaba resultando controlar a Nerón que los rumores que hablaban de lo desesperada que estaba empezaran a incluir algunos detalles muy escandalosos. Se decía que intentaba separar a su hijo de Popea seduciéndolo ella misma. Que cuando se emborrachaba, le tiraba los tejos maquillada y vestida como una prostituta. Que Séneca estaba tan inquieto por la conducta de Agripina que había enviado a Actea a advertir a Nerón del daño que todo aquello causaba a su reputación. Había otros, sin embargo, que alegaban lo contrario: que era el propio Nerón, y no su madre, quien había dado el primer paso. Lo que pasara en realidad, por supuesto, se ha perdido en el impenetrable fango de los rumores. El hecho de que fuera imposible saber si los terribles rumores de incesto eran ciertos los hacía todavía más deliciosos.

Sin embargo, a la hora de identificar la fuente de dichos rumores, la tarea era más sencilla. Agripina era una mujer a la que incluso sus enemigos respetaban por su férrea disciplina, mientras que a Nerón le encantaba escandalizar. Se sabía que mantenía entre sus concubinas a una mujer que tenía un gran parecido con Agripina «y que siempre que la acariciaba o la empujaba hacia otros para que gozaran de sus encantos, declaraba que estaba durmiendo con su madre».[20] Una fanfarronada indignante, pero que casi parecía diseñada como un globo sonda para tantear la opinión pública. Era como si Nerón, al traspasar escandalosamente los límites impuestos a los mortales comunes, deseara probar hasta dónde podía llegar. Parecía preguntarse qué se sentía al quebrantar un tabú tan arraigado.

Mucho antes, cuando Nerón nació, Agripina había consultado a un astrólogo y descubierto lo que estaba escrito en las estrellas sobre su hijo. El astrólogo le había informado de dos cosas: que el niño gobernaría el mundo... y que mataría a su madre. «Que me mate», se dice que contestó Agripina, «siempre y cuando mande».[21] ¿Era cierta esta historia? De serlo, el deterioro de la relación con su hijo debió hacer que pensara con frecuencia en aquella profecía. Sin embargo, a principios del 59 la tensión entre ambos parecía haber disminuido. Nerón, en un gesto público de buena voluntad, invitó a su madre a pasar las vacaciones con él en Bayas. A mediados de marzo, Agripina llegó en barco desde Antium, la ciudad justo al sur de Roma que había visto nacer a su hijo veintiún años antes. Nerón salió a recibirla en persona y luego la acompañó hasta la villa, una lujosa mansión que había sido propiedad de Hortensio Hortalo. La llevó hasta su embarcadero y le hizo un regalo espléndido: un bonito yate. Esa noche, Agripina subió en una litera que la llevó hacia el norte por la costa de Bayas, hasta donde Nerón estaba alojado. Haciendo gala de grandes muestras de cariño, le concedió el lugar de honor a su lado y habló con ella hasta bien entrada la madrugada. A estas alturas, la noche cubría con su manto de terciopelo la bahía y ya era muy tarde para emprender el camino de vuelta en litera, así que Nerón informó a su madre que su yate estaba amarrado fuera y la acompañó hasta el muelle. Allí la abrazó y la besó. «Por ti vine al mundo», le susurró, «y gracias a ti gobierno».[22] Tras mirarla a los ojos fijamente una última vez, se despidió de ella. El yate soltó amarras y se deslizó hacia la noche. Las luces de la orilla parpadeaban, iluminando

la curvatura de «la bahía más bella del mundo»[23] mientras las estrellas relucían plateadas sobre ellas. Los remos golpeaban el agua a un ritmo regular, la madera del barco crujía y se oían los murmullos de las voces en cubierta. Por lo demás, todo estaba en calma.

Entonces, de súbito, el tejado del yate se hundió. Agripina se salvó de morir aplastada únicamente porque los brazos de su sofá estaban elevados; pero cuando el barco, tras continuar a la deriva durante unos pocos minutos, empezó a ladearse, cayó al mar. Una amiga que flotaba a su lado estaba tan ansiosa por ser rescatada que gritó: «Soy Agripina» para que la rescataran primero, pero, tan pronto lo hizo, la empezaron a golpear con remos y pértigas. Al contemplar aquella atrocidad, la propia Agripina no dijo nada y se alejó nadando tan silenciosamente como pudo de lo que se había revelado como una trampa mortal; al cabo de poco tiempo se encontró con unos pescadores que la sacaron del agua y la llevaron en su bote hasta la costa.[24] Desde allí, temblando y sangrando, regresó como pudo hasta su villa. Sabedora de quién debía de estar tras el intento de asesinato, aunque plenamente consciente, por muy acorralada que estuviera, de que no tenía otra opción que hacerse la tonta, envió un mensaje a Nerón informándole de lo que había sucedido. Luego hizo que se ocuparan de sus heridas.

Mientras tanto, fuera, se había reunido una auténtica multitud a lo largo de la costa, y el resplandor de sus linternas iluminaba la oscuridad de las primeras horas de la mañana. La bahía se hizo eco primero de sus lamentos y votos, pero luego, en cuanto supieron que Agripina había sobrevivido, la masa se congregó alrededor de su villa para celebrarlo. De repente, sin embargo, restalló el sonido de cascos de caballos. Una columna de hombres armados llegó al galope por la carretera. La gente fue dispersada sin ceremonias y los soldados rodearon la villa y luego entraron en ella por la fuerza. Encontraron a la madre del césar en una habitación poco iluminada, atendida por una sola esclava. Agripina se enfrentó a ellos valientemente, pero uno de los hombres silenció sus protestas de que era imposible que Nerón les hubiera ordenado que la matasen dándole un porrazo en la cabeza. Conmocionada, pero todavía consciente, Agripina levantó los ojos y vio a un centurión desenvainar la espada. Entonces, en lugar de seguir protestando, decidió morir de una forma acorde a quien era: hija de Germánico y descendiente de un largo linaje de héroes. Se descubrió el vientre y, señalándose el útero,

ordenó: «Hiéreme aquí». Luego cayó abatida por las muchas heridas de las espadas de sus asesinos.

La conmoción que causó este crimen alcanzó los cielos. Se incineró rápidamente del cadáver de Agripina y sus cenizas fueron enterradas junto a la antigua villa de Julio César, en un promontorio con vistas al mar; y desde ese promontorio, según se decía, resonaba a menudo el estruendo de unas trompetas, al que respondían sonidos similares desde otros lugares de la bahía. Algunos decían que, cuando se marchaba de la escena del asesinato hacia Nápoles, a Nerón se le apareció el fantasma de su madre y que, al igual que le había sucedido a Orestes, las Furias lo perseguían en sueños con sus látigos y terribles antorchas. Su gusto por hacer que los antiguos mitos cobrasen vida era conocido desde hacía tiempo, pero ahora, de la manera más horrenda y audaz, había ocupado el centro del escenario como un héroe trágico. Toda su devoción por la teatralidad, todo su entusiasmo por el escenario, toda su insistencia en presentarse como alguien infinitamente por encima del común de los mortales, había contribuido al fin a ofrecer un espectáculo incomparable, y las noticias de lo sucedido se extendieron hasta los cuatro confines del mundo. El yate que había volcado y tirado a su madre se había construido, según decían fuentes fiables, tomando como modelo el barco desmontable que había visto Nerón en Roma; se decía que al ver el cadáver de Agripina antes de que fuera incinerado, lo desnudó, lo inspeccionó detalladamente y luego murmuró: «No sabía que tenía una madre tan bella».[26] El propio Nerón, lejos de castigar a los que difundían estos rumores, parecía recrearse en el gran melodrama. Cuando aparecieron pintadas en Roma acusándolo de matricidio, el césar no hizo el menor esfuerzo por encontrar a los responsables; y cuando un moralista célebremente severo llamado Trasea Peto, en lugar de sumarse a la condena formal de Agripina como traidora, optó por abandonar el Senado a modo de protesta, Nerón decidió pasar por alto la ofensa. Conocía bien al pueblo romano y acertó en su respuesta. Había deducido que su crimen, precisamente por ser tan gigantesco, acabaría por aumentar su carisma. Nerón no era culpable de haber cometido un miserable acto de matricidio del que se avergonzara, sino que se presentaba a los romanos como una figura envuelta en un aura trágica, como un nuevo Orestes. Cuando regresó a Roma desde Campania, una multitud salió a recibirlo como si desfilara en un triunfo.[27]

Nerón se sintió plenamente aliviado al contemplar la reacción del pueblo. Había apostado peligrosamente alto, pero había ganado. Agripina había conservado hasta el final el afecto de los pretorianos. Cuando Nerón recibió la noticia de que su madre había escapado de su trampa, ordenó que un destacamento de pretorianos fuera a su villa para rematarla, pero Burro le dijo sin ambages que nunca le quitarían la vida a la hija de Germánico. Nerón solo pudo relajarse con la llegada del amanecer, después de que la ejecutara un destacamento de legionarios especialmente seleccionado para ello. Burro, resignado al brutal cambio de circunstancias, ordenó a sus oficiales superiores que se presentaran ante César y lo felicitaran por «desbaratar los malvados planes de su madre».[28] Tampoco Séneca consiguió evitar ensuciarse las manos. Nerón lo obligó a escribir para él una carta exculpatoria dirigida al Senado, lo que lo convirtió en cómplice del asesinato. El único consuelo para él y para Burro fue que no fueron los únicos. De regreso a Roma, Nerón proclamó la celebración de unos juegos que serían «los mejores de todos los tiempos»,[29] una celebración de su victoria sobre su madre. Todo el pueblo romano fue invitado. Todos fueron convocados a ensuciarse las manos con la sangre de Agripina.

Pocos rechazaron la invitación. Celebrados en diversos puntos a lo largo y ancho de la ciudad, los juegos fueron tan espectaculares como Nerón había prometido. Un caballero del orden ecuestre a lomos de un elefante hizo pasar al paquidermo sobre una cuerda floja. Se representaron obras de teatro con los efectos especiales más modernos que entusiasmaron al público con asombrosos espectáculos de fuego y destrucción. Se repartió un gran número de billetes entre las multitudes, que hacían ganar a los afortunados receptores premios de todo tipo, desde joyas hasta animales salvajes, desde bloques de pisos a oro. Mientras tanto, en el Foro, el propio Nerón estaba ocupado ofreciendo sacrificios. Que un rayo hubiera incinerado recientemente la mesa en la que estaba comiendo; que una mujer hubiera dado a luz a una serpiente; que se hubiera producido un eclipse, habrían parecido, bajo circunstancias normales, portentos amenazadores. Y quizá lo fueran, pero, aun así, contribuían a potenciar, y no a disminuir, el embelesador brillo de Nerón. Al fin y al cabo, al acabar con la vida de su madre había salvado a Roma de su inveterada y destructiva sed de poder; y para hacerlo había tenido que pagar un precio heroico. Si cargaba con la

culpa del matricidio era por sus conciudadanos, y, ahora, al celebrar su propia salvación, el pueblo romano participaba también en el extraordinario drama. Cuando un cometa, brillante y ominoso, apareció en los despejados cielos sobre Roma durante el apogeo de las festividades, muchos temieron lo peor; pero muchos más miraron hacia Nerón y vieron lo que él mismo afirmaba ser: su salvador. Un siglo antes, en la estela de los Idus de marzo, el resplandor de una estrella cruzando los cielos había anunciado desgracias para el mundo entero; pero ahora era distinto. Séneca, que no tenía más opción que seguir interpretando el papel de cómplice de Nerón, ensalzó como debía la labor de su señor: «Ha logrado redimir a los cometas de su mala reputación».[30] Este era un tributo adecuado, pues Nerón, ese verano del año 59, había conseguido transformar el asesinato en sacrificio; la ambición, en altruismo, y el matricidio, en piedad. Por muchos cometas que hubiera, no había duda de quién era la estrella.

Pero a Nerón no le bastaba con jugar a ser el patrocinador de los juegos. Ese mismo verano celebró otro festival, una fiesta privada para celebrar el primer afeitado de su barba. Los juegos tuvieron lugar en la otra orilla del Tíber, entre el lago donde Augusto había llevado a cabo su famosa recreación de la batalla de Salamina y el río. Los espectáculos duraron hasta altas horas de la mañana. Se celebraron banquetes en barcazas, los bosques se llenaron de parejas retozando y, a medianoche, el propio Nerón, entre exultantes vítores, navegó desde el lago hasta el Tíber; todo aquello no eran más que pinceladas en el corazón de Roma de lo que se había vivido en Bayas. Sin embargo, la principal atracción eran los espectáculos teatrales, en los que, como se había hecho en juegos públicos anteriores, actuaron miembros de la crema y nata de la élite romana. «Ni el linaje, ni la edad ni sus cargos impedían que participasen».[31] Una de las bailarinas, una hermanastra de Claudio, tenía más de ochenta años.[32] No obstante, el clímax de los espectáculos llegó en la forma del debut en el escenario del propio Nerón. Mientras rasgaba las cuerdas de la lira, cantó a su público sobre horribles mutilaciones y asesinatos en mitos antiguos: sobre un niño que se castraba a sí mismo y sobre una madre que mataba a su hijo. Este fue, para el césar de veintiún años, un momento de éxtasis embriagador. Los espectadores lo vitorearon y aplaudieron. «¡Nuestro Apolo!», le gritaban; «¡Nuestro Augusto!».[33] Sin embargo, algunos no disfrutaron del entretenimiento.

Entre los presentes se encontraba Burro, junto a oficiales y soldados de los pretorianos; también estaba Séneca, cuyo hermano mayor había despertado en Nerón el interés por el teatro y que se había visto obligado, en compañía del prefecto, a actuar como animador de su amo, agitando los brazos y la toga. «Cuantos más instrumentos de tortura despliega el torturador, más resultados es capaz de conseguir. De hecho, es más probable que su mera apariencia quiebre a un hombre que el soportar pacientemente el dolor». Esto confiaría Séneca, sin ni siquiera mencionar a Nerón, a un amigo. «De similar modo, nada nos lava el cerebro y nos esclaviza más que el resplandor del espectáculo».[34]

Y, una vez tanteado el terreno, Nerón no había hecho más que empezar.

El mundo es un escenario

En el año 60 d. C., casi dos décadas después de cruzar las montañas del Atlas, Suetonio Paulino estaba a punto de completar una expedición en el extremo opuesto del mundo.[35] Igual que en Mauritania, su avance en Britania había resultado extenuante. La captura de Carataco, lejos de poner fin a la resistencia britana, no había supuesto más que un breve respiro en el proceso de pacificación. Gales, donde el caudillo catuvellauno había establecido su último bastión, supuso un desafío particularmente duro. Este terreno montañoso, habitado por tribus célebremente indómitas, había resistido a toda una serie de gobernadores romanos. Suetonio, que no tenía rival en lo que a cruzar montañas se refería, era la elección obvia para terminar el trabajo. En efecto, dos años después de ser enviado a Britania había conseguido establecer el dominio romano hasta en los rincones más apartados del país. Solo la isla de Mona —la actual Anglesey— resistía aún. Y ahora, con su infantería lista en balsas y su caballería con órdenes de cruzar los bajíos, Suetonio estaba listo para cruzar el estrecho y acabar con la resistencia de una vez por todas.

Pero ¿obedecerían los soldados las órdenes? Mona estaba llena de refugiados que, agolpados en la orilla, aullaban y cantaban de forma tan aterradora que el miedo paralizó a los legionarios por unos instantes. Había mujeres agitando antorchas que, con sus ropas negras y su cabello enredado, parecían la viva imagen de las Furias; y había también temibles

druidas. Pero entonces, reuniendo todo el coraje que eran capaces, los hombres de Suetonio empezaron a avanzar hacia la orilla contraria. Al final, resultó ser un paseo. Pronto los defensores acabaron incinerados por las llamas de sus propias antorchas. Los cuerpos calcinados se dejaron tirados en las playas. A continuación, se talaron los bosques sagrados de la isla, pues los invasores temían Mona por ser el principal santuario de los druidas y el hogar de los aterradores espíritus que apaciguaban con sus sangrientos ritos. Gracias a la derrota del salvajismo bárbaro y a la purga de los santuarios festoneados con entrañas humanas, Suetonio consiguió llevar a cabo un doble exorcismo. Cuando llegaron a Roma las noticias de su gesta, sirvieron para recordar a los habitantes de la capital que todavía existían, en los confines más remotos del mundo, lugares en los que existían el heroísmo y la brujería. Parecía que ningún lugar, por lejano que fuera, estaba fuera del alcance del pueblo romano.

Un mensaje que Nerón, a pesar de su total falta de experiencia militar, estaba, naturalmente, encantado de difundir. ¿Por qué no iba el cegador brillo de su carisma a encontrar un reflejo incluso en los páramos más oscuros del norte? Consiguió un triunfo particular cuando uno de los organizadores de uno de sus eventos, a quien había enviado al Báltico a buscar ámbar, regresó con un enorme cargamento. El hombre había tenido un éxito descomunal en su misión y había conseguido una cantidad tan grande de ámbar que bastó para adornar todo un estadio. Redes, armas e incluso las literas en las que se retiraba a los gladiadores muertos: todo se hizo brillar con el color del cabello de Popea. «Todo está tan globalizado», escribió Séneca asombrado, «que nada está en el lugar en que solía».[36] Fuera, en el anfiteatro de Nerón, con sus reflejos de color ámbar y sus osos a los que se lanzaba a cazar focas, entre el ajetreo de los mercados en los que se venían productos procedentes de lugares tan lejanos como la India o en la colina sobre el Campo de Marte, donde un gran mapa ilustraba para recreo de los ciudadanos que paseaban por allí el asombroso alcance de las tierras que dominaban, los símbolos del estatus de Roma como la más importante de las ciudades del mundo eran visibles por doquier.* Todos los caminos llevaban a ella

* Existe la intrigante posibilidad de que los osos que el poeta Calpurnio Sículo describe devorando focas en el anfiteatro de madera de Nerón fueran osos polares. No obstante, es significativo que no se haga mención al pelaje blanco, de modo que lo más probable es que no lo fueran.

y todos los caminos salían de ella. Para señalar el punto en el que empezaban y terminaban todas las carreteras, Augusto había erigido en el Foro un mojón cubierto de bronce que marcaba el centro del mundo. Contemplando la enorme tela de araña que la grandeza de Roma había tejido sobre montañas, bosques y mares, algunos todavía se preguntaban cuán lejos llegarían sus hilos. «Quizá, en tiempos venideros, llegará una época en la que el océano sirva de vínculo entre las cosas, en la que se revelará la auténtica extensión de la tierra, en la que se descubrirán nuevos mundos y en la que la propia Tule servirá solo como una escala hacia otras tierras».[37]

Cuando Séneca imaginaba barcos romanos abriéndose paso hacia continentes todavía por descubrir, no necesariamente aprobaba la idea. Como filósofo, no creía que hubiera nada que celebrar en el movimiento perpetuo. La prosperidad que caracterizaba a un gran imperio era, en su opinión, traicionera y perniciosa para el alma, pues se distinguía por provocar una perpetua inquietud y no podía acabar sino atormentando al pueblo. Sin embargo, a pesar de elogiar las virtudes de la pobreza, no pudo evitar verse arrastrado por aquello que condenaba. El matricidio cometido por Nerón, lejos de amedrentar a Séneca y postrarlo en la resignación, simplemente le confirmó que no tenía otra opción que aferrarse al poder. Cuanto menos propenso era el joven césar a escuchar sus consejos, más sentía que su deber era ofrecerlos. Así que Séneca permaneció junto a Nerón y, al hacerlo, fue víctima de las múltiples tentaciones que conlleva un poder a escala global. «El hombre sabio no se dedica a enviar legados a ultramar, a delimitar campamentos en orillas enemigas ni a decidir dónde alojar guarniciones o construir fuertes».[38] Sin duda, así era, pero, como el asesor en quien Nerón más confiaba, el propio Séneca no tuvo otra opción que sumergirse precisamente en detalles como esos. Estaba al día de los informes que llegaban desde el frente británico y conocía la situación en la isla. Se había convencido a sí mismo de que existía, en la ambición de sus caudillos por formar parte del nuevo orden, una valiosa oportunidad de inversión; y por ello les había prestado el dinero que necesitaban para construir, vivir y vestirse como romanos. Pero había calculado mal. Los britanos no comprendían el funcionamiento de las finanzas ni tenían capacidad de pagar los elevados intereses de los préstamos que se les habían concedido. Séneca, además, era consciente del enorme coste en hombres que

estaba suponiendo la conquista de la isla, y este hecho se sumaba a sus preocupaciones. El acceso a las prendas de vestir con capucha y a los perros de caza británicos no compensaba el enorme gasto de mantener cuatro legiones sobre el terreno. Se había hablado incluso de dar la isla por perdida y retirarse por completo de ella.* Séneca, que estaba en una posición mucho mejor que la de la mayoría para hacer uso de información privilegiada, ordenó a sus agentes en Britania que exigieran el pago de sus préstamos.

El momento que eligió para hacerlo fue desafortunado. La provincia ya estaba llena de recaudadores. Los funcionarios responsables de sus financias, decididos a exprimir tanto dinero a sus habitantes como fuera posible, habían empezado a exigir tributos a líderes tribales que, legalmente, no eran súbditos, sino aliados de Roma. Uno de ellos era Prasutago, rey de los icenos, una tribu de las ondulantes llanuras al norte de Camulodunum. Con la voluntad de salvaguardar los derechos de sus hijas, las había nombrado herederas conjuntamente con Nerón. Sin embargo, tras su muerte, las autoridades romanas habían decidido anexionarse todas sus posesiones. El reino entero fue saqueado. Las dos hijas de Prasutago, lejos de ser tratadas con el respeto que merecían personas de su rango, fueron violadas, y su esposa, una reina guerrera de cabello rojo como el fuego, fue atada a un poste y azotada. Como más adelante quedaría claro, estas acciones resultaron ser un error letal.

El menos sorprendido, de haber estado presente, habría sido el propio Séneca, pues no se hacía ilusiones sobre la naturaleza y la rapacidad de los seres humanos. «Si se presentara ante el ojo de nuestra mente una sincera representación de nuestras vidas, nos parecería estar viendo una ciudad tomada al asalto, en la que se ha abandonado todo respeto por la decencia o la justicia, y en la que la única ley es la del más fuerte».[39] El propio Séneca no estaba libre de los vicios que condenaba. Dos años antes, Suilio Rufo, el rastrero fiscal que había contribuido a derrocar a Valerio Asiático, lo había acusado públicamente de esquilmar las provincias; y aunque Séneca, sirviéndose de sus contactos, había conseguido que condenaran a su acusador por desfalco y lo enviaran al exilio, la acusación hizo mella. Después de todo, estando como estaba en el

* Lo sabemos gracias a Suetonio *(Nerón:* 18). Aunque no especifica la fecha, es evidente por la determinación de Nerón de aplastar la insurrección en Britania que nunca habría contemplado abandonar la provincia poco después de la rebelión de Boudica.

corazón de la gran red del poder romano, le bastaba con tirar de uno de sus hilos para que pueblos situados en los confines de la tierra fueran arrasados por soldados y mujeres terminaran golpeadas y ensangrentadas. A pesar de todos sus escrúpulos, e incluso sin pretenderlo, también Séneca había jugado un papel en la devastación de las tierras tribales de los icenos. Sin duda, por ello los dioses decidieron enviar portentos tanto a Britania como a Roma para advertir, después de los azotes a Boudica, de una calamidad inminente y terrible. Incluso mientras las mareas fluviales en el estuario del Támesis se teñían de sangre y dejaban a su paso cadáveres en las playas, se oían carcajadas bárbaras procedentes de un Senado vacío y gritos desde el anfiteatro de Nerón. El mundo se había encogido tanto para bien como para mal.

Las noticias de que Boudica, todavía con las heridas de los azotes que había recibido en la espalda sin cicatrizar, había llamado a los icenos a la rebelión y estaba arrasando cuanto encontraba a su paso llegaron a Suetonio cuando apenas había tenido tiempo de recuperar el aliento tras la captura de Mona. Reunió de inmediato un batallón de caballería y subió de nuevo a su silla. Luego, tras ordenar a las dos legiones bajo su mando inmediato que lo siguieran tan rápido como pudieran, se dirigió directamente hacia el ojo del huracán. La pesadilla que había torturado a los invasores desde que habían llegado a Britania, el temor de que su ocupación acabara como terminó el dominio romano más allá del Rin, entre masacres, fuego y destrucción, parecía a punto de hacerse realidad. Camulodunum, reconstruida después de su toma por Claudio como muestra de lo mejor que los planificadores urbanos romanos eran capaces de ofrecer, fue arrasada hasta los cimientos por los rebeldes. Entre los escombros quedaron los cuerpos de prisioneros masacrados y los fragmentos de bronce de las estatuas de los césares destruidas. Las damas de alta alcurnia fueron empaladas en estacas con sus pechos amputados cosidos en la boca y sus cadáveres abandonados allí para que se pudrieran. Mientras tanto, de las dos legiones que no estaban en Gales, una ya había sido emboscada y aniquilada casi por completo, mientras que la segunda, a la que Suetonio había convocado para que se uniera a sus fuerzas, recibió una contraorden de su comandante y se quedó en sus barracones. Antes que arriesgarse a tener el mismo fin que los hombres de Varo, muchos altos funcionarios huyeron a la Galia. Si Suetonio cometía el más mínimo error, Roma perdería Britania para siempre.

Pero, al final, la provincia se salvó. Suetonio, después de tomar el pulso a la insurrección en persona, se retiró, se reunió con las dos legiones que avanzaban tras él y esperó para hacer frente a la tormenta de fuego. Dos asentamientos romanos más fueron reducidos a polvo y humeantes cenizas antes de que decidiera que había llegado el momento de entrar en combate. Los britanos, en lugar de adoptar las tácticas de Arminio y camuflarse en el entorno para luchar una guerra de guerrillas, optaron por un ataque frontal. El resultado, contra todo pronóstico, fue una masacre. Cuando se publicaron las cifras de bajas, se anunció que habían perecido unos ochenta mil britanos a cambio de solo unos cuatrocientos muertos entre las fuerzas romanas. Boudica, cuyo sexo y salvajismo habían hecho que sus adversarios romanos creyeran que era una amazona venida de tierras míticas, se quitó la vida. Lo mismo, en cuanto le llegaron las noticias de la victoria de Suetonio, hizo el comandante legionario que se había negado a obedecer las órdenes de acudir a la batalla. Fue una gesta de lo más emocionante y patriótica: «un día glorioso, que parecía traer ecos de las grandes victorias de la antigüedad».[40] Los romanos, entusiasmados por los partes procedentes del frente britano y felices porque se había evitado el desastre, podían relajarse y estar seguros de que seguían siendo el mismo pueblo que habían sido siempre.

Tampoco es que la virtud marcial hubiera bastado nunca para explicar su grandeza. Los dioses les habían concedido genio no solo para la guerra, sino también para la paz. Cuando la represión que desencadenó Suetonio amenazó con ir más allá de lo controlable, Nerón se preocupó lo bastante como para enviar a uno de sus libertos para que le informara de primera mano de la situación; y, en efecto, poco después, el conquistador de Boudica fue llamado de vuelta a Roma. Desde los primeros días de la fundación de la ciudad, los líderes de Roma habían comprendido que la generosidad en la victoria era el medio más efectivo de conseguir sus fines, «pues poco se gana con una conquista si la sigue la opresión».[41] El rapto de las mujeres sabinas por parte de Rómulo, aunque provocó que sus ultrajados padres y hermanos se lanzaran sobre Roma en busca de venganza, no culminó en un baño de sangre, sino en un tratado de paz y en la conversión de los sabinos en romanos. Desde entonces, muchos otros pueblos italianos habían seguido el mismo camino. Los marsos, los samnitas y los etruscos se habían convertido en ciudadanos de sus conquistadores.

Pero, desde hacía mucho tiempo, los horizontes de Roma no estaban confinados a tierras al sur de los Alpes. Si Italia podía ser romana, ¿por qué no iba a serlo el resto del mundo? Algunos habían empezado a decir que la misión de Roma era «congregar imperios antes esparcidos, educar los hábitos sociales, dar una lengua común para que se entendieran a gentes de hablas muy diferentes y salvajes, y civilizar al género humano: en pocas palabras, que fuera una sola en todo el orbe la patria del conjunto de las naciones».[42]

Entre los calcinados campos britanos, una afirmación así habría resultado grotesca, de no ser porque el alto cargo a quien Nerón recurrió para estabilizar la destrozada administración provincial, que había sido el primero en reclamar la sustitución de Suetonio, no era italiano, sino galo. Julio Clasiciano servía como ejemplo vivo para los britanos de que el dominio de Roma ofrecía mucho más que la simple opresión. Clasiciano era ciudadano romano, pero estaba casado con la hija de un caudillo galo, lo que lo convertía en la persona ideal para actuar como intermediario entre conquistadores y conquistados. Más que apretarles las tuercas a sus súbditos, optó por buscar terreno común con ellos. Los britanos, después de haber recibido una lección brutal sobre el coste de rebelarse, fueron agraciados ahora por Clasiciano con los beneficios de la sumisión. La política resultó ser sorprendentemente efectiva. Las heridas empezaron a cicatrizar y las brasas de la insurrección, a apagarse. Pronto, incluso con el recuerdo de la rebelión de Boudica todavía reciente, en los consejos de gobierno de Nerón se decidió reducir la guarnición en Britania de cuatro legiones a tres. El Océano seguía siendo romano.

Como es natural, existían límites en cuanto a lo que era plausible conseguir. Por mucho éxito que tuviera el proceso de pacificación, no se podía compartir el gobierno del mundo con caudillos tan bárbaros como los britanos. Había muchos en Roma que sentían lo mismo con respecto a Clasiciano y otros como él. Aunque los aristócratas del sur de la Galia llevaban dos siglos bajo el dominio de Roma y habían dado a luz, en el llamativo caso de Valerio Asiático, a un hombre que, aunque brevemente, había aspirado a ser césar, el resentimiento por su presencia en el Senado nunca se había extinguido del todo. En el 48 d. C., durante un debate en el que se planteó admitir caudillos del centro y el norte de la Galia, la oposición a la idea fue férrea. ¿Permitir la entrada

en el Senado a los descendientes de hombres que habían combatido contra Julio César, llevado pantalones y lucido vello facial grasiento con restos de comida? «Sería como importar hordas de extranjeros, como si fuéramos comerciantes de esclavos».[43] Sin embargo, estas quejas sobre el salvajismo de los galos no eran realmente sinceras. El resentimiento que los romanos sentían hacia los galos no se debía a su atraso, sino, muy al contrario, a su cada vez mayor riqueza. Muchos senadores, desposeídos de la oportunidad de aumentar su fortuna como habían hecho antiguamente sus antepasados, saqueando a los bárbaros, se sentían empobrecidos en comparación con los magnates de la Galia.

No obstante, para aquellos que tenían la vista puesta en el futuro, esto era precisamente lo que hacía tan necesario integrarlos en las filas de la élite romana. La Galia, con su fértil suelo y su gran población, ya era más rica que muchas regiones de Italia. No podía permitirse que su aristocracia actuara por su cuenta. Claudio, con la perspectiva que le daban sus muchas lecturas sobre el pasado, había expuesto el argumento a favor de esta idea con su típica sutileza y erudición. «Todo lo que ahora parece antiquísimo», recordó a sus colegas senadores, «fue alguna vez nuevo».[44] ¡Si hasta Apio Claudio Sabino, su antepasado, el fundador del gran linaje Claudio, había sido un inmigrante! Los senadores aprobaron, como debían hacer, el discurso de Claudio. Se admitió a los galos entre sus filas. El Senado se volvió un poquito más multiétnico.

Mientras tanto, más allá de sus paredes, en las animadas calles de una ciudad cuya población superaba ahora de largo el millón de ciudadanos, muchos habían empezado a preguntarse qué definía exactamente al pueblo romano. Roma, como Claudio había recordado al Senado en su discurso, había sido fundada por inmigrantes. En la ciudad se oían lenguajes exóticos desde hacia siglos. Los nombres de las calles todavía eran testimonio del asentamiento de extranjeros en la antigüedad: por una parte, estaba el Vicus Tuscus, donde se habían congregado los etruscos en el pasado, y también el Vicus Africus. Sin embargo, aunque muchos romanos consideraban que la diversidad de la ciudad era un homenaje del resto del mundo a su grandeza y una potente fuente de renovación, otros no estaban tan convencidos de las bondades de los extranjeros. A todo el mundo le parecía muy bien que vinieran inmigrantes, siempre que se convirtieran a las costumbres romanas; pero ¿y si conservaban sus costumbres bárbaras e infectaban a los ciudadanos

decentes con sus supersticiones? «Llegan a Roma todas las cosas vergonzosas y atroces que hay en todo el mundo, y en la capital se celebran y se ponen de moda».[45] Una reflexión que daba que pensar, desde luego: ser la capital del mundo podría tornar a Roma en una ciudad menos romana.

Esta preocupación no era nueva. Ya en el primer siglo de la República, tras desatarse una obsesión por cultos estrafalarios, el Senado había aprobado legislación para garantizar que solo se adorara a los dioses tradicionales, y solo mediante los ritos tradicionales. Desde entonces, se habían producido numerosos intentos de purgar la ciudad de costumbres extranjeras. En el año 186 a. C., el Senado había llegado al extremo de lanzar una campaña de supresión del culto a Líber con el pretexto de que un adivino griego había pervertido sus rituales y fomentaba indescriptibles orgías. Los egipcios y los astrólogos de Mesopotamia también tendían a despertar un profundo recelo entre los ciudadanos de bien. Y más alarmantes todavía eran los sirios, que continuaban mostrando devoción a una diosa, flanqueada por leones y adornada con joyas, cuyo culto, siniestro como solo podía serlo un culto sirio, hacía tiempo que resultaba repulsivo a todos los romanos decentes. No había ningún valor lo bastante fundamental ni ninguna regla de decencia tan sagrada que sus adoradores no se atrevieran a pisotear aullando con frenesí y gozo al hacerlo. La diosa siria se había aparecido en sueños a esclavos y los había exhortado a rebelarse. Volvía locos a sus devotos más intensos, que por su inspiración le hacían ofrenda en sacrificio de sus propios testículos. Estos sacerdotes autocastrados se llamaban *galli,* desdichados que abandonaban los privilegios y las responsabilidades de la virilidad y elegían ser mujeres. Con sus rostros pintados, sus prendas de mujer, sus cuerpos depilados y su cabello teñido de rubio y peinado en trenzas, no podrían haber planteado una ofensa mayor a los valores romanos. No es sorprendente, entonces, que las autoridades hicieran todo lo posible para evitar que los ciudadanos se unieran a este culto, primero prohibiendo directamente la práctica de la autocastración y luego, a partir del 101 a. C., permitiéndola solo bajo una severísima supervisión. Sin embargo, ninguna de estas medidas hizo disminuir la popularidad del culto: por inquietante que fuera, parecía que a algunos romanos les gustaba mucho vivir como mujeres. Para cuando Claudio, rindiéndose ante lo inevitable, levantó finalmente todas las restricciones legales a

que los ciudadanos se convirtieran en *galli*, las procesiones en honor de la diosa siria, acompañadas de flautas, panderetas y espectaculares muestras de autolaceración, se habían convertido en algo habitual en Roma. Naturalmente, a los que seguían siendo fieles a los valores tradicionales, estos comportamientos les parecían vomitivos. «Si una diosa desea que la adoren de este modo», declaró Séneca de forma tajante, «es que no merece ser adorada».[46] No obstante, para los más modernos, una afirmación de devoción a la diosa siria se había convertido en una forma fácil y divertida de causar un escándalo. Los rumores decían, por ejemplo, que era la única diosa por cuyo culto Nerón sentía un poco de respeto.

Sin embargo, si de rarezas estrafalarias y asombrosas se trataba, ni siquiera las creencias de los sirios podían compararse con las de sus vecinos, los judíos. Inmigrantes de Judea llevaban asentándose en Roma desde hacía dos siglos, principalmente en las casas baratas que había al otro lado del Tíber, donde también se encontraba el principal templo de la diosa siria. A pesar de los muchos años transcurridos, conservaban todavía su identidad diferenciada. Ningún pueblo en el mundo tenía costumbres más perversas o absurdas. Se abstenían de comer cerdo; se tomaban un día de fiesta de cada siete, y se negaban con terquedad a adorar a ningún otro dios que no fuera el suyo. Sin embargo, los rituales y las creencias judías, aunque evidentemente grotescas, no estaban desprovistas de cierto *glamour*. Como los cultos de los egipcios o las cartas astrales de los mesopotámicos, seducían a los aficionados al exotismo. Por ello, desde el momento en que los judíos se habían asentado por primera vez en la ciudad, las autoridades habían tratado periódicamente de expulsarlos. Esta política, sin embargo, nunca se había demostrado efectiva. Ya fuera en el 139 a. C., cuando se prohibió a los judíos vivir en Roma «por intentar corromper los valores romanos»,[47] en el 19 d. C., cuando Tiberio había repetido la medida, o treinta años más tarde, cuando Claudio los había desterrado de nuevo por causar problemas a instancias de un siniestro agitador llamado Cresto,* siempre volvían a la ciudad. Una década

* Suetonio. *Claudio:* 25.4. Es posible, de hecho, es probable, que esta fuera una alusión a las discusiones entre la comunidad judía de Roma sobre la condición mesiánica que afirmaba poseer Jesús. Es cierto que Cresto era un nombre común, especialmente entre los esclavos; pero en contra de este argumento cabe señalar que no hay ningún registro de que ningún judío de Roma se hubiera llamado Cresto. Algunos estudiosos han

después de que Claudio los expulsara, ya habían regresado a Roma. La fascinación que eran capaces de ejercer y la correspondiente alarma que generaban en aquellos que despreciaban los rituales extranjeros llegaban hasta lo más alto. «Son el más malvado de los pueblos».[48] Probablemente la desconfianza que Séneca sentía hacia los judíos se vio confirmada por el interés que se decía que Popea tenía por sus enseñanzas. El atractivo de las supersticiones extranjeras, según parecía, alcanzaba hasta el mismo dormitorio del césar. Muchos en Roma, al contemplar los aposentos de los esclavos de sus propias casas, los santuarios construidos en las calles en honor a dioses misteriosos o los edificios de apartamentos donde se hacinaban inmigrantes procedentes de todos los rincones del mundo, temblaban al pensar en qué horripilantes ritos se debían de estar practicando en la ciudad.

El nerviosismo ante la llegada masiva de inmigrantes y por los peculiares cultos que habían traído consigo a Roma llegó a un punto crítico en el año 61, cuando el prefecto de la ciudad, el hombre que tenía la responsabilidad de mantener el orden en la capital, fue asesinado a puñaladas. Su asesino fue uno de sus propios esclavos, y eso, según los términos de una dura ley aprobada medio siglo antes, comportaba que todos los esclavos de la casa del hombre asesinado debían ser ejecutados. El salvajismo de tal castigo provocó un rechazo generalizado y, durante el debate sobre el tema en el Senado, pareció que la clemencia iba a imponerse. Al final, lo que inclinó a los senadores a apoyar la ejecución de los muchos cientos de esclavos que poseía el prefecto asesinado fue un espeluznante recordatorio de las numerosas prácticas extranjeras que se habían importado a Roma. «Ahora, recibimos en nuestras casas a naciones enteras y tenemos por esclavos a gentes de diversas costumbres, de extrañas religiones, y, por ventura, de ninguna. ¿Acaso hay mejor manera de frenar las insolencias de esta chusma que tenerlos en perpetuo temor?»[49] Con el argumento del terror como táctica, se aprobó aplicar la ley y se confirmaron las sentencias de muerte. En las calles, muchos de los que protestaban eran libertos o descendientes de esclavos, así que se produjeron coléricas manifestaciones. Una multitud armada con piedras y antorchas intentó evitar que se ejecutara la sentencia. En

---

sugerido que puede que Suetonio sacara su información de un informe policial y que «Cresto» fuera una transliteración deficiente de «Christus», Cristo. No es posible, en último termino, afirmar con seguridad cuál es la verdad.

lugar de permitir que los agitadores subvirtieran la ley, Nerón reprendió al pueblo con pregones públicos y ordenó a los soldados que formaran un cordón a lo largo de la ruta por la cual los desdichados esclavos iban a ser conducidos a su muerte. Sin embargo, el emperador no estaba dispuesto a sancionar un rencor sin límites. Cuando se propuso que se arrestara a los libertos del prefecto asesinado y se los deportara, Nerón vetó la moción. «Lo que la clemencia no ha valido moderar no debería ser agravado por la crueldad», declaró.[50]

Nerón tenía un talento especial para calibrar el sentimiento del pueblo. A diferencia de la mayoría de los senadores, cuyos prejuicios contra la *plebs sordida* no solían provenir de experiencias personales, el emperador conocía bien las partes más sórdidas de la ciudad. Cuando era joven, Otón y él habían ido a menudo a divertirse a los barrios pobres. Disfrazados de esclavos, habían bebido, robado y peleado en las zonas más depravadas de la ciudad. Como era de esperar, la opinión pública respetable se había escandalizado. Había causado especial conmoción el caso de un senador que había dado un puñetazo al joven que intentaba robarle, solo para descubrir más tarde que había sido César. El senador cometió el error de pedir disculpas en público y lo obligaron a suicidarse. Al sumergirse en los intestinos de Roma, Nerón estaba formándose en materias tan importantes como las que aprendía en las clases de su tutor. La virtud, según Séneca, era propia de las alturas de la ciudad, donde el aire era más limpio y noble; el vicio era un atributo de sus barrios bajos y sucios. «Tiende a merodear en las tinieblas, cerca de los baños públicos y las saunas, en lugares en los que se teme a las autoridades, blando, tibio, empapado de vino y de perfumes, pálido o cubierto de afeites y lleno de ungüentos como un cadáver».[51] Invectivas como esta, lejos de incitar a Nerón a alejarse del lumpen de la ciudad, lo habían animado a seguir probando sus placeres. Si se trataba de hacer que el pueblo romano se plegara a su voluntad, tenía mucha más experiencia que la que Séneca jamás tendría. Sabía perfectamente cuándo debía ofrecerles la zanahoria y cuándo el palo.

Un claro ejemplo de ello fue el nombramiento de Ofonio Tigelino como prefecto de los *vigiles*. Este hombre era un notorio oportunista que fácilmente podría haber acabado detenido por la guardia en lugar de convertido en su comandante. Tan atractivo como pobre, había iniciado su carrera como *gigoló*, actividad que —según se rumo-

reaba— lo había llevado hasta las camas de Livila y de Agripina. Condenado por adulterio y exiliado a Grecia, su condición se había visto reducida de forma tan humillante que había tenido que trabajar como mercader, antes de que el indulto de Claudio le permitiera regresar a Italia y establecerse como entrenador de caballos de carreras. A través de ese oficio, Tigelino se había hecho amigo íntimo de Nerón, quien lo convirtió en un hombre rico y, por si fuera poco, lo nombró caballero. Era lo bastante matón como para mantener el orden en las calles, pero también estaba bien versado en sus placeres, por lo que era el hombre ideal para los propósitos de su señor. El ascenso de Tigelino a la prefectura de los *vigiles* sería solo el comienzo. En el 62, el más sensible de todos los puestos a los que un ecuestre ambicioso podía acceder quedó vacante con el fallecimiento de Burro, tras una larga lucha contra un cáncer de garganta. Honesto y de fiar, el prefecto había sido un tipo de hombre muy distinto a Tigelino, y Nerón, consciente de ello, se aseguró de dividir el mando. No obstante, como uno de los dos prefectos de los pretorianos, Tigelino se encontraba en la posición perfecta para encargarse del trabajo sucio de su señor. Y resultó que había una cuestión en particular de la que se debía hacer cargo con especial premura.

Habían pasado tres años desde el asesinato de Agripina y, por fin, Nerón estaba listo para cortar el último cabo que unía su régimen al de su predecesor. A pesar de la humillantemente pública aventura de su marido con Popea, Octavia estuvo a salvo mientras Burro siguió con vida. Bella, digna y trágica, Octavia era precisamente el tipo de mujer que amaba el pueblo romano. Cuando, en una ocasión, Nerón insinuó la posibilidad de divorciarse de ella, Burro se mostró abiertamente displicente. «Claro, pero asegúrate de devolverle su dote», se mofó el prefecto.[52] Sin embargo, ahora Burro ya no estaba, y su sustituto no sentía la menor lealtad hacia la familia de Germánico. Al ordenar Nerón a su nuevo prefecto que lo librase de Octavia, Tigelino no vaciló. Se la acusó de adulterio, como siempre que era necesario desembarazarse de una princesa incómoda. Que el prefecto fuera un hombre tan célebre por su promiscuidad como su víctima lo era por su recato no le causó el menor remordimiento. «¡Sus partes pudendas están más limpias que tu boca!»[53] Eso le espetó una de las criadas de Octavia después de que Tigelino la torturara para obligarla a testificar

contra su señora. El prefecto ignoró el insulto. La mayoría de las criadas de Octavia tuvieron muchos menos reparos en abandonar el barco que se hundía. Octavia fue condenada por tener una aventura con un esclavo. Sin embargo, como Burro había advertido que sucedería, el pueblo romano se negó a aceptar la caída en desgracia de la hija de Claudio. Se produjeron disturbios por la ciudad. La gente derribó las estatuas de Popea y adornó con guirnaldas de flores las de Octavia. Durante un breve período, Nerón vaciló sobre qué hacer. Incluso llegó a proponer volver a casarse con su infeliz esposa. Pero luego, con la fabricación de otra acusación falsa más detallada y plausible contra ella, recuperó el valor. Hubo una segunda condena, y Octavia fue recluida en Pandateria. Poco después, fue ejecutada. Se envió la cabeza a Nerón, quien la ofreció como trofeo a su nueva esposa: Popea Sabina.

Un siglo antes, cuando los asesinos a las órdenes de los triunviros habían segado cabezas de miembros de la aristocracia, la cosecha había desencadenado una guerra a escala mundial. Ahora no sucedió nada parecido. Por mucho que las masas dieran muestras de su indignación en las calles de Roma porque Popea tuviera en su regazo la cabeza de Octavia, el orden que Nerón había conservado en el mundo durante casi una década no se vio amenazado. Las provincias siguieron en paz; las fronteras, seguras. En el 63, un año después de la decapitación de Octavia, se negoció una paz a largo plazo entre Roma y Partia. Se acordó que Tiridates, un hijo del rey parto, ascendiera al trono armenio, pero pronto, en algún momento, debía viajar a Roma para recibir su diadema en persona de manos de César. Aquello prometía un espectáculo que no podía haber sido mejor diseñado para despertar las fantasías de Nerón. Durante siglos, el pueblo romano había considerado que era su derecho conceder su favor a algunos reyes, pero nunca antes había existido la perspectiva de presenciar ese acto representado de verdad en el corazón de su ciudad.

Era muy cierto que el propio Nerón no había estado jamás, ni siquiera cerca, de Armenia. A pesar de que el Senado lo había saludado como *imperator* y de que se había erigido un arco en honor a su victoria en la cumbre del Capitolio, culminado con una estatua del emperador en toda su pompa triunfal, la verdad era que nunca había visto una legión, y mucho menos llevado a una al combate. Sin embargo, este era un detalle sin importancia. Nerón comprendía que, para un pueblo

tan alejado de los rigores de la vida militar, la imagen que ofrecía era infinitamente más importante y vívida que los confusos rumores de lejanas batallas. Lo que les importaba a sus conciudadanos no era si había tenido moscas correteando por sus heridas en alguna infernal frontera bárbara, sino la convicción de que su emperador podía encarnar el ideal de un príncipe de la paz. «Ya no habrá más guerras civiles como aquellas que conmocionaron al mundo; ya no habrá que lamentar más batallas como la de Filipos».[54] La misión de Nerón era hacer que la ciudad, y el mundo, lo creyeran.

Por supuesto, esta misma responsabilidad había impulsado la carrera de Augusto y llevado al establecimiento del gobierno de los césares, pero ahora corrían otros tiempos y las oportunidades que se abrían a un *princeps* ambicioso y con talento eran nuevas y diferentes. O esa, al menos, era la conclusión a la que Nerón había llegado tras casi una década en el poder. Los modos antiguos de hacer las cosas y la cargante herencia de obligaciones y tabús heredados del pasado ya no tenían por qué soportarse. Llegados a este punto, Nerón ya no toleraba que se restringiese de ninguna manera su libertad de acción. Todos los límites debían eliminarse. La cabeza de Octavia no fue la única que se entregó al emperador en el año 62. Sus asesinos también habían recibido órdenes de eliminar a dos destacados senadores relacionados con la familia Augusta. Uno de ellos era Rubelio Plauto, el bisnieto de Tiberio de quien se rumoreaba que había sido amante de Agripina y que vivía plácidamente en el exilio en la costa del Egeo; el otro, descendía de la hermana de Augusto. Al conocer la noticia de estas dos muertes, los senadores se estremecieron. Además, eran conscientes de que, por primera vez desde la llegada de Nerón al poder, uno de sus correligionarios había sido condenado por *maiestas*. Un agente de Tigelino, que había estado a cargo de la acusación en el tribunal, había informado de que un magistrado no solo había escrito una sátira sobre el emperador, sino que la había leído durante una cena; a pesar de que la sentencia de muerte, tras una intervención del indómito Trasea Peto, fue conmutada por una condena al exilio todos los senadores entendieron que debían darse por advertidos.

Para Séneca, en particular, la condena resultó tanto una desagradable sorpresa como una humillación. Encadenado como estaba a la rueda del régimen de Nerón, se veía impotente para hacer que el em-

perador cambiara lo que le parecía un rumbo desastroso y, al mismo tiempo, no podía abandonar el barco. La mejor solución que encontró fue pedir permiso a su antiguo pupilo para jubilarse parcialmente. En su retiro, su humor se tornó cada vez más sombrío. Encontraba señales de decadencia por todas partes, fuera en su delicada salud, en la figura de un porteador decrépito y desdentado que había visto por última vez cuando era un atractivo chaval esclavo o en un grupo de árboles nudosos que había plantado él mismo de joven. A Séneca le parecía que el mundo entero se precipitaba a la ruina. La amenaza de un apocalipsis universal torturaba su imaginación. El final, cuando llegara, vendría del mar: «Desde Occidente vendrán las olas, y también desde Oriente. Un solo día bastará para sepultar a toda la raza humana. Todas las cosas venerables que la fortuna ha preservado y celebrado, todo lo que es noble y bello, todos los grandes tronos y los grandes pueblos, todo acabará engullido por las aguas».[55]

La destrucción, sin embargo, podía ser un acto creativo. Nerón estaba convencido de ello. En su opinión, que un mundo aburrido y contaminado fuera purificado por el agua no era ninguna mala noticia. Mejor un nuevo comienzo que una muerte en vida. De haber conseguido su objetivo, las mismas multitudes que habían provocado disturbios para defender a la sosa y adusta Octavia jamás habrían podido disfrutar del espectáculo de Popea en el papel de la esposa de César. Proclamada Augusta por Nerón solo unos meses después de la celebración de su matrimonio, Popea resplandecía y brillaba como Agripina o Livia nunca se habían atrevido a brillar. Sus mulas llevaban herraduras de oro; se bañaba en leche de burra para preservar su perfecta tez; dio su nombre a líneas enteras de tratamientos de belleza. «Ojalá muera antes de hacerme vieja»:[56] esta plegaria de Popea, pronunciada justo después de verse reflejada desde un ángulo poco favorable en un espejo, resumía todo lo que su marido adoraba de ella. Coincidía con una de las convicciones más profundas del emperador: que solo la gente poco profunda no juzgaba por las apariencias. El espectáculo, la ilusión y el dramatismo eran las dimensiones del gobierno que realmente importaban. Por mucha atención que prestase Nerón al curso de la economía, su auténtica obsesión era un proyecto que sentía realmente digno de su tiempo y de su talento: rehacer la realidad.

En el verano del 64, el emperador se dispuso a transformar su capital en un escenario digno de las ambiciones y esperanzas que tenía para ella. Las plazas públicas de Roma se convirtieron en anfitrionas de una serie de espectaculares banquetes. «Era como si la ciudad entera fuera ahora el palacio de Nerón».[57] Lo más extravagante de todo fue una fiesta que Tigelino celebró a orillas de un lago en el Campo de Marte. Como había hecho durante los juegos celebrados en la otra orilla del Tíber cuatro años antes, Nerón se atiborró sobre una balsa lujosamente equipada con suaves alfombras y cojines de color púrpura. Barcos ornamentados con marfil y oro lo remolcaron sobre aguas plagadas de bestias exóticas. Los remeros, agrupados según la edad y su especialización, constituían la crema y nata de los prostitutos de Roma. Mientras tanto, en las orillas del lago, el pueblo romano se agolpó para disfrutar de una sensacional programación de espectáculos. El clamor por ellos no era sorprendente. Se había distribuido con generosidad comida y bebida, y en los muelles había burdeles que acogían a la más notable recopilación de rameras de la historia de Roma. Había esclavas y mujeres libres; profesionales y vírgenes; la escoria de los bajos fondos y las esposas de eminentes senadores... y a ninguna se le permitía rechazar a un cliente que deseara yacer con ella. Para la multitud que acudió a disfrutar de sus servicios, aquello fue un sueño hecho realidad: una fusión mágica de los placeres de la calle con los de palacio.

Nerón, familiarizado con ambos, había reconocido una verdad fundamental sobre el pueblo romano: que su fascinación por lo estremecedor y lo ilícito suponía no solo una amenaza, sino también una oportunidad. El escándalo solo era corrosivo para la autoridad de un líder con sentido del espectáculo si trataba de encubrirlo. Si lo aireaba con orgullo, si se regodeaba en él y lo restregaba en las narices a los aburridos, los tristes y los antiguos, el escándalo daba todavía más lustre a la autoridad natural del césar. Unos pocos días después del gran banquete de Tigelino, Nerón decidió poner a prueba su tesis de forma todavía más extravagante. Como si fuera uno de los *galli*, se hizo pintar y vestir de mujer y luego, entre el resplandor de antorchas de boda, se casó con uno de sus libertos. Lejos de celebrar con discreción una ceremonia que no podría haber sido diseñada con más precisión para enojar a los conservadores, hizo que se oficiara públicamente «hasta la parte que la noche oculta cuando la novia es una mujer».[58]

Fue todo una farsa, por supuesto. Nerón no hacía nada en serio, y esa era la clave de su carácter. Incluso la veneración que mostraba a la diosa siria ya no era la de antes. Con el tiempo, acabaría orinando sobre su estatua. Mientras un siniestro cometa brillaba en los cielos sobre Roma y hacía temer lo peor a todos aquellos a los que horrorizaban los espectáculos de su gobernante, los que comprendían mejor los mecanismos de la moda no podían sino recrearse en el mundo de fantasía que Nerón había desplegado ante ellos. Era un mundo en el que todo parecía posible.

Y, en efecto, así se demostró. La noche del 18 de julio, dos días después de que el cometa hubiera desaparecido finalmente del cielo, mientras una brillante luna llena relucía en el firmamento, estalló un incendio en Roma.[59] El fuego se inició en el extremo sur del Circo, en unas tiendas llenas de materiales inflamables y en muy poco tiempo escapó a los intentos de controlarlo y se extendió por toda la longitud del valle. Se propagó a una velocidad aterradora por los bloques de pisos de madera, pasando de un barrio a otro y ascendiendo raudo las laderas de las colinas de Roma. Los *vigiles* no podían hacer nada ante la magnitud y la intensidad de las llamas. El pánico se adueñó de la ciudad. Muchos corrieron en ayuda de sus vecinos y ayudaron a las personas discapacitadas a escapar de las garras del fuego. Sin embargo, otros recorrieron las calles de Roma en bandas que saqueaban las casas abandonadas y prendían con sus antorchas nuevos focos en zonas a las que el incendio no había llegado. Nadie sabía con seguridad quiénes eran esos vándalos, pues los rumores recorrían la ciudad con el mismo ardiente frenesí que las fieras llamas. Una muchedumbre de refugiados tiznados de hollín que habían perdido su hogar se refugió donde pudo; y Nerón, que se encontraba en Antium cuando se inició el incendio pero que había regresado a toda prisa para combatir el desastre, abrió tanto los edificios públicos del Campo de Marte como sus fincas y propiedades privadas para acogerlos. Mientras crecían improvisados barrios de chabolas entre el mármol y los parterres, la silueta de la ciudad que habían dejado atrás quedó cubierta en toda su longitud por un elevado *tsunami* de fuego. Al cabo de solo seis días y después de un frenético trabajo de demolición para crear un cortafuegos, consiguió detenerse el incendio. Pero ni siquiera entonces terminó la pesadilla. Estalló un segundo incendio, que ardió durante

tres días más hasta que fue extinguido, esta vez, según se demostraría, de forma definitiva.

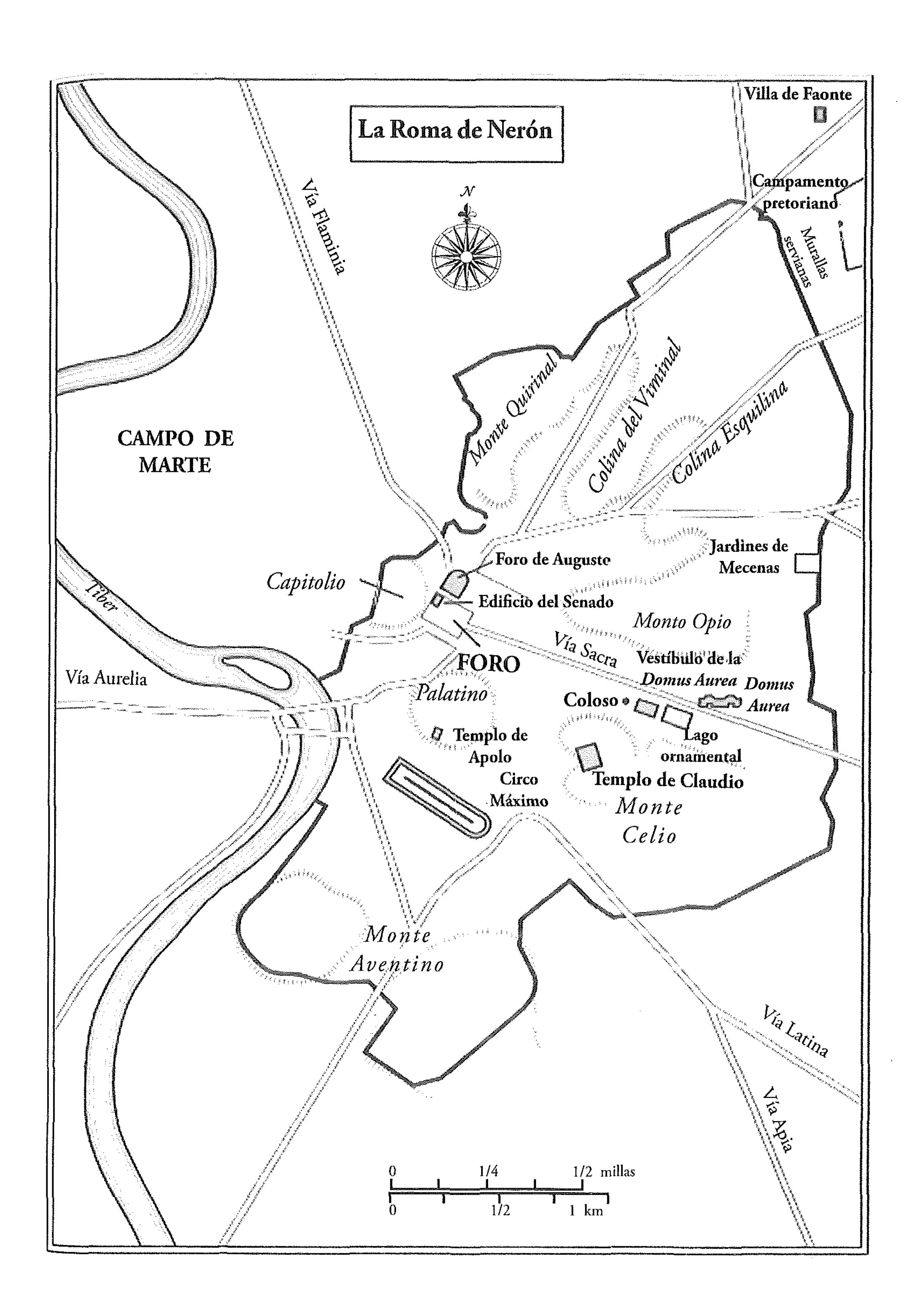
La catástrofe había reducido a humeantes ruinas entre un cuarto y un tercio de la capital del mundo.[60] Nerón, impaciente por conocer el alcance de los daños, y también con la intención de evitar que se saquearan los objetos de valor que hubieran sobrevivido a las llamas, prohibió a todo el mundo regresar a los distritos devastados por el fuego hasta que sus propios obreros hubieran cribado las ruinas. Los informes que estos operarios enviaron al emperador fueron desalentadores. Muchos de los monumentos más famosos de la ciudad habían quedado destruidos. Desde templos fundados por Rómulo y Servio Tulio hasta el propio gran anfiteatro de madera de Nerón, edificios de todas las épocas de la historia de Roma habían quedado reducidos a cenizas. Trofeos irreemplazables y valiosos tesoros, recuerdos del pasado a los que no se podía poner precio, se habían perdido para siempre. Y también se había perdido, y esto resultaba mucho más acuciante para los refugiados, una inmensa porción de las viviendas de la ciudad. Cientos de miles de personas habían perdido sus casas y todas sus pertenencias. Poco puede sorprendernos, pues, que la gente estuviera furiosa y desesperada. Parecía imposible que un incendio tan calamitoso y de tal magnitud pudiera haber sido provocado por un mero accidente. La gente no había olvidado haber visto bandas de misteriosas figuras encapuchadas agitando antorchas entre el fuego y las llamas. ¿Quiénes eran? La cuestión se debatía con febril intensidad en las inmensas extensiones de tiendas e improvisadas cabañas que ahora cubrían tanto el Campo de Marte como los jardines privados de Nerón. Los sufridos ciudadanos de Roma solo estaban seguros de una cosa: que los pirómanos, una vez fueran identificados, merecían sufrir un fin tan monstruoso como terrible había sido su crimen.

Todo ello se adaptaba perfectamente a las virtudes de Nerón. ¿Quién mejor para diseñar una venganza espectacular y teatral que el hombre que había intentado ahogar a su madre utilizando un yate convertido en una trampa? Desde luego, una vez los culpables fueron identificados y arrestados, se les dio una muerte grotesca y atroz. Algunos fueron devorados por perros de caza para entretenimiento de los espectadores; otros fueron crucificados de formas calculadas para hacerlos parecer ridículos. La necesidad de burlarse de los pirómanos además de vengarse de ellos

era apremiante, pues de otro modo se corría el riesgo de que acabaran convirtiéndose en una pesadilla dentro del imaginario colectivo que no dejaría de torturar nunca a los romanos. Los culpables resultaron ser la encarnación de los peores temores que los ciudadanos decentes siempre habían sentido hacia la inmigración: eran los seguidores de un culto siniestro, por no decir antisocial. Se hacían llamar «cristianos» en honor a su fundador, un criminal que había sido ejecutado en Judea en tiempos de Tiberio. Peores todavía que los judíos, cuyas enseñanzas, al menos, eran antiguas, los cristianos sentían «odio por las normas de la sociedad humana»:[61] despreciaban a los dioses y se burlaban de todos los que no pertenecían a su secta. ¿Quién podía dudar, al contemplar las humeantes ruinas de Roma, que eran la encarnación misma del enemigo interior? No obstante, gracias a los incansables esfuerzos del césar, los culpables habían sido identificados y todo iría bien. Nerón, siempre consciente de que había que ofrecer un espectáculo, diseñó una brillante atracción para tranquilizar a sus conciudadanos. No se dio caza a todos los cristianos como bestias salvajes ni se los crucificó. A algunos se los embadurnó de brea y se les prendió fuego para que sirvieran de antorchas humanas: un castigo adecuado a su crimen.* Colocados en los jardines privados del emperador, iluminaban las flores y las grutas que Nerón había invitado al pueblo romano a explorar. El propio Nerón, vestido de auriga, paseó afablemente entre sus conciudadanos, mezclándose con la multitud: era el perfecto ejemplo de un *princeps* responsable y popular. El mensaje había quedado claro. El fuego había sido doblegado, y con ello había sido sofocada también una amenazadora superstición. El futuro, gracias al liderazgo del césar, se presentaba radiante. Donde antes había oscuridad, ahora todo era luz.

Y todavía no se habían enfriado los escombros cuando este futuro brillante se vislumbró a lo largo y ancho de la ennegrecida y traumatizada capital. Nerón tenía grandes planes para Roma. La ciudad, célebre por los hacinados y serpenteantes callejones de sus barrios pobres, en los que altos bloques de pisos de madera habían sumergido en una sombra permanente a barrios enteros, sería remodelada por completo. Nerón aspiraba a redibujar completamente el mapa urbano, algo que nadie había estado en situación de hacer desde hacía siglos. No habría

* Según san Jerónimo, el número total de cristianos martirizados por Nerón fue de 979.



La Roma de Nerón
Villa de Faonte
Campamento pretoriano
Murallas servianas
Vía Flaminia
N
CAMPO DE MARTE
Monte Quirinal
Colina del Viminal
Colina Esquilina
Jardines de Mecenas
Foro de Augusto
Capitolio
Edificio del Senado
Tiber
Monto Opio
Vía Sacra
FORO
Vestíbulo de la Domus Aurea
Domus Aurea
Vía Aurelia
Palatino
Coloso
Templo de Apolo
Lago ornamental
Circo Máximo
Templo de Claudio
Monte Celio
Monte Aventino
Vía Latina
Vía Apia
0
1/4
1/2 millas
0
1/2
1 km

sitio para la fealdad, la cutrez ni la mugre en su capital. Avenidas amplias y espaciosas; bloques de pisos que no se elevarían hasta el cielo, sino que se construirían a una escala humana; fachadas hechas de piedra y adornadas con columnatas: estas eran sus recetas para la renovación de la ciudad de Roma. Incluso mientras obreros agradecidos por haber sido rescatados de la pobreza trabajaban para despejar la ciudad y arrojaban los escombros en las marismas más allá de Ostia, Nerón estaba ocupado mirando planos con sus arquitectos. No había tiempo que perder. Se ofrecieron incentivos a aquellos que completaran rápido sus proyectos de reconstrucción, y una ciudad que había sido arrasada pronto se alzó de nuevo. Diecisiete años antes, en los *Saepta* (el edificio en el que los romanos se reunían para votar) Claudio había exhibido lo que se decía que era un fénix: un ave maravillosa que, cada quinientos cuarenta años, se incineraba a sí misma en una intensa hoguera y luego renacía de entre sus cenizas. La exhibición no había sido un éxito: «Nadie tenía la menor duda de que era falso».[62] Sin embargo, lo que Nerón patrocinaba no era en absoluto un fraude. Roma había sido consumida por el fuego; ahora, desplegando su brillante plumaje dorado, volvía de nuevo a la vida. Un fénix, hermoso y espléndido, emergía de las cenizas.

En ningún lugar se hizo más majestuosamente evidente este resurgir que en el valle entre el Palatino y un par de colinas del este, el monte Celio y el Opio. Allí, los daños del incendio habían sido particularmente devastadores. El fuego lo había incinerado todo a su paso, incluido un palacio de Nerón y un templo en construcción dedicado a Claudio. Incluso el Palatino había sido azotado por la tempestad de las llamas, que habían alcanzado a lamer el mismo templo de Apolo. Edificios que se remontaban a la época de los reyes habían quedado destruidos, y lo mismo había sucedido con todas las venerables casas de la aristocracia que hasta ese momento, un siglo después del hundimiento de la República, se alzaban en la calle que salía del Foro y que habían sido testimonio del poder de las antiguas familias de Roma. Pero el desastre traía consigo una oportunidad. El fuego había despejado el suelo más caro del mundo y ahora se podía construir en él. Nerón no tenía intención de dejar escapar una oportunidad así. Aunque sus planes para sus conciudadanos eran ambiciosos, todavía lo eran más los que tenía para sí mismo. ¿Cómo iba un artista con su imaginación a confinar los límites de su vivienda al Palatino? Era demasiado pequeña, demasiado asfixian-

te. Pero si extendía su casa hasta el borde del Celio y el Opio, Nerón podría por fin vivir como debía un hombre de su alcurnia. Al igual que Apolo, cuyo genio para la poesía y la música tanto admiraba, y como el sol, cuya habilidad para conducir un carro había emulado durante tantos años, merecía un hogar que se adecuara a sus infinitos talentos. Tenía derecho a una casa que arrancara exclamaciones de admiración por parte del pueblo romano y los deslumbrara con su magnificencia: una casa de oro, una *Domus Aurea.*

Así que eso fue precisamente lo que Nerón encargó. Sus dos arquitectos eran ingenieros justamente célebres, famosos por su habilidad para trabajar en terrenos complicados y por su capacidad para convertir dichas complicaciones en ventajas; su principal pintor era un hombre tan consciente de su dignidad que pintaba siempre ataviado con su toga completa. Hombres como estos estuvieron a la altura del desafío que les planteó César e hicieron realidad sus sueños. La *Domus Aurea,* según la dibujaron a Nerón en sus planos, ofrecería al pueblo romano nada menos que una imagen de lo que significaba gobernar el mundo. Naturalmente, el complejo contaría con magníficos aposentos, imponentes fachadas y grandes obras de arte, eso se daba por supuesto. No obstante, más allá de todo ello, en el mismo corazón de la mayor ciudad que jamás había existido, Nerón planeaba construir algo completamente inesperado: un bello parque. Contaría con un gran lago, con edificios a su alrededor que representaban ciudades; campos arados y viñedos; bosques y pastos. Por él correrían animales silvestres y domesticados. No sería solo un palacio, sino mucho más. Sería un retrato de todas las tierras y mares que estaban bajo el dominio del césar.

Nerón llevaría el mundo gobernado por Roma al mismo corazón de la capital.

Tornando la oscuridad oro

En mayo del año 64, tres meses antes de la tormenta de fuego que asoló Roma, Nerón había viajado a Nápoles. Aunque nunca había necesitado una excusa para visitar la ciudad, en esta ocasión tenía un propósito concreto. Cinco años después de la fiesta celebrada para conmemorar su primer afeitado, Nerón decidió mostrar al público su talento con la

lira. Y ¿qué mejor sitio para debutar que en la ciudad griega más famosa de Italia? Sofisticada y cosmopolita, Nápoles prometía exactamente el tipo de público que Nerón deseaba. Era plenamente consciente de que los tradicionalistas de Roma echarían chispas. De hecho, eso formaba parte de la diversión. Al fin y al cabo, el espectáculo que se les ofrecía no era meramente innovador, sino decididamente vanguardista: «un emperador pisando las tablas del escenario».[63]

No se dejó nada al azar. Nerón organizó los preparativos para el gran acontecimiento de forma meticulosa. Durante meses, había hecho todo lo obvio que un cantante podía hacer para fortalecer su voz: administrarse enemas regularmente, tumbarse boca arriba con una pesa de plomo sobre el pecho e incluso no comer nada más que cebolletas en aceite durante varios días. Además, había traído consigo a Nápoles a cinco mil de sus fans y había ordenado a sus guardias que se unieran al público, si era necesario, para que no quedaran asientos vacíos. Se preocupaba en exceso. Se agotaron las localidades de todas las funciones. No solo el público local acudió en masa al teatro, sino que vino gente también de fuera de la ciudad. Entre ellos, había un grupo de visitantes venidos de Alejandría, cuyos rítmicos aplausos gustaron tanto a Nerón que ordenó a sus seguidores que se fijaran en ellos para aprender cómo se hacía. Era una superestrella afable y se mezclaba con su público tras cada espectáculo. Charlaba con ellos en griego y cenaba en a la vista de todos. La experiencia resultó un gran éxito.

Sin embargo, una noche, durante una de las funciones de Nerón, un terremoto sacudió el teatro en el que estaba actuando y causó graves desperfectos. El propio Nerón, llamando la atención sobre el hecho de que nadie había fallecido, consideró el seísmo una señal de aprobación divina y no tardó en escribir un poema proclamándolo. Otros no estaban tan seguros. A aquellos escandalizados por la forma en que Nerón se burlaba de las sensibilidades tradicionales les parecía que los cimientos sobre los que se erigía todo lo que había hecho grande a Roma estaban seriamente amenazados. Por si fuera poco, el incendio que se desencadenaría ese mismo verano en la capital sería de una escala tan manifiestamente colosal que la desgracia parecía indicar un desorden trascendental en los asuntos de los dioses y de los hombres. Aunque, en los días inmediatamente posteriores al incendio, Nerón se había esforzado por aplacar a los cielos con las súplicas más ostentosas

que fue capaz de proferir, ni estas ni la ejecución de los siniestros y obviamente sediciosos cristianos evitaron que empezaran a circular rumores contra el propio césar. Por mucha energía que mostrara a la hora de combatir las consecuencias de la catástrofe y por majestuosos que fueran sus planes para la renacida ciudad, no podía hacer gran cosa por aliviar de manera inmediata la miseria en la que vivían los que lo habían perdido todo en el incendio. Incluso cuando, con el paso de los meses, se retiraron los escombros, la ira siguió supurando como una herida infectada. Muchos ciudadanos, que sentían nostalgia por las callejuelas y las pequeñas viviendas que, por orden de Nerón, estaban siendo sustituidas por grandes avenidas y edificios de pocos pisos, se quejaban de que en la nueva ciudad no habría forma de escapar del sol. Todavía peor lo pasaron otros que tuvieron que soportar la agonía de ver como los topógrafos dibujaban las siluetas de lagos y parques sobre lo que hacía muy poco habían sido sus hogares. «El altivo Estado ha robado a los pobres sus viviendas».[64]

Y no solo a los pobres. También numerosos senadores habían perdido sus propiedades para hacer sitio a la *Domus Aurea* de Nerón. Incluso aquellos cuyos terrenos no habían sido expropiados eran muy conscientes de que, al ordenar la construcción de un parque en el centro de la ciudad, el césar estaba poniendo una losa sobre el cadáver de su prestigio. Durante más de un siglo, la sombra de un jardín perfumado por exóticas flores había sido el símbolo máximo del estatus en Roma. De Mecenas a Mesalina, la élite de la ciudad había anhelado con pasión poseer uno. Ahora, sin embargo, ya no tenía sentido competir por tener el mejor jardín. Rodeado de colinas, el gran parque de la *Domus Aurea* dejaba a la vista de todos los romanos pabellones y jardines que antes habían sido prerrogativa exclusiva de los superricos. A los pobres, al menos, les brindaba brisas frescas y les ofrecía un cambio con respecto a los habituales humos y ladrillos; para los senadores, aquellos jardines no eran más que una confirmación de que no eran nada en comparación con César. «Ahora solo hay en la ciudad una única casa».[65]

Que el familiar paisaje del centro de Roma se hubiera perdido para convertirse en un aburrido campo era un ejemplo de lo que más desconcertaba a los senadores de Nerón: su capacidad para difuminar los límites de todo lo que siempre habían dado por supuesto. A muchos les parecía un poder inquietante, pues dejaba entrever algo que no era

humano. Sin embargo, el propio Nerón no se asemejaba en absoluto a una manifestación de lo sobrehumano. De cuello corto y grueso, y regordete, nunca se había desecho del todo de la grasa propia de los bebés. No obstante, la imagen de César no se limitaba a la carne y el hueso. Nerón, que había transformado un yate en una trampa mortal y el Campo de Marte en un burdel, sabía muy bien cómo jugar con las expectativas de la gente. En el taller de Zenodoro, el escultor más famoso del mundo, se estaba forjando una cabeza de bronce de casi cuatro metros de altura.[66] Estaba diseñada para culminar una inmensa estatua que, cuando estuviera acabada, montaría guardia sobre la entrada de la *Domus Aurea.* Era un retrato del dorado auriga de los cielos, el Sol. Pero, en los contornos del rostro del dios, se vislumbraba más que un leve parecido con otro auriga. El Coloso, que es como se conocería la gran estatua de bronce, «estaba diseñado para parecerse al *princeps*».[67] Cuando se completara, la estatua luciría una corona cuyas puntas imitarían a los rayos del sol y representaría al guardián del mundo. Visible desde casi toda la ciudad, apuntaba a que el estatus de Nerón lindaba con lo divino.

Sin embargo, su rostro, visto desde cierto ángulo, parecía resplandecer con el brillo extraño de alguien que era más que humano y, también, visto desde otro, adoptar en sus rasgos el salvajismo de una bestia. De la infinidad de extraños juegos sexuales en los que se decía que había participado Nerón, ninguno parecía más inquietante que el que había combinado una simulación del desmembramiento de criminales con la nauseabunda práctica del sexo oral. Hombres y mujeres —o niños y niñas, según algunos rumores— habían sido supuestamente atados a unas estacas; Nerón, vestido con las pieles de un animal salvaje, había sido entonces liberado de una jaula y había fingido devorar sus partes privadas.[68] Escandalosa a todos los niveles, como invariablemente sucedía con todos sus espectáculos, la representación pornográfica se burlaba de forma siniestra de los orígenes del pueblo romano, cuya ciudad, como todo el mundo sabía, había sido fundada por un rey amamantado por una loba. Ahora, con buena parte de Roma en ruinas, parecía que Nerón intentara refundarla. Se decía incluso que quería rebautizarla como «Nerópolis».[69] Ciertos o no, estos rumores tenían amplia difusión. Podía creerse cualquier cosa de un hombre cuyo rostro, visto desde cierto ángulo, parecía el de un

dios y, desde otro, el de un hombre lobo. Y así fue como, en los meses que siguieron a la catástrofe del incendio, se empezó a escuchar entre los círculos patricios una acusación tan increíble, tan terriblemente monstruosa, que prestarle oídos era concebir a Nerón como el peor criminal de toda la historia de la ciudad. Se acusaba al césar, heredero de Augusto y el primer ciudadano de su pueblo, de haber prendido fuego a la ciudad de Roma.

La prueba más clara de este horrible cargo era, por supuesto, el partido que le había sacado a la calamidad que había padecido la ciudad; pero es que, además, cuando el incendio había empezado de nuevo una segunda vez, se había originado en una finca propiedad de Tigelino. Nerón, ostentoso y que no tenía reparos en recurrir al asesinato, ciertamente era dado a cometer crímenes de una escala mítica. ¿Qué era un poco de piromanía para un matricida confeso? Del mismo modo que la culpa que había mostrado por el asesinato de su madre había sido teatral y egocéntrica, se decía que el espectáculo de Roma ardiendo lo había inspirado a tomar la lira y cantar sobre la caída de Troya. Dónde se supone exactamente que había dado Nerón este recital es objeto de muchas disputas. Algunos dijeron que en su palacio, otros decían también que en el palacio, pero subido al tejado, y otros decían que en los jardines de Mecenas. Para los que estaban convencidos de su culpabilidad, los detalles concretos no eran importantes. Los rumores, como siempre en Roma, tenían la costumbre de alimentarse a sí mismos. Que la noche del incendio fuera de luna llena y, por tanto, la menos adecuada para provocar un incendio sin ser visto; que Nerón se hubiera lanzado a luchar contra las llamas con energía y determinación; que los costes de reparar los daños que había sufrido la ciudad fueran demoledores: ninguna de estas consideraciones sirvió para extinguir las habladurías sobre su culpabilidad.* Como había sucedido con el incendio, estos rumores se extendieron muy

* Todos los historiadores de la antigüedad cuya obra ha llegado a nosotros dan por sentado que Nerón es culpable, con la significativa excepción de Tácito. Este dice lo siguiente: «Si el desastre fue resultado de un accidente o de un acto criminal del *príncep*s, no está claro. Ambos puntos de vista tienen historiadores que los defienden». Lo mismo sucede hoy, aunque una sustancial mayoría de historiadores se inclinan por exonerar a Nerón. El veredicto que yo pronunciaría es el de «no está probado», que, dadas las circunstancias, me parece condena suficiente.

rápido y pronto, al avecinarse el año nuevo, sus llamas empezaron a lamer los cimientos del régimen de Nerón.

«Mataste a tu madre y a tu mujer, y te hiciste auriga, actor y, finalmente, pirómano».[70] La lista de cargos era larga. En los escalafones superiores de la sociedad romana, pocos dudaban de que Nerón, si se le permitía vivir, seguiría engordándola. Matar a un césar era, por supuesto, espantoso; pero a principios del 65, un número suficiente de notables se convenció de que era necesario iniciar una conspiración para liquidar a Nerón. Un gran número de senadores y caballeros se unieron al complot; y, lo que no era menos importante, también lo hicieron una serie de pretorianos. El oficial de mayor rango que se sumó al complot fue Fenio Rufo, quien, tras la muerte de Burro, había sido nombrado prefecto junto a Tigelino y cuya reputación de hombre honesto era tan impresionante como vergonzosa era la de su colega. La presencia de un hombre así entre las filas de los conspiradores ayudó a disparar su número, dio fuerzas a los que dudaban y aportó al complot una base más amplia que la que había tenido ninguna conspiración desde la que se había forjado para derrocar a Julio César más de un siglo antes. No es que los conspiradores tuvieran la menor intención de restaurar la República. Trasea Peto, el hombre que, más que ningún otro, se había convertido en la conciencia del Senado y que conmemoraba diligentemente los cumpleaños de Bruto y Casio, no fue invitado a formar parte de la conspiración. El objetivo que tenían en mente los conspiradores era reemplazar a Nerón por un nuevo césar. Casi medio siglo después de la caída en desgracia y el suicidio de Cneo Calpurnio Pisón, fue un vástago de la misma ilustre familia en quien los conspiradores se fijaron para que fuera su testaferro. Cayo Calpurnio Pisón combinaba una distinguida carrera pública con un carácter amable y encantador: era un hombre que resultaba fácil imaginar como emperador sin estremecerse ante la perspectiva. Cierto, no tenía el menor vínculo con la familia Augusta, pero eso podía arreglarse. Octavia no había sido la única hija que había tenido Claudio. Había una segunda hija, todavía viva, que andaba por la treintena: Antonia. Se acordó entre los conspiradores que Pisón se divorciaría de su mujer y se casaría con ella. El vínculo que esa unión establecería con Augusto, aunque tenue, bastaría —esperaban— para satisfacer al pueblo romano. Luego, confiaban en que el talento de Pisón para hacerse popular hiciera el resto. Incluso Séneca,

dividido entre la lealtad residual que sentía hacia Nerón y el horror al ver en lo que se había convertido su pupilo, estaba dispuesto a considerar la posibilidad de favorecer la llegada de un nuevo césar. Entre los conspiradores, algunos llegaron a albergar la esperanza de que él mismo acabaría convirtiéndose en emperador. Aunque el filósofo, enfermo y medio jubilado, se negó a recibir a Pisón en persona, no traicionó al pretendiente al trono cuando este lo sondeó. En lugar de ello, trató de ganar tiempo: «Hazle saber», dijo al emisario de Pisón con calculada ambivalencia, «que mi propia seguridad está ligada a su bienestar».[71]

Las visiones de un cataclismo universal seguían torturando al anciano. En sus pesadillas, imaginaba el cielo oscureciéndose y el mundo entero precipitándose hacia la oscuridad. Sin embargo, contemplar la catástrofe era, en cierto modo, liberador. Cuando las cosas no podían ir peor, la sumisión ya no era una opción viable. «Ningún hombre es más desgraciado que aquel que nunca se enfrenta a la adversidad, pues no puede probarse a sí mismo».[72] Hubo un tiempo en que los líderes del Senado habrían demostrado la verdad de esta máxima en la línea de combate, luchando por la grandeza de su ciudad entre vísceras y montones de infectas moscas, o muriendo en el intento; pero esos días pertenecían al pasado. Ahora, el campo de batalla en el que los ciudadanos más eminentes de Roma podían demostrar su coraje se había reducido dramáticamente. Lo que no había cambiado eran las cualidades necesarias para entrar en él. «No importa cómo se manifieste, el valor y la medida de la *virtus* siempre es la misma».[73] El valor necesario para atacar a Nerón en el circo, a la vista del pueblo, como planeaban hacer los conspiradores, era impresionante. Cuando se le sugirió a Pisón invitase a su víctima a Bayas, a la lujosa villa que poseía allí, y cometiera el acto en privado, se negó en redondo con desprecio. Tenía que hacerse en público o no hacerse en absoluto. A menos que la sangre de Nerón se derramara en la capital, nunca serviría para purificar sus crímenes. Por eso, Flavio Escevino, el senador que había reclamado el honor de asestar el primer golpe, no se contentaba con hacerlo con su propia daga, sino que tomó una de un templo. El asesinato no sería un acto sórdido: sería un sacrificio.

Pero vivir con esperanza, como bien sabía Séneca, era también vivir con la posibilidad del fracaso. «Aquellos que lo hacen descubren que el futuro inmediato escapa siempre de su alcance y que luego aparecen la desesperación y el miedo a la muerte, esa maldición que envenena

todo lo demás».[74] Y así se demostró. Cuando llegaron a Séneca, que esperaba nervioso en su villa, las noticias de cómo había resultado la conspiración, no podían ser peores. Un liberto de la casa de Escevino, que sospechó que algo sucedía cuando su señor le pidió que afilara su daga, delató a los conspiradores. Pisón, a pesar de que sus seguidores lo apremiaron a llevar a cabo el golpe, desesperó al pensar en la popularidad de Nerón entre el pueblo y se suicidó. Se realizaron arrestos por toda la ciudad. Hilera tras hilera de sospechosos encadenados fueron juzgados. Se exprimió a los informadores, se consiguieron confesiones y se ejecutó a los culpables. «Los orígenes, el progreso y la supresión de la conspiración fueron perfectamente documentados».[75] No había donde esconderse. Cuando Séneca, que regresaba a Roma desde Campania, fue detenido a seis kilómetros de la ciudad por un oficial pretoriano y se le exigió que explicara el mensaje que había enviado a Pisón, supo que no había nada que pudiera decir, que ninguna protesta de inocencia le salvaría la vida. Siempre le había obsesionado la muerte. La habilidad de mirarla a la cara y, si era necesario, recibirla con agrado siempre había constituido para él la auténtica medida del valor de un hombre. Ahora había llegado al fin el momento en que él debía enfrentarse a esa prueba. Séneca se preparó para superarla.

Regresó a su villa, donde un pelotón de pretorianos trajo la confirmación oficial de Nerón de que, en efecto, se esperaba de él que se quitara la vida. Su suicidio, al final, se demostraría lento y agónico. Primero se cortó las venas en las muñecas, luego en los tobillos y, finalmente, en las corvas, pero ni aun así manó la sangre necesaria. Una copa de cicuta que tenía preparada en caso de necesitarla tampoco funcionó. Solo cuando sus esclavos lo llevaron al baño y lo colocaron en una bañera llena de agua muy caliente, sintió al fin que su vida lo abandonaba. Murió como había vivido: como un filósofo. En sus últimos momentos, no pudo evitar pensar en el desgarrador y más grande fracaso de su vida. Justo antes de abrirse las venas, Séneca acusó a su antiguo discípulo de los crímenes que durante tanto tiempo se había visto obligado a encubrir. «Después de matar a su madre y a su hermano, ¿qué le quedaba a Nerón, sino matar a su maestro y mentor?».[76] Estas palabras, como el moribundo filósofo sabía muy bien, tuvieron una enorme difusión y un gran impacto, y constituyeron una acusación desde la tumba contra el césar. El propio Nerón, a pesar de la alegría que se dice que sintió

cuando le llegó noticia del suicidio de Séneca, no pudo evitar sentirse herido. Primero su madre y ahora su tutor: las últimas palabras de ambos habían sido para condenarlo por ser un monstruo.

Desde que Claudio lo adoptó, el deseo de Nerón de recrearse en los vítores del pueblo romano había estado en conflicto con su paranoia. En la lucha por equilibrar estos dos impulsos, había sacrificado repetidamente a aquellos más cercanos a él. Ahora, sin embargo, con la revelación del complot de Pisón, había quedado descarnadamente expuesta su impopularidad entre la élite romana. Se había levantado una piedra, y los odios que habían quedado a la vista de Nerón le parecían tan despreciables como una colonia de cucarachas rastreras correteando y huyendo hacia las rendijas. El odio del Senado no lo sorprendió demasiado. Al fin y al cabo, Nerón se había dedicado a escandalizar a sus miembros y a burlarse de sus ideales. La auténtica conmoción fue descubrir que la traición había llegado al campamento de los pretorianos. Fenio Rufo, su prefecto, había jugado desesperadamente a dos bandas, torturando y ejecutando a sus compañeros conspiradores mientras les seguía haciendo guiños cuando nadie se fijaba; pero ese particular doble juego terminó de una vez por todas cuando un indignado Escevino lo delató y destruyó su coartada. Otros oficiales, sin embargo, en lugar de ocultar su papel en la conspiración, se enorgullecieron de él. ¿Por qué —preguntó Nerón a uno de ellos— había quebrantado su juramento de fidelidad? «Porque», respondió el centurión, «no había otra forma de redimirte de tus crímenes».[77] No obstante, según tuvo ocasión de comprobar Nerón, tenía muchos menos escrúpulos morales. Por ello, tras reprimir la conspiración y ejecutar a los oficiales que se demostró que habían participado en ella, se aseguró de destinar ingentes cantidades de dinero a reforzar la lealtad de los pretorianos. Llovieron sobre ellos enormes sobornos y nuevos privilegios: nada de lo que se les daba era demasiado. Por otra parte, Nerón ya había tenido bastante de prefectos con escrúpulos. El nuevo colega que escogió para Tigelino tenía una reputación tan terrible como la suya. Ninfidio Sabino era un hombre alto y de rostro lúgubre, nieto del poderoso liberto de Claudio, Calisto. Se rumoreaba que su madre había trabajado como prostituta en los aposentos de los esclavos del Palatino. Su padre, según los rumores, había sido Calígula.

El Senado podía muy bien encogerse de miedo. Nerón estaba cansado de las ínfulas y pretensiones de los senadores. Su desprecio, evidente desde hacía mucho tiempo, ahora se intensificó. El ascenso de Ninfidio, la erección de sendas estatuas a Tigelino tanto en el Palatino como en el Foro y la concesión de honores a aquellos de sus partidarios que habían conseguido asegurar condenas durante los juicios por traición: todo proclamaba con claridad que la paciencia del César se había agotado Pero la conspiración de Pisón no solo había confirmado las sospechas de Nerón respecto a la nobleza. También había demostrado su necesidad de ser amado. En efecto, apenas se hubo secado la sangre de los conspiradores ejecutados, Nerón se preparó para cumplir un sueño que tenía desde hacía mucho tiempo: actuar en el escenario público más importante de todos, la propia Roma.

La ocasión no se celebraba en un ambiente propicio. La peste había hecho mella en la ciudad. En las calles resonaban lamentos de duelo y abundaban las piras funerarias. La multitud que llenó el teatro necesitaba algo que les levantara el ánimo. Nerón se lo dio. Para horror de los senadores que lo contemplaban, aunque para delicia de sus arrobados seguidores, César apareció en escena y recitó un poema. Luego abandonó el escenario, pero el público, golpeando las gradas con los pies y aplaudiendo, exigió su retorno y le pidió que «hiciera muestra pública de todos sus diversos talentos».[78] Aulo Vitelio, experto en la dirección artística de espectáculos de este tipo, se apresuró a salir ante su señor. Declarándose portavoz del pueblo, anunció que era el deseo universal de los romanos que César participara en el concurso en que se premiaba al mejor músico. Con coquetería, Nerón se dejó convencer. Cambió su atuendo por la larga toga y zapatos de plataforma de un citarista y regresó al escenario, esta vez con la lira en la mano. Acarició las cuerdas, se aclaró la garganta y empezó a cantar. Ni el sudor que pronto empapó su rostro fue capaz de detenerlo. Cuando hubo acabado la actuación, se hincó de rodillas y recibió el extático aplauso del público. El veredicto de los jueces, cuando fue anunciado, no sorprendió a nadie. Nerón, tras recibir la palma de la victoria, tuvo la cortesía de parecer aliviado; pero el auténtico premio fue escuchar los vítores de la multitud. Rítmicos y sincopados, resonaron en el cielo nocturno de Roma. Al absorber la adoración de su público, Nerón supo que era adorado de verdad.

Lo cual era algo positivo, pues sería un recuerdo que pronto tendría más razones que nunca para celebrar. Por muy profundamente que deseara la devoción del pueblo romano, no había ninguna duda de cuál era el amor de su vida. Tan glamurosa, a la última e inalcanzablemente *sexy* como siempre, Popea Sabina era ahora el doble de valiosa para Nerón, pues estaba embarazada. Ya un par de años antes había dado a su marido una hija y, aunque el bebé había muerto muy pronto, Popea había demostrado que era capaz de darle un heredero. Fue, pues, doblemente trágico que Nerón añadiera a la larga lista de personas cuya vida había llevado a su fin precisamente a la persona que menos se podía permitir perder. Nunca tuvo intención de matar a Popea. Fue una locura por parte de ella regañarlo solo por haber vuelto tarde a casa después de las carreras. Nerón estaba cansado y, por lo tanto, era previsible que perdiera los nervios con más facilidad; pero, aun así, nunca debería haberle dado una patada en el vientre.

El dolor de Nerón, empapado de culpa, fue de una magnitud titánica, adecuada al emperador. En el funeral de Popea, incineró todo el perfume que se consumía en Roma en un año entero y, luego, echó todavía más, por si acaso. En lugar de contemplar como el cuerpo de su amada se convertía en cenizas, prefirió, al igual que un faraón de la antigüedad, embalsamarlo antes de transportarlo al mausoleo de Augusto. La propia Popea fue declarada una diosa y se extorsionó a las principales damas de Roma para que donaran dinero para construirle un templo. Dejó de ser la esposa que había muerto en sórdidas y miserables circunstancias, con su hinchado vientre surcado por hematomas, y se convirtió en la deidad de la belleza y el deseo que reinaría durante toda la eternidad en los cielos: «Venus Sabina».[79]

Todo era muy propio de Nerón. Los que habían llegado a temerlo y lo detestaban no podían sino ver en el desdichado destino de Popea un reflejo del de la propia Roma. También a una ciudad se la podía maltratar, golpear y patear. La muerte de Popea, viniendo como vino después de la supresión de la conspiración de Pisón, no contribuyó a calmar los nervios de Nerón. «Por mucha gente que condenes a muerte», le había dicho Séneca tras el asesinato de Agripina, «nunca podrás matar a tu sucesor».[80] Nerón se había aceptado de boquilla esa admonición, pero ahora que había perdido a su hijo nonato ya no estaba dispuesto a hacerlo. Sin nadie de su sangre que pudiera sucederlo, su temor a sus

potenciales rivales se incrementó todavía más. Entre su madre y él habían diezmado el campo de familiares y, además del propio Nerón, ya solo quedaba vivo un descendiente varón de Augusto. Lucio Junio Silano era joven, pero no ingenuo. Cuando un grupo de soldados llegó al remoto pueblo italiano al que había sido exiliado, se resistió al arresto. Fue en vano. Aunque era un hombre fuerte, no llevaba espada. El centurión al mando del escuadrón de la muerte acabó con él de inmediato. Pronto sufrieron su mismo destino otras víctimas eminentes. Algunas, como Trasea Peto, eran viejos enemigos de un emperador que ya no estaba dispuesto a tolerar el menor resquicio de oposición. Otras eran hombres cuya larga experiencia al mando de legiones ponía nervioso a Nerón. Y otros eran hombres famosos por su riqueza. Un año después de las ejecuciones judiciales que siguieron a la conspiración de Pisón, a la élite de Roma le parecía que toda la nobleza se ahogaba en un mar de sangre.

Sin embargo, los perfumes que Nerón había quemado en honor a Popea y las especias con las que había rellenado su cadáver eran recordatorios de que el césar no solo era capaz de maltratar, sino también de embellecer. El dinero que confiscó a los senadores ejecutados por traición no se quedó ocioso en sus arcas. Ni tampoco el que llegó por la subida de impuestos que había empezado a imponer a las provincias, ni el ingreso de las fértiles tierras de África que había confiscado a sus propietarios, ni los tesoros que sus agentes estaban saqueando de templos a lo largo y ancho de todo el mundo romano. Por formidablemente caro que fuera reconstruir una ciudad tan grande como Roma, Nerón no era un hombre que escatimara dinero en las reparaciones. No tenía más alternativa que sacar fondos de donde pudiera, pues no invertir todo el dinero necesario para devolver el esplendor a la capital era impensable.

Valía la pena seguir cualquier pista. Cuando un caballero de Cartago informó sobre un extraordinario sueño que había tenido, en el que le habían mostrado un gran tesoro de lingotes enterrado bajo sus campo un milenio antes de que se fundara su ciudad y que aguardaba todavía a ser descubierto, Nerón envió un escuadrón entero de buscadores de tesoros para recuperarlo. Que tras una larga y cada vez más angustiosa excavación no se encontrara nada y que el propio cartaginés, mortificado, acabara suicidándose era una lástima, desde luego, pero no suponía un problema letal. Nerón seguía siendo fiel a lo que consideraba su

principal responsabilidad: deleitar a sus conciudadanos. A principios del verano del 66, la muy esperada llegada a Roma de Tiridates, que al fin había viajado a la capital desde Armenia para recibir su corona, le dio al emperador una ocasión perfecta para, literalmente, deslumbrar al pueblo romano. El día de la ceremonia, el sol se alzó sobre un Foro abarrotado de ciudadanos vestidos con togas de una blancura cegadora, circundados por pretorianos cuya armadura y estandartes «relucían como rayos».[81] Una vez se terminó la coronación, la celebración se repitió una segunda vez en el teatro de Pompeyo, donde el escenario, los muros e incluso la utilería habían recibido un baño de oro que daba a la escena una apariencia extravagantemente lujosa. Allí, bajo una elegante marquesina púrpura que retrataba a Nerón como un auriga celestial rodeado de estrellas doradas, Tiridates le juró obediencia. Nadie podía dudar, al contemplar al rey con sus bárbaros ropajes postrarse ante el césar, que los confines del mundo se habían sometido al centro del Imperio. Fue, desde luego, como reconoció todo el mundo, «un día de oro».[82]

¿Qué importaba que los barrios de chabolas que habitaban aquellos a los que el fuego había dejado sin hogar siguieran todavía en las afueras de la ciudad o que en habitaciones cercanas impregnadas con el sudor de la desesperación no se hubieran pospuesto los juicios por traición solo porque el rey de Armenia se encontrara en la ciudad? Cuando Tiridates volvió a casa, el oro se hubo retirado del teatro de Pompeyo y los pétalos de rosa hubieron barrido del Foro, el resplandor del *glamour* de Nerón no cesó. Más allá del Foro se alzaba el podio de la enorme estatua de bronce creada por Zenodoro, el Coloso a medio construir que, una vez completado, rozaría las estrellas con los rayos de su diadema. Más allá de la estatua, a su vez, se extendían el lago, los bosques y los campos que simulaban, en el corazón de la capital, las múltiples bellezas naturales del mundo. Mientras tanto, dorada y engalanada con joyas, la fachada de la *Domus Aurea* se extendía desde el pie del monte Opio y durante todo el verano daba la sensación de estar iluminada por fuego. Era como si, en el seno de la ciudad calcinada y nerviosa, hubiera construido su palacio el mismo Sol.

Nerón podía permitirse despreciar a sus enemigos. Durante más de una década, había estado tirando de las cadenas, ansioso por liberarse de las normas de un orden enmarañado y desfasado, y crear su propia

realidad, como correspondía al artista supremo que era. El Senado, herido y desmoralizado, parecía incapaz de plantear ninguna resistencia; el pueblo, arrebatado por su magistral sentido del espectáculo y de la fantasía, deseaba participar en las tareas de reconstrucción de la identidad romana. Parecía que no hubiese nada que Nerón no pudiera someter a su voluntad en última instancia, si así lo deseaba.

De vuelta a la realidad

A principios del otoño del año 66, una gran flota de barcos que transportaba a César y a su séquito entró en el puerto de Corinto.[83] Situado en el estrecho istmo que separaba la Grecia continental del Peloponeso, la ciudad era el tipo de lugar que gustaba a Nerón. Famosa por sus prostitutas y sus estatuas de bronce, también se enorgullecía de ser la sede de un famoso festival: los Juegos Ístmicos. Cada dos años, una enorme multitud se reunía a las afueras de Corinto para presenciar una serie de competiciones artísticas y deportivas. «Asia y Grecia entera se reúnen para estos juegos».[84] Ahora, sin embargo, un visitante de Italia planeaba hacer sentir presencia en el evento. Nerón, con sus triunfos en Nápoles y en Roma todavía recientes, tenía la intención de conquistar ahora el circuito de festivales de Grecia.

Obedeciendo a sus órdenes, los organizadores de los juegos más prestigiosos habían reprogramado sus actos para asegurarse de que todos pudieran celebrarse en el mismo año. Como consecuencia, los Juegos Olímpicos se pospusieron por primera vez en su historia, mientras que otros festivales se adelantaron especialmente. Nerón tenía intención de competir en todos ellos. Y, después, quería seguir hacia Oriente, donde pensaba granjearse todavía una mayor gloria sometiendo a los bárbaros que vivían al otro lado del Cáucaso. Era la primera vez desde la expedición de Claudio a Britania que un césar partía hacia las provincias; y, desde que Augusto había viajado por el Mediterráneo Oriental y recuperado las águilas perdidas ante los partos, ningún gobernante del mundo había planeado ausentarse durante tanto tiempo de Roma. La expectación que generaron las noticias de su llegada mientras Nerón viajaba hacia el este fue inmensa. Un astrólogo predijo que el césar convertiría el Peloponeso en una isla construyendo un canal que atravesaría



el istmo; otro predijo que se sentaría en un trono de oro en Jerusalén. Toda Grecia estaba impaciente.

Mientras tanto, en Roma, había muchos a los que desagradaba la aventura oriental de Nerón. Cuánto más exclusivo era el círculo, mayor era el ultraje que manifestaban sus miembros. El desprecio era, desde luego, completamente mutuo. Al ver bajar a los compañeros de viaje de Nerón por la pasarela del barco en el puerto de Corinto, quedó claro que la élite romana había quedado decisivamente eclipsada. Desde el retiro de Tiberio a Capri no se les había privado de forma tan humillante del acceso al césar. Mientras viajaba por la vía Apia de camino al barco que lo llevaría a Grecia, Nerón había sido alertado de un nuevo complot contra su vida, cuyo descubrimiento le confirmó en su desconfianza hacia el Senado, comparable ahora a la que había sentido Calígula. «Te detesto, César, porque perteneces al rango de los

senadores».[85] Este era un chiste que repetía a menudo en presencia de Nerón uno de sus secuaces, un exzapatero cojo llamado Vatinio. La broma siempre arrancaba una sonrisa al emperador. Cierto, no todos los senadores tenían vetado presentarse ante él. Con la mirada puesta en la futura campaña del Cáucaso, Nerón se aseguró de que lo acompañara en sus viajes algún militar con experiencia. Y un buen ejemplo de ello era un excónsul llamado Vespasiano. Un veterano que había participado en la conquista de Britania, cuyo historial de guerra compensaba por los pelos su desafortunado hábito de dormirse durante los recitales de Nerón. Sin embargo, lo cierto era que Vespasiano solo era de un linaje un poco mejor que el de Vatinio, y ni siquiera todos los mandos y las magistraturas que había detentado podían ocultar que su abuelo había sido un cobrador de deudas. Para los senadores cuyo linaje se remontaba a los inicios heroicos de Roma, era una profunda humillación. ¿Cómo iban a escoger entre un exzapatero y un campesino que había ascendido hasta convertirse en cónsul? Apenas importaba que Vatinio fuera un parásito malicioso y sin honor y Vespasiano, un héroe de guerra condecorado. Lo único relevante era que ambos disfrutaban de la atención del césar. El mundo estaba del revés.

Pero había cosas peores. Los soldados y los cortesanos no eran las únicas personas que conformaban el séquito del heredero de Augusto. También se contaban entre él ruidosas hordas de músicos, profesores de canto y entrenadores personales, pues no se podía esperar que Nerón participara en los Juegos Olímpicos o Ístmicos sin la ayuda de un numeroso equipo de preparadores. En Grecia, la cuna del teatro y del deporte de competición, la noción de que lo que pasara en un teatro o en la pista de carreras podía ser un reflejo de lo que sucedía en el mundo era familiar, pero nadie había tratado nunca de difuminar la frontera entre ambas esferas con una efectividad tan vertiginosa. Nerón no era, como la mayoría de los visitantes de la provincia, un turista. No le interesaba simplemente pasear entre los monumentos. La Grecia que había venido a experimentar no era una tierra de arte y antigüedades, sino de mitos todavía vivos. Unos juegos celebrados en Olimpia, en el Istmo, en Argos, donde había reinado Agamenón, o en Delfos, donde Apolo tenía su más famoso templo, ofrecían una comunión con los héroes legendarios del pasado que no podía encontrarse en ningún festival celebrado en Roma.

Por eso, competir en estos juegos otorgaba a los participantes un *glamour* especial y, por eso, a pesar de su estatus como césar, Nerón se negó a dar el primer puesto por supuesto. Sin el aliciente de una competición real, sus victorias no tendrían valor. En consecuencia, como cualquiera de los participantes en los juegos, fue presa del miedo escénico, hablaba mal de sus rivales a sus espaldas y vivía aterrorizado por los jueces. Fuera o no el gobernante del mundo, no pedía permitirse una actuación que le hiciera parecer un fraude, y todo el mundo lo sabía. Que los jueces, evento tras evento, no tuvieran otra opción que concederle el primer premio no disminuyó el auténtico asombro que muchos espectadores sintieron ante sus gestas. Todos los festivales más importantes de Grecia habían sido fundados por dioses o héroes de sangre real; y ahora, con la llegada de César para encabezarlos, los antiguos días de los que hablaban los poemas y las leyendas parecían haber vuelto a la vida. A lo largo de todo Oriente, allí donde había teatros o se celebraban competiciones deportivas, el *glamour* de las gestas de Nerón brillaba con luz propia. Los senadores romanos podían mofarse todo cuanto quisieran, pero Nerón tenía los ojos puestos no solo en la capital, sino en todas las tierras que gobernaba.

En Grecia, podía respirar con mayor libertad. Los asistentes a los grandes festivales estaban en sintonía con su sensibilidad. En Roma, por ejemplo, incluso Nerón había tenido dudas a la hora de subir a un escenario para representar un papel. Quienes, en aras del espectáculo, mostraban sus cuerpos ante la mirada del público, se envolvían en ropajes exóticos y recitaban las palabras de otros eran considerados por los ciudadanos romanos decentes poco mejores que las prostitutas. Esto explicaba su presencia, junto con los adúlteros y los gladiadores, entre la clase de gente que la ley definía como *infames*. Desaprobar el teatro era una venerable tradición romana. Los moralistas siempre lo habían condenado, pues lo consideraban una amenaza para «las cualidades viriles por las que el pueblo romano es célebre».[86] Se recriminaba con dureza que los actores tenían tendencia a ser afeminados. Pocas veces respetaban la frontera que existía entre la masculinidad y la feminidad. Se debía actuar con severidad para vigilar que no la transgredieran. Un actor, a quien le había parecido divertido mantener a una mujer casada como paje, con el pelo corto como el de un chico, había sido azotado y desterrado de Roma siguiendo órdenes directas del propio Augusto.

Los que interpretaban a otros en público eran subversivos en todos los niveles. Erosionaban incluso los valores más básicos y fundamentales. Al contemplar una obra en la que un esclavo interpretaba a Agamenón y se comportaba con imperiosa arrogancia en el escenario, Séneca reflexionó sobre la naturaleza ilusoria del rango. «¿Quién es el "Señor de Argos"?», musitó. «¡Pues es solo un esclavo!»[87]

No era probable que César sintiera esa ansiedad. Que Nerón, como tantos otros de los héroes que aparecían en el repertorio, descendiera de un dios y tuviera el poder de un rey confería a su aparición en el escenario un peso excepcional. Actuar le resultaba completamente natural. Durante los primeros días de su gobierno, pronunció ante el Senado un discurso que Séneca había escrito para él, y muchos se burlaron de él a sus espaldas: «pues aquellos con mucha memoria subrayaron que era el primer emperador que había necesitado elocuencia prestada».[88] Incluso entonces, sin embargo, Nerón penetró hasta el corazón de lo que significaba ser un *princeps*. Gobernar como césar era interpretar un papel. La actuación lo era todo. Ahora, en Grecia, la intención de Nerón era demostrárselo al mundo entero. Al subir al escenario, en ocasiones su máscara estaba pintada para que se pareciera al héroe que interpretaba, pero en otras, para que se pareciera a sí mismo. Nadie podía llamarse a error sobre lo que aquello daba a entender. Los acontecimientos de la vida de Nerón, sus muchas tribulaciones y pruebas, eran un tema dramático tan digno como cualquiera sacado de los mitos. Al verlo interpretar a Orestes, no podía ignorarse que el asesinato de Clitemnestra ahora competía con un segundo matricidio no menos terrible. Cuando interpretaba el papel de una mujer dando a luz, ¿cómo se podía evitar reflexionar sobre la tragedia que le había hecho perder a su heredero? Al portar una máscara que imitaba las facciones de Popea, ¿cómo podían olvidar los homicidas ataques de locura que los dioses habían provocado a tantos héroes de antigüedad y cómo podían no apiadarse de Nerón igual que de aquellos héroes? Fue una actuación propia de un virtuoso: desprendió a raudales visión de futuro, osadía y arrogancia. Solo Nerón habría sido capaz de intentar una cosa así y solo Nerón habría podido triunfar y conseguir un efecto tan asombroso.

No obstante, resucitar a Popea en el escenario era solo el principio. Nerón aspiraba también a doblegar la realidad a su voluntad. Estaba todavía embargado por el dolor de la pérdida. Tras la muerte de Popea,

había considerado brevemente casarse con Antonia, la única hija de Claudio que había sobrevivido; pero al ver que ella, como no era sorprendente, no había demostrado mucho entusiasmo por casarse con el asesino de su hermana, Nerón optó por ejecutarla por traición. Es significativo que su elección como nueva esposa fuera una mujer muy parecida a Popea. Estatilia Mesalina, que había estado casada con un cónsul ejecutado tras el descubrimiento de la conspiración de Pisón, tenía estilo y era bella e inteligente. Sin embargo, ni siquiera la fascinación que compartía con Nerón por adiestrar y reforzar su voz podía compensar, en opinión de su nuevo marido, su único e irreparable defecto: que no era Popea.[89] Es por ello por lo que, igual que Nerón se había deleitado durmiendo con una prostituta que se parecía a su madre, ahora ordenó que se buscara una doble de la mujer que había matado a patadas. Pronto se localizó a una mujer que se parecía mucho a Popea y se la llevó a la cama del emperador, pero, al cabo de poco tiempo, Nerón se cansó de ella. Enseguida se buscó a otra: una mujer irresistible con la piel suave y el cabello de color ámbar. Al recibir este premio, Nerón sintió que le habían devuelto a su mujer. Tan completamente imaginó que volvía a mirar su rostro, a acariciar sus mejillas y a tomarla entre sus brazos que creyó que Popea había abandonado su tumba y vuelto a él. Sin embargo, algo había cambiado en ella. A pesar de que el parecido era asombroso, no era una mujer lo que habían encontrado para Nerón, ni siquiera una niña. La doble, tan perfecta que convencía a un marido todavía en duelo, no era perfecta. La doble de Popea Sabina, el nuevo gran amor de Nerón, era un chico.

Nada era más efímero que la belleza de ese tipo. Como las flores en primavera, su gozo era más dulce por ser pasajero. Era esta cualidad la que hacía que los chicos con aspecto muy atractivo fueran un producto de lujo, de forma similar a como las ostras lucrinas eran muy apreciadas por quienes las compraban precisamente porque se estropeaban muy rápidamente. Un comerciante de esclavos, desesperado porque su mercancía no perdiera valor, podía usar huevos de hormigas para retrasar el nacimiento del pelo en las axilas de un chico y sangre de los testículos de un cordero para suavizar la piel de sus mejillas; antes que aceptar que un valioso joven había alcanzado la pubertad, un propietario podía llegar a vestirlo como una mujer «y mantenerlo sin barba afeitándole los cabellos o arrancándoselos de raíz».[90] Sin embargo, la triste realidad

era que solo había una opción segura de preservar el aspecto primaveral de un chaval, y Nerón ya la había ejecutado.

Esporo; así había apodado a su víctima: «semilla». A pesar de burlarse de los valores tradicionales, Nerón era todavía lo bastante romano como para que los eunucos le parecieran un poco cómicos. Si bien no eran tan siniestros como los *galli,* que se castraban voluntariamente, los chicos emasculados por orden de sus amos desprendían siempre el inconfundible aroma de la contracultura. Suaves, estériles y asociados desde y para siempre con los harenes de los déspotas orientales, era difícil pensar cómo podrían haber estado más alejados de las severas virtudes viriles romanas. Y eso, para la gente que tenía ojo para las modas y las seguía, era precisamente lo que los hacía tan interesantes. Mecenas escandalizó a los conservadores mientras administró Italia durante la campaña de Accio apareciendo en público con una escolta de dos eunucos; Sejano confirmó a los moralistas que estaban en lo correcto al despreciarlo al poseer a uno llamado Pezonte, que significaba «chico objeto», que se vendió por un precio récord que todavía, décadas después, provocaba suspiros de asombro.[91] Nerón, como era su costumbre, se limitó a ir más allá para escandalizar a los conservadores. Sí, Esporo había sido castrado para asegurar que su belleza perdurara, pero esa no había sido la única razón para caparlo. Al fin y al cabo, lo que Nerón quería llevarse a la cama no era un eunuco, sino a su difunta esposa. Quería recuperar a Popea Sabina.

Y ese fue el nombre que le dio a su doble. Como instructora para enseñarlo a convertirse en una Augusta, se asignó a Esporo una mujer de clase alta llamada Calvia Crispinila, cuyo currículum como experta en vestuario teatral no podría haber sido mejor. A la moda y aristócrata, también se había hecho célebre por ser la «instructora de Nerón en los placeres del sexo».[92] En sus manos, Esporo fue debidamente vestido con las ropas de Popea, se peinó su cabello al estilo de la fallecida emperatriz y se le maquilló el rostro con su característica línea de cosméticos. «Todo lo que hacía, tenía que hacerlo como una mujer»[93] y, no solo eso, sino como la esposa del césar. Esporo acompañó a Nerón en su viaje por Grecia, llevado en litera como si fuera la Augusta y asistido por un gran séquito de doncellas. Solo quedaba una cosa para que la transformación fuese completa. Las nupcias, que se celebraron durante la estancia de Nerón en Grecia, fueron decididamente tradicionales. La

novia, ataviada con un velo azafrán, fue entregada por Tigelino; se celebraron grandes fiestas por toda la provincia; incluso se hicieron votos a los dioses para que la feliz pareja tuviera hijos. Solo una cosa impedía que la ilusión fuera completa: que la anatomía de la nueva Popea Sabina no era femenina.

Pero hasta eso se intentó cambiar. De haber podido, Nerón habría extirpado los mutilados restos de los genitales de Esporo, rajado la carne de la entrepierna del desventurado chico y abierto en ella un hueco para implantar un útero. La absoluta imposibilidad de conseguir materializar esa ambición no impidió que se ofrecieran grandes recompensas a quien pudiera conseguirlo, fuera mediante cirugía o por otros medios más oscuros. La apertura de un canal donde no lo había era precisamente el tipo de proyecto que siempre había despertado la imaginación de Nerón. En Italia, había ordenado la construcción de un canal que se extendiera desde Puteoli hasta el Tíber, salvando una distancia de unos doscientos cuarenta kilómetros. Luego, en Grecia, aceptando el desafío que le habían planteado los oráculos, dio orden de que se abriese un canal que atravesara el istmo en cuanto llegó a Corinto. Era un proyecto de ingeniería diseñado para facilitar el transporte de mercancías comerciales, pero también mucho más. La ceremonia de inauguración del proyecto lo dejó diáfanamente claro. Emergiendo de una suntuosa tienda, Nerón comenzó a cantar un himno sobre ninfas marinas; luego, tomó un tridente dorado y lo clavó en la tierra tres veces. El césar declaró con orgullo que, al separar el Peloponeso de la Grecia continental, igualaba las grandes gestas de los héroes de las leyendas. Fantasía y un espectacular proyecto de infraestructura; tridentes dorados y masas de trabajadores esclavos; canciones sobre ninfas marinas y el sudor y esfuerzo de excavar la roca: todo ello era inimitablemente neroniano.

Pero ¿y si la realidad, en lugar de someterse a los dictados de su imaginación, insistía en desafiarlos? La entrepierna de Esporo seguía sin albergar una vagina; el canal que se suponía que tenía que unir Puteoli al Tíber parecía atascado en la bahía de Nápoles; las excavaciones en el istmo despertaron turbias advertencias a espaldas de Nerón de que estaba inmiscuyéndose en asuntos que correspondían a los dioses. Mientras tanto, más allá de los estadios y los teatros de Grecia, en las lejanas fronteras y en las remotas provincias, los asuntos del mundo no se habían detenido. Los informes que llegaban de Oriente eran particularmente

inquietantes. En Judea, las crecientes tensiones que tenían su origen en tiempos pasados desembocaron finalmente en una rebelión abierta. Las noticias de un intento fallido de restaurar el orden en Jerusalén llegaron a Nerón poco después de su llegada a Corinto. En lugar de abandonar su viaje por Grecia y dirigirse a Judea él mismo, optó por enviar allí al mejor hombre de entre los que tenía a mano: Vespasiano. Mientras tanto, en Roma, rumores de que se iba a abolir el Senado y de que se iba a entregar la responsabilidad del mando de las provincias a los ecuestres y al liberto de Nerón no contribuyeron precisamente a calmar los nervios. Los espías, atentos a posibles conspiraciones, detectaron un alarmante incremento en la correspondencia entre diversos gobernadores de la Galia y de Hispania. Entre ellos, destacaba el legado de Nerón en Lugdunum, un senador llamado Cayo Julio Víndex que descendía de una de las familias de reyes galos. «Físicamente en forma y de mente despierta, experimentado en la guerra y lo bastante audaz como para no acobardarse ante una empresa, por osada que fuera, combinaba un profundo amor por la libertad con una inmensa ambición».[94] Tales cualidades, en los últimos tiempos de la República, lo podrían haber convertido en uno de los protagonistas del gran juego de las guerras civiles, pero aquellos días habían quedado atrás hacía mucho. Nadie que no descendiera de Augusto podía aspirar ahora a gobernar el mundo. Al menos de eso, Nerón estaba seguro. Sin embargo, cuando le dijeron que Víndex había estado en comunicación con Galba, que llevaba ocho años siendo gobernador en Hispania, sintió un poco de preocupación. Experto, a estas alturas, en cortar las conspiraciones de raíz, dio órdenes a sus espías de que se acabara con Galba. Luego, después de haber impartido estas órdenes, Nerón centró su atención en algo más importante: su *tour* por Grecia.

Su gesta más atrevida e impresionante la realizó, como no podía ser de otra forma, durante el mayor acontecimiento deportivo de todos. De las muchas competiciones que se celebraban en Olimpia, ninguna podía compararse en puro peligro y en emoción con la carrera de carros. El evento se remontaba a los orígenes de los juegos y era la prueba reina, aquella en la que era necesario demostrar la mayor habilidad y coraje. Al participar en ella, Nerón se jugaba la vida, sobre todo porque, en lugar de competir con el tiro habitual de cuatro caballos, pensaba correr con uno de diez. Por supuesto, era el tipo de cosa que haría un dios, pero también requería un entrenamiento tan intenso que resulta-

ba imposible para alguien distraído por las obligaciones de gobierno del mundo romano. No es sorprendente, pues, que entre el polvo, los choques y las cerradísimas curvas, Nerón acabara arrojado al suelo. Al verlo tirado en la pista de tierra, hecho un ovillo para protegerse del paso de los demás carros, que no lo aplastaron por apenas unos centímetros, nadie lo habría culpado si hubiera decidido retirarse de la carrera. Pero era el césar, y estaba hecho de otra pasta. Conmocionado y magullado, insistió en subir de nuevo a su vehículo y seguir compitiendo. Aunque no consiguió completar la carrera, la multitud se puso en pie para aplaudirlo. Los jueces le concedieron el primer puesto.

Con una gesta de tal magnitud se había sellado una notable historia de amor. Por primera vez, un césar había apelado, pasando por encima del Senado, no solo al pueblo de Roma, sino a aquellos que no tenían la ciudadanía, a los habitantes de las provincias. El 28 de noviembre del 67, en una grandiosa ceremonia celebrada en Corinto, Nerón lo hizo oficial. «Hombres de Grecia, os concedo un regalo más allá de lo que podríais soñar». Les informó de que, a partir de ese momento, sus impuestos quedarían abolidos, un gesto de auténtica magnificencia. «Os concedo este favor por mi buena voluntad, no por piedad, y como gesto de gratitud a vuestros dioses, que me han cuidado y protegido siempre tanto en la tierra como en el mar».[95]

Mientras tanto, a lo largo y ancho del mundo romano, los recaudadores seguían apretando las tuercas a la población con los impuestos. Al mismo tiempo que ardía Judea, los provincianos del resto del Imperio eran exprimidos a conciencia para pagar los proyectos de reconstrucción de Roma y las futuras campañas de Nerón en Oriente. En la Galia, Hispania y África, el resentimiento hacia los agentes del emperador, «cuyas exacciones eran criminales, crueles y opresivas»,[96] crecía cada vez más. Aunque en Grecia y en las provincias orientales las gestas de Nerón eran muy conocidas y admiradas, en Hispania, el césar era objeto de burlas y las sátiras contra él se repetían a menudo y en voz alta. Galba, que había interceptado el mensaje enviado desde Grecia en el que se ordenaba su muerte, no hizo el menor intento por reprimirlas. Sin embargo, no estaba seguro todavía de hacer pública su oposición al régimen de Nerón. También otros gobernadores, por miedo a provocar las sospechas de su señor y por desconfianza hacia sus colegas, prefirieron aguardar al acecho y ver qué sucedía.

Pocos se engañaban respecto a lo que estaba en juego. Durante un siglo, el mundo había estado en paz. Nadie vivo recordaba la época en que un ciudadano se había enfrentado a otro. No obstante, los recuerdos del gran derramamiento de sangre que se había producido durante las guerras civiles, cuando los romanos casi se habían destruido a sí mismos y al mundo entero con ellos, seguían muy vivos. Al ofrecerse para servir a Nerón, Séneca había escogido hacer uso de un lenguaje que sabía que su joven señor apreciaría particularmente. Solo si se mantenían enganchados al carro de un césar, declaró, se librarían los romanos de la catástrofe: «pues si las riendas se soltaban, toda su grandeza y todo su poder quedarían reducidos a astillas».[97] No fue el único que defendió esta idea. Caballos lisiados, ruedas rotas y cadáveres cubiertos de polvo: en el mundo anterior a la supremacía de Augusto, los hombres habían vislumbrado una y otra vez en estos espectáculos la imagen de una ruina mucho mayor. Al fin y al cabo, ¿había algo más terrorífico para un pueblo que saber que se dirigía a gran velocidad y sin control hacia el desastre y que nada podría evitarlo? «Como cuando los carros salen de la barrera, ganan velocidad a cada vuelta y el auriga, llevado por los caballos, tira en vano de las riendas y siente que el carro no las obedece».[98] Por lo tanto, resulta comprensible que aquellos con legiones a su cargo dudaran si declarar una insurrección abierta; también es comprensible que las noticias del accidente de Nerón en los Juegos Olímpicos hicieran que los romanos reflexionaran largo y tendido.

Al final, el liberto que había nombrado para administrar la capital en su ausencia tuvo que viajar a Grecia personalmente para persuadir a su maestro de la magnitud de la crisis que se avecinaba y de que su regreso era desesperadamente necesario. Aunque privado de la oportunidad de continuar su viaje al Cáucaso y de jugar a ser general, Nerón no iba a dejar que eso le impidiera regresar a la ciudad causando un revuelo sensacional. Su entrada en Roma fue tan espectacular como los mayores desfiles presenciados jamás en la ciudad. De hecho, haciéndose eco de forma deliberada de los triunfos que habían sido concedidos a su tatarabuelo, entró montado en el carro que había usado Augusto. Sin embargo, Nerón estaba celebrando victorias que ningún romano había conseguido antes. Llevaba en su cabeza la corona de olivo que lo proclamaba como ganador de los Juegos Olímpicos; a su lado estaba el mundialmente famoso citarista a quien había derrotado en una

competición abierta. Pancartas proclamaban los títulos de Nerón y las numerosas coronas que había ganado en Grecia se exhibieron ante él, para gozo y edificación del pueblo romano. Mientras tanto, a lo largo de la perfumada ruta de la procesión, se liberaron pájaros cantores y se lanzaron a la entusiasmada multitud caramelos y cintas. «¡Ave Nerón, nuestro nuevo Apolo!», gritaban. «¡Augusto! ¡Augusto! ¡Oh, divina voz! ¡Benditos los que te oyen!»[99]

Ignorando las lúgubres advertencias de sus asesores de seguridad, Nerón se sentía seguro porque todavía gozaba del amor del pueblo romano. Siempre había recurrido a su incomparable dominio de la imagen para asombrar y confundir a sus enemigos, y no tenía intención de cambiar eso ahora. Sin embargo, la prueba más difícil estaba cada vez más cerca. En la Galia, donde Julio Víndex aguardaba, a la espera del momento adecuado para alzar la bandera de la rebelión, Nerón tenía un adversario con un dominio de la propaganda que rivalizaba con el suyo. En marzo del 68, se acuñó, por orden de Víndex, una moneda que mostraba dos dagas y un píleo, una especie de gorra que llevaban los esclavos cuando se les concedía la libertad. Era una ilustración muy significativa. Ciento doce años antes, tras los Idus de marzo, Bruto había emitido una moneda con un diseño casi idéntico; y dentro de poco se celebrarían de nuevo los Idus de marzo.[100] Nerón, que se había retirado a Nápoles para pasar allí la primavera, recibió la noticia de la rebelión a través del propio Víndex. El 19 de marzo, el día del aniversario de la muerte de su madre, el césar recibió una carta del gobernador rebelde. La coincidencia, de nuevo, fue significativa. Víndex sabía cómo hacer sangre. No contento con dirigirse a Nerón como «Enobarbo», echó sal en la herida despreciando la capacidad del emperador como músico. Nerón, herido hasta lo más profundo, no fue capaz de contener su indignación al verse tachado de mal citarista. «Preguntaba a menudo a los presentes, uno por uno, "si habían conocido a un músico más aventajado que él"».[101]

Sin embargo, Nerón actuaba en general como si la amenaza de la rebelión no le preocupase y le inspirara desprecio. Pasó más de una semana antes de que respondiera formalmente a la insultante carta de Víndex y, entre tanto, continuó con sus aficiones habituales mostrando una imagen de perfecta calma e indiferencia. Nerón sabía a qué se enfrentaba con Víndex. El musculoso sentido del deber, la exhibición

de valores marciales, la defensa de códigos morales que procedían de una época en la que el pueblo romano subsistía a base de nabos: era un compendio de todo lo que Nerón más despreciaba. En su intento de ignorar a la élite senatorial y dirigirse a las masas, a las que no importaban las anticuadas ínfulas patricias, se había burlado deliberadamente de todo lo que Víndex representaba, y continuaba haciéndolo. En lugar de dirigirse al Senado en persona, les envió una carta explicando que tenía la garganta irritada y que tenía que reservarse la voz para cantar. Cuando invitó a un puñado de senadores destacados para debatir la situación con ellos, pasó la mayor parte de la reunión mostrándoles sus planos para un nuevo tipo de órgano hidráulico e incluso les prometió que lo tocaría para ellos cuando llegara el momento... «si a Víndex no le parece mal».[102] El sarcasmo de Nerón no manaba de la desidia, sino de todo lo contrario: de su determinación a no responder nunca a la propaganda de sus enemigos como estos esperaban. Al salir borracho de un banquete una noche, declaró su intención de aparecer ante las legiones de Víndex desarmado y no hacer nada más que llorar; «e, invitando de nuevo al arrepentimiento a los disidentes, al día siguiente cantaría alegremente, en medio de la alegría de todos, unos epinicios* que ya debía empezar a componer».[103]

No obstante, entre bastidores, Nerón se tomó la amenaza a su régimen muy en serio. Aunque no pudo resistir la tentación de enviar una caravana de carros al frente cargada con sus diversos objetos de *atrezzo,* ni de armar a sus concubinas como amazonas y darles a todas ellas un corte de pelo militar, sabía perfectamente que no podía fiar su suerte al teatro. Así que ordenó a la fuerza expedicionaria que había preparado para viajar al Cáucaso que se desplazara a Italia, reclutó a un gran número de soldados, e incluso esclavos, formó apresuradamente legiones y envió a su ejército al norte, para que patrullara la frontera con la Galia. Para comandarlo, escogió a un antiguo gobernador de Britania llamado Petronio Turpiliano, que había demostrado su lealtad a Nerón con su destacado papel en la supresión de la conspiración de Pisón. Al mismo tiempo, se enviaron cartas al recién nombrado general del Norte, un hombre célebre por su integridad llamado Virginio Rufo, en las que se le ordenaba que reuniera a las legiones del Rin y marchara hacia el sur

* En la poesía griega antigua, himno triunfal. *(N. del T.)*

para enfrentarse a Víndex. Así pues, aunque hablara con despreocupación con los senadores sobre instrumentos musicales, Nerón estaba tranquilo gracias al ataque en pinza que había organizado contra sus enemigos. Parecía inevitable que los rebeldes fueran aplastados. Por si acaso, Nerón, además, ofreció una fortuna a quien le trajera la cabeza de Víndex.

Pero entonces, a mediados de abril, llegaron malas noticias. Galba, mostrando finalmente sus cartas, se había declarado legado no de César, sino del Senado y el pueblo romano. Reconociendo en el patricio veterano del frente germano un tipo de adversario más formidable que Víndex, Nerón se desmayó inmediatamente. Cuando volvió en sí, y su antigua nodriza le aseguró que muchos príncipes en el pasado se habían enfrentado a situaciones similares, despreció este bienintencionado intento de consolación informando a la mujer, con un tono brusco, de que los males a los que se enfrentaba no tenían ningún precedente. No obstante, lo peor estaba por llegar. La rebelión de Galba desencadenó muchas otras que habían estado aguardando pacientemente el momento de unirse a él. Entre estos rebeldes se encontraban algunos nombres familiares. Otón, que había sido esposo de Popea, aprovechó de inmediato la oportunidad para regresar de Hispania, donde era uno de los gobernadores, y juró sin reparos lealtad a Galba. Mientras tanto, en África, la siniestra Calvia Crispinila, tutora del desventurado Esporo en el arte de ser una Augusta, apostó por el gobernador de la provincia y lo incitó a unirse a la insurrección. Luego, en mayo, llegó el golpe más duro: una deserción todavía más cruel porque llegó se produjo justo en el momento en que la victoria parecía cercana. Los ejércitos del Rin se habían enfrentado a las fuerzas de Víndex y habían aniquilado a sus oponentes. El propio Víndex se había suicidado. Sin embargo, en lugar de renovar sus juramentos de fidelidad a Nerón en el campo de batalla, las legiones victoriosas saludaron a su general como emperador. Virginio, fiel a su prestigio de hombre honrado y cabal, rechazó el cargo, pero, a continuación, declaró su neutralidad en la lucha que se avecinaba por el control del mundo. Mientras tanto, se decía que Petronio, el general a quien Nerón había confiado la defensa del norte de Italia, también empezaba a vacilar en su lealtad al emperador. El hábito de obediencia a la casa de César, forjado por Augusto y sus herederos a lo largo de más de un siglo, parecía a punto de derrumbarse. Al fin y al cabo, la vieja agre-

sividad lobuna, el salvajismo de los romanos que habían sido testigos de la muerte de Remo a manos de Rómulo, nunca había sido domesticado. Cuando se habían encontrado, los soldados de las legiones de Virginio y de Víndex se habían arrojado unos contra otros embriagados por el éxtasis de la masacre y habían ignorado las órdenes de sus comandantes, que intentaban contenerlos. «El choque de la batalla fue tremendo, como el de carros cuyos caballos no obedecen a sus aurigas».[104] Parecía que las cosas volvían a ser como en los terribles días anteriores a la supremacía de Augusto. La situación cambiaba con rapidez y amenazaba con quedar pronto totalmente fuera de control.

Y Nerón, como experimentado auriga, era consciente de ello. Le llegaron las noticias de la deserción de Petronio mientras comía y, furioso, volcó la mesa y arrojó al suelo un par de valiosas copas. Luego, después de asegurarse una dosis de veneno, abandonó la magnificencia de la enorme *Domus Aurea* y se dirigió a una de sus villas lejos del centro. Allí, pensando qué opciones le quedaban, desesperó. Incluso los pretorianos, a los que había cortejado llegando al punto de la exageración, parecían dudar. Cuando Nerón apremió a sus oficiales a que lo siguieran al combate, trataron de ganar tiempo. «¿Tan gran desdicha es morir?»[105] Estas palabras, que un oficial pretoriano pronunció directamente delante de Nerón, fueron para el emperador como un puñal de hielo. Era evidente que el cáncer de la deslealtad llegaba al mismo corazón de su régimen. ¿Quedaba alguien próximo a él de cuya fidelidad pudiera estar totalmente seguro? Ciertamente, no había ni rastro de Tigelino ni de su colega en la prefectura del pretorio, Ninfidio Sabino. Ambos, comprendió Nerón, habían abandonado su causa. Ambos, en el momento en que más los necesitaba, habían demostrado merecer su reputación de ser hombres venales y traicioneros.

Cada vez más desesperado, Nerón empezó a ahora a dar vueltas en su cabeza a otros planes. ¿Debía dirigirse por la mañana al Foro vestido de negro y apelar directamente al pueblo romano, empleando todo su talento dramático? ¿O debía huir a Alejandría? Nerón decidió consultarlo con la almohada. Sin embargo, sus sueños fueron agridulces. El césar despertó a medianoche y descubrió, horrorizado, que su villa estaba casi vacía. Habían huido sus guardias y también sus amigos, e incluso los jardineros y los criados habían desaparecido. Para más inri, le habían robado su dosis de veneno. Durante unos instantes, Nerón se

planteó arrojarse a la corriente del Tíber y salió corriendo hacia el río en la oscuridad de la noche, pero en el último instante decidió que aún no estaba listo para abandonar toda esperanza y regresó al refugio de su vivienda. Todavía quedaban en la casa un puñado de fieles seguidores: Esporo, que con su bello rostro femenino y sus cabellos ámbar era un recuerdo de otros días más felices, y tres de sus ayudantes. Uno de estos, un liberto llamado Faonte, ofreció a su señor el uso de una villa al norte de Roma. Como no se le ocurrió una vía de escape mejor, Nerón aceptó. Todavía descalzo, se envolvió en una capa vieja y se cubrió la cabeza. Después, tras subir a un caballo, se cubrió el rostro con un pañuelo. Mientras los relámpagos sacudían el cielo y los truenos hacían temblar la tierra, él y sus cuatro compañeros salieron a la calle a medio galope e iniciaron su huida de Roma.

El viaje fue espeluznante. Al pasar junto al campamento pretoriano, los cinco jinetes oyeron gritos salvajes: profecías de la muerte de Nerón y el triunfo de Galba. Un viandante, al observar la velocidad a la que cabalgaban, asumió que estaban dando caza al emperador fugitivo y los arengó. Sin embargo, todavía más aterrador fue el hecho de que el caballo de Nerón se espantara por el hedor de un cadáver abandonado en el camino y que su brusco encabritarse hiciera que a Nerón se le cayera el pañuelo con el que se cubría el rostro. Un pretoriano licenciado lo reconoció. Sin embargo, el soldado no hizo nada; simplemente lo saludó. Así fue como, contra todo pronóstico, Nerón consiguió llegar a la villa de Faonte. Pero incluso allí hubo de soportar nuevas indignidades. Como Faonte insistió en que debían entrar por la puerta trasera, Nerón tuvo que atravesar espinos y matorrales, y luego, después de que sus compañeros cavaran un rudimentario túnel, tuvo que arrastrarse por él para pasar por debajo del muro. Exhausto y desesperado, llegó tambaleándose a los aposentos de los esclavos y se tendió en la primera habitación que encontró, un cuarto pequeño y sórdido sin ningún mueble en el que descansar excepto un colchón incómodo colocado sobre el suelo. Allí, mientras se lamentaba por la desgracia que le había tocado vivir, Nerón ordenó a sus compañeros que prepararan una pira y cavaran una tumba. Aun así, a pesar de que los demás lo apremiaban, él seguía dudando. La catástrofe de su caída lo había conmocionado. No conseguía reunir fuerzas para dar el último paso. Solo era capaz de llorar y lamentar la pérdida que su muerte sería para el mundo.

Entonces llegó uno de los correos de Faonte con una carta.* Nerón se la arrancó al hombre de la mano. La leyó y, al hacerlo, palideció todavía más. El Senado lo había declarado enemigo público. No iban a tener piedad con él. Los senadores, como si actuaran en honor de un tiempo en el que no había césares que les hicieran sombra, lo habían sentenciado a muerte por un medio tan salvaje como antiguo. Tenían la intención de arrancarle la ropa, ponerle un yugo, conducirlo por la calle de esa guisa mientras lo azotaban con varas hasta matarlo. Nerón sabía que, si no quería morir así, tenía que ocuparse él mismo de poner fin al asunto de una vez por todas. Cogió un par de dagas, comprobó que tuvieran la punta afilada y luego las volvió a dejar donde estaban. «Todavía no ha llegado la hora fatal», gritó.[106]

Pero sí había llegado. Mientras instruía a Esporo para que lo llorase como debía hacerlo una esposa, lamentándose y tirándose del cabello y de sus ropas, oyó el sonido de los cascos de caballos que resonaba cada vez más cercano a la villa. De nuevo, agarró su daga. Esta vez, con la ayuda de un liberto, reunió el valor para hundírsela en la garganta. Un centurión entró en la habitación y corrió a intentar detener la hemorragia con su capa, pero era demasiado tarde. «¡Esta sí que es lealtad!»,[107] murmuró el moribundo, y luego sus ojos se hincharon horriblemente. Nerón Claudio César Augusto Germánico estaba muerto.

Y con él, desaparecía la dinastía de la que había sido el último superviviente. Su extinción no fue una sorpresa para aquellos versados en el arte de interpretar presagios. En la villa que había sido propiedad de Livia, en el bosque de laureles, había cuatro árboles marchitos. Cada uno de ellos había sido plantado por un césar; y cada uno de ellos había muerto poco después de que muriera el césar que lo había plantado. Poco después del suicidio de Nerón, el árbol que él había plantado empezó a marchitarse y con él, empezando por las raíces, se secó todo el bosquecillo de laurel. También las gallinas que habían nacido de la que había caído milagrosamente del cielo sobre el regazo de Livia habían fallecido. El significado de este portento no podía ser más evidente. El linaje de César estaba destinado a acabar con Nerón, y así había sucedido. Desde luego, otros emperadores vendrían después, y todos

* Una intrigante explicación de esta carta es que Faonte había dicho a alguien a dónde se dirigía. La llegada de un escuadrón de la muerte poco después implica que los agentes de Galba podían estar entre los avisados.

recibirían el título de césar. Sin embargo, ninguno de ellos gobernaría como descendiente de Augusto. Galba, demasiado viejo, severo y malvado para servir a un pueblo que seguía medio enamorado de Nerón, no duró mucho; y, desde luego, en enero del 69, junto al lugar del Foro en el que Marco Curcio se había lanzado al abismo, fue abatido por las espadas de soldados. Otón se suicidó tres meses después; y ocho meses más tarde, fue ejecutado también Vitelio. Tres emperadores fallecieron en el transcurso de un año. Al final, fue Vespasiano, a su regreso de la guerra contra los judíos, quien se estableció como amo del mundo. Y no solo eso, sino que consiguió fundar una nueva dinastía. Cuando murió en su lecho, una década después, le sucedió su hijo mayor, quien, a su vez, fue sucedido por su hermano menor. Vespasiano acabó incluso siendo un dios, como Augusto y Claudio.

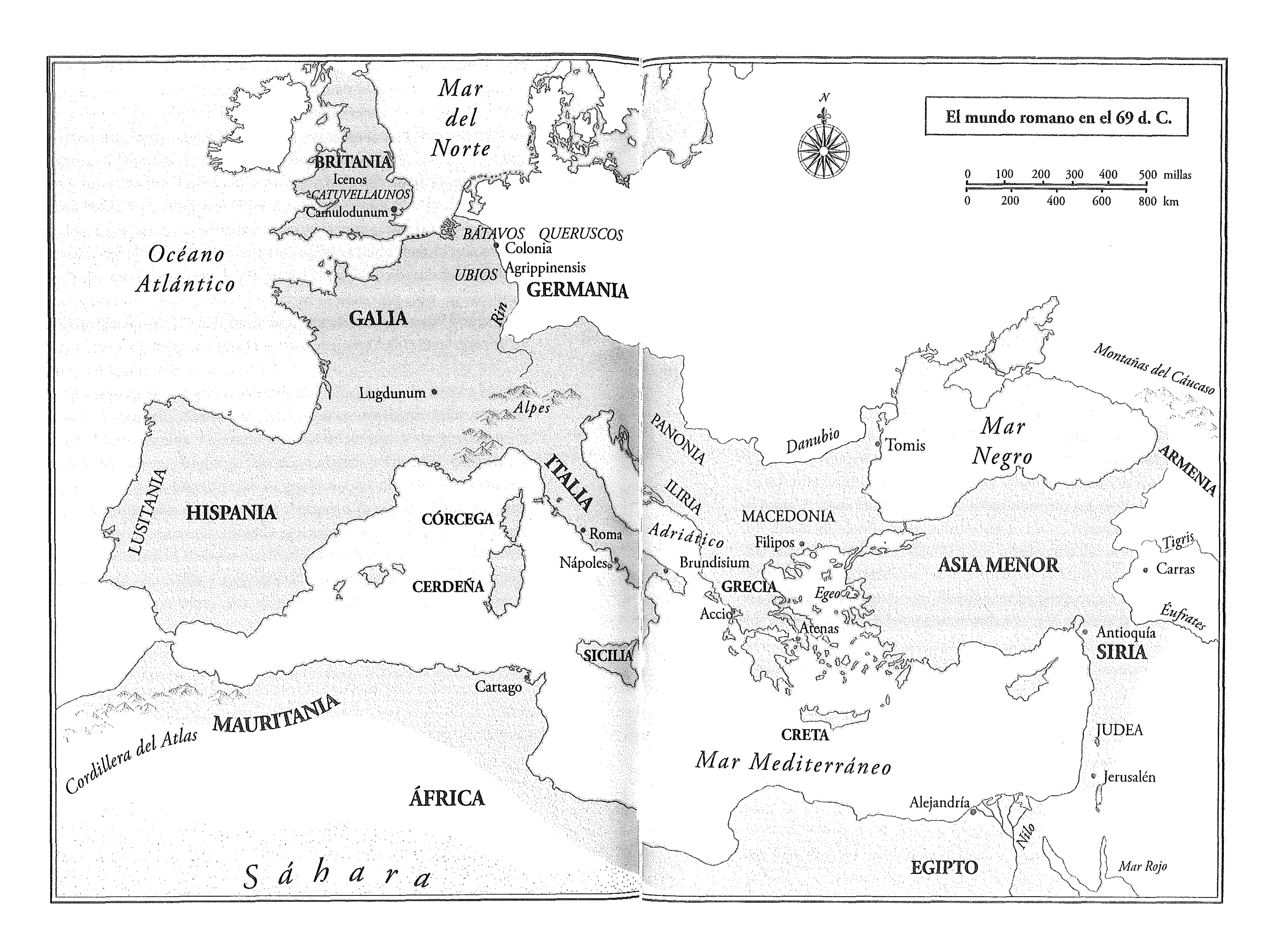
No obstante, el pueblo romano nunca más sería gobernado por emperadores con la potente aura y misticismo que la pertenencia a la familia Augusta había concedido a los herederos de Augusto. Al subirse a los escenarios, Nerón había acertado plenamente al reconocer en sí mismo las características de un mito. Toda su familia las poseía. La sangre que corría por sus venas estaba impregnada de lo sobrenatural. Era ciertamente justo que al fundador del linaje, que había sanado las heridas producidas por la guerra civil y plantado en el seno de un pueblo que odiaba a los reyes una invulnerable y duradera autocracia, se lo considerara un dios. El nombre de Augusto seguiría siendo sagrado mientras hubiera hombres que lucieran el título de césar. Servía para confirmar a la humanidad que un hombre a medio camino entre lo terrenal y lo divino podía, en efecto, reinar como un príncipe universal de la paz y ascender triunfante al cielo. Augusto, que había vencido a sus enemigos como ningún hombre lo había hecho en la historia, había triunfado finalmente también sobre la muerte. Y también lo habían hecho sus herederos. Incluso el fantasma de Calígula había vagado por la casa en la que había sido asesinado y por los jardines en los que se había incinerado su cuerpo. Cuando Nerón se suicidó y puso de ese modo fin al linaje de Augusto, muchos se negaron a creerlo. Décadas después, a lo largo y ancho de todo el mundo romano, la gente estaba convencida de que, algún día, Nerón volvería. «Todo el mundo querría que estuviera vivo todavía».[108]

Hasta los que más terriblemente habían sufrido por su causa y tenían motivos sobrados para maldecir su recuerdo reconocían el carisma

de los miembros de la casa de César. Unas tres décadas después del suicidio de Nerón, un cristiano llamado Juan plasmó en papel una visión sobre el fin del mundo que le había revelado un ángel. Del mar se alzaría una bestia con siete cabezas; «vi una de sus cabezas herida de muerte».[109] Muchos de los que leyeron la profecía de Juan se preguntaron horrorizados si esa herida no sería la herida de daga con la que Nerón había puesto fin a su vida.* La herida, según el ángel le había revelado a Juan, estaba destinada a sanar; y la bestia, que «era, y no es»,[110] se alzaría del abismo sin fin. Montada a sus espaldas habría una mujer; y la mujer estaría «vestida de púrpura y escarlata y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación».[111] Pocas veces antes la Roma gobernada por la familia Augusta había sido descrita de forma tan glamurosa.

«¡Qué gran artista perece conmigo!»[112] Eso había declarado Nerón, con su habitual falta de modestia, mientras se armaba de valor para suicidarse. No exageraba. Ciertamente, fue un artista, y sus predecesores también lo fueron. Augusto, Tiberio, Calígula y Claudio, cada uno a su manera, habían logrado que su gobierno del mundo se convirtiera en una leyenda que aportaría para siempre a la casa de César un aura misteriosa y sobrenatural. Pintada con sangre y oro, la historia de este linaje extraordinario siempre fascinaría al pueblo romano con su extraña mezcla de maravillas y horrores. Fueran dioses o no, no cabe duda de que los cinco primeros césares lograron convertirse en inmortales.

* Victorino de Pettau, un obispo de Panonia que fue martirizado en el año 303 d. C., fue el primer escritor cristiano en interpretar la herida en la garganta de la bestia como una alusión al suicidio de Nerón. La Biblia de Ginebra comenta sobre el tema lo siguiente: «Puede entenderse en referencia a Nerón, que instigó la primera persecución contra la Iglesia y luego se suicidó, de forma que la familia de César murió con él».



El mundo romano en el 69 d. C.
N
0 100 200 300 400 500 millas
0 200 400 600 800 km
Mar del Norte
BRITANIA
Icenos
CATUVELLAUNOS
Camulodunum
BÁTAVOS
QUERUSCOS
Colonia Agrippinensis
UBIOS
GERMANIA
Océano Atlántico
GALIA
Rin
Lugdunum
Alpes
PANONIA
Danubio
Tomis
Mar Negro
Montañas del Cáucaso
ARMENIA
ITALIA
HISPANIA
LUSITANIA
CÓRCEGA
Roma
ILIRIA
MACEDONIA
Adriático
Filipos
Brundisium
Nápoles
CERDEÑA
ASIA MENOR
Tigris
Carras
GRECIA
Egeo
Accio
Atenas
Éufrates
Antioquía
SIRIA
SICILIA
Cartago
MAURITANIA
Cordillera del Atlas
CRETA
JUDEA
Mar Mediterráneo
Jerusalén
ÁFRICA
Alejandría
Nilo
EGIPTO
Mar Rojo
Sáhara

Agradecimientos

Como siempre ocurre con mis libros, tengo una enorme deuda de gratitud con numerosas personas. A mis varios editores Richard Beswick, Gerry Howard, Frits van der Meij y Cristoph Selzer, por su apoyo, ayuda y consejos. A Ian Hunt, por todo el cariño y la paciencia con la que ha desenredado los nudos de mi manuscrito; mapas, líneas cronológicas y notas incluidos. A Susan de Soissons, la mejor y más amable directora de publicidad que un escritor pudiera aspirar a tener. A Patrick Walsh, el mejor de los agentes, y a todo el equipo de Conville and Walsh. A Guy de la Bédoyère, Paul Cartledge, Catherine Edwards, Llewelyn Morgan y Andrew Wallace-Hadrill, por haber iluminado con su enorme erudición mi manuscrito y haber sacado a la luz numerosos errores. A Dan Snow, quien de sobra remedió los efectos derivados de mi distanciamiento de la política del s. I a. C. Durante la celebración del referéndum escocés de 2014 con una lectura del primer borrador de *Dinastía*, con consecuencias inestimables. A Jamie Muir, quien (como ha hecho desde que escribí *Rubicón*) se ha leído cada uno de los capítulos a medida que yo los iba imprimiendo, y que además se ha esforzado al máximo al haberme acompañado en las profundidades del bosque de Teutoburgo. A Walter Donahue, quien se leyó de forma desinteresada el manuscrito de este libro, al igual que ha hecho con el resto de mis libros. A Gareth Blayney, por sus hermosas ilustraciones de la antigua Roma y haber aceptado a plasmar todo su talento en la cubierta de este libro. A Sophie Hay, por su amabilidad y entusiasmo, sus fotografías, su comparante el viaje en coche a Nemi y Spelunca.la misma imagen para la cubierta. on el resto de mis libros. A Gareth Blayney, por su compañía durante el viaje en coche a Nemi y Spelunca y su cuidadoso seguimiento de la evolución del avatar de mi cuenta de Twitter. A Laura Jeffrey, por haberse mostrado sinceramente satisfecha con los desagües del barco que Calígula utilizaba en su tiempo libre. A Stephen Key, por

haber encontrado el camino para llegar a Roma, Nemi y Spelunca por Sophie, Laura y por mí. A Mattia Buondonno, por su hospitalidad y su entusiasmo cuando nos recibió en Pompeya. A Charlie Campbell, por haberme dado la oportunidad de jugar un partido de críquet en el estadio Lord's Cricket Ground, golpear la bola más allá del campo y lanzársela al príncipe heredero de Udaipur, y como consecuencia hacerme sentir como un césar. A mis gatos, Edith y Tostig, por sentarse de vez en cuando en mi teclado. A mi querida esposa, Sadie, por haber compartido estos últimos años conmigo y con los emperadores romanos. A mi hija pequeña, Eliza, por (con tanta perversidad) escoger a Nerva como su emperador favorito. A mi hija mayor, Katy, a quien le dedico este libro con todo mi amor.

Cronología

753 a. C. Fundación de Roma.
509 Caída de la monarquía y establecimiento de la República.
504 Llegada de Apio Claudio a Roma.
390 Saqueo de los galos a Roma.
312 Comienzo del trabajo de la vía Apia.
205 Escipión el Africano se convierte en cónsul a la edad de 31 años.
187 Escipión el Africano es acusado de fraude.
186 El Senado intenta prohibir el culto a Líber.
91 Estalla la revuelta italiana contra Roma.
67 Pompeya cede el mando del Mediterráneo.
65 Nacimiento de Cayo Octavio.
59 Julio César es cónsul. Primer Triunvirato.
53 Batalla de Carras: Craso pierde sus águilas.
49 Julio César cruza el Rubicón. Estallido de la guerra civil.
45 Julio César derrota a sus últimos enemigos en el campo.
44 Asesinato de Julio César.
43 Livia se casa con Tiberio Claudio Nerón. Formación del segundo Triunvirato. Proscripciones en Roma.
42 La batalla de Filipos. El antiguo Cayo Octavio se convierte en César *divi filius*, «hijo de un dios». Livia da a luz a Tiberio.
41 Se extiende la confiscación de tierras a través de Italia.
40 Saqueo de Perusia. Livia y su marido huyen de Italia.
30 Livia vuelve a Roma.
38 Boda entre Livia y César *divi filius*. Nacimiento de su segundo hijo, Druso. El César *divi filius* empieza a llamarse a él mismo *imperator* César.
33 Agripa, como edil, coloca esclusas en los desagües de Roma.
31 Batalla de Accio. Mecenas regala a Horacio una finca en los montes Sabinos.
30 La muerte de Antonio y Cleopatra. Anexión de Egipto.
29 El emperador César celebra tres triunfos. Craso derrota a los bastarnianos.
28 Se completa el templo de Apolo en el Palatino.
27 El emperador romano se convierte en Augusto. El «establecimiento de Augusto».
23 Augusto, aparentemente en su lecho de muerte, se recupera. Establece su consulado, el Senado le otorga nuevos poderes. Muerte de Marcelo.

22 Augusto abandona Roma en un *tour* por el este.
21 Agripa se casa con Julia.
20 Augusto reclama las águilas que perdió Craso. Nacimiento de Cayo, hijo de Agripa y Julia.
19 Augusto vuelve a Roma.
18 Ley de adulterio de Augusto. Nacimiento de Lucio, hermano menor de Cayo.
17 Roma celebra la llegada de unos nuevos tiempos. Augusto adopta a Cayo y a Lucio. Marco Lolio pierde su águila
15 Nacimiento de Germánico.
12: Augusto se convierte en *pontifex maximus*. Muerte de Agripa. Druso inaugura un altar para Roma y Augusto en Lugdunum.
11 Matrimonio entre Tiberio y Julia. Nacimiento de Claudio.
8 Muerte de Horacio.
9 Muerte de Druso. Tiberio escolta su cuerpo de vuelta a Roma.
6 Tiberio se retira a Rhodes.
2 Augusto es galardonando con el título de «padre de la patria». Dedica el templo a Marte Vengador. Julia se involucra en un escándalo sexual y es exiliada.
1 Cayo emprende un viaje por el este.

2 d. C. Tiberio vuelve a Roma. Muerte de Lucio
4 Muerte de Cayo. Augusto adopta a Tiberio, quien adopta a Germánico.
6 Revuelta de Panonia.
8 Exilio de la nieta de Augusto, Julia. Exilio de Ovidio.
9 Llegada de Ovidio a Tomis. Batalla en el bosque de Teutoburgo.
10 Tiberio toma el mando del frente germano.
12 Tiberio regresa a Roma por su triunfo. Nacimiento de Calígula.
14 Muerte de Augusto, Tiberio se convierte en *princeps*. Ejecución de Agripa Póstumo. Motín en Panonia y en el río Rin.
15 Sejano se convierte en el prefecto del pretorio.
16 Tiberio llama a Germánico a Roma. Captura de Clemente.
17 Germánico se va por el este. Muerte de Ovidio.
19 Muerte de Germánico. Regreso de Agripina a Italia. Muerte de Arminio.
20 Juicio y suicidio de Pisón.
23 Muerte del hijo de Tiberio, Druso.
25 Sejano intenta casarse con Livila, pero fracasa. Juicio de Cremucio Cordo.
26 Tiberio se va de Roma a Campania.
27 Tiberio se asienta en Capri. Colapso del anfiteatro de Fidenas.
28 Juicio de Tito Flavio.
30 Muerte de Livia. Exilio de la mujer de Germánico, Agripina.
31 Calígula es convocado en Capri. Caída de Sejano.
33 Muerte de Agripina.

37 Muerte de Tiberio. Calígula se convierte en emperador. Cae enfermo, pero se recupera. Nacimiento de Nerón.
38 Muerte y consagración de Drusila.
39 Calígula denuncia al Senado, se casa con Milonia Cesonia y se va a Germania. Ejecución de Lépido y destierro de las dos hermanas supervivientes de Calígula, Agripina y Julia Livila.
40 Calígula en las costas del canal de la Mancha, antes de volver a Italia, cruza un puente en Bayas, entra en Roma y acaba con la conspiración.
41 Asesinato de Calígula. Claudio se convierte en emperador. Agripina y Julia Livila son llamadas del exilio. Julia Livila pronto vuelve a ser enviada al exilio. Séneca se exilia a Córcega. Deificación de Livia.
42 Se reprime un golpe contra Claudio. Suetonio Paulino cruza la cordillera del Atlas. Se empieza a trabajar en el desarrollo de Ostia.
43 Invasión de Britania.
47 Juicio y suicidio de Valerio Asiático.
39 Caída de Mesalina.
49 Claudio se casa con Agripina. Séneca vuelve del exilio.
50 Claudio adopta a Nerón.
51 Captura de Carataco.
53 Nerón se casa con Octavia.
54 Muerte de Claudio. Nerón se convierte en emperador.
55 Muerte de Británico.
58 Nerón se enamora de Popea Sabina.
59 Asesinato de Agripina. Nerón celebra su primer afeitado de barba.
60 Revuelta de Boudica.
61 Muerte del prefecto de la ciudad a manos de uno de sus esclavos.
62 Muerte de Burro y promoción de Tigelino como prefecto del pretorio. Nerón se divorcia, exilia y ejecuta a Octavia. Se casa con Popea Sabina.
64 Nerón actúa en público por primera vez, en Nápoles. Fiesta de Tigelino en el Campo de Marte. Se produce el gran incendio de Roma.
65 Conspiración de Pisón. Séneca se suicida. Muerte de Popea Sabina.
66 Visita de Tiridates a Roma. Nerón se marcha por Grecia.
67 Nerón compite en los Juegos Olímpicos y se casa con Esporo. Vuelve a Roma.
68 Rebelión de Julio Víndex. Muerte de Nerón. Galba se convierte en emperador.
69 Muerte de Galba. Otón, Vitelio y Vespasiano se convierte en emperadores sucesivamente.

Lista de personajes

Antes de Augusto

RÓMULO: fundador y primer rey de Roma.
REMO: su hermano gemelo. Asesinado en misteriosas circunstancias.
TARQUINIO EL SOBERBIO: último rey de Roma, expulsado en el 509 a. C.
BRUTO: primo de Tarquinio y líder de la revolución que fundó la República.
CORNELIO COSO: segundo general Romano, después de Rómulo, en ganar el «botín de honor» *(Spolia opima).*
ESCIPIÓN EL AFRICANO: conquistador de Cartago.
MARCELO: tercer general romano, después de Rómulo y Cornelio, en ganar el «botín de honor».
TIBERIO SEMPRONIO: tribuno y defensor de los plebeyos. Asesinado en el 133 a. C.
CAYO SEMPRONIO: hermano menor de Tiberio Sempronio. Tribuno y defensor de los plebeyos. Asesinado en el 121 a. C.
MARCO LIVIO DRUSO : campeón de los italianos, cuyo asesinato en el 91 ayudó a promover su revuelta. Abuelo adoptivo de Livia.
POMPEYO «EL GRANDE»: el hombre más poderoso de Roma durante las últimas décadas de la República.
SEXTO POMPEYO: su hijo. Un oponente a los Triunviratos después del asesinato de Julio César.
CRASO: rico influyente que murió luchando contra los partos en el 53 a. C.
HORTENSIO HORTALO: orador famosos por su genialidad y su alto nivel de vida.
HORTENSIA: su hija.
CASIO: asesino de Julio César.
BRUTO: asesino de Julio César. Descendiente del Bruto que expulsó a Tarquino el Soberbio.
JUNIA: su hermana. Tuvo una larga vida.
ANTONIO: teniente de Julio César. Triunviro. Sibarita.
LUCIO: hermano de Antonio.
JULO ANTONIO: hijo de Antonio.
CLEOPATRA: reina de Egipto. Amante de Julio César y, posteriormente, de Antonio.
LÉPIDO: triunviro y sumo sacerdote.

Los Julios

ENEAS: hijo de Venus. Príncipe troyano que huyó del saqueo hacia Italia.

JULO: hijo de Eneas. Ancestro de los Julios.

JULIO CÉSAR: conquistador de Galia, al cruzar el Rubicón desencadenó la guerra civil y su posterior dictadura. Fue asesinado en el 44 a. C.

OCTAVIO: sobrino nieto e hijo adoptivo de Julio César. Triunviro. Acabó siendo emperador César *divi filius* Augusto y gobernó como *princeps* hasta su muerte en 14 d. C .

ESCRIBONIA: su primera mujer.

JULIA: hija de Augusto y Escribonia. Amiga muy cercana de Julo Antonio. Exiliada en el 2 a. C.

OCTAVIA: hermana de Augusto. Se casó con Antonio y, posteriormente, se divorciaron. Madrastra de Julo Antonio.

MARCELO: hijo de Octavia de su primer matrimonio. Descendiente del Marcelo que ganó el «botín de honor». Murió en el 23 a . C.

ANTONIA LA MAYOR: hija mayor de Octavia y Antonio.

ANTONIA LA MENOR: hija menor de Octavia y Antonio. Madre de Germánico, Livila y Claudio.

CAYO: hijo mayor de Julia y Agripa. Adoptado por Augusto. Murió en el 4 d. C. en Asia Menor.

JULIA: hija mayor de Julia y Agripa. Propietaria del enano más diminuto de Roma. Exiliada en el 8 d. C.

LUCIO: segundo hijo de Julia y Agripa. Fue adoptado por Augusto. Murió en el 2 d. C. en el sur de Galia.

AGRIPINA (I): segunda hija de Julia y Agripa. Casada con Germánico. Madre de Nerón (I), Druso (III), Calígula, Agripina (II), Drusila y Julia Drusila. Volvió a Roma con las cenizas de su marido en una urna. Tuvo grandes problemas con Tiberio.

AGRIPA PÓSTUMO: tercer hijo de Julia y Agripa. Fue adoptado por Augusto, quien posteriormente lo exilió en el 9 d. C.

Los Claudios

APIO CLAUDIO: emigró a Roma en el 504 a. C. Fundador de la dinastía Claudia.

APIO CLUADIO EL CENSOR: constructor de la vía Apia.

CLAUDIO PULCRO: hijo de Apio Claudio. Sus descendientes, los Pulcros, constituyen la rama de más alto nivel de los Claudios.

CLAUDIO NERÓN: hijo de Apio Claudio. Ancestro de los Nerones, cuyas hazañas durante la República no están a la altura de las de los Pulcros.

APIO CLAUDIO PULCRO: líder notablemente arrogante de los Claudios durante la última década de la República. Un fan de los oráculos.

CLODIO PULCRO: su hijo menor. Tribuno y parlamentario.

CLODIA METELA: la mayor de las tres hermanas de Apio Claudio y Clodio. Famosa por su buena apariencia.

DRUSO CLAUDIANO: partidario de Julio César que luego se convirtió en un seguidor de su asesino. Padre de Livia.

LIVIA DRUSILA: madre de Tiberio y mujer de Augusto. Fue deificada.

TIBERIO CLAUDIO NERÓN: primer marido de Livia. Rebelde sin éxito.

TIBERIO: hijo mayor de Livia y Tiberio Claudio Nerón. Yerno y, posteriormente, hijo adoptivo de Augusto. El general más efectivo de Roma. Sucedió a Augusto como *princeps*. Gobernó del 12 al 37 d. C.

DRUSO (I): el hijo más joven de Livia y Tiberio Claudio Nerón. Casado con Antonia la Menor. Llevó al ejército romano al Elba. Padre de Germánico, Livila y Claudio.

VIPSANIA: la primera y más quería esposa de Tiberio, hasta que Augusto lo obligó a divorciarse de ella. Tras ello, Vipsania se casó con Asinio Galo.

DRUSO (II): hijo de Tiberio y Vipsania. Casado con Livila. Padre de Gemelo.

GERMÁNICO: hijo mayor de Druso y Antonia la Menor. Apuesto. Casado con Agripina (I).

LIVILA: hija de Druso y Antonia la Menor. De mal carácter. Casada con Druso (II).

GEMELO: hijo de Druso (II) y Livila. Nieto de Tiberio.

CLAUDIO: hijo menor de Druso y Antonia la Menor. Emperador del 42 al 54 d. C.

ANTONIA: hija de Claudio y su segunda mujer, Elia Petina.

MESALINA: mujer de Claudio. Bisnieta de Augusto. Conocida por su vida amorosa.

OCTAVIA: hija de Claudio y Mesalina. Primera esposa de Nerón, su matrimonio no tuvo éxito.

BRITÁNICO: hijo de Claudio y Mesalina. El último de los Claudios.

Dinastía Julio-Claudia

NERÓN (I): hijo mayor de Germánico y Agripina (I). Tuvo un bochornoso final.

DRUSO (III): segundo hijo de Germánico y Agripina (I). Tuvo un bochornoso final.

CALÍGULA: hijo menor de Germánico y Agripina (I). Su verdadero nombre es Cayo, Calígula fue un apodo que se le dio de niño. Emperador del 37 al 41 a. C.

LOLIA PAULINA: famosa por su belleza y riqueza. Calígula se casó con ella en el 38 d. C, pero se divorciaron seis meses después.

MILONIA CESONIA: última mujer de Calígula. Le gustaba disfrazarse.

JULIA DRUSILA: hija de Calígula y Milonia Cesonia. Según se dice, una niña desagradable.

AGRIPINA (II): hija mayor de Germánico y Agripina (I). Hermana de Calígula, sobrina y esposa de Claudio, madre del emperador Nerón.

NERÓN: hijo de Agripina (II) y Cneo Domicio Enobarbo. Adoptado por Claudio en el 50 d. C. Emperador del 54 al 69 d. C.

DRUSILA: segunda hija de Germánico y Agripina. Hermana preferida de Calígula. Acabó deificada.
JULIA LIVILA: hija menor de Germánico y Agripina. Exiliada por Calígula y Claudio.

Los Enobarbo

LUCIO DOMICIO ENOBARBO: casado con Antonia la mayor. El primer general romano en cruzar el Elba.
CNEO DOMICIO ENOBARBO: su hijo. Casado con Agripina (II). Padre de Nerón.
DOMICIA: tía de Nerón, quien cuidó de él durante el exilio de su madre.
DOMICIA LÉPIDA: hermana de Domicia. Madre de Mesalina.

Augustos de Roma

MARCO AGRIPA: *consigliere* de Augusto. Casado con Julia (I).
MECENAS: descendiente de los reyes etruscos. Patrón de poetas.
HORACIO: poeta y, gracias a Mecenas, dueño de una finca en los montes Sabinos.
VEDIO POLIÓN: financiero que alardeó demasiado de su dinero para ganarse la simpatía de Augusto.
EGNACIO RUFO: patrocinador de bomberos y aspirante a cónsul.
HOSTIO CUADRA: notario y el hombre más pervertido de Roma. Adoraba los espejos.
OVIDIO: poeta. Un hombre errante que luchó por intentar sobrepasar los límites.
TITO LABIENO: historiador, cuyo informe de la guerra civil fue quemado por orden de Augusto.
CASIO SEVERO: duro abogado.

Gobernadores y generales

MARCO LICINIO CRASO: nieto del Craso asesinado en Carras. Gobernador de Macedonia, pero no general condecorado, como le habría gustado.
BALBO: último ciudadano que no perteneció a familia Augusta en celebrar un triunfo.
LOLIO: gobernador de Galia que perdió un águila en una guerra contra los germanos. Guardián de Cayo en su *tour* por el este. Abuelo de Lolia Paulina.
VARO: gobernador de Germania. Llevó a tres legiones al paso de Teutoburgo. No les dejó retirarse.
CECINA: diputado germánico en Germania.
CNEO CALPURNIO PISÓN: gobernador de Siria. Aliado cercano de Tiberio y oponente de Germánico. Acabó con serios problemas legales.
PLANCINA: mujer de Pisón. Amiga de Livia.
SENCIO: gobernador de Siria asignado por los enemigos de Pisón.

GALBA: asignado al comando del Rin por Calígula. Enviado a Hispania por Nerón.

SUETONIO PAULINO: como gobernador de Mauritania, cruzó la cordillera del Atlas, y como gobernador de Britania, aplastó la revuelta de Boudica.

Pretorianos

SEYO ESTRABO: etrusco. Elegido prefecto por Augusto. Acabó como gobernador de Egipto.

LUCIO SEJANO: su hijo. Gracias a la promoción de Tiberio, encabezó el comando de los pretorianos, posteriormente sirvió como único prefecto. Mano derecha de Tiberio.

APICATA: mujer de Sejano. Se divorciaron en el 23 d. C.

MACRÓN: prefecto que sucedió a Sejano.

CASIO QUEREA: un canoso veterano con voz femenina.

CORNELIO SABINO: oficial pretoriano. Amigo de Casio Querea.

BURRO: protegido de Agripina, elegido como prefecto a cargo de Claudio. Famoso por su cortante forma de hablar.

TIGELINO: *gigolo*, entrenador de carreras de caballos. Elegido por Nerón para ser uno de los dos prefectos para suceder a Burro.

FENIO RUFO: colega de Tigelino como prefecto.

NINFIDIO SABINO: prefecto que sucedió a Fenio Rufo. Se rumoreaba que era hijo de Calígula.

Víctimas

CREMUCIO CORDO: historiador que llamó a Bruto y Casio «los últimos de los romanos» y pagó por ello.

ASINIO GALO: marido de Vipsania, exmujer de Tiberio.

TITO SABINO: aliado de Germánico. Víctima de un engaño.

JUNIO SILANO: antiguo cónsul. Suegro de Calígula.

ATANIO SEGUNDO: ecuestre. Víctima de su propia hipérbole.

JUNIO PRISCO: no tan rico como se rumoreaba que era.

PASTOR: padre de un hijo asesinado.

ASPRENAS: senador que fue rociado con sangre de flamenco.

SILANO: víctima de un mal sueño.

POPEA SABINA (I): rival amorosa de Mesalina.

SUILIO RUFO: fiscal con mala fama. Al final le llegó su justo castigo.

RUBELIO PLAUTO: bisnieto de Tiberio. Se rumoreaba que tenía una aventura con Agripina (II).

LUCIO JUNIO SILANO: aparte de Nerón, el último superviviente de los descendientes de Augusto.

TRASEA PETO: Conocido por todos por ser un hombre honesto, dentro de la estricta tradición moral del Senado.

Conspiradores

MARCO EMILIO LÉPIDO: amigo cercano de Calígula e íntimo de sus hermanas.

GETÚLICO: seguidor de Sejano. Comandante del Rin bajo Tiberio y Calígula.

BETILIANO CAPITÓN: padre de un hijo asesinado.

MARCO VINICIO: casado con Julia Livila. Aspirante a emperador después de la muerte de Galígula.

ANIO VINICIANO: amigo de Lépido. Aspirante a emperador después de la muerte de Calígula.

PETO: No tan valiente como su mujer.

CAYO SILIO: el hombre más atractivo de Roma. Conocido por su insensato matrimonio.

CAYO CALPURNIO PISÓN: distinguido, bien educado y con ambición de llegar a lo más alto, pese a no formar parte de la familia de Augusto.

FLAVIO SABINO: senador en posesión de una daga extraída de un templo.

Supervivientes

MEMMIO REGULO: cónsul y seguidor de confianza de Tiberio. Marido de Lolia Paulina, antes de que Calígula lo obligara a divorciase de ella.

TRASILO: astrólogo de Tiberio. Huyó de ser tirado por un acantilado.

LUCIO VITELIO: gobernador de Siria. Regresó de su alto cargo para establecerse en Roma como agente de confianza de Calígula y Claudio. Tranquilo.

CECINA LARGO: temprano patrocinador de Claudio como emperador. Propietario de una casa en el Palatino rodeada de árboles de loto.

Libertos y esclavos

CLEMENTE: Esclavo muy parecido a Agripa Póstumo —¿o era él?

PALANTE: Antiguo esclavo de Antonia la Menor. Uno de los más valorados libertos de Claudio.

CALISTO: poderoso liberto bajo el reinado de Calígula y Claudio. Murió en su cama. Abuelo de Ninfidio Sabino.

NARCISO: tercer hombre en el triunvirato de Claudio formado por poderosos libertos.

CALPURNIA: una de las concubinas de Claudio.

ACTEA: orimera novia de Nerón. Presidió su funeral.

ESPORO: chico joven con rasgos afeminados. Fue castrado, y posteriormente se casó con Nerón.

FAONTE: propietario de una villa en el norte de Roma

Actores y artistas

APELES: actor con tendencia al tartamudeo al salirse del guion.
MNÉSTER: actor, muy admirado por Calígula.
PARIS: actor, muy admirado por Nerón.
ZENODORO: escultor del Coloso de Nerón.

Galos

CAYO JULIO VERCONDARIDUBNO: alto sacerdote de Roma y Augusto en Lugdunum.
VALERIO ASIÁTICO: tremendamente rico. Aspirante a emperador después del asesinato de Calígula. Propietario de unos jardines caros.
JULIO CLASICIANO: elegido por Claudio para restaurar la administración de Britania después de la revuelta de Boudica.
JULIO VÍNDEX: un descendiente de reyes con un instinto rebelde.

Bárbaros

DELDO: rey de los bárbaros.
FRAATES: rey de Partia y partidario de una tregua con Augusto.
ARMINIO: ecuestre romano y líder de los queruscos.
CUNOBELINO: rey de los catuvellaunos.
CARATACO: su hijo. Líder de la resistencia británica en la invasión de Roma.
PRASUTAGO: rey de los icenos.
BOUDICA: reina de los icenos. De temperamento fuerte.
TIRIDATES: rey de Armenia. Coronado en Roma por Nerón.

Amigos y enemigos de Nerón

SÉNECA: filósofo, retórico y escritor. Exiliado por Claudio, pero Agripina (II) lo trajo de vuelta. Tutor de Nerón.
AULO VITELIO: hijo de Lucio Vitelo. Amigo de Calígula y Nerón. Auriga.
OTÓN: pareja de Nerón en las noches de fiestas. Marido de Popea Sabina (II).
POPEA SABINA: belleza de pelo ámbar, hija de la rival de Mesalina. El amor de la vida de Nerón.
PUBLIO VATINIO: bufón del tribunal de Nerón.
VESPASIANO: veterano general de fondo humilde. Luchó en Britania y acompañó a Nerón a Grecia.
ESTATILIA MESALINA: tercera mujer de Nerón, una notable intelectual.
CALVIA CRISPINILA: instructora de Esporo en el arte de ser mujer.
PETRONIO TURPILIANO: antiguo gobernador de Britania. Comandante de las tropas de Nerón en Italia.
VERGINIO RUFO: comandante del Rin.

Notas

A menos que se indique otra cosa, «Tácito» se refiere a *Anales*; Valerio Máximo, a *Hechos y dichos memorables*; Livio, Justino, Floro, Apiano, Dionisio de Halicarnaso, Dion Casio, Veleyo Patérculo y Heródoto, a sus respectivas Historias; Lucrecio, a *Sobre la naturaleza de las cosas*; Petronio, a *El Satiricón;* Lucano, a *La Farsalia*; Estrabón, a su *Geografía;* Aulo Gelio, a *Noches áticas*; Macrobio, a *Saturnalia*; Plinio, a Plinio el Viejo y a su *Historia natural*; Artemidoro, a *La interpretación de los sueños*; Vitruvio, a *De Arquitectura;* y Frontino, a *De Acueductos.*

Prefacio

1 Suetonio. *Calígula*: 46
2 *Ibíd.:* 22
3 *Ibíd.:* 50.2
4 Séneca. *Consolación a Helvia*: 10.4
5 Eusebio. *Preparación evangélica:* 3.139
6 Filón. *Legatione ad Gaium:* 146-7
7 Ovidio. *Cartas del Ponto*: 4.9.126
8 Marcos 12.17
9 Dion Casio: 52.34.2
10 *Ibíd.:* 53.19.3
11 Tácito: 3.19
12 *Ibíd.:* 1.1
13 Tácito: 3.65
14 Valerio Máximo: 3.6, prefacio
15 Séneca. *Cartas:* 57.2
16 Séneca. *Sobre la clemencia*: 1.11.2
17 Ovidio. *Tristes*: 4.4.15

Hijos de la loba

1 Se ha atestiguado una inscripción hecha por un griego a finales del siglo 3 o principios del 2 a. C. en la isla de Quíos en la cual se ensalza a Rómulo y

Remo. Según la historia, en la inscripción se lee: «Sucedió que ellos fueron engendrados por el mismo dios de la guerra, uno podría considerar esta historia cierta debido a la valentía de los romanos". Citado por Wiseman (1995), p. 161.

2 Livio: 31.34
3 Justino: 38.6.7-8
4 Ennio: fragmento 156
5 Floro: 1.1.8
6 Salustio. *La conjuración de Catilina*: 7.1-2
7 Livio: 7.6.2
8 Lucrecio: 3.834
9 Livio: 37.45
10 Valerio Máximo: 2.2.1
11 Livio: 38.53
12 Livio. 38.50
13 Valerio Máximo: 6.2.8
14 Cicerón. *Contra Pisón*: 16
15 Cicerón. *Sobre su casa*: 66
16 Manilio: *Astronómica*: 1.793
17 Petronio: 119
18 Suetonio. *Divus Iulius*: 20
19 Livio. *Periochae*: 103
20 Propercio: 3.4, línea 2
21 Apio: 2.31
22 Lucano: 1.109-11
23 Petronio: 121
24 Virgilio. *La Eneida*: 2.557. En el poema, el cadáver sin cabeza es de Príamo; el detalle con el que Virgilio describe Pompeya se lo debemos a Servio. La descripción procede casi con total seguridad de la historia de la guerra civil de Asinio Polión. (Ver Morgan (2000), pp. 52-5)
25 Dionisio de Halicarnaso: 7.70.1
26 Justino. 28.2.8
27 Suetonio. *Divus Iulius*: 77
28 Cicerón. *Filípicas*: 6.19
29 Plutarco. *Tito Quincio Flaminio:* 12.6
30 Livio: 1.3. La observación probablemente date de una década después del asesinato de César. Ver Luce.
31 Cicerón. *Defensa de Claudio Marcelo:* 27
32 Plinio: 8.155
33 Cicerón. *Filípicas*: 3.12
34 Ovidio. *Fastos:* 2.441. Ovidio traspasa la profecía del oráculo a la época de Rómulo, pero su fecha real fue el 276 a. C. Ver Wiseman (2008), p.76.
35 Plutarco. *Julio César*. 61.4.

36 Dion Casio: 44.11.3
37 Cicerón. *De re publica.* 2.30.52
38 Cayo Macio, un hombre de negocios cuya carrera quedó marcada por graves acusaciones políticas.
39 Josefo: *Antigüedades judías*: 14.309
40 De las *Memorias* de Augusto, fragmento 6. Citado por Ramsey y Licht, p. 159.

Regreso al futuro

1 Livia nació, casi con toda certeza en Roma, el 30 de enero del 59, o posiblemente el 58. Ver Barret (2002), pp. 309-10.
2 Virgilio. *Églogas:* 4:16
3 Plutarco. *Cuestiones romanas*: 102
4 Séneca: *Sobre la clemencia*: 1.14.3
5 Barret (2002: p. 348, n.º 18) apunta que hay escasas evidencias explícitas que identifiquen a Livio Druso como el padre adoptivo de Druso Claudio, pero las evidencias circunstanciales son arrolladoras.
6 Dionisio de Halicarnaso. 3.67.5
7 Cicerón. *Contra Verres*: 5.180
8 Cicerón. *De haruspicum responsis oratio:* 13.27
9 Cicerón. *Pro M. Caelio oratio.* 21
10 Tácito: 1.4.3. Los académicos están de acuerdo en que la oscura reputación de los Claudios empezó en algún momento a principios del primer siglo antes de Cristo; Wiseman (1979).
11 Valerio Máximo: 1.4.3
12 Lucano: 2.358
13 Cicerón. *Sobre su casa*: 109
14 Para la importancia del estambre del crocus como parte de la flor usada para «promover la menstruación y los ciclos reproductivos de las mujeres», *ver* Sebasta, pág. 540, n. 33.
15 Plutarco. *Rómulo*: 15.5
16 Apio: 4.11
17 Veleyo Patérculo: 2.71.2
18 Valerio Máximo: 6.8.6
19 Suetonio. *Divus Augustus*: 2
20 Aunque según Dion (47.49.3), estaba perdido en el mar, otra tradición atestiguada por Plutarco *(Bruto:* 53.4) defiende que Antonio tenía el cuerpo incinerado de Bruto y que las cenizas fueron enviadas a su madre.
21 Apio: 4.8
22 *Laudatio Turiae*: la cita proviene de un panegírico grabado por un marido de luto en la tumba de su mujer. La mujer muerta, Turia, fue reconocida hace tiempo como modelo de heroísmo. Turia, según la anécdota relatada

por Valerio Máximo (6.7.2), arriesgó todo para salvar a su marido de los peligros de las proscripciones. Los clasicistas, en su línea, son ahora más escépticos en su identificación, aunque no la descartan por completo.

23 Apio: 4.4
24 Suetonio *(Augusto*: 15) afirma que doscientos senadores y reyes fueron ofrecidos como sacrificio. La historia claramente deriva de una fuente hostil. Sin embargo, a pesar de ser muy exagerada, está claro que su origen proviene de un episodio auténtico.
25 Suetonio. *Augusto*: 62.2. Suetonio cita las propias palabras de Augusto (fragmento 14).
26 *Ibíd.*.
27 De Brunt (1971), pp. 509-12
28 Virgilio. *Églogas:* 1.11-12
29 Propercio: 4.1.130
30 Virgilio. *Églogas:* 9.5
31 Horacio. *Sátiras*: 2.1.37
32 *Ibíd.*: 1.6.72-3
33 Virgilio. *Geórgicas*: 1.505
34 Estrabón: 6.1.2
35 Propercio: 2.1.29
36 Veleyo: 2.88.2
37 Horacio. *Epodos*: 7.17-20
38 Horacio. *Odas:* 2. 13.28
39 Horacio. *Sátiras*: 2.2.126-7
40 Apio: 5.132
41 *Ibíd.:* 5.130
42 Plutarco. *Antonio:* 24
43 Virgilio. *La Eneida:* 4.189-90
44 Séneca. *Cartas*: 94.96. La cita es de Salustio, *La Guerra de Yugurta:* 10.6.
45 Séneca. *De los beneficios.* 3.32.4
46 Estrabón: 5.3.8
47 Horacio. *Epodos*: 9.5
48 Horacio. *Sátiras*: 1.5.29
49 *Ibíd.:* 1.6.61-2
50 *Ibíd.:* 2.6.58
51 *Ibíd.:* 2.6.1-3
52 *Res Gestae:* 25.2
53 Virgilio. *La Eneida:* 8.678-9
54 Horacio. *Odas*: 1.37.1
55 Ovidio. *Fastos*: 1.30
56 Cicerón. *Los oficios:* 2.26
57 Livio: 1.10
58 Cornelio Nepote, *Vida de Ático:* 20.3

59 O mejor, según afirmaron el joven César y sus agentes, eran venerables normalmente. Lo más probable es que el ritual entero fuera inventado. Ver Wiedemann, p. 482

60 El nombre fue estampado en su honda. El joven César también fue acusado en el lanzamiento de ser un «mamón» y de tener el «ano suelto». Ver Hallett (2006), p. 151.

61 El vínculo entre la victoria de Sexto y la adopción del nombre *emperador* fue establecido por primera vez por Syme en un ensayo clásico (1958).

62 Horacio. *Sátiras*: 2.6.55-6

63 Virgilio. *Geórgicas*. 4.90

64 Para la impenetrable naturaleza de la oscuridad que envuelve los orígenes del triunfo, *ver* Beard (2007), pp. 305-18.

65 Dionisio de Halicarnaso: 2.34.2

66 Virgilio. *La Eneida*: 8.717

67 Propercio: 2.8.14

68 Virgilio. *La Eneida*. 1.291

69 Dion Casio: 51.24

70 Livio: 4.20

71 Una inscripción encontrada recientemente en una moneda, acuñada en 28 a. C. Ver Rich y Williams.

72 *De Res Gestae Divi Augusti*

73 *Ibíd.:* 34.1

74 Aulo Gelio: 5.6.13

75 La inscripción es de una moneda acuñada en el 19 a. C. Ver Dear, p. 322

76 Dion Casio: 53.6

77 *Ibíd.:* 1.35.29-30

78 Horacio. *Odas*: 3.8.18

79 *Ibíd.:* 1.35.29-30

80 *Ibíd.:* 3.14.14-16

81 Ovidio. *Tristes*: 4.413-16

82 Algunos académicos debaten cuándo se construyó este templo, pero las pruebas —que consisten en ambas monedas y en la declaración explícita de Dion que afirma que se elevó ante el Capitolio «en imitación del de Júpiter»— son, para mí, irrefutables.

83 Ovidio. *Fastos:* 1.609-10

84 Macrobio: 2.4.20

85 *Ibíd.:* 2.4.12

86 Citado en Suetonio. *Vida de Horacio*

87 Suetonio. *Divus Augustus*: 70.2

88 Servio. *En la* Eneida: 4.58

89 Veleyo Petérculo

90 Plutarco. *Antonio*: 75

91 Virgilio: *La Eneida*: 8.720

92 Así como el templo de Júpiter en el Capitolio fue dedicado a Juno y a Minerva, Líber compartió su templo con Ceres y Libera. Wiseman (2004: p. 68) argumenta que esto no fue una coincidencia, el templo de Líber se fundó como contrapunto al enorme templo del Capitolio.
93 Suetonio. *Divus Augustus.* 79.2
94 Ovidio. *Tristes*: 1.70
95 Suetonio. *Divus Augustus.* 94.4
96 *Ibíd.:* 72.1
97 Cicerón. *En defensa de Murena:* 76
98 Horacio. *Sátiras*: 1.8.16
99 Cicerón. *De lege Agraria*: 2.17
100 *Ibíd:. A Ático*: 1.19.4
101 El número de tribunos se incrementó a lo largo de las siguientes décadas. En el 499 a. C eran diez.
102 Dion Casio: 54.10
103 Macrobio: 2.4.18
104 Horacio. *Odas*: 3.6.1-2
105 *Ibíd.:* 7-8
106 Ovidio. *Fastos*: 1.223-4
107 *«Laudatio Turiae»*
108 Horacio. *Carmen Saeculare*: 47-48
109 *Ibíd.:* 57-60
110 Ovidio. *Fastos:* 6.647
111 De la vida de Suetonio de Horacio
112 Suetonio. *Divus Augusto*: 58.2
113 Ovidio. *Fastos*: 3.709
114 *Ibíd.:* 5.553
115 Suetonio relató que todas esas estatuas fueron vestidas para la celebración de un triunfo; pero por los fragmentos encontrados sabemos que algunas fueron exhibidas con toga.
116 Suetonio. *Divus Augustus*: 58.2
117 Horacio. *Odas*: 4.14.6

El agotamiento de la crueldad

1 *Funeral Lament for Drusus:* 351. En *Poetae Latini Minores* 1, ed. E. Baehrens (1879)
2 Plutarco, *Vida de Catón el Censor*: 16
3 Ovidio. *Amores*: 3.15.6
4 Dionisio de Halicarnaso: 6.13.4
5 Ovidio. *Arte de amar*: 3.121-2
6 Ovidio. *Tristes*: 4.10.35
7 *Ibíd.:* 1.17

8 Ovidio. *Arte de amar*: 3.122
9 *Ibíd.:* 1.7.38
10 Catón el Censor, en la vida que escribió Plutarco sobre él: 17
11 Ovidio. *Amores:* 1.15.3
12 *Ibíd.:* 1.7.38
13 Cicerón. *Disputaciones tusculanas:* 2.53
14 Petronio: 92. El tono es satírico pero directo.
15 Plinio el Joven. *Cartas*: 3.1.2
16 *Priapeos*: 25.6-7
17 Valerio Máximo: 6.1. Prefacio
18 Catón el Viejo: fragmento 222. Posteriormente, los juristas dictaminaron que, aunque el padre de una mujer a la que se encontrara en flagrante podría matarla, un marido no podría, a menos que el amante fuera de baja condición social.
19 Ovidio. *Amores*: 3.4 37
20 *Ibíd.:* 3.4.17
21 *Ibíd.:* 3.4.11
22 Ovidio. *Cosméticos para el rostro femenino*: 25-26
23 Séneca. *Cuestiones naturales:* 1.16.6
24 *Ibíd.:* 1.116.9
25 *Ibíd.:* 1.16.7
26 Horacio: *Odas:* 3.6.19-20
27 *Ibíd.:* 3.24.33-34
28 Pseudo-Acro, estudioso de Horacio: 1.2.63. Citado por McGinn, p. 165.
29 Tácito. *Anales*: 3.28
30 Horacio. *Odas*: 4.5.21-2
31 Ovidio. *Amores*: 3.4.5-6
32 Dion Casio: 48.52
33 Ovidio. *Tristes*: 3.1.39-40
34 Veleyo Patérculo: 2.79.1
35 Plinio: 15.137
36 Dion Casio: 54.6
37 Suetonio. *Tiberio*: 51.2
38 Macrobio: 2.5.9
39 *Ibíd.:* 2.5.8
40 *Ibíd.:* 2.5.4
41 Filón. *Legatio ad Gaium*: 167
42 Séneca. *Consolación a Polibio*: 15.5
43 Ovidio. *Arte de amar*: 1.184
44 *Ibíd.:* 1.177-8
45 *Ibíd.:* 1.175
46 Ovidio. *Amores*: 1.5.26

47 Plinio: 7.149
48 Séneca. *Sobre la clemencia*: 1.10.3
49 *Ibíd.*: 2.552-3
50 Ovidio. *Arte de amar*: 2.573
51 *Ibíd.*: 2.552-3
52 *Ibíd.*: 2.2.599-600
53 Artemidoro: 2.9
54 Veleyo Patérculo: 2.91.4
55 Ovidio. *Fastos*: 5.145-6
56 Plutarco. *Moralia*: 207e
57 Inscripción meseniana descubierta en 1960. Citado en Zankel, p. 259.
58 De un decreto del cónsul de la ciudad de Pisa. Reproducido en Lott (2012), p. 72.
59 Ovidio. *Arte de amar*: 1.203
60 Dion Casio: 55.13.1
61 De una carta escrita por Augusto para Cayo en el 1 d. C. Citado por Aulo Gelio: 15.7
62 Tácito: 6.25
63 Ulpiano. *Digesto*: 1.15.3
64 Dion Casio: 55.27.1
65 La confusión envuelve el destino del marido de Julia, ya que en una inscripción encontrada en la lista de un sacerdote en el año 1 d. C aparece un hombre con su mismo nombre como muerto. Sin embargo, un comentario del poeta Juvenal deja claro que fue ejecutado. El sacerdote era seguramente su hijo.
66 Algunos académicos (p. ej. Classen, pp. 12-13) datan el exilio de Ovidio en el 9 d. C, pero las pruebas internas y externas apuntan claramente al 8. Legalmente hablando, Ovidio no fue un *exsul*, un exiliado, sino un *relegatus*, alguien «relegado» de Roma que no perdía sus derechos civiles. El mismo Ovidio, sin embargo, solía referirse a sus soledad y miseria como un *exilium*.
67 Ovidio. *Tristes*: 2.207
68 *Ibíd.*: 6.27
69 Ovidio. *Cartas del Ponto*: 2.219
70 Para una visión general de las teorías sobre el exilio de Ovidio, *ver* Thibault. La lectura que hago sigue la estela de Green (1989). Tal y como comenta Claaseen (p. 234), «solo una explicación política puede dar sentido al exilio de Ovidio».
71 Ovidio. *Tristes*: 1.11.3-4
72 *Ibíd.*: 2.195-6
73 Ovidio. *Tristes*: 5.10.37
74 Ovidio. *Cartas del Ponto*: 1.2.81-2
75 Ovidio. *Tristes*: 5.7.46

76 Ovidio. *Fastos*: 2.291
77 Ovidio. *Tristes*: 2.199-200
78 *Ibíd.:* 5.10.19-20
79 Valerio Máximo: 6.1.11
80 Veleyo Patérculo: 2.115.5
81 Ovidio. *Tristes:* 2.171-2
82 Cicerón. *Sobre los deberes*: 2.27
83 El inicio de la lista de logros de Augusto, la *Res Gestae.*
84 Virgilio. *La Eneida*: 1.279
85 Albinovano Pedo: 3, citado en Benario, p. 166. «El reino de la sombra» se refiere concretamente al mar de Frisia. El poema describe una expedición naval en el 16 d. C.
86 Tácito: 2.234
87 Tácito. *Germania*: 4
88 O posiblemente, según algunas interpretaciones, el 10 a. C.
89 Estrabón: 4.42
90 Ovidio. *Amores*: 1.14.45-6
91 Tácito. *Germania*: 4
92 Dion Casio: 56.18
93 Veleyo Patérculo: 2.118.2
94 Floro: 30.3
95 Suetonio. *Divus Augustus*: 23
96 *Ibíd.: Tiberio*: 21.3. La frase es del propio Augusto.
97 *Ibíd.:* Augusto citó, o mejor adaptó, al poeta Ennio.
98 Ovidio. *Cartas del Ponto*: 2.1.37-38
99 *Ibíd.:* 2.1.61-62
100 Séneca. *De los beneficios*: 3.38.2
101 *Consolación a Livia*: 356
102 Tácito: 5.1
103 Ibíd
104 Cicerón. *Sobre la república*: 1.67
105 Ovidio. *Cartas del Ponto*: 3.1.118
106 Veleyo Patérculo: 2.130.5
107 Ovidio. *Cartas del Ponto*: 3.1.125
108 Suetonio. *Divus Augustus*: 64.2
109 Tal es, en todo caso, la evidencia encontrada en una inscripción en Regio que demuestra que la madre de la liberta Julia era una liberta de Livia. Ver Barrett (2002), p. 51.
110 Tácito: 4.71
111 La inscripción ha sido citada por Flory, p. 318. El templo fue el de *Fortuna Muliebris.* La misma inscripción puede encontrarse en el Arco de Ticino: «*Drusi f. uxori Caesaris Augusti*».
112 Livy: 8.18.6

113 Virgilio. *Geórgicas:* 128-30
114 Suetonio. *Divus Augustus*: 51.3
115 Séneca el Viejo. *Controversias*: 10, prefacio 5
116 Tácito: 1.72
117 Veleyo Patérculo: 126.3
118 Suetonio. *Divus Claudio*: 3
119 *Ibíd.:* 41.2
120 Dion Casio: 55.32
121 Tácito: 1.5
122 Veleyo Patérculo: 11.123.1
123 *Ibíd.:* 11.123.2
124 Suetonio. *Divus Augustus*: 99.1
125 Tácito: 1.6. Pettinger (p. 178, n.º 28) argumenta que el detalle de este episodio deriva de la lectura de Tácito de una fuente no consultada por otros historiadores: las memorias de la hija de Germánico (y la madre del emperador Nerón), Agripina. «Tácito, al usar las memorias privadas de la joven Agripina, ha conseguido una exclusiva...»
126 *Ibíd.*
127 Suetonio. *Tiberio:* 22
128 *Ibíd.:* 23
129 Tácito: 6

El último romano

1 El jardín pertenecía originalmente a Pompeyo.
2 Ovidio. *Cartas del Ponto*: 4.12.27
3 Suetonio. *Divus Augustus*: 99.1
4 Tácito: 1.11
5 Suetonio. *Tiberio*: 21.2
6 Veleyo: 2.126.3
7 Tácito: 1.11
8 Dion Casio: 56.26
9 Veleyo: 2.124.2
10 Dion Casio: 57.1
11 Suetonio. *Tiberio:* 25.1
12 La sugerencia es de Syme (1986), p. 300
13 Suetonio. *Tiberio*: 24.1
14 Tácito: 1.17
15 Lucas: 7.8
16 Tácito: 1.23
17 *Ibíd.:* 1.51
18 Veleyo: 2.125.1-2
19 *«Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre»:* línea 161

20 Tácito: 3.33. Las palabras las pronunció Severo Cecina, diputado germánico en el Rin, cuando regresó del frente. La influencia de Agripina en sus sentimientos es solo una conjetura.
21 Valerio Maximo: 3.2.2
22 Tácito: 2.26
23 Veleyo: 2.129.2
24 Tácito: 1.33
25 Suetonio. *Tiberio*: 50.3
26 Tácito: 2.39
27 Veleyo: 2.126.3
28 Tácito: 2.39
29 *Ibíd.:* 2.40
30 *Ibíd.*
31 Tácito: 2.26
32 Valerio Máximo: 5.5
33 Ver Syme (1980), p. 336: «la suposición es fácil»
34 Séneca. *De la ira*: 1.18
35 Cicerón. *La República*: 5.1.2
36 Tácito: 4.38
37 Dion Casio: 57.15
38 Tácito: 2.43
39 *Ibíd.:* 2.53
40 Artemón. *Antología griega*: 12.55
41 Paráfrasis de una anécdota en *Antigüedades judías* de Josefo: 18.171-6
42 Polibio: 31.4
43 Tácito: 1.55
44 *Ibíd.:* 1.56
45 Filón. *De specialibus legibus*: 3.174
46 Ehrenberg y Jones, p. 138 (320b)
47 *Res Gestae*: 27
48 Tácito: 2.71
49 «*Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre*»: líneas 55-56
50 *Ibíd.:* línea 46
51 Tácito: 2.83
52 *Ibíd.:* 3.4
53 *Ibíd.:* 3.15
54 Ver Versnel, pp. 383-7
55 Ovidio. *Fastos*: 2.551
56 Ovidio. *Cartas del Porto*: 4.8.49-51
57 Séneca. *De beneficios*: 5.25.2
58 Séneca el Viejo. *Controversias*: 10.3.5
59 Estacio. *Silvas*: 3.3.200-1
60 «*Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre*», líneas 115-16

61 Una frase que aparece en numerosas monedas de Tiberio.
62 Tácito: 3.34
63 *Ibíd.:* 4.8
64 *Ibíd.:* 3.65
65 *Ibíd.:* 11.21
66 Cicerón: *De deberes*: 2.50
67 Tácito: 6.7
68 Séneca. *Consolación a Marcia*: 22.5
69 Tácito: 4.34
70 Plinio: 26.2
71 Para la probabilidad de que Tiberio acuñara la palabra, ver Champlin: http://www.princeton.edu/~pswpc/pdfs/champlin/090601.pdf, pp. 5-6
72 Tácito: 4.52
73 *Ibíd.:* 4.54
74 Para los rumores que conectan a Cayo con Agripina, *ver* Shotter (1971), pp. 454-4
75 Tácito: 4.40
76 *Ibíd.:* 4.41
77 Estrabón: 5.4.8
78 Para la posibilidad que identifica a Tiberio con Ulises, *ver* Stewart, pp. 87-88. Para una meditación fascinante sobre las implicaciones más amplias de esta autoidentificación, ver el ensayo *Tiberiana* de Champlin, «Tales of Brave Ulysses». Juvenal escribió un siglo después, una comparación explícita entre Tiberio y Ulises (10.84).
79 Ovidio. *Metamorfosis*: 3.158-9
80 Dion Casio: 58.4
81 Estoy en deuda con Llewelyn Morgan por señalarme esto.
82 Plinio: 8.145
83 Suetonio: *Calígula*: 22.2
84 Tácito: 3.55
85 Dion Casio: 58.5
86 Tácito: 4.2
87 Valerio Máximo: 9.11
88 Los detalles del suicidio de Apicata derivan de una inscripción que atestigua que alguien cercano a Sejano, seguramente su esposa, se suicidó ocho días después de la ejecución del propio Sejano. Es posible, tal y como afirma Jane Bellemore, que la persona mencionada en la inscripción no fuera Apicata sino Livila, en cuyo caso tendríamos evidencias de que la pareja se había casado en secreto en algún momento. El caso sigue abierto.
89 Tácito: 6.6
90 Plutarco: fr 182, en *Plutarch's Moralia*, ed. F. H. Sandbach (1969)
91 Suetonio. *Tiberio*: 60
92 Ovidio. *Amores*: 3.4.25

93 Tácito: 6.1
94 Tácito: 6.20
95 Suetonio. *Calígula*: 11
96 Filón. *Legatio ad Gaium*: 142
97 Para la localización y la altura de este faro, ver Champlin (*Journal of Roman Studies*, 2011), p. 96.
98 Tácito: 6.46
99 Séneca. *Cartas*: 43.3

Dejad que me odien

1 Suetonio. *Tiberio*: 75.1
2 Suetonio. *Calígula*: 15.1
3 *Ibíd.*: 14.1
4 Filón. *Legatio ad Gaium*: 41
5 Tácito: 3.24
6 Josefo: *Antigüedades judías*: 18.256
7 Dion Casio: 59.7.4
8 La legislación de Augusto sobre los asientos se aplicó inicialmente en los teatros, luego en los anfiteatros, pero la situación jurídica exacta del Circo Máximo no está clara. Según Dion Casio, los senadores y los ecuestres tenían asientos asignados por Augusto; pero Suetonio describe que estaban sentados entre el resto del pueblo romano hasta la época de Claudio (*Divus Claudius*).
9 Filón. *Legatio ad Gaium*: 45
10 Suetonio. *Calígula*: 29
11 Petronio: 117
12 Séneca. *De la providencia*: 4.4
13 Tácito. 4.62
14 Séneca. *Cartas*: 7.5
15 Dion Casio: 59.22.7
16 Suetonio. *Calígula*: 24.1
17 Séneca. *Consolación a Polibio*: 17.5
18 Homero. *La Ilíada*: 2.204. Calígula es descrito como aparece citado en la biografía que hace Suetonio de él.
19 Dion Casio: 59.18.5
20 *Ibíd.*: 59.16.5-6
21 *Ibíd.*: 59.16.11
22 *Ibíd.*: 59.16.6
23 Ver Winterling (2011), p. 108, para saber más sobre esta interpretación del suceso que Dion Casio (59.20.1-3) ha dejado confuso.
24 Ver Barrett (1989), pp. 125-6. La prueba definitiva para que Calígula reclutara las dos legiones fue provista por la lápida de un centurión: Smallwood, p. 278

25 De una inscripción grabada en el *Acta Fratrum Arvalium*, los protocolos de una hermandad sacerdotal llamada Arval. Aparece en Smallwood, p. 14
26 El vínculo entre Getúlico y Lépido solo se concreta una vez, en un pasaje de Suetonio. Sin embargo, aparece de forma muy explícita en textos de Dion Casio, quien describe las ejecuciones de los dos hombres y el exilio de las dos hermanas de Calígula, en frases consecutivas.
27 Tácito: 12.64. Tácito confunde a la Domicia que cuidaba de Nerón con su hermana, Domicia Lépida.
28 Suetonio. *Calígula*: 29
29 El ataque fue probablemente contra una tribu llamada caninefatos, que vivía en una isla en el delta del Rin. Ver Tácito, *Historias*: 4.15.3
30 Persio: 6.46
31 Suetonio. *Calígula*: 49.1
32 Dion Casio: 59.23.3
33 O eso dice Suetonio (*Calígula:* 19.1). Dion Casio afirma que el puente iba de Puteoli a un lugar cerca de Bayas llamado Bauli; Josefo afirma que fue a Miseno, una ciudad en el mismo promontorio que Bayas pero demasiado lejos de Puteoli para ser creíble.
34 Suetonio. *Calígula*: 19.3
35 Dion Casio: 59. 17. 11
36 Suetonio. *Calígula*. 22.1
37 Josefo: *Antigüedades judías*: 19.121
38 Filón. *Legatio ad Gaium*: 236
39 Citado por Suetonio (*Calígula*: 30.1) del poeta Accio.
40 Esto no se especifica en ninguna parte, pero se puede deducir al cruzar el relato de Dion Casio de la conspiración con el que menciona Tácito sobre un senador forzado a suicidarse bajo el mandato de Nerón que, veintiséis años antes, había conspirado contra Calígula.
41 Séneca. *De la ira*: 3.19.2
42 Suetonio. *Calígula*: 30.1
43 Dion Casio: 59.26.9
44 *Ibíd.:* 59.29.9
45 Josefo: *Antigüedades judías*: 19.86
46 Séneca. *De la ira*: 2.33.4
47 Dion Casio: 59.29.9
48 *Ibíd.*
49 Suetonio. *Calígula*: 41.1. La historia ha sido sumamente cuestionada, pero los intentos de explicarla me parecen menos plausibles que la suposición de que era a la vez un ataque al prestigio de la nobleza, una sátira sobre los valores de Augusto y una amplificación típicamente *caliguliana* de las fantasías sexuales promulgadas en Capri.
50 Séneca. *De la firmeza del sabio*: 18.1
51 *Ibíd.:* 18.2

53 Dion Casio: 59.29.2
53 *Ibíd.:* 59.25.7
54 Filón. *Legatio ad Gaium*: 338
55 Esta descripción deriva principalmente de Josefo, cuyas fuentes sobre el asesinato de Calígula eran excelentes. Suetonio ofrece dos relatos alternativos, aunque solo difieren ligeramente en los detalles. Según uno de estos, el primer golpe que recibió Calígula fue en la barbilla.
56 En cualquier caso, esto es lo que dice Séneca.
57 Dion Casio: 59.29.7
58 Josefo: *Antigüedades judías*: 19.199
59 Es Josefo quien nos dice que Cesonia fue asesinada varias horas después de la muerte de su marido. Según Suetonio, ella y su hija estaban con Calígula cuando este fue atacado y murieron junto a él.

Io Saturnalia

1 Josefo: *Antigüedades judías*: 19.115
2 *Ibíd.:* 19.159
3 *Ibíd.:* 19.168
4 Dion Casio: 60.1.3
5 Suetonio. *Divus Claudius*: 10.3
6 *Ibíd.:* 3.2
7 La frase ha sido encontrada en una moneda de Claudio, que data del 41/2 d. C. La fórmula EX.S.C confirma que fue un decreto del Senado.
8 Ver Suetonio, *Divus Claudius*: 10.4. Para las fianzas del gasto del ejército de Claudio, ver Campbell (1984), pp. 166-8 y Osgood (2011), pp. 35-7.
9 Tácito. *Historias*: 4.74
10 Suetonio. *Divus Augustus*: 101.4
11 Josefo: *Antigüedades judías*: 19.64
12 *Ibíd.:* 19.65
13 Estacio, *Silvas*: 3.3.64-6
14 Dionisio de Halicarnaso: 4.23.2
15 Ovidio. *Amores*: 1.8.64
16 Tácito: 13.27
17 Horacio. *Sátiras*: 1.6.45
18 Horacio. *Epodos*: 4.6
19 Séneca. *Cartas*: 47.10
20 Dionisio de Halicarnaso: 4.23.2
21 Catulo: 14.15
22 Horacio. *Epodos*: 4.5
23 Plinio el Joven. *Cartas*: 3.16.6
24 Ver Bradley (1994), pp. 166-7
25 Heródoto: 4.184

26 Plinio: 5.1.14
27 Vitruvio: 8.2.24
28 Plinio: 30.13
29 La rendición del rey de las Orcadas ante Claudio proviene de una historia tardía, la de Eutropio, que parece derivar de una fuente fiable. El detalle de que las Orcadas son treinta en número proviene del geógrafo Pomponio Mela, que escribía mientras Claudio volvía de Gran Bretaña e hizo correr la voz sobre sus hazañas. Ver Stevens (1951). Una teoría alternativa sostiene que Eutropio confundió la campaña de Claudio con una posterior, una en que el suegro de Tácito, Agrícola, envió una flota en el 83 que circunnavegó Gran Bretaña.
30 Suetonio. *Divus Claudius*: 17.3
31 Séneca. *Consolación a Polibio:* 14.1
32 Tácito: 12.38
33 Boatwright argumenta de manera convincente que Claudio se inventó toda esta tradición, confiando en su reputación de hombre versado para asegurarse de que la demanda sería ampliamente aceptada.
34 Frontino: 16
25 Artemidoro: 2.9
36 Plinio: 36.123
37 Séneca. *De beneficios*: 4.28.2
38 Actos 11.28
39 La estimación del importe anual de cereal de Aldrete.
40 Dion Casio: 60.11.3
41 Ver Williams (2010), p. 190, para esta analogía.
42 Suetonio. *Galba*: 22
43 Séneca. *Las troyanas*: 91
44 Tácito. 9.2, «*Mollitiam corporis*» —literalmente «la sumisión del cuerpo». *Mollitia,* cuando se aplicaba a un hombre, no solo significaba sumiso, sino sumiso como una mujer: el tipo de hombre, en otras palabras, que permitía que lo penetrasen.
45 Dion Casio: 60.2.4
46 Ovidio. *Amores*: 2.17.1
47 Cicerón. *República*: 1.67
48 Suetonio. *Vitelio*: 2.5
49 Ovidio. *El arte de amar*: 3.215-16
50 Séneca. *De beneficios*: 6.32.1
51 Juvenal: 6.129
52 Tácito: 11.30
53 *Ibíd.:* 11.31
54 *Ibíd.:* 11.35
55 *Ibíd.:* 11.36. Ver Williams (2010), para la fuerte probabilidad, si no absoluta, de que Suillo Cesonio mencionado por Tácito como «el que ocupaba el rol de mujer» era el hijo del fiscal de Asiático. Como dice Williams,

«este es un momento extraño en medio de las insinuaciones y acusaciones que impregnan los textos romanos, momento en que nos acercamos tímidamente a averiguar lo que realmente sucedió».

56 Tácito describe a Narciso, Calisto y Palante lanzando cada uno a una mujer diferente a su amo: una escena tan evocadora del episodio de la mitología griega en el que tres diosas organizaron un concurso de belleza ante el príncipe troyano París, que debe ser ficticio. Sin embargo, al ser Palante un fuerte partidario de Agripina, y Narciso un oponente a su causa, se observa aquí una alegre alegoría de la corte de Claudio.

57 Suetonio. *Claudio*: 39.2

58 Tácito: 12.6

59 *Octavia*: 142.

60 Tácito: 12.7

61 *Ibíd.*

62 Suetonio. *Claudio:* 41.2

63 Tácito: 12.6

64 Séneca. *Consolación a Polibio*: 12.3

65 Suetonio. *Claudio:* 43

66 Dion Casio: 61.35.4

67 Suetonio. *Nerón*: 9

Qué artista

1 *Octavia*: 156

2 Tácito: 12.37

3 Dion Casio: 61.7.3

4 Suetonio. *Nerón*: 10.1

5 Séneca. *Sobre la clemencia*: 1.14.2

6 Tácito: 13.13

7 *Ibíd.:* 15.42

8 Suetonio. *Otón*: 3.1

9 Tácito. 13.14

10 Eso es lo que dice, en cualquier caso, Tácito. Suetonio afirma que Británico fue incinerado el día después de su muerte.

11 *Octavia*: 169-70

12 Séneca. *Sobre la clemencia*: 1.16.2

13 Plinio: 16.200

14 Es posible que los sucesores de Nerón estuvieran de acuerdo. Trajano, emperador a principios del siglo II d. C, quien fue considerado por los romanos como el mejor, declaró supuestamente que «ningún emperador había sido igual que Nerón durante los primeros cinco años de su mandato». Trajano también construyó un gran puerto en Ostia; y se ha sugerido que rendía homenaje al propio Nerón (Thornton, 1989).

15 Calpurnio Sículo: 7.45-6
16 Dion Casio: 61.12.2
17 *Ibíd.:* 61.5.4
18 *Octavia*: 125
19 Plinio: 37.50
20 Dion Casio: 61.11.4
21 *Ibíd.:* 61.2.2
22 *Ibíd.:* 61.13.2
23 Horacio. *Epístolas*: 1.1.83
24 En todo caso, esto es lo que afirma Tácito. De acuerdo con Dion Casio, Agripina llegó a la orilla sin ayuda. Dion también afirma que el barco se hundió enseguida.
25 Tácito: 14.8
26 Dion Casio: 61.14.2
27 Para la teatralidad del asesinato de Agripina, ver Baldwin y , en especial, el brillante libro sobre Nerón de Champlin (2003), pp. 84-111.
28 Tácito: 14.10
29 Los juegos fueron llamados por Nerón *Ludi Maximi*, «los mejores juegos».
30 Séneca. *Cuestiones naturales*: 12.3
31 Tácito: 14.15
32 Esta fue Elia Catela, citada por Dion Casio (61.19.2). «Se asume que Elia Catella es hija de Sexo. Por lo tanto, Elio Cato, hermana de Elia Petina» (Syme 1986, 79). Elia Petina había sido la segunda esposa de Claudio. Se casó con ella a los 28 años y se divorció a los 31.
33 Dion Casio: 19.20.
34 Séneca. *Cartas*: 14.6
35 Tácito, aunque es nuestra mejor fuente para los acontecimientos de la revuelta de Boudica, la data erróneamente en el 61 d. C.
36 Séneca. *Medea*: 371-2
37 Séneca. *Medea:* 376-9. La obra se refiere al héroe griego Jasón y a sus viajes con los argonautas, pero está claro que Séneca también tenia en mente la expansión de Roma a Britania.
38 Séneca. *De beneficios*: 7.3.2
39 Séneca. *De beneficios:* 7.27.1
40 Tácito: 14.37
41 Tácito. *Agrícola*: 19
42 Plinio: 3.39
43 Tácito: 11.23
44 *Ibíd.:* 11.24
45 *Ibíd.:* 15.44
46 Citado por san Agustín en *La ciudad de Dios,* 6.10
47 Valerio Máximo: 1.3.3
48 Citado por san Agustín en *La ciudad de Dios*, 6.11.

49 Tácito: 14.44
50 *Ibíd.:* 14.45
51 Séneca. *Sobre la felicidad*: 7.3
52 Dion Casio: 62.13.2
53 *Ibíd.:* 62.13.4
54 Calpurnio Sículo: 1.49-51
55 Séneca. *Cuestiones naturales*: 3.29.9
56 Dion Casio: 62.28.1
57 Tácito: 15.37
58 *Ibíd.*
59 De acuerdo con los registros chinos, el cometa fue visible durante setenta y cinco días, entre el 3 de mayo y el 16 de julio. Ver Rogers, p. 1953.
60 Dion Casio (62. 18. 2) dice que dos tercios de Roma fueron destruidos, mientras que Tácito (15.40.2) afirma que, de los catorce distritos en los que se dividió la ciudad, solo cuatro quedaron intactos por el fuego. Las pruebas arqueológicas demuestran que ambos exageraban. Ver Newbold, p. 858.
61 Tácito: 15.44
62 Plinio: 10.2.5
63 Plinio el Joven. *Panegírico del emperador Trajano*: 46.4
64 Marcial. *Sobre los espectáculos*: 2.8
65 *Ibíd.:* 2.4
66 La estimación es de Albertson, quien sugiere, basándose en varias cifras, que la altura de la estatua era de 31,5 metros.
67 Plinio: 34.45
68 Para una aclaración de este extraordinario episodio, registrado tanto por Suetonio como por Dion Casio, ver Champlin (2003), pp. 169-71.
69 Suetonio: *Nerón*: 55
70 Tácito: 15.67
71 *Ibíd.:* 15.60
72 Séneca. *Sobre la providencia*: 3.3
73 Séneca. *Cartas*: 71.21
74 *Ibíd.:* 101.10
75 Tácito: 15.73
76 *Ibíd.:* 15.62
77 *Ibíd.:* 15.68
78 *Ibíd.:* 16.4
79 Dion Casio: 63.26.3
80 *Ibíd.:* 62.18.3. Séneca advirtió esto en el momento de la muerte de Agripina.
81 *Ibíd.:* 63.4.2
82 *Ibíd.:* 63.6.1
83 El relato no cronológico de la estancia de Nerón en Grecia ha sobrevivido. Las estimaciones de cuándo podría haber llegado a Corinto van de agosto a noviembre.

84 Livio: 33.32
85 Dion Casio: 63.15.1
86 Valerio Máximo: 2.4.2
87 Séneca. *Cartas*: 80.7
88 Tácito: 13.3
89 Un antiguo comentarista del satírico Juvenal nos indica que una aristocrática e intimidante mujer, la cual es descrita por el poeta como interesada en las artes de la oratoria, no era otra que Estatilia Mesalina. *Escolios a Juvenal*: 6.434.
90 Séneca: 47.7. Los detalles sobre cómo mantener a los niños sin pelo provienen de Plinio: 30.41.
91 La traducción de «Pezonte» como «chico objeto» es de Champlin (2012), p. 380. Los jadeos de asombro son de Plinio (7.129).
92 Tácito. *Historias*: 1.73
93 Dion Crisóstomo. *Sobre la belleza*: 11
94 Dion Casio: 63.22.1
95 Para la inscripción encontrada en 1887 en Karditsa, Grecia. Smallwood, p. 64.
96 Plutarco. *Galba*: 4.1
97 Séneca. *Sobre la clemencia*: 1.4.2
98 Virgilio. *Geórgicas*: 512-14
99 Dion Casio: 63.20.5
100 La evidencia de que esto haya sido más que una coincidencia es circunstancial, pero fuerte.
101 Suetonio: *Nerón*: 41
102 *Ibíd.*
103 *Ibíd.:* 43
104 Plutarco: *Galba:* 6.3
105 Suetonio. *Nerón*: 47.2. Esta es una cita de Virgilio.
106 Suetonio. *Nerón:* 49.2
107 *Ibíd.:* 49.4
108 Dion Crisóstomo. *Sobre la belleza*: 10
109 Apocalipsis, 13.3
110 *Ibíd.:* 17.8
111 *Ibíd.:* 17.4
112 Tanto Suetonio *(Nerón:* 49.1) como Dion Casio (6.29.2) lo registran. Era, como dice Dion, «un dicho muy citado».

Bibliografía

Albertson, Fred C., «Zenodorus's Colossus of Nero», *Memoirs of the American Academy in Rome* 46, 2001

Aldrete, Gregory S., *Floods of the Tiber in Ancient Rome* (Baltimore, 2007)

Alston, R., *Aspects of Roman History AD 14-117* (Londres, 1998)

Andrade, Nathanael J., *Syrian Identity in the Greco-Roman World* (Cambridge, 2013)

Andreau, Jean and Raymond Descat, *The Slave in Greece and Rome*, tr. Marion Leopold (Madison, 2006)

Badel, Christophe, *La Noblesse de l'Empire Romain: Les Masques et la Vertu* (Seyssel, 2005)

Baker, G.P., *Tiberius Caesar* (New York, 1928)

Baldwin, B., «Nero and his Mother's Corpse», *Mnemosyne* 32, 1979

Ball, Warwick, *Rome in the East: The Transformation of an Empire* (Londres, 2000)

Balsdon, J. P. V. D., *The Emperor Gaius (Caligula)* (Oxford, 1934)

Barrett, Anthony A., *Caligula: The Corruption of Power* (New Haven, 1989)

——*Agrippina: Sister of Caligula, Wife of Claudius, Mother of Nero* (Londres, 1996)

——*Livia: First Lady of Imperial Rome* (New Haven, 2002)

Barry, William D., «Exposure, Mutilation, and Riot: Violence at the "Scalae Gemoniae" in Early Imperial Rome», *Greece & Rome* 55, 2008

Barton, Carlin A., *Roman Honor: The Fire in the Bones* (Berkeley and Los Ángeles, 2001)

Bartsch, Shadi, *Actors in the Audience: Theatricality and Doublespeak from Nero to Hadrian* (Cambridge, 1994)

Batty, Roger, *Rome and the Nomads: The Pontic-Danubian Realm in Antiquity* (Oxford, 2007)

Bauman, Richard A., *Women and Politics in Ancient Rome* (Londres, 1992)

Beard, Mary, «The Sexual Status of Vestal Virgins», *Journal of Roman Studies* 70, 1980

——*The Roman Triumph* (Cambridge, 2007)

Bellemore, Jane: «The Wife of Sejanus», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 109, 1995

Benario, Herbert W., «The Text of Albinovanus Pedo», *Latomus* 32, 1973

Bergmann, M., «Der Koloss Neros, die Domus Aurea und der Mentalitätswandel im Rom der frühen Kaiserzeit», *Trierer Winckelmannsprogramme* 13, 1993

Bicknell, P., «The Emperor Gaius' military activities in AD 40», *Historia* 17, 1968

Bingham, S., «Life on an island: a brief study of places of exile in the first century AD», *Studies in Latin Literature and Roman History* 11, 2003

Birley, Anthony, «Sejanus: His Fall» en *Corolla Cosmo Rodewald. Monograph Series Akanthina 2*, ed. Nicholas Sekunda (Gdansk, 2007)

Boatwright, M.T., «The Pomerial Extension of Augustus», *Historia* 35, 1986

Bradley, Keith, *Suetonius' Life of Nero: An Historical Commentary* (Bruselas, 1978)

——«The Chronology of Nero's Visit to Greece A.D. 66/67», *Latomus* 37, 1978

——«Nero's Retinue in Greece, A.D. 66/67», *Illinois Classical Studies* 4, 1979

—— *Esclavitud y sociedad en Roma* (Barcelona, 1998)

Bradley, Keith and Paul Cartledge (eds.), *The Cambridge World History of Slavery: The Ancient Mediterranean World* (Cambridge, 2011)

Brunt, P. A., *Italian Manpower, 225 B.C.-A.D. 14* (Oxford, 1971)

——*Social Conflicts in the Roman Republic* (Londres, 1971)

——«The Role of the Senate in the Augustan Regime», *Classical Quarterly* 34, 1984

——*The Fall of the Roman Republic, and Related Essays* (Oxford, 1988)

Buckley, Emma y Martin T. Dinter, *A Companion to the Neronian Age* (Chichester, 2013)

Campbell, Brian and Lawrence A. Tritle (eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World* (Oxford, 2013)

Campbell, J. B., *The Emperor and the Roman Army* (Oxford, 1984)

Cancik, Hubert and Helmuth Schneider (eds.), *Brill's New Pauly* (Brill, 2009)

Carandini, Andrea, *La Casa di Augusto dai 'Lupercalia' al Natale* (Roma, 2008)

——*Rome: Day One*, tr. Stephen Sartarelli (Princeton, 2011)

Carey, Sorcha, «A Tradition of Adventures in the Imperial Grotto», *Greece & Rome* 49, 2002

Carlson, Deborah N., «Caligula's Floating Palaces», *Archaeology* 55, 2002

Cartledge, Paul, «The Second Thoughts of Augustus on the *res publica* in 28/7 B.C.», *Hermathena* 119, 1975

Chamberland, Guy, «A Gladiatorial Show Produced» *In ordidam Mercedem* (Tacitus *Ann.* 4.62)', *Phoenix* 61, 2007

Champlin, E., «Nero Reconsidered», *New England Review* 19, 1998

——«Nero, Apollo, and the Poets», *Phoenix* 57, 2003

——*Nerón* , Turner Publicaciones, (Madrid, 2006)

——«God and Man in the Golden House», en Cima y La Rocca

——«Sex on Capri», *TAPA* 141, 2011

——«Tiberius and the Heavenly Twins», *Journal of Roman Studies*, 101, 2011
——«Seianus Augustus», *Chiron* 42, 2012
——*Tiberiana 1-4*, Princeton/Stanford Working Papers in Classics http://www.princeton.edu/~pswpc/papers/authorAL/champlin/champlin.html
Chilver, G.E.F., *A Historical Commentary on Tacitus' Histories I and II* (Oxford, 1979)
Cima, Maddalena y Eugenio la Rocca, *Horti Romani* (Roma, 1995)
Claassen, Jo-Marie, *Ovid Revisited: The Poet in Exile* (Londres, 2008)
Claridge, Amanda, *Rome: An Oxford Archaeological Guide* (Oxford, 2010)
Coarelli, Filippo, *Rome and Environs: An Archaeological Guide*, tr. James J. Clauss y Daniel P. Harmon (Berkeley y Los Ángeles, 2007)
Coates-Stephens, Robert, *Porta Maggiore: Monument and Landscape: Archaeology and Topography of the Southern Esquiline from the Late Republican Period to the Present* (Roma, 2004)
Cohen, Sarah T., «Augustus, Julia and the Development of Exile *Ad Insulam*», *Classical Quarterly* 58, 2008
Coleman, K. M., «Fatal Charades: Roman Executions Staged as Mythological Enactments», *Journal of Roman Studies* 80, 1990
Colin, Jean, «Juvénal et le mariage mystique de Gracchus», *Atti della Accademia delle Scienze di Torino* 90, 1955-6
Commager, Steele, «Horace, *Carmina* 1.37», *Phoenix* 12, 1958
Cooley, Linda, «The Moralizing Message of the *Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre*», *Greece & Rome* 45, 1998
Corbier, Mireille, «Child Exposure and Abandonment», en Dixon (2001)
Cornell, T. J., *Los orígenes de Roma, C. 1000-264 a. C: Italia y Roma de la Edad del Bronce a las Guerras Púnicas,* (Barcelona, 1999)
Crook, John, *Consilium Principis: Imperial Councils and Counsellors from Augustus to Diocletian* (Cambridge, 1955)
Dalby, Andrew, *Empire of Pleasures: Luxury and Indulgence in the Roman World* (London, 2000)
D'Amato, Raffaele, *Arms and Armour of the Imperial Roman Soldier: From Marius to Commodus, 112 BC-AD 192* (Barnsley, 2009)
D'Arms, John, *Romans on the Bay of Naples: A Social and Cultural Study of the Villas and Their Owners from 150 B.C. to A.D. 400* (Cambridge, 1970)
Dasen, Véronique y Thomas Späth, *Children, Memory, and Family Identity in Roman Culture* (Oxford, 2010)
Davis, P. J., *Ovid and Augustus: A Political Reading of Ovid's Erotic Poems* (Londres, 2006)
Dear, David R., *Roman Coins and Their Values: The Republic and the Twelve Caesars 280 BC-AD 96* (Londres, 2000)

De La Bédoyère, Guy, *Defying Rome: The Rebels of Roman Britain* (Stroud, 2003)

Demougin, S., *L'Ordre équestre sous les Julio-Claudiens* (París, 1988)

Dixon, Suzanne, *The Roman Mother* (Londres, 1988)

——*The Roman Family* (Baltimore, 1992)

Dixon, Suzanne (ed.), *Childhood, Class and Kin in the Roman World* (Londres, 2001)

Drogula, Fred K., «Controlling Travel: Deportation, Islands and the Regulation of Senatorial Mobility in the Augustan Principate», *Classical Quarterly* 61, 2011

Dueck, Daniela, *Strabo of Amasia: A Greek Man of Letters in Augustan Rome* (Abingdon, 2000)

Dupont, Florence, *Daily Life in Ancient Rome*, tr. Christopher Woodall (Oxford, 1992)

Du Quesnay, Ian M. Le M., «*Amicus Certus in Re Incerta Cernitur*: Epode 1», in Woodman and Feeney

Eck, Walter, *The Age of Augustus*, tr. Deborah Lucas Schneider and Robert Daniel (Oxford, 2007)

Edmondson, Jonathan (ed.), *Augustus* (Edimburgo, 2009)

Edwards, Catherine, «The Truth about Caligula?», *Classical Review* 41, 1991

——*The Politics of Immorality in Ancient Rome* (Cambridge, 1993)

——*Death in Ancient Rome* (New Haven, 2007)

Elsner, Jás y Jamie Masters, *Reflections of Nero: Culture, History & Representation* (Londres, 1994)

Erdkamp, Paul (ed.), *A Companion to the Roman Army* (Oxford, 2011)

Evenpoel, Willy, 'Maecenas: A Survey of Recent Literature', *Ancient Society* 21, 1990

Eyben, Emiel, *Restless Youth in Ancient Rome*, tr. Patrick Daly (Londres, 1993)

Fagan, Garrett G., «Messalina's Folly», *Classical Quarterly* 52, 2002

——*The Lure of the Arena: Social Psychology and the Crowd at the Roman Games* (Cambridge, 2011)

Fantham, Elaine, *Julia Augusti: The Emperor's Daughter* (Abingdon, 2006)

Favro, Diane, *The Urban Image of Augustan Rome* (Cambridge, 1996)

Fears, J. Rufus, «The Theology of Victory at Rome: Approaches and Problems», *Aufsteig und Niedergant der römischen Welt* 2, 1981

Ferrill, A., *Caligula: Emperor of Rome* (Londres, 1991)

Flory, Marleen Boudreau, «Sic Exempla Parantur: Livia's Shrine to Concordia and the Porticus Liviae», *Historia* 33, 1984

Flower, Harriet I., «Rethinking "Damnatio Memoriae": The Case of Cn. Calpurnius Piso Pater in AD 20», *Classical Antiquity* 17, 1998

——«Piso in Chicago: A Commentary on the APA/AIA Joint Seminar on the "Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre"», *American Journal of Philology* 120, 1999

——«The Tradition of the *Spolia Opima*: M. Claudius Marcellus and Augustus», *Classical Antiquity* 19, 2000

——*The Art of Forgetting: Disgrace & Oblivion in Roman Political Culture* (Chapel Hill, 2006)

Flower, Harriet I. (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic* (Cambridge, 2004)

Forsythe, Gary, *A Critical History of Early Rome: From Prehistory to the First Punic War* (Berkeley y Los Ángeles, 2005)

Fraenkel, Eduard, *Horace* (Oxford, 1957)

Freudenburg, Kirk, «*Recusatio* as Political Theatre: Horace's Letter to Augustus», *Journal of Roman Studies* 104, 2014

Galinsky, Karl, *'Augustan Culture* (Princeton, 1996)

——*The Cambridge Companion to the Age of Augustus* (Cambridge, 2005)

Gambash, Gil, «To Rule a Ferocious Province: Roman Policy and the Aftermath of the Boudiccan Revolt», *Britannia* 43, 2012

Gibson, A. G. G., *The Julio-Claudian Succession: Reality and Perception of the 'Augustan Model'* (Leiden, 2013)

Ginsburg, Judith, *Representing Agrippina: Constructions of Female Power in the Early Roman Empire* (Oxford, 2006)

Goldsworthy, Adrian, *Antonio y Cleopatra,* (Madrid, 2012)

Goodman, Martin, *The Roman World: 44 BC-AD 180* (Londres, 1997)

——*Rome & Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations* (Londres, 2007)

Goudineau, C. y A. Ferdière (eds.), *Les Villes Augustéennes de Gaule* (Autun, 1985)

Gowing, Alain M., *Empire and Memory: The Representation of the Roman Republic in Imperial Culture* (Cambridge, 2005)

Grandazzi, Alexandre, *The Foundation of Rome: Myth and History*, tr. Jane Marie Todd (Ithaca, 1997)

Gray-Fow, Michael J.G., «Why the Christians? Nero and the Great Fire», *Latomus* 57, 1998

Green, C. M. C., «Claudius, Kingship, and Incest», *Latomus* 57, 1998

——«The Slayer and the King: "Rex Nemorensis" and the Sanctuary of Diana», *Arion* 7, 2000

Green, Peter, «*Carmen* et *Error*: The Enigma of Ovid's Exile», en *Classical Bearings: Interpreting Ancient History and Culture* (Berkeley y Los Ángeles, 1989)

Grether, Gertrude, «Livia and the Roman Imperial Cult», *American Journal of Philology* 67, 1946

Griffin, Jasper, «Augustus and the Poets: "*Caesar qui cogere posset*"», in Miller and Segal

Griffin, Miriam T., *Nero: The End of a Dynasty* (New Haven, 1984)

——*Seneca: A Philosopher in Politics* (Oxford, 1992)

Grossi, Olindo, «The Forum of Julius Caesar and the Temple of Venus Genetrix», *Memoirs of the American Academy in Rome* 13, 1936

Gruen, Erich S., *The Last Generation of the Roman Republic* (Berkeley y Los Ángeles, 1974)
——*Culture and National Identity in Republican Rome* (Ithaca, 1992)
Grüll, Tibor y Lászlo Benke, «A Hebrew/Aramaic Graffito and Poppaea's Alleged Jewish Sympathy», *Journal of Jewish Studies* 62, 2011
Gurval, Robert Alan, *Actium and Augustus: The Politics and Emotions of Civil War* (Ann Arbor, 1998)
Habinek, Thomas y Alessandro Schiesaro (eds.), *The Roman Cultural Revolution* (Cambridge, 1997)
Hallett, Judith P., «Fulvia, Mother of Iullus Antonius: New Approaches to the Sources on Julia's Adultery at Rome», *Helios* 33, 2006
Hallett, Judith P. y Marilyn B. Skinner, *Roman Sexualities* (Princeton, 1997)
Harrison, S. J., «Augustus, the Poets, and the Spolia Opima», *Classical Quarterly* 39, 1989
Hekster, O. y J. Rich, «Octavian and the Thunderbolt: The Temple of Apollo Palatinus and Roman Traditions of Temple Building», *Classical Quarterly* 56, 2006
Henderson, John, «A Doo-Dah-Doo-Dah-Dey at the Races: Ovid *Amores* 3.2 and the Personal Politics of the *Circus Maximuss*», *Classical Antiquity* 21, 2002
Herbert-Brown, Geraldine (ed.), *Ovid's* Fasti*: Historical Readings at its Bimillennium* (Oxford, 2002)
Hersch, Karen K., *The Roman Wedding: Ritual and Meaning in Antiquity* (Cambridge, 2010)
Hind, J. G. F., «The Middle Years of Nero's Reign», *Historia* 20, 1971
——«The Death of Agrippina and the Finale of the "Oedipus" of Seneca», *Journal of the Australasian Universities Language and Literature Association* 38, 1972
——«Caligula and the Spoils of Ocean: A Rush for Riches in the Far North-West?», *Britannia* 34, 2000
Hopkins, Keith, *Conquistadores y esclavos,* (Barcelona, 1981)
Houston, George W., «Tiberius on Capri», *Greece & Rome* 32, 1985
Humphrey, J., *Roman Circuses: Arenas for Chariot Racing* (Londres, 1986)
Hurlet, Frédéric, *Les Collègues du Prince sous Auguste et Tibère: de la Légalité Républicaine à la Légitimité Dynastique* (Roma, 1997)
James, Simon, *Rome and the Sword* (Londres, 2011)
Jenkyns, Richard, *Virgil's Experience: Nature and History: Times, Names, and Places* (Oxford, 1998)
Jeppesen, K. K., «*Grand Camée de France*: Sejanus Reconsidered and Confirmed», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Institut, Römische Abteilung* 100, 1993
Joshel, Sandra P., «Female Desire and the Discourse of Empire: Tacitus's Messalina», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 21, 1995

Judge, E. A., «"Res Publica Restituta": A Modern Illusion?», en *Polis and Imperium: Studies in Honour of Edward Togo Salmon*, ed. J. A. S. Evans (Toronto, 1974)

Keppie, Lawrence, «"Guess Who's Coming to Dinner": The Murder of Nero's Mother Agrippina in its Topographical Setting», *Greece & Rome* 58, 2011

Kiernan, V.G., *Horace: Poetics and Politics* (Basingstoke, 1999)

King, Charles W., «The Roman *Manes*: the Dead as Gods», en *Rethinking Ghosts in World Religions*, ed. Mu-chou Poo (Leiden, 2009)

Kleiner, Fred S., «The Arch in Honor of C. Octavius and the Fathers of Augustus», *Historia* 37, 1988

Knapp, Robert, *Invisible Romans* (London, 2011)

Knox, Peter E, «The Poet and the Second Prince: Ovid in the Age of Tiberius», *Memoirs of the American Academy in Rome* 49, 2004

Koortbojian, M., *The Divinization of Caesar and Augustus: Precedents, Consequences, Implications* (Cambridge, 2013)

Kovacs, Judith and Christopher Rowland, *Revelation* (Oxford, 2004)

Kuttner, *Dynasty and Empire in the Age of Augustus: the Case of the Boscoreale Cups* (Berkeley y Los Ángeles, 1995)

Lacey, W. K., «Octavian in the Senate, January 27 B.C.», *Journal of Roman Studies* 64, 1974

Lange, Carsten Hjort, *Res Publica Constituta: Actium, Apollo and the Accomplishment of the Triumviral Assignment* (Leiden, 2009)

Leach, Eleanor Winsor, «Claudia Quinta (*Pro Caelio* 34) and an altar to Magna Mater», *Dictynna* 4, 2007

Lega, C., «Il Colosso di Nerone», *Bullettino della Commissione Archeologica Comunale in Roma*, 1989-90

Leitão, David D., «Senecan Catoptrics and the Passion of Hostius Quadra (Sen. Nat. 1)», *Materiali e Discussioni per l'Analisi dei Testi Classici* 41, 1998

Lendering, Jona and Arjen Bosman, *Edge of Empire: Rome's Frontier on the Lower Rhine* (Rotterdam, 2012)

Levick, Barbara, «Tiberius' Retirement to Rhodes in 6 BC», *Latomus* 31, 1972

——*Claudius* (Oxford, 1990)

——*Tiberius the Politician* (Londres, 1999)

——*Augustus: Image and Substance* (Harlow, 2010)

Littlewoood, R. J., «Ovid among the Family Dead: the Roman Founder Legend and Augustan Iconography in Ovid's *Feralia* and *Lemuria*», *Latomus* 60, 2001

Lobur, John Alexander, *Consensus, Concordia and the Formation of Roman Imperial Ideology* (Londres, 2008)

Lott, J. Bert, *The Neighbourhoods of Augustan Rome* (Cambridge, 2004)

——*Death and Dynasty in Early Imperial Rome* (Cambridge, 2012)

Luce, T. J., «The Dating of Livy's First Decade», *TAPA* 96, 1965

Lyne, R. O. A. M., *Horace: Behind the Public Poetry* (New Haven, 1995)

MacMullen, Ramsay, *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest, and Alienation in the Empire* (Cambridge, 1967)

Malitz, Jürgen, *Nerón*, tr. Blanca, Rosa Pilar, (Madrid, 1999)

Malloch, S. J. V., «Gaius on the Channel Coast», *Classical Quarterly* 51, 2001

Mattingly, David, *An Imperial Possession: Britain in the Roman Empire* (Londres, 2006)

——*Imperialism, Power and Identity: Experiencing the Roman Empire* (Princeton, 2011)

Mayor, Adrienne, *The First Fossil Hunters: Paleontology in Greek and Roman Times* (Princeton, 2000)

McGinn, T. A., *Prostitution, Sexuality, and the Law in Ancient Rome* (Oxford, 1998)

McPherson, Catherine, «Fact and Fiction: Crassus, Augustus and the *Spolia Opima*», *Hirundo* 8, 2009-10

Meiggs, Russell, *Roman Ostia* (Oxford, 1960)

Michels, Agnes Kirsopp, «The Topography and Interpretation of the Lupercalia», *TAPA* 84, 1953

Miller, Fergus y Erich Segal, *Caesar Augustus: Seven Aspects* (Oxford, 1984)

Miller, J. F., *Apollo, Augustus, and the Poets* (Cambridge, 2009)

Momigliano, Arnaldo, *Claudius: The Emperor and his Achievements* (Oxford, 1961)

Morgan, Llewellyn, «Tacitus, *Annals* 4.70: An Unappreciated Pun», *Classical Quarterly* 48, 1998

——«The Autopsy of C. Asinius Pollio», *Journal of Roman Studies* 90, 2000

Murdoch, Adrian, *Rome's Greatest Defeat: Massacre in the Teutoburg Forest* (Stroud, 2006)

Murison, C. L., *Galba, Otho and Vitellius: Careers and Controversies* (Hildesheim, 1993)

Nappa, Christopher, *Vergil's* Georgics, *Octavian, and Rome* (Ann Arbor, 2005)

Newbold, R.F., «Some Social and Economic Consequences of the A. D. 64 Fire at Rome», *Latomus* 33, 1974

Nicolet, Claude, *The World of the Citizen in Republican Rome*, tr. P. S. Falla (Londres, 1980)

Oliensis, Ellen, *Horace and the Rhetoric of Authority* (Cambridge, 1998)

Olson, Kelly, *Dress and the Roman Woman: Self-presentation and Society* (Abingdon, 2008)

Oost, Stewart Irvin, «The Career of M. Antonius Pallas», *American Journal of Philology* 79, 1958

Osgood, Josiah, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (Cambridge, 2006)

——*Claudius Caesar: Image and Power in the Early Roman Empire* (Cambridge, 2011)

Parker, Philip, *The Empire Stops Here: A Journey Along the Frontiers of the Roman World* (Londres, 2009)

Perrin, Y., «Êtres Mythiques, Êtres Fantastiques et Grotesques de la Domus Aurea de Néron», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 8, 1982

Pettinger, Andrew, *The Republic in Danger: Drusus Libo and the Succession of Tiberius* (Oxford, 2012)

Pollini, John, *From Republic to Empire: Rhetoric, Religion, and Power in the Visual Culture of Ancient Rome* (Norman, 2012)

Potter, David S. (ed.), *A Companion to the Roman Empire* (Oxford, 2010)

Potter, D.S. y D.J. Mattingly: *Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire* (Ann Arbor, 1999)

Powell, Lindsay, *Eager for Glory: The Untold Story of Drusus the Elder, Conqueror of Germania* (Barnsley, 2011)

Raaflaub, Kurt A. y Mark Toher (eds.), *Between Republic and Empire: Interpretations of Augustus and his Principate* (Berkeley y Los Ángeles, 1990)

Ramsey, John T. y A. Lewis Licht, *The Comet of 44 B.C. and Caesar's Funeral Games* (Chicago, 1997)

Renucci, Pierre, *Caligula l'Impudent* (París, 2007)

Rich, J. W., «Augustus and the *Spolia Opima*», *Chiron* 26, 1996

——«Augustus's Parthian Honours, the Temple of Mars Ultor and the Arch in the Forum Romanum», *Papers of the British School at Rome* 66, 1998

Rich, J. W. y J. H. C. Williams, «*Leges et iura P. R. restituit*: A New Aureus of Octavian and the Settlement of 28-27 BC», *Numismatic Chronicle* 159, 1999

Rogers, Robert Samuel, «The Neronian Comets», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 84, 1953

——«Heirs and rivals to Nero», *TAPA* 86, 1955 Roller, Duane W., *Through the Pillars of Herakles: Greco-Roman Exploration of the Atlantic* (Londres, 2006)

Roller, Matthew B., *Constructing Autocracy: Aristocrats and Emperors in Julio-Claudian Rome* (Princeton, 2001)

Romm, James, *Dying Every Day: Seneca at the Court of Nero* (Nueva York, 2014)

Rose, C., *Dynastic Commemoration and Imperial Portraiture in the Julio-Claudian Period* (Cambridge, 1997)

Rosenstein, Nathan, *Imperatores Victi: Military Defeat and Aristocratic Competition in the Middle and Late Republic* (Berkeley y Los Ángeles, 1990)

Rosenstein, Nathan y Robert Morstein-Marx, *A Companion to the Roman Republic* (Oxford, 2010)

Rousselle, Aline, «The Family under the Roman Empire: Signs and Gestures», in *A History of the Family*, vol. 1 (Cambridge, 1996)

Rudich, Vasily, *Political Dissidence Under Nero: The Price of Dissimulation* (Londres, 1993)

Rutledge, Steven H., *Imperial Inquisitions: Prosecutors and Informants from Tiberius to Domitian* (Londres, 2001)

Saddington, D. B., «"Honouring" Tiberius on Inscriptions and in Valerius Maximus —a Note», *Acta Classica* 43, 2000

Sailor, Dylan, *Writing and Empire in Tacitus* (Cambridge, 2008)

Saller, R., «Anecdotes as Historical Evidence for the Principate», *Greece & Rome* 27, 1980

Scullard, Howard Hayes, *Scipio Africanus in the Second Punic War* (Cambridge, 1930)

Seager, Robin, *Tiberius* (Oxford, 2005)

Sealey, Paul R., *The Boudiccan Revolt Against Rome* (Oxford, 2004)

Sebasta, J. L., «Women's Costume and Feminine Civic Morality in Augustan Rome», *Gender and History* 9.3, 1997

Shatzman, Israël, *Senatorial Wealth and Roman Politics (Latomus,* 1975)

Shaw, Brent D., «Raising and Killing Children: Two Roman Myths», *Mnemosyne* 54, 2001

Shotter, D. C. A., «Tacitus, Tiberius and Germanicus», *Historia* 17, 1968

——«Tiberius and Asinius Gallus», *Historia* 20, 1971

——«The Fall of Sejanus: Two Problems», *Classical Philology* 69, 1974

——«Cnaeus Calpurnius Piso, Legate of Syria», *Historia* 23, 1974

——«Agrippina the Elder —A Woman in a Man's World», *Historia* 49, 2000

Sijpesteijn, P., «Another *ovaia* of D. Valerius Asiaticus in Egypt», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 79, 1989

Sinclair, Patrick, «Tacitus' Presentation of Livia Julia, Wife of Tiberius' Son Drusus», *American Journal of Philology* 111, 1990

Small, Jocelyn Penny, *Cacus and Marsyas in Etrusco-Roman Legend* (Princeton, 1982)

Smallwood, E. Mary, *Documents Illustrating the Principates of Gaius, Claudius and Nero* (Cambridge, 1967)

Speidel, M. A., «Roman Army Pay Scales», *Journal of Roman Studies* 82, 1992

Stevens, C. E., «Claudius and the Orcades», *Classical Review* 1, 1951

——«The Will of Q. Veranius», *Classical Review* 1, 1951

Stewart, A. F., «To Entertain an Emperor: Sperlonga, Laokoön and Tiberius at the Dinner-Table», *Journal of Roman Studies* 67, 1977

Swain, Simon (ed.), *Seeing the Face, Seeing the Soul: Polemon's* Physiognomy *from Classical Antiquity to Medieval Islam* (Oxford, 2007)

Swan, Peter Michael, *The Augustan Succession: An Historical Commentary on Cassius Dio's Roman History*, Books 55-56 *(9 B. C.-A. D. 14)* (Oxford, 2004)

Syme, Ronald, *La revolución romana,* (Barcelona, 2010)

——«Seianus on the Aventine», *Hermes* 84, 1956

——«*Imperator Caesar*: A Study in Nomenclature», *Historia* 7, 1958

——«Livy and Augustus», *Harvard Studies in Classical Philology* 64, 1959

——«Domitius Corbulo», *Journal of Roman Studies* 60, 1970

——«The Crisis of 2 B. C.», *Bayerische Akademie der Wissenschaften*, 1974

——«History or Biography: The Case of Tiberius Caesar», *Historia* 23, 1974

——*History in Ovid* (Oxford, 1978)

——«The Sons of Piso the Pontifex», *American Journal of Philology* 101, 1980

——*The Augustan Aristocracy* (Oxford, 1986)

Tatum, W. Jeffrey, *The Patrician Tribune: Publius Clodius Pulcher* (Chapel Hill, 1999)

Taylor, L. R., «Horace's Equestrian Career», *American Journal of Philology* 46, 1925

——«New Light on the History of the Secular Games», *American Journal of Philology* 55, 1934

Thibault, John C. *The Mystery of Ovid's Exile* (Berkeley y Los Ángeles, 1964)

Thomas, Yan, *«À Rome, pères citoyens et cité des pères (IIe siècle av. J. C.-IIe siècle ap. J. C.)»* en Aline Rousselle, Giulia Sissa y Yan Thomas, *Famille dans la Grèce et à Rome* (París, 1986)

Thompson, E. A., «Early Germanic Warfare», *Past and Present* 14, 1958

Thornton, M. K., «The Enigma of Nero's Quinquennium», *Historia* 22, 1973

——«Nero's Quinquennium: The Ostian Connection», *Historia* 38, 1989

Todd, Malcolm, *The Early Germans* (Oxford, 2004)

Torelli, Mario, *Studies in the Romanization of Italy*, tr. Helena Fracchia y Maurizio Gualtieri (Edmonton, 1995)

——*Tota Italia: Essays in the Cultural Formation of Roman Italy* (Oxford, 1999)

Townend, G. B., «Calpurnius Siculus and the *Munus Neronis*», *Journal of Roman Studies* 70, 1980

Townsley, Jeremy, «Paul, the Goddess Religions, and Queer Sects: Romans 1:23-28», *Journal of Biblical Literature* 130, 2011

Treggiari, S., *Roman Freedmen During the Late Republic* (Oxford, 1969)

Van Voorst, Robert E., *Jesus Outside the New Testament: An Introduction to the Ancient Evidence* (Grand Rapids, 2000)

Versnel, H. S., «Two Types of Roman *Devotio*», *Mnemosyne* 29, 1976 Vout, Caroline, *Power and Eroticism in Imperial Rome* (Cambridge, 2007)

Walbank, Frank W., «The Scipionic Legend», en *Selected Papers: Studies in Greek and Roman History and Historiography* (Cambridge, 1985)

Wallace-Hadrill, Andrew, «*Civilis Princeps*: Between Citizen and King», *Journal of Roman Studies* 72, 1982

——*Rome's Cultural Revolution* (Cambridge, 2008)

Warden, P. G., «The Domus Aurea reconsidered», *Journal of the Society of Architectural Historians* 40, 1981

Wardle, David, «Caligula's Bridge of Boats - A.D. 39 or 40?» (*Historia* 56, 2007)
Warmington, B. H., *Nero: Reality and Legend* (Londres, 1969)
Weaver, P. R. C., *Familia Caesaris: A Social Study of the Emperor's Freedmen and Slaves* (Cambridge, 1972)
Weinstock, Stefan, «*Victor* and *Invictus*», *Harvard Theological Review* 50, 1957
Welch, K. F., *The Roman Amphitheatre: From its Origins to the Colosseum* (Cambridge, 2007)
Welch, Tara S., *The Elegaic Cityscape: Propertius and the Meaning of Roman Monuments* (Columbus, 2005)
Wells, C. M., *The German Policy of Augustus: An Examination of the Archaeological Evidence* (Oxford, 1972)
Wells, Peter, *The Barbarians Speak: How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe* (Princeton, 1999)
——*The Battle That Stopped Rome: Emperor Augustus, Arminius, and the Slaughter of the Legions in the Teutoburg Forest* (Nueva York, 2003)
Whitmarch, Tim, «Greek and Roman in Dialogue: the Pseudo-Lucianic *Nero*», *JHS* 119, 1999
Wiedemann, Thomas, «The Fetiales: A Reconsideration», *Classical Quarterly* 36, 1986
Wilkinson, Sam, *Republicanism During the Early Roman Empire* (Londres, 2012)
Williams, Craig A., *Roman Homosexuality* (Oxford, 2010)
Williams, G., «Did Maecenas "Fall from Favor"? Augustan Literary Patronage», en Raaflaub y Toher Wilson, Emily, *Seneca: A Life* (Londres, 2015)
Winterling, Aloys, *Politics and Society in Imperial Rome*, tr. Kathrin Lüddecke (Oxford, 2009)
——*Calígula*, tr. Pedro Madrigal, (Barcelona, 2006)
Wiseman, T. P., *Clio's Cosmetics: Three Studies in Greco-Roman Literature* (Leicester, 1979)
——*Remus: A Roman Myth* (Cambridge, 1995)
——*The Myths of Rome* (Exeter, 2004)
——*Unwritten Rome* (Exeter, 2008)
Wistrand, E., *Horace's Ninth Epode and Its Historical Background* (Gotemburgo, 1958)
Wood, Susan, «*Memoriae Agrippinae*: Agrippina the Elder in Julio-Claudian Art and Propaganda», *American Journal of Archaeology* 92, 1988
——«Diva Drusilla Panthea and the Sisters of Caligula'» *American Journal of Archaeology* 99, 1995
——*Imperial Women: A Study in Public Images, 40 BC-AD 68* (Leiden, 1999)
——«Tacitus' Obituary of Tiberius», *Classical Quarterly* 39, 1989
Woodman, A. J., «Amateur Dramatics at the Court of Nero: Annals 15.48-74», en *Tacitus and the Tacitean Tradition*, ed. T. J. Luce y A. J. Woodman (Princeton, 1993)

Woodman, A. J. (ed.), *The Cambridge Companion to Tacitus* (Cambridge, 2009)

Woodman, Tony y Dennis Feeney, *Traditions and Contexts in the Poetry of Horace* (Cambridge, 2002)

Woods, David, «Caligula's Seashells», *Greece & Rome* 47, 2000

——«Caligula, Incitatus, and the Consulship», *Classical Quarterly* 64, 2014

Woolf, Greg, *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul* (Cambridge, 1998)

Yavetz, Z., *Plebs and Princeps* (Oxford, 1969)

——«Seianus and the Plebs. A Note», *Chiron* 28, 1998

Zankel, James E. G., «New Light on Gaius Caesar's Eastern Campaign», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 11, 1970 Zanker, Paul, *The Power of Images in the Age of Augustus*, tr. Alan Shapiro (Ann Arbor, 1990)

Índice onomástico y de materias